

INÉDITO

BEST
SELLER

ALMA KATSU
immortal

DEBOLSILLO

Alma Katsu

Inmortal

NOTA DE LA AUTORA

Dado que *Inmortal* es una obra de fantasía, no creo que los lectores lleguen a ella esperando autenticidad histórica, pero sí debo señalar una libertad que me he tomado con la historia. Aunque no existe ninguna población llamada Saint Andrew en el estado de Maine, si el lector intenta localizar la situación de la aldea de ficción basándose en las pistas que se dan en el texto, verá que, de haber existido, habría estado más o menos donde ahora se alza el pueblo de Allagash. Para ser fieles a la verdad, esta zona concreta de Maine no se colonizó hasta después de 1860. Sin embargo, el poblado acadiano de Madawaska, situado no muy lejos, se colonizó en 1785, por lo que no me parece disparatado hacer que Charles Saint Andrew fundara su colonia aproximadamente en esa época.

PRIMERA PARTE

1

Hace un frío que pela. El aliento de Luke Findley flota en el aire, casi como un objeto sólido con forma de avispero congelado, despojado de todo su oxígeno. Sus manos se apoyan pesadas en el volante; está atontado, se ha despertado justo a tiempo para ir en coche al hospital para el turno de noche. A ambos lados de la carretera, los campos cubiertos de nieve son fantasmales extensiones azules a la luz de la luna, del azul de los labios que están a punto de entumecerse por la hipotermia. La nieve está tan alta que cubre todo rastro de los tallos de matas y zarzas que normalmente asfixian los campos, y da al terreno un aspecto engañosamente tranquilo. A menudo, Luke se pregunta por qué sus vecinos siguen viviendo en la región más al norte de Maine. Es un sitio solitario y gélido, una tierra difícil de cultivar. El invierno reina durante la mitad del año, la nieve se amontona en los alféizares y un frío cortante azota los campos de patatas desiertos.

De vez en cuando, alguien se congela, y como Luke es uno de los pocos médicos de la zona, ha visto a unos cuantos. Un borracho (y no escasean en Saint Andrew) se queda dormido apoyado en un banco de nieve y por la mañana se ha convertido en un polo humano. Un chico que patina en el río Allagash cae por un punto débil del hielo. A veces, el cuerpo se encuentra a mitad de camino de Canadá, en la confluencia del Allagash con el Saint John. Un cazador queda cegado por la nieve y no puede encontrar el camino de salida de los grandes bosques del norte: su cuerpo aparece sentado, con la espalda reclinada en un tronco y la escopeta apoyada inútilmente en su regazo.

«Esto no ha sido un accidente», le dijo disgustado el sheriff Joe Duchesne a Luke cuando llevaron el cuerpo del cazador al hospital. «El viejo Ollie Ostergaard quería morir. Esta ha sido su manera de suicidarse.» Pero Luke sospecha que si eso fuera verdad, Ostergaard se habría pegado un tiro en la cabeza. La hipotermia es una manera lenta de morir, y tienes tiempo de sobra para pensártelo mejor.

Luke estaciona con cuidado su camioneta en una plaza de aparcamiento libre en el Hospital del Condado de Aroostook, apaga el motor y se promete una vez más que se largará de Saint Andrew. Solo tiene que vender la granja de sus padres y después se marchará, aunque no sabe muy bien adónde. Luke suspira por costumbre, saca las llaves del contacto y se dirige a la entrada de la sala de urgencias.

—Luke —dice la enfermera de guardia, saludándolo con la cabeza. Luke entra quitándose los guantes. Cuelga su parka en la diminuta sala de los médicos y vuelve a la zona de recepción.

—Ha llamado Joe —le informa Judy—. Trae a un alborotador al que quiere que le echés un

vistazo. Llegará en cualquier momento.

—¿Un camionero?

Cuando hay problemas, siempre suele estar implicado uno de los conductores de las empresas madereras. Tienen fama de emborracharse y montar peleas en el Blue Moon.

—No. —Judy está absorta en algo que está haciendo en el ordenador. La luz del monitor destella en sus gafas bifocales.

Luke carraspea para llamar su atención.

—Entonces ¿quién es? ¿Alguien del pueblo?

Luke está harto de enmendar a sus vecinos. Parece que ese pueblo tan duro solo pueden aguantarlos los camorristas, los borrachos y los inadaptados.

Judy aparta la vista del monitor, apoyando un puño en la cadera.

—No. Una mujer. Y no es de por aquí.

Eso es poco corriente. Es raro que la policía lleve mujeres, a menos que sean la víctima. De vez en cuando, llevan a un ama de casa del pueblo que se ha peleado con su marido. O en verano a alguna turista que se descontrola en el Blue Moon. Pero en esa época del año no quedan turistas por ninguna parte.

Esa noche toca algo diferente. Luke coge un gráfico.

—Vale. ¿Qué más tenemos?

Casi no escucha mientras Judy le detalla la actividad del turno anterior. Ha sido una tarde bastante ajetreada, pero a las diez de la noche hay tranquilidad. Luke vuelve a la sala a esperar al sheriff. No soportaría otra puesta al día sobre la inminente boda de la hija de Judy, una interminable disertación sobre el precio de los trajes de novia, el catering, los floristas... «Dile que se fugue», le contestó una vez Luke a Judy, y ella lo miró como si acabara de confesar que era miembro de una organización terrorista. «La boda de una chica es el día más importante de su vida —replicó Judy en tono de mofa—. Tú no tienes ni una pizca de romanticismo. No me extraña que Tricia se divorciara de ti.» Ha dejado de responder «Trida no se divorció de mí, yo me divorcí de ella», porque ya nadie le hace caso.

Luke se sienta en el destartado sofá de la sala y procura distraerse con un sudoku. Pero está pensando en el trayecto al hospital de esa noche, en las casas ante las que ha pasado por las carreteras solitarias, luces aisladas brillando en la oscuridad. ¿Qué hace la gente metida en sus casas durante tantas horas las tardes de invierno? Como médico del pueblo, no hay secretos para Luke. Conoce todos los vicios: quién pega a su mujer; a quién se le va la mano con los niños; quién bebe y acaba empotrando su camioneta en un banco de nieve; quién sufre depresiones crónicas a causa de otro mal año de cosechas y la falta de perspectivas. Los bosques de Saint Andrew son espesos y están repletos de oscuros secretos. Eso le recuerda a Luke por qué quiere marcharse de ese pueblo: está harto de conocer sus secretos y de que los demás conozcan los suyos.

Y además está lo otro, en lo que piensa últimamente cada vez que entra en el hospital. No hace tanto tiempo que falleció su madre y recuerda con nitidez la noche en que la trasladaron a la unidad llamada de manera eufemística «el albergue», las habitaciones para pacientes cuyo final está demasiado próximo para que merezca la pena ingresarlos en el centro de rehabilitación de Fort Kent. Sus funciones cardíacas habían descendido a menos del diez por ciento y tenía que esforzarse cada vez que respiraba, incluso con una mascarilla de oxígeno. Luke estuvo sentado a

su lado aquella noche, solo, porque era tarde y las demás visitas se habían ido a casa. Cuando su madre sufrió la última parada cardíaca, él la tenía cogida de la mano. Para entonces, ella estaba agotada y solo se agitó un poco; después la mano se relajó y ella se marchó tan en silencio como la puesta del sol que deja paso al anochecer. La alarma del monitor se activó casi al mismo tiempo que la enfermera de guardia entraba corriendo, pero Luke apagó el interruptor y le hizo a la enfermera un gesto de que se marchara, sin pensárselo. Cogió el estetoscopio que llevaba colgado del cuello y comprobó el pulso y la respiración. Estaba muerta.

La enfermera de guardia le preguntó si quería estar un rato a solas y él dijo que sí. Había pasado la mayor parte de la semana en cuidados intensivos con su madre, y le parecía inconcebible marcharse sin más precisamente en aquel instante. Así que se quedó sentado junto a la cama, mirando al vacío, desde luego no al cadáver, e intentando pensar qué tenía que hacer a continuación. Llamar a los familiares; todos eran granjeros que vivían en el sur del condado... Llamar al padre Lymon, de la iglesia católica a la que Luke se resistía a asistir... Elegir un ataúd... Demasiados detalles reclamaban su atención. Sabía lo que había que hacer porque había pasado por todo aquello solo siete meses antes, cuando murió su padre, pero solo pensar en pasar otra vez por lo mismo resultaba agotador. Era en ocasiones como aquella cuando más echaba de menos a su ex mujer. Tricia, que era enfermera, había sido una buena ayuda en los momentos difíciles. No era de las que perdían la cabeza, era práctica incluso ante el dolor.

No era momento para desear que las cosas fueran diferentes. Estaba solo y tendría que arreglárselas por su cuenta. Se ruborizó de vergüenza, sabiendo lo mucho que su madre había deseado que él y Tricia siguieran juntos, cómo le sermoneó por dejarla escapar. Echó un vistazo a la difunta, un acto reflejo de culpabilidad.

La muerta tenía los ojos abiertos. Un minuto antes, estaban cerrados. Luke sintió que se le encogía el pecho de esperanza, aunque sabía que aquello no significaba nada. Un simple impulso eléctrico que recorría los nervios, y las sinapsis dejaban de funcionar, como un coche petardeando mientras pasan por el motor los últimos vapores de gasolina. Extendió el brazo y le bajó los párpados.

Se abrieron por segunda vez, de forma natural, como si su madre se estuviera despertando. Luke casi dio un salto atrás, pero consiguió controlar el susto. No; susto, no: sorpresa. Volvió a colocarse su estetoscopio y se inclinó sobre ella, apretando el diafragma contra el pecho. Silencio; la sangre no circulaba por las venas, no había respiración. Le cogió la muñeca. No tenía pulso. Consultó su reloj: habían pasado quince minutos desde que declaró muerta a su madre. Le bajó la mano fría, incapaz de dejar de mirarla. Habría jurado que ella le estaba devolviendo la mirada, con los ojos fijos en él.

Y entonces la mano de su madre salió de debajo de la sábana y lo buscó. Estirada hacia él, con la palma hacia arriba, le hacía señas para que Luke la cogiera. Él lo hizo y la llamó por su nombre, pero en cuanto agarró la mano, la dejó caer. Estaba fría y sin vida. Luke dio cinco pasos alejándose de la cama, frotándose la frente, preguntándose si estaba alucinando. Cuando se volvió, los ojos de su madre estaban cerrados y su cuerpo inmóvil. Luke apenas podía respirar, con el corazón palpitándole en la garganta.

Tardó tres días en decidirse a hablar con un colega de profesión de lo que había ocurrido. Eligió al viejo John Mueller, un médico de cabecera pragmático que se sabía que atendía los partos de terneros de un ganadero vecino. Mueller le había echado una mirada escéptica, como si

sospechara que Luke había estado bebiendo. «Temblores de los dedos de manos y pies, sí, eso ocurre —había dicho—. Pero ¿quince minutos después? ¿Movimiento muscular-esquelético? —Mueller había vuelto a mirar fijamente a Luke, como si el mero hecho de estar hablando de aquello fuera vergonzoso—. Crees que lo viste porque querías verlo. No deseabas que estuviera muerta.» Luke sabía que no era así. Pero no había querido insistir en ello, al menos entre médicos.

«Además —había añadido Mueller—, ¿qué diferencia hay? Aunque el cuerpo se moviera un poco, ¿acaso piensas que estaba intentando decirte algo? ¿Crees en ese rollo de la vida después de la muerte?»

Pensar en ello cuatro meses después todavía le produce a Luke un ligero escalofrío que le baja por los brazos. Deja la revista de sudokus en la mesita y se masajea la cabeza con los dedos, para librarse de la confusión. La puerta de la sala se abre hacia atrás con un chasquido: es Judy.

—Joe está aparcando ahí delante.

Luke sale sin su parka, para que el frío le despeje a bofetadas. Ve cómo Duchesne para junto a la acera en una gran furgoneta pintada de negro y blanco, con el distintivo del escudo del estado de Maine en las puertas delanteras y una discreta barra de luces sujeta al techo. Luke conoce a Duchesne desde que los dos eran niños. No estaban en el mismo curso, pero coincidieron en el colegio, así que lleva más de veinte años viendo la estrecha cara de hurón de Duchesne, con sus ojos brillantes y su nariz algo siniestra.

Con las manos en las axilas para calentárselas, Luke ve cómo Duchesne abre la puerta y agarra del brazo a la detenida. Tiene curiosidad por ver a la alborotadora. Se esperaba una motorista grandota y hombruna, con la cara colorada y un labio partido, y le sorprende ver que la mujer es menuda y joven. Podría ser una adolescente. Delgada y andrógina, excepto por la cara bonita y la mata de tirabuzones rubios, un pelo de querubín.

Cuando mira a la mujer (¿la chica?), Luke siente un extraño hormigueo, un zumbido en la cabeza. Esa pulsación capta algo que es casi... reconocimiento. «Te conozco», piensa. Puede que no el nombre, pero sí algo más fundamental. ¿Qué es? Luke fuerza la vista, estudiándola con más atención. «¿La he visto antes en alguna parte?» No, se da cuenta de que se equivoca.

Mientras Duchesne conduce por el codo a la mujer, que va maniatada con una brida de plástico, un segundo coche de policía se detiene y un agente, Clay Henderson, se baja y se encarga de acompañar a la detenida a urgencias. Cuando pasan, Luke ve que la blusa de la detenida está mojada, con una mancha oscura, y percibe un olor familiar mezcla de hierro y de sal, el olor de la sangre.

Duchesne se acerca a Luke, señalando con la cabeza en dirección a la pareja.

—La hemos encontrado así, andando por la orilla de la pista forestal que va a Fort Kent.

—¿Sin abrigo? ¿A cuerpo, con este tiempo? No podía llevar mucho tiempo fuera.

—No. Escucha, necesito que me digas si está herida o si puedo llevarla a la comisaría y encerrarla.

Aun teniendo en cuenta que Duchesne es un agente de la ley, Luke siempre ha sospechado que se le va la mano; ha visto a demasiados borrachos que llegaban con chichones o con contusiones faciales. Esa chica es solo una cría. «¿Qué demonios puede haber hecho?»

—¿Por qué está detenida? ¿Por no llevar abrigo con este tiempo?

Duchesne le dirige a Luke una mirada cortante; no está acostumbrado a que se burlen de él.

—Esa chica es una asesina. Nos ha dicho que ha matado a un hombre a puñaladas y que ha

dejado su cadáver en el bosque.

Luke ejecuta los movimientos de examinar a la detenida, pero apenas puede pensar a causa de la extraña pulsación que siente en la cabeza. Le apunta con una linterna de bolsillo a los ojos —son del azul más claro que ha visto nunca, como dos cristales de hielo comprimido— para ver si tiene dilatadas las pupilas. La piel está húmeda al tacto, el pulso es bajo y la respiración entrecortada.

—Está muy pálida —le dice a Duchesne mientras se separan de la cama a la que la detenida está atada por las muñecas—. Eso podría significar que se está poniendo cianótica. Que va a entrar en shock.

—¿Eso quiere decir que está herida? —pregunta Duchesne, escéptico.

—No necesariamente. Podría sufrir un trauma psicológico. Tal vez por una discusión. Puede que por pelear con ese hombre al que dice que ha matado. ¿Cómo sabes que no ha sido en defensa propia?

Duchesne, con las manos en las caderas, observa a la detenida de la cama como si pudiera discernir la verdad solo con mirarla. Cambia su peso de un pie al otro.

—No sabemos nada. No ha contado mucho. ¿Puedes decir si está herida? Porque si no está herida, me la llevo detenida.

—Tengo que quitarle la blusa, limpiar la sangre...

—Pues hazlo. No puedo quedarme aquí toda la noche. He dejado a Boucher en el bosque, buscando el cadáver.

Aun con luna llena, el bosque es oscuro e inmenso, y Luke sabe que el agente Boucher tiene muy pocas probabilidades de encontrar un cadáver él solo.

Luke tira del borde de su guante de látex.

—Ve a ayudar a Boucher mientras yo la examino.

—No puedo dejar aquí a la detenida.

—Por amor de Dios —dice Luke, sacudiendo la cabeza en dirección a la frágil muchacha—. Es difícil que pueda conmigo y se escape. Si tanto te preocupa, que se quede Henderson.

Los dos miran con disimulo a Henderson. El corpulento agente está apoyado en un mostrador, hojeando un viejo *Sports Illustrated* que han dejado en la sala de espera, con un vaso de café de la máquina en la mano. Tiene la figura de un oso de dibujos animados y es, como corresponde, simpático y tontorrón.

—No te servirá de mucha ayuda en el bosque. No pasará nada —dice Luke con impaciencia, dándole la espalda al sheriff como si el asunto estuviera ya zanjado. Siente que Duchesne le taladra la espalda con la mirada, mientras decide si discute con Luke.

Y entonces el sheriff se aleja de pronto en dirección a la doble puerta corredera.

—¡Quédate aquí con la detenida! —le grita a Henderson, encasquetándose en la cabeza el grueso gorro con forro de piel—. Yo regreso para ayudar a Boucher. Ese idiota no se encontraría el culo ni con las dos manos y un mapa.

Luke y la enfermera atienden a la mujer atada a la cama. Luke coge unas tijeras.

—Voy a tener que cortarte la blusa —le avisa.

—Haga lo que quiera. Está echada a perder —dice ella con voz suave y un acento que Luke no es capaz de situar. La blusa es evidentemente cara. Es el tipo de prenda que sale en las revistas de

moda y que nunca se vería llevar a alguien de Saint Andrew.

—No eres de por aquí, ¿verdad? —dice Luke, dándole conversación para relajarla.

Ella escruta de nuevo su rostro, considerando si fiarse de él, o eso supone Luke.

—Pues la verdad es que he nacido aquí. Eso fue hace mucho tiempo.

Luke resopla.

—Será mucho tiempo para ti. Si hubieras nacido aquí, yo te conocería. He vivido en esta zona casi toda mi vida. ¿Cómo te llamas?

Ella no cae en la pequeña trampa.

—No me conoce —dice de manera tajante.

Durante unos minutos, solo se oye el sonido de la tela mojada que se está cortando con dificultad; las pequeñas puntas de las tijeras se mueven torpemente por el tejido empapado. Cuando termina, Luke se echa atrás para dejar que Judy limpie a la chica con una gasa mojada en agua caliente. Las manchas rojas de sangre se disuelven, revelando un pecho pálido y fino sin un solo arañazo. La enfermera deja caer ruidosamente en una bandeja metálica las pinzas que sujetan la gasa y sale deprisa de la sala de reconocimientos como si hubiera sabido desde el primer momento que no iban a encontrar nada y, aun así, Luke hubiera demostrado una vez más su incompetencia.

Él desvía la mirada mientras cubre con una sábana de papel el torso desnudo de la muchacha.

—Le habría dicho que no estaba herida si me lo hubiera preguntado —le explica a Luke en un murmullo.

—Pero no se lo has dicho al sheriff —responde Luke, echando mano a una banqueta.

—No. Pero se lo habría dicho a usted. —Le hace un gesto con la cabeza al médico—. ¿Tiene un cigarrillo? Me muero por fumar.

—Lo siento, no tengo. No fumo —responde Luke.

La muchacha le mira, escrutándole la cara con sus ojos azules como el hielo.

—Lo dejó hace tiempo, pero ha vuelto a fumar. No se lo reprocho, teniendo en cuenta todo lo que le ha pasado últimamente. Pero tiene un par de cigarrillos en su bata de laboratorio, si no me equivoco.

Luke se lleva la mano al bolsillo de manera instintiva y nota el tacto del papel de los cigarrillos, allí donde los ha dejado. ¿Ha sido un palo de ciego afortunado o se los ha visto en el bolsillo?

¿Y qué ha querido decir con «todo lo que le ha pasado últimamente»? Solo estaba fingiendo que le leía el pensamiento, intentando introducirse en su cabeza como haría cualquier chica lista que se encontrara metida en un lío. Últimamente, lleva sus problemas escritos en la cara. Todavía no ha dado con la manera de poner en orden su vida; sus problemas están interconectados, amontonados. Tendría que saber cómo solucionarlos todos para ocuparse de uno de ellos.

—En este sitio no se fuma, y por si se te ha olvidado, estás atada a una cama. —Luke aprieta el extremo de su bolígrafo y coge una libreta—. Esta noche estamos un poco escasos de personal, así que necesitare que me des algo de información para los registros del hospital. ¿Nombre?

La muchacha mira con aprensión la libreta.

—Prefiero no decirlo.

—¿Por qué? ¿Te has escapado de casa? ¿Por eso no quieres decirme tu nombre?

La observa: está tensa, alerta, pero se controla. Luke ha estado con pacientes implicados en

muerdes accidentales y suelen estar histéricos: lloran, tiemblan, gritan. Esa joven está temblando un poco bajo la sábana y mueve nerviosamente las piernas, pero Luke sabe por su cara que está en estado de shock.

También siente que está empezando a confiar en él; percibe una química entre ellos, como si ella quisiera que él le preguntara por eso tan terrible que ocurrió en el bosque.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado esta noche? —pregunta, acercando la silla a la cama—. ¿Estabas haciendo autoestop? Tal vez alguien te recogió, ese hombre del bosque... ¿Te ha atacado y tú te has defendido?

Ella suspira y se aprieta contra la almohada, mirando al techo.

—No ha sido nada de eso. Nos conocíamos. Llegamos juntos al pueblo. Él... —Se detiene, no encuentra las palabras—. Él me pidió que lo ayudara a morir.

—¿Eutanasia? ¿Se estaba muriendo? ¿Cáncer? —Luke es escéptico. Los que quieren matarse suelen elegir algo tranquilo y seguro, como veneno, pastillas o el motor de un coche parado y una manguera de jardín. No piden que los maten a puñaladas. Si su amigo quería morir de verdad, podría haberse limitado a sentarse bajo las estrellas toda la noche hasta congelarse.

Mira a la mujer, que tiembla bajo la sábana de papel.

—Te voy a traer una bata de hospital y una manta. Debes de tener frío.

—Gracias —dice ella, bajando la mirada.

Luke regresa con una bata de franela rosa desteñida y una manta acrílica despeluchada de color azul bebé. Colores de maternidad. Le mira las manos, atadas a la camilla con correas de nailon.

—A ver, primero una mano y luego la otra —dice Luke, y desata la correa de la mano más cercana a la mesita donde están colocados los utensilios de reconocimiento: pinzas, tijeras ensangrentadas, bisturí.

Rápida como un conejo, ella se lanza a por el bisturí y su mano delgada se cierra a su alrededor. Lo apunta hacia él, con mirada salvaje y los orificios de la nariz rosados y abiertos.

—Tranquila —dice Luke, dando un paso atrás desde la banqueta, fuera del alcance de su mano—. Hay un policía en el pasillo. Si le llamo, se acabó, ¿sabes? No puedes dominarnos a los dos con ese bisturí. Así que ¿por qué no lo dejas?

—No le llame —dice ella, pero con el brazo todavía estirado—. Necesito que usted me escuche.

—Estoy escuchando.

La cama está entre Luke y la puerta. Ella puede soltarse la otra mano en el tiempo que él tardaría en llegar a la puerta.

—Necesito su ayuda. No puedo dejar que me detengan. Tiene que ayudarme a escapar.

—¿Escapar? —De pronto, a Luke no le preocupa que la joven le haga daño con el bisturí. Está avergonzado por haber bajado la guardia, dejando que ella saque ventaja—. ¿Estás loca? No voy a ayudarte a escapar.

—Escúcheme...

—Has matado a alguien esta noche. Lo has dicho tú misma. No puedo ayudarte a escapar.

—No fue un asesinato. Él quería morir, ya se lo he dicho.

—¿Y vino a morir aquí porque también él se crió aquí?

—Sí —dice ella, un poco aliviada.

—Pues dime quién es. A lo mejor le conozco...

Ella niega con la cabeza.

—Ya se lo he dicho. No nos conoce. Aquí nadie nos conoce.

—Eso no lo sabes con seguridad. A lo mejor alguno de vuestros familiares... —La obstinación de Luke sale a relucir cuando se irrita.

—Mi familia no vive en Saint Andrew desde hace mucho, mucho tiempo. —Suenas cansada. Después estalla—. Cree que sabe, ¿verdad? Muy bien. Me llamo McIlvrae. ¿Le suena ese apellido? Y el hombre del bosque se llama Saint Andrew.

—¿Saint Andrew, como el pueblo? —pregunta Luke.

—Exacto, como el pueblo —responde ella, un tanto arrogante.

Luke siente unas curiosas burbujas que se filtran en su mente. No es exactamente reconocimiento. ¿Dónde ha visto ese apellido, McIlvrae? Sabe que lo ha visto u oído en alguna parte, pero esa información está fuera de su alcance.

—No ha habido un Saint Andrew en este pueblo desde hace... por lo menos cien años —dice Luke categóricamente, molesto porque le lleve la contraria una chica que pretende haber nacido allí, que está diciendo una mentira absurda que no le hará ningún bien—. Desde la guerra civil. O eso me han dicho.

Ella hace un amago con el bisturí para llamar su atención.

—Mire... no soy una persona peligrosa. Si me ayuda a escapar, no voy a hacer daño a nadie más. —Le habla como si fuera él quien no está siendo razonable—. Deje que le enseñe una cosa.

Y entonces, sin previo aviso, se apunta a sí misma con el bisturí y se corta el pecho. Una línea larga y ancha que empieza en el seno izquierdo y llega hasta la zona de las costillas bajo el seno derecho. Luke se queda paralizado un momento, mientras la línea se perfila en rojo sobre la piel blanca. La sangre brota de la herida, y por la abertura empieza a asomar el tejido orgánico carmesí.

—¡Dios mío! —exclama él. ¿Qué demonios le pasa a esa chica? ¿Está loca? ¿Tiene ganas de morir? Sale de su desconcertada inercia y se dirige a la cama.

—¡Atrás! —dice ella mientras lo amenaza de nuevo con el bisturí—. Espere y mire.

Alza el pecho, con los brazos en cruz, como para ofrecerle una visión mejor, pero Luke ve bien, solo que no puede creer lo que está viendo. Los dos bordes de la herida se están acercando uno a otro como los zarcillos de una planta, volviéndose a unir, entrelazándose. La herida ha dejado de sangrar y está empezando a cicatrizar. Durante el proceso, la chica respira agitadamente, pero no da señales de dolor.

Luke no está seguro de si eso es real. Está viendo algo imposible. ¡Imposible! ¿Qué se espera que piense? ¿Se ha vuelto loco, o está soñando, dormido en el sofá de la sala de los médicos? Sea lo que sea lo que ha visto, su mente se niega a aceptarlo y empieza a cerrarse.

—¿Qué demonios...? —dice, apenas en un susurro. Vuelve a respirar, el pecho le sube y le baja, su rostro se ruboriza. Siente que va a vomitar.

—No llame al policía. Se lo explicaré, lo juro, pero no grite pidiendo ayuda, ¿vale?

Mientras Luke se balancea sobre los pies, le llama la atención que la zona de urgencias haya quedado en silencio. ¿Hay por ahí alguien que pueda oírle si grita? ¿Dónde está Judy, dónde está el policía? Es como si el hada madrina de la Bella Durmiente hubiera llegado flotando y lanzado un hechizo que dejara dormido a todo el mundo. Los ruidos habituales —las lejanas risas

grabadas de un programa de televisión, el tic-tac metálico del interior de la máquina expendedora de refrescos— han desaparecido. No se oye el zumbido del limpiasuelos que recorre laboriosamente los pasillos vacíos. Solo existen Luke y su paciente y el sonido apagado del viento que azota la fachada del hospital e intenta entrar.

—¿Qué ha sido eso? ¿Cómo lo has hecho? —pregunta Luke, incapaz de ocultar el miedo de su voz. Vuelve a deslizarse sobre la banqueta para no caerse al suelo—. ¿Qué eres?

La última pregunta parece golpearla como un puñetazo en el abdomen. Agacha la cabeza y los vaporosos rizos rubios le tapan la cara.

—Eso... eso es lo único que no puedo decirle. Ya no sé lo que soy. No tengo ni idea.

Es imposible. Esas cosas no ocurren. No tiene explicación. ¿Qué pasa, es una mutante? ¿Hecha con materiales sintéticos que cicatrizan solos? ¿Es alguna especie de monstruo?

Y sin embargo, la chica parece normal, piensa el doctor mientras su corazón vuelve a acelerarse y la sangre le empieza a palpar en las sienas. Las baldosas de linóleo parecen moverse bajo sus pies.

—Volvimos, él y yo, porque echábamos de menos este sitio. Sabíamos que todo iba a ser diferente, que ya no quedaba nadie, pero añorábamos lo que habíamos tenido —dice la joven con tristeza, mirando más allá del doctor, hablando sin dirigirse a nadie en particular.

La sensación que Luke ha tenido cuando la ha visto por primera vez esa noche —el hormigueo, el zumbido— forma entre ellos un arco fino y eléctrico. Quiere saber.

—Vale —dice temblando, con las manos en las rodillas—. Esto es de locos, pero adelante. Te escucho.

Ella respira hondo y cierra los ojos un momento, como si fuera a sumergirse bajo el agua. Y después, empieza.

2

Territorio de Maine, 1809

Empezaré por el principio, porque esa es la parte que tiene sentido para mí, la que he grabado en mi memoria, temiendo que si no lo hago se pierda a lo largo de mi recorrido, en el infinito paso del tiempo.

Mi primer recuerdo claro y vivido de Jonathan Saint Andrew es de una luminosa mañana de domingo en la iglesia. Estaba sentado en el extremo del banco de su familia, en la parte delantera de la sala de cultos. Tenía entonces doce años y ya era tan alto como cualquier hombre del pueblo. Casi tan alto como su padre, Charles, el hombre que había fundado nuestro pequeño asentamiento. Me habían contado que en otro tiempo Charles Saint Andrew había sido un gallardo capitán de la milicia, pero para entonces era un hombre maduro con una barriga blanda de patricio.

Jonathan no estaba prestando atención al oficio religioso, pero lo más probable era que pocos de los asistentes lo hiciéramos. El oficio de los domingos podía durar cuatro horas, hasta ocho si el pastor se sentía elocuente. ¿Quién podía decir sinceramente que se mantenía atento a cada palabra del predicador? Tal vez la madre de Jonathan, Ruth, que se sentaba junto a él en el sencillo banco vertical. Procedía de una estirpe de teólogos de Boston y podía darle al pastor Gilbert un buen rapapolvo si le parecía que su sermón no era lo bastante riguroso. Había almas en juego, y estaba claro que ella consideraba que las almas de aquel pueblo aislado en la naturaleza, lejos de las influencias civilizadoras, corrían un peligro especial. Pero Gilbert no era un fanático, y cuatro horas solían ser su límite, así que todos sabíamos que pronto saldríamos libres a la gloria de una hermosa tarde.

Mirar a Jonathan era uno de los pasatiempos favoritos de las chicas de la aldea, pero aquel domingo en particular era él quien miraba. No trataba de ocultar que estaba observando a Tenebraes Poirier. Su mirada no se había apartado de ella durante diez buenos minutos, sus astutos ojos castaños estaban fijos en el atractivo rostro de Tenebraes y en su cuello de cisne, pero sobre todo en su pecho, que se apretaba contra el ceñido percal de su corpiño cada vez que respiraba. Al parecer, no le importaba que Tenebraes fuera varios años mayor que él y estuviera prometida a Matthew Comstock desde que tenía seis.

¿Era amor?, me preguntaba yo mientras le miraba desde lo alto de la galería, donde mi padre y yo nos sentábamos con las otras familias pobres. Aquel domingo solo estábamos mi padre y yo, y el resto de mi familia se encontraba en la iglesia católica, al otro lado del pueblo, practicando la

religión de mi madre, que procedía de una colonia acadiana del nordeste. Con la mejilla apoyada en el antebrazo, yo observaba a Jonathan con desdén, como solo puede hacerlo una niña enamorada. En cierto momento, me pareció que Jonathan se mareaba, como si tragara con dificultad, y apartó por fin la mirada de Tenebraes, que se mantenía ajena al efecto que estaba causando en el hijo predilecto del pueblo.

Si Jonathan estaba enamorado de Tenebraes, yo ya podía tirarme desde la galería de la iglesia, a la vista de todos los del pueblo. Porque a los doce años, yo sabía con absoluta claridad que amaba a Jonathan con todo mi corazón, y si no podía pasar mi vida con él, lo mismo me daba morir. Estuve sentada al lado de mi padre hasta el final del oficio, con el corazón martilleando en la garganta, las lágrimas acumulándose detrás de mis ojos, aunque me decía que era una boba por dejar que se apoderara de mí algo que probablemente no tenía sentido.

Cuando terminó el oficio, mi padre, Kieran, me cogió de la mano y me condujo escalera abajo para reunirnos con nuestros vecinos en el prado comunal. Ese era el premio por permanecer sentados durante todo el oficio: la oportunidad de hablar con tus vecinos, de tener algo de relajación después de seis días de trabajo duro y tedioso. Para algunos, era el único contacto que tenían fuera de su familia en toda la semana, la única oportunidad de oír las últimas noticias y los cotilleos. Yo me quedé detrás de mi padre mientras él hablaba con un par de vecinos, espiando desde detrás de sus piernas para localizar a Jonathan, con la esperanza de que no estuviera con Tenebraes. Se encontraba junto a sus padres, solo, mirándoles la nuca como petrificado. Estaba claro que quería irse, pero igual habría podido desear que nevara en julio; la relación social después de los oficios religiosos solía durar una hora por lo menos, y más si el tiempo era tan agradable como aquel día, y a los más obstinados prácticamente había que llevárselos. Su padre estaba muy solicitado, porque había muchos en el pueblo que veían el domingo como una oportunidad de hablar con el hombre que, o bien era el dueño de sus tierras, o bien estaba en condiciones de mejorar de algún modo su situación. Pobre Charles Saint Andrew; hasta muchos años después no me di cuenta de la carga que tenía que soportar.

¿De dónde saqué el valor para hacer lo que hice a continuación? Puede que fuera la desesperación y el empeño en no perder a Jonathan por culpa de Tenebraes lo que me impulsó a separarme de mi padre. En cuanto estuve segura de que no había advertido mi ausencia, corrí a través del prado hacia Jonathan, sorteando los grupos de adultos que charlaban. A aquella edad yo era una niña menuda que se ocultaba fácilmente de la vista de mi padre tras las voluminosas faldas de las señoras, hasta que llegué ante Jonathan.

—Jonathan, Jonathan Saint Andrew —dije, pero mi voz salió como un chillido.

Aquellos preciosos ojos oscuros me miraron a mí y solo a mí por primera vez, y mi corazón dio un pequeño brinco.

—¿Sí? ¿Qué quieres?

¿Qué quería? Ahora que tenía su atención, no sabía qué decir.

—Eres de los McIlvrae, ¿no? —dijo Jonathan con recelo—. Nevin es tu hermano.

Mis mejillas se sonrojaron al acordarme del incidente. ¿Por qué no había pensado en el incidente antes de acercarme? La primavera pasada, Nevin le había tendido una emboscada a Jonathan a la puerta de la tienda de provisiones y le había hecho sangrar por la nariz antes de que los adultos los separaran. Nevin siempre había odiado a Jonathan, por razones desconocidas por todos menos por Nevin. Mi padre pidió disculpas a Charles Saint Andrew por lo que se consideró

simplemente como el tipo de peleas en las que los niños se enzarzan de manera rutinaria, sin la menor malicia. Lo que ni mi padre sabía era que Nevin mataría sin dudar a Jonathan si alguna vez tuviera la oportunidad.

—¿Qué quieres? ¿Es una de las jugarretas de Nevin?

Le guiñé un ojo.

—Yo... Hay una cosa que quiero preguntarte.

Pero no podía hablar en presencia de todos aquellos adultos. Era solo cuestión de tiempo que los padres de Jonathan se dieran cuenta de que había una niña entre ellos, y se preguntarían qué demonios estaba haciendo la hija mayor de Kieran McIlvrae, si era verdad que los hijos de McIlvrae tenían extrañas intenciones para con su hijo.

Le cogí la mano con las dos mías.

—Ven conmigo.

Le guié a través de la multitud, volviendo al vacío vestíbulo de la iglesia, y por razones que nunca sabré, él me obedeció. Curiosamente, nadie se fijó en nuestra partida, nadie gritó para impedir que nos marcháramos solos. Nadie se separó del grupo para acompañarnos. Era como si el destino conspirara también para que Jonathan y yo tuviéramos nuestro primer momento juntos.

Entramos en el guardarropa, con su frío suelo de pizarra y sus huecos oscuros, sus insinuaciones de soledad. El sonido de las voces parecía muy lejano, solo eran murmullos y fragmentos de conversación que llegaban desde el prado. Jonathan estaba inquieto, confuso.

—Bueno, ¿qué es lo que quieres decirme? —preguntó con un tono de impaciencia en la voz.

Yo había pensado en preguntarle por Tenebraes. Quería preguntarle por todas las chicas del pueblo, cuáles le gustaban y si se había prometido con alguna de ellas. Pero no podía. Aquellas preguntas se agolpaban en mi pecho y me tenían al borde del llanto.

Y así, por pura desesperación, me acerqué a él y apreté mis labios contra los suyos. Supe que le sorprendió por la manera en que se echó atrás, solo un poco, antes de recobrarse. Y entonces hizo algo inesperado: me devolvió el beso. Se me echó encima, buscando mis labios con la boca, echando el aliento en la mía. Fue un beso intenso, desesperado y torpe, mucho más de lo que yo podía esperar. Antes de que tuviera tiempo de asustarme, me empujó contra la pared, con su boca todavía sobre la mía, y se apretó contra mí hasta que me topé con el bulto oculto bajo la delantera de sus pantalones, por debajo de los pliegues de su chaqueta. Se le escapó un gemido; era la primera vez que yo oía un gemido de placer de otra persona. Sin decir palabra, me cogió la mano y la puso sobre la parte delantera de sus pantalones, y sentí que le recorría un estremecimiento mientras soltaba otro gemido.

Retiré la mano. Noté un hormiguelo. Todavía sentía su erección en la palma.

Él estaba jadeando, intentando controlarse, confuso al ver que yo me separaba de él.

—¿No es esto lo que querías? —preguntó al tiempo que escrutaba mi cara, más que un poco preocupado—. Me has besado.

—Sí... —Las palabras me salían a trompicones—. Quería preguntar... Tenebraes...

—¿Tenebraes? —Retrocedió, alisándose la delantera de su chaleco—. ¿Qué pasa con Tenebraes? ¿Y qué importa...? —Siguió retrocediendo, tal vez porque había caído en la cuenta de que había sido observado en la iglesia. Meneó la cabeza, como sacudiéndose el pensamiento mismo de Tenebraes Poirier—. ¿Y cómo te llamas? ¿Cuál de las hermanas McIlvrae eres?

No podía reprocharle que no estuviera seguro. Éramos tres.

—Lanore —respondí.

—No es un nombre muy bonito, ¿eh? —dijo, sin darse cuenta de que cualquier pequeña palabra puede herir el corazón de una chica—. Te llamaré Lanny, si no te importa. Bueno, Lanny, ¿sabes que eres una niña muy mala? —Había un tono de guasa en su voz, para hacerme saber que no estaba enfadado de verdad conmigo—. ¿Nunca te han dicho que no debes provocar a los chicos, y menos aún a chicos que no conoces?

—Pero sí te conozco. Todo el mundo te conoce —dije yo, un poco preocupada porque me considerara frívola. Él era el hijo mayor del hombre más rico del pueblo, el propietario de la empresa maderera alrededor de la cual giraba toda la colonia. Claro que todos sabían quién era—. Y... y creo que te quiero. Me gustaría ser tu mujer algún día.

Jonathan enarcó una ceja con cinismo.

—Saber mi nombre es una cosa, pero ¿cómo puedes saber que me quieres? ¿Cómo puedes entregarme tu corazón? No me conoces nada, Lanny, y sin embargo te has declarado mía. —Se alisó la chaqueta una vez más—. Deberíamos volver afuera antes de que venga alguien a buscarnos. Lo mejor sería que no nos vieran juntos, ¿no crees? Sal tú primero.

Me quedé quieta un segundo, escandalizada. Estaba confusa, todavía poseída por los fantasmas de su deseo, su beso y el recuerdo de su erección en mi mano. En cualquier caso, él me había malinterpretado: yo no me había entregado a él; había declarado que él era mío.

—Muy bien —dije, y la decepción debió de ser evidente en mi voz, porque Jonathan me dedicó su sonrisa más atractiva.

—No te preocupes, Lanny. El domingo que viene... nos veremos después del oficio, te lo prometo. Tal vez pueda convencerte de que me des otro beso.

¿Quieres que te hable de Jonathan, de mi Jonathan, para que entiendas cómo podía estar tan segura de mi devoción? Era el primogénito de Charles y de Ruth Saint Andrew, y estos estaban tan contentos de haber tenido un hijo que le pusieron nombre de inmediato y le hicieron bautizar antes de un mes, festejándolo imprudentemente en una época en la que la mayoría de los padres no ponían nombre a un niño hasta que este había vivido algún tiempo y demostrado que tenía posibilidades de criarse. Su padre organizó una gran fiesta mientras Ruth estaba todavía recuperándose en la cama; hizo que todo el pueblo acudiera a tomar ponche de ron y té con azúcar, pastel de pasas y pastas de melaza; contrató a un violinista acadiano; tuvo música y risas tan poco después del nacimiento del niño que parecía que el padre estaba desafiando al diablo: ¡Atrévete a venir a llevarte a mi hijo! ¡Inténtalo y verás lo que te pasa!

Desde los primeros días se vio claro que Jonathan no era un niño corriente: era excepcionalmente inteligente, excepcionalmente fuerte, excepcionalmente sano y, por encima de todo, excepcionalmente guapo. Las mujeres se sentaban cautivadas junto a la cuna, pedían turno para cogerlo en brazos y fingir que aquel bulto tan bien formado de carne y delicados rizos de color negro era suyo. Incluso los hombres, hasta el más duro de los leñadores que trabajaban para Saint Andrew en la empresa maderera, se ponían insólitamente sentimentales cuando estaban cerca del niño.

Cuando Jonathan llegó a su duodécimo cumpleaños, no se podía negar que había en él algo sobrenatural, y parecía obvio atribuírselo a su belleza. Era un prodigio. Era la perfección. Eso no se podía decir de muchos en aquellos tiempos; era una época en la que la gente estaba desfigurada

por numerosas causas: unos por viruela o accidentes, quemaduras en el hogar, otros escualidos por la malnutrición, desdentados a los treinta años, cojos por un hueso roto que no había soldado bien, con cicatrices, parálisis, tiña por falta de higiene y, en nuestra zona de bosques, con miembros amputados por congelación. Pero en Jonathan no había una sola marca que lo desfigurara. Creció alto, erguido y ancho de hombros, tan majestuoso como los árboles de su propiedad. Su piel era tan blanca y pura como la leche recién ordeñada. Tenía un pelo negro y liso tan reluciente como el ala de un cuervo, y sus ojos eran oscuros e insondables, como los recovecos más profundos del Allagash. Era, simplemente, de una belleza admirable.

¿Es una bendición o una maldición tener un niño como Jonathan viviendo entre nosotros? Yo digo que pobres de nosotras, las chicas, si se tiene en cuenta el efecto que un chico como Jonathan puede tener en las muchachas de una aldea, en un pueblo tan pequeño que apenas existen otras distracciones, y donde es imposible evitar todo contacto con él. Era una tentación constante e inevitable. Siempre existía la posibilidad de verlo, saliendo de la tienda de provisiones o cabalgando por un campo, en teoría para hacer un recado, pero en realidad enviado por el diablo para debilitar nuestras defensas. No necesitaba estar presente para tomar el control de nuestra conciencia: cuando te sentabas a hacer labores de costura con tus hermanas o amigas, una de ellas decía en susurros que había visto a Jonathan hacía poco, y a partir de ahí no hablábamos de otra cosa que no fuera él. Puede que tuviéramos parte de la culpa de nuestro tormento, porque las chicas éramos incapaces de dejar de estar obsesionadas con él, ya fuera con ocasión de un encuentro casual («¿Te habló?», querían saber las chicas. «¿Qué te dijo?»), o simplemente por haberlo visto en el pueblo, cuando se comentaban hasta detalles tan triviales como el color de su chaleco. Pero en lo que en realidad pensábamos todas nosotras era en cómo podía mirarte de arriba abajo de un modo tan impertinente, o en la manera en que las comisuras de su boca se torcían hacia arriba en un gesto de reflexión, y en que todas nosotras moriríamos por estar acurrucadas en sus brazos una sola vez. Y no eran solo las jovencitas las que sentían eso por él; sobre todo cuando llegó a la adolescencia, a los quince o dieciséis años, ya hacía que los demás hombres del pueblo parecieran consumidos, toscos, gordos o esqueléticos, y las buenas esposas empezaron a mirar a Jonathan de otra manera. Se notaba en su forma de observarlo.

También había en él una faceta de ligero peligro, de querer tocarlo como cuando una voz sin juicio en tu cabeza te dice que toques un hierro candente. Sabes que no podrás evitar quemarte, pero eres incapaz de resistirte. Tienes que experimentarlo por ti misma. Haces caso omiso de lo que sabes que vendrá a continuación, el insoportable dolor de la carne chamuscada, el lacerante escozor de la quemadura cada vez que se toca la herida. La cicatriz que llevarás el resto de tu vida: la cicatriz que dejará una marca en tu corazón. Vacunada contra el amor, nunca volverás a ser tan tonta de la misma manera.

En este aspecto, yo era envidiada y ridiculizada al mismo tiempo: envidiada por todos los ratos que pasaba en compañía de Jonathan; ridiculizada porque había dejado claro que no había entre nosotros ningún tipo de idilio. A los ojos de otras chicas, eso solo confirmaba que yo carecía de las argucias femeninas necesarias para excitar el interés de un hombre. Pero yo no era diferente de ellas. Sabía que Jonathan tenía el poder de quemarme con el resplandor de su atención, como una llama aplicada a un papel. Una chica podía quedar destruida en un instante de divino amor. La cuestión era: ¿valía la pena?

Podrías preguntar si yo amaba a Jonathan por su belleza, y yo respondería que esa es una

pregunta absurda, ya que su extraordinaria belleza era una parte indisociable de todo su ser. Era lo que le daba su tranquila confianza en sí mismo —que algunos llamarían altiva arrogancia— y su soltura desarmante con el bello sexo. Y si fue su belleza lo que primero atrajo mi atención, no pediré disculpas por ello, ni pienso pedir las por mi deseo de hacer mío a Jonathan. Contemplar una belleza así es desear poseerla; es el anhelo que impulsa a todo coleccionista. Y yo no era la única. Casi todas las personas que conocían a Jonathan intentaban poseerlo. Aquella era su maldición, y la maldición de todas las personas que lo amaban. Pero era como estar enamorado del sol: brillante y fascinador cuando estás cerca, pero es imposible quedártelo para ti solo. Era desesperante amarlo, e igualmente desesperante no hacerlo.

Y así caí víctima de la maldición de Jonathan, atrapada en su terrible atracción, pero los dos estábamos condenados a sufrir por ello.

3

De este modo se fue desarrollando una amistad entre nosotros —Jonathan y yo— durante la adolescencia. Nos encontrábamos después de los oficios religiosos del domingo y en acontecimientos sociales como bodas e incluso funerales, hablando en susurros en los márgenes del grupo de dolientes, o prescindiendo de todo decoro y escapándonos al bosque para poder concentrar toda nuestra atención en el otro. Había cabezas que se meneaban con desaprobación, y seguro que algunas lenguas se entregaron al cotilleo, pero nuestras familias no hicieron nada por impedir nuestra amistad. Al menos, si lo hicieron, yo no me enteré.

Durante aquella época me fui dando cuenta poco a poco de que Jonathan estaba más solo de lo que yo había imaginado. Los otros chicos buscaban su compañía mucho menos de lo que yo había supuesto; y por parte de Jonathan, cuando un grupo se nos acercaba en un acto social, él solía mantenerse al margen. Recuerdo una ocasión, en una reunión de primavera en la iglesia, en la que Jonathan me llevó por otro camino al ver que un grupo de chicos de su edad iba en nuestra dirección. Yo no sabía cómo interpretar aquello, y al cabo de unos minutos de angustiosa reflexión, decidí preguntarle:

—¿Por qué has querido venir por este camino? ¿Es porque te da vergüenza que te vean conmigo?

Él hizo un sonido de burla.

—No seas tonta, Lanny. Me están viendo contigo. Todos pueden ver que estamos paseando juntos.

Aquello era cierto en buena medida, y un alivio. Pero yo no podía dejar de preguntar.

—Entonces ¿es porque no te gustan esos chicos?

—No me disgustan —dijo con displicencia.

—Entonces ¿por qué...?

Él me interrumpió.

—¿Por qué me preguntas? Cree lo que te digo: para los chicos es diferente, Lanny, y así son las cosas.

Empezó a andar más deprisa, y yo tuve que levantarme un poco la falda para mantener su paso. No me había explicado qué era aquello tan misterioso a lo que había aludido. ¿Qué era diferente para los chicos?, me preguntaba. Por lo que yo podía ver, casi todo. A los chicos se les permitía ir a la escuela, si sus familias podían permitirse pagar al profesor, mientras que las chicas no tenían más educación que la que podían impartirles sus madres: las artes domésticas de coser, limpiar y

cocinar, y tal vez un poco de lectura de la Biblia. Los chicos podían pelearse entre ellos por diversión, correr y jugar a «tú la llevas» sin el estorbo de las faldas largas, montar a caballo... Sí, era cierto que les tocaban trabajos más duros y tenían que dominar todo tipo de habilidades —una vez, me contó Jonathan, su padre le hizo reparar los cimientos de su nevera, con piedra y argamasa, solo para que supiera un poco de albañilería—, pero la vida de un chico era mucho más libre, pensaba yo. Y ahora Jonathan se quejaba de ello.

—Ya me gustaría ser un chico —murmuré, casi sin aliento por intentar seguir su paso.

—No, de eso, nada —dijo él por encima del hombro.

—No veo por qué...

Se volvió hacia mí.

—¿Qué me dices de tu hermano Nevin? A él no le gusto mucho, ¿a que no?

Me detuve, perpleja. No, a Nevin no le gustaba Jonathan, y así había sido desde que yo recordaba. Me acordé de la pelea con Jonathan, cómo Nevin llegó a casa con la cara decorada con una costra de sangre seca, cómo nuestro padre se sintió discretamente orgulloso de él.

—¿Por qué crees que tu hermano me odia? —preguntó.

—No lo sé.

—Nunca le he dado motivos, pero me odia de todos modos —dijo Jonathan, esforzándose por que no se notara en su voz que estaba dolido—. Y lo mismo pasa con todos los chicos. Me odian. Y también algunos de los adultos. Lo sé, puedo sentirlo. Por eso los evito, Lanny. —El pecho se le alzaba con esfuerzo debido al cansancio de explicarme aquello—. Bueno, ya lo sabes —dijo, y apretó el paso dejándome atrás, mientras yo lo miraba sorprendida.

Estuve toda la semana pensando en lo que me había revelado. Podría haberle preguntado a Nevin por qué había llegado a odiar tanto a Jonathan, pero de hacerlo habría reanudado una vieja discusión entre nosotros; por supuesto, él no podía soportar que yo fuera amiga de Jonathan, y yo conocía perfectamente las razones sin tener que preguntar. Mi hermano pensaba que Jonathan era soberbio y arrogante, que hacía ostentación de su riqueza y que esperaba —y obtenía— un trato especial. Yo conocía a Jonathan mejor que nadie aparte de su familia —tal vez incluso mejor que su familia—, así que sabía que todo aquello era falso... excepto lo último, pero no era culpa de Jonathan que los demás lo trataran de manera diferente. Y aunque Nevin se negaba a reconocerlo, yo veía en su mirada de odio el deseo de destruir la belleza de Jonathan, de dejar su marca en aquel rostro armonioso y atractivo, de derribar al hijo predilecto del pueblo.

A su manera, Nevin quería desafiar a Dios, corregir lo que él veía como una injusticia que Dios había cometido deliberadamente con él: obligarle a vivir a la sombra de Jonathan en todos los aspectos.

Por eso Jonathan se había alejado de mí en la merienda campestre de la iglesia, porque se había visto obligado a compartir su vergüenza conmigo y tal vez pensara que ahora que yo conocía su secreto le abandonaría. ¡Con qué fuerza nos aferramos a nuestros miedos en la adolescencia! Como si existiera algún poder en la tierra o en el cielo que pudiera impedir que yo amara a Jonathan. En cualquier caso, me hizo ver que también él tenía enemigos y detractores, que también a él le estaban juzgando a todas horas, y que me necesitaba. Yo era la única amistad con la que podía ser libre. Y aquello no era unilateral; hablando claramente, Jonathan era la única persona que me trataba como si le importara. Y tener la atención del chico más deseado e importante del pueblo no era poca cosa para una chica casi invisible entre sus compañeras. ¿No era inevitable

que aquello me hiciera amarle aún más?

Y así se lo dije a Jonathan el domingo siguiente, cuando me acerqué a él y deslicé mi brazo bajo el suyo mientras él paseaba por la parte más alejada del prado.

—Mi hermano es idiota —fue lo único que dije, y seguimos paseando juntos sin cruzar ni una palabra más.

Lo único que yo no retiraba de nuestra conversación en la reunión era lo de que habría preferido nacer chico. Seguía convencida de ello. Me habían metido en la cabeza, mediante las cosas que hacían mis padres y las mismas reglas por las que se regía nuestra convivencia, que las chicas no valían tanto como los chicos y que nuestras vidas estaban destinadas a ser mucho menos trascendentes. Por ejemplo, Nevin heredaría la granja de mi padre, pero si no hubiera tenido temperamento o ganas de criar ganado, habría podido hacerse aprendiz del herrero o ir a trabajar de leñador para los Saint Andrew. Tenía opciones, aunque fueran limitadas. Como mujer, yo tenía menos opciones: casarme y fundar mi propio hogar, quedarme en casa y cuidar de mis padres, o trabajar como sirvienta en casa ajena. Si Nevin rechazaba la granja por alguna razón, lo más probable era que mis padres se la pasaran al marido de alguna de sus hijas, pero también esto dependía de las preferencias del marido. Un buen marido debe tener en cuenta los deseos de su esposa, pero no todos lo hacían.

La otra razón —la más importante, en mi opinión— era que si yo fuera un chico, me sería mucho más fácil ser amigo de Jonathan. ¡La de cosas que podríamos hacer juntos si yo no fuera una chica! Podríamos montar a caballo y salir de aventuras sin acompañantes. Podríamos pasar muchísimo tiempo juntos sin que nadie frunciera el ceño o lo considerara un tema adecuado para hacer comentarios. Nuestra amistad sería tan banal y tan corriente que nadie repararía en ella y la dejarían que fraguase a su aire.

Mirando hacia atrás, ahora me doy cuenta de que aquella fue una época difícil para mí, todavía atrapada en la adolescencia pero dando tumbos hacia la madurez. Había cosas que yo quería de Jonathan, pero todavía no podía ponerles nombre, y solo disponía del torpe marco de la infancia para compararlas. Era íntima suya, pero quería intimar más de una manera que no comprendía. Veía cómo miraba a las chicas mayores, y que con ellas se comportaba de modo diferente que conmigo, y pensaba que me iba a morir de celos. En parte, esto se debía a la intensidad de la atención de Jonathan, a su gran encanto; cuando estaba contigo, conseguía hacer que sintieras que eras el centro de su mundo. Sus ojos, aquellos ojos oscuros e insondables, se posaban en tu cara y era como si él estuviera allí por ti y nada más que por ti. Es posible que fuera una ilusión, puede que fuera simplemente el gozo de tener a Jonathan para ti sola. Fuera como fuese, el resultado era el mismo: cuando Jonathan te retiraba su atención, era como si el sol se ocultara tras una nube y un viento frío y cortante soplara a tu espalda. Lo único que querías era que Jonathan volviera, para disfrutar de nuevo de su atención.

Y él iba cambiando año tras año. Cuando bajaba la guardia, yo descubría facetas tuyas que no había visto antes (o no me había fijado). Podía comportarse con rudeza, sobre todo si creía que no había ninguna mujer observándole. Exhibía algunos de los comportamientos toscos de los leñadores que trabajaban para su padre, decía groserías de las mujeres como si ya estuviera familiarizado con todo abanico de intimidades posibles entre los sexos. Más adelante me enteré de que a los dieciséis años había sido seducido y que se había dedicado a seducir a otras, que

había entrado a formar parte (relativamente pronto en su vida) de aquel baile secreto de amantes ilícitos que se desarrollaba en Saint Andrew, un mundo oculto si no sabías buscarlo. Pero aquellos eran secretos que no se atrevía a compartir conmigo.

Lo único que sé es que mi hambre de Jonathan iba creciendo y sentía que a veces estaba casi fuera de mi control. Que había algo en su mirada provocativa o en su media sonrisa, o en la manera de acariciar deliberadamente la manga de la blusa de una chica cuando creía que nadie le observaba, que me hacía desear que me mirara y me acariciara de la misma manera. Y cuando pensaba en las groserías que le había oído decir, deseaba que también fuera grosero conmigo. Ahora comprendo que era una chica solitaria y confusa, que suspiraba por la intimidad y ansiaba pasión física (aunque era un misterio para mí), y ahora sé que mi ignorancia me acarrearía la ruina. Estaba locamente empeñada en ser amada. No puedo culpar solo a Jonathan. Cuán a menudo provocamos nuestra propia caída...

4

Hospital del Condado de Aroostook, en la actualidad

El humo hace remolinos en dos haces de luz en la sala de reconocimiento médico. A estas alturas, las correas de las muñecas están desatadas y la detenida está sentada, con la cama levantada como una silla, con un cigarrillo encendido entre los dedos. Dos colillas quemadas hasta los filtros están aplastadas en el fondo de una cuña colocada en la cama entre ellos. Luke se echa hacia atrás en su asiento y tose, con la garganta irritada por el humo, y su cabeza está embotada, como si hubiera estado ingiriendo calmantes toda la noche, como si hubiera estado en un sueño narcótico y se estuviera despertando del trance.

Suena un golpe de nudillos en la puerta y Luke se pone en pie con más rapidez que una ardilla trepando a un árbol, porque sabe que es la señal preceptiva y rutinaria que hacen los trabajadores del hospital antes de entrar en una sala de reconocimiento. Bloquea la puerta con su cuerpo, dejando que se abra solo un par de centímetros.

La mirada fría de Judy, distorsionada por las lentes de sus gafas, le taladra.

—Han llamado del depósito. Acaba de llegar el cadáver. Joe quiere que llames al médico forense.

—Es tarde. Dile a Joe que no tiene sentido llamar al forense ahora. Eso puede esperar a mañana.

La enfermera cruza los brazos.

—También quería que te preguntara por su detenida. ¿Puede marcharse ya o no?

Esto es una prueba, comprende Luke. Siempre se ha tenido por una persona honrada, y sin embargo no se resigna a dejarla marchar todavía.

—No, todavía no puede llevársela.

Judy le mira con tal intensidad que parece que podría atravesarlo.

—¿Por qué no? No tiene ni un rasguño.

Una mentira brota al instante en su mente.

—Se ha alterado mucho. He tenido que sedarla. Debo asegurarme de que no tiene una reacción adversa al sedante.

La enfermera suspira sonoramente, como si supiera —no sospechara, sino supiera— que le está haciendo algo asqueroso al cuerpo de la chica inconsciente.

—Déjame, Judy. Dile a Joe que le llamaré cuando ella esté estable. —Y le cierra la puerta en

la cara.

Lanny empuja la ceniza por la cuña con su cigarrillo encendido, evitando deliberadamente el contacto visual con él.

—Así que Jonathan está aquí. Ahora ya no tienes que fiarte de mi palabra —dice, mientras deja caer ceniza en la cuña y señala la puerta con la cabeza—. Ve al depósito. Échale una mirada tú mismo.

Luke se mueve con incomodidad en la banqueta.

—Pues sí, hay un muerto en el depósito. Pero lo único que demuestra eso es que es verdad que has matado a un hombre esta noche.

—No, hay algo más. Te lo voy a enseñar. —Se sube la manga de la bata de hospital y le muestra un pequeño dibujo en la blanca cara interior del brazo. Él se inclina para mirar más de cerca y ve que es un tosco tatuaje en tinta negra, el contorno de un escudo heráldico con una figura reptiliana dentro—. Verás en el brazo de Jonathan, en este mismo sitio...

—¿El mismo tatuaje?

—No —dice ella, golpeándose el tatuaje con el pulgar—. Pero es del mismo tamaño y lo hizo la misma persona, así que parecerá similar, como si estuviera hecho con alfileres mojados en tinta, que es como se hizo. El suyo es como dos cometas girando una en torno a la otra, con las colas un poco extendidas.

—¿Qué significan las cometas? —pregunta Luke.

—Que me muera si lo sé —responde ella, mientras se ajusta la bata y arregla la sábana—. Tú ve a ver a Jonathan y luego dime si no me crees.

Después de atarla de nuevo —torpemente, con correas que casi nunca se usan pero se tienen a mano para pacientes alterados—, Luke Findley se baja de la banqueta. Se escabulle por las puertas batientes, mirando antes para asegurarse de que nadie le ve marchar. El hospital sigue estando oscuro y silencioso, y a duras penas se distingue movimiento en los lejanos puntos de luz que iluminan el puesto de enfermeras al final del pasillo. Sus zapatos rechinan contra el limpio suelo de linóleo mientras baja a toda prisa la escalera y se dirige al norte, por un pasillo del sótano que conduce al depósito de cadáveres.

Durante todo el camino, tiene los nervios de punta. Si alguien le para y le pregunta qué está haciendo fuera de urgencias, por qué va al depósito, dirá simplemente... Se le queda la mente en blanco. Luke nunca ha sido un mentiroso convincente. Se ve a sí mismo como una persona fundamentalmente honrada, aunque para poco le ha servido. Pero a pesar de su honradez y de su miedo a que le pillen, ha accedido a la extravagante sugerencia de la detenida porque tiene curiosidad por saber si ese muerto es el hombre más guapo que jamás se ha visto en el planeta, y cómo es el hombre más guapo del mundo.

Empuja la pesada puerta batiente del depósito para abrirla. Luke oye música —al asistente nocturno del depósito, un joven llamado Marcus, le gusta tener la radio encendida en todo momento—, pero no ve a nadie. Su mesa presenta señales de ocupación (la lámpara está encendida, hay papeles esparcidos, un envoltorio de chicle, un bolígrafo con la caperuza quitada), pero ni rastro de Marcus.

El depósito es pequeño, como corresponde a las modestas necesidades del pueblo. Más al fondo hay una sala refrigerada para las autopsias, pero los cuerpos se conservan en cuatro fríos nichos en la pared, nada más pasar la entrada. Luke respira hondo y agarra uno de los picaportes,

grande y pesado como los tiradores de los antiguos camiones para alimentos congelados.

En el primer nicho encuentra el cuerpo de una mujer mayor que él no conoce, lo que significa que probablemente procede de uno de los pueblos más alejados del condado. El cuerpo de la mujer, de corta estatura y rechoncho, y su pelo blanco le hacen pensar en su madre, y por un momento revive la última conversación lúcida que tuvieron. Él había estado sentado al lado de su cama en la unidad de cuidados intensivos hasta que los ojos desenfocados de la madre miraron en su dirección y su mano buscó la de Luke para obtener consuelo. «Siento que tuvieras que venir a casa para cuidar de nosotros —le dijo ella, la madre que nunca se disculpaba porque jamás se permitía hacer algo que necesitara excusas—. Tal vez nos hemos quedado en la granja demasiado tiempo, pero tu padre no quería dejarla...» Se detuvo, incapaz de ser desleal a aquel viejo tan terco que había renqueado hasta el establo para ordeñar las vacas hasta la mañana del día en que murió. «Lamento lo que eso le hizo a tu familia... —Luke recuerda que intentó explicar que su matrimonio ya se estaba rompiendo mucho antes de que él volviera con su familia a Saint Andrew, pero su madre se negó a aceptarlo—. Tú nunca quisiste quedarte en Saint Andrew, desde que eras pequeño. Aquí ya no puedes ser feliz. Cuando yo no esté, no te quedes aquí atrapado. Ve en busca de una nueva vida.» Se echó a llorar y quiso seguir apretándole la mano; cayó en la inconsciencia pocas horas después.

Luke tarda un minuto en darse cuenta de que el nicho está todavía abierto y de que lleva allí tanto tiempo que siente frío en el pecho. Es como si pudiera oír la voz de su madre dentro de su cabeza. Se estremece y vuelve a meter la camilla en el cajón, y después se queda quieto otro minuto hasta que recuerda para qué ha ido al depósito.

En el segundo nicho encuentra una bolsa negra para cadáveres y, con un gruñido de esfuerzo, tira de la camilla hacia fuera. La cremallera se abre con un agradable sonido de desgarró, como cuando se despega una tira de velcro.

Luke abre la bolsa y mira bien. Ha visto muchos cadáveres a lo largo de los años, y la muerte no mejora en absoluto el aspecto de nadie. Dependiendo de cómo murieron, los difuntos pueden estar hinchados, pueden presentar moratones o despigmentación, o pueden estar pálidos y cianóticos. Siempre se ve la inconfundible falta de expresión en los rasgos. La cara de ese hombre está casi blanca y manchada con trozos de hojas oscuras y mojadas. El pelo negro está pegado a la frente; los ojos, cerrados. No importa. Luke podría estar mirándolo toda la noche. Es de una belleza exquisita, incluso muerto. Es impresionante, dolorosamente hermoso.

Luke está a punto de volver a meter la camilla en el nicho de la pared cuando se acuerda del tatuaje. Antes mira por encima del hombro, no vaya a ser que Marcus haya regresado sin hacer ruido, y después se apresura, abriendo más la cremallera y retirando la ropa para descubrir la parte superior del brazo del muerto. Y allí está, como Lanny dijo que estaría, dos esferas entrelazadas con colas en direcciones opuestas, y los puntitos parecen similares: el tamaño, el aspecto de haber sido hechos a mano, incluso la ligera torcedura de las líneas.

Volviendo sobre sus pasos a través de los desiertos pasillos que llevan a la sala de urgencias, Luke se enfrenta a una maraña de pensamientos; casi todos son preguntas. Son como la materia y la antimateria, que se niegan una a otra, dos verdades que no pueden coexistir. Sabe lo que ha visto en la sala de urgencias cuando la chica se ha cortado: no puede haber ocurrido, y sin embargo ha ocurrido. Él había tocado aquella misma zona del pecho, antes y después del corte, así que sabe que no hay trampa. Pero lo que ha visto con sus propios ojos no puede haber ocurrido, no como él

lo ha visto.

A menos que ella esté diciendo la verdad. Y para colmo está el guapo del depósito de cadáveres, y los tatuajes... Todo ello le deja con la sensación de que necesita escuchar, dejarse llevar para variar. Pero es terco porque es un hombre de ciencia; no está dispuesto a prescindir de todo lo que sabe que es cierto. No obstante, tiene curiosidad por saber más.

El doctor irrumpe por la puerta de la sala de reconocimientos de urgencias —la energía y el nerviosismo dentro de su pecho son como luciérnagas en un tarro— y encuentra a la detenida acurrucada en la camilla, bañada por el haz descendente de luz y las volutas de humo. Podría ser un ángel excomulgado, piensa Luke, con las alas cortadas.

Lanny lo mira con ansiedad.

—¿Qué? ¿Lo has visto? ¿No es tal como te he dicho?

El doctor Findley asiente. Una belleza como esa es un narcótico por derecho propio. Se frota la cara, respira hondo.

—Ahora lo entiendes —dice Lanny solemnemente—. Y si me crees, ayúdame, Luke. Desátame. —Arquea la espalda y estira las correas, con su dulce cara de niña vuelta hacia él—. Necesito que me ayudes a escapar.

5

Saint Andrew, 1811

Es posible que a Jonathan y a mí nos hubiera ido mejor si yo hubiera nacido varón. Yo habría dejado que nuestra amistad continuara y de ese modo siempre habría tenido a Jonathan. Habríamos pasado toda nuestra vida en los confines de aquel pueblo diminuto; yo nunca me habría metido en los líos en que me metí, nunca habríamos sufrido esta terrible prueba para los dos. Nuestras vidas habrían sido insignificantes, pero plenas, satisfactorias y completas, y yo me habría conformado con ello.

Pero yo era una chica y eso no se podía cambiar por mucho que lo deseara. Ante mí se alzaba la misteriosa transición de niña a mujer, que me resultaba tan inexplicable como un truco de magia. ¿Qué ejemplo iba a seguir? Y mi madre, Theresa, no sería capaz de darme el tipo de orientación que yo anhelaba: era demasiado recatada y callada para mi gusto; yo no quería ser como ella. Quería más. Quería casarme con Jonathan, por ejemplo, y no me parecía que mi madre pudiera enseñarme a convertirme en el tipo de mujer que consiguiera hacer suyo a Jonathan.

Al parecer, había secretos que no toda mujer tenía derecho a conocer. Por suerte, había en el pueblo una mujer que conocía aquellos secretos, una mujer de la que se decían cosas, cuyo nombre arrancaba una sonrisa en los hombres (si se la nombraba cuando sus esposas no estaban cerca). Era una mujer diferente a todas las demás del pueblo, y yo tenía que encontrar una manera de inducirla a compartir sus secretos conmigo.

En un sendero muy trotado, oculto en la sombra de la forja del herrero, había una pequeña cabaña. Si uno se fijara en ella, podía pensar que era un cobertizo o una caseta para las herramientas de la herrería, un sitio para guardar barras de hierro. Era demasiado pequeña y estaba demasiado destaralada para ser una casa, pero no parecía estar abandonada, y el sendero que llevaba a la puerta delantera se iba gastando cada vez más con el tiempo. Desde luego, allí no podía vivir más de una persona, y la tradicional ley contra los que vivían solos seguía vigente en los albores del siglo XIX en nuestra aislada avanzadilla puritana (porque éramos puritanos, de eso no te quepa duda; los fundadores del asentamiento se habían criado en los territorios de Massachusetts y estaban acostumbrados a mezclar la religión con el gobierno). No obstante, en ese extremo norte de lo que se iba a convertir en el estado de Maine, la única razón para imponer la ley contra los que vivían solos era la necesidad: era impensable que una sola persona pudiera realizar la multitud de tareas necesarias para salir adelante en un entorno tan duro. En cambio, en

un pueblo puritano más estricto, no se permitía a nadie que viviera solo porque en la soledad uno podía descarriarse. Uno podía hacer cosas impías. La ley contra la vida en solitario permitía controlar la conducta de los vecinos, y los ciudadanos de Saint Andrew valoraban su independencia y protegían su intimidad con un poco más de celo.

De hecho, alguien vivía a solas en aquella casita: una mujer en el límite de la edad de concebir, todavía guapa, aunque marchita. Casi nunca salía, pero cuando se aventuraba por la calle a la luz del día, los lugareños la evitaban. Los hombres se esforzaban para que sus miradas no se encontraran y las mujeres apartaban sus largas faldas. Algunas le echaban miradas recriminatorias.

Pero por la noche la cosa cambiaba. Bajo la protección de la oscuridad, tenía visitas constantes. Los hombres —uno cada vez, raras veces dos— se escabullían por el sendero y llamaban educadamente a la vieja puerta. Si nadie respondía a la llamada, el visitante sabía que tenía que sentarse en el escalón de la entrada y esperar, de espaldas a la puerta, fingiendo no oír los sonidos que pudieran llegar de dentro. Con el tiempo, los sonidos del interior de la casita se convertían en murmullos de conversación, después en silencio, y al cabo de un minuto la puerta delantera se abría para el visitante que esperaba.

Los que conocían su existencia la llamaban Magdalena. Era el nombre que ella había dado cuando llegó al pueblo siete años antes. Nadie puso objeciones entonces al extraño nombre. Llegó con un pequeño grupo de viajeros procedentes del territorio canadiense francés, y cuando ellos siguieron su camino, ella se quedó. Dijo que era viuda y que había decidido trasladarse a un clima más meridional, siempre, claro está, que los ciudadanos de Saint Andrew la dejaran quedarse.

Y así, el herrero se ofreció a transformar su viejo cobertizo en una pequeña y pulcra morada, y las buenas mujeres del pueblo la ayudaron a instalarse, llevándole las preciadas cosas de su propiedad de las que podían prescindir: un taburete tambaleante, un poquito de té, una manta vieja. Enviaron a sus maridos con leña y ramas. Cuando le preguntaron qué iba a hacer para mantenerse —costura, hilado, tejido, tal vez... ¿era comadrona, experta en curar y cuidar niños? —, ella se limitó a sonreír recatadamente y a agachar la cabeza, como diciendo: «¿Yo? ¿Qué habilidades voy a tener? Mi marido me trataba como a una muñeca de porcelana. ¿Cómo podrá abrirse paso en el mundo una pobre viuda que no sabe hacer nada?». Las buenas esposas se marcharon desconcertadas, chasqueando la lengua y meneando la cabeza, sin saber qué decir, excepto que Dios proveería para todos Sus hijos, incluida aquella inocente mujer que parecía pensar que se podía encontrar caridad sin límites en aquel inhóspito y solitario pueblo.

Pero resultó que no tuvo que depender de la caridad. Misteriosamente, en su puerta aparecían provisiones de manera espontánea. Un tarro de mantequilla dulce, un saco de patatas, una jarra de leche. La leña se amontonaba ante su puerta trasera. Y dinero: era una de las pocas personas del pueblo que tenía dinero corriente, que contaba en la tienda de provisiones cuando hacía sus pedidos. Y qué pedidos más curiosos: botellas de ginebra, tabaco... Los vecinos observaron un candil encendido a altas horas, a través de la única ventana de su casita. ¿Es que se quedaba levantada toda la noche, fumando tabaco y bebiendo ginebra?

Al final, fueron los leñadores los que la delataron, los que talaban para Charles Saint Andrew en turnos de un año y vivían lejos de sus mujeres. Los hombres como ellos son capaces de oler a las mujeres como Magdalena a un pueblo de distancia, al otro lado de un valle si el viento sopla a favor y ellos están lo bastante desesperados. Primero uno, después otro, más tarde todos ellos por

turnos encontraban el camino a la puerta de Magdalena tras la puesta de sol. No es que los leñadores fueran sus únicos clientes: al fin y al cabo, ellos pagaban en metálico, no en huevos y jamón curado. Pero fueron ellos los que extendieron su mala fama por el pueblo, como se derrama el agua sucia al vaciar un barril de lluvia, y se encendió la ira de muchas buenas esposas. Magdalena seguía sin decir nada. Al menos mientras brillaba el sol. Ni siquiera cuando una indignada esposa la insultaba a la cara.

Las esposas, ayudadas por el párroco, organizaron un movimiento para expulsarla del pueblo. Su presencia era el primer signo de vida urbana pecaminosa que brotaba en Saint Andrew, el tipo de cosas de las que intentaban escapar los colonos. El reverendo Gilbert acudió a Charles Saint Andrew, ya que este era el patrón de los leñadores, los únicos clientes de los que se podía quejar abiertamente.

Aunque simpatizaba con la petición del predicador, Charles le hizo ver que había otra faceta de los servicios de Magdalena que los lugareños estaban pasando por alto. Los leñadores actuaban siguiendo impulsos completamente naturales —cosa que el predicador aceptó de mala gana—, ya que estaban separados por muchos kilómetros de sus esposas legales. Sin los servicios de Magdalena, ¿de qué podrían ser capaces los leñadores? En realidad, la presencia de Magdalena hacía más seguro el pueblo para las esposas y las hijas.

Y así se pactó una incómoda tregua entre la ramera y las mujeres virtuosas, que había durado siete largos años. En tiempos de penuria y de enfermedad, ella hacía su contribución, les gustara a las otras o no: cuidaba a los enfermos y a los moribundos, daba de comer a los viajeros indigentes, echaba monedas en la caja de donativos de la iglesia cuando no había nadie que la viera entrar. Yo no podía evitar pensar que debía de añorar un poco de compañía femenina, aunque se mantenía respetuosamente apartada y no buscaba conversación con las mujeres del pueblo.

La verdadera situación de Magdalena era un misterio para muchos niños. Veíamos que nuestras madres evitaban a aquella enigmática figura. La mayoría de los niños más pequeños creían que era una bruja o algún tipo de ser sobrenatural. Recuerdo sus grititos de burla, el ocasional puñado de guijarros lanzado en su dirección. Yo nunca lo hice. Incluso a una tierna edad, sabía que había algo imponente en ella. Según todas las normas, yo nunca habría debido tratar con ella. Mi madre no era propensa a juzgar, pero las mujeres como ella no se relacionaban con prostitutas, y tampoco sus hijas. Y sin embargo, yo lo hice.

Ocurrió un domingo, durante un largo sermón. Me excusé y salí a la letrina. Pero en lugar de volver deprisa a la galería y al lado de mi padre, me entretuve fuera, al calor de un hermoso día de principios de verano. Deambulé hasta el establo de Tinky Talbot para echar un vistazo a su nueva carnada de cerditos, rosados con manchas negras, cubiertos de pelo fino y áspero. Acaricé sus curiosos hocicos, escuché sus suaves gruñidos.

Entonces miré a un lado, camino abajo —era lo más cerca que había estado nunca de la misteriosa cabaña—, y vi a Magdalena sentada en una mecedora en el estrecho porche, con una larga pipa ennegrecida apretada entre los dientes. También ella estaba disfrutando del sol, envuelta en una colcha, con el pelo escandalosamente suelto alrededor de los hombros. Las partes de su cuerpo que no estaban tapadas con la colcha eran delgadas y delicadas, los huesos de pájaro de sus clavículas eran visibles bajo una piel fina como el papel. No llevaba polvos en la cara, solo un rastro de hollín que tiznaba las comisuras de los párpados y un amago de color en los

labios.

No se parecía a las demás mujeres del pueblo. Eso se notaba en su actitud: sentada sola al sol, disfrutando de su propia compañía y sin disculparse por estar ociosa. Me sentí atraída por ella inmediatamente, aunque también me daba miedo. Había algo maligno en ella. Al fin y al cabo, no asistía al oficio religioso; allí estaba, disfrutando de su domingo mientras el resto del pueblo se hallaba en la iglesia o en la sala de cultos.

Levantó la mano para protegerse los ojos del sol.

—Hola, ¿quién eres?

En aquel momento, era decisión mía. Podría haber vuelto corriendo a la iglesia, pero di unos pocos pasos tímidos hacia la mujer.

—Usted no me conoce, señora. Me llamo Lanore McIlvrae.

—McIlvrae... —Hizo memoria y llegó a la conclusión de que no conocía mi apellido y, por lo tanto, mi padre no se contaba entre sus clientes—. No, querida, no creo haber tenido el placer de conocerte. —Sonrió cuando hice una reverencia—. Me llamo Magdalena, aunque sospecho que eso ya lo sabes, ¿no? Puedes llamarme Magda.

Vista de cerca, era muy guapa. Se levantó para poner bien la colcha y descubrí que todavía llevaba su corsé de noche y una finísima bata de lino claro, sujeta bajo el pecho con una delicada cinta rosa. En una casa práctica como la nuestra, mi madre no poseía ni una sola prenda de ropa tan femenina como la bata algo gastada de Magda. Me impactó la combinación de su belleza y aquella bonita prenda; era la primera vez que codiciaba de verdad algo de otra persona.

Ella notó que yo miraba su bata y esbozó una sonrisa cómplice.

—Espera aquí un momento —dijo, y entró en la casa.

Cuando salió, me entregó una cinta de terciopelo rosa. No te puedes imaginar qué tesoro me ofrecía; los artículos confeccionados eran raros en nuestro austero pueblo; los adornos como la cinta, más raros aún. Era el tejido más suave que yo había tocado en mi vida, y lo sujeté con cuidado, como si fuera un conejito recién nacido.

—No puedo aceptar un regalo como este —dije, aunque estaba claro que deseaba que no fuera así.

—Tonterías. —Se echó a reír—. No es más que un trozo del ribete de un vestido. ¿Qué voy a hacer yo con esto? —mintió.

Me observó pasar el dedo por la cinta, disfrutando con mi placer.

—Quédatelo, insisto.

—Pero mis padres preguntarán de dónde lo he sacado.

—Puedes decir que te lo encontraste —propuso, aunque las dos sabíamos que no podía hacer aquello. Era una historia inverosímil. Y sin embargo, yo era incapaz de decidirme a devolverle la cinta a Magda. Le complació que mi puño se cerrara en torno a su regalo, y sonrió, pero no era una sonrisa de triunfo, sino más bien de solidaridad.

—Es usted muy generosa, señora Magda —dije, haciendo otra reverencia—. Tengo que volver a la iglesia o mi padre se preocupará pensando que me ha ocurrido algo.

Ella levantó la barbilla para poder mirar siguiendo su fina nariz en dirección a la sala de cultos.

—Ah, sí, tienes razón. No debes preocupar a tus padres. Espero que vuelvas a visitarme, señorita McIlvrae.

—Volveré, lo prometo.

—Bien. Pues corre.

Yo troté sendero abajo, levantándome la falda para evitar las zonas embarradas. Antes de doblar la esquina, volví la mirada por encima del hombro hacia la casita, y vi que Magda se había sentado otra vez en su mecedora y se balanceaba satisfecha, mirando hacia el bosque.

Esperé impaciente que llegara el siguiente domingo para escabullirme durante el oficio religioso y visitar de nuevo a Magda. Había escondido la cinta en el bolsillo de mi otro par de enaguas, donde podía deslizar la mano de vez en cuando y frotar furtivamente el terciopelo. La cinta me recordaba a la propia Magda; lo diferente que era de mi madre y de las otras mujeres del pueblo, y eso me parecía razón suficiente para que me fascinara.

Una de las cosas que consideraba admirables en ella, aunque en realidad no lo comprendía, era que no tenía un hombre. Ninguna mujer del pueblo vivía sin un hombre, y el hombre era siempre el cabeza de familia. Magda era la única mujer del pueblo que hablaba por sí misma, aunque, que yo supiera, no se hacía oír demasiado. Dudaba que fuera a las reuniones vecinales. Y sin embargo, seguía viviendo por su cuenta y por lo visto le iba bien, y eso parecía una cosa de verdad admirable.

De modo que el domingo siguiente me las arreglé para abandonar otra vez la iglesia (aunque con una mirada severa de mi padre) y corrí a la casita de Magda. Y allí estaba ella, esta vez de pie en el porche. Su aspecto ya no era descuidado. Vestía una bonita falda a rayas y llevaba una chaqueta de lana ajustada de color brezo morado, un color poco corriente. El efecto general parecía calculado para encantarme, como si tuviera la intención de impresionarme. Me sentí halagada.

—Buenos días, señora Magda —dije mientras corría hacia ella, casi sin aliento.

—Vaya, que tengas feliz día del Señor, señorita McIlvrae.

Sus ojos verdes centelleaban. Nos pusimos a charlar; me preguntó por mi familia y yo señalé en dirección a nuestra granja. Justo cuando estaba pensando si debería volver a la iglesia, ella dijo tímidamente:

—Te invitaría a entrar en mi casa, pero supongo que tus padres no lo aprobarían. Siendo quien soy, no sería correcto.

Tenía que saber que yo sentiría curiosidad por ver el interior de su cabaña. ¡Su casa, el santuario de su independencia! Sentí el impulso de volver a la iglesia, de regresar con mi padre, que me esperaba... pero ¿cómo iba a rechazar aquello?

—No tengo más que un minuto... —dije, mientras la seguía peldaños arriba y a través de la puerta.

A mí aquello me pareció el interior de un joyero, pero en realidad es probable que todo estuviera desarreglado y desordenado. La diminuta habitación estaba dominada por una cama estrecha cubierta con una colcha primorosamente bordada en amarillo y rojo. Una serie de frascos de cristal ocupaba el alféizar de una ventana, proyectando rayos de luz verde y parda sobre el suelo. Había algunas joyas en cuencos de cerámica con diminutas rosas pintadas. Su ropa estaba en colgadores sujetos en la puerta de atrás: un surtido de faldas largas de diversos colores, largos echarpes y volantes de las enaguas. Junto a la puerta se alineaban no uno sino dos pares de delicados zapatos de mujer. Mi única decepción fue que la habitación estaba mal ventilada; el aire

estaba cargado con un aroma de almizcle que yo aún no reconocía.

—Me encantaría vivir en un sitio así —dije, y se echó a reír.

—Yo he vivido en sitios mejores, pero con esto me apaño —confesó, y se dejó caer en una silla.

Antes de marcharme, Magda me dio dos consejos, de mujer a mujer. El primero, que una mujer siempre debe ahorrar algo de dinero para ella sola. «El dinero es muy importante», me dijo y me mostró dónde guardaba una bolsa llena de monedas. «El dinero es el único medio para que una mujer tenga algo de verdadero poder sobre su propia vida.» El segundo consejo era que una mujer jamás debe traicionar a otra por un hombre. «Pasa constantemente», dijo con tono triste. «Y es comprensible, dado que a los hombres se los valora más que a nada. Se nos hace creer que una mujer solo vale lo que valga el hombre de su vida, pero eso no es cierto. En cualquier caso, las mujeres debemos apoyarnos unas a otras, porque depender de un hombre es una estupidez. Él siempre te decepcionará.» Agachó la cabeza, pero juro que vi lágrimas en sus ojos.

Me estaba levantando del suelo para marcharme cuando llamaron a la puerta. Un hombre corpulento entró antes de que Magda pudiera responder; lo reconocí como uno de los leñadores de Saint Andrew.

—Hola, Magda, pensé que estarías sola y querrías compañía, ya que todos están en la iglesia esta mañana... ¿Quién es esta? —Se paró en seco al verme, y una sonrisa desagradable se extendió por su cara curtida por el viento—. ¿Tienes una chica nueva, Magda? ¿Una aprendiz? —Me puso la mano en el brazo como si yo no fuera una persona sino una pertenencia.

Magda se interpuso entre los dos y me condujo hábilmente hacia la puerta de atrás.

—Es una amiga, Lars Holmstrom, y no es asunto tuyo. No le pongas tus torpes manos encima. Vamos márchate —me dijo, empujándome por la puerta—. Puede que nos veamos la semana que viene.

Y antes de darme cuenta, me encontré de pie sobre un montón de hojas secas, ramas caídas que crujían bajo mis pies, y la puerta se me cerró en la cara mientras Magda se ocupaba de su negocio, el precio de su independencia. Atravesé la maleza para llegar al sendero y corrí hacia la sala de cultos justo cuando los feligreses salían al sol. Esa vez iba a pagarlo caro con mi padre, pero me pareció que la oportunidad lo merecía: Magda era la custodia de los misterios de la vida y yo sentía que valía la pena seguir aprendiendo de ella, costara lo que costase.

6

Una tarde de verano, cuando yo tenía quince años, todo el pueblo se congregó en el prado de McDougal para oír hablar a un predicador itinerante. Todavía puedo ver a mis vecinos dirigiéndose hacia el campo dorado de hierba alta reluciendo al sol y volutas de polvo levantándose del sinuoso camino. A pie, a caballo y en carro, casi todos los habitantes de Saint Andrew acudieron aquel día al prado de McDougal, aunque os puedo asegurar que no fue por un exceso de devoción. Hasta los predicadores errantes eran una rareza en nuestro rincón de los bosques; aceptábamos cualquier entretenimiento que se nos ofreciera para mitigar el aburrimiento de un largo día de verano en aquel lugar desolado.

Aquel predicador en particular había surgido aparentemente de la nada, y en pocos años se había hecho merecedor de muchos seguidores, además de una reputación de oratoria incendiaria y un lenguaje subversivo. Corría el rumor de que había dividido a los fieles en el pueblo más próximo —Fort Kent, a un día a caballo hacia el norte—, enfrentando a los congregacionistas tradicionales con una nueva hornada de reformistas. También se decía que Maine iba a convertirse en estado, librándose de la tutela de Massachusetts, así que había una especie de movimiento en el aire —religioso y político— que apuntaba a una posible rebelión contra la religión que los colonos habían traído de Massachusetts.

Fue mi madre la que convenció a mi padre de que acudiéramos, aunque ella jamás habría pensado en dejar el catolicismo; solo quería pasar una tarde fuera de la cocina. Extendió una manta en el suelo y esperó a que empezara el sermón. Mi padre se sentó a su lado inclinando la cabeza con aire receloso, echando miradas alrededor para ver quién más estaba allí. Mis hermanas estaban cerca de mi madre, metiéndose recatadamente las faldas bajo las piernas, y Nevin se había alejado en cuanto el carro se detuvo, ansioso por encontrarse con los chicos que vivían en las granjas vecinas a la nuestra.

Yo me quedé de pie, protegiéndome los ojos de la fuerte luz del sol con una mano, observando la multitud. El pueblo entero estaba allí, algunos con mantas como mi madre, algunos con comida dentro de los cestos. Yo estaba buscando a Jonathan, como de costumbre, pero parecía que no se encontraba allí. Su ausencia no me sorprendía: su madre era probablemente la congregacionista más estricta del pueblo, y la familia de Ruth Bennet Saint Andrew no participaría en aquella insensatez reformista.

Pero entonces vislumbré el brillo de un pelaje negro entre los árboles. Sí, era Jonathan bordeando el prado a lomos de su inconfundible caballo. No fui la única que lo vio; un murmullo

se extendió visiblemente por algunas partes de la multitud. ¿Cómo sería tener conciencia de que docenas de personas te están mirando arrebatadas, siguiendo con los ojos el contorno de tus largas piernas contra los costados del caballo, de tus fuertes manos sujetando las riendas? Había tanto deseo reprimido ardiendo sin llama aquel día en el pecho de tantas mujeres en aquel prado seco, que me extraña que la hierba no se incendiara.

Cabalgó hacia mí y, soltándose de los estribos, saltó de la silla. Olía a cuero y a tierra cocida por el sol, y yo estaba deseando tocarle hasta las partes más insignificantes, incluso su manga, medio mojada por el sudor.

—¿Qué ocurre? —Jonathan se quitó el sombrero y se pasó aquella manga por la frente.

—¿No lo sabes? Llega al pueblo un predicador que no es de por aquí. ¿No has venido a escucharle?

Jonathan miró por encima de mi cabeza, como si tratara de calcular cuánta gente había acudido.

—No, he estado fuera, supervisando la nueva parcela que vamos a cosechar. El viejo Charles no se fía del nuevo agrimensor. Cree que bebe demasiado. —Miró de soslayo para ver mejor qué chicas lo estaban contemplando—. ¿Está aquí mi familia?

—No, y además no creo que tu madre apruebe que estés aquí. El predicador tiene una reputación malísima. Podrías ir al infierno solo por escucharle.

Jonathan me sonrió.

—¿Por eso has venido tú? ¿Tienes ganas de ir al infierno? Ya sabes que hay caminos que conducen a la perdición mucho más agradables que escuchar a predicadores disidentes.

Había un mensaje en el brillo de sus profundos ojos castaños, pero yo no supe interpretarlo. Antes de que pudiera pedirle que se explicara, él se echó a reír y dijo:

—Parece que está aquí todo el pueblo. Qué pena que no pueda quedarme, pero, como tú dices, pagaría con el infierno si mi madre se enterara.

Puso el pie en el estribo y volvió a subir a la silla, pero después se inclinó sobre mí.

—¿Y tú, qué, Lanny? Nunca te han gustado los sermones. ¿Qué haces aquí? ¿Esperas encontrar a alguien, a algún chico en particular? ¿Acaso te has encaprichado con algún muchacho?

Aquello fue toda una sorpresa: el tono desdeñoso, la mirada penetrante. Nunca había dado la más mínima señal de que le importara saber si yo estaba interesada en otro.

—No —dije, sin aliento, apenas capaz de balbucear una respuesta.

Él agarró las riendas despacio, como sopesándolas igual que sopesaría sus palabras.

—Sé que llegará el día en que te veré con otro chico, ¡mi Lanny con otro chico!, y no me va a gustar. Pero así es la vida.

Antes de que yo pudiera recuperarme de la impresión y decirle que estaba en su mano impedirlo — ¡seguro que ya lo sabía! —, había hecho dar la vuelta al caballo y se había adentrado a medio galope en el bosque, dejándome confusa una vez más con la vista fija en él. Jonathan era un enigma. La mayor parte del tiempo, me trataba como a su mejor amiga, con una actitud platónica hacia mí, pero en ocasiones creía reconocer una invitación en su manera de mirarme, o un destello — ¿me atrevería a esperarlo? — de deseo en su inquietud. Ahora que se había alejado, yo no podía seguir pensando en ello... o me volvería loca.

Me apoyé en un árbol y miré al predicador abrirse camino hasta el centro de un pequeño claro frente a la multitud. Era más joven de lo que yo había esperado —Gilbert era el único predicador

que yo había conocido, y había llegado a Saint Andrew ya canoso y malhumorado— y caminaba derecho como una baqueta, como si estuviera seguro de que Dios y la justicia estaban de su parte. Era atractivo de una manera que resulta inesperada e incluso incómoda cuando se ve en un predicador, y las mujeres que estaban sentadas más cerca de él se agitaron como pajaritos cuando les dedicó una amplia e inmaculada sonrisa. Y sin embargo, viendo cómo miraba a la multitud mientras se preparaba para empezar (tan seguro como si fueran ya suyos), experimenté un escalofrío siniestro, como si estuviera a punto de ocurrir algo malo.

Empezó a hablar en voz alta y clara, rememorando sus andanzas por el territorio de Maine y describiendo lo acaecido en ellas. Aquella zona se estaba convirtiendo en una copia de Massachusetts, con sus costumbres elitistas. Un puñado de hombres ricos controlaba el destino de sus vecinos. ¿Y qué había significado aquello para las personas normales? Malos tiempos. A la gente corriente no le salían las cuentas. Hombres honrados, padres y maridos, iban a la cárcel y sus tierras se vendían sin contar con las mujeres y los niños. Me sorprendió ver entre la multitud cabezas que asentían.

Lo que la gente quería —lo que los americanos querían, insistió, esgrimiendo su Biblia en el aire— era libertad. No habíamos luchado contra los británicos solo para tener nuevos amos en lugar del rey. Los terratenientes de Boston y los comerciantes que vendían a los colonos no eran más que ladrones que imponían precios escandalosos de usurero, y la ley era su perrito faldero. Sus ojos resplandecían mientras observaba a la multitud, animado por sus murmullos de asentimiento, y dio unas zancadas en su círculo de hierba pisoteada. Yo no estaba acostumbrada a oír opiniones disidentes en voz alta, en público, y me sentí vagamente alarmada por el éxito del predicador.

De pronto, Nevin apareció a mi lado, escrutando las caras alzadas de nuestros vecinos.

—Míralos, qué pasmados boquiabiertos —dijo en tono de burla. No cabía duda de que había heredado el temperamento crítico de nuestro padre. Cruzó los brazos sobre el pecho y soltó un bufido.

—Parecen bastante interesados en lo que dice —comenté.

—¿Tienes la más remota idea de lo que está diciendo? —Me miró de soslayo—. No lo sabes, ¿a que no? Pues claro que no, no eres más que una tonta. No te enteras de nada.

Fruncí el ceño y me puse las manos en las caderas, pero no respondí porque Nevin tenía razón en un aspecto: yo no tenía ni idea de lo que estaba hablando aquel hombre. Ignoraba lo que ocurría en el mundo en general.

Nevin señaló a un grupo de hombres que estaban de pie a un lado del abarrotado campo.

—¿Ves a esos hombres? —preguntó, señalando a Tobey Ostergaard a Daniel Daughtery y a Olaf Olmstrom. Eran tres de los hombres más pobres del pueblo, aunque los menos caritativos habrían dicho que también eran de los más holgazanes—. Están hablando de causar problemas —dijo Nevin—. ¿Sabes lo que es un «indio blanco»?

Hasta la chica más tonta del pueblo habría asegurado que conocía la expresión: meses atrás habían llegado noticias de una sublevación en Fairfax, en la que lugareños disfrazados de indios habían atacado a un funcionario municipal que intentaba presentar un auto judicial a un granjero que retrasaba sus pagos.

—Lo mismo va a pasar aquí —dijo Nevin asintiendo—. He oído a Olmstrom, a Daughtery y a otros hablar de ello con nuestro padre. Quejándose de que los Watford cobran demasiado sin tener

derecho... —Los detalles estaban fuera de la comprensión de Nevin: nadie les explicaba a los niños las cuentas y deudas de la tienda de provisiones—. Daughtery dice que es una conspiración contra el hombre corriente —recitó Nevin, pero me pareció que no estaba seguro de que Daughtery dijera la verdad.

—¿Y qué? ¿A mí qué me importa si Daughtery no paga su deuda a los Watford? —dije con desdén, fingiendo que no me importaba. Pero por dentro estaba escandalizada al pensar que alguien podía incumplir deliberadamente una obligación, ya que nuestro padre nos había enseñado que ese tipo de conducta era vergonzoso, algo que solo se le ocurriría a una persona sin dignidad.

—Podría ser malo para tu Jonathan —dijo Nevin con mala intención, encantado con la oportunidad de meterse con Jonathan—. No son solo los Watford quienes corren peligro si las cosas se ponen mal. El capitán tiene los títulos de su propiedad. ¿Qué pasaría si se negaran a pagar sus rentas? En Fairfax estuvieron luchando tres días. Me han dicho que desnudaron al guardia y le pegaron con palos, y le hicieron volver a casa a pie, desnudo como cuando nació.

—Si ni siquiera tenemos funcionario municipal en Saint Andrew —dije yo, alarmada por el relato de mi hermano.

—Lo más probable es que el capitán envíe a sus leñadores más corpulentos y fuertes a casa de Daughtery para exigirle que pague.

Había un tinte de reverencia en la voz de Nevin; su respeto por la autoridad y el deseo de ver prevalecer la justicia —rasgos de nuestro padre, sin duda— estaban por encima de su deseo de ver a Jonathan sufrir algún revés.

Daughtery y Olmstrom... el capitán y Jonathan... hasta la estirada señorita Watford y su igualmente arrogante hermano... Me avergonzaba mi ignorancia y sentía a mi pesar un respeto por la capacidad de mi hermano para ver el mundo en toda su complejidad. Me pregunté qué otras cosas pasaban sin que yo me enterara.

—¿Crees que nuestro padre se les unirá? ¿Le detendrán? —susurré, preocupada.

—El capitán no tiene títulos sobre nuestra casa —me informó Nevin, un tanto disgustado porque yo no supiera ya eso—. Padre es el único propietario. Pero yo creo que está de acuerdo con ese tipo. —Señaló con la cabeza al predicador—. Padre vino al territorio, lo mismo que todos los demás, pensando que serían libres, pero no ha resultado así. Algunos lo están pasando mal, mientras los Saint Andrew se hacen ricos. Como te decía... —Dio una patada a la tierra, levantando una nube de polvo seco, y añadió—: Tu chico puede tener problemas.

—No es mi chico —repliqué.

—Pero quieres que sea tu chico —dijo mi hermano en tono de burla—. Aunque solo Dios sabe por qué. Debes de estar un poco tarada, Lanore, para que te guste ese señorito imbécil.

—Le tienes envidia, por eso no te gusta.

—¿Envidia? —farfulló Nevin—. ¿De ese pavo real? —se burló y se alejó, sin querer reconocer que yo tenía razón.

Unos treinta vecinos siguieron al predicador a casa de los Dale, al otro lado de la cuesta, donde iba a seguir hablando para todos los que quisieran escucharle. Tenían una casa de buen tamaño, pero aun así estábamos muy apretados, ansiosos de continuar oyendo a aquel fascinante orador. La señora Dale encendió el fuego en la gran chimenea de la cocina, porque incluso en verano hacía frío por las noches. Fuera, el cielo se había oscurecido, adquiriendo un tono añil con

una brillante franja rosa en el horizonte.

Qué enfadado debía de estar Nevin conmigo; les pedí a mis padres que me dejaran ir a escuchar al predicador, lo que significaba que necesitaba un acompañante, así que mi padre, generosamente, le dijo a Nevin que tenía que ir conmigo. Mi hermano resopló y se puso rojo, pero no podía negarle nada a mi padre, así que vino pisando fuerte detrás de mí hasta la casa de los Dale. Pero Nevin, a pesar de su sensibilidad tradicional, tenía también una vena rebelde, y yo estaba segura de que en secreto le alegraba asistir al resto de la reunión.

El predicador estaba de pie junto al fuego de la cocina y nos escrutó a todos, con una sonrisa de loco en la cara. Visto tan de cerca, el predicador parecía mucho menos un hombre de Dios que en el gran prado. Llenaba la estancia con su presencia, hacía que el aire pareciera enrarecido, como en la cima de una montaña. Empezó por darnos las gracias por habernos quedado con él. Porque había reservado el secreto más importante para compartirlo en aquel momento con nosotros, los que habíamos demostrado que estábamos buscando la verdad. Y aquella verdad era que la Iglesia —fuera cual fuese tu fe, que en aquel territorio era principalmente la congregacionista— era el mayor problema de todos, la institución más elitista, y solo servía para reforzar el statu quo. Esta última declaración arrancó una mueca de desprecio y conformidad a Nevin, que se enorgullecía de ir a la misa católica con nuestra madre y no rozarse los domingos con los padres del pueblo y las familias más privilegiadas en la sala de cultos.

Lo que teníamos que hacer era renunciar a los preceptos de la Iglesia —el predicador dijo esto con aquel brillo llameante de nuevo en los ojos, un brillo que parecía menos pacífico visto de cerca— y adoptar otros nuevos, más adecuados a las necesidades del hombre corriente. Y la primera y más importante de aquellas anticuadas convenciones, dijo, era la institución del matrimonio.

En la abarrotada cocina donde se apretaban treinta cuerpos se hizo el silencio más absoluto.

Ante nosotros, el predicador se movía por su pequeño círculo como un lobo. No era al cariño natural entre hombres y mujeres a lo que ponía objeciones, le aseguró el predicador al grupo. No, era a las restricciones legales del matrimonio, al sometimiento, a lo que él se oponía. Iba contra la naturaleza humana, protestó, ganando confianza al ver que nadie había intentado callarle. Estamos hechos para expresar nuestros sentimientos con aquellos con los que tenemos afinidad natural. Como hijos de Dios, deberíamos practicar el «desposorio espiritual», insistió: elegir compañeros con los que sintiéramos un lazo espiritual.

¿Compañeros?, preguntó una joven, alzando la mano. ¿Más de un marido? ¿O de una mujer?

Los ojos del predicador titilaron. Sí, habíamos oído bien: compañeros, porque un hombre debería tener tantas esposas como mujeres por las que se sintiera espiritualmente atraído, lo mismo que una mujer. Él mismo tenía dos esposas, dijo, y había encontrado esposas espirituales en todos los pueblos que había visitado.

Unas risitas furtivas se extendieron por el grupo, y la habitación se cargó de lujuria reprimida.

El predicador metió los pulgares bajo las solapas de su levita. No esperaba que la gente ilustrada de Saint Andrew aceptara el desposorio espiritual de buenas a primeras, solo porque él lo recomendara. No, suponía que tendríamos que pensar en la idea, reflexionar hasta qué punto dejábamos que la ley determinara nuestras vidas. Sabríamos en nuestros corazones si él nos decía la verdad.

Entonces dio una palmada y borró la expresión seria de su cara, y todo su porte cambió

cuando sonrió. ¡Ya estaba bien de tanta charla! Habíamos pasado toda la tarde escuchándole y ya era hora de un poco de diversión. «¡Cantemos algunos himnos, himnos animados, y pongámonos en pie y bailemos!» Aquello era un cambio revolucionario respecto a nuestro habitual oficio en la iglesia. ¿Cánticos animados? ¿Bailar? La idea era herética. Tras un momento de vacilación, varias personas se pusieron en pie, comenzaron a dar palmadas y al poco rato habían empezado a cantar una tonada que más parecía una canción de marineros que un himno.

Le di un codazo a mi hermano.

—Llévame a casa, Nevin.

—Ya has oído bastante, ¿no? —dijo, incorporándose con dificultad—. Yo también. Estoy harto de escuchar las tonterías de este hombre. Espera a que les pida una luz a los Dale. Seguro que el camino está oscuro.

Me situé junto a la puerta de forma bien visible, deseando que Nevin se diera prisa. Aun así, los himnos del predicador me atronaban en los oídos. Vi la cara que ponían las mujeres del grupo cuando él les dirigía su poderosa mirada, las sonrisas en sus rostros. Seguramente imaginaban que estaban con él, o tal vez con otro hombre del pueblo con el que sentían un lazo espiritual... y lo único que ansiaban era que aquellos deseos se pudieran llevar a la práctica. El predicador había defendido el concepto más inimaginable, el desenfreno moral... y sin embargo, era un hombre de la Biblia, un predicador. Había hablado en algunas de las iglesias más respetables de la zona costera, a juzgar por las habladurías que habían llegado al pueblo antes que él. Me pregunté si en realidad aquello le daba algún tipo de autoridad.

Me sentía encendida bajo la ropa, de calor y vergüenza, porque, si había de decir la verdad, a mí también me habría gustado tener libertad para compartir mi cariño con cualquier hombre al que deseara. Por supuesto, en aquel momento, el único hombre al que yo deseaba era Jonathan, pero ¿quién podía asegurar que algún día no se cruzaría otro en mi camino? Alguien, tal vez, tan encantador y atractivo como, por ejemplo, aquel predicador. Entendía que las mujeres lo encontrarán interesante. Me pregunté a cuántas esposas espirituales habría conocido el predicador itinerante.

Estando en la puerta, perdida en mis pensamientos y viendo a mis vecinos bailar un *reel* (¿era mi imaginación o se estaban intercambiando miradas de deseo entre hombres y mujeres mientras se cruzaban girando en la improvisada pista de baile?), me di cuenta de la repentina presencia del predicador ante mí. Con sus ojos penetrantes y sus facciones marcadas, resultaba seductor y parecía consciente de su ventaja, y sonreía de tal manera que se le veían los incisivos, afilados y blancos.

—Te agradezco que hayas venido conmigo y con tus vecinos esta tarde —dijo, inclinando la cabeza—. Supongo que eres una buscadora espiritual, que busca más iluminación, señorita...

—McIlvrae —dije yo, retrocediendo medio paso—. Lanore.

—Reverendo Judah van der Meer. —Me cogió la mano y me apretó las puntas de los dedos—. ¿Qué te ha parecido mi sermón, señorita McIlvrae? Espero que no estés demasiado escandalizada... —Sus ojos titilaron de nuevo, como si se estuviera burlando de mí para divertirse—. Lo digo por la franqueza con que expongo mis creencias.

—¿Escandalizada? —Me costó pronunciar la palabra—. ¿Por qué, señor?

—Por la idea del desposorio espiritual. Seguro que una joven como tú puede simpatizar con el principio básico, la idea de ser fiel a nuestras pasiones... porque si no me equivoco, pareces una

mujer de grandes e intensas pasiones.

Iba ganando vehemencia mientras hablaba, y sus ojos —y no creo que esto me lo imaginara— recorrían mi cuerpo como si lo estuviera haciendo con las manos.

—Y dime, señorita Lanore, pareces estar en edad de casarte. ¿Ya te ha atado tu familia a la esclavitud del compromiso? Sería una pena que una joven como tú pasara el resto de su vida en un lecho matrimonial con un hombre por el que no siente atracción. Qué lástima no conocer la auténtica pasión... —Sus ojos volvieron a brillar como si estuviera a punto de atacar—. La pasión es un regalo de Dios a sus hijos.

El corazón estaba a punto de estallar en mi pecho, y yo era como un conejo encogido ante la visión del lobo. Pero entonces él se echó a reír, me puso una mano en el brazo —enviando un estremecimiento directamente a mi cabeza— y se acercó más a mí, lo suficiente para que sintiera su aliento en la cara y para que un rizo rebelde me rozara la mejilla.

—Vaya, parece que te vayas a desmayar. Creo que necesitas un poco de aire. ¿Quieres ir afuera conmigo?

Ya me había cogido el brazo y no esperó a que yo respondiera, sino que me arrastró al porche. El aire de la noche era mucho más fresco que la atmósfera de la abarrotada casa, y yo respiré hondo hasta que las ballenas de mi corsé no me dejaron aspirar más.

—¿Mejor? —Cuando yo asentí, él continuó—. Debo decirte, señorita McIlvrae, que me ha alegrado mucho que te unieras a nosotros en este ambiente más íntimo. Tenía la esperanza de que vinieras. Esta tarde en el campo me he fijado en ti y he sabido al instante que tenía que conocerte. He sentido inmediatamente un lazo contigo. ¿Lo has sentido tú también? —Antes de que tuviera ocasión de responder, me cogió la mano—. He pasado la mayor parte de mi vida viajando por el mundo. Tengo sed de conocer gente. De vez en cuando encuentro a alguien extraordinario. Alguien cuya singularidad se puede ver incluso a través de un campo lleno de gente. Alguien como tú.

Tenía los ojos tan brillantes que parecía que tuviera fiebre, la mirada salvaje de alguien que persigue un pensamiento pero es incapaz de centrarse, y yo empecé a asustarme. ¿Por qué me había elegido a mí? Aunque a lo mejor no me había elegido, puede que aquello fuera una tentación a la que sometía a todas las chicas lo bastante impresionables para considerar su oferta de desposorio espiritual. Se apretaba contra mí de una manera demasiado familiar para ser educada, y parecía que disfrutaba con mi angustia.

—¿Extraordinario? Señor, usted no me conoce de nada. —Lo empujé a un lado, pero él siguió tercamente plantado delante de mí—. Yo no tengo nada de extraordinario.

—Ah, claro que sí. Puedo sentirlo. Tú también tienes que sentirlo. Posees una sensibilidad especial, una naturaleza primordial muy notable. Lo veo en tu delicada y encantadora cara. —Su mano se cernía sobre mi mejilla, como si fuera a tocarme, como si no tuviera más remedio que hacerlo—. Estás llena de deseo, Lanore. Eres una criatura sensual. Te mueres por conocer este lazo físico entre hombre y mujer. Es uno de tus pensamientos obsesivos. Tienes hambre de ello. ¿Existe tal vez un hombre concreto...?

Claro que lo había —Jonathan—, pero me pareció que el predicador me estaba sondeando para ver si me gustaba él.

—No es correcto que hablemos de estas cosas, señor. —Me hice a un lado y traté de sortearlo—. Tengo que entrar...

Volvió a ponerme una mano en el brazo.

—No pretendía incomodarte. Te pido perdón. No hablaré más de ello... pero, por favor, concédeme un minuto más. Tengo una pregunta que debo hacerte, Lanore. Cuando he llegado al campo esta tarde y te he visto, estabas hablando con un joven a caballo. Un muchacho excepcionalmente atractivo.

—Jonathan.

—Sí, ese es el nombre que han mencionado, Jonathan. —El predicador se lamió los labios—. Después, tus vecinos me han dicho que ese joven quizá simpatice con mi filosofía. ¿Crees que podrías arreglarme un encuentro con Jonathan?

Sentí una punzada en la nuca.

—¿Para qué quiere conocer a Jonathan?

Profirió una risotada gutural, nerviosa.

—Bueno, como te digo, me han comentado que parece un discípulo natural, el tipo de hombre capaz de apreciar la verdad de lo que digo. Podría abrazar la causa y, tal vez, ser una avanzadilla de mi confesión, aquí en esta tierra salvaje.

Le miré a los ojos y vi por primera vez un aspecto verdaderamente maligno en él, un amor por el caos y la destrucción. Se proponía sembrar también aquella maldad en Jonathan, como había intentado sembrarla en nuestro pueblo. Como había pretendido sembrarla en mí.

—Mis vecinos le estaban tomando el pelo, señor. Usted no conoce a Jonathan como le conozco yo. No creo que tenga mucho interés en lo que usted vaya a decir.

¿Por qué sentía que tenía que proteger a Jonathan de aquel hombre? No lo sé. Había algo ominoso en su interés.

Al predicador no le gustó mi respuesta. Puede que supiera que yo estaba mintiendo, o puede que no le agradara ser contrariado. Me dirigió una larga e intimidante mirada, como si estuviera pensando qué hacer a continuación para conseguir lo que quería, y sentí por primera vez auténtico peligro en su presencia, la sensación de que aquel hombre era capaz de todo. Y justo entonces, Nevin apareció delante de nosotros con una antorcha encendida en la mano, y por una vez me alegré de verle.

—¡Lanore! Te estaba buscando. Ya estoy listo. ¡Vámonos! —bramó.

—Buenas noches —dije y me aparté del predicador, al que esperaba no volver a ver. Su ardiente mirada me escoció en la nuca mientras Nevin y yo nos marchábamos.

—¿Contenta con tu salida? —me gruñó Nevin mientras bajábamos por el camino.

—No ha sido lo que yo esperaba.

—Lo mismo digo. Ese tipo está chiflado, probablemente a causa de la enfermedad que sin duda tiene —dijo Nevin, aludiendo a la sífilis—. Aun así, me han dicho que cuenta con seguidores en Saco. Me pregunto qué está haciendo aquí, tan al norte.

A Nevin no se le ocurrió que podría haber sido expulsado por las autoridades, que podría estar huyendo. Que en su locura podía ser propenso a visiones y ampulosas profecías, a inculcar ideas en las cabezas de las chicas crédulas y amenazar a las que no estaban tan dispuestas a hacer lo que él quería.

Me apreté el chal alrededor de los hombros.

—Te agradecería que no le contaras a nuestro padre lo que ha dicho el predicador.

Nevin soltó una risa siniestra.

—Mejor será que no. Ya me resulta difícil pensar en sus blasfemias, conque no hablemos de

repetírselas a él. ¡Múltiples esposas! ¡«Desposorio espiritual»! No sé lo que haría nuestro padre... pegarme a mí con el látigo y encerrarte a ti en el establo hasta que tengas veintiún años, solo por escuchar las palabras de ese pagano. —Iba meneando la cabeza mientras andábamos—. Pero te diré una cosa: las enseñanzas de ese predicador seguro que le parecen adecuadas a tu chico, Jonathan. Ya ha convertido en esposas espirituales a la mitad de las muchachas del pueblo.

—Ya basta de hablar de Jonathan —dije, guardándome para mí sola el extraño interés del predicador por Jonathan; no deseaba confirmar la mala opinión que Nevin tenía de él—. No hablemos más del asunto.

Estuvimos callados durante el resto de la larga caminata a casa. A pesar del fresco aire de la noche, yo aún sentía un estremecimiento por la siniestra mirada del predicador y el atisbo de su verdadera naturaleza. No sabía cómo interpretar su interés por Jonathan, ni lo que había querido decir con «mi sensibilidad especial». ¿Tan obvio era mi anhelo de experimentar lo que ocurría entre un hombre y una mujer? Sin duda ese misterio era lo fundamental de la experiencia humana. ¿Acaso era antinatural, o especialmente malo, que una chica tuviera curiosidad por ello? A buen seguro, mis padres y el pastor Gilbert pensarían que sí.

Recorrí el solitario camino agitada por dentro y excitada por toda aquella charla explícita sobre el deseo. La idea de conocer a Jonathan —de conocer a otros hombres del pueblo como los conocía Magda— me hacía sentir caliente y húmeda por dentro. Aquella noche se había despertado mi verdadera naturaleza, aunque yo era demasiado inexperta para saberlo, demasiado inocente para darme cuenta de que debería estar alarmada por la facilidad con que se podía encender el deseo dentro de mí. Debería haber luchado contra ello con más firmeza, pero es posible que no hubiera servido de nada, ya que nuestra auténtica naturaleza siempre acaba por imponerse.

7

Pasaron los años como suelen hacerlo, pareciéndonos que ninguno es distinto del anterior. Pero había pequeñas diferencias evidentes: yo estaba menos dispuesta a seguir las reglas de mis padres y aspiraba a cierta independencia, y me había hartado de los juicios de mis vecinos. El carismático predicador había sido detenido en Saco, juzgado y encarcelado; después se había fugado y había desaparecido misteriosamente. Pero su salida de escena no sirvió para sofocar la inquietud que amenazaba con aflorar. Se notaba en el aire una corriente latente de sedición, incluso en una población tan aislada como Saint Andrew: se hablaba de independizarse de Massachusetts y de convertirse en estado. Si a los terratenientes como Charles Saint Andrew les preocupaba que sus fortunas se vieran afectadas adversamente, no dieron ninguna señal de ello y se guardaron su preocupación para sí.

A mí cada vez me interesaban más estas cuestiones importantes, aunque seguía teniendo pocas oportunidades para dar rienda suelta a mi curiosidad. Parecía que los únicos temas que debían interesarle a una joven pertenecían al dominio doméstico: cómo hacer una hogaza tierna de pan de melaza o cómo sacarle leche a una vaca vieja, lo bien que cosías o la mejor manera de bajarle la fiebre a un niño. Pruebas para demostrar lo preparadas que estábamos para ser esposas, supongo, pero yo tenía poco interés en ese tipo de competición.

Una de las tareas domésticas que menos me gustaban era lavar. La ropa ligera se podía llevar al arroyo para aclararla y escurrirla bien. Pero varias veces al año teníamos que hacer una colada completa, lo que significaba poner un gran caldero al fuego en el patio y pasarse un día entero hirviendo, lavando y secando. Era un trabajo deprimente: meter los brazos en agua hirviendo y lejía, escurrir prendas de lana voluminosas, extenderlas a secar en los arbustos o en ramas de árboles. El día de la colada había que elegirlo cuidadosamente, ya que requería que hiciera buen tiempo y que no hubiera que ocuparse de ninguna otra tarea laboriosa.

Recuerdo uno de aquellos días, a principios de otoño, cuando yo tenía veinte años. Me pareció extraño que mi madre hubiera enviado a Maeve y a Glynnis a ayudar a mi padre con el heno, insistiendo en que ella y yo podíamos encargarnos solas del lavado. Estaba callada aquella mañana, algo nada habitual en ella. Mientras esperábamos que el agua hirviera, estuvo trajinando con los utensilios para lavar: la bolsa de lejía, la lavanda seca y los palos que utilizábamos para remover la ropa en el caldero.

—Ha llegado la hora de que tengamos una conversación importante —dijo por fin mi madre, cuando estábamos al lado del caldero, mirando cómo subían burbujas a la superficie del agua—.

Es hora de pensar en que emprendas una vida propia, Lanore. Ya no eres una niña. Tienes edad suficiente para casarte...

A decir verdad, ya casi se me había pasado la mejor edad para casarme, y me había estado preguntando qué se proponían hacer mis padres al respecto. No habían arreglado compromisos para ninguno de sus hijos.

—... Así que tenemos que pensar qué hacer con el señor Saint Andrew. —Contuvo el aliento y me guiñó un ojo.

Me dio un vuelco el corazón al oír sus palabras. ¿Qué otra razón podía tener para sacar a colación el nombre de Jonathan en el contexto del matrimonio, si no fuera que ella y mi padre tenían intención de procurarme un compromiso? Me quedé muda de alegría y sorpresa. Esta última porque sabía que mi padre ya no aprobaba a la familia Saint Andrew. Muchas cosas habían cambiado desde que las familias habían seguido a Charles Saint Andrew al norte. Su relación con el resto del pueblo —los hombres que habían confiado en él— se había tensado.

Mi madre me miró fijamente.

—Te digo esto como madre que te quiere, Lanore. Tienes que dejar tu amistad con el señor Jonathan. Ya no sois unos niños. Seguir de este modo no te hará ningún bien.

No sentí las gotas de agua hirviendo que me caían en la piel ni el vapor del caldero que me humedecía la cara. Le devolví la mirada.

Ella se apresuró a llenar mi horrorizado silencio.

—Tienes que comprenderlo, Lanore. ¿Qué otro chico te va a querer, cuando resulta tan evidente que estás enamorada de Jonathan?

—No estoy enamorada de Jonathan. Solo somos amigos —gruñí.

Ella rió con dulzura, pero aun así me apuñaló el corazón.

—No puedes negar tu amor por Jonathan. Es demasiado evidente, querida, y es igual de evidente que él no siente lo mismo por ti.

—El no tiene que demostrar nada —protesté—. Solo somos amigos, te lo aseguro.

—Sus galanteos son la comidilla del pueblo...

Me pasó una mano por la sudorosa frente.

—Ya estoy enterada. Me lo cuenta todo.

—Escúchame, Lanore —imploró, mirándome aunque yo desviara la mirada—. Es fácil enamorarse de un hombre tan guapo como Jonathan, o tan rico, pero tienes que ser juiciosa. Jonathan no es para ti.

—¿Cómo puedes decir eso? —La protesta brotó de mis labios aunque no había tenido intención de decir nada semejante—. No puedes saber lo que nos espera, ni a mí ni a Jonathan.

—Ay, niña tonta, no me digas que le has entregado tu corazón... —Me agarró por los hombros y me zarandeó—. No puedes esperar casarte con el hijo del capitán. La familia de Jonathan nunca lo permitiría, jamás, ni tampoco tu padre consentiría. Lamento ser la que te diga esta verdad tan dura...

No hacía falta que lo dijera. Como es lógico, yo sabía que nuestras familias no eran iguales y sabía que la madre de Jonathan tenía grandes aspiraciones en lo referente a los matrimonios de sus hijos. Pero es casi imposible acabar con los sueños de una chica, y yo había forjado aquel desde que podía recordar. Era como si hubiera nacido con el deseo de estar con Jonathan. Siempre había creído en secreto que un amor tan intenso y verdadero como el mío tendría al final su recompensa,

y de repente me veía obligada a aceptar la amarga verdad.

Mi madre volvió a su trabajo, cogiendo el largo palo para remover la ropa en el agua hirviendo.

—Tu padre está dispuesto a empezar a buscarte un novio, así que ya ves por qué tienes que poner fin a esa amistad. Tenemos que encontrarte marido antes de buscar novios para tus hermanas —continuó—, conque ya comprenderás lo importante que es esto, ¿verdad, Lanore? No querrás que tus hermanas acaben solteronas.

—No, madre —dije sin ánimo.

Seguía dándole la espalda, mirando a la distancia, esforzándome por no llorar, cuando percibí que algo se movía en el bosque, al otro lado de nuestra casa. Podía ser cualquier cosa, benigna o peligrosa: mi padre y mis hermanas que volvían del henar, alguien que iba de una granja a otra, un ciervo pastando en la hierba. Mis ojos siguieron a la figura hasta poder distinguirla, grande y oscura, de una negrura reluciente y elegante. No era un oso. Era un caballo con su jinete. Solo había un caballo totalmente negro en el pueblo, y pertenecía a Jonathan. ¿Por qué iba a estar Jonathan cabalgando por allí, si no era para verme? Pero había pasado de largo por nuestra casa y parecía ir en dirección a la de nuestros vecinos, los recién casados Jeremiah y Sophia Jacobs. No se me ocurrió ningún motivo para que Jonathan visitara a Jeremiah, ninguno en absoluto.

Levanté una mano para meterme unos rizos sueltos bajo la cofia.

—Madre, ¿no dijiste que Jeremiah Jacobs no iba a estar en casa esta semana? ¿Se ha marchado?

—Sí —dijo ella con aire ausente, removiendo el caldero—. Ha ido a Fort Kent a ver un par de caballos de tiro, y le dijo a tu padre que volvería la semana que viene.

—Y ha dejado a Sophia sola, ¿no? —La reluciente figura había salido de mi campo de visión, entrando en la oscuridad del bosque.

Mi madre murmuró un asentimiento.

—Sí, pero él sabe que no hay motivo para preocuparse. Sophia está segura aunque se queda sola una semana. —Levantó la ropa mojada del caldero con el palo, era un gran bulto humeante y chorreante. Yo la cogí y la llevé bajo el árbol, donde escurrimos la lana entre las dos.

—Prométeme que dejarás a Jonathan y no volverás a buscar su compañía —fue lo último que dijo sobre el asunto.

Pero mis pensamientos estaban en la diminuta casita de nuestros vecinos, y en el caballo de Jonathan esperando inquieto a la puerta.

—Te lo prometo —le dije a mi madre, mintiendo sin reparos, como si no tuviera ninguna importancia.

8

Mientras el otoño avanzaba y las hojas se ponían rojizas y doradas, la aventura amorosa entre Jonathan y Sophia Jacobs no decayó. Durante aquellos meses, mis encuentros con Jonathan fueron más escasos que nunca y dolorosamente breves. Aunque la culpa no era toda de Sophia —tanto Jonathan como yo teníamos obligaciones que nos quitaban tiempo—, yo la culpé a ella de todo. ¿Qué derecho tenía a acaparar tanto su atención? A mi modo de ver, ella no merecía su compañía. Su peor pecado era estar casada, y al continuar aquella relación estaba forzando a Jonathan a faltar a la moral cristiana. Lo estaba condenando al infierno junto con ella.

Pero las razones para no merecerlo no acababan ahí. Sophia distaba mucho de ser la chica más guapa del pueblo; según mis cuentas, había por lo menos veinte chicas de edad aproximada que eran más guapas que ella, aun excluyéndome yo de ese grupo por razones de modestia. Además, ella no tenía ni la posición social ni la riqueza necesarias para ser una compañía adecuada para un hombre de la categoría de Jonathan. Sus habilidades domésticas eran deficientes: su costura era pasable, pero los pasteles que llevaba a las reuniones de la iglesia eran pesados y estaban mal cocidos. Sophia era lista, no cabía duda, pero si alguien debía elegir a la mujer más inteligente del pueblo, su nombre no sería de los primeros que le vendrían a la mente. Así que ¿en qué se basaba exactamente para reclamar a Jonathan, quien solo debía tener lo mejor?

Hilé el lino de finales del verano pensando en aquella extraña situación, maldiciéndole por ser inconstante. Al fin y al cabo, aquel día en el campo de McDougal, ¿no había dicho que se pondría celoso si yo me enredara con otro chico del pueblo? Y sin embargo, estaba cortejando en secreto a Sophia Jacobs. Una muchacha menos enamorada habría sacado conclusiones de su conducta, pero yo no lo hice, prefiriendo creer que Jonathan aún me elegiría a mí si conociera mis sentimientos. Los domingos, después del oficio religioso, vagabundeaba sola lanzando miradas no correspondidas en dirección a Jonathan, con la esperanza de decirle lo mucho que le deseaba. Recorrí los caminos que llevaban a la casa de los Saint Andrew preguntándome qué estaría haciendo Jonathan en aquel momento, y soñaba despierta intentando imaginar la sensación de las manos de Jonathan en mi cuerpo, cómo sería estar apretada bajo él, comida a besos. Me sonroja pensar en lo inocente que era entonces mi concepto del amor. Tenía una idea virginal del amor, como si fuera algo casto y cortés.

Sin Jonathan, estaba sola. Era una anticipación de lo que iba a ser mi vida cuando Jonathan se casara y se ocupara del negocio de su familia... y yo estuviera casada con otro. Los dos quedaríamos cada vez más encerrados en nuestros pequeños mundos y nuestros caminos estaban

destinados a no cruzarse más. Pero aquel día aún no había llegado... y Sophia Jacobs no era la esposa legítima de Jonathan. Era una entrometida que pretendía adueñarse de su corazón.

Un día, justo después de las primeras heladas, Jonathan fue a verme. Qué diferente se le veía, como si hubiera envejecido años. Tal vez fuera solo que la alegría de su porte había desaparecido; parecía serio, muy adulto. Me encontró en el henar con mis hermanas, recogiendo los últimos restos del heno dejado a secar durante el verano y metiéndolos en el granero, donde guardábamos la alfalfa que alimentaría a las vacas durante el largo invierno.

—Deja que te ayude —dijo, bajando de un salto de su caballo.

Mis hermanas, vestidas como yo con ropas viejas y pañuelos atados a la cabeza para sujetar el pelo, le miraron de reojo y soltaron unas risitas.

—¡No seas ridículo! —Miré su fina casaca de lana y sus pantalones de piel de cierva. Apalearse heno es un trabajo desagradable y sudoroso. Además, yo todavía estaba dolida por su desertión y me dije que no quería saber nada de él—. Solo dime qué te ha traído aquí.

—Me temo que mis palabras son solo para ti. ¿Podemos al menos apartarnos un poco? —preguntó, y saludó con la cabeza a mis hermanas para mostrar que no pretendía faltarles al respeto.

Tiré mi horquilla al suelo, me quité los guantes y empecé a caminar en dirección al bosque.

El iba a mi lado, conduciendo su caballo con la rienda floja.

—Bueno, hace bastante que no nos vemos, ¿eh? —empezó, de un modo poco convincente.

—No tengo tiempo para cortesías —le dije—. Tengo trabajo que hacer.

Él abandonó por completo su pretexto.

—Ah, Lanny, nunca he podido engañarte. He echado de menos tu compañía, pero no es por eso por lo que he venido aquí hoy. Necesito tu consejo. No se me da bien juzgar mis propios problemas y tú siempre parece que ves las cosas claras, se trate de lo que se trate.

—Puedes dejar de intentar halagarme —dije, limpiándome la frente con una manga sucia—. No soy el rey Salomón. Hay en el pueblo personas mucho más inteligentes a las que podrías recurrir, así que el hecho de que hayas venido a mí significa que tienes algún tipo de problema que no te atreves a comentar con nadie más. Vamos, suéltalo. ¿Qué has hecho esta vez?

—Tienes razón. No puedo acudir a nadie más que a ti. —Jonathan volvió su bello rostro hacia otro lado, avergonzado—. Es Sophia. Eso ya lo habrás adivinado, seguro, y sé que el suyo es el último nombre que querrías oír...

—No tienes ni idea —murmuré, enrollándome la cintura de la falda para que no rozara el suelo.

—La nuestra ha sido una relación bastante feliz durante estos meses, Lanny. Nunca lo habría imaginado. Somos tan diferentes... Y sin embargo, he llegado a disfrutar inmensamente con su compañía. Tiene una mentalidad abierta y no le da miedo explicarse. —Hablaba sin darse cuenta de que yo me había detenido en seco, con la boca abierta. ¿No le había contado yo todo lo que me pasaba por la cabeza? Bueno, tal vez no se lo había contado todo en algunas cuestiones, pero ¿no habíamos conversado como iguales, como amigos? Era desquiciante que la conducta de Sophia le pareciera tan singular y notable—. Y es aún más extraordinario si consideramos la familia de la que procede. Cuenta unas cosas de su padre: que es borracho y jugador, que pega a su mujer y a sus hijas...

—Tobey Ostergaard —dije yo. Me sorprendía que Jonathan no conociera la mala reputación

de Tobey, pero aquello solo demostraba lo aislado que estaba del resto del pueblo. Los problemas de Ostergaard eran bien conocidos. Nadie tenía buena opinión de él como padre y cabeza de familia. Tobey era mal granjero y cavaba tumbas los fines de semana para ganar dinero extra, que solía gastar en bebida—. Su hermano se escapó de casa hace un año —le dije a Jonathan—. Se peleó con su padre y Tobey le pegó en la cara con la pala de cavar tumbas.

Jonathan parecía sinceramente horrorizado pensando en Sophia.

—Esa infancia tan violenta ha endurecido a Sophia, y sin embargo no se ha vuelto insensible ni amargada, ni siquiera después de su deplorable matrimonio. Lamenta mucho haber accedido al casamiento, sobre todo ahora que... —No concluyó la frase.

—Ahora que... ¿qué? —quise averiguar, con el miedo atenazándome la garganta.

—Me ha dicho que está embarazada —soltó Jonathan, volviéndome la espalda—. Jura que el niño es mío. No sé qué hacer.

Su expresión era una máscara de terror y, sí, de aprensión por tener que contarme aquello. Le habría abofeteado si no fuera tan evidente que en realidad no deseaba hacerme daño. Aun así, yo quería echárselo en cara: había estado tonteando con aquella mujer durante meses. ¿Qué esperaba? Tenía suerte de que no hubiera ocurrido antes.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté.

—Sophia lo ha dejado claro. Quiere que nos casemos y criemos al niño juntos.

Una risa amarga brotó de mis labios.

—Debe de estar loca. Tu familia jamás lo permitirá.

Me dirigió una mirada fugaz e irritada que me hizo arrepentirme de mi estallido. Lo intenté de nuevo en un tono más conciliador.

—¿Qué es lo que tú quieres hacer?

Jonathan meneó la cabeza.

—Te lo aseguro, Lanny, no sé qué pensar de este asunto.

Pero yo no estaba segura de creerle. Algo en su tono de voz me decía que ocultaba pensamientos que no se atrevía a expresar. Parecía muy cambiado respecto al Jonathan que yo conocía, el granuja que tenía planeado permanecer sin ataduras el mayor tiempo posible.

Si tan solo supiera lo mucho que me afectaba su problema... Por una parte, parecía tan desdichado y tan incapaz de ver claro el camino que me daba pena. Por otra parte, mi orgullo escocía como la piel recién desollada. Di vueltas a su alrededor, con un puño apretado contra los labios.

—Bueno, vamos a pensar en ello con claridad. Seguro que sabes tan bien como yo que hay remedios para este tipo de situaciones. Tiene que ir a ver a la comadrona... —Me acordé de Magda; seguro que ella sabía cómo ocuparse de aquella desgracia, que siempre era una posibilidad en su trabajo—. He oído que con una tintura de hierbas o con algún otro método puede resolverse el problema.

Ruborizado, Jonathan negó con la cabeza.

—Ella no quiere. Desea tener el niño.

—¡Es que no puede! Sería una locura proclamar de ese modo su mala acción.

—Si portarse así es un signo de locura, entonces es verdad que no está en su sano juicio.

—¿Y qué me dices de... tu padre? ¿No has pensado en pedirle consejo a él? —La sugerencia no era del todo disparatada. Charles Saint Andrew tenía fama de acosar a sus sirvientas y

probablemente se había encontrado en la situación de Jonathan una o dos veces.

Jonathan resopló como un caballo arisco.

—Supongo que tendré que decírselo al viejo Charles, aunque no me entusiasma la idea. Él sabrá qué hacer con Sophia, pero me da miedo el posible resultado.

Aquello quería decir, supuse yo, que Charles obligaría a su hijo a cortar todos los lazos con Sophia y, con niño o sin niño, no se volverían a ver. O peor aún, podría insistir en contárselo a Jeremiah, y este quizá solicitara el divorcio de su adúltera esposa e iniciara un proceso contra Jonathan. También cabía la posibilidad de que extorsionara a los Saint Andrew, accediendo a criar al niño como propio si se le pagaba por su silencio. No se podía saber qué ocurriría una vez que Charles Saint Andrew interviniera.

—Querido Jonathan... —murmuré, rebuscando en mi mente para encontrar un consejo que darle—. Lamento tu desgracia. Pero antes de que acudas a tu padre, déjame que me lo piense un día. Puede que se me ocurra una solución.

—Queridísima Lanny... —dijo él, mirando por encima del hombro hacia mis hermanas, que en ese momento estaban ocultas de nuestra vista detrás de un montón de heno—. Como siempre, eres mi salvación.

Antes de que pudiera darme cuenta, me agarró por los hombros y me atrajo hacia él, casi levantándose de puntillas, para besarme. Pero no fue un besito fraternal; lo forzado de su beso era un recordatorio de que podía utilizar mi deseo a voluntad, de que yo era suya. Me apretó con fuerza contra él, pero también él temblaba; los dos estábamos jadeando cuando me soltó.

—Eres mi ángel —susurró con voz ronca en mi oído—. Sin ti, estaría perdido.

¿Sabía lo que hacía al decirle aquellas cosas a alguien desesperadamente enamorada de él? Aquello hizo que me preguntara si se proponía involucrarme para que me ocupara de aquel desagradable asunto suyo, o si simplemente había acudido en busca de apoyo moral a la única chica de la que podía estar seguro de que le amaría hiciera lo que hiciera. Me gustaba pensar que una parte de él me amaba de un modo tan puro y que lamentaba haberme decepcionado. La verdad es que no puedo decir que conociera entonces las verdaderas intenciones de Jonathan; dudo que lo supiera él mismo. Al fin y al cabo, era un joven que se veía en un grave apuro por primera vez; es posible que Jonathan se hiciera la ilusión de que, si Dios podía perdonarle su pecado, él se enmendaría y se daría por satisfecho con una chica que le amaría ciegamente.

Volvió a subir a la silla y saludó cortés con la cabeza a mis hermanas antes de hacer que su caballo diera la vuelta en dirección a su casa. Y antes de que hubiera llegado al borde del campo y desapareciera de mi vista, se me ocurrió una idea, porque yo era una chica lista, y nunca me concentraba más que cuando se trataba de Jonathan.

Decidí visitar a Sophia al día siguiente y hablar con ella en privado. A fin de que no se notara mi ausencia, esperé hasta después de encerrar a nuestras gallinas en el gallinero para que pasaran la noche, antes de emprender el camino hacia la granja de los Jacobs. Su finca era mucho más tranquila que la nuestra, principalmente porque tenían menos ganado y porque solo estaban el marido y la mujer para encargarse de todas las tareas. Entré a hurtadillas en el establo, con la esperanza de no encontrarme con Jeremiah y sí con Sophia, y efectivamente la encontré encerrando tres corderos mugrientos en un pesebre para pasar la noche.

—¡Lanore! —Se sobresaltó y se llevó las manos al corazón.

Sophia iba ligera de ropa para estar fuera, con solo un chal de lana sobre los hombros en lugar de una capa que la resguardara del frío. Tenía que estar enterada de mi amistad con Jonathan, y Dios sabía lo que él le habría contado de mí (aunque puede que yo fuera una tonta al creer que pensaba en mí cuando no estaba conmigo). Me dirigió una mirada gélida, sin duda preocupada por la razón de mi visita. Yo debía de parecerle una niña, aunque solo era unos años más joven, dado que aún no estaba casada y todavía vivía bajo el techo de mis padres.

—Perdona que venga a verte sin avisar, pero tenía que hablar contigo a solas —dije, mirando por encima del hombro para asegurarme de que su marido no andaba cerca—. Hablaré claramente, ya que no hay tiempo para sutilezas. Creo que sabes de qué he venido a hablar contigo. Jonathan me lo ha contado...

Se cruzó de brazos y me obsequió con una mirada desafiante.

—Conque te lo ha contado, ¿eh? ¿Tenía que presumir ante alguien de haberme dejado embarazada?

—¡Nada de eso! Si crees que le alegra que vayas a tener un niño...

—Un niño suyo —insistió—. Y ya sé que no le alegra.

Entonces supe por dónde atacar. Había estado pensando en lo que le diría a Sophia desde el momento en que Jonathan se había alejado cabalgando el día anterior. Jonathan había acudido a mí porque necesitaba a alguien que fuera implacable con Sophia en su nombre. Alguien que pudiera dejarle clara la debilidad de su posición. Sophia sabría que yo comprendía a qué se enfrentaba; así habría menos espacio para conjeturas y para apelar a las emociones. Me aseguré a mí misma que no estaba haciendo aquello porque odiara a Sophia, ni por resentimiento de que hubiera ocupado mi lugar en la vida de Jonathan. No, yo conocía a Sophia y sabía lo que era. Estaba salvando a Jonathan de la trampa de aquella bruja astuta.

—Con el debido respeto, tengo que preguntarte qué pruebas tienes de que el niño es de Jonathan. Solo contamos con tu palabra y... —Hice una pausa, dejando que mi insinuación quedara flotando en el aire.

—¿Es que ahora eres la abogada de Jonathan? —Se puso colorada cuando yo no mordí el anzuelo—. Sí, tienes razón, podría ser de Jeremiah o de Jonathan, pero yo sé que es de Jonathan. Lo sé. —Se rodeó el vientre con las manos aunque aún no mostraba ninguna señal de embarazo.

—¿Esperas que Jonathan arruine su vida porque tú afirmas que estás segura?

—¡¿Arruinar su vida?! —chilló—. Y mi vida, ¿qué?

—Eso, y tu vida, ¿qué? —dije, irguiéndome tanto como pude—. ¿Has pensado en lo que ocurrirá si acusas públicamente a Jonathan de ser el padre de tu hijo? Lo único que conseguirás será que todos sepan que eres una pérdida...

Sophia resopló, girando sobre sus talones para alejarse de mí, como si no pudiera soportar oír una palabra más.

—...Y él lo negará todo. Negará que pueda ser el padre del niño. ¿Y quién te creará a ti, Sophia? ¿Quién creará que Jonathan Saint Andrew decidió tontear contigo cuando podía elegir entre todas las mujeres del pueblo?

—¿Que Jonathan me va a negar? —preguntó, incrédula—. No gastes más aliento, Lanore. No me vas a convencer de que mi Jonathan me negaría.

«Mi Jonathan», había dicho. Me ardieron las mejillas, se me aceleró el corazón. No sé de dónde saqué el descaro para soltarle a Sophia todas las maldades que le dije a continuación. Era

como si hubiera otra persona oculta dentro de mí, con cualidades que yo no poseía ni en sueños, y esa persona oculta hubiera sido conjurada de mi interior con la misma facilidad con que se conjura al genio de una lámpara. Estaba ciega de rabia; lo único que sabía era que Sophia estaba amenazando a Jonathan, amenazando con arruinar su futuro, y yo jamás permitiría que alguien le hiciera daño. Él no era su Jonathan, era mío. Yo lo había reclamado años atrás en el vestíbulo de la iglesia, y por tonto que pueda parecer, aquel sentido de posesión germinó en mí y arraigó con fuerza.

—Serás el hazmerreír de todos: la mujer más vulgar de Saint Andrew asegurando que el hombre más deseado del pueblo es el padre de su hijo, y no el patán de su marido. El patán al que ella desprecia.

—Pero es que es hijo suyo —dijo ella, desafiante—. Jonathan lo sabe. ¿No le importa lo que pueda sucederle a la carne de su carne?

Callé un instante al sentir una punzada de culpabilidad.

—Hazte un favor, Sophia, y olvídate de tu alocado plan. Tienes un marido. Dile que el niño es suyo. Le alegrará la noticia. Seguro que Jeremiah quiere tener hijos.

—Los quiere, pero hijos suyos —masculló ella—. No puedo mentirle a Jeremiah acerca de la paternidad del niño.

—¿Por qué no? Sin duda le has mentido acerca de tu fidelidad —dije sin la menor compasión. Su odio era tan evidente en aquel momento que pensé que podía atacarme como una serpiente.

Había llegado el momento de clavarle la estaca en el corazón. La miré de arriba abajo con los ojos entornados.

—¿Sabes? El castigo por adulterio para la mujer, si está casada, es la muerte. Esta es todavía la postura de la Iglesia. Piensa en ello, si insistes en seguir adelante con tu decisión. Te cavarás tu propia tumba.

Era una amenaza sin fundamento: ninguna mujer sería condenada a muerte por ser adúltera en Saint Andrew, ni en ningún pueblo fronterizo donde las mujeres en edad de tener hijos eran escasas. El castigo para Jonathan, si por improbables circunstancias los vecinos decidían que era culpable, sería pagar el impuesto de bastardía y tal vez sufrir el ostracismo durante algún tiempo por parte de algunos de los más beatos del pueblo. Sin ninguna duda, Sophia cargaría con la mayor parte del peso.

Sofía daba vueltas en círculos como si buscara atormentadores invisibles.

—¡Jonathan! —exclamó, aunque no lo bastante alto para que su marido la oyera—. ¿Cómo puedes tratarme así? Esperaba que te comportaras honorablemente. Pensé que esa era la clase de hombre que eras. Y en cambio... —Me lanzó otra mirada venenosa a través de las lágrimas—. Me envías a esta víbora para que haga el trabajo sucio por ti. No creas que no sé por qué haces esto —masculló, señalándome con el dedo—. Todo el pueblo sabe que estás enamorada de él, pero que él no te quiere. Tienes celos, te lo digo yo. Jonathan nunca te enviaría a tratar conmigo de esta manera.

Yo me había preparado para mantener la calma. Me alejé unos pasos de ella arrastrando los pies, como si estuviera loca o fuera peligrosa.

—Pues claro que él me ha enviado a verte. Si no, ¿cómo iba a saber yo que estás embarazada? Ha desistido de hacerte entrar en razón y me ha pedido que hable contigo, de mujer a mujer. Y como mujer, te digo: sé lo que te propones. Te estás sirviendo de su tropiezo para mejorar tu

suerte, para cambiar a tu marido por alguien importante. Puede que ni siquiera estés embarazada. Yo te veo igual que siempre. En cuanto a mi relación con Jonathan, tenemos una amistad especial, pura y casta... y más fuerte que la de un hermano y una hermana, aunque no espero que tú comprendas esto —dije altivamente—. No pareces capaz de entender que exista una relación con un hombre que no implique levantarte la falda. Piensa bien en ello, Sophia Jacobs. Es tu problema, y la solución está en tus manos. Elige el camino más fácil. Dale a Jeremiah un hijo. Y no te vuelvas a acercar a Jonathan. Él no quiere verte —terminé con firmeza, y salí del establo.

Por el camino de regreso a casa iba temblando de miedo y de triunfo, ardiendo de nerviosismo a pesar del aire frío. Había hecho acopio de todo mi valor para defender a Jonathan y lo había hecho con una determinación que no sabía que poseía. Pocas veces había alzado la voz y nunca me había impuesto de manera tan vehemente sobre nadie. Saber que poseía aquel poder interior asustaba, pero también era una revelación excitante. Volví a casa atravesando el bosque, exultante y sonrojada, convencida de que podía hacer cualquier cosa.

9

Un ruido me despertó a la mañana siguiente: un disparo de mosquete, con bala y pólvora. Que se disparara un mosquete a aquella hora significaba problemas: un incendio en casa de un vecino, un asalto, un terrible accidente. Aquel tiro procedía de la dirección de la granja de los Jacobs; lo supe en el momento de oírlo.

Me eché la manta sobre la cabeza, fingiendo que dormía, escuchando los murmullos que venían de la cama de mis padres en la planta baja. Oí que mi padre se levantaba, se vestía y salía por la puerta. Después se levantó mi madre, echándose una colcha sobre los hombros e iniciando las tareas que realizaba cada mañana: encender el fuego y poner una olla de agua a hervir. Yo me di la vuelta para incorporarme, sin ganas de poner los pies en el frío suelo de tablones y empezar lo que se anunciaba como un día extraño y desdichado.

Mi padre volvió a entrar, con una expresión sombría.

—Vístete, Nevin. Tienes que venir conmigo —le dijo al bulto que refunfuñaba en la cama de la planta baja.

—¿Tengo que ir? —oí que preguntaba mi hermano con voz soñolienta—. Hay que dar de comer al ganado.

—¡Yo voy contigo, padre! —grité desde el desván mientras me vestía a toda prisa. El corazón ya me latía con tal fuerza que iba a resultarme imposible quedarme en casa y esperar noticias de lo que había ocurrido. Tenía que ir con mi padre en respuesta a la señal de alarma.

Había caído nieve por la noche, la primera de la temporada, y procuré despejarme la mente mientras caminaba detrás de mi padre, concentrándome solo en pisar las huellas que él dejaba en la nieve reciente. Mi aliento flotaba en el aire cortante y me goteaba la nariz.

En una depresión delante de nosotros se alzaba la granja de los Jacobs, un cuadrado pardo en la amplia extensión de nieve blanca. Había empezado a congregarse gente, pequeñas y lejanas siluetas oscuras sobre la nieve, y estaban acudiendo más a la granja desde todas las direcciones, a pie y a caballo; pisar de nuevo aquel lugar hizo que volviera a acelerárseme el corazón.

—¿Vamos a casa de los Jacobs? —pregunté a la espalda de mi padre.

—Sí, Lanore. —Fue una respuesta seca, aunque no huraña, con su habitual economía de palabras.

Yo apenas podía contener mi ansiedad.

—¿Qué crees que ha pasado?

—Supongo que pronto lo averiguaremos —dijo él pacientemente.

Había un representante de cada familia del pueblo —excepto de los Saint Andrew, pero ellos vivían en el extremo más alejado del pueblo y era difícil que hubieran oído el disparo—, todos con capas de ropa mal combinadas: batas de casa, faldones de camión asomando bajo una levita, y con el pelo sin peinar. Seguí a mi padre a través de la desordenada multitud hasta que tuvimos que abrirnos paso a codazos para llegar a la puerta delantera, donde Jeremiah estaba arrodillado en la nieve pisoteada y llena de barro. Era evidente que se había metido en sus pantalones a toda prisa; los cordones de sus botas estaban sin atar y una colcha le cubría los hombros. Su antiguo trabuco, el fusil que había dado la alarma, estaba apoyado en el entablado de la fachada. Tenía la cara grande y fea distorsionada por la angustia, los ojos rojos y los labios agrietados y sangrantes. Por lo general era un hombre tan poco expresivo que aquella imagen resultaba estremecedora.

El reverendo Gilbert se abrió camino a empujones y después se agachó para poder hablar en voz baja al oído de Jeremiah.

—¿Qué ocurre, Jeremiah? ¿Por qué has hecho sonar la alarma?

—No está, reverendo...

—¿Quién no está?

—Sophia, reverendo. Se ha ido.

El tono apagado de su voz provocó una oleada de murmullos en la multitud; todos le susurraban algo a la persona que estaba a su lado, excepto mi padre y yo.

—¿Que se ha ido? —Gilbert puso las manos en las mejillas de Jeremiah, acunando su rostro—. ¿Cómo que se ha ido?

—Se ha ido, o alguien se la ha llevado. Cuando me desperté, no estaba en casa. Ni en el corral, ni en el establo. Falta su capa, pero sus cosas aún están aquí.

Enterarme de que Sophia —tal vez por rabia, tal vez porque sentía que no tenía nada que perder— no le había revelado mi visita a Jeremiah alivió una opresión que sentía en el pecho y de la que no había sido consciente hasta entonces. En aquel momento, que Dios me perdone, lo que más me preocupaba no era que una mujer vagara desconsolada por el gran bosque, sino mi participación en su desgracia.

Gilbert meneó su cabeza blanca.

—Jeremiah, seguro que solo ha salido un rato, tal vez a dar un paseo. Volverá a casa pronto y sentirá haber preocupado a su marido. —Pero mientras decía aquello, todos sabíamos que se equivocaba. Nadie salía a pasear por gusto con un tiempo tan frío, a primera hora de la mañana.

—Cálmate, Jeremiah. Te vamos a llevar adentro para que entres en calor, antes de que se te congelen los huesos. Quédate aquí con la señora Gilbert y la señorita Hibbins, ellas cuidarán de ti mientras los demás buscamos a Sophia. ¿Verdad, vecinos?

Gilbert dijo esto con falso entusiasmo, mientras ayudaba al hombretón a ponerse en pie y se volvía hacia nosotros. Las especulaciones se transmitieron en forma de miradas de reojo entre marido y mujer, entre vecino y vecino — ¿de modo que la recién casada había abandonado a su marido?—, pero nadie tuvo valor para hacer otra cosa más que aceptar la sugerencia del pastor. Las dos mujeres acompañaron a Jeremiah, confuso y tambaleante, al interior de su casa, y el resto de nosotros nos dividimos en grupos. Buscamos una hilera de pisadas en la nieve que se alejara de la casa, con la esperanza de que el rastro de Sophia no hubiera sido borrado por los que habíamos acudido al disparo de Jeremiah.

Mi padre encontró un conjunto de pequeñas pisadas que podrían ser de Sophia, y los dos

empezamos a seguir sus pasos. Con mis ojos fijos en la nieve, mi mente trató de anticiparse a los hechos, preguntándose qué habría hecho salir a Sophia de su casa. Puede que Sophia hubiera reflexionado sobre mis palabras toda la noche y se hubiera despertado con la decisión tomada de pedirle cuentas a Jonathan. ¿Cómo no iba a tener algo que ver nuestra conversación con su desaparición? El corazón me latía desbocado mientras seguíamos las pisadas que yo temía que condujeran a la casa de los Saint Andrew, hasta que la nieve desapareció en la profundidad del bosque, y con ella el rastro de Sophia.

A partir de entonces mi padre y yo dejamos de seguir un sendero visible. El suelo del bosque era una mareante mezcla de terreno pelado y duro y clapas dispersas de nieve y de hojas muertas. Yo no tenía ni idea de si mi padre estaba viendo señales reveladoras del paso de Sophia —ramas partidas, hojas aplastadas— o si seguía adelante por puro sentido del deber. Íbamos andando paralelos al río, con el sonido del Allagash a mi izquierda. Por lo general, el sonido del agua corriendo sobre la roca me resultaba reconfortante, pero aquel día no fue así.

Sophia debía de tener una razón muy poderosa para aventurarse sola en el bosque. Únicamente los vecinos más audaces iban solos al bosque, porque era fácil perderse en su uniformidad. Hectárea tras hectárea, el bosque se desplegaba en un sinnúmero de abedules, abetos y pinos, además de la regularidad de las rocas que se abrían camino a través del suelo del bosque, todas cubiertas de caprichosos musgos o jaspeadas de líquenes.

Tal vez debería haberle dicho antes algo a mi padre, para que supiera que su sacrificio de buen vecino era innecesario y que lo más probable era que Sophia hubiera ido a ver a un hombre, un hombre con el que no debía seguir relacionándose. Que podía estar a salvo y caliente en una habitación con aquel hombre mientras nosotros luchábamos contra el frío y la humedad. Me imaginé a Sophia apresurándose por el sendero, escabullándose de su infeliz hogar para ir con Jonathan, su amante. Jonathan, compasivo y desconcertado, que sin duda la acogería. Se me retorció el estómago al pensar en ella metida en la cama de Jonathan, al pensar en que ella había ganado y yo había perdido... y Jonathan ahora era suyo.

Al cabo de un rato nos dirigimos al río y caminamos un trecho siguiendo la orilla. En cierto momento, mi padre se detuvo y abrió un agujero en una capa fina de hielo para meter la mano y beber. Entre sorbo y sorbo me miraba, no sin curiosidad.

—No sé cuánto tiempo más tendremos que buscar. Ya puedes irte a casa, Lanore. Este no es sitio para una joven. Debes de estar helada.

Negué con la cabeza.

—No, no, padre. Me gustaría seguir un poco más.

Me sería imposible esperar noticias en casa. Me volvería loca o sin el menor pudor correría a casa de Jonathan y me enfrentaría a Sophia. Podía verla, ufana, triunfante. En aquel momento, no creo que hubiera odiado a nadie tanto como la odiaba a ella.

Fue mi padre quien la vio primero. Había estado escudriñando a su alrededor, mientras yo lo único que podía hacer era mantener los ojos fijos en el irregular terreno que tenía bajo los pies. Encontró el cadáver congelado atrapado en un remolino formado por un árbol caído, casi oculto en una maraña de cañas y lianas silvestres. Flotaba boca abajo, enredada en un grupo de espadañas, con el delicado cuerpo estirado y los pliegues de la falda y el largo cabello moviéndose en la superficie del agua. Su capa estaba en la orilla, cuidadosamente doblada.

—No mires, niña —dijo mi padre, intentando darme la vuelta por los hombros. Yo no podía

apartar la mirada de ella.

Mi padre dio voces de llamada mientras yo solo era capaz de mirar aturdida el cadáver. Otros buscadores llegaron corriendo a través del bosque, siguiendo las voces de mi padre. Dos de los hombres se metieron en el agua helada para arrancar su cuerpo de la maraña de hierbas congeladas y el fino manto de hielo que había empezado a cubrirla. Extendimos su capa en el suelo y tendimos su cuerpo en ella, con la empapada tela pegándose a sus piernas y su torso. Tenía toda la piel azulada y sus ojos, gracias a Dios, estaban cerrados.

Los hombres la envolvieron en su capa y se turnaron para agarrar los bordes, utilizándola como camilla para llevar el cadáver de Sophia a su casa, mientras yo caminaba detrás de ellos. Me castañeteaban los dientes y mi padre se acercó a frotarme los brazos en un intento de hacerme entrar en calor, pero no sirvió de nada porque yo temblaba y tiritaba de miedo, no de frío. Me apreté los brazos contra el pecho, temiendo vomitar delante de mi padre. Mi presencia sofocó la discusión entre los hombres, que se abstuvieron de especular acerca de la razón por la que Sophia se hubiera suicidado. Pero en general se pusieron de acuerdo en que no había que decirle al pastor Gilbert lo de la capa colocada deliberadamente en la orilla. Él no debía saber que Sophia se había quitado la vida.

Cuando mi padre y yo llegamos a casa, corrí derecha a la lumbre y me mantuve tan cerca que el fuego me lastimó la cara, pero ni aquel calor consiguió que dejara de temblar. «No te pongas tan cerca», me reprendió mi madre mientras me ayudaba a quitarme la capa, temiendo sin duda que cayera una pavesa sobre la capa. Yo me habría alegrado. Merecía arder como una bruja por lo que había hecho.

Pocas horas después, mi madre se acercó a mí, cuadró los hombros y dijo:

—Voy a ir a casa de los Gilbert para ayudar... con los preparativos para Sophia. Creo que deberías venir conmigo. Ya es hora de que empieces a ocupar tu puesto entre las mujeres de este pueblo y aprendas a cumplir con algunas de las tareas que se esperan de ti.

Para entonces, yo me había puesto una gruesa bata, seguía acurrucada junto al fuego y me había bebido una jarra de sidra caliente con ron. El alcohol había ayudado a tranquilizarme, a aplacar el impulso de ponerme a gritar y confesar, pero sabía que me vendría abajo si tenía que enfrentarme al cadáver de Sophia, incluso en presencia de las otras mujeres del pueblo.

Me alcé del suelo apoyándome en un codo.

—No puedo. No me siento bien. Todavía tengo frío...

Mi madre me tocó con el dorso de los dedos, primero la frente y después el cuello.

—Yo más bien diría que estás ardiendo de fiebre. —Me miró con recelo, como si dudara, y después se incorporó del suelo—. Está bien, por esta vez y teniendo en cuenta por lo que has pasado antes... —Dejó la frase sin terminar y me miró desde lo alto una vez más, de una manera que no supe descifrar bien, y salió por la puerta.

Más adelante me contó lo que había pasado en casa del pastor, cómo las mujeres prepararon el cuerpo de Sophia para el entierro. Primero, la pusieron junto al fuego para descongelarla, después le limpiaron la boca y la nariz de lodo, y le peinaron cuidadosamente el cabello. Mi madre describió lo blanca que se le había puesto la piel por el tiempo pasado en el río, y dijo que estaba llena de finos arañazos rojos, de cuando la corriente arrastró el cadáver por las rocas sumergidas. Le pusieron su mejor vestido, de un amarillo tan claro que casi parecía marfil, adornado con bordados hechos por ella misma, y lo ajustaron a su delgado cuerpo con frunces y alfileres. No se

hizo ninguna mención del cuerpo de Sophia, de alguna anormalidad, ningún comentario sobre el menor abultamiento en el abdomen de la difunta. Si alguien se fijó en algo, debió de atribuirlo al hinchamiento producido por el agua que la pobre chica había ingerido al ahogarse. Y después se colocó una mortaja de lino en un sencillo ataúd de tablas de madera. Un par de hombres que habían esperado hasta que las mujeres terminaran su trabajo cargaron el ataúd en un carro y lo escoltaron hasta la casa de Jeremiah, donde se quedaría hasta el momento del entierro.

Mientras mi madre describía tranquilamente el estado del cuerpo de Sophia, yo sentía como si me estuvieran clavando clavos para exhortarme a confesar mi maldad. Pero no perdí la cabeza, aunque poco faltó, y lloré mientras mi madre hablaba, tapándome los ojos con una mano. Ella me acarició la espalda como si yo fuera otra vez una niña.

—¿Qué te pasa, Lanore, querida? ¿Por qué estás tan alterada por Sophia? Ha sido algo terrible y era nuestra vecina, sí, pero no creo que la conocieras muy bien.

Me envió al desván con un odre de piel de cabra lleno de agua caliente y fue a reprender a mi padre por haberme llevado con él al bosque. Me tumbé con la piel de cabra apretada contra el vientre, aunque no me alivió nada. Me quedé despierta, escuchando todos los sonidos de la noche —el viento, las ramas de los árboles, las brasas mortecinas— que susurraban el nombre de Sophia.

Como había ocurrido con su boda, el entierro de Sophia Jacobs fue un acontecimiento miserable, al que asistieron su madre y algunas de sus hermanas, su marido y poca gente más. Era un día frío y nublado, y la nieve prometía bajar del cielo como había hecho todos los días desde el suicidio de Sophia.

Jonathan y yo estábamos mirando desde lo alto de una colina que dominaba el cementerio. Vimos a los dolientes agrupados en torno a la oscura y vacía sepultura. Se las habían arreglado de algún modo para cavar una fosa aunque la tierra estaba empezando a congelarse, y no pude evitar preguntarme si habría sido su padre, Tobey, el que la había cavado. Los dolientes, manchitas negras sobre un campo blanco allá en la distancia, se balanceaban adelante y atrás sin parar mientras Gilbert pronunciaba unas palabras sobre la difunta. Yo tenía el rostro tenso, hinchado de llorar durante días, pero en aquel momento, en presencia de Jonathan, no brotaron lágrimas. Parecía algo irreal estar espiando el entierro de Sophia, yo, que debería estar allí abajo de rodillas, pidiéndole perdón a Jeremiah, pues yo era la responsable de la muerte de su esposa, tanto como si la hubiera empujado yo misma al río.

A mi lado, Jonathan guardaba silencio. Por fin empezó a caer la nieve, como si se liberara una tensión contenida durante mucho tiempo, copos minúsculos que se mecían en el aire frío antes de caer en la lana oscura del abrigo de Jonathan y en su pelo, negro y lustroso como el ala de un cuervo.

—No puedo creer que haya muerto —dijo por vigésima vez en aquella mañana—. No puedo creer que se quitara la vida.

No supe qué decir. Cualquier cosa que hubiera dicho habría resultado vana, manida y completamente falsa.

—Es culpa mía —dijo con voz ronca, y se llevó una mano a la cara.

—No debes culparte por esto —me apresuré a confortarle con las mismas palabras que me había dicho a mí misma una y otra vez durante los últimos días, mientras ocultaba mi culpa febril

en la cama—. Sabes que su vida fue miserable, desde que era niña. ¿Quién sabe qué tristes pensamientos llevaba dentro, y desde hacía cuánto tiempo? Al final, cedió a ellos. No es culpa tuya.

Jonathan dio dos pasos adelante, como si deseara estar abajo, en el cementerio.

—No puedo creer que pensara en hacerse daño a sí misma, Lanny. Había sido feliz... conmigo. Me parece inconcebible que la Sophia que yo conocía estuviera luchando con el deseo de matarse.

—Nunca se sabe. A lo mejor tuvo una pelea con Jeremiah... puede que después de la última vez que la viste.

Él cerró los ojos con fuerza.

—Si algo la atormentaba, era mi reacción cuando me dijo lo del niño. No cabe duda. Por eso me echo la culpa, Lanny, por la manera insensata en que reaccioné a la noticia. Tú dijiste... —De pronto, Jonathan levantó la cabeza, mirando en mi dirección—. Dijiste que a lo mejor se te ocurría una manera de disuadirla de tener el niño. Espero, Lanny, que no le fueras a Sophia con un plan semejante...

Me eché atrás, sobresaltada. En aquellos últimos días había pensado en contárselo todo, mientras luchaba con un sentimiento de culpabilidad tan ponzoñosa como una enfermedad. Tenía que contárselo a alguien —no era la clase de secreto que uno pudiera guardarse sin hacer un daño irreparable al alma— y si había alguien capaz de comprenderlo, ese era Jonathan. Al fin y al cabo, lo había hecho por él. Él había acudido a mí en busca de ayuda y yo hice lo que era preciso. Necesitaba que me absolvieran de lo que había hecho; él me debía aquella absolución, ¿no?

Pero cuando me escrutó con aquellos ojos oscuros y tercos, me di cuenta de que no podía contárselo. Y menos en aquel momento, cuando era tan vulnerable a causa del dolor y quizá se dejara llevar por la emoción. No lo entendería.

—¿Qué? No, no se me ocurrió ningún plan. Y además, ¿por qué iba yo a hablar con Sophia por mi cuenta? —mentí. No había tenido intención de mentirle a Jonathan, pero él me había sorprendido, su conjetura había sido como una flecha disparada con insospechada precisión. Ya se lo contaría algún día, decidí.

Jonathan le dio vueltas a su sombrero de tres picos.

—¿Tú crees... que debería contarle la verdad a Jeremiah?

Me lancé hacia él y lo sacudí por los hombros.

—Eso sería terrible, para ti y también para la pobre Sophia. ¿De qué va a servir contárselo a Jeremiah ahora, excepto para apaciguar tu conciencia? Lo único que conseguirías sería destruir la imagen que Jeremiah tiene de ella. Déjale que encierre a Sophia pensando que fue una buena esposa y que le fue fiel.

Él miró cómo mis manitas lo agarraban de los hombros —era raro que nos tocáramos el uno al otro desde que ya no éramos niños— y después me miró a los ojos con tanta pena que no pude contenerme. Me derrumbé contra su pecho y tiré de él hacia mí, pensando solo que él necesitaba consuelo en aquel momento, un cuerpo de mujer en sus brazos, aunque no fuera Sophia. No mentiré diciendo que no me resultó consolador sentir su cuerpo fuerte y cálido contra el mío, aunque yo no tenía derecho al consuelo. Casi lloré de felicidad al entrar en contacto con él. Apretando su cuerpo contra el mío, podía imaginar que me había perdonado mi terrible pecado contra Sophia... aunque, por supuesto, él no sabía nada.

Mantuve la mejilla contra su pecho, escuchando el latido de su corazón bajo las capas de lana

y lino y aspirando su olor. No quería soltar a Jonathan, pero sentí que él me estaba mirando desde arriba, así que yo también levanté la mirada hacia él, preparada para que me hablara otra vez de su amor a Sophia. Y si lo hacía, si decía su nombre, decidí, le contaría lo que había hecho. Pero no lo hizo. En cambio, su boca se mantuvo sobre la mía un instante antes de que me besara.

El momento que yo tanto había esperado se esfumó como un borroso recuerdo. Nos deslizamos hacia la protección del bosque, a unos pasos de distancia. Recuerdo el maravilloso calor de su boca en la mía, su apremio y su intensidad. Recuerdo sus manos desatando la cinta que cerraba mi blusa sobre mis pechos. Me apretó la espalda contra un árbol y me mordió en el cuello mientras forcejeaba con el cierre de sus pantalones. Me levanté la falda para que él pudiera agarrarme, con las manos en mis caderas. Lamento no haber visto ni un atisbo de su virilidad a causa de toda la ropa que había entre nosotros, capas y capas, faldas y enaguas. Pero de pronto le sentí en mí, algo grande, firme y caliente empujando dentro de mí, y él embistiéndome, aplastándome contra la corteza del árbol. Y al final, su gemido en mi oído me provocó un escalofrío, porque significaba que había encontrado placer conmigo, y yo nunca había sido tan feliz y temía no volver a serlo jamás.

Cabalgamos juntos en su caballo a través del bosque, yo agarrada con fuerza a su cintura, como habíamos hecho de niños. Tomamos los caminos menos transitados para que no nos vieran juntos sin compañía. No nos dijimos ni una palabra y yo mantuve mi acalorado rostro enterrado en su abrigo, intentando todavía asimilar lo que habíamos hecho. Sabía de muchas otras chicas del pueblo que se habían entregado a un hombre antes de casarse —siendo Jonathan el afortunado en muchos casos— y las había mirado con desprecio. Ahora yo era una de ellas. Una parte de mí sentía que me había deshonrado. Pero otra parte de mí creía que no tenía otra opción; puede que fuera mi única oportunidad para conquistar el corazón de Jonathan y demostrar que estábamos hechos el uno para el otro. No podía dejarla pasar.

Me deslicé del lomo de su caballo y, tras un apretón de manos, hice a pie la corta distancia hasta la cabaña de mi familia. Pero mientras andaba, empezaron a surgirme dudas acerca de lo que había significado para él nuestro encuentro. Él fornicaba con muchachas sin pensar en las repercusiones. ¿Por qué me imaginaba que esa vez se atendería a las consecuencias? ¿Y qué pasaba con sus sentimientos hacia Sophia... o ya puestos, con mi obligación para con la mujer a la que yo había empujado a quitarse la vida? Era como si yo la hubiera asesinado, y ahí estaba poco después, fornicando con su amante. No podía existir un alma más malvada.

Necesité unos minutos, antes de seguir hacia mi casa, para recobrar la calma aspirando con fuerza el aire frío. No podía desmoronarme delante de mi familia. No tenía a nadie con quien hablar del asunto. Debería guardar aquel secreto oculto en mi interior hasta que estuviera lo bastante tranquila para pensar en ello racionalmente. Me vacié de todo: de la culpa, la vergüenza y el odio a mí misma. Y sin embargo, al mismo tiempo estaba llena de... temblorosa excitación porque, aunque no me lo merecía, había conseguido lo que quería. Solté el aire, me sacudí la nieve recién caída de la parte delantera de mi capa, enderecé los hombros y recorrí penosamente el resto del camino hasta la casa familiar.

10

Hospital del Condado de Aroostook, en la actualidad

Se oyen ruidos fuera, en el pasillo.

Luke mira su reloj de pulsera. Las cuatro de la madrugada. El hospital reanuda la actividad dentro de poco. Las mañanas son muy ajetreadas, con los accidentes habituales en una zona rural —una costilla rota por la coza de una vaca lechera, un resbalón en una placa de hielo al cargar una bala de heno—, y a las seis se hace el cambio de turno.

La muchacha le mira como podría mirar un perro a un amo poco digno de confianza.

—¿Me vas a ayudar? ¿O dejarás que ese sheriff me lleve a la comisaría?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

A ella se le enciende el rostro.

—Puedes dejarme marchar. Cierra los ojos mientras yo salgo. Nadie te echará la culpa. Puedes decirles que fuiste al laboratorio, me dejaste sola un momento, y cuando volviste yo ya no estaba.

«Joe dice que es una asesina», piensa Luke. ¿Puede dejar que una asesina se marche por la puerta?

Lanore busca su mano.

—¿Alguna vez has estado tan enamorado de una persona que habrías hecho cualquier cosa por ella? —pregunta—. ¿Has sentido que por encima de lo que tú quieras, deseas más su felicidad?

Luke se alegra de que ella no pueda mirar en su corazón, porque él nunca ha sido tan altruista. Ha sido cumplidor, sí, pero nunca ha sido capaz de dar sin notar una punzada de resentimiento, y no le gusta cómo le hace sentirse eso.

—No soy un peligro para nadie. Ya te he dicho por qué... por qué he hecho lo que he hecho a Jonathan.

Luke mira aquellos ojos azules como el hielo que se llenan de lágrimas y un estremecimiento lo recorre de la cabeza al pecho. El dolor de la pérdida se apodera rápidamente de él, como acostumbra sucederle desde que murieron sus padres. Sabe que ella está sintiendo la misma tristeza que él, y por un momento están unidos en esa pena infinita. Y está tan harto de ser presa del dolor —la pérdida de sus padres, su matrimonio, toda su vida— que sabe que tiene que hacer algo para liberarse de él, que debe hacerlo ya o no lo hará nunca. No está seguro de por qué va a hacer lo que está a punto de hacer, pero sabe que no puede pensarlo porque entonces no sería

capaz de llevarlo a cabo.

—Espera aquí. Enseguida vuelvo.

Luke avanza con paso ligero por el estrecho pasillo que lleva al vestuario de los médicos.

Dentro de su abollada taquilla gris encuentra un par de pijamas médicos de algodón, desgastados y olvidados. Rebusca en otro par de taquillas y acaba reuniendo una bata blanca de laboratorio, un gorro de cirugía y, sacadas de la taquilla de la pediatra, unas zapatillas deportivas de mujer, tan viejas que se curvan en las punteras. Luke lo lleva todo a la sala de reconocimiento.

—Ten, ponte esto.

Toman el camino más corto a la parte de atrás del hospital y pasan por la puerta de los conserjes hacia el patio de carga de la zona de servicios. Una ordenanza que llega para el turno de día los saluda con la mano cuando cruzan el aparcamiento, pero cuando Luke devuelve el saludo siente el brazo rígido por la angustia. Y hasta que llegan al aparcamiento y se encuentran al lado de su camioneta, Luke no recuerda que ha dejado las llaves en su parka, en la sala de los médicos.

—Maldita sea, he de volver. No tengo las llaves. Escóndete entre los árboles. Ahora mismo vuelvo.

Lanny no dice nada pero asiente, y se encoge en su fino pijama de algodón, aterida de frío.

La caminata desde el aparcamiento hasta la entrada de ambulancias es la más larga de su vida. Luke se apresura, por el frío y por los nervios. Judy o Clay pueden haber notado ya su ausencia. Y si Clay está dormido en el sofá, Luke podría despertarlo cuando entre en la sala para recoger sus llaves, y entonces estaría perdido. Cada paso se va haciendo más difícil, hasta que se siente como un esquiador acuático arrastrado bajo el agua porque ha pasado algo terrible en el otro extremo del cable.

Empuja la pesada puerta de cristal, abriéndola tan poco que tiene que alzar los hombros hasta las orejas. Judy, en el puesto de enfermeras, frunce el ceño ante su ordenador y ni siquiera levanta la mirada cuando pasa Luke.

—¿Dónde has estado?

—Fumando un cigarrillo.

Ahora Judy está prestando atención, taladrando a Luke con sus brillantes ojos de cuervo.

—¿Cuándo has empezado a fumar de nuevo?

Luke se siente como si se hubiera fumado dos paquetes esa noche, así que lo que le ha dicho a Judy no le parece inapropiado.

—¿Se ha levantado Clay?

—No lo he visto. La puerta de la sala sigue cerrada. Tal vez deberías ir a despertarlo. No puede quedarse dormido allí todo el día. Su mujer se preguntará qué le ha pasado.

Luke se queda paralizado; quiere decir algo gracioso, actuar como si todo fuera normal delante de Judy, pero claro, Luke nunca ha bromeado con Judy en el pasado, y hacerlo ahora resultaría chocante. Su poca habilidad para mentir sin levantar sospechas hace que esté más cohibido. Se siente como si hubiera caído por una grieta de un estanque congelado y se estuviera ahogando, empapándose de agua helada los pulmones, pero Judy no se da cuenta de nada.

—Necesito un café —murmura Luke y sigue avanzando.

La puerta de la sala está a solo dos pasos de distancia. Ve de inmediato que está entreabierta y que dentro no hay luz. Empuja para abrirla algunos centímetros más y ve claramente el hueco en el sofá, donde debería estar el policía.

Se le sube la sangre a las orejas y las glándulas de su garganta se hinchan hasta cuatro veces su tamaño normal. No puede respirar. Es peor que ahogarse; se siente como si le estuvieran estrangulando.

La parka está colgada a la derecha, de un gancho en la pared, esperando a que él busque en el bolsillo. El tintineo le dice que las llaves están donde él esperaba que estuvieran.

En el camino de regreso, su andar es firme y decidido. La cabeza gacha, las manos bien metidas en los bolsillos de su bata de laboratorio. Decide no tomar el pasillo de servicio, que es el camino más largo, y se dirige hacia la entrada de ambulancias. La cabeza de Judy se levanta cuando Luke pasa por el puesto de enfermeras.

—Creí que ibas a por un café.

—Me he dejado la cartera en el coche —suelta él por encima del hombro. Ya casi está en la puerta.

—¿Has despertado a Clay?

—Ya está levantado —dice Luke, poniéndose de espaldas a la puerta para empujarla.

En el otro extremo del pasillo ve al policía, que parece haberse materializado al pronunciarse su nombre. Él también ve a Luke y levanta el brazo como si quisiera parar un autobús. Clay quiere hablar con él y avanza con grandes zancadas por el pasillo en dirección a Luke, agitando la mano... «¡Espera, Luke!» Pero Luke no se detiene. Con un golpe de cadera, Luke vuelve a cerrar la puerta.

El frío le abofetea la cara cuando sale de repente al otro lado, obligándolo a volver a la realidad. ¿Qué está haciendo?, piensa. «Este es el hospital donde trabajo. Conozco cada baldosa y cada silla de plástico y cada camilla como si fuera mi casa. ¿Qué estoy haciendo, arruinando mi vida, ayudando a escapar a una sospechosa de asesinato? ¿He perdido el juicio?» Pero sigue avanzando, movido por un extraño impulso en la sangre, como si la bola de una máquina del millón rebotara en sus venas, empujándolo hacia delante. Atraviesa a toda velocidad el aparcamiento, a la desesperada, fuera de sí, como una persona que intenta mantenerse erguida mientras baja una cuesta muy empinada, sabiendo que lo verán como un loco.

Luke entorna los ojos y mira angustiada hacia su camioneta, pero la chica no está; ni rastro del revelador verde claro de los pijamas de hospital. Al principio, le entra el pánico: ¿cómo puede haber sido tan estúpido para dejarla fuera sin vigilancia? Pero una pequeña semilla de esperanza se abre en su pecho al darse cuenta de que si la detenida ha desaparecido, también desaparecen sus problemas.

Y al instante siguiente, la ve ahí, delicada, etérea, un ángel vestido con ropas de hospital... Y el corazón le da un vuelco al verla.

Luke apenas acierta a introducir la llave en el contacto, mientras Lanore se agacha en el asiento, procurando no mirar para no aumentar el nerviosismo del doctor. Por fin, el motor se pone en marcha y la camioneta sale de un brinco del aparcamiento, lanzándose temerariamente a la carretera.

La pasajera mira hacia delante, como si solo su concentración estuviera impidiendo que los descubran.

—Estoy en el albergue para cazadores de Dunratty. ¿Sabes dónde se encuentra?

Luke se asombra.

—¿Crees que es prudente ir allí? Yo creo que la policía ya habrá seguido tu pista hasta el

albergue. No llegan muchos forasteros en esta época del año.

—Por favor, acércate. Si nos parece sospechoso, seguimos adelante, pero tengo allí todas mis cosas. Mi pasaporte, dinero, ropa. Apuesto a que tú no tienes nada que me sirva.

Es más menuda que Tricia, pero más alta que las niñas.

—Ganarías la apuesta —confirma él—. ¿Pasaporte?

—He venido de Francia, que es donde vivo. —Se enrosca en su extremo del asiento como un gato que intentara conservar el calor. De pronto, Luke siente que las manos que sujetan el volante son grandes, descomunales, y torpes. Está teniendo una experiencia extracorporal a causa del estrés, y tiene que concentrarse para no dar volantazos y salirse de la carretera.

—Deberías ver mi casa de París. Es como un museo, llena de cosas que he ido acumulando durante muchos, muchos años. ¿Te gustaría ir?

Su tono de voz es dulce y cálido como un licor, y la invitación es tentadora. Luke se pregunta si está diciendo la verdad. ¿A quién no le gustaría ir a París y alojarse en una casa de ensueño? Luke siente que su tensión empieza a desaparecer, el cuello y la espalda se le empiezan a relajar.

Hay albergues para cazadores como el de Dunratty por toda esa parte de los bosques. Luke nunca ha estado en uno, pero recuerda haber visto un par por dentro cuando era niño, por alguna razón que en ese momento no recuerda. Cabañas baratas construidas en los años cincuenta, hechas con madera contrachapada, y llenas de muebles de ocasión y de moho, con linóleo de oferta y cagadas de ratón. La chica dirige a Luke hacia la última cabaña del sendero de grava del Dunratty; las ventanas se ven oscuras, parece desocupada. Extiende una mano hacia Luke.

—Dame una de tus tarjetas de crédito, voy a ver si puedo abrir la puerta.

Una vez dentro, descorren los estores y Lanny enciende una luz. Todo lo que tocan está frío. Las pertenencias personales de la chica están esparcidas, en desorden, como si los ocupantes de la cabaña se hubieran visto obligados a huir en plena noche. Hay dos camas, pero solo una está deshecha; las sábanas arrugadas y las almohadas deformadas parecen perversas e incriminatorias. Hay un ordenador portátil con una cámara conectada por un cable sobre una mesa destartada que en otro tiempo formó parte de una pequeña cocina. Botellas de vino abiertas reposan en la mesa auxiliar, dos vasos manchados de huellas dactilares y marcas de labios.

En el suelo, hay dos bolsas de viaje abiertas. Lanny se agacha junto a una y empieza a meter cosas sueltas, incluyendo el ordenador y la cámara.

Luke hace sonar sus llaves, nervioso e impaciente.

La chica cierra la cremallera de la bolsa, se pone en pie y se dirige a la segunda bolsa de viaje. Saca una prenda masculina y se la acerca a la nariz, aspirando con fuerza.

—Vale, ya me puedo ir.

Mientras regresan por el sendero de grava, pasando por la oficina (que seguramente está cerrada a esas horas de la mañana; Dunratty hijo todavía duerme arriba), Luke cree ver que los estores rojos de algodón se mueven, como si alguien estuviera observándolos. Se imagina a Dunratty en albornoz, con una taza de café en la mano, oyendo el sonido de los neumáticos sobre la grava y asomándose a ver quién pasa. ¿Reconocerá la camioneta?, se pregunta Luke. «Olvídalo, no es nada, solo un gato pasando por la ventana», se dice. No tiene sentido buscarse problemas.

Luke se pone un poco nervioso cuando la chica se cambia de ropa mientras él conduce, hasta que recuerda que ya la ha visto desnuda. Ella se pone unos vaqueros y un jersey de cachemir más caro que cualquier cosa que su mujer haya llevado en toda su vida. Tira el pijama al suelo de la

camioneta.

—¿Tienes pasaporte? —le pregunta ella a Luke.

—Sí, en casa.

—Vamos a cogerlo.

—¿Qué? ¿Es que nos vamos a París, así como así?

—¿Por qué no? Yo compro los billetes, lo pago todo. El dinero no es problema.

—Creo que debería llevarte a Canadá ahora mismo, antes de que la policía informe de tu desaparición y te busque. Estamos a quince minutos de la frontera.

—¿Vas a necesitar tu pasaporte para cruzar la frontera? Han cambiado las normas, ¿no? —pregunta la chica, con un tono de pánico en la voz.

Luke agarra con más fuerza el volante.

—No lo sé. Hace mucho que no cruzo la frontera... Bueno, vale, vamos a mi casa. Pero solo un minuto.

La granja se alza en medio de un campo yermo, como un niño demasiado tonto para resguardarse del frío. La camioneta avanza como puede sorteando el barro removido, que se ha congelado y forma picos como el escarchado de un pastel.

Entran por la puerta trasera en una cocina triste y desordenada que no ha cambiado lo más mínimo en cincuenta años. Luke enciende la luz del techo, pero comprueba que la iluminación de la estancia no ha mejorado. En la mesa hay tazas de café usadas y bajo los pies crujen las migas. El desorden hace que se sienta avergonzado de una manera exagerada.

—Esta era la casa de mis padres. Estoy viviendo en ella desde que murieron —explica—. No me gustaba la idea de que la granja cayera en manos de un extraño, pero no puedo ocuparme de ella como lo hacían ellos. Vendí los animales hace unos meses. Hay una persona interesada en arrendar los campos y sembrarlos en primavera. Es una pena que no se aprovechen para cultivar.

Lanny deambula por la estancia, pasado un dedo por la rayada encimera de formica, por el respaldo de una silla de cocina con asiento de vinilo. Se detiene ante un dibujo fijado con un imán al frigorífico, hecho por una de las hijas de Luke cuando estaba en preescolar. Una princesa sobre un poni. El poni es apenas el esbozo de un animal parecido a un caballo, pero la princesa está muy trabajada, con una gran mata de pelo rubio y ojos azules, y lleva un vestido rosa para montar. Excepto por el vestido largo, podría ser Lanny.

—¿Quién dibujó esto? ¿Tienes niños en casa?

—Ya no.

—¿Están con tu mujer? —trata de adivinar ella—. ¿Nadie cuida de la casa por ti?

Él se encoge de hombros.

—No tienes ninguna razón para quedarte —dice Lanny, exponiendo las cosas como son.

—Todavía tengo obligaciones —replica él, porque está acostumbrado a pensar así en su vida. No podrá vender la granja con la crisis económica. Tiene sus pacientes, casi todos ancianos porque sus hijos y nietos se van marchando del pueblo. Su apretada agenda lo es menos cada mes.

Luke sube la escalera, se dirige a su alcoba y encuentra el pasaporte en el cajón de una mesita de noche. Se trasladó a la vieja habitación de sus padres cuando su mujer le dejó. La habitación de su infancia había sido también su alcoba conyugal y ya no quiere saber nada de eso.

Abre el pasaporte. Nunca lo ha utilizado. Jamás ha tenido tiempo para viajar desde que era

médico residente, y aun entonces solo se movió por Estados Unidos. No ha visitado ninguno de los lugares lejanos con los que soñaba cuando era adolescente y pasaba largas horas en el tractor, sus horas de soñar despierto. Su pasaporte sin un solo sello le hace sentirse un poco avergonzado en presencia de alguien que ha estado en tantos sitios exóticos. Se suponía que su vida tomaría un rumbo diferente.

Encuentra a Lanny en el comedor, examinando las fotos familiares colocadas en una estantería baja. Su madre había tenido esas fotos desde que Luke podía recordar, y a él le ha faltado coraje para quitarlas, pero su madre era la única que sabía quiénes eran aquellas personas y qué parentesco tenían con él. Viejas fotografías en blanco y negro, con escandinavos muy serios y muertos hace mucho tiempo devolviéndote la mirada, desconocidos entre sí. Hay una foto en color en un grueso marco de madera, una foto de una mujer con sus dos hijas, intercalada entre los parientes, como si aquel fuera su sitio.

Luke apaga las luces y pone el termostato de la calefacción muy bajo, solo lo suficiente para evitar que las tuberías se congelen. Comprueba las cerraduras de las puertas, aunque no sabe por qué está siendo tan cuidadoso. Se propone volver en cuanto deje a la chica al otro lado de la frontera, pero al tocar con la mano el interruptor de la luz se le forma un nudo en la garganta. Se siente como si estuviera diciendo adiós —cosa que espera hacer algún día, que ha planeado e imaginado en sus momentos más sensatos, y que se propone emprender tal vez en primavera, cuando pueda pensar con más claridad—, pero en ese momento solo está ayudando a una chica en apuros, una joven que no tiene a quién recurrir. Lo que es ese día, piensa volver enseñada.

—¿Lista? —pregunta Luke, haciendo sonar las llaves una vez más.

Lanny no responde y se acerca a la estantería; saca un libro pequeño, poco más grande que su mano. La sobrecubierta ha desaparecido hace tiempo, y las tapas duras están gastadas en las esquinas, de modo que el cartón despunta como un capullo entre la raída tela amarilla. Luke tarda un minuto en reconocer el libro: fue uno de sus favoritos cuando era niño; su madre debió de guardarlo todos esos años. *La pagoda de jade*, un clásico infantil, como Kipling pero sin ser Kipling, la historia de una expatriada británica ambientada en lugares lejanos, una historia con un príncipe chino y una princesa europea, o al menos una chica caucasiana, con ilustraciones a plumilla hechas por el propio autor. Lanny hojea las páginas.

—¿Conoces el libro? —pregunta él—. A mí me encantaba. Bueno, ya ves lo usado que está. La encuadernación está en las últimas. No creo que lo sigan editando.

Ella lo extiende hacia él, abierto, señalando una de las ilustraciones. Y que le maten si no es ella. Lleva un vestido de la época eduardiana y el pelo recogido como una de las icónicas imágenes de mujeres del ilustrador Charles Dana Gibson, pero esa es su cara en forma de corazón y sus ojos atolondrados y un poco altivos.

—Conocí a Oliver, el autor, cuando los dos vivíamos en Hong Kong. Entonces era solo un funcionario británico con fama de bebedor, que pedía a las mujeres de los oficiales que posaran para su pequeño proyecto, como él lo llamaba. Yo fui la única que accedió. Todas pensaban que era escandaloso y que era una argucia suya, un pretexto para estar a solas en su casa con una de nosotras.

Luke siente que se le cierra el diafragma y que el corazón le late desbocado. La muchacha de la ilustración está delante de él en carne y hueso; le resulta extraño, casi mágico, que la chica del cuento de pronto se materialice ante sus ojos. Durante un momento, teme que vaya a desmayarse.

Al cabo de un instante, ella está a su lado, apresurándose hacia la puerta.
—Ya estoy lista. Vámonos.

11

Saint Andrew, 1816

Había conseguido lo único que deseaba mi corazón —que Jonathan me mirara como mujer y amante—, pero nada más. Vivía en un estado de incertidumbre porque no había podido comunicarme con él desde aquella emocionante y angustiada tarde.

El invierno se había interpuesto entre nosotros.

El invierno no se podía ignorar en nuestra zona de Maine. Soportábamos una ventisca tras otra, y en uno o dos días la nieve se amontonaba hasta la altura de la cintura, impidiendo cualquier posibilidad de salir. Toda nuestra atención y nuestra energía se concentraban en mantenernos abrigados y alimentados, además de cuidar de los animales. Todas las tareas cotidianas al aire libre exigían chapotear por la nieve, lo cual resultaba agotador. En cuanto se despejaba un sendero hacia el establo y los pastos, se abría un agujero en la superficie helada del arroyo para que lo usaran los animales y la familia, el ganado se acostumbraba a rodear los montones de nieve en el campo y parecía que la vida podía volver a la normalidad (o al menos, a la rutina), acto seguido caía otra tormenta sobre el valle.

Yo me sentaba junto a la ventana y miraba el camino de carros, con más de medio metro de nieve impoluta. Rezaba fervientemente para que la nieve se asentara y quedara lo bastante compacta para que pudiéramos caminar por encima de ella, para así poder ir a los oficios religiosos de los domingos, que era mi única oportunidad de ver a Jonathan. Lo necesitaba para ahuyentar mis temores, para que me dijera que no había copulado conmigo solo porque no podía hacerlo con Sophia, sino porque me deseaba. Quizá porque me amaba.

Por fin, después de varias semanas de confinamiento en casa, la nieve se compactó a una altura pasable, y nuestro padre dijo que el domingo iríamos al pueblo. En cualquier otra época del año, esa noticia se habría acogido con mera resignación, si no con indiferencia, pero aquella vez se habría podido pensar que mi padre nos había dicho que íbamos a asistir a un baile. Maeve, Glynnis y yo pasamos unos días en ascuas, decidiendo qué nos íbamos a poner, cómo quitaríamos una mancha de nuestra mejor blusa y cuál de nosotras les arreglaría el pelo a las otras. Incluso Nevin parecía ansioso por que llegara el domingo para escapar de nuestra pequeña cabaña.

Mi padre y yo dejamos a mis hermanas, hermano y madre en la iglesia católica, y después seguimos hasta la iglesia congregacionista. Mi padre sabía por qué iba yo con él, así que debía de intuir por qué estaba más ansiosa que de costumbre al acercarnos allí. Y después del sermón,

como la nieve estaba demasiado alta para hacer vida social en el prado comunal, la congregación siguió bajo techo, llenando los pasillos, las galerías y las escaleras. El ambiente estaba cargado de la animada charla de gente que llevaba demasiado tiempo confinada con sus familias y estaba ansiosa de hablar con alguien diferente.

Me escabullí entre la multitud buscando a Jonathan. Mis oídos captaban fragmentos de las conversaciones de mis vecinos —qué terrible había sido, qué aburrido, qué hartos estaban todos de guisantes secos con melaza y cerdo salado— que rebotaban en mí como copos de nevisca. A través de una estrecha ventana vi el cementerio y la tumba de Sophia. La tierra recién removida se había asentado y hundido, y la nieve de encima de la tumba estaba algunos centímetros más baja que el resto, rompiendo la monotonía del paisaje.

Por fin vi a Jonathan, que también se movía entre la multitud como si estuviera buscándome. Nos encontramos al pie de la escalera que llevaba a la galería, apretados hombro con hombro con nuestros vecinos, sabiendo que no podíamos hablar libremente. Alguien nos oiría.

—Qué encantadora estás hoy, Lanny —dijo Jonathan educadamente. Un comentario inofensivo, pensaría quien lo oyera por casualidad, pero el Jonathan de mi infancia nunca había hecho ningún comentario sobre mi aspecto, como tampoco hablaría del aspecto de otro chico.

No pude devolver el cumplido; solo conseguí ruborizarme.

Él se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Las tres últimas semanas han sido insoportables. Sal a tu granero esta tarde, una hora antes de ponerse el sol, y me las arreglaré para reunirme allí contigo.

Por supuesto, dadas las circunstancias, no podía hacerle preguntas ni buscar confirmaciones para mi inseguro corazón. Y para ser sincera, no creo que nada que él pudiera decir me hubiera impedido acudir a su encuentro. Ardía en deseos de estar con él.

Aquella tarde, mis temores se desvanecieron. Durante una hora sentí que era el centro de su mundo, todo lo que yo podía desear. Puso todo su ser en cada caricia, desde la manera en que desató torpemente las cintas y los lazos que sujetaban mis ropas hasta el tacto de sus dedos en mi pelo y sus besos en mis hombros desnudos y sensibles. Después nos acurrucamos juntos mientras regresábamos a nuestros cuerpos, y fue una gloria estar rodeada por sus brazos, sentirle muy apretado contra mí, como si también él quisiera que nada se interpusiera entre nosotros. No hay felicidad que pueda compararse con la dicha de conseguir algo por lo que has suplicado y rezado. Yo estaba exactamente donde había querido estar, pero a pesar de ello era consciente de cada segundo que pasaba y de que mi familia podía estar preguntándose por mí.

De mala gana, le aparté los brazos de mi cintura.

—No puedo quedarme. Tengo que volver... aunque a veces desearía que hubiera otro sitio para mí... un sitio adonde pudiera ir y que no fuera mi casa.

Solo había querido decir que deseaba no tener que abandonar el dulce refugio de su compañía, pero se me escapó aquella verdad, una verdad que había mantenido cautiva en mi interior. La sentía como algo vergonzoso, un miedo secreto que no podía admitir, pero las palabras habían sido pronunciadas y ya no se podían negar. Jonathan me miró con curiosidad.

—¿Y eso por qué, Lanny?

—Bueno, a veces me parece... que mi sitio no está con mi familia.

Me sentí como una tonta por tener que explicarle aquello a Jonathan, quien posiblemente era la única persona del pueblo que nunca había dejado de ser amada ni había sentido que no merecía la

felicidad.

—Nevin es el único hijo varón, así que es valiosísimo para mis padres. Y algún día heredará la granja. Y mis hermanas... bueno, son tan guapas que todo el pueblo las admira por su belleza. Tienen buenas posibilidades. Pero yo...

No podía contarle a nadie, ni siquiera a Jonathan, la verdadera razón de mi miedo secreto: que mi felicidad no le importara a nadie, que yo no le importara a nadie, ni siquiera a mi padre y a mi madre.

Me atrajo junto a él en el heno y me rodeó con los brazos, sujetándome mientras yo intentaba zafarme, no de él sino de mi vergüenza.

—No soporto oírte decir esas cosas, Lanny... Mira, yo he elegido estar contigo, ¿no? Eres la única persona con la que me siento a gusto, la única a la que revelo lo que soy. Me pasaría toda la vida en tu compañía, si pudiera. Mi padre, mi madre, los leñadores, el capataz... los cambiaría a todos, a todos ellos, por estar contigo, solo nosotros dos, juntos para siempre.

Me creí sus bellas palabras, por supuesto; se abrieron paso a través de mi vergüenza y se me subieron a la cabeza, como un trago de whisky fuerte. No malinterpretes lo que digo: en aquel momento, él creía que me amaba con todo su corazón y yo estaba segura de su sinceridad. Pero ahora, con la sabiduría que tanto me costó adquirir, comprendo lo insensatos que éramos al decirnos cosas tan peligrosas el uno al otro. Éramos arrogantes e ingenuos al pensar que sabíamos que lo que sentíamos era amor. El amor puede ser una emoción de poco valor, que se da a la ligera, aunque a mí no me lo parecía entonces. Pero al evocarlo, sé que solo estábamos llenando los vacíos en nuestras almas, igual que la marea cubre con arena todas las oquedades en una playa de guijarros. Los dos —o tal vez solo yo— cubríamos nuestras necesidades con lo que decíamos que era amor. Pero con el tiempo la marea se lleva lo que ha traído.

Era imposible que Jonathan me diera lo que había asegurado que deseaba. No podía renunciar a su familia ni a sus responsabilidades. No hacía falta que me dijera que sus padres jamás le permitirían elegirme como esposa. Pero aquella tarde, en aquel frío granero, fui dueña del amor de Jonathan y, habiéndolo tenido, me aferré a él con más fuerza. Me había declarado su amor, y yo estaba segura del mío por él, lo que demostraba que estábamos hechos para permanecer juntos y que, entre todas las almas del universo de Dios, estábamos atados uno a otro. Unidos por el amor.

Durante los dos meses siguientes solo nos encontramos de aquel modo dos veces más, un número lamentable para unos amantes. En cada ocasión, hablamos muy poco (excepto para que él me dijera cuánto me echaba de menos) y nos apresurábamos a hacer el amor, con la premura que nos imprimía el miedo a ser descubiertos y también el frío. Nos desnudábamos tanto como nos atrevíamos, y utilizábamos las bocas y las manos para acariciarnos y besarnos. Copulábamos como si siempre fuera la última vez para los dos. Es posible que intuyéramos un futuro infeliz que acechaba a nuestro alrededor, contando los segundos que faltaban para que nos envolviera en un abrazo terrible. Las dos veces nos despedimos también con prisas, con su olor impregnando mi ropa, la humedad entre las piernas y un ardor en las mejillas que yo esperaba que mi familia atribuyera al frío cortante.

Pero cada vez que nos separábamos, las dudas empezaban a roerme por dentro. Tenía el amor de Jonathan —por el momento—, pero ¿qué significaba eso? Conocía a Jonathan mucho mejor que nadie. ¿Acaso no había amado también a Sophia, y sin embargo yo le había hecho olvidarla, o eso parecía? Podía engañarme a mí misma, diciéndome que él me sería fiel y leal, cerrar los ojos,

como hacen muchas mujeres, y confiar en que aquello pasara con el tiempo. Mi ceguera se veía agravada por la terca convicción de que un lazo de amor era voluntad de Dios y que, por muy inconveniente, improbable o doloroso que fuera, los hombres no podían cambiarlo. Debía tener fe en que mi amor triunfaría sobre cualquier carencia del cariño de Jonathan por mí. El amor, al fin y al cabo, es fe, y toda fe se ve sometida a prueba.

Ahora sé que solo un loco busca seguridades en el amor. El amor nos exige tanto que, a cambio, intentamos obtener una garantía de que durará. Exigimos permanencia, pero ¿quién puede prometer esas cosas? Debería haberme dado por satisfecha con el amor —de compañeros, perdurable— que Jonathan había sentido por mí desde la infancia. Aquel cariño era eterno. Yo pretendía que sus sentimientos por mí fueran lo que no eran, y al intentarlo eché a perder aquello tan bello y permanente que ya tenía.

A veces las peores noticias llegan en forma de una ausencia. Un amigo que no te visita cuando solía hacerlo y que, a consecuencia de ello, rápidamente, deja de serlo. Una carta esperada que no llega, seguida por la noticia de una muerte prematura. Y en mi caso, aquel invierno, fue que dejé de recibir mis flores mensuales. Primero un mes. Después, el segundo.

Recé por que pudiera existir otra causa. Maldije al espíritu de Sophia, convencida de que se estaba vengando de mí. Pero una vez invocado, el espíritu de Sophia no iba a ser fácil de contener.

Sophia empezó a visitarme en sueños. En algunos, su cara aparecía simplemente entre una multitud, discordante y acusadora, y después desaparecía. En un sueño recurrente, yo estaba con Jonathan y él me dejaba bruscamente, alejándose de mí como si obedeciera una orden silenciosa, desoyendo mis ruegos de que se quedara. Después reaparecía con Sophia, los dos cogidos de la mano en la distancia, sin que Jonathan pensara para nada en mí. Siempre me despertaba de aquellos sueños sintiéndome herida y abandonada.

El peor sueño hacía que me despertara como un caballo encabritado y tenía que sofocar mis gritos para no despertar a mis hermanas. Los otros sueños podrían ser trucos que maquinaba mi mente culpable, pero aquel sueño no podía ser más que un mensaje de la misma muerta. En él, yo caminaba por un pueblo desierto, con el viento ululando a mi espalda mientras yo recorría el principal camino de carros. No se ve ni una sola persona, ni se oye una voz o señal de vida, ni ruido de cortar leña ni golpes en el yunque del herrero. Enseguida estoy en el bosque, blanco de nieve, siguiendo el medio congelado Allagash. Me detengo en una garganta en el río y veo a Sophia de pie en la orilla opuesta. Es la Sophia que se suicidó, azul, con el pelo congelado en mechones, la ropa empapada y colgándole pesadamente. Es la amante olvidada que se pudre en la tumba, a cuya costa he obtenido mi felicidad. Sus ojos muertos se posan en mí y después señala el agua. No se pronuncian palabras, pero yo sé lo que me está diciendo: «Salta al río y pon fin a tu vida y a la vida de tu hijo».

No me atrevía a hablar con nadie de mi familia acerca de mi padecimiento, ni siquiera a mis hermanas, con las que tenía bastante confianza. Mi madre comentó una o dos veces que yo parecía mohína y preocupada, aunque añadió en broma que, a juzgar por mi conducta, debía de estar sufriendo mucho por la maldición mensual. Ojalá hubiera hablado con ella de mi situación, pero, ay, mi lealtad era para Jonathan; no podía revelarles nuestra relación a mis padres sin consultarle antes.

Esperaba encontrarme con Jonathan en el oficio del domingo, pero la naturaleza intervino de

nuevo. Pasaron varias semanas hasta que los caminos al pueblo volvieron a ser transitables. Para entonces, yo sentía la presión del tiempo: si me veía obligada a esperar mucho más, no me sería posible guardar el secreto. Rezaba durante todos mis momentos de vigilia para que Dios me diera la oportunidad de hablar pronto con Jonathan.

El Señor debió de oír mis plegarias, porque al fin el sol de invierno salió en todo su esplendor durante varios días seguidos, fundiendo una buena parte de la última nevada. Aquel domingo pudimos por fin enganchar el caballo, envolvernos bien en capas, bufandas, guantes y mantas, y apretujarnos en la parte trasera del carro para bajar al pueblo.

En la sala de cultos me sentía observada. Dios sabía de mi situación, por supuesto, pero me parecía que todo el pueblo lo sabía también. Temía que mi abdomen hubiera comenzado a hincharse y que todos los ojos se fijaran en el repugnante bulto bajo mi falda, aunque seguramente era muy pronto para eso y, en todo caso, era dudoso que alguien pudiera ver algo extraño con tantas capas de ropa de invierno. Me coloqué pegada a mi padre y me oculté detrás de un poste durante todo el oficio, deseando ser invisible, esperando la oportunidad de hablar con Jonathan en privado más adelante.

En cuanto el pastor Gilbert nos despidió, corrí escalera abajo sin aguardar a mi padre. Me situé en el último escalón, esperando a Jonathan. Él apareció enseguida y se abrió camino hacia mí entre la multitud. Sin una palabra, le agarré con fuerza la mano y lo arrastré detrás de la escalera, donde tendríamos más intimidad.

Aquel acto atrevido le puso nervioso, y miró por encima del hombro para ver si alguien había notado que nos escabullíamos sin acompañante.

—Dios mío, Lanny, si piensas que voy a besarte ahora...

—Escúchame. Estoy embarazada —solté.

Dejó caer mi mano, y la expresión de su hermoso rostro fue mudando: del sobresalto a un sofoco de sorpresa, y luego a una lenta comprensión que lo hizo palidecer. Aunque no había esperado que Jonathan se alegrara de la noticia, su silencio me asustó.

—Jonathan, dime algo. No sé qué hacer. —Le tiré del brazo.

El me lanzó una mirada de soslayo y después carraspeó.

—Querida Lanny, no tengo ni idea de qué decir.

—No es eso lo que una chica quiere oír en una ocasión como esta. —Los ojos se me llenaron de lágrimas—. Dime que no estoy sola, dime que no me abandonarás. Dime que me ayudarás a decidir qué hacer.

Siguió mirándome de muy mala gana, pero dijo fríamente:

—No estás sola.

—No puedes imaginarte lo asustada que he estado, encerrada en casa con mi secreto, sin poder hablar de ello con nadie. Sabía que primero tenía que decírtelo a ti, Jonathan, te lo debía.

«Habla, habla —le incité mentalmente—. Dime que confesarás a mis padres tu parte en mi deshonor y que te portarás como es debido conmigo. Dime que todavía me amas. Que te casarás conmigo.» Contuve el aliento mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas, al borde del desmayo de tanto como deseaba oírle decir aquellas palabras.

Pero Jonathan ya no pudo seguir mirándome. Bajó la vista al suelo.

—Lanny, hay algo que debo confesarte, pero créeme cuando te digo que preferiría morir a tener que darte esta noticia precisamente ahora.

Me sentí mareada y un estremecimiento de miedo me recorrió de arriba abajo como si fuera sudor.

—¿Qué puede ser más importante que lo que te acabo de decir?

—Me he prometido. Se ha decidido esta semana. Mi padre está en el salón ahora mismo, anunciando la noticia, pero yo tenía que encontrarte y decírtelo en persona. No quería que te enteraras por algún otro... —Sus palabras quedaron en suspenso al darse cuenta de lo poco que significaba para mí su consideración en aquel momento.

Cuando estábamos creciendo, a veces bromeábamos acerca del hecho de que Jonathan no estuviera comprometido. Aquel asunto de los compromisos era complicado en un pueblo tan pequeño como Saint Andrew. Los mejores candidatos a novias y maridos quedaban seleccionados pronto, se arreglaban matrimonios hasta para niños de seis años, de modo que si tu familia no había actuado con presteza, podía no quedar ningún buen candidato. Se podría pensar que un muchacho con los medios y la posición social de Jonathan sería un candidato atractivo para todas las familias con hijas del pueblo. Y así era, pero nunca se había establecido un compromiso, y tampoco para sus hermanas. Jonathan decía que era debido a las aspiraciones sociales de su madre, que no pensaba que ninguna familia del pueblo tuviera categoría suficiente para sus hijos. Tendrían mejores posibilidades entre los socios comerciales de su padre o a través de sus propios contactos familiares en Boston. A lo largo de los años habían circulado rumores, algunos con más apariencia de solidez que otros, pero todos parecieron quedar en nada, y Jonathan se iba acercando a su vigésimo cumpleaños sin novia a la vista.

Sentí como si me hubieran abierto el vientre con un cuchillo de carnicero.

—¿Con quién?

Él negó con la cabeza.

—No es momento para hablar de esas cosas. Deberíamos ocuparnos de tu situación.

—¿Quién es? ¡Exijo saberlo! —grité.

Había vacilación en sus ojos.

—Es una de las chicas McDougal, Evangeline.

Aunque mis hermanas eran amigas de las chicas McDougal, tuve que esforzarme para recordar cuál de ellas era Evangeline, porque no eran pocas. Los McDougal tenían en total siete hijas, todas muy guapas a la robusta manera escocesa, altas y recias, con pelo rojo en gruesos rizos, y la piel tan pecosa como una trucha cobriza en verano. Pude imaginarme también a la señora McDougal, práctica y simpática, con su mirada de astucia, tal vez más capaz que su marido, que se ganaba pasablemente la vida como granjero, pero todo el inundo sabía que era la señora McDougal la que había logrado que la granja diera buenos beneficios y ellos hubieran ascendido en la jerarquía social del pueblo. Intenté visualizar a Jonathan con una mujer como la señora McDougal a su lado, y aquello hizo que deseara caer desvanecida a sus pies.

—¿Y tú te propones seguir adelante con el compromiso? —pregunté.

—Lanny, no sé qué decir... No sé qué puedo... —Me cogió la mano y trató de meterme más en el polvoriento rincón—. El contrato con los McDougal está firmado, se han hecho las proclamaciones. No sé qué dirán mis padres de nuestra... situación.

Podría haber discutido con él, pero sabía que sería inútil. El matrimonio era una cuestión de negocios, pensada para aumentar la prosperidad de las dos familias. Una oportunidad como la de emparentar con una familia como los Saint Andrew no se podía desperdiciar, y menos por algo tan

vulgar como un embarazo extramatrimonial.

—Me duele decirlo, pero habría objeciones a nuestro matrimonio —dijo Jonathan con la mayor amabilidad posible.

Negué con la cabeza, cansada. No tenía que decírmelo. Puede que mi padre fuera respetado por sus vecinos por su sereno buen juicio, pero los McIlvrae no temamos mucho que nos hiciera deseables como posibles cónyuges, ya que éramos pobres y la mitad de la familia era católica practicante.

Después de una pausa, pregunté bruscamente:

—Y Evangeline... ¿es la que va detrás de Maureen?

—Es la más pequeña —respondió Jonathan. Y después, tras una vacilación, añadió—: Tiene catorce años.

La más pequeña... Solo pude visualizar a la mocosa que traían sus hermanas cuando venían de visita a nuestra casa, a trabajar con Maeve y Glynnis en patrones de punto de cruz. Era una niña blanca y rosada, una muñequita con ricitos dorados como de seda y una lamentable tendencia a llorar.

—O sea, que el compromiso ya está acordado, pero la fecha de la boda, si tiene catorce años, debe de estar muy lejana...

Jonathan negó con la cabeza.

—El viejo Charles quiere que nos casemos el próximo otoño, si es posible. A finales de año, como máximo.

Di voz a la evidencia:

—Está desesperado por que des continuidad al apellido.

Jonathan me pasó el brazo por los hombros, apretándome, y yo deseé fundirme para siempre en aquella repentina fuerza y calor.

—Dime, Lanny. ¿Qué querrías tú que hiciéramos? Dímelo y haré lo posible por cumplirlo. ¿Quieres que se lo cuente a mis padres y les pida que me libren del contrato matrimonial?

Una tristeza fría me recorrió. Me decía lo que yo quería oír, pero se notaba que temía mi respuesta. Aunque no tenía ningún deseo de casarse con Evangeline, ahora que lo inevitable estaba acordado, él se había hecho a la idea de seguir adelante con el asunto. No quería que yo aceptara su oferta. Y de todos modos, lo más probable era que no sirviera para nada. Yo era inaceptable. Puede que su padre quisiera un heredero, pero Ruth insistiría en un heredero concebido dentro del matrimonio, un niño nacido sin escándalo. Los padres de Jonathan se empeñarían en seguir adelante con la boda con Evangeline McDougal, y en cuanto se corriera la noticia de mi embarazo, yo estaría perdida.

Había otra solución. ¿No se lo había dicho yo misma a Sophia, hacía pocos meses?

Apreté la mano de Jonathan.

—Podría ir a la comadrona.

Una expresión de gratitud iluminó momentáneamente su cara.

—Si es eso lo que quieres...

—Lo haré. Me las arreglaré para visitarla lo antes posible.

—Puedo ayudar con los gastos —dijo él.

Hurgó en su bolsillo y me puso una moneda grande en la mano. Por un momento me sentí desfallecer y tuve que resistir el impulso de abofetearlo, pero sabía que era solo por rabia.

Después de mirar un instante la moneda, la deslicé dentro de mi guante.

—Lo siento —susurró él, besándome en la frente.

Estaban llamando a Jonathan, su nombre resonaba desde la cavernosa sala de cultos. Se escabulló para responder a la llamada antes de que nos descubrieran juntos, y yo fui discretamente escalera arriba, hasta el piso más alto, para ver lo que estaba ocurriendo.

La familia de Jonathan se encontraba en el pasillo de su reservado, el más próximo al púlpito, un lugar de honor. Charles Saint Andrew estaba subido a los escalones, haciendo el anuncio con los brazos alzados, pero tenía peor aspecto que de costumbre. Se le veía así desde el otono. Se decía que era agotamiento o demasiado vino (en todo caso, sería una combinación de demasiado vino y demasiado tontear con las sirvientas). Pero había sido como si un día se hubiera hecho viejo de repente, más canoso y con la piel más floja. Se cansaba con facilidad y se quedaba dormido en la congregación en cuanto el pastor Gilbert abría la Biblia. Pronto dejaría de molestarse en acudir a las reuniones municipales y enviaría a Jonathan en su lugar. Ninguno de nosotros sospechaba entonces que pudiera estar muriéndose. Al fin y al cabo, había forjado el pueblo con sus propias manos, era indestructible, el valeroso hombre de la frontera, el negociante perspicaz. Pensándolo bien, probablemente por eso estaba presionando a Jonathan para que se casara y empezara a darle herederos: Charles Saint Andrew sentía que se le estaba acabando el tiempo.

Los McDougal corrieron por el pasillo para unirse a Charles en el anuncio oficial. El señor y la señora McDougal, como una pareja de patos nerviosos seguidos por sus patitos en fila, más o menos en orden descendente de edad. Siete chicas, unas bien arregladas y compuestas, otras agarrándose la ropa desabrochada, con un dobladillo o un encaje asomando entre sus prendas.

Y la última de todas, la pequeña de la familia, Evangeline. Se me formó un nudo en la garganta al verla, de tan guapa como era. No era una robusta granjera; Evangeline estaba empezando a cruzar el umbral de niña a mujer y era elegante, esbelta, con poco abultamiento en pechos y caderas, y labios de querubín. Todavía tenía el pelo dorado, y le caía por la espalda en largos rizos. Era evidente por qué Ruth había elegido a Evangeline: era un ángel enviado a la tierra, una figura celestial digna de las atenciones de su hijo mayor.

Podría haberme echado a llorar, allí en la iglesia. Pero me mordí el labio y miré cómo pasaba junto a Jonathan, haciéndole un ligerísimo gesto con la cabeza, dirigiéndole una mirada furtiva bajo su bonete de ala ancha. Y él, pálido, respondió al gesto. Toda la congregación siguió este insignificante intercambio y comprendió lo que había ocurrido entre los dos jóvenes en un abrir y cerrar de ojos.

—Ya era hora de que encontraran una esposa para él —dijo alguien detrás de mí—. A ver si ahora deja de perseguir a todas las chicas como un perro en celo.

—A mí me parece un escándalo. Es solo una niña.

—Cállate, solo se llevan seis años, y muchos buenos maridos llevan más años a sus mujeres.

—Sí, dentro de unos años no tendrá importancia, cuando la chica tenga dieciocho o veinte. Pero ¡catorce...! Piensa en nuestra hija, Sarabeth. ¿Querías verla casada con el chico Saint Andrew?

—¡Cielo santo, no!

Abajo, las demás chicas McDougal formaron una cadena suelta alrededor de Jonathan y de sus padres, mientras Evangeline se quedaba tímidamente un paso detrás de su padre. «Ahora no es

momento de ser tímida —pensé entonces, esforzándome como si pudiera oír lo que se decía—. Tú eres la que se va a casar con él. Este hombre tan atractivo va a ser tu marido, el que te llevará a su cama todas las noches. Es un hombre difícil para entregarle el corazón, y debes demostrar que estás a la altura de las circunstancias, ve a ponerte a su lado.» Al final, tras mucha insistencia de sus padres, salió desmañadamente de detrás de su padre, como un potrillo recién nacido probando sus patas. Hasta que estuvieron uno junto a otro, no me di cuenta: todavía era una niña. Él parecía un gigante a su lado. Me los imaginé tumbados juntos en la cama, y parecía que él podía aplastarla. Era pequeña y temblaba como una hoja a la menor atención de él.

Jonathan le cogió la mano y se acercó más a ella. Había algo galante en su gesto, casi protector. Pero a continuación, Jonathan se inclinó y la besó. No fue su beso habitual, el que yo me sabía de memoria, el beso tan poderoso que lo sentías hasta en los dedos de los pies. Pero al besarla delante de sus familias y de la congregación, había indicado que aceptaba el contrato de matrimonio. Y delante de mí.

Entonces comprendí el mensaje que me enviaba Sophia en el sueño. No me estaba exhortando a que me matara en compensación por lo que le había hecho a ella. Me estaba diciendo que tenía por delante una vida de desengaños si continuaba amando a Jonathan como lo hacía, como lo había hecho ella. Un amor tan intenso se puede volver dañino y acarrear mucha infelicidad. Pero entonces ¿cuál es el remedio? ¿Puedes liberar de deseo tu corazón? ¿Puedes dejar de amar a alguien? Es más fácil tirarse al río, parecía estar diciéndome Sophia; es más fácil dar el salto de la enamorada.

Todo aquello reverberaba en mi mente mientras miraba desde la galería, bañada en lágrimas, con los dedos clavados en la blanda madera de pino del poste en el que me apoyaba. Estaba muy por encima del suelo de la congregación, a bastante altura para dar el salto de la enamorada. Pero no lo hice. Ya entonces pensaba en el niño que llevaba dentro. Di media vuelta y corrí escalera abajo, huyendo de la dolorosa escena que tenía delante.

12

Regresé de la iglesia a casa en silencio, en el carro con mi padre. Él no me quitó la vista de encima. Yo iba envuelta en mi capa y mi bufanda, pero tiritaba y me castañeteaban los dientes, aunque el sol de invierno había salido y nos bañaba a los dos con su luz. Tampoco él dijo nada, sin duda atribuyendo mi mal aspecto y mi silencio a la noticia del compromiso de Jonathan. Nos detuvimos en la destartalada iglesia católica y encontramos a mi madre, a mis hermanas y a Nevin esperándonos en la nieve, con los labios azules y protestando por nuestra tardanza mientras subían al carro.

—Callaos ya, que tenemos buenas razones para el retraso —les dijo mi padre en un tono que significaba que no iba a tolerar tonterías—. Después del oficio, han anunciado el compromiso de Jonathan.

Por respeto hacia mí, no hubo risas ni alboroto entre ellos, solo miradas por parte de mis hermanas y un despectivo «Pobre chica, sea quien sea» de mi hermano.

Cuando llegamos a nuestra granja, Nevin desenganchó el caballo mientras mi padre iba a mirar las vacas y mis hermanas aprovechaban el día soleado para hacer lo mismo con las gallinas y las ovejas. Yo seguí sin ganas a mi madre a la casa. Ella se puso a trajinar en la cocina, preparándose para ocuparse de la cena, mientras yo me sentaba en una silla delante de la ventana, todavía con la capa puesta.

Mi madre no era tonta.

—¿Te apetece una taza de té, Lanore? —me dijo desde el fogón.

—No tengo ganas —respondí, procurando ocultar el tono de tristeza de mi voz. De espaldas a mi madre, escuché el sonido de una olla pesada al colgarla del gancho sobre el fuego y el salpicar del agua vertida de un cubo de la bomba.

—Sé que estás dolida, Lanore. Pero sabías que este día llegaría —dijo mi madre al fin, firme pero amable—. Sabías que algún día Jonathan se casaría, como lo harás tú. Ya te dijimos que no era aconsejable mantener una amistad tan estrecha con un chico. Ahora entenderás a qué nos referíamos.

Dado que ella no podía verme, dejé que una lágrima corriera por mi cara. Estaba débil, como si hubiera sido pisoteada y golpeada por uno de los toros del campo. Necesitaba confiar en alguien. En aquel momento, sentada allí, supe que moriría si tenía que guardar más tiempo el secreto para mí sola. La cuestión era ¿en quién de mi familia podía confiar?

Mi madre siempre había sido cariñosa con sus hijos, defendiéndonos cuando mi padre se

dejaba llevar por su recta sensibilidad y nos reñía con demasiada dureza. Era una mujer y había estado embarazada seis veces, con dos bebés enterrados en el cementerio; seguro que entendería cómo me sentía y me protegería.

—Madre, tengo algo que decirte, pero me da terror cómo podéis reaccionar tú y padre. Por favor, prométeme que me seguirás queriendo después de que hayas oído lo que tengo que contar —dije con la voz quebrada.

Oí que a mi madre se le escapaba un grito sofocado, seguido por el ruido de un cucharón cayendo al suelo, y supe que no era preciso que dijera más. A pesar de todos sus consejos, a pesar de todos sus argumentos y regañinas, lo que ella más temía se había hecho realidad.

Nevin tuvo que enganchar otra vez el caballo al carro e ir con mis hermanas a casa de los Dale, al otro lado del valle, para esperar allí hasta que nuestro padre los recogiera. Yo permanecí sola con mis padres en la casa que se iba quedando a oscuras, sentada en un taburete en medio de la habitación, mientras mi madre lloraba en silencio junto al fuego y mi padre daba zancadas a mi alrededor.

Nunca había visto a mi padre tan furioso. Tenía el rostro encarnado e hinchado, y las manos blancas de tanto cerrar los puños. Lo único que le había impedido pegarme, creo yo, eran las lágrimas que rodaban por mi cara.

—¿Cómo has podido hacerlo?! —me chilló mi padre—. ¿Cómo has podido entregarte al hijo de Saint Andrew? ¿No eres mejor que una vulgar prostituta? ¿Qué se apoderó de ti?

—Él me quiere, padre.

Mis palabras fueron demasiada provocación para mi padre, que alzó la mano y me golpeó con fuerza en la cara. Hasta mi madre se quedó sin aliento de la sorpresa. El dolor irradiaba con fuerza desde la mejilla, pero fue la crudeza de su furia lo que me dejó aturdida.

—¿Eso es lo que te dijo? ¿Y eres tan tonta que te lo crees, Lanore?

—Te equivocas. Me quiere de verdad.

Eché hacia atrás la mano para golpearme por segunda vez, pero se detuvo.

—¿Crees que no les ha dicho lo mismo a todas las chicas que le escuchan, para conseguir que cedan a su deseo? Si tiene esos sentimientos por ti, ¿por qué se ha prometido con la chica McDougal?

—No lo sé —gemí, limpiándome las lágrimas de las mejillas.

—Kieran —dijo mi madre en tono cortante—. No seas cruel.

—Es una lección dura —le respondió mi padre, mirando por encima del hombro—. Compadezco a los McDougal, y es una vergüenza lo de la pequeña Evangeline, pero yo no tendría a un Saint Andrew como yerno.

—Jonathan no es malo —protesté.

—¡Escucha lo que dices! ¡Estás defendiendo al hombre que te dejó embarazada y que no tiene la decencia de estar aquí a tu lado, dándole la noticia a tu familia! —bramó mi padre—. Porque supongo que ese bastardo está enterado de tu estado.

—Lo sabe.

—Y el capitán, ¿qué? ¿Crees que ha tenido el valor de decírselo a su padre?

—No lo sé.

—Lo dudo —dijo mi padre. Reanudó sus zancadas, haciendo sonar con fuerza sus tacones

contra las tablas de pino del suelo—. Y así es mejor. No quiero tener nada que ver con esa familia. ¿Me oyes? Nada que ver. He tomado mi decisión, Lanore: te vamos a enviar lejos para que tengas el niño. Muy lejos... —Miraba fijamente hacia delante, sin echar ni un vistazo en mi dirección—. Te enviaremos a Boston dentro de unas semanas, cuando los caminos estén transitables, a un lugar donde podrás tener tu hijo. A un convento. —Miró a mi madre, que se miró las manos y asintió—. Las hermanas le encontrarán un hogar, una buena casa católica, para que tu madre se sienta mejor.

—¿Me vais a quitar a mi hijo? —Empecé a levantarme del taburete, pero mi padre me volvió a sentar de un empujón.

—Pues claro. No puedes volver a Saint Andrew trayendo contigo tu vergüenza. No permitiré que nuestros vecinos sepan que eres otra de las conquistas del joven Saint Andrew.

Empecé a llorar de nuevo, con fuerza. El niño era lo único que yo tenía de Jonathan. ¿Cómo iba a renunciar a él?

Mi madre se acercó a mí y me cogió las manos.

—Tienes que pensar en tu familia, Lanore. Piensa en tus hermanas. Piensa en nuestra vergüenza, si se corriera la voz por el pueblo. ¿Quién iba a querer que sus hijos se casaran con tus hermanas después de esta deshonra?

—No sé por qué mis deslices tendrían que repercutir en mis hermanas —dije con aspereza, pero sabía la verdad. Nuestros piadosos vecinos harían sufrir a mis hermanas y a mis padres por mis pecados—. Entonces... ¿no vais a decirle al capitán lo que me pasa?

Mi padre dejó de dar zancadas y se volvió para encararse conmigo.

—No le daré a ese viejo malnacido la satisfacción de saber que mi hija no pudo resistirse a su hijo —dijo, negando con la cabeza—. Puedes pensar lo peor de mí, Lanore. Rezo por estar haciendo lo correcto contigo. Solo sé que tengo que intentar salvarte de la catástrofe.

Yo no sentía ninguna gratitud. ¡No quería que me enviaran lejos! Aunque soy egoísta, mi primer pensamiento no fue para mi familia y su dolor, sino para Jonathan. Me vería obligada a dejar mi hogar y nunca volvería a ver a Jonathan. Aquel pensamiento era como un cuchillo que se me clavaba en el corazón.

—¿Tengo que marcharme? —pregunté, con la voz rota por la angustia—. ¿Por qué no puedo ir a la partera? Así, podría quedarme. Nadie se enteraría.

La mirada gélida de mi padre me hirió más profundamente que otro golpe.

—Yo lo sabría, Lanore. Lo sabría yo y lo sabría tu madre. Algunas familias quizá aprueben eso, pero... nosotros no podemos permitirte. Sería un pecado monstruoso, aún peor que el que ya has cometido.

Así que no solo era una mala hija y una pobre marioneta de los deseos de Jonathan, sino que además tenía entrañas de asesina desalmada. En aquel momento quise morir, pero la vergüenza no bastó para ello.

—Ya veo... —Me limpié la humedad fría de las mejillas, decidida a no llorar más delante de mi padre.

Ay, la vergüenza y el terror que sentí aquella noche. Ahora, al recordarlo, parece ridículo estar tan avergonzada, tan aterrorizada. Pero entonces, yo era una víctima más a merced de la religión y la corrección, temblando y llorando en casa de mis padres, aplastada por el peso de las exigencias de mi padre. Un alma diminuta e indefensa a punto de ser exiliada al mundo oscuro y cruel. Iba a

tardar muchos años en perdonarme a mí misma. En aquellos momentos pensaba que mi vida se había terminado. Mi padre me consideraba una ramera y un monstruo, y me iba a separar de lo único que me importaba en el mundo. No podía imaginar que pudiera seguir adelante.

Pasó lo peor del invierno; los días cortos y oscuros se hacían cada vez más largos, y los cielos que habían estado permanentemente nublados, del color de la franela vieja, empezaron a aclararse. Me preguntaba si yo también estaría cambiando cada vez más con el niño dentro de mí, o si las transformaciones en mi cuerpo serían cosa de mi imaginación. Al fin y al cabo, yo siempre había sido delgada y, con mi difícil situación, había perdido el apetito. La ropa no se me ajustaba como yo esperaba que ocurriera, pero puede que solo fuera la culpa, que disparaba mi imaginación. En algún que otro momento me preguntaba si Jonathan estaría pensando en mí, si sabría que me iban a enviar lejos y lamentaba haberme abandonado. Era posible que supusiera que yo había hecho lo que prometí, ir a la comadrona y purgarme. Puede que estuviera distraído con su inminente boda. No tenía manera de saberlo: ya no se me permitía ir a los oficios religiosos de los domingos con ninguna de las facciones de mi familia, y así me arrebataron mi única posibilidad de ver a Jonathan.

Pasaron los días en una pesada monotonía. Mi padre me mantenía ocupada en todo momento, desde que nos despertábamos en la semioscuridad del nuevo día hasta que apoyaba la cabeza en mi almohada por la noche. Las noches no me daban respiro porque muchas veces soñaba con Sophia: saliendo del gélido Allagash, alzándose como una voluta de humo en la nimba, dando vueltas a mi casa en la oscuridad, como un fantasma sin reposo. Puede que su espectro encontrara algún leve consuelo en mi sufrimiento.

Antes de acostarme por la noche, me arrodillaba junto a mi cama y me preguntaba si sería blasfemo pedirle a Dios que me librara de aquel problema. El destierro iba a ser el castigo por mis graves pecados. ¿No debería aceptar mi destino en lugar de pedirle clemencia a Dios?

Mis hermanas se iban entristeciendo a medida que el invierno se hacía menos crudo y se acercaba el día de mi partida. Pasaban conmigo todo el tiempo que podían, sin hablar de mi marcha, pero sentadas a mi lado, abrazadas a mí, apretando sus frentes contra la mía. Trabajaban frenéticamente con mi madre, arreglando mi ropa —no querían enviarme a Boston con un aspecto tan pueblerino— y hasta me hicieron una capa nueva con la lana de la primavera anterior.

Lo inevitable no se podía aplazar indefinidamente, y una noche, cuando el deshielo era evidente en el valle, mi padre me dijo que ya estaba todo organizado. Me iría el domingo siguiente en el carro de las provisiones, acompañada por el maestro del pueblo, Titus Abercrombie. Desde Presque Isle, partiríamos en una diligencia hasta Camden, y de allí en barco hasta Boston. El único baúl de la familia se llenó con mis pertenencias y se sacó a la puerta, y en el forro de unas enaguas me cosieron un papel con los nombres de todos mis contactos —el capitán del barco, la madre superiora del convento— y todo el dinero del que mi familia pudo desprenderse. Mis hermanas se pasaron aquella noche apretadas contra mí en nuestra ancha cama, sin querer soltarme.

—No entiendo por qué padre te manda lejos.

—No nos ha hecho caso, por mucho que se lo hemos pedido.

—Te vamos a echar de menos.

—¿Nos volveremos a ver? ¿Vendrás a nuestras bodas? ¿Estarás con nosotras en los bautizos

de nuestros hijos?

Sus preguntas me arrasaban los ojos en lágrimas. Las besé con dulzura en la frente y las abracé con fuerza.

—Pues claro que me volveréis a ver. Solo estaré fuera una temporada. Ya basta de lágrimas, ¿eh? Van a pasar tantas cosas mientras yo esté fuera que no notaréis mi ausencia.

Ellas lloraron negándolo, prometiendo pensar en mí todos los días. Las dejé llorar hasta que se durmieron agotadas, y después me mantuve despierta el resto de la noche, procurando encontrar paz en las pocas horas que quedaban para el amanecer.

Cuando llegamos al despuntar el día, los carreteros estaban enganchar los caballos a los carros, ya vacíos, después de haber dejado su cargamento de mercancías —harina molida, rollos de tela, agujas finas, té— en la tienda de los Watford el día anterior. Tres grandes carretas y seis hombres fornidos que hacían los últimos ajustes en los arneses y aparejos, y que miraron tímidamente cómo mi familia se apelotonaba a mi alrededor. Mis hermanas y mi madre estaban muy juntas y apretadas, con lágrimas corriéndoles por la cara. Mi padre y Nevin se mantuvieron a un lado, serios e impasibles.

Uno de los carreteros tosió, no queriendo entrometerse, pero ansioso de partir a tiempo.

—Es hora de irse —dijo mi padre—. Vamos, chicas, al carro.

Esperó a que mi madre me abrazara por última vez, mientras Nevin ayudaba al carretero a cargar mi baúl en la carreta vacía. Mi padre se volvió hacia mí.

—Ésta es tu oportunidad de redimirte, Lanore. Dios se ha dignado darte otra posibilidad para que no seas frívola con su beneficencia. Tu madre y yo rezaremos para que des a luz a tu hijo sin contratiempos, pero no se te ocurra rechazar la ayuda de las hermanas para colocar al niño con otra familia. Te ordeno que no te quedes con el niño, y si decides desobedecer mis órdenes, será mejor que no vuelvas a Saint Andrew. Si no te transformas en una buena cristiana temerosa de Dios, no quiero volver a verte.

Aturdida, me dirigí a la carreta, donde me aguardaba Titus. Con caballerosa dignidad, me ayudó a trepar al banco y a sentarme a su lado.

—Querida, es un placer escoltarte hasta Camden —dijo en un tono rígido y formal (pero amistoso) que yo había oído parodiar a Jonathan a veces.

Yo no conocía mucho a Titus, ya que nunca me había dado clases, y solo podía juzgarle por las anécdotas que me contaba Jonathan. Era un caballero mayor, más bien delicado, con la constitución de un erudito: brazos y piernas arqueados y una pequeña barriga que crecía con los años. Había perdido casi todo el pelo, y el que le quedaba se había puesto blanco, dejando su calva mollera con un sutil halo al estilo de Benjamín Franklin. Era uno de los pocos hombres del pueblo que llevaban gafas, un par de lentes con fina montura de alambre que hacían que sus claros ojos grises parecieran más pequeños y aún más acuosos. Titus pasaba los meses de verano en Camden enseñando latín a los hijos de su primo a cambio de manutención, ya que todos sus alumnos de Saint Andrew trabajaban en las granjas de sus familias hasta que comenzaba la escuela en otoño.

Había otro pasajero, uno de los leñadores de Saint Andrew que se había herido y volvía a Camden para recuperarse en compañía de su familia. Llevaba la mano abultada por los vendajes hechos con trapos limpios. Mientras la carreta arrancaba y avanzaba, lloré a mares, devolviendo

los desesperados gestos de despedida de mi madre y de mis hermanas a través de las lágrimas.

Mientras las carretas rodaban traqueteando y alejándose del pueblo, el dolor en mi garganta y mi corazón se intensificó al ver cómo el único lugar que conocía se iba encogiendo en la distancia y me despedí de todos —y del único— los que había querido.

13

Carretera de Fort Kent, en la actualidad

El paso fronterizo no está muy lejos. Aunque Luke no ha estado allí desde hace años, desde que llevó a la familia a unas cortas y nada memorables vacaciones, está bastante seguro de que aún puede encontrarlo sin consultar un mapa. Va por carreteras secundarias que resultan más lentas y le llevarán más tiempo, pero supone que así tendrá menos posibilidades de toparse con patrullas de tráfico u otros cuerpos de policía; son demasiado escasas para vigilar las carreteras secundarias o molestarse mucho en los pueblos pequeños. En la autopista es donde están los problemas, los excesos de velocidad y los camiones con demasiada carga, las infracciones que dan dinero y aportarán algunos ingresos al Estado.

Agarra el volante por el mismo centro y conduce con una sola mano. Su pasajera mira con obstinación la carretera que tienen delante, mordiéndose el labio inferior. Parece más que nunca una adolescente, disimulando la preocupación bajo un velo de impaciencia.

—Bueno —dice él, intentando atemperar el ambiente entre los dos—. ¿Te importa que te haga un par de preguntas?

—Adelante.

—Bien, ¿puedes decirme qué se siente al ser... lo que eres?

—No se siente nada especial.

—¿De verdad?

Ella se echa hacia atrás en su asiento y coloca el codo en el apoyabrazos.

—No siento nada diferente, al menos nada que pueda recordar. No noto ningún cambio, ni en el día a día ni en las cosas que importan. No es como si tuviera superpoderes o algo así. No soy un personaje de cómic. —Sonríe para hacerle saber que no le ha parecido una pregunta tonta.

—Eso que hiciste en urgencias, lo de cortarte, ¿te dolió?

—Pues no. El dolor es muy ligero, solo se siente una especie de hormigueo, puede que como lo que sentirías en una operación quirúrgica si solo te suministraran una dosis pequeña de anestesia. Únicamente la persona que te hizo así puede hacerte daño, puede hacerte sentir dolor de verdad. Ha pasado tanto tiempo que ya se me ha olvidado cómo es el dolor... casi.

—¿Una persona te hizo eso? —pregunta Luke, incrédulo—. ¿Cómo ocurrió?

—Ya llegaré a eso —responde ella, sin dejar de sonreír—. Ten paciencia.

La revelación de que ese milagro es obra del hombre casi marea a Luke, como mirar de pronto

un paisaje desde un punto de vista diferente. Parece aún más inverosímil, imposible, lo más probable es que eso sea un engaño contado por una joven guapa y manipuladora.

—El caso es —continúa ella— que soy más o menos como era antes, excepto... que no me canso de verdad. No me agoto físicamente. Pero sí que me canso emocionalmente.

—¿Te deprimes?

—Sí, debe de ser eso. Supongo que hay muchas razones. Sobre todo, lo que se me viene encima de vez en cuando es la futilidad de la vida, no tener más opción que vivir cada día, día tras día. Me pregunto qué sentido tiene aguantar todo este tiempo sola, excepto para hacerme sufrir, para que me recuerden las cosas malas que he hecho, o la manera en que he tratado a la gente. Claro que no puedo hacer nada al respecto. No puedo retroceder en el tiempo y corregir los errores que cometí.

No es esa la respuesta que Luke esperaba. Vuelve a colocar la mano sobre el volante, que le vibra con fuerza en la palma al pasar por una zona de asfalto en mal estado.

—¿Quieres que te recete algo?

Ella se echa a reír.

—¿Antidepresivos, por ejemplo? No creo que me sirvieran de mucho.

—¿La medicación no te hace efecto?

—Digamos que he desarrollado una tolerancia bastante alta. —Deja de mirarle y vuelve la cara hacia la ventanilla—. La obliteración es la única manera de escapar de tu mente, a veces.

—¿Obliteración? ¿Quieres decir alcohol, drogas?

—¿Podemos dejar de hablar de esto? —Le tiembla la voz al final.

—Claro. ¿Tienes hambre? Debe de hacer mucho que no comes. ¿Quieres que paremos a tomar algo? Hay un sitio que tiene buenos donuts cerca de Fort Kent.

Ella niega con la cabeza sin mucho convencimiento.

—Ya no tengo hambre nunca. Puedo pasar semanas sin pensar en comer. Ni en beber.

—Y de dormir, ¿qué? ¿Quieres echar un sueñecito?

—Tampoco duermo mucho. Me olvido de hacerlo. Al fin y al cabo, lo mejor de dormir es tener a alguien a tu lado, ¿no? Un cuerpo caliente, notar su peso apoyado en ti. Muy reconfortante, ¿no te parece? Cómo las respiraciones van cogiendo el mismo ritmo, se sincronizan. Es celestial.

¿Quiere eso decir que no ha tenido un hombre en su cama desde hace mucho tiempo?, se pregunta Luke. Y el muerto del depósito, las sábanas revueltas de la cabaña, ¿qué significan? También es posible que esté jugando con él, ocultando cómo es en realidad.

—¿Echas de menos tener a tu mujer a tu lado en la cama? —pregunta ella al cabo de un rato, sondeándole.

Pues claro que lo echa de menos, aunque su mujer tenía el sueño muy ligero e inquieto, y con frecuencia le despertaba cuando intentaba ponerse cómoda o se movía en sueños. Por la misma razón, a él le gustaba verla dormida en su cama cuando llegaba a casa después de una larga noche en el hospital: su esbelto y elegante cuerpo envuelto por las sábanas, todo curvas que subían y bajaban con suavidad. La mata de pelo dorado enroscada en su cabeza, la boca entreabierta. Había algo cuando la miraba sin que ella fuera consciente que la hacía bella para él, y el recuerdo de aquellas escenas íntimas le crea un nudo en la garganta. Es mucho para contárselo a una desconocida, su soledad y su pena, así que no dice nada.

—¿Cuánto tiempo hace que se fue tu mujer? —pregunta Lanny.

Luke se encoge de hombros.

—Casi un año. Va a casarse con el novio de su infancia. Volvió a Michigan y se llevó a nuestras dos hijas.

—Es terrible. Lo siento.

—No malgastes tu simpatía conmigo. Parece que tú tienes que afrontar algo muchísimo peor.

Tiene otra vez aquella sensación, la que ha sentido a la puerta del depósito, desorientación ante el impacto de lo que ella dice frente al mundo que él conoce. ¿Cómo puede estar diciendo la verdad?

Y justo entonces, cree ver los destellos de un coche patrulla blanco y negro en el retrovisor al hacer un giro a la derecha. Se pregunta si los han estado siguiendo todo el tiempo y él no se ha dado cuenta. ¿Los estará persiguiendo la policía? La idea conlleva una aprensión especial para un hombre que nunca ha tenido problemas con la ley.

—¿Qué pasa? —pregunta de pronto Lanny, enderezándose—. Ha ocurrido algo, lo noto en la expresión de tu cara.

Luke no aparta la vista del espejo retrovisor.

—Tómalo con calma. No quiero que te alarmes, pero creo que nos están siguiendo.

SEGUNDA PARTE

Boston, 1817

El viaje hacia el sur en la carreta de las provisiones duró dos semanas. Rodeamos el límite oriental de los grandes bosques del norte, nos alejamos del monte Katahdin lo suficiente para dejar de ver la cumbre cubierta de nieve y encontramos el río Kennebec, que seguimos corriente abajo hasta Camden. Fue un viaje solitario por aquella parte del estado, no muy colonizada, que por entonces estaba prácticamente desierta. Nos cruzamos con tramperos y algunas veces acampamos con ellos para pasar la noche, ya que los carreteros estaban ansiosos por tener a alguien con quien compartir una botella de whisky.

Los tramperos que encontrábamos eran casi todos franco-canadienses, y muchos eran poco sociables o casi no hablaban, ya que el oficio atraía a los que tenían alma de ermitaño o eran muy independientes. Algunos me parecieron medio locos, farfullando para sí mismos de una manera inquietante mientras limpiaban y engrasaban sus utensilios antes de ponerse a trabajar en las piezas que habían cazado. Dejaban los animales congelados cerca del fuego de campamento hasta que se descongelaban lo suficiente para ser manejables, y entonces los tramperos sacaban sus cuchillos de hoja estrecha y se ponían a despellejarlos. Ver a aquellos hombres desprender la piel y dejar al descubierto los cuerpos húmedos y rojos me incomodaba y me provocaba náuseas. No queriendo sentarme con ellos, me escabullía a las carretas con Titus y dejaba que los carreteros se pasaran la botella con los tramperos al calor del fuego de campamento.

Aunque mi exilio me hacía sentirme desgraciada, siempre había querido ver algo del mundo fuera de mi pueblo. Puede que Saint Andrew no fuera sofisticado, pero yo había supuesto que era civilizado en comparación con muchas otras partes del territorio, que estaban casi sin colonizar. Aparte de los tramperos, vimos a muy pocas personas en nuestro viaje a Camden. Los indios nativos de la zona se habían marchado años antes, aunque todavía quedaban unos pocos viviendo en los asentamientos blancos o trabajando con los tramperos. Se contaban historias de colonos que se habían vuelto como los nativos y habían abandonado sus poblados para vivir en campamentos a imitación de los indios, pero eran pocos y casi todos desistían durante el primer invierno.

El viaje a través de los grandes bosques del norte prometía ser oscuro y misterioso. El reverendo Gilbert nos solía advertir contra los malos espíritus que acechaban a los viajeros. Los leñadores aseguraban que habían visto trolls y trasgos... como era de esperar, ya que casi todos procedían de las tierras escandinavas, donde aquellas leyendas eran comunes. Los grandes

bosques representaban lo salvaje, la parte de la tierra que se había resistido a la influencia humana. Entrar en ellos era arriesgarse a ser tragado, a retroceder hasta el estado salvaje que todavía existía dentro de todos nosotros. La mayoría de los habitantes de Saint Andrew aseguraban en público que no hacían mucho caso de esas habladurías, pero era muy raro que alguien se adentrara solo y de noche en el bosque.

A algunos de los carreteros les gustaba intentar asustarse unos a otros por la noche, contando historias alrededor del fuego, historias de fantasmas vistos en cementerios, y de demonios que habían encontrado en los bosques mientras recorrían una ruta. Yo procuraba evitarlos en esas ocasiones, pero muchas veces no había manera, ya que solo teníamos un fuego encendido y todos los hombres estaban faltos de entretenimiento. A juzgar por las aterradoras historias de los carreteros, supongo que eran o muy valientes o muy mentirosos, porque a pesar de sus historias de fantasmas errantes y hadas malignas, todavía estaban dispuestos a conducir una carreta por las solitarias extensiones salvajes.

La mayoría de las historias trataban de fantasmas, y al oírlas me llamó la atención que todos ellos parecían tener una cosa en común: acosaban a los vivos porque tenían asuntos inconclusos en este mundo. Tanto si los habían asesinado como si habían muerto por su propia mano, los fantasmas se negaban a pasar al otro mundo porque sentían que pertenecían más a este. Ya fuera para vengarse de la persona responsable de su muerte, o porque no podía soportar dejar atrás a un ser amado, el fantasma permanecía cerca de las personas de sus últimos días. Naturalmente, yo pensaba en Sophia. Si alguien tenía derecho a regresar como fantasma, era ella. ¿Se pondría furiosa Sophia cuando volviera y descubriera que la persona directamente responsable de su suicidio se había marchado del pueblo? ¿O me seguiría? A lo mejor me había maldecido desde la tumba y era culpable de mi desdichada situación actual. Escuchar las historias de los carreteros reforzaba mi convicción de que estaba condenada por mi maldad.

Por eso me animé y sentí alivio cuando empezamos a encontrarnos con más frecuencia con pequeños asentamientos: significaba que nos estábamos acercando a la parte sur del territorio, la más poblada, y que ya no estaría mucho tiempo más a merced de los carreteros. Y efectivamente, a los pocos días de encontrar el río Kennebec, llegamos a Camden, una gran población a la orilla del mar. Era la primera vez que yo veía el océano.

La carreta nos dejó a Titus y a mí en el puerto, como habían acordado con mi padre, y yo corrí por el muelle más largo y me quedé mucho tiempo mirando el agua verdosa.

Qué olor tan peculiar, el olor del océano, e intenso. El viento era muy frío y muy fuerte, tanto que era casi imposible coger aliento. Me abofeteaba la cara y me revolvió el pelo, como si estuviera desafiándome. Al mismo tiempo, el mar era completamente diferente de todo lo que yo había experimentado. Conocía el agua, sí, pero solo el río Allagash. A pesar de su anchura, podías ver la orilla opuesta y los árboles que había más allá. En cambio, la plana extensión del océano parecía el mismísimo fin del mundo con su horizonte infinito.

—¿Sabe? Los primeros exploradores que llegaron a América creían que iban a caer por el borde del mundo —dijo Titus, recordándose que estaba a mi lado.

La ondulante marea verde me pareció intimidante y fascinante a la vez, y no pude apartarme de ella hasta que estuve casi helada hasta los huesos.

El maestro me acompañó a la oficina del capitán de puerto, donde encontramos a un anciano con una piel coriácea que asustaba. Señaló el camino al pequeño barco que iba a llevarme a

Boston, pero me advirtió de que no zarparía hasta cerca de la medianoche, cuando la marea empezara a bajar. No se me recibiría bien a bordo hasta poco antes de zarpar. Sugirió que pasara el tiempo en una posada, donde podría comer algo y tal vez convencer al posadero de que me dejara pasar las horas durmiendo en una cama libre. Hasta me indicó la dirección de una taberna próxima al puerto, sospecho que sintiendo lástima de mí, porque yo apenas podía hacerme entender, de tan falta de palabras como estaba por los nervios y por mi sencilla educación. Si Camden era así de grande e intimidante, ¿cómo conseguiría desenvolverme en Boston?

—Señorita McIlvrae, debo protestar. No puede quedarse sin compañía en un establecimiento público ni andar sola a medianoche por las calles de Camden para llegar a tu barco —dijo Titus—. Pero a mí me esperan en casa de mi primo y me resulta imposible quedarme con usted el resto del día.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? —pregunté—. Si eso tranquiliza su conciencia, acompáñeme a la posada y vea usted mismo si es respetable, y después haga lo que le dicte su parecer. No consideraré que haya faltado a la palabra que dio a mi padre.

La única posada que yo conocía era el sencillo establecimiento de Daughtery en Saint Andrew, y aquella posada de Camden dejaba en ridículo la de Daughtery, con dos camareras y largas mesas con bancos, y comida caliente para consumir allí. También la cerveza era de muy buena calidad, y comprendí con una punzada de dolor que la gente de mi pueblo estaba privada de muchas cosas. Aquella injusticia me dolió, aunque en aquel momento no me sentí privilegiada por tener acceso a ellas. Sobre todo sentía nostalgia y pena por mí misma, pero se lo oculté a Titus, quien, ansioso de seguir su camino, convino en que no parecía ser un sitio de mala reputación y me dejó bajo la tutela del posadero.

Después de haber comido y haberme hartado de mirar como una pueblerina a los desconocidos que entraban en la taberna, acepté la invitación del posadero a echar una siesta en un camastro que tenía en el almacén, hasta que llegara la hora de subir a bordo del barco. Al parecer, era corriente que los pasajeros hicieran tiempo en aquella posada en particular, y el posadero estaba acostumbrado a ofrecer aquel servicio. Prometió despertarme después de la puesta de sol, con tiempo de sobra para llegar al puerto.

Me tumbé en el camastro del almacén sin ventanas y pasé revista a mi situación. Fue entonces —acurrucada en la oscuridad, con los brazos apretados alrededor del pecho— cuando me di cuenta de lo sola que estaba. Me había criado en un lugar donde todos me conocían y no cabía duda de cuál era mi sitio y quién se ocuparía de mí. Ni en Camden ni en Boston me conocía nadie, y a nadie le interesaba conocerme. Gruesas lágrimas de autocompasión me corrieron por la cara. En aquel momento no podía imaginar un castigo más brutal que hubiera podido ocurrírsele a mi padre.

Me desperté en la oscuridad al oír los golpes de los nudillos del posadero en la puerta.

—¡Es hora de que te levantes —gritó desde el otro lado de la puerta—, o vas a perder el barco!

Pagué con unas pocas monedas que saqué del forro de mi capa, acepté su oferta de acompañarme hasta la oficina del capitán del puerto, y volví sobre mis pasos por el pueblo costero hasta el muelle.

La noche había caído con rapidez, lo mismo que la temperatura, y empezaba a extenderse una niebla procedente del mar. Había pocas personas en la calle, y las que había se apresuraban a

volver a casa para resguardarse del frío y la niebla. El efecto general era fantasmagórico, como si estuviera andando por un gran cementerio. El posadero estuvo bastante amable, a pesar de lo tarde que era, y seguimos el sonido de las olas hasta el puerto.

A través de la niebla vi el barco que me llevaría a Boston. La cubierta estaba salpicada de faroles que iluminaban los preparativos para hacerse a la mar: marineros trepando por los palos, desplegando algunas de las velas; barriles rodando por una pasarela para ser almacenados en la bodega; el barco balanceándose suavemente bajo el cambiante peso.

Ahora sé que solo era un pequeño barco de carga, vulgar y corriente, pero en aquel momento me pareció un extraordinario buque comercial de la marina británica... o una bagala árabe; era el primer barco de verdad capaz de surcar los mares que veía. El miedo y la ansiedad me atenazaron el cuello —ya eran mis compañeros inseparables; el temor a lo desconocido y una incontenible ansia de aventuras— cuando me acerqué a la pasarela para subir al carguero; otro paso que me alejaba más de cuanto conocía y amaba, y a la vez otro paso que me acercaba más a mi misteriosa vida nueva.

15

Varios días después, el carguero llegó al puerto de Boston. Atracamos por la tarde, pero yo esperé hasta el atardecer para salir sigilosamente a la cubierta del barco. Todo estaba en silencio ya; los otros pasajeros habían desembarcado en cuanto el buque quedó sujeto en su amarradero, y al parecer ya habían bajado a tierra la mayor parte del cargamento. Los miembros de la tripulación, al menos aquellos cuyas caras recordaba, no estaban a la vista; probablemente habrían ido a disfrutar de los placeres de estar en tierra, visitando alguna de las tabernas que había frente al muelle. A juzgar por el número de establecimientos de aquella clase que había en la calle, las tabernas formaban parte integrante del negocio naviero, y eran más importantes que la madera o la lona de las velas.

Habíamos llegado a puerto mucho antes de lo previsto gracias a los vientos favorables, pero era solo cuestión de tiempo que el convento recibiera un aviso y enviara a alguien a recogerme. A decir verdad, el capitán me había mirado con curiosidad una o dos veces cuando yo me quedé bajo cubierta, preguntándose por qué no había desembarcado ya, y hasta se ofreció a buscarme un transporte que me llevara a mi destino si no conocía bien el camino.

Yo no quería ir al convento. Me había formado la idea de que sería algo intermedio entre una casa de trabajo para pobres y una prisión. Iba a ser mi castigo, un lugar diseñado para «corregirme» por todos los medios posibles, para curarme por estar enamorada de Jonathan. Me quitarían a mi hijo, mi última y única conexión con mi amado. ¿Cómo podía permitir tal cosa? Era la cobardía lo que me impedía huir del barco inmediatamente: la cobardía y la indecisión.

Pero por otra parte, me aterraba tener que arreglármelas sola. Las dificultades con las que me había encontrado en Camden serían cien veces peores en Boston, que parecía una ciudad enorme y rebotante de vida. ¿Cómo iba a abrirme camino? ¿A quién podía pedir ayuda, y más en mi situación? Sentía de pronto que no era sino una campesina ignorante de los territorios salvajes, completamente fuera de su lugar.

Al final, lo que me decidió a marcharme fue pensar en perder a mi hijo. Prefería dormir en una callejuela inmundada y ganarme el sustento fregando suelos a dejar que alguien me arrebatara a mi niño. En un estado de absoluto frenesí, me lancé a las calles de Boston, con solo mi pequeña bolsa de mano, abandonando el baúl en la oficina del capitán del puerto. Esperaba poder recuperarlo cuando hubiera encontrado un lugar donde vivir. Es decir, si el convento no lo confiscaba en mi nombre cuando descubrieran que yo había desaparecido.

Aunque esperé hasta el anochecer para escabullirme del barco, me sorprendió y asustó la

febril actividad que seguía habiendo. La gente salía en grupos de las tabernas a las calles, llenaba las aceras, circulaba en ruidosos carruajes. Por las concurridas calles rodaban carros cargados de barriles y cajas tan grandes como ataúdes. Me metí por una y después por otra, sorteando a otros peatones, esquivando carros, incapaz de asimilar el trazado de las calles de una manera que tuviera sentido, sin saber, después de quince minutos de haber estado andando, dónde quedaba el puerto. Empecé a pensar que Boston era un lugar sombrío y cruel: cientos de personas se habían cruzado conmigo aquella noche, pero ni una se fijó en mi expresión aterrada, en la mirada perdida de mis ojos, en cómo vagaba sin rumbo. Nadie me preguntó si necesitaba ayuda.

El crepúsculo dio paso a la oscuridad. Se encendieron las farolas de las calles. El tráfico empezó a reducirse y la gente se apresuraba a volver a sus casas para pasar la noche, mientras los tenderos bajaban persianas y cerraban puertas. Volví a sentir la opresión del pánico en el pecho. ¿Dónde iba a dormir aquella noche? ¿Y la noche siguiente, y la siguiente, puestos a ello? No, me dije; no debía pensar con mucha anticipación, o caería en la desesperación. Ya tenía bastante con preocuparme por pasar aquella primera noche. Necesitaba un buen plan, o empezaría a desear haberme entregado al convento.

La solución era una posada o una pensión. La más barata posible, pensé, notando el tacto de las pocas monedas que me quedaban. El barrio en el que me había metido parecía residencial, y me esforcé por recordar dónde había visto por última vez un establecimiento público. ¿Había sido cerca de los muelles? Puede que sí, pero no me decidí a volver sobre mis pasos, pensando que aquello confirmaría que no sabía lo que estaba haciendo y que me había colocado en la peor situación posible. Ni siquiera estaba segura de la dirección por la que había llegado. Psicológicamente, era mejor seguir avanzando por territorio nuevo.

Estaba tan agotada que me detuve en medio de la calle para decidir cuál sería mi siguiente paso, sin prestar atención al tráfico, que en una parte más bulliciosa de la ciudad me habría atropellado. Estaba tan preocupada que tardé un minuto en darme cuenta de que junto a mí se había detenido un carruaje y que me estaban llamando.

—¡Señorita! ¡Hola, señorita! —llamó una voz desde dentro del coche.

El coche era muy bonito y muchísimo más elegante que cualquiera de los toscos carros de campo que yo había visto. La madera oscura relucía de tan lustrada, y todos sus apliques eran sumamente delicados y bien contruidos. Lo tiraba un par de grandes caballos bayos, tan emperifollados como caballos de circo, pero aparejados con arneses negros, como los de un coche fúnebre.

—Oiga, ¿no habla inglés?

Un hombre apareció en la ventanilla del coche, un hombre que llevaba un sombrero de tres picos extraordinariamente vistoso, rematado con plumas moradas. Tenía la tez pálida y el pelo rubio, y un rostro alargado y aristocrático, pero una mueca despectiva y torcida en la boca lo afeaba, como si estuviera eternamente disgustado. Lo miré, sorprendida de que un desconocido tan elegante se estuviera dirigiendo a mí.

—Deja que lo intente yo —dijo una mujer en el interior del coche.

El hombre del sombrero se retiró de la ventanilla y la mujer ocupó su lugar. Si el hombre era pálido, ella lo era todavía más, con la piel del color de la nieve. Llevaba un vestido muy oscuro de tafetán marrón muaré, que tal vez era lo que le daba a su piel aquella apariencia como si no tuviera sangre. Era atractiva pero daba un poco de miedo, con los dientes puntiagudos ocultos tras

unos labios estirados en una sonrisa tensa y falsa. Los ojos eran de un azul tan claro que parecían lavanda. Y lo que pude ver de su pelo —también ella llevaba un sombrero ornamentado, plantado en lo alto de su cabeza en un ángulo atrevido— era del color de los ranúnculos, pero muy peinado y pegado al cráneo.

—No tengas miedo —dijo antes de que yo me diera cuenta de que lo tenía, un poquito.

Me eché atrás mientras ella abría la puerta del carruaje y descendía a la calle, crujiendo al moverse, debido a la rigidez de la tela y a su voluminosa falda. Su vestido era la ropa más elegante que yo había visto nunca, adornado con volantes y lazos en miniatura y muy ajustado a su delgada cintura de avispa. Llevaba guantes negros y extendió una mano hacia mí despacio, como si temiera asustar a un perro tímido. Al hombre del sombrero se le unió un segundo que ocupó el puesto de la mujer en la ventanilla del coche.

—¿Estás bien? Mis amigos y yo no hemos podido evitar fijarnos al pasar en que parecías perdida. —Su sonrisa era un poco más cálida.

—Yo... Bueno... es que... —musité, avergonzada de que alguien me hubiera descubierto, pero ansiando al mismo tiempo un poco de ayuda y de bondad humana.

—¿Acabas de llegar a Boston? —preguntó el segundo hombre del coche desde su posición elevada. Parecía infinitamente más agradable que el primero, con el rostro moreno y ojos exquisitamente amables, y una delicadeza que inspiraba confianza.

Asentí.

—¿Y tienes dónde alojarte? Perdona que haga suposiciones, pero pareces desvalida. ¿No tienes casa, ni amigos? —La mujer me acarició el brazo.

—Gracias por su interés. Tal vez puedan indicarme en qué dirección está la posada más próxima —empecé, cambiando de mano mi pesada bolsa.

Para entonces, el hombre alto y arrogante se había apeado también del carruaje y me arrebató la bolsa.

—Haremos algo mejor que eso. Te daremos alojamiento, lista noche.

La mujer me cogió del brazo y me guió hacia el coche.

—Vamos a una fiesta. Te gustan las fiestas, ¿verdad?

—Yo... no sé —balbuceé, con los sentidos alerta en señal de alarma. ¿Cómo podían tres personas acomodadas salir de la nada para rescatarme? Parecía natural (prudente, incluso) sentir desconfianza.

—No digas tonterías. ¿Cómo no vas a saber si te gusta ir a fiestas? A todo el mundo le gustan las fiestas. Habrá comida y bebida en abundancia, y diversión. Y al final, habrá una cama caliente para ti. —El hombre altivo subió mi bolsa al coche—. Además, ¿tienes una oferta mejor? ¿Prefieres dormir en la calle? No lo creo.

Tenía razón y, dejando aparte la intuición, no me quedaba más remedio que aceptar. Incluso me convencí de que aquel encuentro casual era cuestión de buena suerte. Habían respondido a mis necesidades, al menos por el momento. Vestían ropas caras y estaba claro que eran gente rica; era difícil que pensarán robarme. Tampoco parecían asesinos. Por qué estaban tan deseosos de llevar a una desconocida a una fiesta era, sin embargo, un completo misterio, pero parecía una locura poner en entredicho mi buena suerte hasta ese extremo.

Rodamos en tenso silencio durante unos minutos. Yo iba sentada entre la mujer y el jovial hombre moreno, y procuraba no darme por enterada de que el hombre rubio me taladraba con sus

ojos. Cuando ya no pude contener más mi curiosidad, pregunté:

—Disculpen, pero ¿por qué, exactamente, desean que yo asista a esa fiesta? ¿No se molestará el anfitrión al recibir a un invitado inesperado?

La mujer y el hombre altivo dieron un soplido como si yo hubiera dicho una tontería.

—Ah, no te preocupes por eso. El anfitrión es amigo nuestro, y nos consta que le gusta recibir a jóvenes atractivas —dijo el hombre rubio con otro bufido.

La mujer le golpeó el dorso de la mano con su abanico.

—No hagas caso a estos dos —dijo el hombre moreno—. Se están divirtiendo a tu costa. Te doy mi palabra de que serás completamente bienvenida. Como has dicho, necesitas un sitio para pasar la noche y, sospecho, que también para dejar a un lado tus problemas durante unas horas. Y puede que encuentres algo más que necesitas —dijo, y tenía unos modales tan delicados que me dejé convencer.

Había muchas cosas que necesitaba, pero por encima de todo quería confiar en él. Confiar en que él sabía lo que más me convenía cuando yo misma no tenía ni idea.

Traqueteamos por una calle tras otra en el coche oscuro. Yo no dejaba de mirar por la ventanilla, procurando aprenderme la ruta como un niño en un cuento de hadas que necesitara recordar el camino de vuelta a casa. Era una pérdida de tiempo; no tenía ninguna esperanza de poder rehacer el trayecto, en el estado en que me encontraba. Por fin, el carruaje se detuvo delante de una mansión de ladrillo y piedra, iluminada para una fiesta, tan suntuosa que me quedé sin aliento. Pero al parecer, la fiesta aún no había empezado; no se veía ninguna actividad, ni hombres y mujeres en traje de noche, ni otros carruajes deteniéndose en la acera.

Unos lacayos abrieron las puertas de la mansión y la mujer encabezó la marcha como si fuera la dueña de la casa, quitándose los guantes dedo a dedo.

—¿Dónde está? —le preguntó bruscamente a un mayordomo con librea.

El hombre volvió un instante los ojos hacia el cielo.

—Arriba, señora.

Mientras subíamos la escalera, me iba sintiendo cada vez más cohibida. Allí estaba yo, con un humilde vestido de confección casera. Olía a barco y salitre, y llevaba el pelo enredado y salpicado de agua salada. Me miré los pies y vi mis sencillos y rústicos zapatos manchados de barro de la calle, arqueados en las punteras debido al uso.

Le toqué el brazo a la mujer.

—No debería estar aquí. No estoy en condiciones para un acto elegante. Ni siquiera voy vestida para trabajar en la cocina de una casa tan lujosa. Voy a tener que irme...

—Te quedarás hasta que te demos permiso para marcharte. —Se volvió y me clavó las uñas en el antebrazo, arrancándome un gemido de dolor—. Ahora deja de hacer el tonto y ven con nosotros. Te garantizo que te lo vas a pasar bien esta noche. —Su tono me decía que mi disfrute era lo último que tenía en la mente.

Los cuatro pasamos por una serie de puertas hasta una alcoba, una habitación enorme, tan grande como toda la casa de mi familia en Saint Andrew. La mujer nos condujo directamente al vestidor, donde había un hombre de pie, de espaldas a nosotros. No cabía duda de que era el dueño de la casa, y a su lado había un sirviente. El señor vestía pantalones de terciopelo azul brillante y medias de seda blanca, y calzaba zapatos de fantasía. Llevaba una camisa con bordes de encaje y un chaleco a juego con los pantalones. No se había puesto su levita, de modo que tuve

una clara visión de su auténtica figura sin que hubiera trucos de sastre que la embellecieran. No era tan alto y atlético como Jonathan —mi ideal de belleza masculina—, pero no obstante poseía un físico atractivo. Desde unas caderas estrechas se alzaban una espalda y unos hombros anchos. Debía de ser tremendamente fuerte, a juzgar por aquellos hombros, como algunos de los leñadores de Saint Andrew, anchos y poderosos. Y entonces se volvió y yo intenté que no se notara mi sorpresa.

Era mucho más joven de lo que yo había esperado, calculé que tendría veintitantos años, solo unos pocos más que yo. Y era atractivo de una manera curiosa, vagamente salvaje. Tenía un cutis aceitunado, que yo nunca había visto en nuestra aldea de escoceses y escandinavos. Su bigote y su barba oscuros cubrían a penas una mandíbula cuadrada, como si no llevaran mucho tiempo creciendo. Pero su rasgo más extraño eran sus ojos, de color verde oliva con manchas grises y doradas. Eran bellos como dos joyas, y sin embargo tenía una mirada de lobo, hipnotizante.

—Te hemos traído otra atracción para tu fiesta —anunció la mujer.

La mirada apreciativa del hombre fue tan descarada como si me hubiera examinado con las manos; después de aquella mirada, sentí que ya no tenía secretos para él. Se me secó la garganta y me flaquearon las rodillas.

—Éste es nuestro anfitrión. —La voz de la mujer flotó sobre mi hombro—. Inclínate, tonta. Estás en presencia de un aristócrata. Éste es el conde Cel Rau.

—Me llamo Adair. —Extendió una mano hacia mí, como para impedir que me inclinara—. Estamos en América, Tilde. Tengo entendido que los americanos no tienen nobles en su país, y por eso no se inclinan ante nadie. No debemos esperar que nos hagan reverencias.

—¿Acaba de llegar a América? —De algún modo encontré valor para hablarle.

—Hace un par de semanas. —Dejó caer mi mano y se volvió hacia su sirviente.

—De Hungría —añadió el hombre bajo y moreno—. ¿Sabes dónde está eso?

La cabeza me daba vueltas.

—No, me temo que no.

A mi espalda sonaron risas contenidas.

—Eso no tiene importancia —les espetó Adair, el señor de la casa, a sus adeptos—. No podemos esperar que la gente conozca nuestra patria. Está más lejos que las millas de mar y tierra que hemos dejado atrás. Vista desde aquí, es otro mundo. Por eso he venido aquí: porque es otro mundo. —Hizo un gesto hacia mí—. Tú, ¿tienes nombre?

—Lanore.

—¿Eres de aquí?

—¿De Boston? No, he llegado hoy. Mi familia... —Traté de obviar el nudo que se me había formado en la garganta—. Ellos viven en el territorio de Maine, al norte. ¿Ha oído hablar de él?

—No —respondió él.

—Pues estamos a la par. —No sé de dónde saqué el descaro para bromear con él.

—Puede que lo estemos. —Dejó que el sirviente le ajustara la corbata, mirándome con curiosidad antes de dirigirse al trío—. No os quedéis aquí —dijo—. Preparadla para la fiesta.

Me condujeron a otra habitación, llena de baúles apilados sobre más baúles. Echaron atrás las tapas, rebuscando hasta encontrar ropa de mi medida, un bonito vestido de algodón rojo y un par de zapatos de raso. El conjunto no combinaba bien, pero las ropas eran más delicadas que todo lo que yo me había puesto en mi vida. Se le había ordenado a una sirvienta que preparara un baño

rápido, y a mí se me dijo que me limpiara a conciencia, pero deprisa. «Esto lo quemaremos», dijo el hombre rubio, señalando con la cabeza mis ropas de confección casera, ahora tiradas en el suelo. Antes de dejarme para que me bañara, la intimidante mujer rubia me puso en la mano una copa llena de vino tinto agitándose dentro.

—Bebe —dijo—. Tienes que estar sedienta.

La vacié de dos tragos.

Supe que el vino contenía alguna droga en cuanto salí del cuarto de baño. Los suelos y las paredes parecían moverse y necesité todo mi poder de concentración para recorrer el pasillo. Para entonces habían empezado a llegar los invitados, casi todos hombres bien vestidos y con pelucas, con máscaras que les ocultaban el rostro. El trío había desaparecido y me había quedado sola. Aturdida, deambulé de una habitación a otra, intentando enterarme de lo que pasaba, de la ruidosa bacanal que se desarrollaba a mi alrededor. Recuerdo haber visto partidas de cartas en un salón enorme, mesas a las que se sentaban cuatro o cinco hombres, entre gruñidos de hilaridad y rabia cuando las monedas pasaban de un lado a otro de la mesa. Seguí vagando, entrando y saliendo de una habitación a otra. Cuando me tambaleaba por un pasillo, un desconocido intentó cogerme la mano, pero yo me solté y huí corriendo lo más rápido que pude, dada mi desorientación. Había hombres y mujeres jóvenes, perplejos y sin máscaras, todos muy atractivos, conducidos en todas direcciones por los asistentes a la fiesta.

Empecé a tener alucinaciones. Estaba convencida de que estaba soñando, y en sueños me metí en un laberinto. No podía hacerme entender; solo conseguía farfullar y, de todas maneras, nadie parecía interesado en escucharme. Por lo visto, no había manera de salir de aquella fiesta infernal, era imposible llegar a la relativa seguridad de la calle. En aquel momento, sentí que una mano me cogía del codo y me desmayé.

Cuando desperté, estaba tumbada de espaldas en una cama, casi sofocada por el hombre que tenía encima. Su rostro estaba demasiado cerca del mío, su aliento caliente me quemaba en la cara. Me estremecí bajo su peso y el insistente golpeteo de su cuerpo contra el mío, y me oí gemir y llorar de dolor, pero aquel dolor me parecía ajeno, mitigado por la droga. Sabía en mi fuero interno que lo reviviría todo más adelante. Intenté gritar para pedir ayuda y una mano sudorosa me tapó la boca, introduciendo unos dedos salados entre mis labios.

—Calla, muñeca —gruñó el hombre que tenía encima, con los ojos semicerrados.

Por encima de sus hombros, vi que nos estaban observando. Hombres enmascarados sentados en sillas arrimadas a los pies de la cama, con copas en las manos, riendo y animando al hombre. Sentado en medio del grupo, con una pierna cruzada sobre la otra, estaba el anfitrión. El conde. Adair.

Desperté sobresaltada. Estaba en una cama grande en una habitación oscura y silenciosa. El leve esfuerzo que necesité para despertarme me causó lacerantes punzadas de dolor por todo el cuerpo. Me sentía como si me hubieran vuelto del revés, descoyuntada, en carne viva y rígida, entumecida de la cintura para abajo. Tenía el estómago revuelto, un mar de bilis. Mi cara estaba hinchada, la boca también, los labios secos y agrietados. Sabía lo que me había ocurrido la noche anterior, mi dolor era toda la evidencia que precisaba. Lo que necesitaba en ese momento era sobrevivir a aquello.

Entonces lo vi, tumbado en la cama junto a mí. Adair. Su rostro dormido era casi beatífico.

Por lo que pude ver, estaba desnudo aunque cubierto por las sábanas de la cintura a los pies. Tenía la espalda vuelta hacia mí, surcada por viejas cicatrices que evocaban un castigo brutal en algún tiempo pasado.

Me incliné sobre el borde de la cama y, agarrada al colchón, vomité en el suelo.

Mis arcadas despertaron al anfitrión. También él gimió por la resaca, o eso supuse yo, y se llevó una mano a la sien. Sus ojos verdes y dorados parpadeaban de incertidumbre.

—Dios mío, todavía estás aquí —me dijo.

Me lancé sobre él, furiosa, con un puño en alto para golpearlo, pero él me apartó a un lado con un lánguido pero poderoso brazo.

—No hagas tonterías —me advirtió— o te parto en dos como una vara.

Pensé en los otros hombres y mujeres jóvenes que había visto por la noche.

—¿Dónde están los otros? —pregunté.

—Habrán cobrado y se habrán ido, supongo —murmuró Adair, pasándose una mano por el pelo revuelto. Arrugó la nariz al oler mi vómito reciente—. Trae a alguien que limpie eso —dijo, bajándose de la cama.

—No soy su criada. Y no soy una... —Busqué una palabra que no sabía si existía.

—¿No eres una puta? —Apartó de un tirón una manta de la cama y se envolvió el cuerpo con ella—. Pues tampoco eras virgen.

—Eso no quiere decir que desee que me droguen y que me viole un grupo de hombres.

Adair no dijo nada. Se sujetó la manta a las caderas, se dirigió a la puerta y llamó a gritos a una sirvienta. Después se volvió para darme la cara.

—¿Así que piensas que me he portado mal contigo? ¿Y qué vas a hacer? Puedes contarle tu historia al agente de policía, y él te encerrará por prostituta. Así que te sugiero que cobres tu paga y le saques una comida a la cocinera antes de irte. —Entonces ladeó la cabeza y me miró por segunda vez—. Tú eres la que Tilde encontró en la calle, la que no tenía adónde ir. Bueno... que no se diga que no soy generoso. Puedes quedarte unos días con nosotros. Descansa y planea tu futuro, si quieres.

—¿Y tendré que ganarme la comida igual que anoche? —pregunté con acritud.

—¿Tienes la osadía de hablarme así? Estás sola en el mundo, nadie sabe que te encuentras aquí. Podría devorarte como si fueras un conejito, un conejito estofado. ¿No te da ningún miedo eso? —Me dirigió una sonrisa burlona, pero con un brillo de aprobación—. Ya veremos qué se me ocurre.

Se dejó caer en un sofá, envolviéndose en la manta. Para ser un aristócrata, tenía modales de rufián.

Traté de ponerme en pie y buscar mi ropa, pero la cabeza me daba vueltas. Volví a caer en la cama, justo cuando entraba una sirvienta con bayetas y un cubo. Sin prestarme ninguna atención, se puso de rodillas para ocuparse de mi vomitona. Fue entonces cuando sentí una punzada intensa en el vientre, una sensación definida perdida entre un océano de dolor. Estaba cubierta de pies a cabeza por arañazos, verdugones y magulladuras. Sin duda, el dolor que sentía dentro tenía el mismo origen que el dolor que sentía en mi cuerpo: me lo había infligido una bestia.

Intenté huir de la mansión, aunque tuviera que arrastrarme a cuatro patas. Pero no llegué más allá de los pies de la cama; me desplomé de golpe, exhausta.

Pasarían meses antes de que saliera de aquella casa.

Condado de Aroostook, Maine, en la actualidad

El amanecer en esta época del año tiene un tono característico, un amarillo grisáceo polvoriento, como la superficie de la yema de un huevo duro. Luke podría jurar que flota sobre la tierra como los miasmas o como el lamento de un fantasma, pero sabe que probablemente no es más que un efecto de la luz sobre las moléculas de agua en el aire matutino. Ya sea un efecto óptico o una antigua maldición, el caso es que le da a la mañana un aspecto peculiar: el cielo amarillo es un techo bajo de nubes con tonos ominosos, contra el que se recortan las siluetas grises y pardas de los árboles casi desnudos.

Después de ver el coche de policía en el espejo retrovisor, Luke ha decidido que no pueden seguir el viaje hasta la frontera con Canadá en su camioneta. Es fácil de identificar, con sus placas de médico y la pegatina del antiguo colegio de Jolene en el parachoques, proclamando que la hija del conductor está en el cuadro de honor de la escuela de enseñanza primaria Río Allagash. (Desde que Tricia insistió en que pusieran la pegatina en su vieja camioneta, Luke se ha preguntado si existen cuadros de honor en las escuelas infantiles.) Así que han pasado la última media hora volviendo hacia Saint Andrew, circulando a toda velocidad por carreteras de segunda para llegar a la casa de alguien en quien Luke cree que puede confiar. Primero ha llamado por el teléfono móvil para pedir si pueden prestarle un coche, pero sobre todo porque quiere saber si la policía ha estado preguntando por él.

Se detiene ante una granja reformada a las afueras de Saint Andrew. La casa es muy bonita, una de las más grandes y mejor conservadas, con detalles como guirnaldas de sauce americano decorando el porche panorámico y lámparas solares flanqueando el sendero de entrada. Pertenece a un médico nuevo del hospital, un anestesista llamado Peter, que se mudó de la ciudad para poder criar a sus hijos en el campo, donde cree que no hay delincuencia ni drogas. Es un tipo patológicamente simpático, incluso con Luke, que, quisquilloso y todavía dolido por todos sus recientes problemas, se ha apartado de todos en los últimos meses.

Cuando Luke llama a la puerta, Peter abre en albornoz y zapatillas, con una expresión seria en la cara. Parece que la llamada telefónica de Luke le ha sacado de la cama, lo que hace que Luke se sienta avergonzado.

Peter le pone a Luke una mano en el brazo cuando se encuentran en el umbral — ¿Va todo bien?

—Siento pedirte esto, ya sé que es una petición rara —dice Luke, pasando el peso de un pie al otro y con la cabeza gacha. Ha estado maquinando su mentira durante los diez últimos minutos—. Es que... la hija de mi primo ha pasado unos días conmigo y le prometí a su madre que la llevaría a casa a tiempo de tomar el autobús para no sé qué excursión escolar. Pero mi camioneta está haciendo cosas raras y temo que no consiga ir hasta allí y volver... —El tono de voz de Luke refleja la justa proporción de impotencia y de disculpas por molestar a un amigo, y consigue dar la idea de que su situación es apurada y de que solo un desalmado se negaría a prestarle ayuda.

Peter mira por encima de los hombros de Luke la camioneta aparcada al final del largo sendero de entrada, donde —Luke lo sabe— verá a Lanny de pie al lado del vehículo, con la maleta a los pies. Está demasiado lejos para que Peter pueda verla bien, por si acaso aparece después la policía haciendo preguntas. Lanny saluda a Peter con la mano.

—¿No acabas de salir de tu turno? —Peter vuelve a mirar a Luke, tan atentamente que podría estar examinándole por si tiene pulgas—. ¿No estás cansado?

—Sí, pero estoy bien. Ha sido una noche tranquila. He dormido un poco —miente—. Tendré cuidado.

Peter saca las llaves de un bolsillo y las deposita en la mano de Luke. Cuando Luke intenta darle a cambio las llaves de la camioneta, Peter se resiste.

—No hace falta que me dejes las llaves. No tardarás mucho, ¿verdad?

Luke se encoge de hombros, procurando parecer despreocupado.

—Es solo por si tienes que moverla o algo así. Nunca se sabe.

La puerta del garaje de tres plazas se levanta despacio y Luke mira el llavero y descubre que Peter le está confiando un todoterreno de lujo nuevo, gris acero reluciente. Asientos de cuero con calefacción y un lector de DVD para la segunda fila, para mantener tranquilos a los niños en los viajes largos. Recuerda que la gente del hospital se burló de Peter el primer día que apareció con él, ya que el vehículo era muy poco adecuado para aquella zona; lo más probable es que su reluciente carrocería quede corroída por el salitre de la carretera al final de su tercer invierno.

Luke saca el todoterreno del garaje marcha atrás, y espera a la entrada del sendero a que Lanny trepe al asiento del copiloto.

—Bonito coche —dice ella, agarrando el cinturón de seguridad—. Tú sí que sabes hacer cambios.

Tararea para sí misma mientras Luke conduce el coche por la carretera, de nuevo en dirección al puesto fronterizo con Canadá, esa vez medio ocultos tras unos cristales tintados. Se siente culpable por lo que ha hecho. No sabe muy bien por qué, pero sospecha que no dará media vuelta en cuanto hayan cruzado la frontera, que es la razón de que le haya dejado a su amigo las llaves de su abollada camioneta. No es que Peter necesite la camioneta; es evidente que tiene otros vehículos si necesita ir a alguna parte. Aun así, eso hace que Luke se sienta mejor, como si hubiera dejado una señal de buena fe, porque sabe que Peter va a pensar mal de él muy pronto.

Lanny busca la mirada de Luke cuando frenan en un cruce desierto.

—Gracias —dice con sincera gratitud—. Pareces uno de esos hombres a los que no les gusta pedir favores, así que... quiero que sepas que te agradezco lo que estás haciendo por mí.

Luke se limita a asentir, preguntándose hasta dónde va a llegar, y qué precio habrá que pagar, para ayudarla a escapar.

Boston, 1817

Me desperté en una cama diferente, en una habitación diferente, con el hombre moreno del carruaje sentado al lado del lecho con un cuenco de agua y una compresa fría para mi frente.

—Ah, vuelves a estar entre los vivos —dijo cuando abrí los ojos, quitándome la compresa que tenía en la frente y metiéndola en el agua para empaparla.

Detrás de él se filtraba una luz fría a través de la ventana, y por eso supe que era de día, pero ¿qué día? Miré bajo las sábanas y vi que tenía puesto un camisón corriente. Me habían dado una habitación para mí sola, que a todas luces correspondía a un miembro importante de la servidumbre, pequeña y debidamente equipada.

—¿Por qué sigo estando aquí? —pregunté, atontada.

Él hizo caso omiso de mi pregunta.

—¿Cómo te sientes?

El dolor volvió poco a poco, una punzada ardiente y molesta en el abdomen.

—Como si me hubieran apuñalado con un cuchillo oxidado.

Él frunció ligeramente el ceño y después cogió un cuenco de sopa que había en el suelo.

—Lo que más te conviene es reposo, reposo absoluto. Es probable que tengas una perforación por ahí, en algún sitio... —Señaló desde arriba mi estómago—. Necesitas curarte lo más rápidamente posible, antes de que se extienda una infección. Lo he visto otras veces. Puede llegar a ser grave.

El niño. Me incorporé en la cama.

—Quiero ver a un médico. O a una comadrona.

Él introdujo una cuchara en el caldo transparente, haciendo sonar el metal contra la porcelana.

—Es muy pronto para eso. Esperaremos un poco, para ver si empeora.

Entre aplicaciones de la compresa y cucharadas de sopa, fue respondiendo a mis preguntas. Primero me habló de sí mismo. Se llamaba Alejandro y era el hijo menor de una buena familia española, de Toledo. Al ser el hijo más joven, no tenía posibilidades de heredar las propiedades de la familia. El segundo hijo había ingresado en el ejército y era capitán de un temible galeón español. El tercero servía en la corte del rey de España y pronto iba a ser enviado como diplomático a un país extranjero. De ese modo, la familia había cumplido con sus tradicionales obligaciones con el rey y la patria. Alejandro era libre para decidir qué hacer con su vida, y

después de varios incidentes y golpes de suerte, había terminado encontrándose con Adair.

Adair, explicó, tenía auténtica sangre real del Viejo Mundo, y era tan rico como algunos príncipes, pues había conseguido mantener propiedades que habían pertenecido a su familia desde hacía siglos. Cansado de Europa, había ido a Boston por la novedad, porque había oído historias y quería experimentar personalmente el Nuevo Mundo. Alejandro y los otros dos del carruaje — Tilde, la mujer, y Donatello, el hombre rubio— eran cortesanos de Adair.

—Toda realeza tiene su corte —dijo Alejandro, en el primero de muchos argumentos panfletarios—. Tiene que estar rodeado de gente educada, de buena cuna, que se encargue de satisfacer sus necesidades. Nosotros lo protegemos de los sinsabores del mundo.

Donatello, explicó, procedía de Italia, donde había sido ayudante e inspiración de un gran artista cuyo nombre no me sonaba de nada. Y Tilde... Su pasado era un misterio, confesó Alejandro. Lo único que sabía de ella era que venía de un país nórdico tan nevado y frío como el mío. Tilde ya estaba con Adair cuando Alejandro se había unido a la corte.

—Él la escucha, y tiene muy mal genio, así que ten cuidado con ella en todo momento —me advirtió, metiendo la cuchara en el cuenco para coger más caldo.

—No voy a estar aquí ni un minuto más de lo necesario —dije, acercando la boca a la cuchara—. Me marcharé en cuanto me sienta mejor.

Alejandro no hizo ningún comentario y pareció concentrado en llevar la siguiente cucharada de caldo a mi boca abierta.

—Hay otro miembro de la corte de Adair —dijo, y después se apresuró a añadir—: pero probablemente no llegarás a conocerla. Es muy... solitaria. Así que no te sorprendas si te parece que ves pasar un fantasma.

—¿Un fantasma? —Se me erizaron los pelos de la nuca y me volvieron a la mente las historias de espectros de los carreteros, los muertos tristes que buscan a sus seres amados.

—No es un fantasma de verdad —aclaró—, aunque bien podría serlo. Siempre anda sola, y la única manera de verla es tropezándose con ella, como cuando te encuentras con un ciervo en el bosque. No habla, y no te hará caso si intentas hablarle. Se llama Uzra.

Aunque le agradecía a Alejandro que me hiciera partícipe de sus conocimientos, cada fragmento de información que me daba me resultaba incómodo, como si fuera una nueva prueba de mi ignorancia y de lo aislada que me había criado. Nunca me habían hablado de aquellos países extranjeros, no conocía el nombre de ningún artista famoso. Lo más inquietante era aquella Uzra. No quería conocer a una mujer que se había convertido en un fantasma. ¿Y qué había hecho Adair para impedir que ella hablara? ¿Cortarle la lengua? Sin duda, era lo bastante cruel para hacerlo.

—No sé por qué se molesta contándome estas cosas —espeté—. No voy a quedarme.

Alejandro me observó con la sonrisa beatífica de un monaguillo y ojos chispeantes.

—Es solo una manera de pasar el tiempo. ¿Te traigo más sopa?

Pero aquella noche, cuando oí a Adair y a sus cortesanos deambular por el pasillo preparándose para salir a pasar la velada, me arrastré fuera de mi cama y fui al descansillo a mirar. Qué hermosos eran, enfundados en terciopelo y brocados, empolvados y peinados por sirvientes que habían pasado horas ocupándose de ellos. Tilde, con joyas prendidas a su pelo rubio y los labios pintados de rojo. Dona, con una inmaculada corbata blanca subida hasta el mentón, realzando su cuello aristocrático y su larga barbilla. Alejandro, con una larga levita negra

y su perenne expresión triste. Charlando entre ellos con sus afiladas lenguas y alborotados como aves con plumaje real.

Pero sobre todo me fijé en Adair, porque era fascinante. Un salvaje ataviado con galas de caballero. Entonces lo comprendí: era un lobo disfrazado de cordero, que aquella noche salía de caza con su jauría de chacales para señalarle las presas. Cazaban por diversión, como me habían cazado a mí. Él había sido el lobo y yo el conejo, con el tierno cuello peludo tan fácil de romper por aquellas fauces despiadadas. El lacayo colocó la capa sobre los hombros de Adair y este, al marcharse, miró hacia arriba en mi dirección, como si hubiera sabido todo el tiempo que yo estaba allí, y me dirigió una mirada y una ligera sonrisa que me hizo retroceder trastabillando. Debería haber tenido miedo de él —y tenía miedo de él—, y sin embargo estaba cautivada. Una parte de mí quería ser uno de ellos, deseaba ir del brazo con Adair cuando él y sus cortesanos salieran a divertirse, a ser adulados por admiradores, como tenía que ser. Aquella noche, el grupo me despertó al regresar a casa, y no me sorprendió que Adair entrara en mi habitación y me llevara a su cama. A pesar de mi débil salud, me poseyó aquella noche y yo se lo permití, rendida a la emoción de notar su peso sobre mí, de su penetración y de la sensación de su boca en mi piel. Me susurraba al oído mientras copulábamos, más gemidos que palabras, y yo no pude distinguir lo que decía, aparte de «no puedes negarme» y «mía», como si aquella noche me reclamara como su propiedad. Después me quedé tumbada a su lado, temblando al asumir mi esclavitud.

A la mañana siguiente, cuando desperté en mi pequeña y tranquila habitación, el dolor en la parte baja de mi vientre era mucho más intenso. Intenté andar, pero cada paso estaba seguido por un agudo pinchazo en el abdomen, y expulsaba sangre y heces. No podía ni pensar en llegar hasta la puerta de la calle, y mucho menos encontrar a alguien que se ocupara de mí. Por la tarde estaba consumida por la fiebre, y durante los días siguientes estuve entrando y saliendo del sueño, y cada vez me despertaba más débil que la anterior. La piel se me puso pálida y sensible y se me enrojecieron los bordes de los ojos. Si mis arañazos y magulladuras se iban curando, lo hacían demasiado despacio para poder apreciarlo. Alejandro, la única persona que se acercaba a mi cama, emitió su diagnóstico meneando la cabeza: «Una perforación intestinal».

—Seguro que será una afección sin importancia —pregunté, esperanzada.

—No, si se infecta.

A pesar de mi ignorancia de las complejidades de la anatomía, si el dolor era indicación de un problema, el niño tenía que estar en peligro.

—Un médico —supliqué, apretándole la mano.

—Hablaré con Adair —prometió.

Pocas horas después, Adair irrumpió en la habitación. No vi ni una chispa de reconocimiento del placer que habíamos compartido la noche anterior. Acercó un taburete a la cama y empezó a examinarme, tocándome la frente con los dedos para juzgar la temperatura.

—Dice Alejandro que tu estado no ha mejorado.

—Por favor, haga llamar a un médico. Le pagaré algún día, en cuanto pueda...

Chasqueó la lengua como para indicar que el coste no tenía importancia. Me levantó un párpado, y después me palpó a ambos lados del cuello, bajo la mandíbula. Cuando terminó, se levantó del taburete.

—Volveré dentro de un momento —dijo, y salió al instante de la habitación.

Me había quedado dormida cuando regresó con una vieja y desportillada jarra en las manos. Me incorporó hasta dejarme sentada antes de pasarme la jarra. El contenido olía a barro y a hierbas cocidas, y parecía agua de pantano.

—Bebe —dijo.

—¿Qué es?

—Te ayudará a sentirte mejor.

—¿Es usted médico?

Adair me dirigió una mirada de fastidio.

—No, no soy lo que tú considerarías un médico. Se podría decir que he estudiado la medicina tradicional. Si esto se hubiera cocido más, sabría mucho mejor, pero no había tiempo —añadió, como si no quisiera que yo me formara una mala opinión de sus habilidades debido al sabor.

—¿Quiere decir que es como una comadrona?

No hace falta decir que las comadronas —aunque muchas veces eran las únicas practicantes de la medicina en un pueblo— no tenían estudios, ya que a las mujeres no se les permitía asistir a clases de medicina en la universidad. Las mujeres que se hacían comadronas adquirían sus conocimientos sobre el parto y los tratamientos con hierbas y bayas a base de aprendizaje, casi siempre de sus madres u otras parientes.

—No exactamente —dijo él con desdén, dando la impresión de que se tomaba a las comadronas tan poco en serio como a los doctores—. Ahora, bebe.

Hice lo que me ordenaba, pensando que no accedería a llamar a un médico si estaba molesto conmigo por no haber probado su medicina. Tenía la sensación de que lo iba a vomitar todo delante de él, ya que aquel brebaje estaba lleno de hierbas y su sabor era amargo a causa de una tierra que no podía quitarme de la boca.

—Ahora, descansa un poco y ya veremos cómo te va —dijo, recogiendo la jarra.

Le puse la mano en la muñeca.

—Dígame, Adair... —Pero entonces me quedé en blanco.

—Que te diga ¿qué?

—No sé cómo interpretar su comportamiento conmigo... la otra noche...

Él torció su atractiva boca en una sonrisa cruel.

—¿Es tan difícil de entender?

Me ayudó a recostarme de nuevo sobre las almohadas y después me subió la manta hasta la barbilla. La alisó sobre mi pecho y me acarició el cabello con mucha dulzura. Su expresión burlona se suavizó y por un momento lo único que vi fue su cara aniñada y un destello de amabilidad en sus ojos verdes.

—¿Te resulta extraño que te haya cogido un poco de cariño, Lanore? Has resultado ser toda una sorpresa, no una simple chiquilla desharrapada que Tilde sacó de la calle. Siento algo en ti... eres un espíritu afín de alguna manera que todavía no he descubierto. Pero ya lo haré. Primero tienes que ponerte bien. Veamos si este elixir te resulta de algún provecho. Ahora procura descansar. Alguien vendrá más tarde a ver cómo estás.

Su revelación me sorprendió. A juzgar por aquella única noche, lo que existía entre nosotros era atracción mutua. Deseo, por decirlo claramente. Por una parte, me halagaba pensar que un noble, un hombre con riquezas y título, pudiera estar interesado en mí, pero por otra parte, era también un sádico egoísta. A pesar de las señales de alarma, Adair me estaba dando cariño, un

sucedáneo de lo que yo había deseado de otro hombre.

Se me calmó el estómago y olvidé el sabor del amargo elixir. Tenía un nuevo enigma que resolver. Pero mi curiosidad no podía competir con la medicina de Adair, y al poco rato me quedé apaciblemente dormida.

Pasaron otra noche y otro día, pero no vino a verme ningún médico y empecé a preguntarme a qué estaba jugando Adair. No había vuelto a visitarme desde que confesó su interés por mí; enviaba sirvientas a mi habitación con nuevas dosis del elixir, pero ningún médico se materializó en mi puerta. Después de que transcurrieran treinta y seis horas, volví a recelar de sus motivos.

Tenía que salir de aquella casa. Si me quedaba, moriría en aquella cama y mi hijo moriría conmigo. Tenía que encontrar un médico o a alguien que me devolviera la salud o, como mínimo, me mantuviera viva hasta que pudiera dar a luz. El niño sería la única prueba de amor de Jonathan, y *yo* estaba empeñada en que aquella prueba viviera después de mi propia muerte.

Salí tambaleándome del lecho para buscar mi bolsa de mano, pero mientras palpaba bajo la cama y en un armario, me percaté de que la humedad helada de mis prendas íntimas se me pegaba a las piernas. Me habían quitado la ropa interior y me habían envuelto en un pañal de tela que absorbía la repugnante descarga que salía de mí. La tela estaba sucia y apestaba: era imposible que pudiera caminar así por las calles sin que me tomaran por una pobre loca y me llevaran a un manicomio. Necesitaba ropa, mi capa, pero se lo habían llevado todo.

Por supuesto, sabía dónde podía encontrar algo que ponerme. La habitación llena de baúles, adonde me habían conducido en la primera y fatídica noche.

Fuera de mi habitación había silencio, solo se oía el murmullo de una conversación entre un par de sirvientas que se elevaba por el hueco de la escalera. El pasillo estaba vacío. Llegué a trompicones hasta la escalera, pero estaba tan febril y tenía los miembros tan débiles que tuve que recurrir a las manos y las rodillas para subir al siguiente piso. Una vez allí, me apoyé en la pared para coger aliento y orientarme. ¿Qué pasillo llevaba a la habitación de los baúles? Todos los pasillos parecían iguales y había tantas puertas... No tenía fuerzas ni tiempo para probarlas todas...

Y cuando estaba allí, casi llorando de frustración y dolor, luchando por aferrarme a mi decisión de escapar, la vi, vi al fantasma.

Con el rabillo del ojo vi que algo se movía y supuse que era una chica de la cocina camino del desván de los sirvientes, en la parte alta del ático, pero la figura que estaba en el descansillo no era una vulgar sirvienta.

Era muy menuda. Si no fuera por el desarrollado busto y las marcadas caderas, se la habría podido confundir con una niña. Sus formas de mujer estaban envueltas en un exótico vestido hecho de finísima seda, pantalones abombados y una túnica sin mangas demasiado pequeña para cubrirle por completo los pechos. Y eran unos pechos preciosos, perfectamente redondos, firmes y altos. Solo con mirarlos se sabía lo que pesarían en la mano, el tipo de pechos que conseguían que a cualquier hombre se le hiciera la boca agua.

Además de su voluptuosa figura, era de una gran belleza. Los ojos almendrados parecían aún más grandes gracias a un reborde de kohl. El cabello tenía un sinfín de tonos cobrizos, castaño rojizos y dorados, y le caía en desordenados rizados hasta la parte baja de la espalda. Alejandro había descrito a la perfección el color de su piel: canela, aparentemente salpicada de mica para

hacer que la mujer brillara como si estuviera hecha de una piedra preciosa. Ahora recuerdo todo aquello con la ventaja de haberla visto muchas veces después de aquel episodio y saber que era de carne y hueso, pero en aquel momento la verdad era que podía haber sido una aparición conjurada por la mente masculina como la fantasía sexual perfecta. Su visión te sobresaltaba y te dejaba sin aliento. Temí que si me movía, se esfumaría. Ella me miró con cautela mientras yo la miraba a ella.

—Por favor, no se vaya. Necesito su ayuda. —Cansada de estar de pie, me apoyé en el pasamanos. Ella dio un paso atrás, sin hacer ningún ruido con sus pies descalzos sobre la alfombra—. No, por favor, no me deje. Estoy enferma y necesito salir de esta casa. Se lo ruego, necesito que me ayude a seguir viva. Se llama Uzra, ¿verdad?

Al oír su nombre, se deslizó hacia atrás unos pasos más, dio media vuelta y desapareció en la oscuridad en lo alto de la escalera del ático. No sé si en aquel momento me fallaron las fuerzas o si lo que falló fue mi determinación cuando ella huyó de mí, pero me dejé caer en el suelo. El techo daba vueltas sobre mi cabeza, como un farol girando en un cable retorcido: primero en una dirección y luego en la otra. Después, todo se puso oscuro.

Lo siguiente fueron unos murmullos y el contacto de unos dedos.

—¿Qué está haciendo fuera de su habitación? —Era la voz de Adair, ronca y baja—. Dijiste que no conseguiría levantarse de la cama.

—Se ve que es más fuerte de lo que parece —murmuró Alejandro.

Alguien me levantó y me sentí ingrávida, como si flotara.

—Vuelve a ponerla ahí, y esta vez cierra la puerta. No debe salir de esta casa. —La voz de Adair empezó a alejarse—. ¿Va a morir?

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —murmuró Alejandro para sí mismo, y después gritó mucho más fuerte para que Adair pudiera oírle—. ¡Supongo que eso depende de ti!

Dependía de él... Me repetí esas extrañas palabras mientras volvía a caer en la inconsciencia. ¿Cómo podía depender de él que yo viviera o muriera? Pero no tuve tiempo de reflexionar más sobre aquella intrigante conversación, ya que me precipité en el vacío de una inconsciencia sin luz ni sonido.

18

—Se está muriendo. No pasará de hoy.

Era la voz de Alejandro y sus palabras no eran para mis oídos. Pestañeé. Él estaba de pie junto a Adair al lado de mi cama. Los dos tenían los brazos cruzados sobre el pecho en un gesto de resignación y expresiones serias en los rostros.

Ya había llegado la hora, el final absoluto, y yo seguía sin tener ni idea de lo que querían hacer conmigo, por qué Adair se había molestado en confundirme con una declaración de cariño, o en tratarme con pócimas homeopáticas, pero me negaba los cuidados de un médico. En aquel momento, su extraña conducta ya no tenía importancia: iba a morir. Si lo que querían era mi cuerpo —para disecciones o experimentación médica, o para utilizarlo en un ritual satánico—, nadie podría impedirselo. Al fin y al cabo, ¿qué era yo, sino una vagabunda sin dinero y sin amigos? Ni siquiera era su sirvienta; era menos que eso, una mujer que dejaba que unos desconocidos hicieran lo que quisieran con ella a cambio de cobijo y una comida. Habría llorado por haberme convertido en algo así, pero la fiebre me había secado, dejándome sin lágrimas.

No pude evitar estar de acuerdo con la conclusión de Alejandro: tenía que estar muriéndome. Un cuerpo no puede sentirse tan mal y seguir viviendo. La fiebre me consumía, me ardían todos los músculos. Me dolía todo. Cada vez que respiraba, mis costillas crujían como un fuelle oxidado. Si no hubiera estado tan triste por llevarme conmigo al hijo de Jonathan y no hubiera tenido tanto miedo del terrible peso de los pecados por los que sería juzgada, habría rezado a Dios para que tuviera la misericordia de dejarme morir.

Solo lamentaba una cosa, y era que no volvería a ver a Jonathan. Había creído con tanto fervor que estábamos destinados a estar juntos que parecía inconcebible que pudiéramos estar separados, que yo fuera a morir sin poder extender el brazo y tocar su cara, que él no estaría cogiéndome la mano mientras se me escapaba el último aliento. La gravedad de mi situación se me hizo real en aquel momento: aquello era mi fin, no podía hacer nada, ninguna súplica a Dios conseguiría cambiar aquello. Y lo que yo más quería, por encima de todo, era ver a Jonathan.

—Tú decides —le dijo Alejandro a Adair, que no había dicho una palabra—. Si ella te gusta. Dona y Tilde ya han dejado claras sus posturas.

—No es cuestión de votos —gruñó Adair—. Ninguno de vosotros puede decidir quién se une a nuestra familia. Todos seguís existiendo porque yo lo quiero. — ¿Había oído bien? Me pareció que no; sus palabras se distorsionaban y retumbaban en mi cabeza—. Seguís sirviéndome porque yo lo quiero.

Adair se acercó a mí y me pasó una mano por la sudorosa frente.

—¿Ves la expresión de su rostro, Alejandro? Sabe que se está muriendo y está luchando contra ello. Vi esa misma expresión en tu cara, en la de Tilde... es siempre la misma. —Me acarició la mejilla—. Escúchame, Lanore. Te voy a dar un regalo extraordinario. ¿Entiendes? Si no intervengo, morirás. Así que este va a ser nuestro trato. Estoy dispuesto a atraparte cuando mueras y traer tu alma de vuelta a este mundo. Pero eso significa que me pertenecerás por completo, no solo tu cuerpo. Poseer tu cuerpo es cosa fácil. Puedo hacerlo ahora mismo. Quiero más de ti, quiero tu alma ardiente. ¿Accedes a eso? —preguntó, escudriñando mis ojos en busca de una reacción—. Prepárate —me dijo. Yo no sabía de qué me estaba hablando. Se inclinó para acercarse más, como un sacerdote dispuesto a escuchar mi confesión. Levantó un frasquito plateado tan fino como el pico de un colibrí y le quitó el tapón, que más parecía un alfiler que un tapón.

—Abre la boca —ordenó, pero yo estaba paralizada de miedo—. Abre la maldita boca —repitió— o te parto la mandíbula en dos.

En mi confusión pensé que me estaba ofreciendo los últimos sacramentos —al fin y al cabo, yo pertenecía a una familia católica— y quería la absolución de mis pecados. Así que abrí la boca y cerré los ojos, esperando.

Me frotó el tapón en la lengua. Ni siquiera lo sentí —el instrumento era diminuto—, pero la lengua se me entumeció al instante y fue invadida por el sabor más repugnante. Se me llenó la boca de saliva y empecé a tener convulsiones. El me cerró los labios y los apretó, clavándome a la cama mientras yo me deshacía en espasmos. Me vino sangre a la boca, ácida y amarga por la pócima que él me había puesto en la lengua. ¿Me había envenenado para acelerar mi muerte? Estaba perdida en mi propia sangre y no podía sentir nada más. En el fondo de mi mente, oí a Adair murmurar palabras que no tenían sentido. Pero el pánico había desplazado a todo lo demás, en especial a la lógica. No me importaba lo que estuviera diciendo ni por qué estaba haciendo aquello. Estaba en completo estado de shock.

Tenía el pecho oprimido, el dolor y el pánico eran insoportables. Los pulmones ya no me funcionaban. «Por amor de Dios, haced que los fuelles oxidados bombeen...» No podía respirar. Ahora sé que el corazón se me estaba parando y era incapaz de hacer funcionar mis pulmones. Mi cerebro se apagaba. Me estaba muriendo, pero no moriría sola. Me llevé instintivamente las manos al vientre, rodeando el pequeño abultamiento que había empezado a hacerse innegablemente evidente.

Adair se quedó inmóvil, la comprensión se abrió paso en su rostro.

—Dios mío, está embarazada. ¡¿Nadie sabía que estaba esperando un niño?! —gritó, dándose la vuelta y amenazando con un brazo a Alejandro, que estaba detrás de él.

Mi cuerpo se estaba cerrando, pieza a pieza, y mi alma se sentía aterrada, buscando un lugar adonde ir.

Y después dejó de existir.

Me desperté.

Por supuesto, lo primero que pensé fue que aquel terrible episodio había sido un sueño, o que había pasado lo peor de mi enfermedad y me estaba recuperando. Encontré un consuelo momentáneo en aquellas explicaciones, pero no podía negar que me había ocurrido algo terrible y

definitivo. Si me concentraba mucho, recordaba visiones borrosas, de ser sujeta contra el colchón, de alguien llevándose una gran palangana de cobre llena de sangre espesa y maloliente.

Desperté en mi humilde cama en la pequeña habitación, pero la habitación estaba espantosamente fría. El fuego se había apagado hacía mucho tiempo. Las cortinas de la única ventana estaban corridas, pero donde se juntaban se veía una línea de cielo nublado. El cielo tenía ese tono gris del otoño de Nueva Inglaterra, pero incluso aquellas minúsculas franjas de luz eran brillantes y claras, y me hacía daño mirarlas.

Me ardía la garganta como si me hubieran obligado a beber ácido. Decidí salir a buscar un vaso de agua, pero cuando me incorporé de inmediato volví a caer de espaldas porque la habitación giraba y daba vueltas. La luz, el equilibrio... Me sentía terriblemente sensible, como un inválido alterado por una enfermedad prolongada.

Aparte de la garganta y del fuego en la cabeza, el resto de mí estaba frío. Mis músculos ya no ardían de fiebre. En cambio, me movía con lentitud, como si me hubieran dejado flotando durante días en agua muy fría. Una cosa muy importante había cambiado y no necesitaba que nadie me dijera qué era: ya no tenía dentro a mi hijo. Había desaparecido.

Me costó una media hora salir de la habitación, acostumbrándome poco a poco a estar de pie, y después a andar. Mientras recorría centímetro a centímetro el pasillo hacia las alcobas de los cortesanos, oía con mucha precisión los ruidos cotidianos de la casa, con la agudeza de un animal: conversaciones susurradas entre amantes en la cama, el ronquido del mayordomo principal echando una siesta en el cuarto de la ropa blanca, el sonido del agua que se sacaba del gigantesco caldero, tal vez para que alguien se bañara.

Me detuve ante la puerta de Alejandro, oscilando sobre los pies, reuniendo fuerzas para entrar y exigir que me explicara qué nos había ocurrido a mí y a mi hijo nonato. Levanté la mano para llamar, pero me detuve. Lo que me había ocurrido era grave e irreversible. Sabía quién tenía las respuestas y decidí ir directamente a la fuente: el que me había puesto veneno en la lengua, había pronunciado palabras mágicas en mi oído y hecho que todo cambiara. El que, con toda probabilidad, me había quitado a mi hijo. Por mi hijo perdido, tenía que ser fuerte.

Di media vuelta y anduve a zancadas hasta el final del pasillo. Levanté la mano para llamar y de nuevo me lo pensé mejor. No acudiría a Adair como una sirvienta, pidiendo permiso para hablar con él.

Las puertas se abrieron con un empujón. Yo conocía la habitación y las costumbres de su ocupante, y fui derecha al montón de cojines donde Adair dormía. Estaba tumbado bajo una manta de marta, tan inmóvil como un cadáver, con los ojos muy abiertos, mirando al techo.

—Has vuelto con nosotros —dijo, más como una declaración que como una observación—. Estás de vuelta entre los vivos.

Yo le tenía miedo. No podía explicarme las cosas que me había hecho, ni por qué no había huido de la invitación de Tilde en el carruaje, ni por qué había permitido que me ocurriera todo aquello. Pero había llegado el momento de enfrentarme a él.

—¿Qué me has hecho? ¿Y qué le ha ocurrido a mi hijo?

Sus ojos se movieron, posándose en mí tan funestos como los de un lobo.

—Te estabas muriendo de la infección y decidí que no quería que nos dejaras, todavía. Y tú no querías morir. Lo vi en tus ojos. En cuanto al niño... No sabíamos que estabas embarazada. Una vez que se te dio la unción, no se podía hacer nada por el niño.

Se me llenaron los ojos de lágrimas por que después de todo lo que había pasado —el exilio de Saint Andrew, sobrevivir a pesar de la infernal infección— me hubieran quitado a mi hijo de una manera tan cruel.

—¿Qué hiciste...? ¿Cómo impediste que muriera? Dijiste que no eras médico.

Se levantó de la cama y se envolvió en una bata de seda. Me cogió por la muñeca, y antes de que me diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, me había sacado de la habitación y bajábamos por la escalera.

—Lo que te ha ocurrido no se puede explicar. Solo se puede... mostrar.

Me arrastró afuera de su habitación y escalera abajo, hasta las estancias comunes de la parte de atrás de la casa. En el pasillo nos encontramos con Dona, y Adair chasqueó los dedos y dijo «Ven con nosotros». Me llevó a un cuarto detrás de la cocina, donde se guardaban los gigantescos calderos utilizados para cocinar para multitudes y otras rarezas de la despensa; parrillas para pescado con forma de pez, como una jaula de tortura; moldes para pasteles; y el barril de agua sacada de la cisterna para uso doméstico. El agua brillaba negra y fría en el barril.

Adair me empujó a los brazos de Dona y señaló el barril con un movimiento de cabeza. Dona puso los ojos en blanco mientras se subía la manga del brazo derecho y después, tan rápido como un ama de casa que atrapa al pollo que va a ser la cena, me agarró por la nuca y me metió la cabeza en el agua. No tuve tiempo de prepararme y tragué al instante agua para llenarme los pulmones. Por la fuerza con que me sujetaba, supe que no tenía intención de soltarme. Lo único que pude hacer fue patear y forcejear con la esperanza de volcar el barril o que él desistiera por compasión. ¿Por qué me había salvado Adair de la infección y la fiebre si pensaba hacer que me ahogaran?

Me gritó; oía su voz a través del chapoteo, pero no podía distinguir sus palabras. Pasó un largo tiempo, pero yo sabía que tenía que ser una ilusión. Se dice que los moribundos, presas del pánico, experimentan clara y verazmente cada uno de sus últimos segundos. Pero yo había agotado el aire de mis pulmones, y sin duda la muerte me llegaría en cualquier momento. Colgaba de la mano de Dona en el agua, aturdida por el frío y el terror, esperando mi fin. Deseaba reunirme con el niño muerto, anhelando —después de todo lo que me había pasado— rendirme. Estar en paz.

Dona me sacó la cabeza del barril, y el agua me resbaló por el pelo, por la cara y sobre los hombros, salpicando todo el suelo. Me sujetó para mantenerme derecha.

—Bien. ¿Qué te parece? —preguntó Adair.

—¿Has intentado matarme!

—Pero no te has ahogado, ¿a que no? —Le pasó a Dona una toalla, que este utilizó para secarse con aire desdeñoso el brazo mojado—. Dona te ha tenido sujeta bajo el agua por lo menos cinco minutos, y aquí estás, viva. El agua no te ha matado. ¿Y a qué crees que se debe?

Parpadeé para sacarme el agua helada de los ojos.

—No... no lo sé.

Su sonrisa era como la de un esqueleto.

—Es porque eres inmortal. No puedes morir.

Me agaché delante del fuego en la alcoba de Adair. Él me pasó una copa y una botella de brandy, y se tumbó en la cama mientras yo miraba fijamente las llamas y eludía su ofrecimiento del licor. No quería creerle, ni quería nada que él pudiera darme. Si no podía matarlo por quitarme a

mi hijo, quería huir de él y salir de la casa. Pero, una vez más, no podía moverme ni pensar con claridad por culpa del miedo, y los últimos atisbos de sentido común me advirtieron de que no debía huir. Tenía que oír su explicación.

Junto a la cama había un curioso instrumento hecho de latón y vidrio, con tubos y cámaras. Yo no sabía que se trataba de un narguile, en aquel momento era solo un cachivache exótico que soltaba un humo dulzón. Adair chupó de la pipa y exhaló una larga columna gris hacia el techo, hasta que se le pusieron los ojos vidriosos y los miembros flácidos.

—¿Entiendes ahora? —preguntó—. Ya no eres mortal. Estás más allá de la vida y la muerte. No puedes morir. —Me ofreció la boquilla del narguile, y la retiró al ver que yo no la cogía—. No importa cómo puedan intentar matarte, con arco o con fusil, con cuchillo o con veneno, con fuego o con agua, amontonando tierra encima de ti. Tampoco morirás de enfermedad ni de hambre.

—¿Cómo es posible?

Dio otra larga calada a la pipa, reteniendo un momento su humo narcótico antes de soltarlo en una espesa nube.

—Cómo ha sido posible no puedo decírtelo. He pensado en ello, rezado por ello, intentado soñar en ello utilizando toda clase de drogas. No me ha venido ninguna respuesta. No puedo explicarlo y he acabado por dejar de buscar respuestas.

—¿Me estás diciendo que no puedes morir?

—Te estoy diciendo que llevo vivo cientos de años.

—¿Quién es inmortal en este universo de Dios? —me pregunté a mí misma—. Los ángeles son inmortales.

Adair soltó un bufido.

—Siempre los ángeles, siempre Dios. ¿Por qué cuando uno oye una voz que le habla siempre supone que le está hablando Dios?

—¿Estás diciendo que es obra del diablo?

Él se rascó el liso abdomen.

—Digo que he estado buscando respuestas y no me ha hablado ninguna voz. Ni Dios ni Satanás se han tomado la molestia de explicarme cómo encaja este... milagro en sus planes. Nadie me ha ordenado que haga su voluntad. Lo único que puedo deducir de esto es que no soy el lacayo de nadie. No tengo amo. Todos somos inmortales: Alejandro, Uzra y los demás. Yo os he hecho a todos, ¿entiendes? —Dio otra larga chupada a la pipa, un burbujeo de agua, y su poderoso tono de voz se hizo más bajo—. Has trascendido la muerte.

—Por favor, deja de decir eso. Me estás asustando.

—Te acostumbrarás muy pronto y no volverás a tener miedo. No habrá nada de lo que tener miedo. Ahora solo hay una regla que debes seguir, una persona a la que debes obedecer, y esa persona soy yo. Porque ahora tengo tu alma, Lanore. Tu alma y tu vida.

—¿Tengo que obedecerte? ¿Significa eso que eres Dios? —resoplé, tan descarada como sentía que podía serlo con él.

—El Dios con el que te criaste te ha abandonado. ¿Recuerdas lo que te dije antes de que recibieras el regalo? Ahora eres propiedad mía para siempre. Yo soy tu dios, y si no me crees y quieres poner a prueba lo que te digo, te invito a que intentes desafiarme.

A continuación permití que me llevara a la cama y no protesté cuando se tumbó a mi lado. Me metió la boquilla en la boca y me acarició el pelo mojado mientras yo aspiraba el denso humo. El

narcótico me envolvió, me acunó, y mi miedo se desplomó como un niño exhausto. Ahora que estaba cansada y tenía sueño, Adair se mostraba casi cariñoso.

—No tengo ninguna explicación que darte, Lanore, pero hay una historia. Te contaré esa historia, mi historia. Te contaré cómo llegué a ser así y tal vez entonces lo entiendas.

19

Territorio húngaro, 1349

En cuanto Adair vio al desconocido, supo con un inconfundible escalofrío de premonición que el anciano había ido a por él.

El final de la jornada era una hora de celebración para los trabajadores nómadas con los que viajaba la familia de Adair. Cuando caía la noche, hacían gigantescas hogueras para disfrutar del único rato del día que podían considerar propio. Las largas horas de trabajo en los campos habían terminado, y ellos se reunían para compartir comida y bebida y para divertirse juntos. Su tío todavía no estaría borracho y tocaría melodías populares en su violín de campesino, acompañando el canto de la madre de Adair y de las otras mujeres. Alguien sacaría una pandereta, otro llevaría una balalaika. Adair se sentaba con toda su familia, sus cinco hermanos y sus dos hermanas, más las mujeres de los hermanos mayores. Aquella noche su felicidad fue completa cuando vio, al otro lado del alegre fuego, a Katarina, que se acercaba al círculo con su familia.

Su familia era nómada, como la de Katarina y todos los integrantes de la caravana. En otro tiempo habían sido siervos de un señor magiar, pero este los había abandonado a merced de los bandidos. Ellos huyeron de las aldeas en sus carretas y desde entonces habían vivido en ellas, siguiendo las cosechas como jornaleros itinerantes, cavando fosos, cuidando campos, aceptando cualquier trabajo que podían encontrar. Los reinos magiar y rumano estaban en guerra y había muy pocos nobles magiares en las zonas rurales para proteger a los vagabundos, suponiendo que hubieran querido hacerlo.

No obstante, no había pasado tanto tiempo desde que se habían visto obligados a dejar su hogar para que Adair no recordara cómo era dormir dentro de una casa por las noches y tener esa débil sensación de seguridad. Sus hermanos Istvan y Radu eran niños pequeños cuando la familia había tenido que marcharse y no recordaban la vida anterior, más feliz. A Adair le apenaba que sus hermanos menores no hubieran conocido aquellos tiempos, pero a su manera parecían más felices que el resto de la familia, y no entendían la melancolía que atormentaba a sus hermanos y padres.

El desconocido había aparecido de pronto en los márgenes de la reunión de aquella noche. Lo primero que Adair notó en él fue que era muy viejo, prácticamente un cadáver encogido apoyado en su bastón, y a medida que se acercaba parecía más viejo aún. Tenía la piel apergaminada y arrugada como el pellejo de un albaricoque seco, moteada de manchas de la edad. Los ojos

estaban cubiertos por una película lechosa, pero aun así había en ellos una extraña agudeza. Tenía una espesa mata de pelo blanco como la nieve, tan larga que le caía por la espalda en una trenza. Pero lo más llamativo era su ropa, que era de corte rumano y estaba hecha con tejidos caros. Fuera quien fuese, era un hombre rico y, a pesar de ser viejo, no tenía miedo de entrar en un campamento gitano solo y de noche.

Se abrió camino a través del anillo de gente y se situó en el centro del círculo, al lado de la hoguera. Cuando su mirada recorrió la multitud, a Adair se le heló la sangre en las venas. Adair no era diferente de los otros muchachos del campamento: no tenía educación, y estaba sucio y mal alimentado. Sabía que no había ningún motivo para que el anciano lo eligiera a él, pero su sensación premonitrice era tan fuerte que se habría puesto en pie de un salto y echado a correr si su tonto orgullo juvenil no se lo hubiera impedido. Él no le había hecho nada a aquel viejo. ¿Por qué tendría que huir de él?

Después de examinar en silencio los rostros iluminados por el brillo ondulante del fuego, el viejo sonrió desagradablemente, levantó una mano y señaló justo a Adair. Después miró al grupo de personas mayores. Para entonces, se había detenido toda la actividad, la música, las risas. Todos los ojos se posaron en el desconocido y después se trasladaron a Adair.

Su padre rompió el silencio. Se abrió paso entre los hermanos y hermanas de Adair y agarró a este último por el antebrazo, casi descoyuntándose.

—¿Qué has hecho, muchacho? —siseó entre su dentadura mellada—. No te quedes ahí sentado. ¡Ven conmigo! —Tiró de su hijo para ponerlo en pie—. Y los demás, ¿qué estáis mirando? Volved a vuestros cuentos y vuestras estúpidas canciones. —Y arrastró a Adair fuera del círculo, mientras las miradas de su familia y de Katarina se clavaban en la espalda del joven.

Los dos fueron hasta un lugar oscuro bajo un árbol, donde no podían oírlos desde el campamento, seguidos por el desconocido.

Adair intentó eludir el problema que se le venía encima, fuera el que fuera.

—No sé a quién busca, pero le aseguro que no he sido yo. Me ha confundido con otro.

Su padre le abofeteó.

—¿Qué has hecho? ¿Robar una gallina? ¿Coger zanahorias o cebollas de los campos?

—Lo juro —farfulló Adair, tocándose la ardiente mejilla y señalando al anciano—. No le conozco.

—No dejes que tu culpable imaginación se apodere de ti. No estoy acusando al muchacho de ningún delito —le dijo el anciano al padre de Adair. Miraba a los dos con desprecio, como si fueran mendigos o ladrones—. He elegido a tu hijo para que venga a trabajar para mí.

Hay que decir en su favor que el padre de Adair receló de la oferta.

—¿Para qué puede servirte? No tiene habilidades. Solo sabe trabajar el campo.

—Necesito un sirviente. Un chico con la espalda fuerte y las piernas robustas.

Adair vio que su vida daba un giro abrupto y no deseado.

—Nunca he sido sirviente doméstico. No sabría qué hacer...

Una segunda bofetada de su padre hizo callar a Adair.

—¡No presumas de ser más inútil de lo que eres! —gritó—. Puedes aprender, aunque aprender no sea uno de tus puntos fuertes.

—Aprenderá, lo intuyo. —El desconocido caminó despacio alrededor de Adair, mirándolo como si fuera un caballo en venta en un mercado de ladrones. Dejaba a su paso un aroma seco de

humo, como de incienso—. No necesito a alguien con una mente fuerte, solo a alguien que ayude a un anciano frágil con las necesidades de la vida. Pero... —Y aquí sus ojos se estrecharon y su expresión volvió a ser taimada—. Vivo bastante lejos y no haré este viaje otra vez. Si tu hijo quiere el puesto, tendrá que venir conmigo esta noche.

—¿Esta noche? —A Adair se le hizo un nudo en la garganta.

—Estoy dispuesto a pagar por la pérdida de la contribución de tu hijo a tu familia —le dijo el desconocido al padre de Adair.

Con aquellas palabras, Adair supo que estaba perdido, porque su padre no rechazaría el dinero. Entonces, su madre se les acercó, arimada a la sombra del árbol, retorciéndose la falda con las manos. Aguardó con Adair, mientras su padre y el desconocido regateaban por el precio. En cuanto se acordó una suma y el anciano se alejó para preparar su caballo, la madre de Adair corrió hacia su marido.

—¿Qué estás haciendo?! —gritó, aunque sabía que su marido no cambiaría de parecer. No se podía discutir con él.

Pero Adair se jugaba más y no tenía nada que perder, así que se encaró con su padre.

—¿Qué me estás haciendo? ¡Un desconocido entra en el campamento y tú le vendes a uno de tus hijos! ¿Qué sabes de él?

—¿Cómo te atreves a discutirme? —Lanzó un golpe, derribando a Adair por el suelo.

Para entonces, el resto de la familia había acudido desde la hoguera y se mantenía lejos del alcance del padre. No era nada nuevo para ellos ver a uno de sus hermanos golpeado, pero aun así resultaba perturbador.

—Eres demasiado estúpido para reconocer una buena oportunidad cuando la ves. Está claro que ese hombre es rico. Serás el sirviente de un rico. Vivirás en una casa, no en una carreta, y no tendrás que trabajar en los campos. Si yo pensara que este forastero iba a acceder, le pediría que se llevara también a uno de los otros. Tal vez a Radu, que no está tan ciego para no ver cuando le cae algo bueno en el regazo.

Adair se levantó del suelo, atemorizado. Su padre le dio un capón en la coronilla, como propina.

—Ahora, recoge tus cosas y despídete. No hagas esperar a ese hombre.

Su madre miró a los ojos a su marido.

—Ferenc, ¿qué sabes de ese hombre al que le estás confiando nuestro hijo? ¿Qué te ha dicho?

—Sé lo suficiente. Es el físico de un conde. Vive en una casa en las tierras del conde. Adair se comprometerá a servirle siete años. Y al cabo de los siete años, Adair podrá escoger entre marcharse o seguir al servicio del físico.

Adair echó cuentas mentalmente: al cabo de siete años, tendría veintiuno, la mitad de su vida. Tal como estaban las cosas, se estaba acercando a la edad de casarse y estaba impaciente por seguir los pasos de sus hermanos y encontrar una novia, formar una familia y ser aceptado como un hombre.

Como sirviente doméstico, no se casaría ni se le permitiría tener hijos; su vida quedaría en suspenso durante ese período tan crucial. Para cuando quedara libre, ya sería viejo. ¿Qué mujer iba a quererlo entonces?

Y su familia ¿qué? ¿Dónde estarían dentro de siete años? Eran gente errante, que se desplazaba en busca de trabajo, de cobijo, para escapar del mal tiempo Ninguno de ellos sabía

leer ni escribir. Nunca podría encontrarlos. Perder a su familia era impensable. Eran lo más bajo de la sociedad, rechazados por todos los demás. ¿Cómo iba a sobrevivir sin ellos cuando dejara de trabajar para el forastero?

Un gemido salió de la garganta de su madre. Ella sabía tan bien como Adair lo que aquello significaba. Pero su padre se mantuvo firme en su decisión.

—¡Es por el bien de todos! Tú lo sabes. Mira cómo estamos: apenas podemos ganar lo suficiente para dar de comer a nuestros hijos. Es mejor que Adair se haga cargo de sí mismo.

—¡Quieres decir que todos somos una carga para ti! —gritó Radu.

Dos años más joven que Adair, Radu era el más sensible de la familia. Corrió hacia Adair y rodeó con sus delgados brazos la cintura de su hermano, mojando con sus lágrimas la harapienta camisa de Adair.

—Adair ya es un hombre y tiene que abrirse camino en el mundo —le dijo su padre a Radu, y después a todos—. Bueno, ya basta de lamentaciones. Adair tiene que hacer el equipaje.

Adair viajó toda aquella noche, montado detrás del desconocido, como se le ordenó. Le sorprendió descubrir que el anciano tenía un caballo magnífico, la clase de montura que tendría un caballero, lo bastante robusto para que sus pisadas hicieran temblar el suelo. Adair se dio cuenta de que viajaban hacia el oeste, adentrándose en territorio rumano.

Al llegar la mañana, pasaron ante el castillo del conde para el que trabajaba el físico. Carecía por completo de encanto. Estaba pensado para resistir un asedio: bajo y sólido, cuadrangular rodeado por unas cuantas viviendas y cuadras de ovejas y vacas. Los campos cultivados se extendían en todas direcciones. Siguieron cabalgando durante un rato más a través de un espeso bosque, hasta que llegaron a una pequeña torre de piedra, casi oculta por los árboles. La torre parecía húmeda, cubierta de musgo que crecía por doquier sin luz solar que lo contuviera. A Adair, la torre se le antojó más una mazmorra que una vivienda; no parecía tener ni una puerta en su intimidante fachada.

El anciano desmontó y le ordenó a Adair que se ocupara del caballo antes de reunirse con él en la torre. Adair se entretuvo todo el tiempo que pudo con el colosal corcel, quitándole la silla y las bridas, llevándole agua, frotándole el sudoroso lomo con paja seca. Cuando ya no pudo aplazarlo más, recogió la silla y entró en la torre.

En el interior había tanto humo que casi no se veía: un pequeño fuego ardía en el hogar y solo había un ventanuco estrecho por el que el humo pudiera escapar. Mirando a su alrededor, Adair vio que la torre tenía una sola habitación grande y circular. Una mujer dormía en el suelo en un lecho de paja. Tendría por lo menos diez años más que Adair y era rolliza, con manos grandes y coloradas y rasgos casi asexuados. Dormía rodeada por los utensilios de su género: cuencos y cucharones de madera, cacerolas y cubos; una tabla de madera, gastada y grasienta; pilas de discos de madera que servían de platos; jarras de vino y cerveza. Ristras de cebollas y ajos colgadas de ganchos en las paredes de piedra, cuerdas de embutidos y una sarta de piezas redondas y duras de pan de centeno.

En el lado más alejado de la habitación había una mesa cubierta de frascos y tarros, rimeros de papel, un tintero con plumas y una rareza que los ojos de Adair no habían visto nunca: libros, encuadernados con tapas de madera. Detrás de la mesa había cestos llenos de extraños productos del bosque: raíces secas y polvorientas, piñas, manojos de ortigas, ramilletes de hierbas. Más allá

de la mesa, Adair divisó una escalera que llevaba hacia abajo, posiblemente a un sótano frío.

De pronto, el anciano apareció al lado de Adair, examinando al muchacho campesino.

—Supongo que querrás saber mi nombre. Soy Ivor cel Rau, pero tú me llamarás «amo».

Mientras se quitaba su gruesa capa y se calentaba las manos en el fuego, el físico explicó que descendía de una estirpe de nobles terratenientes rumanos, pero que era el último varón de su familia. Aunque heredaría el castillo y las tierras de su familia, de joven había ido a Venecia a estudiar medicina. En sus décadas de ejercicio, había servido a varios condes e incluso a algunos reyes. Se hallaba al final de una larga carrera, al servicio del conde Cel Batrin, el noble rumano que poseía el castillo por el que habían pasado. El físico explicó que no había contratado a Adair para enseñarle las artes curativas, pero que esperaba que le ayudara a recoger hierbas y otros ingredientes para ungüentos y elixires, además de hacer tareas domésticas y ayudar al ama de llaves, Marguerite.

El anciano rebuscó en un baúl abierto hasta encontrar una vieja y raída manta de lana toscamente tejida.

—Hazte un jergón de paja y ponte junto al fuego. Cuando Marguerite se despierte, te dará de comer y tus órdenes para el día. Procura descansar un poco, también, porque querré que estés listo esta noche, cuando yo me despierte. Ah, y no te sorprendas si Marguerite no te escucha ni te habla: es sordomuda, y lo ha sido desde que nació.

Y entonces, el anciano cogió una vela que había estado ardiendo en la mesa de la cocina, esperándole, y renqueó hacia la oscura escalera. Adair siguió sus órdenes y se acurrucó junto al fuego, y se había dormido antes de que la luz de la vela del físico se hubiera desvanecido escalera abajo.

Se despertó al oír moverse al ama de llaves. Esta dejó lo que estaba haciendo para mirar descaradamente a Adair mientras se levantaba del suelo. Adair la encontró decepcionante, más aún que cuando estaba dormida: era peor que vulgar, era fea, con cara hombruna y el cuerpo ancho de un labrador. Le ofreció a Adair un plato de gachas de avena frías, y cuando lo hubo terminado lo llevó hasta el pozo y le dio un cubo, explicando con gestos sus instrucciones. De esta manera, le hizo cortar leña para el fuego y acarrear agua para la cocina y para los animales. Después, cuando ella se puso a lavar ropa en una gran tina de madera, Adair intentó dormir, recordando el consejo del anciano.

Lo siguiente de lo que fue consciente Adair fue de que Marguerite le zarandeaba por un hombro y le señalaba la escalera. Había caído la tarde y el anciano se estaba levantando en su cuarto del sótano. El ama de llaves fue encendiendo velas por toda la habitación principal, y por fin el anciano apareció, subiendo la escalera despacio y en silencio, y llevando el mismo cabo de vela que por la mañana.

—Estás levantado. Bien —dijo el físico mientras pasaba junto a Adair arrastrando los pies.

Fue directamente a su escritorio y revolvió entre unos papeles con escritura indescifrable.

—Avivad ese fuego —ordenó—, y poned un caldero. Tengo que hacer una pócima esta noche y tú vas a ayudarme.

Haciendo caso omiso de su nuevo sirviente, el físico empezó a buscar entre las hileras de tarros, todos tapados con tela encerada y cuerda, y les dio vueltas a la luz del fuego para leer las etiquetas, dejando aparte unos cuantos. Cuando el caldero estuvo colgado y calentándose sobre las

llamas, Adair ayudó al anciano a llevar los tarros hasta el hogar. Sentado a su lado, observó al físico sopesar ingredientes en su marchita mano y después echarlos al caldero. Adair reconoció algunas plantas y hierbas, ahora secas hasta parecer cenizas, pero otros ingredientes eran más misteriosos. Una uña de murciélago, ¿o era una zarpa de ratón? ¿Una cresta de gallo? Tres plumas negras, pero ¿de qué ave? De un tarro con la tapa muy apretada, el físico vertió un jarabe viscoso y oscuro que despidió un olor asqueroso en cuanto estuvo expuesto al aire. Por último, añadió una jarra de agua y se volvió hacia Adair.

—Observa esto con atención. Deja que llegue a hervir, pero entonces reduce el fuego y ten cuidado de que el ungüento no se ponga sólido. Debe quedar espeso, como la pez. ¿Entiendes?

Adair asintió.

—¿Puedo preguntar para qué es esta pócima?

—No, no puedes preguntar —respondió el hombre, pero después pareció que se lo pensaba mejor—. Con el tiempo, aprenderás, cuando te hayas ganado ese conocimiento. Ahora, voy a salir. Vigila el caldero como te he dicho. No salgas de la torre, y no te quedes dormido.

Adair miró mientras el anciano cogía su capa de un gancho y salía de la torre.

Hizo lo que le habían dicho, sentado lo bastante cerca para inhalar los vapores malolientes que emanaban del líquido burbujeante. La torre estaba en silencio, con excepción de los ronquidos de Marguerite, y Adair la miró durante un buen rato, cómo subía y bajaba su amplio pecho bajo la manta, los crujidos de la paja cuando cambiaba de postura, dormida. Cuando se aburrió de ese pobre entretenimiento, se acercó a la mesa del físico y escudriñó las páginas manuscritas, deseando tener la habilidad de leerlas. Se le ocurrió intentar persuadir al anciano de que le enseñara a leer; seguro que al físico le resultaría útil que su sirviente tuviera esa capacidad.

De vez en cuando, Adair hurgaba en el contenido del caldero con una cuchara de madera, comprobando su consistencia, y cuando le pareció adecuado, cogió el atizador y esparció los leños ardientes por los bordes del hogar, dejando solo brasas bajo el caldero. En aquel punto, Adair sintió que podía descansar sin peligro, así que se envolvió en la raída manta y se apoyó en la pared. El sueño le rondaba, una deliciosa cerveza de la que le habían dado un sorbo pero de la que él sabía que no podía beber más. Intentó todo lo que se le ocurrió para mantenerse despierto: dio zancadas por la habitación, bebió agua fría, hizo el pino. Al cabo de una hora, estaba más acotado que nunca y al borde del desmayo, cuando de pronto se abrió la puerta y entró el anciano. Parecía haber ganado vigor con su excursión, y sus ojos lechosos casi brillaban. Echó una mirada al caldero.

—Muy bien. El ungüento parece correcto. Quita el caldero del gancho y deja que se enfríe junto al hogar. Por la mañana, echarás el ungüento en esa urna y la taparás con papel. Ahora, puedes descansar. Pronto amanecerá.

De este modo transcurrieron varias semanas. Adair se alegraba de que la rutina distrajera su mente de la pérdida de su familia y de la encantadora Katarina. Por las mañanas ayudaba a Marguerite, y por las tardes descansaba. Las noches las pasaba preparando pócimas y ungüentos, o aprendiendo del anciano a reconocer y mezclar ingredientes. El hombre llevaba a Adair al bosque a buscar una planta o unas semillas concretas a la luz de la luna. Otras noches, Adair hacía manojos y los colgaba de las vigas cerca del fuego. Casi todas las noches, el físico desaparecía durante unas horas, aunque regresaba siempre antes del amanecer para retirarse a su habitación subterránea.

Cuando pasaron uno o dos meses, el físico empezó a enviar a Adair a la aldea que rodeaba las murallas del castillo para intercambiar tarros de ungüentos por mercancías: telas, herramientas o cacharros de barro. A esas alturas, Adair ansiaba la compañía de la gente, incluso oír su propia voz. Pero los aldeanos se mantenían invariablemente a distancia cuando se enteraban de que trabajaba para el físico. Si se percataron de que Adair estaba solo y deseoso de compañía y de unas pocas palabras amables, no se dejaron conmovir y sus trueques siguieron siendo rápidos y poco amistosos.

Aproximadamente por entonces, se produjo un cambio entre Adair y Marguerite, para vergüenza de él. Una tarde, cuando se acababa de despertar de una siesta y empezaba a vestirse, ella se acercó a su lecho y le puso las manos encima. Sin esperar invitación, lo colocó de espaldas sobre la paja, palpándole el pecho bajo la túnica, y después bajó a sus pantalones y buscó la virilidad de Adair. En cuanto la tuvo suficientemente comprometida, se levantó la polvorienta falda y se sentó sobre él. No había ternura en sus movimientos, ni en los de Adair, ni pretensión de que aquello fuera algo más que un alivio físico para los dos. Mientras agarraba a puñados la carne de Marguerite, Adair pensó en Katarina, pero era imposible imaginar que aquella gran osa era su delicado amor de ojos oscuros. Cuando terminaron, Marguerite hizo un ruido gutural y se apartó de Adair, se bajó la falda y siguió con sus tareas.

Él se quedó tumbado en su jergón, mirando al techo y preguntándose si el físico los habría oído, y si era así, qué haría. A lo mejor él también tenía sus placeres con Marguerite... No, aquello no parecía posible, y Adair se imaginó que el anciano visitaba a una prostituta de la aldea durante sus rondas nocturnas para remediar aquella comezón. Tal vez con el tiempo él pudiera hacer lo mismo. Por el momento, parecía que había ido a caer en un extraño modo de vida, pero no era tan difícil como había sido trabajar en los campos y había posibilidades de mejorar, tal vez, si podía persuadir al viejo de que le enseñara las artes sanadoras. Aunque Adair seguía echando terriblemente de menos a su familia, aquellas ideas le consolaban y decidió quedarse un poco más de tiempo y ver qué le deparaba la suerte.

20

Después de que pasaran meses al servicio del físico, con solo un mínimo contacto con la gente, aparte del anciano y de Marguerite, llegó la noche de la primera visita de Adair al castillo. No es que Adair quisiera ir a la fortaleza de un noble rumano. No sentía más que odio por aquellos diablos que asaltaban las aldeas magiars, destruían sus hogares y se apoderaban de su tierra. Pero no podía sofocar fácilmente su curiosidad. Adair nunca había estado en la morada de un hombre rico, ni tampoco dentro de las murallas de un castillo; solo había trabajado en los campos. Se figuró que lograría soportarlo si imaginaba que el propietario del castillo era magiar, no rumano. Entonces podría maravillarse sin problemas ante los grandes salones y sus galas.

Su trabajo aquella noche consistía en llevar un gran tarro de una pócima en la que habían trabajado la noche anterior. Como de costumbre, el propósito de la pócima se mantuvo en secreto para él. Adair esperó en la puerta mientras el físico se afanaba en arreglarse, decidiendo por fin vestir una fina túnica bordada con hilo de oro y adornada con piedras pulidas, lo que significaba que aquella era una ocasión especial. El físico montó en su caballo de guerra y Adair fue caminando detrás, cargado con la urna a su espalda, como si fuera una vieja abuela que ya no pudiera andar. Se alzó para ellos el puente levadizo del foso, amenazador y solemne, y fueron escoltados hasta el gran salón por un pelotón de soldados del conde. A lo largo de las paredes había guardias formados.

En el gran salón se estaba celebrando un banquete. El físico se unió al conde en la mesa principal y Adair se agachó al fondo del salón, apoyado en la pared, todavía abrazado a la urna. Reconoció algunos de los emblemas de los escudos que decoraban las paredes; eran de las propiedades en las que él había trabajado. El dialecto del conde le resultaba familiar, pero Adair no podía entender lo que decían porque la conversación estaba salpicada de expresiones rumanas. Hasta un muchacho simple como Adair comprendía lo que significaba aquella combinación: el conde era de origen magiar, pero se había aliado con los opresores rumanos para salvar el pellejo y conservar su fortuna. Tenía que ser por eso por lo que los aldeanos lo evitaban: se figuraban que Adair también era simpatizante de los rumanos.

Acababa de tropezar con aquella revelación cuando el anciano le hizo acercarse con la urna. Despedido con un movimiento de mano del físico, Adair volvió a su puesto en la pared. El físico quitó la tapa de tela engrasada para que el conde pudiera inspeccionar el contenido. El noble cerró los ojos e inhaló a fondo, como si aquel mejunje maloliente fuera tan dulce como un campo de flores. Los cortesanos del conde se rieron con expectación, como si supieran que iba a suceder

algo interesante. Adair contuvo el aliento ante la perspectiva de enterarse del propósito de al menos una de las pócimas mágicas del físico, cuando la aguda mirada del anciano se posó en él.

—Creo que este no es lugar para el muchacho —dijo, haciéndole una señal a un guardia—. Tal vez puedas encontrar algo mejor para ocupar su tiempo; enséñale una o dos cosas sobre la vida de soldado. Puede que algún día tenga que defender este castillo o, como mínimo, salvar mi vieja e indigna cabeza.

Adair fue conducido afuera entre risas burlonas de los presentes, y llevado a un patio donde holgazaneaban unos cuantos guardias. No eran caballeros, ni siquiera soldados profesionales, sino simples guardias, aunque mucho más expertos que Adair con la espada y la lanza. Con el pretexto de «entrenarle», obtuvieron un brutal placer abusando de Adair durante dos horas mientras él trataba de defenderse con aquellas armas que no dominaba. Cuando por fin se le permitió volver al gran salón, le dolían los brazos de esgrimir una espada ancha y sin filo, la más pesada que había podido encontrar uno de los guardias, y estaba lleno de cortes y magulladuras.

La escena en el gran salón no era la que había esperado. El conde y sus vasallos parecían estar simplemente ebrios, arrellanados en sus asientos o tirados por el suelo, con los ojos cerrados, sonrisas infantiles en sus rostros y los fibrosos músculos laxos. Con ojos indiferentes, miraron cómo el físico se despedía, guiando a Adair a través del patio. En la hora gris que precede al alba, deshicieron su camino por el puente levadizo y a través del bosque. Adair trotaba tras el caballo del anciano y, aunque iba agotado, daba gracias por no ir cargando con la urna.

El misterio de las costumbres del físico fue cobrando cuerpo poco a poco en la mente de Adair. Por una parte, Adair estaba agradecido por tener un lugar caliente y seco donde dormir, y no encontrarse trabajando en las labores del campo todos los días hasta el agotamiento y buscando una muerte prematura. A diferencia de su familia, tenía tres comidas al día y no solía quedarse con hambre: estofado, huevos, alguna que otra tira de carne asada. Tenía compañía sexual, así que no se volvería loco por el deseo insatisfecho. Por otra parte, Adair no podía evitar ver aquello como un pacto con el diablo, aunque se hubiera hecho en contra de su voluntad: había que pagar un precio por una vida de relativa comodidad, y sentía que tarde o temprano le pasarían la factura.

Recibió el primer indicio de lo que tendría que pagar una noche en la que el físico lo llevó con Marguerite al bosque.

Caminaron mucho rato y, dado que no estaban haciendo nada más que poner un pie delante del otro, Adair vio la oportunidad de plantear unas cuantas preguntas al anciano.

—¿Puedo saber, amo, por qué hacéis todo vuestro trabajo de noche? —preguntó, procurando sonar lo más humilde y cándido que pudo.

Al principio, el anciano gruñó, como si no considerara que la pregunta fuera digna de una respuesta. Pero después de unos momentos — ¿a quién no le gusta hablar de sí mismo, por triviales que sean las preguntas?— carraspeó antes de responder.

—Es una costumbre, supongo. Es la clase de trabajo que se hace mejor lejos de los ojos entrometidos de los demás. —El físico respiró con dificultad, ya que estaban subiendo una ligera cuesta, y no continuó hasta que llegaron a un camino llano—. Lo cierto, Adair, es que este trabajo se hace mejor de noche, porque existe un poder en la oscuridad, ¿sabes? De la oscuridad sacan su fuerza estas pócimas.

Lo dijo como si fuera tan evidente que Adair sintió que no haría más que revelar su ignorancia

si le pedía al viejo que se explicara, así que volvió a su silencio.

Por fin llegaron a un lugar tan agreste y cubierto de vegetación que parecía que nunca hubiera sido visto por ojos humanos. Alrededor de las raíces de los álamos y alerces proliferaba una extraña planta, de hojas anchas en forma de abanico sobre tallos mimbreños que se alzaban muy por encima del suelo, saludando al trío de visitantes con sus oscilaciones en el aire nocturno.

El físico indicó a Marguerite que lo siguiera. La condujo hasta una de las plantas, le puso las manos alrededor del tallo y le hizo señas de que esperara. Después, se apartó de ella y llamó a Adair para que fuera con él. Caminaron hasta que la sirvienta casi desapareció en la penumbra y solo su bata clara brillaba a la luz de la luna.

—Tápate los oídos... Te lo digo en serio, o será peor para ti —le ordenó a Adair.

Después, por señas, le indicó a Marguerite que tirara, y ella lo hizo, poniendo todo su esfuerzo. A pesar de tener las manos bien apretadas sobre los oídos, Adair podría jurar que oyó un ruido apagado que surgía de la planta al ser arrancada del suelo. Adair miró al físico y bajó las manos; se sentía ridículo.

Marguerite trotó como un perro que sigue a su amo, llevándole la planta en las manos. El físico se la cogió y le quitó la tierra adherida a los pelos de las raíces.

—¿Sabes qué es esto? —le preguntó a Adair, mientras inspeccionaba el grueso tubérculo de cinco puntas, más grande que una mano de hombre abierta—. Esto es la raíz de la mandrágora. ¿Ves que tiene la forma de un hombre? Estos son los brazos, las piernas, la cabeza. ¿Has oído cómo gritaba hace un momento, al arrancarla del suelo? Ese sonido mata a cualquier hombre que lo oiga. —El físico acercó la raíz a Adair. Parecía efectivamente un hombre rechoncho y deforme—. Esto es lo que tienes que hacer para recoger raíces de mandrágora. Acuérdate bien cuando te envíe a coger más. Algunos físicos utilizan un perro completamente negro para arrancar la raíz, pero el perro también muere al oír el grito, como los hombres. Nosotros no tenemos por qué matar perros, ya que tenemos a Marguerite, ¿verdad?

A Adair no le gustó que el físico le incluyera en su comentario sobre Marguerite. Se preguntó, avergonzado, si el viejo estaría enterado de sus escauceos y si aprobaría la indiferencia con que Adair la trataba. En realidad, no era muy distinta de la brusquedad con que el propio físico trataba a su ama de llaves, a la que utilizaba como si fuera un buey para arrancar un tocón de un campo; y aunque fuera sordomuda, estaba claro que el físico tenía tan poca consideración por la vida humana que no le importaba si ella sobrevivía o moría al arrancar la raíz. Por supuesto, también era posible que el grito de la mandrágora no matara a nadie y que el anciano le hubiera contado aquello a Adair solo para asustarlo. Pero el muchacho guardó en su memoria aquel fragmento de conocimiento sobre la mandrágora, junto con las otras perlas de sabiduría que el físico le había entregado, para utilizarlos algún día.

El escaso disfrute que Adair obtenía de su nueva vida comenzó a desvanecerse a medida que se iba hartando de su silenciosa y solitaria rutina. El aburrimiento dejó paso a la curiosidad. Hizo una inspección a fondo de los frascos y jarras del estudio del físico, y después un inventario de la habitación en general, hasta llegar a conocer cada centímetro de la planta superior de la torre. Conservaba el suficiente sentido común para no aventurarse en el sótano.

Sin pedirle permiso al físico, Adair empezó a salir a caballo por las tardes para investigar por el campo. Se dijo que era bueno que el caballo hiciera ejercicio entre las escasas ocasiones en

que el físico lo montaba. Pero a veces, cuando ponía muchos kilómetros entre él y su pequeña prisión, una voz le tentaba a huir, a seguir cabalgando y no volver. Al fin y al cabo, ¿cómo iba aquel anciano a encontrar a Adair sin un caballo que lo llevara? Sin embargo, Adair también sabía que, con el tiempo que había pasado desde que llegó a la torre, no sería capaz de encontrar a su familia, y sin familia a la que regresar no tenía sentido marcharse. Allí tenía comida y cobijo. Si huía, no tendría nada y sería un fugitivo durante todo el tiempo que todavía debía permanecer con el físico. Tras mirar largamente cualquier camino que lo alejaría de su prisión, daba la vuelta de mala gana y cabalgaba de regreso a la torre.

Con el tiempo, Adair pensó que el físico estaba empezando a cogerle afecto. Por las noches, mientras trabajaban en una pócima, veía que el anciano le miraba con menos dureza de la habitual. El físico empezó a contarle a Adair algunas cosas sobre el contenido de los tarros mientras machacaba semillas secas o separaba las hierbas para guardarlas: cosas como los nombres de las plantas menos conocidas y sus posibles aplicaciones. Estaba prevista una segunda visita al castillo y el anciano se sentía entusiasmado, y se frotaba las manos mientras iba de un lado para otro por la torre.

—Tenemos un nuevo pedido del conde, para el que empezaremos a hacer preparativos esta noche —dijo entre risitas, mientras Adair colgaba la capa del anciano de un gancho junto a la puerta.

—¿Empezar qué, amo? —preguntó Adair.

—Una petición especial del conde. Una tarea muy difícil, pero ya lo he hecho antes. —Correteó de un lado a otro por el suelo de madera, reuniendo tarros de ingredientes sobre la mesa de trabajo—. Prepara el caldero grande y aviva el fuego, que está casi apagado.

Adair observó desde el hogar. Primero, el físico eligió una de sus recetas manuscritas y la repasó rápidamente antes de apoyarla en un tarro para poder consultarla. De vez en cuando, le echaba una mirada al papel mientras medía ingredientes para el caldero que se iba calentando. Sacó de los estantes cosas que no había utilizado nunca: misteriosos fragmentos de animales, hocicos, trozos de piel coriácea, pedazos de carne desecada. Polvos, brillantes cristales blancos y cobrizos. Lo echaba todo en una cantidad exacta de agua, y después le dijo a Adair que colgara el pesado caldero del espetón. Cuando el agua empezó a hervir, el físico cogió un puñado de polvo amarillo de un frasco y lo arrojó al fuego: ardió con una nube de humo, emanando el inconfundible hedor del azufre.

—Nunca he visto esta mezcla antes, ¿verdad, amo? —preguntó Adair.

—No, no la has visto. —Hizo una pausa—. Es una pócima que hace invisible al que la bebe. —Examinó el rostro de Adair en busca de una reacción—. ¿Qué te parece eso, chico? ¿Crees que puede ocurrir de verdad?

—Nunca he oído nada parecido. —No era tan tonto para contradecir al anciano.

—A lo mejor te gustaría verlo con tus propios ojos. El conde ordenará a algunos de sus mejores hombres que beban esta pócima, y se harán invisibles durante una noche. ¿Te imaginas lo que es capaz de hacer un ejército al que no se puede ver?

—Sí, amo —respondió Adair, y desde aquel momento empezó a tener otra opinión de los hechizos y las pócimas del físico.

—Ahora tienes que vigilar este caldero y dejar que el agua se vaya reduciendo, como has hecho otras veces. Cuando se haya evaporado, debes retirarlo del fuego y dejar que se enfríe. Una

vez hayas hecho eso, puedes irte a dormir, pero no antes. Estos ingredientes son difíciles de conseguir, y unos cuantos se me han terminado, así que no podemos permitirnos estropear este preparado. Vigila el caldero con atención —dijo por encima del hombro mientras descendía por la escalera—. Al atardecer comprobaré lo bien que lo has hecho.

Adair no tuvo problemas para mantenerse despierto aquella noche. Se sentó bien erguido, apoyado en la dura pared de piedra; se dio cuenta de que el anciano les había mentado a él y a su padre. El viejo no era un físico, sino un alquimista, tal vez un nigromante. No era de extrañar que la gente de la aldea lo rehuyera. No era solo a causa del noble traidor a su pueblo. Le tenían miedo al anciano y por buenas razones: era muy probable que estuviera aliado con el diablo. Sabía Dios lo que sospechaban de Adair.

Aquella pócima no era como las anteriores y el líquido tardaba una eternidad en reducirse. Empezó a romper el alba antes de que se hubiera evaporado una cantidad apreciable. Pero en las últimas horas de la noche, mientras miraba el vapor que se elevaba lentamente de las profundidades del caldero, la mirada de Adair seguía volviendo a la pila de papeles manuscritos del escritorio. Seguro que en aquel montón había fórmulas más interesantes —y más provechosas— que la capacidad de volver invisibles a los hombres durante una noche. Era muy probable que el viejo supiera hacer pócimas de amor infalibles y talismanes que procuraran grandes riquezas y poder a su propietario. Y seguro que cualquier alquimista sabía convertir los metales inferiores en oro. Aunque Adair no podía leer las recetas, no tenía duda de que encontraría a alguien que supiera, y le daría una parte de los beneficios.

Cuanto más pensaba en ello, más se inquietaba. Podía esconder los papeles en la manga de su túnica y escabullirse sin que se enterara Marguerite, quien se levantaría de un momento a otro. Después caminaría todo el día y llegaría tan lejos de la torre como pudiera. Pensó por un instante en coger el caballo, pero le falló el valor. Robar una propiedad tan valiosa como un caballo era un delito que se castigaba con la muerte. El viejo podría exigir justificadamente la vida de Adair. Pero las recetas... Aunque el anciano pudiera localizar a su sirviente, era improbable que se atreviera a llevar a Adair ante el conde. El físico no querría que los aldeanos supieran lo poderoso que era en realidad, ni que sus conocimientos mágicos estaban escritos en papeles que podían ser robados o destruidos.

A Adair le palpitaba con fuerza el corazón, y al final ya no pudo desatender su descontrolado impulso. Era casi un alivio ceder a su deseo.

Adair enrolló muy apretados todos los papeles que se atrevió a coger de una vez y se los metió en la manga justo cuando Marguerite empezó a moverse. Antes de marcharse, descolgó el caldero del gancho y lo puso a enfriar junto al hogar. Una vez fuera, eligió un camino que conocía, un camino que le llevaría a territorio húngaro, a una plaza fuerte donde los que simpatizaban con los rumanos vacilarían en ir. Caminó durante horas, maldiciendo su impetuosidad porque no había pensado en llevar provisiones. Cuando empezó a marearse y el sol había comenzado a deslizarse sobre el horizonte, Adair calculó que ya se había alejado lo suficiente y buscó refugio en un pajar en medio de un prado. Era un lugar desolado, sin nada alrededor, ni siquiera ganado, por lo que a Adair le pareció que había recorrido una distancia segura y que nadie lo buscaría allí. Se quedó dormido sobre un montón de heno, sintiéndose libre.

Le despertó de golpe una mano en el cuello que lo sacudió de pies a cabeza y después, inexplicablemente, lo levantó del suelo. Al principio, Adair no pudo ver quién lo tenía agarrado,

en el aire denso de la noche, pero cuando sus ojos se acostumbraron, se negó a creer lo que veía. Quien lo sujetaba era alguien endeble... pero en menos de un minuto Adair supo que era el anciano por su olor, el hedor a azufre y descomposición.

—¡Ladrón! ¡¿Así es como pagas mi protección y mi confianza?! —gritó el físico con rabia, arrojando a Adair al suelo con tal fuerza que lo hizo resbalar hasta el extremo del pajar.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, el viejo ya estaba sobre él, agarrándolo por un hombro y levantándolo otra vez del suelo. Adair se sentía dolorido y confuso: el físico era muy viejo. ¿Cómo podía un frágil anciano levantarlo con tal facilidad? Tenía que ser una ilusión o una alucinación tras haberse dado un golpe en la cabeza. Adair solo tuvo un momento para reflexionar sobre ello antes de que el viejo lo tirara al suelo por segunda vez y empezara a golpearlo y darle patadas. Los golpes tenían una fuerza tremenda. A Adair le dolía tanto la cabeza que pensó que iba a perder el conocimiento. Sintió que lo levantaban y transportaban; notaba el movimiento del aire a su alrededor. Iban viajando a gran velocidad, a lomos de un caballo, pero le parecía improbable que el viejo caballo de guerra pudiera alcanzar semejante velocidad. Seguro que todo era una ilusión, se dijo, producida por algún elixir que el físico le había hecho tragar mientras dormía. Era demasiado mágico y aterrador para ser real.

Todavía conmocionado, Adair sintió que el aire era más lento y que sus cuerpos volvían a adquirir peso humano. Después percibió los olores: la humedad mohosa de la torre, los residuos de hierbas quemadas y azufre flotando en el ambiente. Se encogió de miedo. Cayendo al suelo, entreabrió los ojos y quedó abrumado al ver que, efectivamente, estaba de vuelta en la torre, de vuelta en su prisión.

El anciano caminaba hacia él. Había cambiado: puede que fuera un efecto óptico o una treta de su imaginación, pero parecía alto y temible, sin ninguna semejanza con el viejo físico. La mano del viejo buscó el atizador, y después se inclinó para coger la raída manta del jergón de paja de Adair. Lentamente, enrolló la manta alrededor del atizador mientras avanzaba hacia Adair.

Adair vio cómo se alzaba el brazo, pero apartó la mirada cuando el atizador se cernía sobre él. La manta amortiguó el golpe, impidió que el hierro quebrara los huesos del muchacho. Pero los golpes no se parecían a nada que hubiera sentido antes, no eran como los puñetazos y las bofetadas que le había infligido su padre, ni como los azotes con una vara de sauce o los latigazos de una correa de cuero. La barra de hierro comprimía el músculo y aplastaba la carne hasta que entraba en contacto con el hueso. Y bajó una y otra vez, sobre su espalda, hombros y columna. Rodó para escapar de los golpes, pero el arma seguía acertándole, machacándole las costillas, el abdomen y las piernas. Al poco rato, Adair ya era insensible al dolor, incapaz de moverse o de encogerse siquiera mientras el atizador seguía golpeándolo. Le dolía respirar, los costados le ardían con cada inspiración, sus entrañas chorreaban un líquido fluido y caliente. Se estaba muriendo. El viejo iba a matarlo a golpes.

—Podría cortarte la mano, ¿sabes? Ese es el castigo para los ladrones. Pero ¿de qué me servirías entonces, con una sola mano? —El físico se irguió rígidamente, tirando el atizador al suelo—. Puede que te corte la mano cuando hayas terminado tu servicio, para que todo el mundo sepa lo que eres. O tal vez no te deje marchar cuando se cumplan tus siete años. Podría retenerte otros siete, como castigo por tu delito. ¿Cómo pensaste siquiera que podrías escapar de mí y robarme lo que es mío?

Sus palabras no cambiaban la situación. El anciano se engañaba, decidió Adair, al pensar que

su sirviente iba a sobrevivir. No vería el amanecer, y mucho menos viviría siete años. El líquido caliente se abría camino por sus intestinos y órganos, subía por la garganta de Adair, le llenaba la boca. La sangre se desbordó por sus labios y cayó al suelo de madera, extendiéndose hacia los pies del anciano en un río oscuro cada vez más caudaloso. Brotaba sangre por todos los orificios del cuerpo de Adair.

Sus ojos se fueron apagando. El anciano había dejado de hablar y le estaba mirando de nuevo de aquella manera intensa, tan característica. Empezó a reptar hacia el muchacho caído, como una serpiente o un lagarto, a ras del suelo, hasta que estuvo muy cerca de Adair, con la boca abierta y la lengua asomando, tensa. Extendió un dedo largo y huesudo y lo mojó en la sangre que fluía de la boca de Adair. Un reguero rojo bajó por el dedo, mientras se lo llevaba a la boca y se lo pasaba por la lengua. La enroscó y un leve suspiro de excitación salió de sus labios. En aquel momento, Adair perdió el sentido y sintió alivio por ello. Pero lo último que distinguió mientras la conciencia le abandonaba, seguro de que era por última vez, se dijo, fueron los dedos del anciano acariciando su mejilla y el pelo de Adair, empapado de sudor.

21

Por la mañana, Marguerite encontró a Adair en un estado lamentable. Su cuerpo se había preparado para la muerte durante la noche: los intestinos evacuaron, la sangre empapó toda su ropa mientras se secaba, y se pegó al suelo tan tenazmente que el ama de llaves tuvo que aplicar trapos mojados en agua caliente para desprender al muchacho.

Yació inconsciente en su jergón de paja durante varios días, y cuando despertó comprobó que estaba cubierto de grandes moratones violáceos con bordes difuminados amarillos y verdosos. Tenía la piel caliente y muy sensible al tacto. Pero Marguerite se las había arreglado para limpiar toda huella exterior de sangre y lo había vestido con una muda y una camisa de dormir nueva.

Adair entraba y salía de la consciencia, y los pensamientos incoherentes le rondaban por la cabeza. En el peor de sus momentos de semiconsciencia imaginó que alguien le estaba tocando, que unos dedos se deslizaban por su rostro y sus labios. En otra ocasión, creyó sentir que le ponían boca abajo y le arremangaban la ropa. Esto último se podía explicar si Marguerite había tenido la bondad de limpiarle, ya que él era incapaz de moverse con suficiente coordinación para utilizar el orinal. Indefenso, sin poder moverse ni resistirse, no podía hacer más que tolerar aquellos abusos, sufridos o imaginados.

El olfato fue el primer sentido que recuperó, y Adair reconoció apenas los olores en el aire por el sabor en la lengua, el fuerte regusto a hierro de la sangre y la untuosidad del sebo de vaca. Cuando se abrieron sus ojos —tardó un poco en enfocar la visión y asegurarse de que no había perdido la vista—, su entorno volvió a hacerse real, y la sensación de dolor regresó. Le dolían los costados, tenía el vientre revuelto y cada respiración le laceraba el pecho. Con el dolor recuperó la voz. Echó mano a la manta e intentó incorporarse, aunque sin éxito.

Marguerite corrió a su lado y le tocó la frente; después le flexionó los pies y las manos, buscando señales de dolor que indicaran huesos rotos, para ver si podía moverse solo o si había perdido la movilidad de algún miembro. Al fin y al cabo, ¿de qué sirve un trabajador que no puede utilizar los brazos o las piernas?

Le llevó un caldo y después dejó de prestar atención a Adair durante el resto de la tarde, mientras se dedicaba a sus tareas. Adair no tuvo más alternativa que mirar al techo y calcular el tiempo transcurrido a medida que un retazo de luz iba bajando por la pared, contando las horas que faltaban para el anochecer, cuando se despertaría el anciano. Pasó aquellas horas con temerosa anticipación: mejor habría sido morir aquella noche, decidió Adair, que despertar atrapado en un cuerpo destrozado. Se preguntó cuánto tardaría en recuperarse. ¿Se recuperaría de

tantas fracturas? ¿Soldarían bien todos sus huesos? ¿Quedaría cojo o jorobado? Por lo menos su cara parecía libre de cicatrices o marcas que lo desfiguraran. El viejo no le había pegado en la cabeza; si le hubiera golpeado con el atizador, le habría abierto el cráneo.

Cuando el retazo de luz desapareció, señalando el final de la claridad diurna, Adair supo que se le había agotado el tiempo. Decidió fingir que estaba dormido. También Marguerite sentía que se acercaba un enfrentamiento y procuró prepararse a toda prisa para acostarse cuando el anciano llegaba subiendo la escalera, pero el físico la interrumpió, cogiéndola del brazo y señalando hacia la cama de Adair. Ella había visto al muchacho cerrar los ojos y adoptar una postura laxa, así que se limitó a negar con la cabeza y se retiró a su cama, echándose una manta sobre los hombros.

El anciano se acercó al jergón de Adair, y se agachó. Adair intentó mantener uniforme la respiración y controlar su temblor, esperando a ver qué hacía el anciano. No tuvo que aguardar mucho: la fría y huesuda mano del viejo tocó la mejilla del joven, después su nuez, y a continuación bajó por su pecho, pero muy brevemente, antes de posarse en su liso abdomen. Apenas tocó las zonas magulladas, y sin embargo al muchacho le costó no retorcerse de dolor.

La mano no se detuvo, sino que continuó deslizándose hacia abajo: primero al vientre y después más abajo aún, y el sobresalto casi hizo que Adair gritara. Se las arregló como pudo para seguir tumbado sin inmutarse mientras los dedos del anciano encontraban lo que estaban buscando, acariciaban el laxo miembro, masajeándolo. Pero antes de que la virilidad de Adair pudiera responder, los dedos se retiraron, y el anciano dio media vuelta y, sin mirar atrás, salió de la torre y se adentró en la noche.

Adair estaba tan aterrado que saltó del jergón a pesar de su estado. Solo pensaba en huir, pero no podía: tenía escaso control de los brazos, y las piernas no le respondían en absoluto. El anciano era considerablemente más fuerte de lo que parecía; aun con buena salud, Adair estaría indefenso contra él, y más en el estado en que se hallaba. No podía ni siquiera arrastrarse por la habitación en busca de un arma para defenderse. Con amarga desesperación, se dio cuenta de que, de momento, no podía hacer nada por sí mismo. Solo soportar lo que el físico quisiera hacerle.

Pasaba los días pensando en el trabajo que había realizado para el anciano, los elixires y ungüentos que había preparado, preguntándose si allí habría algo que pudiera utilizar para defenderse. Aquellos pensamientos eran inútiles, aunque servían para reforzar su recuerdo de los ingredientes que formaban parte de los poderosos compuestos —y sus proporciones, olores y texturas—; pero seguía ignorando su utilidad, la de todos excepto la del que confería invisibilidad.

Se las arregló para continuar fingiendo durante dos días más, hasta que el físico se dio cuenta de que Adair había recuperado la consciencia. Puso a prueba sus miembros y articulaciones, igual que lo había hecho Marguerite, y preparó un elixir que hizo tragar al joven. Fue el elixir el que delató a Adair, porque la pócima quemaba y picaba, haciendo que su cuerpo se convulsionara.

—Espero que hayas aprendido la lección para que al menos salga algo bueno de tu traición —gruñó el viejo mientras renqueaba alrededor del escritorio—. Y esa lección es que jamás podrás escapar de mí. Te encontraré, vayas a donde vayas. No existe un lugar lo bastante lejano, ni un escondite lo bastante secreto para escapar de mí. La próxima vez que intentes privarme del servicio por el que he pagado, o robes alguna de mis cosas, este pequeño episodio te parecerá el más leve de los castigos. Si tan solo intuyo que me eres desleal, te encadenaré a los muros de esta

torre y jamás volverás a ver la luz del día, ¿entiendes? —El anciano no se inmutó ni lo más mínimo por la mirada de odio que Adair le dirigió.

A las pocas semanas, Adair fue capaz de levantarse de la cama y cojear por la habitación con la ayuda de un bastón. Como los costados le hacían aullar de dolor cada vez que levantaba los brazos, todavía no le era de ninguna utilidad a Marguerite, pero ya podía volver a ayudar al físico por las noches. Sin embargo, toda conversación entre ellos había cesado: el anciano mascullaba sus órdenes y Adair se escabullía de su vista en cuanto las había cumplido.

Después de un par de meses, con dosis regulares del ardiente elixir, Adair se había recuperado lo suficiente para ser capaz de acarrear agua y cortar leña. Podía correr, aunque no mucha distancia, y estaba seguro de que conseguiría montar a caballo si surgía la oportunidad. A veces, cuando recogía hierbas en el bosque y vagabundeaba hasta el borde de la colina, miraba el ancho valle verde y pensaba en intentar escapar de nuevo. Deseaba con todas sus fuerzas quedar libre del anciano, y sin embargo... Un escalofrío recorría su cuerpo al pensar en el castigo y, con ideas casi suicidas, regresaba a la torrecilla.

—Mañana irás a la aldea a buscar a una jovencita. Tiene que ser virgen. No debes pedir información a nadie, ni llamar la atención en modo alguno. Solo localiza a esa chica, vuelve y dime dónde vive.

El pánico le atenazó la garganta.

—¿Cómo voy a saber si una chica está intacta? ¿Tengo que examinar...?

—Evidentemente, tienes que encontrar una que sea muy joven. Lo de examinar, déjame a mí —dijo el anciano en tono siniestro.

No dio ninguna explicación, y para entonces Adair no las necesitaba. Sabía que cualquier orden del físico era sin duda una petición diabólica, y él no estaba en situación de negarse. Por lo general, consideraba las visitas a la aldea como raros regalos, que le permitían participar del conocido bullicio de la vida familiar, aunque no fuera su propia familia, pero aquella visita en concreto no presagiaba nada bueno. Una vez en la aldea, Adair deambuló cerca de las casas lo más discretamente que pudo para espiar a los aldeanos, pero la aldea era pequeña y él no era desconocido. En cuanto se acercaba a un grupo de niños que jugaban o se ocupaban de alguna tarea, sus padres se los llevaban o amenazaban a Adair con miradas hostiles.

Temiendo la reacción del físico a sus noticias, tomó un camino que no conocía para volver a la torre, con la esperanza de que le trajera suerte. El camino llevaba a un claro donde, para su sorpresa, había varias carretas, carretas no muy diferentes de aquella en la que había vivido su familia. Una tribu de romaníes había llegado a la aldea, y el corazón de Adair se hinchó de esperanza, pensando que tal vez su familia había ido a rescatarlo. Pero al buscar entre los trabajadores nómadas, no tardó en darse cuenta de que no reconocía a un solo miembro de aquel grupo. Había, no obstante, niños de todas las edades, niños con mofletes colorados y niñas de caras dulces. Y como él era de su misma raza, podía moverse libremente entre ellos, aunque era un desconocido para ellos.

¿Podía hacer algo tan diabólico?, se preguntó con el corazón acelerado mientras echaba un vistazo, mirando rostro tras rostro. Estaba a punto de huir, dominado por el odio a sí mismo —¿cómo podía él elegir quién iba a ser entregada a aquel monstruo?—, cuando se topó de pronto con una niña, una criatura que le recordaba muchísimo a su querida Katarina cuando se habían

conocido. La misma piel blanca y suave, los mismos ojos oscuros y penetrantes, la misma sonrisa simpática. Era como si el destino hubiera tomado la decisión por él. El instinto de conservación triunfó.

El físico quedó encantado con la noticia y le ordenó que fuera al campamento gitano aquella noche, cuando todos durmieran, y le llevara la niña.

—Se lo merecen, ¿no crees? —dijo entre risitas, pensando que tal vez con aquello Adair se sentiría mejor a pesar de lo que iba a hacer—. Tu pueblo te rechazó, te entregó sin pensárselo dos veces. Ahora tienes tu oportunidad de vengarte.

En lugar de persuadir a Adair de que estaba en su derecho de raptar a la niña, aquello le hizo rebelarse.

—¿Para qué queréis a esa niña? ¿Qué le vais a hacer?

—A ti no te toca pensar, solo obedecer —gruñó el anciano—. Ahora que justo empiezas a curarte... sería una pena tener que romperte otra vez los huesos, ¿no?

Adair pensó en rogarle a Dios que interviniera, pero en aquel momento las oraciones eran inútiles. Tenía toda clase de motivos para creer que él y la niña estaban condenados, y nada los salvaría, a ninguno de los dos. Así que aquella noche, ya tarde, volvió al campamento. Fue de carreta en carreta, mirando por las ventanas o por encima de las puertas holandesas abiertas hasta que encontró a la niña, que dormía acurrucada como un gatito en una manta. Conteniendo la respiración, empujó la puerta y se apoderó de la niña; casi deseaba que gritara y alertara a sus padres, aunque eso significara que lo atraparan. Pero la niña siguió dormida en sus brazos como si estuviera hechizada.

Adair no oyó nada a sus espaldas al huir: ni pisadas, ni ruidos reveladores de cualquier clase procedentes de la carreta de los padres, ni gritos para alertar del intruso al campamento. La niña empezó a despertarse y a moverse, y Adair no sabía qué hacer, excepto apretarla más contra su corazón, que palpitaba desbocado, con la esperanza de que aquello la tranquilizara. Por mucho que deseara tener valor para desobedecer las inquietantes órdenes del anciano, Adair corrió a través del bosque, llorando durante todo el camino.

Sin embargo, al acercarse a la torre, de pronto recobró el valor. Simplemente, no podía cumplir las órdenes del físico por muy importante que ello fuera para su propia seguridad. Sus pies se detuvieron por iniciativa propia, y a los pocos pasos había dado media vuelta. Para cuando llegó al borde del claro, la niña estaba despierta, aunque confiada y callada. La puso en pie y se arrodilló ante ella.

—Vuelve con tus padres. Diles que tienen que marcharse inmediatamente de esta aldea. Aquí hay mucha maldad, y habrá una tragedia si no hacen caso de esta advertencia —le dijo a la niña.

La pequeña extendió una mano hacia la cara de Adair y le tocó las lágrimas.

—¿Quién les digo que les envía este mensaje?

—Mi nombre no importa —dijo Adair. Sabía que aunque los gitanos supieran su nombre y fueran a por él, con la intención de darle un escarmiento por haberse introducido en su campamento y raptado a una niña, no importaría. Para entonces estaría muerto.

Adair se quedó arrodillado en la hierba viendo cómo la niña corría hacia las carretas. Deseó poder correr también, ir a toda velocidad hacia el bosque que se abría ante él y seguir corriendo, pero sabía que no serviría de nada. Mejor sería que regresara a la torre y aceptara su castigo.

Cuando Adair empujó la puerta de la torre, el anciano estaba sentado ante su escritorio. La

ligera ansiedad de la cara del físico se transformó rápidamente en la familiar expresión de desprecio y desagrado al ver que Adair llegaba solo.

El físico se levantó y de pronto pareció muy alto, como un árbol gigantesco.

—Veo que me has fallado. No puedo decir que me sorprenda.

—Puedo ser vuestro esclavo, pero no podéis convertirme en un asesino. ¡No lo haré!

—Todavía estás débil, mortalmente débil. Acobardado. Necesito que estés más fuerte. Si pensara que eres incapaz de esto, te mataría esta noche. Pero todavía no estoy convencido... Así que no te mataré esta noche, solo te castigaré.

El físico golpeó a su sirviente con tanta fuerza que este cayó al suelo y perdió el conocimiento. Cuando Adair volvió en sí, se dio cuenta de que el anciano le había levantado la cabeza y estaba empujando un vaso contra la boca de Adair.

—Bebe esto.

—¿Qué es? ¿Veneno? ¿Así es como me vais a matar?

—He dicho que no te mataría esta noche. Eso no significa que no tenga otros planes. Bebe esto —dijo, con los ojos brillando implacables mientras Adair miraba el contenido del vaso—. Bebe esto y no sentirás dolor.

En aquel momento, Adair habría agradecido el veneno, así que tragó lo que el físico le metía en la boca. Una extraña sensación se apoderó rápidamente de Adair, no muy diferente del embotamiento provocado por los elixires curativos del anciano. Empezó con un hormigueo que iba creciendo en sus miembros, y se apoderó de él con rapidez. Incapaz de controlar sus músculos, Adair cayó flácido, con los párpados caídos a su pesar, respirando con dificultad. Cuando el hormigueo llegó a la base del cráneo, un zumbido entumecedor anunció que iba a ocurrir algo sobrenatural.

El anciano estaba de pie delante de su sirviente, observándolo de una manera fría e inquietante. Adair sintió que lo levantaban y transportaban, le pareció que caía con cada paso. Bajaron por la escalera, hasta el sótano donde nunca había estado, la habitación del anciano, y aquella certeza exacerbó su pánico. El sótano estaba húmedo y mal ventilado, era una verdadera mazmorra, y sucio. Había sabandijas que se arrastraban afanosamente en los rincones. El viejo dejó caer al muchacho sobre una cama, un viejo y pestilente colchón de plumas enmohecido. Adair quería huir arrastrándose, pero estaba atrapado en un cuerpo que no le respondía.

Sin inmutarse, el anciano se subió a la cama y empezó a desnudar a su cautivo, sacándole la túnica por encima de la cabeza, aflojando el ceñidor de su cintura.

—Esta noche has cruzado el último umbral que te quedaba. A partir de esta noche, no habrá nada que no pueda obligarte a hacer. Y te digo que también te entregarás a mí, sin absurdas ilusiones.

Le bajó los pantalones y echó mano a la prenda que cubría su entrepierna. Una vez más, Adair cerró los ojos mientras el físico buscaba con los dedos, hurgando entre el vello púbico. Adair se esforzó en no excitarse cuando el anciano manipulaba su pene. Después de lo que le pareció mucho tiempo, el anciano soltó su juguete, pero dejó que sus manos recorrieran el rostro de Adair. Sus dedos apretaron los pómulos de Adair y después la zona bajo los ojos. El joven luchó lo mejor que pudo en su estado narcotizado contra aquel horrible abuso.

—Ahora, chico tonto, te ahogaré si no me obedeces. Tienes que respirar, ¿no?

Cerró una mano sobre la nariz de Adair, cortando el paso del aire. Adair aguantó todo lo que

fue capaz, preguntándose, en su estado de desorientación, si moriría o se desmayaría primero... Pero al final el reflejo se impuso y jadeó en busca de aire. En cuanto tuvo los labios abiertos, el viejo penetró en la laxa boca de su cautivo. Por fortuna, la droga nubló los sentidos de Adair, amortiguando el horror y la humillación, y lo último que recordaba era al anciano diciendo que estaba enterado de sus escarceos con Marguerite y que se iban a acabar. No permitiría que Adair gastara su energía y desperdiciara su semilla en otra persona.

22

Por la mañana, Adair se despertó en el piso de arriba, sobre su miserable jergón de paja, con las ropas revueltas. Destrozado por las náuseas y los restos de narcótico, recordaba la advertencia del anciano, pero no tenía ni idea de si se había tomado otras libertades. Le acometió el impulso de correr escalera abajo y apuñalar al viejo en su cama. La idea brilló en su mente durante un fugaz segundo. Pero sabía que allí estaba ocurriendo algo misterioso y sobrenatural. La fuerza y los poderes del anciano superaban toda expectativa razonable, y sería lo bastante fuerte para no dejarse matar en su propio cubil.

Se pasó el día intentando reunir valor para huir. Pero un miedo familiar encadenaba a Adair a aquel lugar, y el frío dolor en sus maltrechos huesos le recordaba el precio de la desobediencia. Y así, cuando el sol hubo atravesado el cielo y la oscuridad empezó a caer, Adair seguía sentado en un rincón, con la mirada fija en lo alto de la escalera.

Al anciano no le sorprendió encontrar todavía allí a su sirviente. Una sonrisa cruel cruzó su cara, pero no intentó acercarse a Adair. Se dedicó a sus asuntos como de costumbre, descolgando la capa del gancho.

—Esta noche voy al castillo, para una función especial. Si sabes lo que te conviene, estarás aquí cuando regrese.

Cuando se marchó, Adair se dejó caer junto al fuego, deseando tener valor para arrojarse a él.

Así continuó la vida durante incontables meses. Las palizas se convirtieron en algo rutinario, aunque el anciano no volvió a utilizar el atizador. Adair comprendió enseguida que era tan sumiso que no había motivos para que lo castigara. Las palizas servían tan solo para mantenerlo obediente, y por eso nunca terminarían. Los abusos continuaron, esporádicamente. El físico hacía que Marguerite drogara la comida o la bebida de Adair para facilitar aquellas sesiones, hasta que el joven se percató de su táctica y empezó a negarse a comer. Entonces, el viejo lo golpeaba y le obligaba a tragar narcóticos debilitantes hasta que se encontraba indefenso.

La depravación del físico se acentuó. Ya nada parecía refrenarlo; se había entregado a aquellos actos inmorales, y no había manera de pararlo. Aunque era posible que el anciano hubiera sido siempre así. Adair se preguntaba si el viejo habría matado a su último sirviente y había buscado a Adair para comenzar de nuevo. El conde empezó a enviar a una muchacha de vez en cuando para disfrute del anciano, alguna desdichada joven capturada por los hombres del conde durante sus incursiones en la campiña húngara. La joven era conducida al aposento del

físico y encadenada a su cama. Los gritos de la muchacha llegaban a oídos de Adair durante el día, atormentándolo, castigándolo por no bajar a la guarida del físico para ayudarla a escapar.

A veces, cuando el viejo salía a sus vagabundeos nocturnos, Marguerite enviaba a Adair abajo con comida para la pobre prisionera. Adair recordaba la primera vez que había ido de mala gana al sótano y había visto a la pobre chica, desnuda bajo la ropa de cama, temblando de conmoción y miedo e incapaz de reconocer su presencia. Entonces no le había pedido al joven que la dejara libre. Paralizada por el miedo, no se había acercado a la comida. Adair se avergonzó al descubrir que se había excitado al mirar la delgada figura femenina que se adivinaba bajo la manta, el vientre liso que subía y bajaba con cada aterrada respiración. Su compasión por la apurada situación de la muchacha y sus propios y horribles recuerdos de lo que le había ocurrido a él en aquella cama no impidieron que lo dominara la lujuria. No se atrevió a forzarla, ya que era propiedad del anciano, así que, estremeciéndose de deseo, ni siquiera la tocó y se retiró escalera arriba.

Las muchachas solían morir en menos de tres días, y el anciano ordenaba a Adair que se deshiciere de ellas; retiraba sus cuerpos fríos de la cama y los llevaba al bosque. Las tumbaba en el suelo como estatuas derribadas y cavaba las tumbas, las enterraba, echaba cal encima y las cubría de tierra oscura. La muerte de la primera muchacha le llenó de vergüenza, odio a sí mismo y desesperación, tanto que no pudo mirarla mientras ella esperaba su anónima tumba.

Pero después de la primera, y la tercera y la cuarta, Adair descubrió que algo había cambiado dentro de él, y su deseo —que él sabía que era abominable— se impuso a su miedo a adentrarse en la lascivia. Le temblaban las manos cuando se rendía al deseo de tocar los pechos, ahora duros y faltos de vida, o acariciar los cuerpos curvilíneos. Cada vez que bajaba a una de ellas al suelo, se frotaba contra su vientre y se excitaba al notar el endurecimiento en su miembro. Pero nunca fue más allá, nunca cometió un acto que le resultaba más repulsivo que fascinante, y así los cadáveres se libraron de más abusos.

Así transcurrieron varios años. Las palizas y las violaciones disminuyeron, tal vez porque Adair había crecido y se había hecho más fuerte con el tiempo y eso hacía que el anciano se lo pensara. O quizá la razón era que había dejado de ser un muchacho y ya no atraía al físico.

Después de un invierno particularmente frío y riguroso, el anciano anunció que iban a viajar a Rumania para visitar sus tierras. Se envió un mensaje previo al vasallo que gestionaba la finca, para que pudiera poner en orden sus cuentas y lo preparara todo para la visita del físico. Se obtuvo el permiso del conde, y se adquirió un segundo caballo para que lo montara Adair durante el viaje. Cuando llegó la hora de partir, solo se empaquetaron unas pocas provisiones, algo de ropa y dos pequeños cofres cerrados. Partieron después de la puesta del sol, adentrándose en la noche rumbo al este.

Después de siete noches de viaje, estaban en pleno territorio rumano y habían atravesado un paso en las faldas de los Cárpatos para llegar a las tierras del anciano.

—Nuestro viaje ha terminado —le dijo el viejo a Adair, indicando con la cabeza una luz que brillaba débilmente en un castillo lejano.

El castillo era imponente, una fortaleza cuadrada con altos torreones en las esquinas, y resultaba claramente visible a la luz de la luna. El último tramo del camino los llevó a través de campos fértiles, viñedos pegados a la ladera de la montaña y ganado durmiendo en los prados.

Los enormes portones se abrieron cuando la pareja se acercaba, y en el patio aguardaba una cohorte de sirvientes, con antorchas en alto. Un hombre mayor estaba a la cabeza del grupo, sosteniendo un abrigo de piel que colocó sobre los hombros del físico en cuanto el anciano desmontó.

—Confío en que su señoría haya tenido buen viaje —dijo con el afán complaciente de un sacerdote, mientras seguía al físico por los anchos escalones de piedra.

—Estoy aquí, ¿no? —le espetó el anciano.

Adair no perdía detalle de la fortaleza mientras entraban. El castillo era enorme, viejo pero bien conservado. Vio que los sirvientes tenían la misma expresión de terror que suponía que tenía él. Uno de los lacayos le cogió del brazo y lo condujo a la cocina, donde le sirvieron exquisitas carnes y aves asadas, y después lo llevaron a una pequeña habitación. Aquella noche, Adair se hundió en un auténtico colchón de plumas, abrigado con una manta con remates de piel.

Adair disfrutó de aquella temporada en el castillo, viviendo con más lujos de lo que jamás imaginó que pudiera vivir nadie, y mucho menos un muchacho campesino. Liberado de sus antiguas obligaciones, se pasaba la mayor parte de los días vagando por el castillo, ya que el físico estaba inmerso en la gestión de sus tierras y había perdido el interés por Adair.

El mayordomo, Lactu, le cogió aprecio a Adair. Era un hombre amable y parecía apiadarse de la pesada carga que soportaba el sirviente del físico. Como Lactu también hablaba húngaro, Adair pudo mantener una verdadera conversación por primera vez en todos los años que llevaba trabajando para el anciano. Lactu procedía de una familia de criados que habían estado al servicio del físico durante generaciones. Explicó que no le parecía extraño que este estuviera lejos de sus tierras la mayor parte del tiempo: los señores de aquel castillo habían sido terratenientes absentistas durante mucho tiempo, tradicionalmente al servicio del rey de Rumania. Según la experiencia de Lactu, el físico solo volvía cada siete años, más o menos, para atender cuestiones importantes.

Gracias al mayordomo, Adair pudo entrar en todas las estancias especiales del castillo. Vio la habitación donde se guardaban las vestimentas ceremoniales del anciano, dobladas en arcones, y la despensa, llena de jarros y más jarros de vino producido en las tierras. Pero lo más deslumbrante era la sala del tesoro, llena de botines de conquista de la familia Cel Rau: coronas y cetros, adornos con gemas incrustadas, monedas de extraño cuño. La visión de tantas riquezas y posesiones recordó a Adair las recetas alquímicas escritas: aquel castillo inmenso en una tierra lejana estaba desaprovechado. Era indecente tener tantos tesoros y no hacer buen uso de ellos.

Pasaron semanas en las que Adair rara vez veía al físico, aunque una noche este le hizo llegar la orden de que asistiera a una ceremonia en el gran salón. El joven observó cómo el anciano firmaba decretos que serían de cumplimiento obligado para todos los que vivían en sus tierras. Un pesado sello colgaba de un cordón alrededor del cuello del anciano. Lactu llevaba cada proclama, la leía en voz alta y después colocaba la hoja delante del físico para que la firmara. A continuación el mayordomo echaba unas gotas de lacre bajo la rúbrica del físico, y él estampaba el sello con el escudo de la familia: un dragón que empuñaba una espada. Más tarde, Lactu le explicó a Adair que el sello era el medio de transmisión del dominio de los Cel Rau: como muchos señores morían lejos de sus tierras sin que sus herederos se presentaran debidamente a las autoridades rumanas, y a veces ni al administrador, las firmas no servían para nada. El que tuviera

el sello era reconocido como señor del feudo.

Las semanas se convirtieron en meses. Adair habría estado encantado de no volver jamás a Hungría. Disfrutaba del doble beneficio de ser tratado como un hijo privilegiado y, al mismo tiempo, de librarse de las atenciones del físico. En su tiempo de ocio, practicaba esgrima con los guardias, o recorría a caballo los caseríos para observar los hábitos de vida. Comentaba todo lo que veía con el mayordomo, y así aumentaba su conocimiento de la propiedad y sus muchos aspectos, como el cultivo de los campos, la producción de vino, la cría de ganado... Adair creía que Lactu le tenía aprecio, pero no se atrevía a contarle ningún detalle de la vida en la torre. Correspondía con creces al afecto de Lactu, pero no estaba seguro de qué pensaría de él si supiera qué le había hecho el físico o que le había ayudado en su práctica de las artes negras. Estaba deseando hablarle a Lactu de la naturaleza maligna de su amo, pero no se le ocurría ninguna manera de hacerlo sin implicarse él también, y no quería perder el afecto del mayordomo.

Una de las últimas noches en el castillo a Adair le despertó una presencia en su alcoba. Sabía, mientras encendía una vela, que no estaba solo, pero aun así le sorprendió ver al físico de pie a los pies de la cama.

El corazón le dio un vuelco al recordar los horrores de los que era capaz aquel hombre.

—Amo, me habéis sorprendido. ¿Necesitáis mis servicios?

—Hace mucho que no te veo, Adair, quería echarte un vistazo, pero te juro que casi no te reconozco —dijo con su voz ronca y áspera—. La vida te ha tratado bien. Has crecido. Eres más alto... y más fuerte.

Había una expresión en los ojos del anciano —un destello de la vieja tentación— que Adair no quería ver.

—He aprendido mucho desde que estoy aquí —dijo, pues quería hacer saber al físico que no había estado ocioso mientras andaba lejos de su mirada—. Vuestro castillo y sus tierras son magníficos. No entiendo cómo podéis soportar estar lejos de ellos.

—Aquí la vida es demasiado tranquila para mi gusto. Creo que también te lo parecerá a ti, con el tiempo. Pero por eso he venido esta noche, para decirte que no nos quedaremos mucho más. El verano está próximo, y me necesitan en Hungría.

Las palabras del anciano alarmaron a Adair. Sabía que aquel tiempo terminaría, pero de algún modo se había engañado soñando que duraría para siempre. Adair intentó evitar que el pánico se le reflejara en la cara. Mientras tanto, el anciano se deslizó junto a la cama de su sirviente, examinando sus rasgos. Alargó una mano y retiró la manta, dejando al descubierto el pecho y el abdomen de Adair. Este se tensó al pensar que lo tocaría, pero el anciano se limitó a mirar al joven, con evidente lujuria, y pareció darse por satisfecho con la visión del cuerpo de Adair. O tal vez la madurez de este hizo que se lo pensara mejor, porque después de un largo momento, dio media vuelta y salió de la habitación.

23

Al regresar a la torre del físico, Adair esperaba que la vida continuara como había sido antes, pero ya no era posible. Le habían ocurrido demasiadas cosas. Estaba dominado por una idea que no podía desterrar de su mente, sobre todo durante las horas del día, cuando el físico no estaba presente para acaparar sus pensamientos. Adair no podía olvidar lo que había visto en el castillo del anciano: la enorme fortaleza, los fértiles campos, el tesoro, los sirvientes, los siervos... Solo le faltaba un señor feudal, y lo único que se interponía en su camino eran dos cosas muy básicas: el sello, que estaba escondido en alguna parte de la torre, y la muerte del viejo.

El sello se podía encontrar con un poco de perseverancia. Matar al viejo era harina de otro costal. Adair había pensado en ello muchas veces durante sus años de cautiverio, le había dado vueltas a la idea y había considerado todos los detalles, pero al final lo había descartado como un sueño de locos. Cada vez que el anciano le había puesto las manos encima a Adair, ya fuera con ira o con lujuria, el sirviente había mitigado su humillación jurando que algún día haría pagar al físico por ello. Pero el recuerdo de aquella brutal agresión con el atizador y los meses de agónica recuperación le habían impedido actuar.

Sin embargo, habían pasado años desde aquella paliza, y Adair se había hecho un hombre. El físico ya no le levantaba la mano tan a la ligera y, aunque seguía mirando a Adair con deseo, sus acercamientos eran pocos y calculados. Y el odio de Adair por el viejo lo había acompañado tanto tiempo que ya era para él tan natural como respirar. Sus pensamientos se habían vuelto más precisos; la sed de venganza, más intensa e irrenunciable. No se había dado cuenta de lo mucho que había cambiado hasta una noche en que enterró a otra muchacha muerta. Miró su precioso cuerpo y comprendió que aquel último impedimento había caído. Podría abusar fácilmente de aquel cuerpo sin vida, pero lo que de verdad quería era violar el cadáver del físico antes de enterrarlo en la tierra húmeda. Y lo que es más, se alegraría de haberlo hecho. No sentía miedo ni repulsión. Había perdido el último jirón de su humanidad. Todos sus reparos habían sido extirpados capa a capa, como cuando un cazador metódico despelleja a un animal. Se había convertido en un digno rival del anciano, y esa certeza hizo feliz a Adair por primera vez en años.

El primer paso era conseguir ayuda. Adair necesitaba aliados, aldeanos que ya odiaran al físico, el cómplice de su opresor rumano. Debía encontrar hombres que tuvieran suficiente rencor a su señor feudal para descargar en masa su furia sobre el físico, que era un objetivo más fácil que el conde. Si podía demostrar que el físico había cometido crímenes contra los aldeanos, crímenes

que el conde no pudiera justificar, entonces este último tendría que mirar hacia otro lado si su venganza culminaba en un asesinato. Era cuestión de encontrar a las personas apropiadas, elegir el crimen adecuado y presentar las pruebas necesarias.

Un día, Adair fue a la aldea en busca de las autoridades religiosas, que parecían una opción prometedora. Encontró a un joven monje que se había librado de los rigores del campo y era rosado de carnes como un recién nacido. El clérigo pareció sorprendido al hallar al sirviente del malvado físico en su puerta, pero cuando Adair se postró a sus pies, pidiéndole consejo, el joven monje no pudo negarse. Se sentaron juntos en la soledad de la abadía y escuchó mientras Adair expresaba su remordimiento por estar al servicio del opresor de la aldea. Explicó que se había visto obligado a servirle contra su voluntad. Sin extenderse en los detalles, manifestó su repulsión por servir a un déspota tan malvado e impío. Cuando el monje empezó a confortarle —vacilante al principio, pero cada vez con más soltura—, Adair supo que había encontrado el aliado que estaba buscando. Como toque final, Adair hizo alusión a oscuros pecados cometidos por el físico y el conde. El monje le aseguró que podía volver cuando quisiera a descargar su conciencia.

Y Adair lo hizo. La segunda vez que fue a ver al monje, le contó que el físico le había enviado a raptar a una niña. El monje se puso pálido y retrocedió como quien se topa con una víbora cuando Adair le describió la situación de las carretas de los gitanos, y el monje confirmó que los gitanos habían huido sin dar explicaciones.

—Supongo que pretendía utilizar a la niña para una de sus diabólicas pócimas, pero no puedo decir con qué propósito, con qué intención. ¿No tenía que ser obra del demonio, para necesitar un sacrificio humano? —preguntó Adair con tono de incredulidad, tan inocente y arrepentido como pudo aparentar.

En aquel momento, el monje le rogó que callara; se negaba a creer lo que le estaban contando.

—Juro que es verdad —dijo Adair, cayendo de rodillas—. Puedo traer pruebas. El pergamino en el que estaban escritos los hechizos... ¿sería prueba suficiente?

El monje, aturdido, solo pudo asentir con la cabeza.

Adair sabía que era tarea sencilla sacar los papeles de la torre durante el día, cuando el físico estaba dormido, pero al día siguiente, cuando fue a reunir sus pruebas, todavía le temblaban las manos al ir a cogerlas. «No seas tonto —se reprendió—. Han pasado los años. ¿Eres un hombre o todavía un muchacho asustado?» Harto de sentirse atormentado por el miedo y la humillación, se hizo con los papeles de un manotazo, enrollándolos bien apretados antes de metérselos en la manga. Sin decirle una palabra a Marguerite, salió hacia la abadía.

Los ojos del joven monje se abrieron de par en par cuando leyó las palabras borrosas escritas en el pergamino. Pidió disculpas a Adair por haber dudado de él, le devolvió los papeles y le dijo que los restituyera rápidamente a la torre y le avisara si el físico planeaba otro crimen sanguinario. No obstante, necesitaba tiempo para elaborar un plan para capturar al hereje, que era, después de todo, un aliado de su señor. Adair protestó: el físico estaba aliado con el diablo y no merecía ni un día más de libertad. Pero la resolución del monje se estaba tambaleando. Era evidente que le costaba hacer acopio de valor para un acto tan osado contra el conde. A fin de reforzar el arrojo del monje, Adair prometió volver con más pruebas de brujería.

Aquella noche, la compañía del físico se le hizo angustiosa. Adair se estremecía cada vez que el anciano le dirigía la más ligera mirada de soslayo, seguro de que el viejo podía sentir que le

había tocado sus preciosos pergaminos. Mientras el anciano buscaba entre sus papeles el hechizo que necesitaba, Adair se consumía, convencido de que el físico encontraría algo anormal: una esquina doblada, una mancha, el olor a lavanda e incienso de la abadía. Pero el anciano continuó tranquilamente con su trabajo.

Poco después de la medianoche, el viejo levantó la mirada de su mesa de trabajo.

—¿Todavía quieres aprender a leer, muchacho? —preguntó en un tono bastante agradable.

A Adair le pareció extraño que el viejo sacara a colación aquel asunto tan de repente. Aun así, si Adair declinaba el ofrecimiento, el anciano sabría que algo no iba bien.

—Sí, claro.

—Supongo que esta noche es tan buena como cualquier otra para empezar. Ven aquí y te enseñaré algunas de las letras de esta página.

El físico curvó un dedo hacia él. Con el pecho oprimido, Adair se levantó del suelo y se acercó al anciano.

El físico miró el pequeño espacio que quedaba entre ellos.

—Más cerca, chico, desde ahí no podrás ver el papel.

Señaló un punto en el suelo junto a él. En la frente de Adair brotó el sudor al acercarse más. En cuanto se situó al lado del anciano y se inclinó hacia el papel, el viejo alargó la mano y agarró el cuello de Adair con una zarpa de hierro. El joven no podía respirar, la garra del físico le apretaba la garganta.

—Esta noche va a ser muy importante para ti, Adair, mi buen muchacho. Muy importante —canturreó, levantándose de su asiento y alzando al joven en el aire por el cuello—. Nunca pensé que te tendría a mi servicio tanto tiempo. Había planeado matarte hace mucho. Pero a pesar de aquella única infracción grave, te he cogido aprecio. Siempre has tenido cierta belleza salvaje, pero también has sido más leal de lo que yo creía posible. Sí, te has portado mejor que lo que yo imaginaba aquella primera noche en que te vi. Por eso he decidido seguir teniéndote como sirviente... para siempre.

Aplastó a Adair contra la pared de piedra como si fuera un muñeco de trapo. La cabeza de Adair chocó contra las piedras. La fuerza abandonó su cuerpo. El anciano lo levantó y lo llevó una vez más escalera abajo, a la intimidad de la cámara subterránea.

Adair, tumbado en la cama, perdía y recobraba el conocimiento, consciente de las manos del anciano en su cara.

—Tengo un regalo precioso para ti, mi rebelde muchachito campesino. Creías que no podía verlo en tus ojos, pero claro que podía. —A Adair le entró el pánico al oír las palabras del anciano, temiendo que el físico pudiera leerle la mente y enterarse del pacto con el monje—. Pero cuando hayas recibido este regalo, nunca más podrás negarme nada. Este regalo nos unirá para siempre, ya lo verás...

El anciano se le acercó mucho y miró a su sirviente de un modo aterrador. Fue entonces cuando Adair se fijó en un amuleto que colgaba de un cordón de cuero en el cuello del físico. El anciano cerró su mano alrededor del amuleto y rompió el cordón, protegiendo el amuleto con las dos manos para que Adair no lo viera. Pero Adair lo había vislumbrado fugazmente a la pobre luz de la vela: era un frasquito de plata, decorado con diminutas filigranas y con un tapón en miniatura.

A duras penas, con sus ajados dedos, el físico se las arregló para destapar el frasquito,

revelando una larga aguja que servía de fino tapón. Un fluido viscoso de color cobrizo salió pegado a la aguja, formando una gruesa gota en la punta.

—Abre tu indigna boca —ordenó el físico mientras sostenía el tapón sobre los labios de Adair—. Estás a punto de recibir un regalo precioso. Muchos hombres matarían por este regalo, o pagarían sumas inmensas. ¡Y yo voy a malgastarlo en un patán como tú! Haz lo que te digo, perro ingrato, antes de que cambie de parecer.

No sirvió de nada resistirse. La aguja era lo bastante fina para deslizarse entre los apretados labios de Adair y clavarse en su lengua.

Fue más el susto que el dolor lo que hizo que Adair forcejeara con el físico, el susto provocado por un extraño entumecimiento que se apoderaba de su cuerpo. El corazón del joven se paralizó de terror con la repentina sensación de que estaba en manos de algo demoníaco. Cuando descendió la tensión en su cuerpo, el corazón empezó a palpitar cada vez más deprisa, en un intento desesperado de bombear el menguante suministro de sangre a los sedientos miembros, el cerebro, los pulmones. Mientras tanto, el anciano lo apretaba contra la cama, pesado como una piedra, murmurando palabras ininteligibles, sin duda en el idioma del diablo, mientras realizaba otro extraño acto sobre él, esta vez con agujas y tinta. Adair intentó desembarazarse del anciano, pero no pudo moverlo, y al cabo de un minuto ya no tenía fuerzas para intentarlo. Se le vaciaron los pulmones y ya no podía aspirar aire. Convulsionado, asfixiándose, forcejeando con la manta, en el umbral de la muerte y poniéndose azul y frío... Adair se sintió como si lo estuvieran enterrando vivo, atrapado en un cuerpo que caía en espiral, desfalleciendo.

Una férrea voluntad dentro de Adair se resistía a la muerte. Si moría, el viejo nunca sería castigado y, por encima de todo, Adair quería ver aquel día.

El físico estudió las facciones de Adair al borde de la muerte.

—Qué fuerza. Tienes un deseo intenso de sobrevivir, y eso es bueno. Mírame con odio... Es lo que espero, Adair. Tu cuerpo va a pasar por las fases finales de la muerte, eso ocupará tu atención durante un rato. Quédate quieto.

Cuando el cuerpo de Adair ya no pudo salvarse, empezó a morir. Comenzó a ponerse rígido, atrapando en su interior la consciencia de Adair. Mientras él seguía tumbado, el físico contaba cómo se había sentido atraído por la alquimia —no esperaba que Adair, un campesino, comprendiera el atractivo de la ciencia—, cómo sus conocimientos de la ciencia le habían abierto la puerta. Pero, superando la alquimia, él se había convertido en uno de los pocos, los más sagaces, los que dejan atrás los secretos del mundo natural, pasando al mundo sobrenatural. Transformar los metales inferiores en oro era una alegoría. ¿Comprendía Adair aquello? Los verdaderos visionarios no pretenden transformar los materiales de la tierra en cosas más valiosas, sino cambiar la naturaleza misma del hombre. Mediante la purificación mental y dedicándose exclusivamente al conocimiento de la alquimia, el físico se había unido a las filas de los hombres más sabios y más poderosos del mundo.

—Puedo controlar el agua, el fuego, la tierra y el aire. Tú mismo lo has visto, sabes que es verdad —se jactó—. Puedo hacer invisibles a los hombres. Tengo la fuerza de mi juventud. Eso te ha sorprendido, ¿a que sí? En realidad, soy más fuerte que antes; a veces me siento tan fuerte como veinte hombres. Y también tengo poder sobre el tiempo. El regalo que te he dado... —Su rostro hizo gala de una horrible mueca de superioridad y satisfacción—. Es la inmortalidad. Tú, mi casi perfecto sirviente, jamás dejarás de servirme. Jamás me fallarás. Jamás morirás.

Adair oía las palabras mientras moría y confió en haberlas entendido mal. ¡Servir al físico eternamente! Rogó que la muerte se lo llevara. Estaba tan asustado que dejó de prestar atención a lo que el físico le decía, pero aquello no importaba.

Solo oyó un único fragmento más, antes de que las tinieblas lo reclamaran. El físico estaba diciendo que solo existía una manera de escapar de la eternidad. Solo había una forma de morir, y era a manos del que lo había transformado. A manos de su hacedor: el físico.

24

Cuando despertó, Adair vio que todavía estaba en la cama del físico, y que el anciano estaba tumbado a su lado, sumido en un sueño semejante a la muerte. Era como si todo hubiera cambiado mientras él dormía, pero no podía decir cómo exactamente. Algunas transformaciones eran evidentes: la visión, por ejemplo. Podía ver en la oscuridad. Vio ratas royendo en los rincones de la habitación, trepando unas sobre otras mientras corrían a lo largo de la pared. Podía oír cada sonido como si estuviera junto a la fuente de origen, cada ruido separado y distinto. Pero lo más dominante era el olfato: los olores llamaban su atención, y sobre todo algo dulce y succulento, con un toque de cobre, que flotaba en el aire. No pudo identificarlo, por mucho que le molestara.

A los pocos minutos, el físico se removió y se despertó de golpe. Se percató del estupor de Adair y se echó a reír.

—Eso es parte del regalo, ya ves. Es maravilloso, ¿a que sí? Tienes los sentidos de un animal.

—¿Qué es ese olor? Lo huelo por todas partes. —Adair se miró las manos y miró la ropa de cama.

—Es sangre. Las ratas están llenas de ella, y se encuentran por todas partes. Marguerite, que duerme arriba. También puedes oler los minerales en las rocas, en las paredes que te rodean. La tierra dulce, el agua clara. Todo es mejor, más nítido. Es el regalo. Te eleva por encima de los hombres.

Adair se dejó caer de rodillas en el suelo.

—¿Y vos? ¿Sois también como yo? ¿De ahí sacáis vuestros poderes? ¿Lo podéis ver todo?

El anciano sonrió misteriosamente.

—¿Si soy igual que tú? No, Adair, yo no me he sometido a la transformación que tú has experimentado.

—¿Por qué no? ¿No queréis vivir para siempre?

El viejo meneó la cabeza como si le estuviera hablando a un tonto.

—No es tan sencillo como conceder un deseo. Puede que esté más allá de tu comprensión. En cualquier caso, soy un hombre viejo y sufro las indignidades de la edad. No querría vivir toda la eternidad de esta forma.

—Si es así, entonces ¿cómo os proponéis retenerme ahora, anciano? Ahora que me habéis hecho fuerte, no habrá más palizas. Y Dios sabe que no habrá más violaciones. ¿Cómo esperaréis retenerme en vuestra compañía?

El anciano echó a andar hacia la escalera, mirando de soslayo por encima del hombro.

—Nada ha cambiado entre nosotros, Adair. ¿Crees que te daría la clase de poder que te haría libre? Sigo siendo el más fuerte. Puedo apagar tu vida como la llama de una vela. Soy el único instrumento de tu destrucción. Recuérdalo. —Y el físico desapareció en la oscuridad.

Adair se quedó de rodillas, temblando, sin saber en aquel momento si creer lo que el viejo le había dicho, si creer en el extraño poder que recorría sus miembros. Miró el punto de su brazo donde había visto trabajar al físico con agujas y tinta, pensando que lo había soñado, pero no, allí había un curioso diseño: dos círculos bailando uno alrededor del otro. El dibujo le resultaba extrañamente familiar, pero no pudo recordar dónde lo había visto.

Tal vez el físico tuviera razón y Adair era demasiado estúpido para entender algo tan complejo. Pero la vida eterna... En aquel momento, eso era lo que menos le interesaba. Le daba igual vivir o morir. Lo único que quería era convencer al monje de llevar a cabo su plan, y no le importaba perder la vida en el empeño.

Adair encontró al monje rezando en la capilla a la luz de las velas. De pie ante la puerta, se preguntó si su condición aparentemente sobrenatural le impediría entrar en un lugar consagrado. Si intentaba cruzar el umbral, ¿sería rechazado por ángeles y se le negaría la entrada? Después de respirar hondo, pasó por el umbral de roble sin problema. Al parecer, Dios no tenía dominio sobre la criatura en que Adair se había convertido.

El monje lo vio y se acercó a toda prisa, lo cogió de un brazo y lo llevó de inmediato a un rincón oscuro.

—No te quedes en las puertas, donde pueden vernos juntos —dijo—. ¿Qué ocurre? Pareces alterado.

—Lo estoy. Me he enterado de algo aún más aterrador que lo que ya te he contado, algo sobre el físico que yo no sabía hasta anoche.

Adair se preguntó si estaría jugando con fuego. Aun así, estaba convencido de que era lo bastante listo para acabar con el físico sin incriminarse.

—¿Peor que ser un adorador de Satanás?

—No es... no es humano. Ahora es una de las criaturas de Satanás. Se me ha revelado en toda su maldad. Tú has sido educado por la Iglesia, sabes de cosas que no son de este mundo... seres malignos azuzados contra los pobres mortales para diversión de Satanás y para nuestro tormento. ¿Qué es lo peor que puedes imaginar, fraile?

Adair vio con alivio que no había escepticismo en el rostro redondo del monje. El clérigo se había puesto pálido y contenía el aliento con miedo, tal vez recordando las terribles historias que había oído a lo largo de los años, las muertes sin explicación, los niños desaparecidos.

—Se ha convertido en un demonio, fraile. No puedes imaginar lo que es tener un mal así cerca de ti, pegado a tu cuello, con el hedor del infierno en su aliento y la fuerza de Lucifer en sus manos.

El monje alzó un dedo pidiendo silencio.

—¡Un demonio! He oído hablar de demonios que se mueven entre los hombres, que adoptan muchas formas. Pero nunca jamás se ha enfrentado alguien a uno y ha vivido para hablar de ello.

—Los ojos del monje se abrieron de par en par, destacando en su pálido rostro, y se apartó de Adair—. Y sin embargo, tú estás aquí, vivo. ¿Por qué milagro?

—Dijo que todavía no estaba listo para matarme. Dijo que aún me necesitaba como sirviente,

igual que a Marguerite. Me advirtió que no huyera, que habría severos castigos si intentaba escapar, ahora que sé... —Adair no tuvo que fingir que se estremecía.

—¡El diablo!

—Sí. Puede que sea el mismísimo diablo.

—¡Tenemos que sacaros a Marguerite y a ti de esa torre al instante! ¡Vuestras almas están en peligro, por no hablar de vuestras vidas!

—No podemos correr ese riesgo mientras no tengamos un plan. Creo que Marguerite está a salvo. Nunca le he visto levantarle la mano. En cuanto a mí... Hay poco más que pueda hacerme que no me haya hecho ya.

El monje tomó aire.

—Hijo mío, puede quitarte la vida.

—Sería uno más entre muchos.

—¿Arriesgarías tu vida para librar a la aldea de semejante demonio?

Adair enrojeció de odio.

—Lo haría encantado.

Brotaron lágrimas en los ojos del clérigo.

—Muy bien, hijo mío. Entonces, procedamos. Hablaré con los aldeanos... discretamente, te lo aseguro, y veré con quién podemos contar para actuar contra el físico. —Se levantó para acompañar a Adair a la puerta—. Pon atención a este edificio. Cuando estemos listos para actuar, ataré un trapo blanco al poste del farol. Ten paciencia hasta entonces, y sé fuerte.

Transcurrió una semana, y después dos. A veces, Adair se preguntaba si el monje habría perdido el valor y huido de la aldea, demasiado cobarde para enfrentarse al conde. Adair dedicaba todo el tiempo que podía a registrar la torre en busca del sello que había visto colgado del cuello del anciano. Después de la ceremonia parecía que se había desvanecido, pero Adair sabía que el físico no se arriesgaría a guardarlo lejos, donde no pudiera ponerle las manos encima cuando fuera necesario. Por las noches, cuando Marguerite se había acostado y el anciano había salido de la torre en sus excursiones nocturnas, Adair buscaba en todas las cajas, cestos y baúles, pero no encontró el pesado sello de oro con su fino cordón.

Justo cuando empezaba a temer que no podría contener más su impaciencia, llegó la noche en que el trapo blanco ondeó en el poste del farol de la iglesia.

El clérigo estaba en la entrada de la abadía, agarrado a una candelera como si fuera un arma. Había sufrido desde la última vez que Adair lo vio, y ya no era timorato. Sus mejillas, antes abultadas como las de una ardilla, ahora estaban secas. Sus ojos, sinceros y transparentes la primera vez que él y Adair se habían encontrado, estaban nublados y apesadumbrados por el conocimiento que poseía.

—He hablado con los hombres de la aldea y están con nosotros —dijo el clérigo, cogiendo a Adair por el brazo y conduciéndolo a las sombras del vestíbulo, con aire conspirador.

Adair procuró disimular su alegría.

—¿Cuál es tu plan?

—Nos reuniremos mañana a medianoche y atacaremos la torre.

—No, no, a medianoche no —le interrumpió Adair, poniendo una mano en el brazo del clérigo

—. Para sorprender al físico, lo mejor es llegar a mediodía. Como cualquier demonio, el físico está activo de noche y duerme de día. Atacando la torre a la luz del día tendréis más posibilidades.

El clérigo asintió, aunque la información pareció preocuparle.

—Sí, ya veo. Pero ¿y la ronda de guardia del conde? ¿No nos arriesgamos a ser descubiertos yendo a la luz del día?

—La ronda nunca se acerca a la torre. A menos que se haga sonar una alarma, no tenéis nada que temer de los guardias del conde.

Aquello no era del todo cierto. Los guardias habían visitado la torre varias veces durante el día, pero solo por una razón: para entregar una muchacha al anciano. Sin embargo, las entregas eran poco frecuentes. Era cierto que el conde no había enviado ninguna muchacha desde hacía tiempo, así que las probabilidades de éxito eran mayores, pero... Adair calculó que seguía siendo poco probable; no valía la pena mencionar ese riesgo, pues el monje podría utilizarlo como excusa para no actuar.

—Sí, sí —asintió el monje, con los ojos vidriosos.

«Se me está escapando», pensó Adair.

—¿Y qué os proponéis hacer con el viejo cuando lo hayáis capturado?

El clérigo pareció afligido.

—No soy quién para determinar cuál debe ser el futuro de ese hombre...

—Sí, padre, es tu deber como representante de Dios. Recuerda lo que dice el Señor sobre las brujas: «No consentirás que vivan». —Mientras hablaba, le apretó el brazo con fuerza, como para infundir coraje en las venas del monje.

Tras un largo momento, el clérigo bajó los ojos.

—La multitud... No te garantizo que pueda controlar la ira de la multitud. Lo cierto es que son muchos los que odian al viejo físico... —dijo con la voz tensa por la resignación, —Es cierto —asintió Adair, siguiéndole la corriente—, No puedes ser responsable de lo que suceda. Es la voluntad de Dios.

Tuvo que contener la risa que amenazaba con estallar. ¡El odiado anciano se llevaría por fin su merecido! Puede que Adair solo no tuviera poder para vencer a un hombre con el diablo de su parte, pero seguro que el físico no sería capaz de defenderse de media aldea.

—Necesitaré otro día para informar a los hombres del cambio de planes, decirles que iremos a la torre a la luz del día —añadió el clérigo.

Adair asintió.

—Pasado mañana, pues, a mediodía. —El clérigo tragó saliva y se santiguó.

Un día. Adair tenía un día para encontrar el sello, o corría el riesgo de que los aldeanos lo encontraran y se lo apropiaran. Volvió a la torre, procurando ahuyentar el pánico. ¿Dónde estaría aquel chisme? Adair había registrado todos los estantes, todos los cajones, buscado en todas las prendas de ropa del físico, incluso había llegado a desdoblar todas las piezas de tela de los baúles para asegurarse de que no estaba escondido entre ellas. El fracaso acentuaba la desesperación de Adair, que vio cómo todos sus planes se venían abajo, uno tras otro. Jamás escaparía del físico, jamás viviría en el lejano castillo, jamás volvería a ver a su familia o a su amada Katarina. Mejor sería estar muerto, pensó. Tan completa era su frustración que le habría pedido al anciano que

pusiera fin a su existencia por compasión si su odio al físico no hubiera sido tan intenso.

El anciano estaba en su escritorio cuando Adair regresó de su cita secreta y levantó la mirada cuando su sirviente entró en la habitación.

—Mañana tendré que ir a la aldea, a por avena para los caballos —le dijo Adair al anciano, y una fracción de segundo después germinó en su mente una idea, una posibilidad.

El viejo tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Tu recado tendrá que esperar un día. Voy a hacer una cataplasma que podrás llevarte para cambiársela al intendente por la avena.

—Pido disculpas, pero debido a mi falta de atención, las reservas de grano están agotadas. No se los ha alimentado en varios días, y la hierba es demasiado escasa para satisfacer más tiempo a los caballos. No puede esperar. Con vuestro permiso, compraré solo una pequeña cantidad, la suficiente para que los caballos aguanten esta semana, e iré a ver al intendente la semana que viene cuando hayáis tenido tiempo para hacer la cataplasma.

Adair contuvo el aliento, esperando a ver qué hacía el anciano; porque si se negaba, sería difícil encontrar otra manera, en tan corto espacio de tiempo, de engañarle para que revelara dónde escondía el dinero y los objetos de valor. El viejo meneó la cabeza ante la incompetencia de su sirviente, y después se levantó y bajó por la escalera. Adair no era tan tonto para seguirle, pero escuchó con la atención de un perro de caza, captando cada sonido, cada pista. A pesar del grueso suelo de madera, oyó cómo cavaba, y después el sonido de algo pesado que se movía. El tintineo de monedas, y luego otra vez el sonido de movimiento. Por fin, el anciano volvió a subir los escalones y arrojó sobre la mesa una bolsita de piel de ciervo.

—Suficiente para una semana. Asegúrate de que te hagan un buen precio —gruñó como advertencia.

Cuando el anciano salió de noche poco después, Adair corrió al sótano. El sucio suelo parecía intacto, y solo tras una meticulosa búsqueda Adair encontró el lugar donde había estado trabajando el anciano, junto a la pared, en un punto húmedo y mohoso cubierto de excrementos de rata. Había caído tierra de una de las piedras. Adair se arrodilló y agarró los bordes de esta con las puntas de los dedos, tirando hasta sacarla de la pared. En una pequeña oquedad pudo distinguir un bulto envuelto con arpillera, que sacó y desplegó. Había una abultada bolsa de dinero y, envuelto en un retal de terciopelo, el sello del reino de sus sueños.

Adair lo cogió todo y volvió a colocar la piedra en su sitio. Arrodillado en la tierra, se sentía henchido de éxito, feliz de haber encontrado el sello, feliz de haber logrado una victoria sobre su opresor, después de todas las injusticias que se habían cometido con él.

Adair debería haber matado a su padre en lugar de permitirle que pegara a su madre y a sus hermanos.

Tampoco debería haber permitido que lo vendieran como esclavo.

Debería haber aprovechado todas las oportunidades de escapar y no haber dejado nunca de intentarlo.

Debería matar al malvado conde. Merecía la muerte por ser enemigo del pueblo magiar y un pagano aliado de un emisario de Satanás.

Debería ayudar a Marguerite a escapar, llevarla con una familia bondadosa o a un convento, encontrar a alguien que cuidara de ella.

Tal como Adair veía la situación, aquello no era robar. El físico le debía a Adair su reino. Y

el físico se lo daría a Adair, o moriría.

El día señalado, Adair observó el sol en lo alto tan atenta y codiciosamente como un halcón mira a un ratón de campo. El clérigo y su turba llegarían a la torre al cabo de una o dos horas. Para Adair, el dilema era si debía quedarse en el lugar y ser testigo de la destrucción del físico o no estar presente.

Quedarse era demasiado tentador. Observar cómo los aldeanos sacaban a rastras al anciano de su sucia cama a la luz del sol, con el miedo y la sorpresa reflejados en el rostro. Escuchar sus gritos cuando lo derribaran a golpes, lo aporrearán con palos, lo despedazaran con guadañas. Animarlos mientras registraban la torre, saqueaban sus baúles, estrellaban contra el suelo los frascos y tarros de preciosos ingredientes y pisoteaban sus contenidos, y quemaban la siniestra fortaleza hasta los cimientos.

Aunque tenía el sello en su poder, Adair no podía partir a caballo hacia el lejano castillo sin saber con seguridad que el físico no iría tras él. Pero había una buena razón para desaparecer antes de que llegara la muchedumbre: ¿y si de algún modo el viejo escapaba de la muerte? Si a la turba le fallaba el valor, o si el viejo se había conferido también poderes de inmortalidad (era una posibilidad, ya que el físico no había dicho claramente que no lo hubiera hecho), Adair podía verse implicado en el ataque si se quedaba. No habría manera de negárselo después al físico si se descubría su conspiración. Sería mucho más prudente mantener esa última sombra de duda.

Fue a buscar a Marguerite, que estaba lavando zanahorias en un cubo de agua, le quitó las zanahorias de la mano y trató de conducirla hacia la puerta. Ella se resistió, porque era muy cumplidora, pero Adair se impuso y la hizo esperar a su lado mientras ensillaba el viejo caballo de guerra del anciano. Llevaría a Marguerite a un lugar seguro en el pueblo. De este modo, ella no estaría presente durante el alboroto. Sería lo mejor. Él volvería para ver personalmente el resultado.

El sol se estaba poniendo cuando Adair deshizo su camino para volver a la torre. Se tomó su tiempo, dejando que el caballo deambulara con la rienda suelta por caminos poco conocidos a través del bosque. No tenía ganas de encontrarse con la partida de aldeanos que regresaban, ebrios de excitación y sedientos de sangre.

Adair observó una columna de humo negro en el horizonte, pero para cuando llegó cerca de la torre se había reducido a una neblina. Espoleó al caballo a través de la nube de humo de madera hasta que llegó al familiar claro ante la torre de piedra.

La puerta tenía el cerrojo arrancado y el suelo de delante estaba pisoteado. Habían derribado el corral y el segundo caballo había desaparecido. Adair se dejó caer del lomo del viejo corcel y se acercó cautelosamente a la puerta, negra y siniestra como la cuenca vacía de un cráneo.

En el interior, vetas de hollín corrían paredes arriba como si pretendieran escapar trepando. La devastación era como él se la había imaginado: por todas partes encontraba trozos de cristales y de cacharros de barro, calderos, cubos y cazuelas volcados, y el escritorio estaba hecho astillas. Y todas las recetas habían desaparecido, junto con los restos del anciano. A menos que... La sangre se le heló al instante al pensar que tal vez a la turba sí le había fallado el valor. Empezó a buscar entre los restos y los escombros, volcando muebles, mirando entre las ropas tiradas por el suelo y las pocas cosas que quedaban en los baúles saqueados. Pero no encontró nada del anciano,

ni siquiera una oreja. Tendría que haber algún resto —un revelador trozo de hueso, un cráneo chamuscado— si los aldeanos habían conseguido llevar a término su propósito de destruirlo.

Entonces se le ocurrieron otras alternativas más inquietantes: tal vez el físico se las hubiera arreglado para escapar al bosque o esconderse en alguna parte de la torre. Al fin y al cabo, si había un pequeño escondrijo detrás de una piedra de la pared, ¿quién podía decir que no hubiera una cámara secreta más grande? O tal vez, y eso era aún más peligroso, se había transportado lejos por medio de un hechizo, o había sido salvado por el mismísimo señor de las Tinieblas, dispuesto a intervenir en favor de un fiel servidor.

El miedo le oprimía la garganta, pero Adair corrió escalera abajo, a la habitación del anciano. La escena del sótano era aún más espantosa que la de arriba. El aire todavía estaba cargado de humo negro —al parecer, el fuego principal se había encendido allí— y la habitación estaba completamente vacía, a excepción de un montón de cenizas humeantes donde habían estado la cama y el colchón del físico.

Pero Adair percibía el olor de la muerte oculto en las profundidades del humo, y se acercó al negro montón de ceniza, se agachó y escarbó entre los restos. Encontró trozos de huesos, astillas y fragmentos redondos, todavía calientes al tacto. Y por fin, la mayor parte del cráneo, con un trozo de carne achicharrada y pelos largos como alambres aún pegados en una zona.

Adair se puso en pie y se limpió el hollín de las manos lo mejor que pudo. Tardó un buen rato en abandonar la torre, mirando por última vez el lugar donde había vivido sus cinco años de sufrimiento. Era una lástima que no se hubieran podido quemar también las paredes de piedra. No se llevó nada más que la ropa que tenía puesta y, por supuesto, el sello y una bolsa de monedas en un bolsillo. Al final, salió por la puerta abierta de par en par, agarró las riendas del caballo de guerra y se dirigió hacia el este, a Rumania.

Adair pudo vivir en la heredad del físico durante muchos años, aunque el feudo no pasó directamente a él como había esperado. Cuando llegó al castillo solo, sin el físico, Adair se presentó al mayordomo, Lactu, y le dijo que el anciano había muerto. La esposa y el hijo habían sido invenciones, explicó Adair, un cuento que proporcionaba al físico una tapadera para la auténtica razón de su soltería: sus peculiares inclinaciones. Al no tener herederos, el físico le había legado el castillo y las tierras a su fiel sirviente y compañero, dijo Adair, y presentó el sello para que Lactu fuera testigo.

El rostro del mayordomo reflejaba sus dudas, y dijo que la reclamación tendría que presentarse ante el rey de Rumanía. No siendo Adair descendiente consanguíneo del físico, el monarca tenía derecho a decidir la asignación del feudo. La decisión del rey tardó años, pero al final no se resolvió a favor de Adair. Se le permitió permanecer en el castillo y ostentar el título familiar, pero el rey se quedó con la propiedad de las tierras.

Llegó un día en el que Adair ya no pudo seguir allí. Lactu y todos los demás habían envejecido y se habían ajado con el tiempo, mientras que Adair seguía igual que el día en que habría regresado al castillo sin el anciano. Así pues, para no despertar sospechas, había llegado el momento de que Adair desapareciera durante algún tiempo y no se dejara ver, tal vez para regresar algunas décadas después pretendiendo ser su propio hijo, con el sello de oro en la mano.

Decidió ir a Hungría, como le dictaba su corazón, para seguir el rastro de su familia. Adair estaba deseando verlos, aunque no a su padre, por supuesto, al que odiaba solo un poco menos que

al físico. Para entonces, su madre debía de ser vieja y viviría con el hijo mayor, Petu. Los demás habrían crecido y tendrían hijos propios. Estaba ansioso por verlos y saber qué había sido de ellos.

Tardó dos años en localizar a su familia. Empezó en las tierras donde le habían separado de ellos y reconstruyó laboriosamente su ruta basándose en fragmentos de información de antiguos vecinos y propietarios. Por fin, cuando estaba comenzando el segundo invierno, llegó al lago Balaton y recorrió a caballo la aldea, buscando rostros que se parecieran al suyo.

Estaba junto a unas cabañas a las afueras de la aldea cuando tuvo la extraña sensación de que alguien que él conocía estaba muy cerca. Adair desmontó, se acercó en la oscuridad a las cabañas y miró por la ventana. Pegando un ojo a una ranura en las contraventanas, donde apenas se veía la luz de las velas, vio unas cuantas caras conocidas.

Aunque habían cambiado con el tiempo y estaban más gordos, arrugados y ajados, reconoció aquellas caras. Sus hermanos estaban reunidos en torno al fuego del hogar, bebiendo vino y tocando el violín y la balalaika. Con ellos había mujeres a las que Adair no reconoció, sus esposas, supuso, pero ni rastro de su madre. Por fin, distinguió a Radu, crecido, corpulento, alto... Cómo deseó Adair entrar corriendo en la cabaña, rodear con sus brazos a Radu y dar gracias a Dios por que aún estuviera vivo, por que se hubiera librado de todo el infierno y el tormento por el que Adair había pasado. Entonces se dio cuenta de que Radu parecía mayor que el mismo Adair, de que todos sus hermanos le habían sobrepasado en edad. Y entonces vio que una mujer se acercaba a Radu y sonreía, y Radu le pasaba un brazo por los hombros y la apretaba con fuerza. Era Katarina, ya una mujer hermosa y enamorada de Radu, el hermano que se parecía a Adair. Solo que más viejo.

Allí plantado en la oscuridad y el frío, Adair seguía ardiendo en deseos de ver a su familia, de abrazarlos y hablarles, de hacerles saber que no había perecido a manos del físico... cuando la terrible verdad cayó sobre él con todo su peso. Aquella iba a ser la última vez que los vería. ¿Cómo podía explicarles todo lo que le había ocurrido y lo que aún tenía por delante? Por qué nunca envejecería. Que ya no era mortal como ellos. Que se había convertido en algo que no podía explicar.

Adair fue a la parte delantera de la cabaña, sacó una bolsa de monedas del bolsillo y la dejó en la puerta. Era dinero suficiente para poner fin a su vida errante. Tardarían algún tiempo, pero empezarían a aceptar su buena suerte y agradecer a Dios su generosidad y misericordia. Y para entonces, Adair estaría a varios días de viaje hacia el norte, confundiendo entre las multitudes de Buda y Szentendre, aprendiendo a adaptarse a su destino.

Al terminar la historia, me había apartado de los brazos de Adair y el narcótico efecto del humo se había disipado. No sabía si sentir reverencia o miedo.

—¿Por qué me has contado esta historia? —pregunté, rehuyendo su contacto.

—Considéralo una moraleja —replicó él, enigmáticamente.

Frontera de Maine, en la actualidad

Luke sale de la autopista por un accidentado camino de tierra, y con la marcha reductora el todoterreno avanza dificultosamente siguiendo las rodadas. Cuando llegan a una curva, aparca justo al lado del camino de acceso, pero deja el motor en marcha. La vista es buena, debido a la desnudez de los árboles en invierno, y tanto él como su pasajera pueden ver a lo lejos el paso fronterizo entre Estados Unidos y Canadá. Parece una maqueta de juguete de una obra de construcción: un enorme despliegue de cabinas y dársenas llenas de camiones y coches, con el aire cargado de humo de los tubos de escape.

—Allí es adonde vamos —dice Luke, señalando hacia el parabrisas.

—Es enorme —replica la chica—. Pensé que iríamos a algún puesto fronterizo secundario. Dos guardias y un perro inspeccionando los coches con una linterna.

—¿Seguro que quieres seguir con esto? Hay otras maneras de llegar a Canadá —apunta Luke, aunque no está seguro de que deba incitarla a quebrantar la ley más de lo que ya lo ha hecho.

La mirada que ella le lanza va directa al corazón, como la de una niña que busca seguridad en su padre.

—No, tú me has traído hasta aquí. Confío en que me ayudes a pasar la frontera.

Mientras se aproximan al puesto de control, a Luke empiezan a fallarle los nervios. El tráfico es poco denso, pero aun así, la perspectiva de hacer cola durante una hora resulta desalentadora. A esas horas ya debe de haber un aviso policial acerca de ellos, una sospechosa de asesinato fugada y un médico que la ayudó... Está a punto de salirse de la cola, pero se contiene, con las manos temblando sobre el volante.

La muchacha le mira, nerviosa.

—¿Estás bien?

—Está tardando mucho... —murmura él, sudando a pesar del gélido aire de invierno que hay fuera del coche.

—Todo va bien —le conforta ella.

De pronto, una luz verde se enciende sobre una cabina en el carril de al lado y, con sorprendente rapidez, Luke gira el volante y acelera, lanzando el vehículo hacia el policía de fronteras que dirige tranquilamente el tráfico. Le corta el paso a un coche que estaba esperando dos puestos por delante en la cola, y la mujer que va al volante le hace un gesto obsceno con el

dedo medio, pero a él no le importa. Frena de golpe delante del agente de fronteras.

—¿Tiene prisa? —pregunta el agente, disimulando su interés con un aire de indiferencia mientras extiende la mano para que el doctor le entregue la documentación—. Por lo general, hacemos pasar a la primera persona de la cola cuando abrimos un nuevo carril.

—Lo siento —dice Luke bruscamente—. No sabía...

—Pues para la próxima vez, ya lo sabe, ¿vale? —responde el agente en tono amistoso, sin levantar siquiera la mirada mientras examina el permiso de conducir de Luke y el pasaporte de Lanny.

El agente es un hombre maduro, con uniforme azul oscuro y un chaleco con bolsillos de los que asoman walkie-talkies, bolígrafos y otros objetos. En las manos tiene una tablilla con sujetapapeles y un aparato electrónico que parece una especie de escáner. Su compañera, una mujer joven, recorre el perímetro del todoterreno con un espejo al extremo de un largo palo, como si esperara encontrar una bomba sujeta a los bajos del vehículo. Luke observa a la policía por el retrovisor, y le entra un nuevo ataque de ansiedad sin razón alguna.

Entonces cae en la cuenta: si le piden los papeles del vehículo, va a tener problemas. Porque no está registrado a su nombre. «¿Este vehículo no es suyo?», preguntará el agente.

La gente pide coches prestados todos los días, se dice Luke para tranquilizarse. No es ningún delito.

«Voy a tener que comprobarlo en el ordenador, para asegurarnos de que no es robado...» «No pidas los papeles, no pidas los papeles», piensa, como si dirigiendo este mantra al agente pudiera evitar que el guardia piense en ello. Si el nombre de Luke aparece en alguna base de datos —«buscado para interrogar»—, sus posibilidades de escapar serán muy escasas. Este fallo en sus planes pone a Luke aún más nervioso, porque nunca se ha metido en problemas, nunca, ni cuando era un chaval, y no está preparado para engañar a las personas con autoridad. Tiene miedo de ponerse colorado, de sudar, de parecer demasiado ansioso y...

—¿Así que es médico? —pregunta el agente por la ventanilla, y Luke vuelve a prestarle atención de golpe.

—Sí. Cirujano. —«Idiota», se reprende. «A él no le importa tu especialidad.» Es su vanidad de médico, haciéndose notar como un niño mimado y aburrido que reclama atención.

—¿Por qué razón viaja a Canadá?

Antes de que Luke pueda responder, Lanore se echa hacia delante, para que la vea el agente de fronteras.

—En realidad, me está haciendo un favor. He estado viviendo en su casa y ya es hora de que vaya a gorronearle al próximo pariente durante algún tiempo. Y en lugar de meterme en un autobús, ha insistido generosamente en llevarme.

—Ah, ¿y dónde vive el primo? —pregunta el agente, con una suave pulla oculta en la pregunta.

—En Lac-Benne —responde la chica como si nada—. Bueno, hemos quedado con él en Lac-Benne. En realidad vive más cerca de Quebec. —Se sabe el nombre de una población cercana, lo que le parece un milagro a Luke. El médico se relaja un poco.

El agente entra en la cabina y Luke le observa a través de la rayada ventanilla de plexiglás, encorvado sobre una terminal de ordenador, sin duda alimentando una base de datos. Es lo único que puede hacer para contenerse y no pisar a fondo el acelerador. No hay nada que pueda detenerlo, ninguna barrera automática a rayas, ninguna cadena de pinchos que le destruya los

neumáticos e impida su huida.

De pronto, el agente aparece en su ventanilla, con el permiso de conducir y el pasaporte en la mano extendida.

—Aquí tienen. Que lo pasen bien —dice, haciendo un gesto para que sigan y mirando ya el siguiente coche de la cola.

Luke no consigue respirar de nuevo hasta que el puesto fronterizo se ve muy pequeño en el espejo retrovisor.

—¿Por qué estabas tan preocupado? —Lanny ríe, mirando por encima del hombro—. No es que seamos terroristas o intentemos pasar cigarrillos de contrabando por la frontera. Somos solo buenos ciudadanos americanos que van a Canadá a comer.

—No, no lo somos —dice Luke, pero también está riendo, aliviado—. Lo siento, no estoy acostumbrado a estas situaciones de película de espías.

—Perdona. No pretendía reírme. Ya sé que no estás acostumbrado. Lo has hecho muy bien. — Y le aprieta la mano.

Se detienen en un motel a las afueras de Lac-Benne, un establecimiento discreto que no forma parte de una cadena. Luke espera en el vehículo mientras Lanore entra en la oficina. La ve charlar con el anciano caballero sentado tras el mostrador, que se mueve despacio, aprovechando su única oportunidad de hablar con una chica guapa esa mañana. Lanny vuelve a subir al todoterreno y conducen hasta un bungalow de la parte de atrás, con vistas a una franja de árboles y al extremo de un campo de béisbol vecinal. El suyo es el único vehículo en el aparcamiento.

Una vez en la habitación, Lanny es un torbellino de actividad, deshaciendo su equipaje, inspeccionando el cuarto de baño, quejándose de la calidad de las toallas. Luke se sienta en la cama, de repente demasiado cansado para mantenerse erguido. Se tumba sobre la colcha de poliéster, mirando al techo. A su alrededor, todo gira como un tiovivo.

—¿Qué pasa? —Lanny se sienta en el borde de la cama, junto a él, y le toca la frente.

—Agotamiento, supongo. Cuando tengo el turno de noche, suelo meterme en la cama en cuanto llego a casa.

—Pues adelante, duerme un poco. —Le quita los zapatos al médico sin desatar los cordones.

—No, debería volver. Solo es media hora de viaje —protesta Luke, pero sin moverse—. Tengo que devolver el todoterreno...

—Tonterías. Además, dar la vuelta y regresar a casa de ese modo despertaría sospechas en el puesto fronterizo.

Lo cubre con una manta, y después busca en su bolsa y saca una bolsita hermética de plástico llena con los cogollos de marihuana más apetecibles que Luke ha visto en su vida.

Lanny se sienta en la esquina de la cama y se pone a trabajar. A los pocos minutos, ha liado con habilidad un generoso canuto, lo enciende y da una larga y ansiada calada. Cierra los ojos al exhalar el humo y su rostro se relaja de satisfacción. Luke piensa que le gustaría provocar alguna vez esa expresión en el rostro de esta mujer.

Lanny le pasa el porro. Tras vacilar un segundo, Luke lo coge y se lo lleva a los labios. Aspira y retiene el humo; siente cómo llega a los lóbulos de su cerebro, siente que los oídos se le taponan. Santo Dios, qué material más potente. Qué rápido.

Tose y le devuelve el canuto a Lanny.

—Hace mucho que no hago esto. ¿Dónde has conseguido esta hierba?

—En el pueblo. En Saint Andrew. —Su respuesta le alarma y sorprende un poco, le recuerda que existen otros mundos que no se ven y que están delante de sus narices. Se alegra de no haber sabido que ella llevaba ese cargamento cuando cruzaron la frontera, pues se habría puesto aún más nervioso.

—¿Fumas esto muy a menudo? —Señala el canuto con la cabeza.

—No podría pasar sin ello. Tú no sabes los recuerdos que llevo en la cabeza. Vida tras vida de cosas que lamentas haber hecho, de cosas que has visto hacer a otros. Cosas de las que no puedes escapar... de no ser por esto. —Mira el canuto que tiene en la mano—. Hay ocasiones en las que he deseado quedarme inconsciente durante, digamos, una década. Echarme a dormir y que todo se detenga. No hay manera de borrar los malos recuerdos. Lo difícil no es hacer, sino vivir con lo que has hecho.

—Como el hombre de la morgue...

Ella aprieta un dedo contra la boca de Luke para impedirle que diga una palabra más. Ya habrá tiempo para eso más adelante, imagina él; en realidad, ella no tiene más que tiempo por delante para asimilar el acto irreversible que ha cometido con su amor verdadero, resonando en su cabeza cada minuto de cada día. No hay bastante marihuana en el mundo para hacer olvidar eso. El infierno en la tierra.

En comparación, las cosas que ha hecho él parecen insignificantes. Aun así, echa mano al canuto.

—Voy a volver —dice, como si tuviera que convencerla—. En cuanto eche un sueñecito. Será más seguro conducir si duermo un poco. Pero tengo que volver... cosas que hacer, me esperan... el todoterreno de Peter...

—Claro —dice ella.

Cuando el doctor despierta, la habitación del motel está bañada en gris. El sol se está poniendo, pero no se ha encendido ninguna de las lámparas. Luke está tumbado inmóvil, sin incorporarse, intentando orientarse. Durante un largo momento, siente la cabeza llena de algodón, que bloquea su capacidad de recordar dónde se encuentra y por qué todo le resulta desconocido. Está acalorado y sudoroso por haber estado tapado con la manta, y se siente como la víctima de un secuestro a la que han sacado a toda prisa de un coche, le han vendado los ojos, le han hecho dar vueltas y la han metido en una habitación de hotel, sin tener ni idea de dónde se encuentra.

Poco a poco, toda la habitación se hace más nítida. La desconocida está sentada en una de las duras sillas de madera que había ante la mesa, mirando por la ventana. Está absolutamente inmóvil.

—Hola —dice Luke para hacerle saber que se ha despertado.

Ella se vuelve con una ligera sonrisa.

—¿Te sientes mejor? Te traeré un vaso de agua. —Se levanta de la silla y corre a la pequeña cocina, cruzando una puerta—. Es solo agua del grifo. He metido un poco en el frigorífico para que se enfriara.

—¿Cuánto tiempo he estado dormido? —Luke extiende la mano hacia el vaso; lo siente deliciosamente frío y le dan ganas de apretárselo contra la frente. Está ardiendo.

—Cuatro o cinco horas.

—Dios, será mejor que me ponga en camino. Pronto estarán buscándome, si no lo están ya. Aparta la manta y se sienta en el borde de la cama.

—¿Qué prisa tienes? Dijiste que nadie te espera en casa —responde la muchacha—. Además, no tienes buen aspecto. Puede que esa hierba haya sido demasiado para ti. Es fuerte. Deberías quedarte tumbado un poco más.

Lanore coge su portátil del deteriorado aparador de contrachapado y se acerca a él.

—Mientras dormías, he descargado estas fotos de mi cámara. Pensé que te gustaría verlo. Bueno, ya sé que lo has visto, has visto su cadáver, pero a lo mejor te interesa...

A Luke le sobresalta esa macabra parrafada, no le agrada que le recuerden el cadáver del depósito y su relación con Lanny, pero coge el ordenador cuando ella se lo pasa. Las imágenes de la pantalla resplandecen en la triste penumbra de la habitación: es el hombre de la bolsa de cadáveres, pero no hay comparación. En las fotos está vivo, lleno de energía y entero. Los ojos y la cara animados, chispeantes de vitalidad.

Y es tan, tan hermoso que su visión pone a Luke extrañamente triste. La primera foto se debió de tomar en un coche, con la ventanilla bajada; su cabello más bien largo ondea alrededor de la cabeza y hay arrugas en los ojos porque se está riendo de la mujer que hace la fotografía, riéndose de algo que Lanny ha dicho o hecho. En la siguiente foto, está en la cama, la cama que debieron de compartir en Dunratty, con la cabeza sobre una almohada blanca, el pelo cayéndole de nuevo sobre la cara, las largas pestañas rozándole casi las mejillas, el toque perfecto de rosa en el borde superior del pómulos. Bajo un pliegue de la sábana blanca como la leche se vislumbra el cuello y el bulto prominente de las clavículas.

Después de un minuto de mirar foto tras foto, se le ocurre a Luke que la belleza del hombre de las fotos no está en la cualidad agradable de su rostro. No es su apostura. Es algo que hay en su expresión, una interacción entre el gozo de sus ojos y la sonrisa de su cara. Es que está feliz de hallarse con la persona que sostiene la cámara y hace las fotos.

A Luke se le hace un nudo en la garganta y le devuelve el ordenador a Lanny. No quiere seguir mirando.

—Ya sé —dice la muchacha, también acongojada, rompiendo a llorar—. Me mata pensar que ya no está. Que se fue para siempre. Siento su ausencia como un agujero en el pecho. Un sentimiento que he llevado conmigo durante doscientos años se ha hecho pedazos. No sé cómo podré seguir adelante.

Por eso te estoy pidiendo... Por favor, quédate conmigo un poco más. No puedo quedarme sola, me volvería loca.

Deja el portátil en el suelo y le coge la mano a Luke. La suya es pequeña y caliente dentro de la de él. La palma está húmeda, pero Luke no sabría decir si la humedad es suya o de ella.

—No sabes cuánto te agradezco lo que has hecho por mí —dice ella, mirando a través de los ojos de Luke, dentro de él, como si pudiera ver lo que se agita en lo más profundo de su ser—. Yo... Nunca... nunca nadie ha sido tan bueno conmigo. Nadie se ha arriesgado tanto por mí.

De pronto, su boca está sobre la de él. Luke cierra los ojos y se pierde en la cálida humedad de su boca. Cae hacia atrás en el lugar de la cama que acaba de abandonar, y sobre él cae el peso casi inmaterial de ella, y Luke siente que una parte de él se rompe en dos. Está horrorizado por lo que ha hecho, pero ha querido hacerlo desde el momento en que la vio. No va a volver a Saint Andrew, al menos todavía no. La seguirá, ¿cómo iba a marcharse? La necesidad que ella tiene de

él es como un anzuelo clavado en su pecho, que tira de él y lo arrastra sin esfuerzo, y él no puede resistirse. Está saltando desde un acantilado a las aguas negras; no puede ver lo que le espera abajo, pero sabe que no hay fuerza en el mundo que pueda detenerlo.

Boston, 1817

Después de oír la historia de Adair, me retiré a mi habitación llena de miedo y autocompasión. Me arrastré a la cama y encogí las rodillas bajo la barbilla. Me daba miedo recordar las cosas que me había contado y procuraba apartarlas de mí.

Alejandro llamó a la puerta y, al no obtener respuesta, la empujó con el codo para poder pasar con una bandeja con té y galletas. Encendió varias velas —«No puedes estar sentada en la oscuridad, Lanore, resulta muy tétrico»—, y después colocó en silencio la taza y el plato a mi lado, pero yo no quería sus atenciones. Fingí que miraba por la ventana la tranquila callejuela de Boston, pero en realidad no veía nada, seguía cegada por la rabia y la desesperación.

—Querida, no estés tan triste. Sé que da miedo. Yo me asusté cuando me ocurrió, porque era... lo desconocido. Un misterio, un abismo, negro y profundo.

—Pero Alej, ¿qué somos? —pregunté, abrazando la almohada contra el pecho.

—Tú eres tú, Lanore. No formas parte del mundo mágico. No puedes atravesar las paredes como un fantasma, ni visitar a Dios en el cielo. Dormimos y nos despertamos, comemos y bebemos, pasamos el día como cualquier otro ser humano. La única diferencia es que otras personas pueden preguntarse, de vez en cuando, cuál será su último día. Pero tú y yo... Nuestros días nunca tendrán final. Seguimos adelante, siendo testigos de todo lo que nos rodea. —Dijo todo esto desapasionadamente, como si el interminable transcurrir de los días le hubiera quitado cualquier emoción—. Cuando Adair me explicó lo que me había hecho, quise morir. Deseaba escapar de ese mañana terrible y desconocido, aunque para ello tuviera que matarme... La única cosa que no podía hacer.

»Pero encima, perder a tu hijo... bueno, resulta demasiado terrible para pensar en ello. Pobrecilla Lanore. La tristeza se te pasará, ¿sabes? —Continuó hablando en su inglés cantarín, todavía con acento español—. Cada día, tu pasado se aleja más y más, y la vida con Adair se hace cada vez más familiar. Pasas a formar parte de su familia. Después, un día te acuerdas de algo de tu vida anterior... un hermano o una hermana, una fiesta, la casa en la que vivías, algún juguete que te gustaba mucho... y te das cuenta de que ya no lloras su pérdida. Es algo que te ocurrió hace mucho tiempo, que casi parece que no tiene nada que ver contigo. Entonces sabes que el cambio ya se ha completado.

Lo miré por encima del hombro.

—¿Cuánto tiempo tarda en desaparecer el dolor?

Alejandro levantó un terrón de azúcar del cuenco con un par de pequeñas pinzas y lo dejó caer en su té.

—Depende de lo sentimental que seas. Yo soy muy tierno de corazón. Amaba a mi familia y los eché de menos durante siglos, después del cambio. Pero Dona, por ejemplo, seguro que nunca ha mirado atrás. No dejó nada precioso. Su familia le había abandonado cuando era niño, por ser afeminado —dijo Alejandro, bajando la voz al nivel de un susurro en las últimas palabras, aunque en aquella casa todos éramos sodomitas, y cosas peores—. Su vida estaba llena de privaciones e incertidumbres. Linchamientos, hambre, encarcelamiento. No, no debe de tener ninguna queja.

—No creo que mi dolor desaparezca nunca. ¡He perdido a mi hijo! Quiero que me devuelvan mi hijo. Quiero que me devuelvan mi vida.

—No puedes recuperar a tu hijo, eso lo sabes —dijo él con suavidad, y extendió la mano por el espacio que nos separaba para acariciarme el brazo—. Pero ¿por qué, querida, puedes querer volver a tu antigua vida? Por lo que me has contado, no tienes adónde regresar: tu familia te apartó de su lado; te abandonó cuando más la necesitabas. No veo nada que puedas lamentar haber perdido. —Y Alejandro me miró con aquellos ojos suyos, oscuros y dulces, como si pudiera conjurar la respuesta de mi corazón—. En tiempos de adversidad, muchas veces queremos volver a lo familiar. Eso dejará de importarte.

—Bueno, hay una cosa... —murmuré.

Se inclinó hacia delante, esperando ansioso mi confesión.

—Un amigo. Echo de menos a un amigo en particular.

Alejandro era, como había dicho, un alma tierna y dada a la nostalgia. Entrecerró los ojos como un gato sentado al calor del sol en un alféizar, deseoso de escuchar mi historia.

—Siempre son personas lo que más se echa de menos. Háblame de ese amigo.

Desde que salí de Saint Andrew, me había esforzado todo lo posible en no pensar en Jonathan. Por supuesto, estaba fuera de mis capacidades no pensar nada en él, así que solo me permitía breves respiros, unos pocos minutos antes de quedarme dormida, en los que recordaba la sensación de su cálida y sonrojada mejilla apretada contra la mía, el hormigueo que me recorría la espalda cuando rodeaba con sus manos mi encorsetada cintura, reclamándome para él. Ya me resultaba bastante difícil controlar las emociones cuando Jonathan era solo un fantasma en los márgenes de mi memoria; recordarlo directamente era doloroso.

—No puedo. Le echo demasiado de menos —le dije a Alejandro.

Alejandro se recostó en su silla.

—Ese amigo tuyo lo significa todo para ti, ¿verdad? Es el amor de tu vida. Era el padre de tu hijo.

—Sí —dije yo—. El amor de mi vida... —Alejandro esperó a que siguiera, y su silencio era como una cuerda que tiraba de mí, hasta que cedí—. Se llama Jonathan. He estado enamorada de él desde que éramos niños. La mayoría de la gente te dirá que era demasiado bueno para acabar a mi lado. Su familia es la dueña del pueblo en el que yo vivía. No es grande ni próspero, pero allí todos dependen de la familia de Jonathan para sobrevivir. Y luego está su gran belleza... —Me sonrojé—. Debes de considerarme una persona terriblemente superficial.

—¡En absoluto! —dijo en tono amable—. Nadie es inmune al influjo de la belleza. Pero de verdad, Lanore, ¿tan guapo es ese hombre? Piensa en Dona, por ejemplo. Es tan atractivo que

hechizó a uno de los más grandes artistas de Italia. ¿Es más guapo que Dona?

—Si conocieras a Jonathan, lo entenderías. A su lado, Dona parecería un adefesio.

Aquello hizo reír a Alejandro. A ninguno de nosotros le gustaba mucho Dona; era tan vanidoso que a veces resultaba insoportable.

—¡Que Dona no te oiga decir eso...! Muy bien, de acuerdo. ¿Y qué me dices de Adair? ¿No es un tipo atractivo? ¿Has visto alguna vez unos ojos como los suyos? Son como los de un lobo...

—Adair tiene cierto encanto. —Un encanto animal, pensé, pero no lo dije en voz alta—. Sin embargo, no admite comparación, Alej. Créeme. Claro que... eso no importa. No lo volveré a ver.

Alejandro me palmeó la mano.

—No digas eso. No lo sabes... Podrías verlo.

—No puedo ni imaginar volver a casa ahora. ¿No sabes lo que le pasó a Adair con su familia? ¿Cómo iba a explicárselo a los míos? —me burlé.

—Hay maneras... No podrías vivir otra vez entre ellos.

No, eso es impensable, pero una breve visita... si solo te quedaras algún tiempo... —Jugueteó con su labio inferior, reflexionando.

—No me des esperanzas. Es muy cruel. —Los ojos se me arrasaron en lágrimas—. Por favor, Alejandro, necesito descansar. Tengo un dolor de cabeza terrible.

Me tocó la frente con los dedos.

—No tienes fiebre... Dime, ese dolor de cabeza, ¿lo sientes como una punzada constante en el fondo de tu mente? —Asentí—. ¿Sí? Pues bien, querida, será mejor que te acostumbres a ello. No es un dolor de cabeza: es parte del regalo. Ahora estás conectada a Adair.

—¿Conectada a Adair? —repetí.

—Hay un vínculo entre vosotros dos, y esa sensación es un recordatorio de esa conexión. —Se inclinó hacia mí con aire conspirador—. ¿Recuerdas que te he dicho que solo has cambiado en un aspecto, que no eres mágica? Pues sí que somos un poco mágicos, solo un poquito. A veces pienso que somos como animales, ¿sabes? Habrás notado que todo parece un poco más brillante, que puedes oír el menor ruido, que todos los olores te pican con fuerza en la nariz. Forma parte del regalo: la transformación nos hace mejores. Nos hemos perfeccionado. Oirás una voz que procede de muy lejos y sabrás quién viene a visitarte, puedes detectar el aroma del lacre y saber que una persona lleva una carta oculta. Con el tiempo, dejarás de fijarte en esos poderes, pero a otros les parecerá que puedes leerles el pensamiento, que eres mágica.

»La segunda cosa que debes saber es que ya no sentirás dolor. Creo que tiene que ver con el poder de no morir. No sentirás el aguijón del hambre y la sed. Sí, el reflejo, la convicción de que tienes que comer y beber, tarda tiempo en desaparecer... Pero podrías ayunar durante semanas y no sentir el hambre royéndote el estómago, ni ponerte débil y desmayarte. Podría derribarte un caballo al galope y no sentirías más que una pequeña molestia allí donde tengas un hueso roto, pero el dolor desaparecerá en unos minutos, en cuanto el hueso se cure. Es como si ahora estuvieras hecha de tierra y viento, y puedes sanarte a voluntad. —Sus palabras me hicieron estremecer, pues ya me sentía así—. Y esta conexión con Adair, las punzadas en tu cabeza, es un recordatorio de ese poder, porque solo él puede hacer que seas otra vez como un mortal. A sus manos, y solo a sus manos, puedes sentir dolor. Pero cualquier daño que te haga sufrir será temporal, a menos que él decida otra cosa. Puede hacerte lo que sea con la voluntad: dolor, desfiguración, muerte. Por su mano e intención. Esas son las palabras que utiliza en el

encantamiento. Son las palabras que te atan a él.

Me llevé una mano al abdomen. Tenía razón en lo del dolor. La palpitación sorda que había sentido en mi vientre purgado había desaparecido por completo.

—Él te lo habrá dicho. Créele: ahora es tu dios. Vives o mueres según su capricho. Y... —Su expresión se suavizó del todo por un momento, como si acabara de bajarse un escudo—. Debes tener cuidado con Adair. Te ha dado todo lo que un mortal podría desear, pero solo mientras esté contento contigo. No vacilará en quitártelo si le enfureces. No lo olvides nunca.

No tardé en darme cuenta de que, tanto si quería como si no, formaba parte de aquella extraña familia y me convenía encontrar mi lugar en ella. Mi vida había cambiado de manera irremediable, y no estaba segura de cómo sobrevivir en ella. Adair, en cambio, tenía cientos de años de experiencia. Los otros que él había elegido se habían quedado a su lado, probablemente por buenas razones.

También decidí que debía olvidar a Jonathan. Creía que nunca le volvería a ver, a pesar de lo que había dicho Alejandro. Mi antigua vida había desaparecido; ya nada era como antes: Boston era tan diferente de Saint Andrew como la nata del agua, y yo ya no era una pobre chica campesina que solo podía aspirar a un futuro miserable. Había perdido el niño, lo único que me habría mantenido unida al recuerdo de Jonathan. Era mejor dejarlo todo atrás de una vez.

A los pocos días, vi que la actividad y los horarios de la casa no se parecían en absoluto a los de mi pequeño y laborioso pueblo puritano. Para empezar, nadie en la casa, excepto los sirvientes, se levantaba antes del mediodía. Aun entonces, los cortesanos y sus invitados se quedaban en sus habitaciones hasta las dos o tres de la tarde, aunque se podían oír sonidos apagados detrás de las puertas, murmullos o un estallido de risa, o el roce de la pata de una silla que alguien arrastraba sobre el suelo. Alejandro me explicó que era la costumbre europea: las noches, la parte más importante del día, se dedicaban a la vida social —cenas, bailes, mesas de juego— y los días se pasaban preparándose para presentarse como era debido, con el cabello peinado y las ropas más favorecedoras. Habían llevado consigo de Europa a unos cuantos sirvientes imprescindibles, los más expertos en peinados y mantenimiento del guardarropa. Me pareció un modo de vida decadente, pero Alejandro me aseguró que era solo porque yo era una americana puritana que no sabía nada. Había habido buenos motivos, indicó, para que los puritanos dejaran Inglaterra en busca de un nuevo mundo.

Lo que me lleva a la segunda cosa extraña de la casa de Adair: nadie parecía tener un propósito en su vida. Delante de mí jamás se hablaba de asuntos de negocios o de finanzas. No se mencionaba el viejo país, no se rememoraban las vidas pasadas (como me dijo Alejandro: «Dejamos que los muertos descansen»). No llegaban cartas, solo tarjetas de miembros de la alta sociedad de Boston deseosos de conocer a aquel misterioso europeo de sangre real. La bandeja del vestíbulo estaba rebotante de invitaciones a fiestas, tertulias y meriendas.

El único tema que interesaba a Adair y a su séquito, la única actividad a la que se entregaban de verdad, lo que daba sentido a sus días, era el sexo. Cada miembro de la corte tenía un compañero de juegos, para pasar la noche o para toda una semana; podía ser un aristócrata conocido en una *soirée* o un atractivo lacayo reclutado para la noche. También había un constante desfile de mujeres por la mansión, prostitutas desaliñadas y también atrevidas jovencitas de la alta sociedad. Nadie de la familia dormía nunca solo. Aunque ni Alejandro ni Donatello parecían

interesados en mí. Cuando le pregunté a Alej si no me encontraba atractiva, se echó a reír y me dijo que no fuera tonta.

La familia estaba entregada a buscar y a experimentar placer, así de sencillo. Todo lo que me rodeaba era la antítesis del modo en que había sido criada —por laboriosos inmigrantes escoceses y escandinavos, en un entorno duro y hostil— y, con el tiempo, su indolencia llegaría a disgustarme, pero al principio me dejé seducir por lujos que no tenía ni idea de que existieran. Saint Andrew había sido un pueblo de ropa de lino tejido en casa y toscos muebles de pino. Había pasado a vivir rodeada de exquisiteces, y cada nueva tentación era mejor que la anterior. Comía y bebía cosas de las que nunca había oído hablar, me ponía vestidos y conjuntos hechos por un sastre profesional con llamativos tejidos europeos. Aprendí a bailar y a jugar a las cartas, se me dieron novelas para leer que me abrirían los ojos a más mundos todavía.

A Adair le gustaban las fiestas y, como él todavía causaba sensación en Boston, íbamos a una casi todas las noches. Llevaba su séquito a todas partes, dejando que Alejandro, Dona y Tilde fascinaran a los bostonianos con sus modales continentales, sus extravagantes modas de París, Viena y Londres, y sus historias sobre la decadente aristocracia europea.

Pero lo que de verdad impresionaba a la alta sociedad era que Adair obligara a Uzra a acompañarnos. Salía a la calle envuelta en una tela color borgoña que la cubría de pies a cabeza. En cuanto estábamos entre los asistentes a la fiesta, dejaba caer la tela al suelo, y Uzra se mostraba con uno de sus trajes de fantasía, ceñido corpiño de organdí y una falda de velos, los ojos con una gruesa línea de kohl, adornos de cadenas de latón alrededor de su cintura desnuda, de sus muñecas y tobillos. Las sedas de brillantes colores eran preciosas, pero casi transparentes; prácticamente, iba desnuda en comparación con las demás mujeres, que llevábamos capas y capas de enaguas, corsés y medias. Los abalorios de Uzra tintineaban cuando andaba, con la vista baja, consciente de que la estaban devorando con la mirada como si fuera un animal de feria. Las mujeres se llevaban las manos a la boca, abierta en un gesto escandalizado. En cuanto a los hombres... El aire se cargaba del almizcle de su deseo, y las levitas se recolocaban apresuradamente para ocultar sus torpes erecciones. Más tarde, Adair se reía de las proposiciones que recibía, hombres que ofrecían enormes sumas de dinero por una hora con su odalisca. Renunciarían a sus almas si él les diera la oportunidad, decía después Adair, cuando regresábamos a nuestra casa después de la fiesta y nos sentábamos alrededor de la mesa de la cocina, junto al hogar todavía caliente, compartiendo una botella.

—Tú podrías hacer lo mismo —me dijo Adair en privado, mientras subíamos la escalera hacia nuestras alcobas, con una voz tan suave como el terciopelo—. El deseo de un hombre es una cosa poderosa. Puede reducir a la nada a un hombre fuerte. Cuando ve a una mujer que le fascina, lo daría todo por ella. Recuerda esto, Lanore: todo.

—¿Darlo todo por mí? Estás loco. Ningún hombre ha dado nunca nada por mi compañía —me burlé, pensando en la incapacidad de Jonathan para entregarse por completo a mí. Presa de la autocompasión, sé que no estaba siendo justa con él, pero mi infiel amante me había herido, y aquello dolía.

Adair me dirigió una mirada de cariño contenido y dijo algo en lo que yo nunca había pensado.

—Es triste oír eso de cualquier mujer, pero es especialmente triste oírlo referido a ti. Tal vez se deba a que nunca has pedido nada a cambio de tu atención. No sabes lo que vales, Lanore.

—¿Lo que valgo? Sé muy bien lo que valgo: soy una chica vulgar de una familia pobre.
Me cogió el brazo y lo metió bajo el suyo.

—No hay nada vulgar en ti. Tienes atractivo para ciertos hombres, que valoran la frescura discreta y desdeñan un vulgar despliegue de encantos femeninos. Demasiado pecho sobresaliendo de un corpiño, un busto demasiado prominente, demasiado voluptuoso... ¿entiendes?

Yo no le entendía: según mi experiencia, a los hombres parecían deslumbrarles precisamente aquellos atributos, y el hecho de que yo no los poseyera me había parecido una desventaja toda mi vida.

—Tu descripción de encantos femeninos «vulgares» me recuerda mucho a Uzra, y ella jamás deja de enloquecer de excitación a todo hombre que la ve. Y sin embargo, ella y yo somos como la noche y el día —dije, con la intención de provocar a Adair.

—No existe un único criterio de belleza, Lanore. A todo el mundo le encanta la rosa roja, y sin embargo, su belleza es muy corriente. Tú eres como una rosa dorada, una flor rara pero no por ello menos encantadora —dijo. Pretendía halagarme, pero yo casi me eché a reír.

Era tan delgada como un muchacho y tenía el pecho casi igual de plano. Mi pelo rubio y rizado estaba tan erizado como un cardo. Solo podía pensar que me estaba halagando con algún propósito, pero aun así sus dulces palabras resultaban agradables.

—Si confías en mí... deja que te guíe. Te enseñaré a tener poder sobre los hombres corrientes. Como Tilde, como Alej y Dona —dijo, acariciándome la mano.

Puede que aquel fuera el propósito de todos ellos, su misión. Parecían capaces de lograr que la mayoría de la gente —en especial, los hombres, que eran los que tenían poder— hiciera lo que ellos querían. Se las arreglaban para controlarlos, y aquello parecía una habilidad que valía la pena poseer.

—No basta con ser capaz de vencer a tus enemigos; para poder controlarlos, tienes que ser capaz también de seducirlos.

—Considérame tu alumna —dije, permitiendo que Adair me condujera a su alcoba.

—No lo lamentarás —prometió él.

Y así comenzó mi aprendizaje en el arte de la seducción. Empezó con veladas en el lecho de Adair. Después de aquella noche en la que me abrió los ojos, parecía empeñado en demostrarme que yo era digna de la atención de un hombre: él. Seguíamos yendo a fiestas, donde Adair hechizaba a los bostonianos, pero siempre volvía a casa conmigo del brazo. Me llevaba a su cama todas las noches. Me mimaba y me daba todo lo que le pedía. Encargó que me hicieran preciosas prendas interiores, corsés (aunque apenas los necesitaba para sujetar mis modestos pechos) y sujetadores de seda de colores con rebordes de cintas. Ligueros decorados con diminutas rosas de seda. Adornos sugerentes para que Adair los encontrara cuando me iba quitando la ropa. Me propuse convertirme en su rosa dorada.

Mentiría si dijera que no pensé en Jonathan durante ese tiempo. Al fin y al cabo, él había sido mi primer amante. Aun así, intenté aniquilar el amor que sentía por él recordando los malos momentos entre nosotros, las veces en que me hirió en lo más profundo. Las ocasiones en las que oí rumores de que tenía una chica nueva. Cuando estuve junto a él en la colina observando el entierro de Sophia, sabiendo que él estaba pensando en ella. Cuando besó a Evangeline delante de toda la congregación solo unos minutos después de que yo le informara de mi embarazo. Procuré ver mi amor por Jonathan como una enfermedad, una fiebre que hacía arder mi corazón y mi mente, y aquellos dolorosos recuerdos eran el remedio, la medicina.

Y las atenciones de mi nuevo amante iban a ser mi reconstituyente. Si comparaba mis experiencias con los dos hombres, me parecía que yacer con Jonathan me llenaba de tanta felicidad que sentía que iba a morirme. En aquellas ocasiones, apenas era consciente de mi cuerpo, habría podido flotar hasta el techo en sus brazos. Era sublime. Con Adair, todo era sensación, un ansia de carne y el poder de satisfacer esa necesidad. Por entonces no tenía miedo de aquel nuevo deseo que Adair creaba en mí. Me recreaba en él, y Adair, en lugar de juzgarme frívola e inmoral, parecía complacido de haber despertado aquello en mí.

Adair me lo confirmó una noche en su cama, prendiendo el narguile después de una sesión acrobática.

—Opino que tienes una disposición natural para los asuntos del placer —dijo, sonriendo obscenamente—. Me atrevería a decir que disfrutas de tus aventuras en la alcoba. Has hecho todo lo que te he pedido, ¿no es verdad? ¿Nada de lo que he hecho te ha asustado? —Cuando negué con un ligero movimiento de cabeza, él continuó—. Entonces, es hora de ampliar tus experiencias, porque el arte del amor es de tal naturaleza que cuantos más amantes expertos tenga uno, más

experto se vuelve. ¿Entiendes? —Acogí aquella declaración con un fruncimiento de ceño, sintiendo que algo no iba bien. ¿Ya se había cansado de mí? ¿Era una ilusión el vínculo que se había establecido entre nosotros?—. No te enfades —dijo, pasando el humo narcótico de su boca a la mía con un beso—. Te he puesto celosa, ¿verdad? Debes combatir esa clase de sentimientos, Lanore. Ahora estás por encima de ellos. Tienes una nueva vida por delante, llena de ricas experiencias, si no tienes miedo.

No quiso explicarme más en aquel momento, pero lo descubrí a la noche siguiente, cuando Dona entró en la alcoba con nosotros. Y Tilde la siguiente noche. Cuando protesté, alegando que era demasiado tímida para gozar delante de otros, me vendaron los ojos. A la mañana siguiente, cuando miré un tanto turbada a Tilde al cruzarnos en la escalera, todavía deslumbrada por los placeres que ella me había proporcionado en la cama, gruñó «Solo fue una actuación, zorra estúpida», y se alejó a paso ligero, disipando toda duda de que hubiera sido algo más. Supongo que era una ingenua, pero los placeres de la carne eran nuevos para mí, y las sensaciones, abrumadoras. Muy pronto iba a acabar por volverme insensible a todo ello, insensible a lo que aquello le estaba haciendo a mi alma.

No mucho después de esto, ocurrió un suceso muy notable, aunque yo no me percaté de su importancia en aquel momento. Empezó con una conferencia sobre astronomía y artes de navegación a la que asistimos en la Universidad de Harvard. La ciencia estaba de moda en aquellos días, y a veces las universidades ofrecían conferencias públicas. Eran lugares en los que dejarse ver, como cualquier fiesta, una manera de demostrar que aunque fueras un personaje de la alta sociedad, todavía tenías un poco de cerebro, y Adair se propuso asistir. La conferencia de aquel día me interesaba más bien poco, así que me senté al lado de Adair y tomé prestados sus gemelos de teatro para mirar a los asistentes. Muchas caras me resultaban familiares, aunque no recordaba sus nombres, y justo cuando estaba pensando que aquella salida era una pérdida de tiempo, vi a Tilde charlando con un hombre en el extremo más alejado del auditorio. Solo podía ver una cuarta parte del rostro del hombre, casi todo lo que veía era su espalda, pero pude notar que tenía un físico impresionante.

Le pasé los gemelos a Adair.

—Parece que Tilde ha encontrado a un hombre nuevo —susurré, e indiqué con la cabeza en su dirección.

—Hummm, creo que tienes razón —dijo él, mirando por los gemelos—. Esta Tilde es una cazadora nata.

Era habitual reunirse con otros miembros de la buena sociedad después de la conferencia, en algún establecimiento público cercano. Pero aquella tarde Adair no tenía paciencia para charlar mientras tomábamos café y cerveza, y estaba vigilando la puerta. Al poco rato, entró Tilde, del brazo del joven que habíamos visto en la universidad. Era deslumbrante, con un rostro hermoso (quizá un poco delicado), una nariz pequeña y afilada, un hoyuelo en la barbilla y angelicales rizos rubios. Parecía aún más joven del sofisticado brazo de Tilde, y aunque nadie la habría confundido con su madre, la diferencia de edades era difícil de pasar por alto.

Se unieron a nosotros a nuestra mesa, y Adair se pasó todo el tiempo acribillándole a preguntas. ¿Era estudiante en Harvard? (Sí.) ¿Tenía familia en Boston? (No, era de Filadelfia y no tenía familia cerca.) ¿Qué estaba estudiando? (Le apasionaba la ciencia, pero sus padres querían

que continuara con el negocio familiar, que era el derecho.) ¿Qué edad tenía? (Veinte.) Al oír esta última respuesta, Adair frunció el ceño, como si le disgustara la respuesta del joven, una respuesta burlona a una pregunta tan clara. Entonces Adair invitó al joven a cenar con nosotros aquella noche en la mansión.

No me andaré con rodeos: puede que el cocinero sirviera una pierna de cordero aquella noche, pero estaba claro que el plato principal era el joven de cabello dorado. Adair continuó haciéndole toda clase de preguntas personales (¿Tenía amigos íntimos en la universidad? ¿Una prometida?), y cuando el joven se desconcertaba, Alejandro intervenía y distraía a todos los comensales con anécdotas y chistes en los que se ridiculizaba a sí mismo. Corrió más vino que de costumbre, sobre todo en la copa del joven, y después de cenar se les sirvió a los hombres copas de coñac y todos nos dirigimos a la sala de juegos. Al final de una partida de faro, Adair declaró que no podíamos enviar al joven de vuelta a sus habitaciones en la universidad en semejante estado —sería reprendido por estar borracho si lo pillaban sus profesores— e insistió en que se quedara con nosotros a pasar la noche. Para entonces, el joven estudiante a duras penas se mantenía en pie sin ayuda, de modo que no estaba en condiciones de negarse.

Adair hizo que un lacayo le ayudara a subir la escalera mientras todos nos congregábamos a la puerta del dormitorio de Adair como chacales acicalándose antes de repartir la caza de la noche. Al final, Adair decidió que él y yo gozaríamos de la compañía del joven y despidió a los otros. A pesar de lo borracho que estaba, se desnudó hábilmente cuando se le ordenó y me siguió con entusiasmo a la cama. Y aquí viene la parte curiosa: mientras el muchacho se desnudaba, Adair le observaba con mucha atención, no con gozo (como yo esperaba) sino con una mirada cínica. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que el joven tenía un pie deforme; no era una deformidad muy notoria, y llevaba una bota hecha ex profeso que le ayudaba a andar sin apenas cojear. Pero era una deformidad, y al percatarse de ella, Adair pareció visiblemente desilusionado.

Adair se sentó en una silla y observó cómo el joven copulaba conmigo. Por encima del hombro del muchacho vi la decepción en el rostro de Adair, un desinterés por nuestro invitado que se esforzaba por vencer. Al final, Adair se quitó la ropa y se unió a nosotros, sorprendiendo al joven con sus atenciones, que no obstante fueron aceptadas (no se resistió en ningún momento, aunque gimió un poco cuando Adair se puso brusco con él). Y los tres dormimos juntos en la cama, nuestro invitado relegado a los pies del lecho, sucumbiendo a los efectos del alcohol y al resultado habitual de las efusiones amorosas de un hombre.

A la mañana siguiente, después de enviar de regreso al joven en un carruaje, Adair y Tilde tuvieron unas palabras acaloradas detrás de las puertas cerradas. Alejandro y yo estábamos sentados en la sala de desayunar y escuchábamos —o procurábamos no escuchar— mientras tomábamos té.

—¿Qué es lo que ocurre? —pregunté, indicando con la cabeza en dirección a la amortiguada discusión.

—Adair nos ha dado órdenes tajantes de estar atentos a la aparición de hombres atractivos, pero solo los más atractivos. Tenemos que llevárselos. ¿Qué puedo decir? A Adair le gustan las caras bonitas. Pero solo le interesa la perfección, ¿sabes? Y por lo visto, el hombre que Tilde le trajo a Adair no era del todo perfecto.

—Tenía un pie deforme. —Yo no entendía qué podía importar aquello; su rostro era exquisito. Alejandro se encogió de hombros.

—Ah, ahí lo tienes.

Se dedicó a untar de mantequilla una rebanada de pan y no dijo más, dejándome que removiera mi té y me preguntara por las extrañas obsesiones de Adair. El caso era que había penetrado a aquel muchacho como para castigarlo por haberle decepcionado de algún modo. Me resultaba incómodo pensar en ello.

Me incliné sobre la mesa y le cogí una mano a Alejandro.

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos hace unas semanas, acerca de mi amigo? ¿Mi amigo el que es tan guapo? Prométeme, Alejandro, que nunca le hablarás de él a Adair.

—¿Crees que te haría eso? —dijo, dolido.

Ahora sé que su aire ofendido era fingido. Era un buen actor, aquel Alejandro. Todos teníamos que estar alrededor de Adair, pero aquella era la función de Alejandro en el grupo, la de tranquilizar a los afligidos o inseguros, aliviar y calmar a la víctima para que esta no viera venir el golpe. En aquella época, yo pensaba que él era el bueno, mientras que Tilde y Dona eran malos y crueles, falsos; ahora sé que cada uno tenía que desempeñar un papel.

Pero en aquel momento, le creí.

28

Empecé a sentir más curiosidad por mis compañeros de casa. Había empezado a verlos como una jauría que caza unida, cada uno con una función, cada uno interpretando su papel con una facilidad que se adquiere solo haciendo un trabajo muchas veces. Conseguir que salte la presa, distraerla, derribar a la infortunada víctima, ya se tratara del joven del pie deforme o de un incauto en una partida de cartas. Los tres eran como perros de caza, contenidos por sus correas y collares; Adair solo tenía que soltarlos y allá iban ellos, todos bien seguros de lo que tenían que hacer. Yo era el cuarto perro, nueva en la jauría e insegura de mi función. Y como ellos eran un conjunto de instrumentos bien afinados, se mostraban reacios a hacerme sitio, convencidos de que les estorbaría y perjudicaría su elegancia calculada y su eficiencia. A mí me daba lo mismo; no tenía deseos de unirme a ellos.

Esperaba una reacción de los otros a la preferencia de Adair por mí, y me sorprendió que no hubiera ninguna. Al fin y al cabo, seguro que yo había desplazado a alguno de ellos como favorita y confidente de Adair. Pero ninguno de ellos estaba molesto. No había ni una chispa de celos que caldeara el ambiente. La verdad era que, con excepción de Alejandro, se relacionaban poco conmigo. Los tres me hacían el vacío, pero sin malicia. Nos evitaban a mí y a Adair, excepto cuando íbamos a las fiestas y volvíamos, y en aquellas ocasiones había una atmósfera de jovialidad forzada flotando sobre nosotros como una neblina. Cuando Tilde y yo cruzábamos miradas, por ejemplo, a veces notaba que la severa expresión de su boca se combinaba con una ligera arruga en la frente, pero no parecía que se debiera a los celos. Los tres vagaban por la casa como fantasmas, hechizados e impotentes.

Una noche decidí preguntarle a Adair por ello. Al fin y al cabo, tenía más probabilidades de que él me dijera la verdad que de que me la dijeran ellos. Esperé a que Adair cogiera una botella de brandy y copas para llevarnos a la habitación, mientras las sirvientas me ayudaban a despojarme de mis faldas y mi corpiño y me quitaban las horquillas del pelo. Cuando Adair servía la bebida en nuestras copas, le dije:

—Tengo una duda que quería plantearte.

El tomó un largo trago de su bebida antes de pasarme una copa.

—Ya me lo esperaba. Últimamente has estado algo distraída.

—Son... los otros —empecé, insegura de cómo continuar.

—No me pidas que me deshaga de ellos. No lo haré. Puede que quieras que pasemos todo el tiempo juntos, pero no debo tenerlos vagando sueltos. Y además, es importante que nos

mantengamos unidos. Nunca se sabe cuándo vas a necesitar que uno de nosotros acuda en tu ayuda, alguien que entienda sus obligaciones. Lo comprenderás algún día —se apresuró a decir.

—No quiero que te deshagas de ellos. Solo me pregunto, Adair, cuál de sus corazones se ha roto ahora que pasas todo tu tiempo conmigo. ¿Cuál de ellos siente con más fuerza la pérdida de tu atención? Los veo y me dan lástima... ¿Por qué te ríes de mí? No era mi intención hacerte gracia.

Había esperado que sonriera al oír mi pregunta, tal vez que me reprendiera por mi tonta sensibilidad y me asegurara que nadie estaba resentido conmigo, que cada uno de los otros había tenido su turno como favorito y sabía que ese placer no duraría para siempre, que la armonía de nuestra casa estaba intacta.

Pero no fue esa la reacción que obtuve de Adair. Su risa no era de apreciación: era de burla.

—¿La pérdida de mi atención? ¿Crees que están arriba, llorando cada noche hasta dormirse, ahora que ya no son la niña de mis ojos? Permite que te diga algo sobre las personas con las que compartes casa. Tienes derecho a saberlo, ya que estás atada a ellos para la eternidad. Es mejor que estés siempre en guardia con ellos, querida. No van a velar por tus intereses, en ningún momento. No sabes nada de ellos, ¿verdad?

—Alej me ha contado un poco —murmuré, bajando los ojos.

—Apuesto a que no te ha contado nada importante y, desde luego, nada que te haga pensar mal de él. ¿Qué te ha dicho de sí mismo?

Empezaba a lamentar haber planteado el tema.

—Solo que viene de una buena familia española.

—Una familia muy buena. Los Piñeiro. Hasta se podría decir que una familia grande, pero ya no encontrarás a ningún Piñeiro en Toledo, España. ¿Sabes por qué? ¿Has oído hablar de la Inquisición? Alejandro y su familia fueron arrestados por la Inquisición, por el mismísimo Gran Inquisidor, Tomás de Torquemada. Su madre, su padre, su abuela, su hermanita... todos fueron a la cárcel. Se les dieron dos opciones: podían confesar sus pecados y convertirse al catolicismo... o seguirían en prisión, donde seguramente morirían.

—¿Por qué no se convirtió? —exclamé—. Para salvar la vida, ¿tan terrible habría sido?

—Es que lo hizo. —Adair se sirvió más brandy y después se quedó de pie ante el fuego, con el rostro iluminado por una llama trémula—. Hizo lo que le pedían. Habría sido de idiotas negarse, dadas las circunstancias. La Inquisición se enorgullecía de su habilidad para quebrantar a un hombre: lo habían convertido en un arte. Lo encerraron en una celda tan pequeña que tenía que enroscarse para caber, y escuchaba los gritos y las oraciones de los otros presos hasta que salía el sol. ¿Quién no se volvería loco en tal situación? ¿Quién no haría lo que le dijeran para salvarse?

Durante un momento, no se oyó más que el crepitar y el siseo del fuego, y empecé a rogar en el fondo de mi ser que Adair no continuara. Quería conservar al Alejandro que conocía, dulce y considerado, y seguir ignorando el egoísmo del que era capaz.

Adair apuró lo que quedaba de su bebida y volvió a mirar las llamas.

—Les entregó a su hermana. Querían a alguien con quien dar ejemplo. El mal estaba entre ellos. Deseaban un pretexto para librar al país de los judíos. Así que les dijo que su hermana era una bruja, una bruja impenitente. A cambio de su hermana de catorce años, los inquisidores le dejaron libre. Y entonces fue cuando lo encontré, farfullando como un loco por lo que había hecho.

—Es horrible... —Temblando, me eché la manta de marta sobre los hombros.

—Dona entregó a su maestro a las autoridades cuando lo detuvieron por sodomita. El hombre

que lo había sacado de la calle, que le alimentó y le vistió, que con sus facciones decoró las paredes de las casas de Florencia. Un hombre que le adoraba, que le adoraba de verdad, y Dona lo entregó sin vacilar un segundo. Yo sería un tonto si esperara mejor trato de él.

»Y luego está Tilde. Es la más peligrosa de todos. Procede de un país muy al norte, donde hay días en invierno en los que el sol solo sale unas pocas horas. Me encontré con Tilde una de aquellas gélidas noches, en un camino. Su propia gente la había empapado de agua y la había abandonado en la fría noche de invierno. Resulta que le había entregado el corazón a un hombre rico de la aldea vecina. Solo había un obstáculo en su camino: que ya estaba casada. ¿Y cómo decidió resolver su problema? Matando a su marido y a sus dos hijos. Los envenenó, pensando que nadie descubriría lo que había hecho. Pero la gente de su pueblo lo averiguó y la condenó a muerte. Tenía que morir de frío, y cuando yo la encontré, ya estaba medio congelada. Sus cabellos eran carámbanos de hielo, las pestañas y la piel estaban cubiertas de cristales de escarcha. Se estaba muriendo, y aun así se las arregló para mirarme con una expresión de puro odio.

—Basta —sollocé, enterrándome por completo bajo la pesada manta de piel—. No quiero oír más.

—La verdadera medida de un hombre es su modo de comportarse cuando la muerte está cerca. —Había un tono de burla en la voz de Adair.

—Eso no es justo. Una persona tiene derecho a hacer lo que sea para sobrevivir.

—¿Lo que sea? —Enarcó una ceja y resopló—. En cualquier caso, me ha parecido que tenías derecho a saber que desperdicias tu simpatía con ellos. Bajo su máscara de belleza y de buenos modales, son monstruos, todos ellos. A cada uno lo elegí por una razón. Tienen su puesto en mis planes. Pero ninguno de ellos es capaz de amar, excepto a sí mismo. No se lo pensarían dos veces para traicionarte si ganaran algo con ello. Incluso es posible que olvidaran su obligación conmigo si pensarán que podían escapar después de su traición. —Se deslizó junto a mí en la cama, atrayendo mi cuerpo contra el suyo, y me pareció percibir una extraña ansiedad en su manera de tocarme—. Eso es lo que me resulta fascinante de tí, Lanore. Tienes una gran necesidad de amor y una enorme capacidad para amar. Estás deseando entregarle tu corazón a alguien, y cuando lo hagas, será con un compromiso increíble, con una lealtad inagotable. Creo que harías cualquier cosa por el hombre al que ames. Será muy afortunado el que un día se gane tu corazón. Me gustaría pensar que hasta yo podría tener esa suerte.

Me acarició el pelo durante un rato antes de quedarse dormido, y yo permanecí quieta, preguntándome cuánto sabría Adair sobre Jonathan, hasta qué punto podía leer mis pensamientos. Toda la conversación me había dado escalofríos; no veía qué sentido tenía otorgar la vida eterna a personas que tan poco la merecían, rodearse para siempre de cobardes y asesinos, sobre todo si lo que él buscaba era lealtad. Sus planes, y yo no dudaba de que los tuviera, se me escapaban.

Y la peor parte, la parte que no me atrevía a afrontar, era la cuestión de por qué me había elegido a mí para incorporarme a su perversa familia. Debía de haber visto algo en mí que le decía que yo era como los otros; tal vez pudiera leer en mi alma que era lo bastante egoísta para empujar a otra mujer a quitarse la vida para tener al hombre que amaba. En cuanto a su invitación a que lo amara a él, jamás habría pensado que alguien como Adair sintiera la necesidad de ser amado... ni que yo fuera la clase de mujer capaz de amar a un monstruo. Aquella noche la pasé temblando en brazos de Adair mientras él dormía como un niño.

¿Y qué decir de Uzra? No hacía falta ser mago para ver que ella no encajaba en el patrón de los otros miembros de la familia de Adair. Ella estaba al margen del resto del grupo. No era que los otros se olvidaran de ella, pero no hablaban de ella. No se esperaba que se quedara con nosotros cuando nos reuníamos para beber y charlar de madrugada, al volver de una fiesta; nunca se sentaba con nosotros cuando nos congregábamos alrededor de la mesa del comedor para cenar. Pero podíamos oír sus cuchicheos a través del techo o de las paredes, como si fuera un ratón trepando por las tablas.

De vez en cuando, Adair la llamaba a su alcoba, donde se unía a nosotros con los labios apretados y la mirada baja, dejándose hacer pero sin participar. Sin embargo, después me buscaba cuando yo estaba sola y me dejaba cepillarle el pelo o leerle algo, y yo interpreté que aquella era su manera de hacerme saber que no me consideraba responsable de lo que ocurría en la cama de Adair, o al menos que me perdonaba mi lealtad a él. Una vez, me senté muy quieta para que ella me maquillara al estilo de su país, con gruesas líneas de kohl alrededor de los ojos que se extendían hacia las sienes. Me envolvió en una de sus largas y ondulantes telas para que solo se me vieran los ojos, y debo decir que el maquillaje me daba un aspecto muy exótico.

A veces, me dirigía una mirada extraña, como si estuviera intentando comunicarse con mi alma, encontrar alguna manera de transmitirme un mensaje. Una advertencia. Yo no creía necesario que me advirtiera; sabía que Adair era un hombre peligroso y que me arriesgaba a graves daños en mi alma o mi cordura si me acercaba demasiado a él. Creía saber dónde estaba la línea de seguridad y pensaba que sería capaz de detenerme a tiempo. Qué estúpida era.

En ocasiones, Uzra venía a mi habitación y me abrazaba, como si me estuviera consolando. Unas cuantas veces me sacó de la cama, insistiendo en que la siguiera a uno de sus escondites. Ahora comprendo que lo hacía para que yo supiera adónde podía ir cuando llegara el día en que necesitara ocultarme de Adair.

Tilde, en cambio, no me dio ningún aviso cuando una tarde me cogió de la mano con un suspiro de irritación y, haciendo caso omiso de mis preguntas, me condujo por la fuerza a una habitación que casi nunca se utilizaba. Allí, en una mesita cerca del fuego, había un frasco de tinta, varias agujas dispuestas en abanico, y un pañuelo viejo y lleno de manchas. Tilde se sentó en una silla, se acomodó tras las orejas unos mechones rebeldes y no tuvo ni la más mínima consideración conmigo.

—Quítate el corpiño y la blusa —dijo con la mayor naturalidad.

—¿Para qué? —pregunté.

—No te lo estoy pidiendo, zorra estúpida —dijo. Retiró el tapón del frasco de tinta y se limpió la mancha que le dejó en los dedos—. Son órdenes de Adair. Dame el brazo, desnudo.

Con los dientes apretados, hice lo que me decía, sabiendo que a Tilde le encantaba intimidarme, y después me dejé caer en un taburete frente a ella. Me agarró la muñeca derecha y tiró de mi brazo, torciéndolo para que fuera visible la cara interior, y después lo atrapó bajo el suyo, igual que un herrero sujeta la pezuña de un caballo entre sus rodillas para herrarlo. Miré con recelo cómo elegía una aguja, la mojaba en tinta y después me pinchaba la piel blanca y delicada de la cara interna del brazo.

Salté, aunque no sentí nada más que la presión del contacto.

—¿Qué haces?

—Ya te he dicho que son órdenes de Adair —gruñó—. Te estoy grabando una marca en la

piel. Se llama tatuaje. Seguro que nunca has visto uno.

Miré los puntos negros: tres, cuatro... Tilde trabajaba deprisa. Parecían lunares, formados cuando la tinta se extendía ligeramente bajo el pinchazo. Una hora después, más o menos, Tilde había terminado el contorno de un escudo del tamaño aproximado de una moneda de dólar, y estaba empezando una figura de un animal fantástico, parecido a una serpiente. Tardé un minuto en darme cuenta de que estaba dibujando un dragón. En aquel momento entró Adair. Inclino la cabeza para ver el trabajo de Tilde, Pasó un pulgar por la zona, ahora bañada en tinta negra y sangre roja, para tener una visión más clara.

—¿Sabes qué es esto? —me preguntó con cierto orgullo. Yo negué con la cabeza—. Es el escudo de mi familia. O más bien, el escudo de mi linaje adoptivo —se corrigió—. Es el emblema que hay en el sello del que te hablé.

—¿Por qué me estás haciendo esto? ¿Qué significa? —pregunté.

Él cogió el pañuelo y limpió el tatuaje, para admirarlo mejor.

—¿Tú qué crees que significa? Te estoy marcando... como mía.

—¿De verdad es necesario esto? —Traté de torcer el brazo para liberarme de Tilde, lo que me valió un ligero palmetazo—. Supongo que les haces esto a todas tus criaturas. ¿Y el tuyo, Tilde? ¿Puedo verlo, para saber cómo quedará cuando...?

—Yo no tengo —dijo ella bruscamente, sin levantar la mirada de lo que estaba haciendo.

—¿No tienes? —Clavé los ojos en Adair—. ¿Y por qué yo sí?

—Es algo especial que he elegido para darte. Significa que eres mía para siempre.

No me gustó el brillo de posesión que destelló en sus ojos.

—Hay otras maneras de transmitir esa intención a una muchacha. Un anillo, un collar, un objeto de tu devoción... Es el sistema tradicional, creo —dijo en tono irritado.

Mi insolencia pareció complacerle.

—Eso no son más que prendas simbólicas, triviales y en absoluto definitivas. Un anillo puedes quitártelo. Con esto no podrás hacer lo mismo.

Miré la obra de Tilde.

—¿Qué quieres decir? ¿Mi piel quedará manchada permanentemente?

Al oír esto, me dirigió la extraña sonrisa que yo había aprendido a esperar cuando estaba a punto de hacerme algo doloroso. De un tirón, soltó mi brazo de Tilde y lo sujetó bajo el suyo, respiró hondo, cogió una de las agujas y me la clavó en el centro del tatuaje, poniendo cuidado en pinchar justo en medio del dibujo. Un dolor agudo me recorrió de repente el brazo, y las punzadas de las agujas de Tilde cobraron vida todas a la vez. «Por mi mano e intención», dijo al aire como una proclamación, y la herida me escoció como si me hubieran frotado sal en la carne viva. Me retorció con fuerza el brazo para echar otro vistazo al tatuaje, y yo me estremecí hasta que me lo soltó.

—Lanore, me sorprendes —dijo Adair, con afectación—. Pensé que te agradecería saber que te valoro tanto que te reclamo para la eternidad.

Y el caso era que tenía razón: aquello agradaba a mi parte perversa, la que quería que un hombre me deseara tanto que marcara a fuego su nombre en mi piel. Aunque no estaba tan ciega para no alarmarme al ver que me trataba como si fuera ganado.

De esta manera pasaron semanas. La mayoría de los días, yo estaba contenta con Adair; era lo

bastante atento, lo bastante amable, lo bastante generoso. Hacíamos el amor como dos locos desesperados. Pero había ocasiones en las que actuaba con crueldad, sin más motivo que su propio disfrute. En esos momentos, Alejandro, Tilde, Dona y yo misma nos convertíamos en bufones de su corte intentando apaciguar a aquel monarca rencoroso y tratábamos de engatusarlo para abstraerlo de su temible estado de ánimo. O procurábamos, al menos, evitar ser el objeto de sus crueldades. En ocasiones así, yo me sentía atrapada en un manicomio y deseaba desesperadamente escapar, solo que no pensaba que pudiera hacerlo. Los otros todavía seguían con Adair, incluso después de décadas de aquel tratamiento que alteraba los nervios. Me habían contado que Uzra había intentado huir de él incontables veces. Sin duda, si existiera una manera de escapar, ellos ya lo habrían hecho.

Además, a pesar de mi dedicación a Adair, Jonathan empezó a ocupar de nuevo mis pensamientos, cada vez más. Al principio, lo que sentía era culpa, porque había otro hombre en mi vida... ¡como si tuviera elección! No obstante, por mucho que intentara pensar en ello de modo lógico, por mucho que me empeñara en recordar lo mal que me había tratado, su insensibilidad, lo echaba de menos y sentía que le estaba siendo infiel. No importaba que Jonathan estuviera prometido a otra mujer y que hubiera renunciado a ser dueño de mi corazón. Dormir con un hombre mientras amaba a otro me parecía mal.

Y yo seguía amando a Jonathan. Un examen a fondo de mi corazón me lo reveló. Por mucho que me halagaran las atenciones de Adair, por mucho que me agradara que un hombre tan mundano me encontrara atractiva, en el fondo yo sabía que si Jonathan llegara al día siguiente a la ciudad, yo dejaría a Adair sin despedirme siquiera. Me estaba limitando a sobrevivir. La única esperanza que me quedaba era volver a ver a Jonathan algún día.

29

El tiempo fue pasando, imposible de medir. ¿Cuánto llevaba con Adair...? ¿Seis semanas, seis meses...? Había perdido la cuenta y estaba convencida de que no importaba; en mis nuevas circunstancias, el transcurso del tiempo dejaría de importarme. La eternidad se abría ante mí en toda su infinitud, como el océano la primera vez que lo había visto, demasiado grande para que pudiera abarcarlo con la mirada.

Una tarde de finales de verano, azul y dorada, llamaron a la puerta principal. Como casualmente me encontraba cerca y no vi sirvientes (estarían durmiendo una borrachera de clarete robado en la despensa, sin duda), abrí la puerta pensando que sería un vendedor o alguien que hacía una visita a Adair. Pero allí, en los escalones, con un maletín en la mano, se encontraba el carismático predicador de ojos enloquecidos de Saco.

Se quedó boquiabierto al verme, y su astuto rostro se iluminó de placer.

—Yo te conozco, señorita, ¿a que sí? Reconozco tu bonita cara porque una cara como la tuya no es fácil de olvidar —dijo, entrando en el vestíbulo sin invitación. Pasó rozándome con su polvorienta capa y se quitó el sombrero de tres picos de la cabeza.

—Yo también le conozco, señor —respondí horrorizada, retrocediendo, incapaz de imaginar por qué estaba allí.

—Bueno, pues no me dejes con la duda. ¿Cómo te llamas y cómo nos conocimos? —Todavía sonreía, pero de una manera deliberada para ocultar sus verdaderos pensamientos, intentando recordar dónde nos habíamos conocido y en qué circunstancias.

Así que en lugar de responderle, pregunté:

—¿Para qué ha venido aquí? ¿Conoce a Adair?

Mi desconfianza pareció divertirlo.

—Pues claro que lo conozco. ¿Por qué si no iba a presentarme en su puerta? Y apuesto a que lo conozco de la misma manera que lo conoces tú.

Así que era cierto... Aquel hombre y yo éramos iguales. Creaciones de Adair.

Y entonces se acordó, y su rostro se iluminó con ardiente gozo.

—¡Ya me acuerdo! Aquel pueblecito de Maine, no muy lejos del asentamiento acadiano. ¡Allí te conocí! Sin el vulgar vestido marrón... con seda azul y encajes franceses, apenas se te reconoce. Es una transformación asombrosa, te lo aseguro. Dejaste a los puritanos sin pensártelo dos veces, ¿a que sí? Siempre son las modositas las que luego resultan más salvajes en el fondo —dijo. Entrecerró los ojos hasta que solo fueron dos ranuras, mirándome con deseo, probablemente

imaginando que teníamos buenas posibilidades de terminar en la cama juntos. Lo único que tenía que hacer era pedírselo a Adair, y era poco probable que se lo negara.

En aquel momento, fuimos interrumpidos por la voz de Adair, que resonaba desde el descansillo por encima de nosotros.

—¡Mira quién ha aparecido en mi puerta! Jude, ¿vienes a descansar de tus viajes? Pasa, pasa, hace mucho tiempo que no nos vemos —dijo, mientras trotaba escalera abajo. Después de abrazar a Jude cordialmente, se fijó en que este me estaba mirando con alegre anticipación, y preguntó—: ¿Qué pasa? ¿Os conocíais?

—Pues la verdad es que sí —dijo Jude, girando a mi alrededor, dando todo un espectáculo al mirarme—. Te escribí hace tiempo acerca de esta joven. ¿Recuerdas una carta en la que te describía a una prometedor belleza inmaculada con un lado oculto salvaje?

Me estiré con la barbilla bien alta.

—¿Qué quiere decir con eso?

Pero Adair soltó una risita y me acarició la mejilla para apaciguar mi ira.

—Vamos, vamos, querida. Creo que está claro lo que quiere decir, y no estarías aquí, a mi lado, si no fuera cierto.

Los ojos del indeseado visitante casi me palparon, como las manos de un ama de casa al examinar una fruta.

—Bueno, apuesto a que ya no es inmaculada, ¿eh? Así que has convertido a esta fierecilla en tu esposa espiritual, ¿no? —preguntó Jude a Adair en tono burlón, y después se dirigió a mí—. Ha debido de ser tu destino, querida, venir a parar aquí, ¿no crees? Y tienes suerte, Adair, de no haber tenido que hacer todo el viaje hasta allí para conseguirla. Créeme, no es un viaje que yo le desee a nadie. Además, esta chica me ocasionó un pequeño problema cuando estuve allí. No me quiso presentar al tipo sobre el que te escribí.

Tenía que estar refiriéndose a Jonathan. Me mordí la lengua.

—Me gustaría que prescindieras de esas tonterías de «esposas espirituales», al menos cuando estés cerca de mí. No me interesa esa jergonza religiosa —dijo Adair. Pasó un brazo por los hombros de Jude y lo condujo a la sala, donde nuestro visitante se fue derecho a las garrafas de vino—. Dime, ¿de quién me estás hablando? ¿Qué tipo?

El predicador se sirvió un vaso entero y echó un buen trago antes de responder, como si estuviera sediento por el viaje.

—¿No leíste mis cartas? ¿Por qué me pides que te escriba contándote mis observaciones, si luego no les prestas atención? Estaba todo en mi informe, lo que encontré en aquella aldea dejada de la mano de Dios, perdida en el extremo norte del territorio. Esta última adquisición tuya... —Hizo un gesto hacia mí mientras tomaba otro trago de vino—. Ella me impidió conocer a un joven muy especial. Lo protegió celosamente, por lo que pude ver. Ese hombre es exactamente lo que tú andas buscando, si las historias que oí sobre él eran ciertas.

Se me erizó la piel; algo terrible iba a suceder. Me quedé paralizada de miedo.

Adair se sirvió un vaso de vino, sin ofrecerme nada a mí.

—¿Es cierto, Lanore? —Yo no sabía qué responder y, en cualquier caso, el sentido común me abandonó en aquel momento—. Veo por tu silencio que sí. ¿Cuándo pensabas hablarme de él? —preguntó.

—Tu espía se equivoca. Ese hombre no merece tu atención —dije, palabras que jamás pensé

que diría de Jonathan—. Es solo un amigo de mi pueblo.

—Ah, conque no merece mi atención... ¿Estamos hablando de Jonathan, el hombre del que te jactaste ante Alej? No te sorprendas. Por supuesto que Alejandro me lo ha contado. Sabe que no debe guardar secretos conmigo. Así que seamos claros. Ese tal Jonathan, ese dechado de belleza, ¿es el hombre al que amas? Me decepciona, Lanore, que te dejes seducir tan fácilmente por una cara bonita.

—¡Mira quién habla! —dije, ofendida—. Si se trata de afición a la belleza, ¿quién es el que se rodea de criaturas hermosas como un coleccionista de arte? Si quien se siente atraído por la belleza es superficial, tú lo eres más que yo...

—Vamos, no te ofendas tan fácilmente. Solo te estoy picando. El hecho de que ese Jonathan sea el hombre al que crees amar es razón suficiente para que yo quiera conocerlo, ¿no te parece?

Jude levantó las cejas.

—Si no te conociera, Adair, diría que sueñas un poquito celoso.

Presa del pánico, ansiosa por hacer cambiar de parecer a Adair, rogué:

—Deja en paz a Jonathan. Tiene una familia que depende de él. No quiero que lo metas en esto. En cuanto a amarlo... tienes razón, pero ha desaparecido de mi vida. Lo amé en otro tiempo, pero ya no.

Adair ladeó la cabeza y me escudriñó.

—Ay, querida, mientes. Si fuera como dices, ya habrías renunciado a él. Pero lo sigues queriendo, lo siento por aquí —dijo, tocándome el pecho por encima del corazón. Sus ojos centelleantes, teñidos con un toque de dolor, me taladraron—. Tráemelo. Quiero conocer a ese hombre de asombrosa belleza que ha fascinado a nuestra Lanore.

—Si pretendes llevártelo a la cama, no lo conseguirás. No es... como Alejandro o Dona.

Jude dejó escapar una risa tosca y después se tapó la boca con rapidez, y por un momento pareció que Adair, que rebullía de rabia, iba a golpearme.

—¿Crees que ese hombre solo me interesa para copular con él? ¿Crees que eso es lo único que se me ocurre hacer con un hombre como tu Jonathan? No, Lanore, quiero conocerlo. Ver por qué merece tu amor. Tal vez seamos almas afines, él y yo. Me vendría bien un nuevo compañero, un amigo. Estoy harto de verme rodeado de aduladores serviles. Todos vosotros sois poco más que sirvientes: traicioneros, conspiradores, exigentes. Estoy harto de todos vosotros. —Adair dio un paso atrás y dejó de golpe su copa vacía sobre el aparador—. Además, ¿qué quejas puedes tener de tu vida aquí? Te pasas los días entre placeres y comodidades. Te he dado todo lo que puedas desear, te he tratado como a una princesa. He dado nuevas dimensiones a tu mundo, ¿no? He liberado tu mente de las limitaciones que impusieron en ella aquellos pastores y predicadores ignorantes, y te he revelado secretos que muchos eruditos pasan la vida buscando. Todo ello te lo he dado porque he querido, Lanore, ¿no es así? Francamente, tu ingratitud me ofende.

Me mordí la lengua, sabiendo que nada bueno ganaría indicándole lo mucho que me había hecho sufrir. ¿Qué podía hacer, sino agachar la cabeza y murmurar: «Lo siento, Adair»?

Él apretó y aflojó la mandíbula, y presionó los nudillos contra la mesa. Con su silencio me hacía saber que se le iba pasando la rabia.

—Si ese Jonathan es de verdad tu amigo, a mi juicio deberías compartir tu buena suerte con él.

Puede que aquella fuera la visión que tenía Adair de mi vida con él, pero solo demostraba hasta qué punto se engañaba. La verdad era más complicada. Aunque le estaba agradecida,

también le tenía miedo y me sentía como una prisionera en su casa. Me había convertido en una prostituta y no quería que Jonathan me viera así, y mucho menos atraerlo a aquella situación conmigo.

Al salir de la habitación, Adair me dirigió una sonrisa fatua por encima del hombro.

—No creas ni por un momento que me engañas, Lanore. Protestas, pero en el fondo también deseas esto.

Yo no podía dejar que Jonathan sufriera la misma suerte que yo. Jamás.

—Jude no exagera: Jonathan vive lejos, muy lejos —insistí, haciendo caso omiso de aquellas acusaciones—. Tendrías que hacer un viaje de tres semanas, en barco y en carruaje, y todavía no encontrarías nada más que bosques y campos... y granjeros pobres.

Adair me miró fijamente durante un momento.

—Muy bien. Entonces, no haré ese viaje, si es tan fatigoso como dices. Irás tú y me lo traerás. Será una buena prueba de tu lealtad, ¿no crees?

Se me paró el corazón.

Durante su estancia en la mansión, Jude nos acompañó a todas las fiestas, pero al final de una noche de diversiones, cuando subíamos la escalera hacia nuestras respectivas habitaciones, en grupo, Adair impidió a Jude que nos siguiera a la alcoba, empujando la puerta con un hombro con una sonrisa fría y un alegre «buenas noches».

La estancia de Jude fue corta. Pasó una tarde a puerta cerrada con Adair en el despacho, después de lo cual vi a Jude guardando monedas en su bolsa; estaba claro que Adair le estaba compensando por algo.

El día en que Jude iba a dejarnos, vino a buscarme cuando yo estaba cosiendo en la sala de desayunar, aprovechando la brillante luz blanca. Se inclinó ante mí como si yo fuera la señora de la casa, con el sombrero en la mano.

—¿Labores de costura? Me sorprende que todavía cojas la aguja y el hilo, Lanore. Seguro que tienes sirvientas que se encarguen de las tareas —dijo—. Aunque es buena idea practicar tus habilidades. La vida con Adair no será siempre así, ¿sabes? La gran mansión, sirvientas, riquezas al alcance de la mano... Habrá malos tiempos en los que tendrás que cuidar de ti misma, si mi experiencia sirve de algo. —Sonrió con amargura.

—Gracias por tu consejo —me limité a responder, para darle a entender que su presencia no me era grata—. Pero ya ves que estoy ocupada. ¿Tienes algún motivo para esta visita?

—No abusaré más de tu buena voluntad, señorita Lanore —dijo, casi con docilidad—. Me marcho hoy.

—¿Mi buena voluntad? Mis sentimientos no influyen en que seas bienvenido o no en esta casa. Lo único que importa son los deseos de Adair.

El predicador soltó una risita al oír esto, rozándose la pierna con el sombrero.

—Lanore, seguro que sabes que Adair tiene en cuenta tus deseos en la mayoría de las cuestiones. Te tiene mucho afecto. Creo que debes de ser muy especial para él. No me importa confesarte que nunca le había visto portarse de este modo. Me atrevería a decir que nunca ha estado tan impresionado por una mujer.

Tengo que reconocer que me halagaron sus palabras, aunque mantuve la cabeza inclinada sobre mi labor y procuré que no se me notara.

Entonces, Jude fijó en mí su mirada de maníaco.

—También he venido a advertirte. Estás jugando a un juego peligroso. Hay una razón para que el resto de nosotros mantengamos cierta distancia con Adair, y hemos aprendido la lección por las malas. Pero ahora tú le has demostrado amor, y eso le ha hecho creer que merece tal devoción. ¿Alguna vez has pensado que tal vez lo único que mantiene controlado al demonio es que sabe cuánto se le desprecia? Hasta el diablo busca simpatía a veces, pero con ese sentimiento solo echarás más leña al fuego... Tu amor le hará más atrevido... y probablemente, de un modo que lamentarás.

Su advertencia me confundió y sorprendió. No había esperado algo así de él. Pero no dije nada, aguardando a que continuara.

—Tengo una pregunta para ti, y espero que seas sincera conmigo. ¿Qué ve una chica como tú en Adair? Sé que, en el fondo, tu corazón es salvaje y aventurero. Adair te ha introducido en el mundo de los placeres carnales y tú te has entregado a ellos como solo podría hacerlo una niña criada por los puritanos... lo cual le agrada mucho, debo añadir. Pero puede que tu valentía sea solo necedad, Lanore. ¿Has pensado en ello? Dale tu amor carnal a Adair, si ese es tu deseo, pero ¿por qué entregarle el corazón a un hombre que solo abusará de él? No es digno de tu lealtad, de tu amor. Estás siendo imprudente con tu corazón, Lanore. Creo que eres demasiado inocente para asociarte con personas como él. Perdona que diga lo que pienso, pero es por tu bien.

Sus palabras me dejaron estupefacta. ¿Quién era él para tacharme de necia? ¿Acaso no estaba atrapada como los demás, forzada a satisfacer a un amo tiránico para poder sobrevivir? No, en aquel momento yo consideraba que estaba haciendo lo mejor que podía en una situación terrible. Claro que ahora lo veo de diferente manera, y sé que me estaba mostrando insensata y que era incapaz de decirme la verdad a mí misma. Debería haber agradecido que Jude corriera el gran riesgo de advertirme en la propia casa de Adair, pero tenía demasiados celos para fiarme de él, y en cambio intenté marcarme un farol para que pensara que yo sabía lo que hacía.

—Bueno, gracias por tu consejo, supongo, pero me perdonarás si digo que soy yo la que decido qué hago con mi vida.

—Ah, pero no se trata solo de ti, ¿verdad? —preguntó—. Vas a meter también en ello a tu Jonathan, el hombre al que dices amar tanto. El entusiasmo con que accediste a la proposición de Adair hace que me pregunte si tendrá razón. Quieres hacer lo que Adair te ordena, ¿a que sí? Quieres que tu amor caiga en la trampa de Adair porque eso significa que estará atrapado contigo.

—¿Es que sabes lo que pienso? —dije, casi gritando, retirando la labor de mi regazo para ponerme en pie—. Tú no eres quién para darme consejos. Estás celoso. Quisiste traerle a Jonathan tú mismo, pero no pudiste. Yo tendré éxito donde tú fracasaste... —A pesar de mi vehemencia, no sabía lo que estaba diciendo; sin duda, yo ejercería más influencia sobre Jonathan que Jude, pero ¿con qué propósito? Jude lo sabía, pero yo no.

Meneó la cabeza y retrocedió un paso.

—Yo me aseguro de que la gente que le traigo a Adair se lo merezca de alguna manera. Y vienen a él por su propia voluntad. Y lo que es más, nunca le entregaría a alguien a quien yo dijera amar. Jamás.

Debería haberle preguntado qué quería decir. Pero como muchos jóvenes, me pareció mejor bravuconear que revelar que no sabía lo que estaba haciendo. Y además, no me fiaba de Jude; estaba mostrándome una cara completamente diferente y no sabía cómo interpretarlo. ¿Intentaba

pillarme en un momento de deslealtad a Adair, un amo al que él había servido desde mucho antes de conocerme? Puede que aquel fuera su papel en la cuadrilla de Adair, el de infiltrado, el delator.

Forcé mi cara en una expresión hosca, pero estaba temblando, acobardada. Jude me había empujado hasta el límite de la compostura.

—Ya he oído bastante. Máchate ahora, antes de que le hable a Adair de tu traición.

Retrocedió, sorprendido, pero fue solo un momento y después bajó los hombros. Me hizo otra reverencia, en una burlona muestra de respeto mientras se disponía a salir de la habitación.

—Ya veo que me equivoqué por completo contigo, Lanore. No eres nada imprudente con tu corazón. Sabes exactamente en qué estás metida, ¿verdad? Espero que hayas hecho las paces con Dios por lo que estás a punto de llevar a cabo.

Intenté calmar mi respiración y mi acelerado corazón, y decirme que ninguna de sus palabras era verdad.

—Máchate —repetí, dando un paso hacia él, como si pudiera expulsarle de la casa—. Y espero no volverte a ver.

—Por desgracia, no son esos nuestros destinos. El mundo es un lugar pequeño, si tienes una eternidad, como ya comprobarás. Lo quieras o no, nuestros caminos volverán a cruzarse —dijo, y salió de la habitación.

30

Los preparativos para el viaje comenzaron de inmediato. Se me reservó pasaje en un barco carguero que zarpaba rumbo a Camden al cabo de cuatro días. Dona, encantado de verme marchar, me ayudó a elegir un par de resistentes baúles de viaje entre las docenas y docenas que habían llevado con ellos desde Europa. En uno metimos mis mejores ropas, y en el otro, regalos para mi familia: un rollo de seda de China; un juego de cuello y puños hechos de encaje belga, para añadir a un vestido; un collar de oro con incrustaciones de ópalos ligeramente rosados. Adair insistió en que llevara cosas con las que tentar a Jonathan, para mostrarle las maravillas que se podían conseguir en el mundo, fuera de los grandes bosques del norte. Le expliqué que mi amigo tenía una sola debilidad —las mujeres—, de modo que Dona rebuscó en las cajas y extrajo una baraja de cartas, con figuras en posturas obscenamente explícitas en lugar de los habituales rey, reina y sota de los diversos palos, con la reina de corazones en una pose particularmente atrevida; un libro de versos pornográficos (aunque Jonathan nunca había sido aficionado a la literatura; si algún libro podía convertir a Jonathan en un lector, tal vez fuera aquel); una figurilla de jade tallado, que dijo que procedía del Lejano Oriente, con tres personajes enzarzados en un acto sexual; y por último, un paño de terciopelo para guardar joyas, que, en lugar de pulseras o anillos, envolvía un juego de consoladores tallados, uno de madera, otro de marfil y el último de ébano.

Fruncí el ceño ante el último regalo.

—No creo que esto sea de su gusto —dije, levantando el de ébano, que era el más grande, para fijarme en los detalles.

—No son para que los use él —dijo Dona. Me quitó el consolador y lo enrolló con los otros en su funda de terciopelo—. Ya has dejado bastante claras sus inclinaciones. Esto se puede utilizar, por ejemplo, para entretener a sus damas, una novedad para estimular su deseo y ponerlas en un estado de ánimo juguetón. ¿Quieres que te enseñe cómo se usan? —preguntó, y después me miró de reojo, incrédulo ante mi falta de sofisticación sexual, pensando que tal vez yo no estaría a la altura de las circunstancias.

Mientras Dona buscaba en los baúles alguna chuchería que tendría en la cabeza, yo me entretuve desenvolviendo paquetes misteriosos, maravillándome con cuanto atesoraban en su interior (una caja de música con incrustaciones de piedras preciosas que tenía forma de huevo, un pájaro mecánico en miniatura que agitaba sus alas metálicas y cantaba...). Por fin, en un polvoriento baúl metido bajo los aleros en el rincón más alejado, encontré un artículo que me puso la carne de gallina. Un pesado sello de color dorado (pero sin duda de latón; un objeto de

oro de aquel tamaño habría valido una fortuna), envuelto en terciopelo y guardado en una bolsa de piel de ciervo. ¿El sello del físico muerto hacía tiempo, del que Adair me había hablado? ¿Se lo había quedado como recuerdo?

—Aquí tienes. —Al oír la voz de Dona, cerré apresuradamente el baúl y lo empujé de nuevo a su sitio. Dona había envuelto los paquetes de Jonathan en un retal de seda roja y lo había atado con un cordón dorado. Los regalos para mi familia los envolvió en una tela azul atada con cinta blanca—. No confundas estos dos paquetes.

Es posible que aquellos preparativos me indujeran a sentir confianza. Adair estaba siendo tan complaciente con todos aquellos regalos, con los lujosos detalles del viaje, que empecé a preguntarme si, después de todo, no tendría allí una opción; si no sería aquella mi oportunidad de escapar de sus garras. Puede que no pudiera confiar en mí misma lo suficiente para considerar aquellas posibilidades de rebelión en presencia de Adair, tumbada en la cama a su lado, pero, sin duda, a cientos de kilómetros de él estaría segura. La distancia tenía que aflojar el lazo entre nosotros.

Aquel pensamiento me consolaba, tal vez incluso me volvía atrevida. Empecé a ver mi viaje como una oportunidad de escapar. Quizá hasta pudiera convencer a Jonathan de que dejara atrás a su familia y sus expectativas y se fugara conmigo.

Es decir, hasta la tarde siguiente.

Tilde y yo volvíamos de la sombrerería con un nuevo sombrero para Tilde cuando vimos a la muchacha. Estaba de pie en una bocacalle, mirando el tráfico. Por lo que pudimos ver de ella, era delgada y pálida, un ratoncillo vestido con harapos pringosos. Tilde se acercó a la chica, haciendo que ella se metiera más en la callejuela.

Estaba preguntándome si ir con Tilde y averiguar por qué se había acercado a la chica, cuando las dos echaron a andar hacia mí. A la precaria luz de la tarde, vi el lamentable estado de la muchacha. Parecía un trapo arrugado y tirado, y en sus ojos estaba grabada la certeza de que era así como se sentía.

—Ésta es Patience —dijo Tilde, apretando entre las suyas la pequeña mano de la muchacha—. Necesita un lugar donde alojarse, así que he pensado que podríamos llevarla a casa con nosotras. Darle una comida y un techo durante unas cuantas noches. No creo que a Adair le importe, ¿y tú?

Su sonrisa era zorruna y de triunfo, y me recordó inmediatamente cómo ella y los otros me habían encontrado a mí en las calles unos meses antes. El efecto fue el que ella pretendía. Al ver la inquietud reflejada en mi rostro, me dirigió una mirada de advertencia, y supe que no debía decir nada.

Tilde le hizo señas a un coche y ayudó a la chica a subir los peldaños delante de nosotras. La pequeña se sentó en el borde del banco, mirando por la ventanilla con los ojos muy abiertos cuanto se le mostraba de Boston. ¿Así había parecido yo, tan miserable, nada más que una presa para un depredador, una criatura que casi rogaba ser devorada?

—¿De dónde vienes, Patience? —pregunté.

Ella me miró con cautela.

—Me escapé.

—¿De tu casa?

Patience negó con la cabeza, pero no nos dio más explicaciones.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce. —No aparentaba tener más de doce, y debía de saberlo, ya que sus ojos esquivaban mi inquisitiva mirada.

En cuanto llegamos a la mansión, Tilde la llevó a una de las habitaciones de arriba.

—Haré venir a una sirvienta con un poco de agua para que puedas lavarte —dijo, haciendo que la chica se llevara tímidamente la mano a su sucia mejilla—. También haré que te traigan algo de comer. Te buscaré algo de más abrigo que puedas ponerte. Lanore, ¿por qué no vienes conmigo?

Fue directa a mi habitación y empezó a revolver entre mis ropas sin pedir permiso.

—Creo que todas las cosas pequeñas te las dimos a ti. Seguro que tienes algo que le sirva a la chica.

—No entiendo. —Me planté delante de Tilde y cerré la puerta del armario—. ¿Por qué la has traído aquí? ¿Qué te propones hacer con ella?

Tilde sonrió, burlona.

—No finjas ser idiota, Lanore. Si alguien debería saber...

—¡Es una niña! No puedes entregársela a Adair como si fuera un juguete.

A pesar de todas las cosas que Adair había hecho, sabía que nunca había abusado de una niña. No me sentía capaz de soportar aquello.

Tilde se acercó a un baúl.

—Puede que sea un poco joven, pero no es inocente. Me ha dicho que se había escapado de una casa de acogida a la que la habían enviado para dar a luz. Catorce años y con un hijo. Le estamos haciendo un favor —explicó, mientras se decidía por un ajustado corsé con prácticos lazos de algodón.

Me dejé caer en mi cama.

—Llévale esto y lávala un poco. —Tilde empujó la ropa hacia mí—. Yo iré a conseguirle algo de comer.

Patience estaba de pie ante la ventana, mirando la calle, cuando yo volví a su habitación. Se apartó de los ojos unos mechones sucios de pelo castaño y miró con codicia la ropa que yo llevaba en los brazos.

La extendí hacia ella.

—Vamos, ponte esto. —Me volví de espaldas mientras se desnudaba—. Tilde me ha dicho que vienes de una casa de acogida...

—Sí, señorita.

—... donde has tenido un niño. Dime, ¿qué ha sido de tu hijo? —Yo tenía el corazón desbocado. No era posible que hubiera huido abandonando al pequeño.

—Me lo quitaron —dijo ella a la defensiva—. No llegué a verlo, ni siquiera cuando nació.

—Lo siento.

—Ya es cosa pasada. Ojalá... —Se detuvo, tal vez pensando que no convenía contarles demasiadas cosas a aquellas damas sospechosas que la habían recogido en la calle. Yo sabía cómo se sentía—. La otra señora me ha dicho que aquí podría haber un trabajo para mí. ¿Tal vez para ayudar en la cocina?

—¿Te gustaría eso?

—Pero me ha explicado que antes tengo que conocer al señor de la casa, para ver si da el

visto bueno.

Escudriñó mi cara en busca de alguna señal de que yo estaba de acuerdo, de que no se le estaba tendiendo alguna extraña trampa. Tilde se equivocaba, la chica era todavía muy inocente. Me gustara o no, oía resonar en mis oídos las palabras de Jude... Patience era demasiado inocente para relacionarse con personas como Adair. No podía permitir que le ocurriera lo que me había ocurrido a mí.

Le cogí la mano.

—Ven conmigo. No digas una palabra ni hagas ruido.

Bajamos corriendo la escalera de atrás, la escalera de los sirvientes, que yo sabía que Tilde nunca utilizaba, y pasamos por la cocina en dirección a la puerta trasera. En la esquina del madero de cortar había un puñado de monedas, seguramente en espera de un repartidor. Recogí el dinero y se lo puse en la mano a Patience.

—Vete. Coge este dinero y quédate la ropa.

Me miró como si me hubiera vuelto loca.

—Pero ¿adónde voy a ir? Seguro que me castigarán si vuelvo a la casa de acogida, y no puedo volver a casa con mi familia...

—Pues sufre tu castigo o pide misericordia a tu familia. A pesar de toda la maldad que ya has visto, hay más de la que no tienes ni idea, Patience. ¡Vete! Es por tu bien —dije, empujándola por la puerta, que después cerré de golpe. En aquel momento entró una chica de la cocina que me miró con recelo, y volví a subir la escalera hasta el refugio de mi habitación.

Empecé a dar zancadas, fuera de mí. Si había echado a la chica por su propia seguridad, ¿qué excusa tenía yo para vivir allí? Sabía que lo que estaba haciendo con Adair estaba mal, que aquel era un lugar maligno y sin embargo... el miedo me había retenido. Y el miedo me espoleaba en aquel momento; era solo cuestión de tiempo que Tilde se enterara de que habían liberado a su presa, y entonces ella y Adair caerían sobre mí como dos leones. Empecé a meter ropa en una bolsa, porque todos mis sentidos me alertaban para que huyera. Debía huir o afrontar una ira terrible.

Antes de darme cuenta estaba en la calle y dentro de un coche, contando el dinero que había en mi bolso. No mucho, pero suficiente para irme lejos de Boston. El coche me dejó en la oficina de una empresa de diligencias y compré un billete para el siguiente coche de pasajeros que salía de Boston, rumbo a Nueva York.

—La diligencia no partirá hasta dentro de una hora —me dijo el empleado—. En la acera de enfrente hay una posada donde mucha gente espera hasta que llega la hora —añadió, solícito.

Me senté con una tetera delante de mí y la bolsa a mis pies, mi primera oportunidad de tomar aliento y pensar desde que había huido. A pesar de que el corazón me martilleaba de miedo, también me sentía curiosamente optimista. Estaba marchándome de casa de Adair. ¿Cuántas veces lo había deseado, pero me había faltado valor? Ahora lo había hecho a toda prisa y nada me hacía pensar que me hubieran descubierto. Seguro que no podrían encontrarme en una hora —Boston era una ciudad grande—, y después ya estaría en camino y no podrían seguir mi rastro. Rodeé la tetera de porcelana blanca con las manos para entrar en calor y me permití un leve suspiro de alivio. Puede que la casa de Adair hubiera sido una ilusión. Un mal sueño que solo parecía realidad cuando estabas inmerso en él. A lo mejor, allí no tenía poder para hacerme daño. Quizá, reunir el valor para salir por la puerta y huir era la única prueba. La cuestión en aquel momento, por

supuesto, era adónde ir y qué hacer con mi vida.

Y entonces, de repente, fui consciente de la presencia de varias personas a mi lado. Adair, Alejandro, Tilde. Adair se agachó junto a mí y me susurró al oído:

—Ahora ven conmigo, Lanore, y no se te ocurra hacer una escena. Seguro que hay joyas en tu bolsa, y si pides ayuda, diré a las autoridades que robaste esos objetos valiosos de mi casa. Y los demás me apoyarán.

Su mano casi me descoyuntó el codo cuando me levantó del asiento. Sentía su ira irradiando hacia mí, como el calor de una hoguera. En el coche que nos llevó a casa, no pude mirar a ninguno de ellos; me quedé sentada, encerrada en mí misma, con los labios sellados del miedo que sentía. Apenas habíamos cruzado la puerta de entrada cuando Adair extendió el brazo y me cruzó la cara con fuerza, derribándome al suelo. Alejandro y Tilde pasaron a toda prisa detrás de mí y salieron del vestíbulo, como aves que en un campo echan a volar antes de una tormenta.

A juzgar por la cólera en los ojos de Adair, parecía que quería hacerme pedazos.

—¿Qué creías que estabas haciendo? ¿Adónde ibas?

No pude articular ni una palabra, pero daba igual, porque él no quería respuestas. Solo quería golpearme una y otra vez, fuera de sí, hasta que caí a sus pies como una muñeca rota, mirándole con los ojos hinchados e inyectados en sangre. Su cólera no se había aplacado; se hizo evidente cuando, con los puños, empezó a ir de un lado a otro delante de mí.

—¿Así es como pagas mi generosidad y mi confianza?! —gritó—. Te acojo en mi casa, en mi familia, te visto, te mantengo a salvo... En algunos aspectos sois como hijos para mí. Comprenderás, pues, lo decepcionado que estoy contigo. Te lo advertí: eres mía, lo quieras o no. Jamás me dejarás, jamás, hasta que yo te permita irte.

Entonces me levantó y me llevó a la parte de atrás de la casa, a la cocina y la zona de los sirvientes, aunque todos se habían escabullido como ratones. Me hizo bajar un tramo de la escalera, hasta las lúgubres bodegas; pasamos junto a cajas de vino, sacos de harina y muebles que no se usaban tapados con paños, recorrimos un estrecho pasadizo de paredes húmedas y frías, y por fin llegamos a una puerta de roble con profundos arañazos. La luz en la habitación era mortecina. Dona estaba de pie junto a la puerta, con una túnica ceñida a la cintura, encorvado como si estuviera enfermo. Algo terrible estaba a punto de ocurrir, si Dona —que normalmente se recreaba en la desgracia ajena— tenía miedo. De su mano colgaba una maraña de correas de cuero, como unos arneses de caballo, pero aquel artilugio no se parecía a ningún arnés que yo hubiera visto.

Adair me dejó caer al suelo. «Prepárala», le dijo a Dona, quien al instante fue despojándome de mis sudadas y ensangrentadas ropas. Detrás de él, Adair empezó a desvestirse. Cuando estuve desnuda, Dona comenzó a atarme el arnés. Era un ingenio de pesadilla que iba retorciendo mi cuerpo en una postura forzada que me dejaba totalmente vulnerable. Me ató los brazos a la espalda y tiró de mi cabeza casi hasta romperme el cuello. Dona dejó escapar un gemido al abrochar las correas, pero no las aflojó. Adair se irguió sobre mí, con gesto amenazador e intenciones claras.

—Ha llegado el momento de enseñarte a obedecer. Había tenido la esperanza, por tu bien, de que no fuera necesario. Parecía que estabas destinada a ser diferente... —Se detuvo, como si reflexionara—. Todos deben ser castigados una vez, para que sepan lo que les ocurrirá si vuelven a intentarlo. Te dije que jamás me abandonarías y, sin embargo, has tratado de escapar. Nunca más

volverás a intentar huir. —Enredó los dedos en mi cabello y acercó su cara a la mía—. Y recuerda esto cuando estés en tu pueblo con tu familia y con tu Jonathan. No existe sitio alguno donde yo no consiga encontrarte. No puedes escapar de mí.

—La muchacha... —intenté decir a través de los labios sellados con sangre seca.

—Esto no tiene nada que ver con la muchacha, Lanore. Aunque deberías aprender a aceptar lo que ocurre en mi casa... y lo aceptarás, y formarás parte de ello. Esto es porque me has dado la espalda a mí, me has rechazado a mí. Y no pienso permitirlo. Y menos de ti, no esperaba que tú... —No añadió nada más, pero yo sabía lo que deseaba decir: no quería arrepentirse de haberme entregado un trozo de su corazón.

No te voy a contar lo que me ocurrió en aquella habitación. Permíteme esta pizca de intimidad, ahorrarte los detalles de mi degradación. Basta con que sepas que fue el trato más vejatorio que jamás he sufrido. No solo me torturó Adair; hizo participar a Dona, aunque evidentemente contra la voluntad del italiano. Probé el fuego del diablo, sobre el que me había advertido Jude, y aprendí que poner a prueba el amor del diablo es muy peligroso. Dicho amor, si se le puede llamar así, nunca es dulce. Con el tiempo, acabas experimentándolo como lo que es: es vitriolo, es veneno, es ácido vertido por tu garganta.

Apenas estaba consciente cuando terminaron. Entreabrí los ojos como pude y vi a Adair recogiendo su ropa del suelo. Brillaba de sudor y tenía el pelo pegado al cuello en rizos oscuros. Dona también se había puesto su túnica y se estaba arrastrando a gatas, pálido y tembloroso, como si fuera a vomitar de un momento a otro.

Adair se pasó las manos por el pelo mojado, y después hizo un gesto con la cabeza en dirección a Dona.

—Llévala arriba y que alguien la lave —dijo antes de salir de la habitación.

Me estremecí cuando Dona soltó las correas de cuero. Me habían agujereado la piel, dejando docenas de heridas que se volvieron a abrir cuando las correas despegaron la sangre seca. Apoyó el horrible artilugio en el suelo —las correas adoptaron la forma de una figura humana hueca— y me cogió en brazos, lo más tierno que le he visto hacer a Dona jamás.

Me llevó a la habitación con la bañera de cobre, donde aguardaba Alejandro con cubos de agua. Después, Alejandro me lavó con suavidad, limpiándome de sangre y fluidos, pero yo apenas podía soportar el contacto y no dejaba de llorar.

—Estoy en el infierno, Alejandro. ¿Cómo voy a continuar viviendo?

Él me cogió una mano y la frotó con un paño.

—No tienes más remedio. Tal vez te ayude saber que todos hemos pasado por esto, cada uno de nosotros. No debes avergonzarte de lo que te ha ocurrido, no entre nosotros.

Mientras me lavaba, mis heridas se iban curando, los pequeños cortes desaparecían, los moratones se ponían amarillos. Me secó y me envolvió en un albornoz limpio, y nos tumbamos juntos en la cama. Alejandro se acurrucó detrás de mí, sin dejar que me separara de él.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté, entrelazando los dedos con los suyos.

—Nada. Todo volverá a ser como antes. Debes procurar olvidar lo que te han hecho hoy, pero no la lección. Nunca olvides la lección.

La noche anterior a mi partida de Boston fue angustiosa. Yo quería que me dejaran sola con mis preocupaciones, pero Adair insistió en llevarme a su cama. Ni que decir tiene que después de

lo sucedido me aterrorizaba, pero él no prestó atención a mi cambio de conducta. Supongo que estaba acostumbrado a hacerlo con todos sus acólitos y esperaba que yo volviera a ser la misma, con el tiempo. O puede que no le importara haber hecho pedazos mi confianza en él. Recordé el consejo de Alejandro y me comporté como si nada hubiera ocurrido, procurando ser tan atenta como siempre con Adair.

Adair había bebido mucho —tal vez para borrar lo que había hecho para que yo le tuviera tanto miedo— y fumó en el narguile hasta que la habitación se llenó de nubes de humo narcótico. Aquella noche fui una compañera de cama ausente y abstraída; lo único en lo que podía pensar era en lo que haría con Jonathan. Iba a condenarlo a la eternidad con aquel loco. Jonathan no había hecho nada para merecer aquello... pero yo tampoco.

Todavía no había decidido lo que le diría a mi familia al regresar a Saint Andrew. Al fin y al cabo, había desaparecido de su vida cuando huí del puerto un año antes. Seguro que habían hecho indagaciones en el convento y con el responsable de la naviera, quien les habría dicho que llegué a Boston y desaparecí acto seguido. ¿Habrían abrigado esperanzas de que yo aún estuviera viva y hubiera huido por vergüenza y para quedarme con mi hijo? ¿Habrían acudido a las autoridades, instado a la policía a que me buscara hasta convencerse de que me habían asesinado? Me preguntaba si habrían celebrado un falso funeral por mí en Saint Andrew. No, mi padre no permitiría que se dejaran llevar por las emociones. Mi madre y mis hermanas llevarían a cuestas su pena como pesadas piedras cosidas bajo la piel, cerca del corazón.

Y Jonathan, por su parte, ¿qué pensaría que me había ocurrido? Era posible que me creyera muerta... si es que pensaba alguna vez en mí. Al instante se me llenaron los ojos de lágrimas. ¡Seguro que pensaba en mí de vez en cuando, en la mujer que más le amaba en el mundo! Pero tenía que afrontar el hecho de que estaba muerta para todos los de Saint Andrew. Los supervivientes llegan a aceptar el hecho de que un ser querido ha fallecido. Guardan luto durante un tiempo, semanas o meses, pero al final el recuerdo se arrincona en la memoria y solo se lo saca de allí de vez en cuando, como un viejo juguete que tanto te había gustado con el que te tropiezas en el desván, lo acaricias con cariño y después lo vuelves a dejar.

Desperté en las horas de media luz del amanecer, sudorosa y desgreñada por el sueño agitado. El barco iba a zarpar con la marea de la mañana y tenía que llegar al muelle antes de que saliera el sol. Cuando me incliné para buscar mi ropa interior entre la ropa de cama, me recreé con la visión de Adair, que tenía la cabeza sobre la almohada. Supongo que es cierto que hasta los demonios parecen ángeles cuando están dormidos, cuando el sosiego y la satisfacción se apoderan de ellos. Tenía los ojos cerrados, sus largas pestañas le rozaban las mejillas, el pelo le caía sobre los hombros en oscuros y brillantes rizos, y la barba pubescente de su rostro le hacía parecer un muchacho, no un hombre capaz de crueldades inhumanas.

Me dolía la cabeza a causa del narcótico que había inhalado durante toda la noche. Si yo me sentía tan mal, me figuré que Adair tenía que estar poco menos que inconsciente. Le cogí la mano y la dejé caer: era un peso muerto. Ni siquiera gruñó ni se movió bajo la manta.

Entonces tuve una idea perversa. Recordé el diminuto frasquito de plata que contenía el elixir de la vida, la gota de magia diabólica que me había cambiado para siempre. «Quítaselo —me decía la voz. Aquel frasquito era la raíz del poder de Adair. Era mi oportunidad de vengarme de él—. Róbale su poder y llévatelo a Saint Andrew.»

Con la pócima, podría conseguir que Jonathan quedara atado a mí, como yo lo estaba a Adair.

La idea cruzó mi mente como un relámpago, pero se me revolvió el estómago. Jamás podría utilizarla. Nunca podría transformar a alguien en... lo que yo soy ahora.

«Cógelo para vengarte de Adair. Es la única magia que posee en el mundo. ¡Piensa en el pánico que le entrará cuando se dé cuenta de que no la tiene!»

Quería vengarme por lo que me había hecho en el sótano. Me repugnaba que me enviara a aquella misión, obligada a condenar a mi amado a una eternidad con aquel monstruo. Pero, más que nada, quería que Adair sufriera.

Prefiero pensar que estaba poseída por un poder mucho más fuerte que mi razón, porque salí con mucho cuidado de la cama, posando sin ruido los pies desnudos en el suelo. Mientras me ponía una de las batas de Adair, inspeccioné la habitación. ¿Dónde escondería el frasquito? Solo lo había visto aquel día, ni antes ni después.

Pasé a la antecámara. ¿Estaría en la bandeja de las agujas de coser, o en el joyero, metido entre los anillos y prendedores? ¿O tal vez oculto en la punta de una zapatilla que nunca usaba? Ya estaba de rodillas, palpando una fila de zapatos, cuando comprendí que Adair jamás guardaría un objeto tan valioso en un sitio donde un criado pudiera encontrarlo y quedárselo. Lo llevaría encima en todo momento —pero yo le había visto completamente desnudo en muchas ocasiones, sin rastro del frasco— o lo escondería en un lugar secreto, donde a nadie se le ocurriría buscarlo. Donde nadie se atrevería a buscarlo.

Con una vela en la mano, me escabullí de la habitación y bajé por la escalera de servicio que llevaba al sótano. Atravesé las húmedas estancias subterráneas que olían a agua estancada, palpando con una mano las gruesas paredes de piedra. Aminoreé el paso al acercarme a la habitación en la que nadie entraba y que todos temían, empujé la arañada puerta y pisé el suelo de tierra apisonada en el que poco antes había estado tendida, sangrando.

Conteniendo el aliento, me acerqué de puntillas al solitario baúl colocado en el otro extremo de la habitación y levanté la tapa. Dentro estaba aquella cosa abominable, el arnés de pesadilla, con sus correas aún rígidas por mi sudor, todavía con la forma de mi cuerpo. Casi dejé caer la tapa al verlo, pero dominé el miedo al fijarme en un pequeño paquete que había en un rincón del baúl. Metí la mano y saqué un pañuelo de hombre doblado en forma de almohadilla.

Levanté una esquina del pañuelo y vi... el frasquito. A la luz de la vela, el pequeño recipiente de plata parecía un adorno de un árbol de Navidad, centelleando con el mismo tipo de brillo apagado. La luz titilaba de un modo inquietante, como si me enviara una especie de advertencia. Pero habiendo llegado hasta allí, no estaba dispuesta a echarme atrás. El frasquito era mío. Cerré el puño sobre él, lo apreté contra el pecho y salí del sótano sin hacer el menor ruido.

Provincia de Quebec, en la actualidad

Al otro lado de la ventana de la habitación del motel, el cielo se ha teñido de azul oscuro, del color de la tinta de un bolígrafo. Habían dejado levantada la persiana mientras se revolcaban juntos en la cama, y ahora que ha pasado la urgencia por descubrir el cuerpo del otro, Lanny y Luke están tumbados uno junto a otro, mirando las estrellas del norte a través de la ventana. Luke pasa el dorso de los dedos por el brazo desnudo de ella, maravillado por la luminosidad de su piel, por su perfección, cremosa y salpicada de tenues pecas doradas. Su cuerpo es una serie de curvas suaves de poca altura. Quiere deslizar las manos por ese cuerpo una y otra vez, como si al hacerlo pudiera llevarse una parte de ella. Se pregunta si la magia la habrá hecho más hermosa, realzando su aspecto natural.

No puede creer la buena suerte que ha tenido al llevársela a la cama. Al acariciar su cuerpo, se siente un poco como un viejo verde, ya que no ha abrazado a una mujer tan firme desde mucho antes de casarse. Desde que tenía veintitantos años, a decir verdad, pero no recuerda que el sexo fuera tan bueno, tal vez porque él y sus sucesivas parejas estaban demasiado cohibidos. Puede imaginar lo que dirían su ex mujer o sus amigos si vieran a Lanny; pensarían que Luke estaba sufriendo una crisis de la edad madura épica, ayudando a una mujer casi menor de edad a escapar de la policía a cambio de sexo.

Ella le mira con una sonrisa en su bello rostro, y Luke se pregunta qué puede encontrar de agradable en él. Siempre se ha considerado un hombre corriente: de estatura media, más bien delgado, pero no con una figura digna de admiración; pelo fuerte y ondulado, en la frontera entre castaño pajizo y rubio. Sus pacientes sospechan que es medio hippy, como algunos de los mochileros que se dejan caer por Saint Andrew en verano, pero Luke piensa que se han llevado esa impresión porque tiende al desaliño cuando no hay nadie cerca que lo acicale. Qué puede ver en él una mujer como esa, se pregunta.

Pero antes de que pueda responderse, algo llama su atención en la ventana, unas sombras se mueven al otro lado del cristal, lo que indica movimiento en el sendero. Luke apenas ha tenido tiempo de incorporarse cuando aporrean la puerta con insistencia y una voz ronca de hombre grita: «¡Abran! ¡Es la policía!».

Luke contiene el aliento, incapaz de pensar, de reaccionar, de hacer nada, pero Lanny sale de la cama de un salto, envolviendo su cuerpo en una sábana, aterrizando sin ruido como un gato. Se

lleva un dedo a los labios y dobla la esquina que da a la pequeña cocina y el cuarto de baño. Cuando está fuera de la vista, él baja de la cama, enrollándose una manta a la cintura, y abre la puerta.

Dos agentes de policía ocupan el umbral y enfocan una linterna a la cara de Luke.

—Nos han llamado para denunciar que un hombre está manteniendo relaciones sexuales con una menor. ¿Puede encender una luz, señor? —dice uno de los policías, en tono exasperado, como si nada le pudiera gustar más que poner a Luke contra la pared, apretándole el cuello con una porra.

Los dos agentes miran el pecho desnudo de Luke y la manta sujeta a sus caderas. Luke presiona el interruptor más próximo, iluminando la habitación.

—¿Dónde está la chica que se registró en esta habitación?

—¿Qué chica? —consigue decir Luke, aunque tiene la garganta tan seca como la arena del desierto—. Debe de ser un error. Esta es mi habitación.

—O sea, ¿que se registró usted para ocupar esta habitación?

Luke asiente.

—Pues yo creo que no. El recepcionista dice que solo hay una habitación ocupada en este lado del edificio. Por una chica. Le dijo al recepcionista que la habitación era para ella y su padre. — Los policías abarcan todo el espacio de la puerta—. Una limpiadora afirma que ha oído como si estuvieran practicando sexo aquí, y como el recepcionista sabía que la habitación estaba ocupada por un padre y una hija...

El pánico se apodera de Luke, que intenta retractarse de su mentira.

—Ah, sí, eso es lo que les decía. La chica está conmigo, por eso les he explicado que esta es mi habitación... pero no es mi hija. No sé por qué le habrá dicho eso a alguien.

—Bien... —No parecen convencidos—. ¿Le importa que entremos a echar un vistazo? Nos gustaría hablar con la chica. ¿Está aquí?

Luke se queda inmóvil, escuchando. No oye nada que le haga pensar que Lanny se ha escapado. En los ojos de los policías, ve indignación apenas contenida; probablemente, nada les gustaría más que derribarlo y patearlo en el suelo en nombre de todas las hijas víctimas de abusos que han visto en sus carreras. Luke está a punto de balbucear una excusa cuando se percata de que los policías están mirando algo que hay detrás de él. Se vuelve, enroscándose la vulgar manta color melocotón alrededor de las piernas.

Lanny está de pie, con la sábana envolviendo todavía su cuerpo desnudo, bebiendo de un viejo vaso de plástico rojo, con una expresión de sorpresa y fingido embarazo en los ojos.

—¡Ah! Me había parecido oír a alguien en la puerta. Buenas noches, agentes. ¿Pasa algo?

Los dos policías la estudian de pies a cabeza antes de responder.

—¿Se registró usted para esta habitación, señorita?

Ella asiente.

—¿Y este hombre es su padre?

Ella parece avergonzada.

—Dios mío, no. No... no sé por qué le dije eso al tipo de la recepción. Supongo que temía que no nos alquilara la habitación porque no estamos casados. Parecía... no sé, de los que juzgan a la gente. No creía que fuera asunto suyo.

—Ya. Van a tener que mostrarnos alguna identificación. —Están procurando ser objetivos,

intentando disipar su justa indignación cuando ya no hay ningún pervertido al que llevar ante la justicia.

—No tienen derecho a investigarnos. Lo que hemos hecho ha sido con consentimiento mutuo —dice Luke, rodeando a Lanny con un brazo, atrayéndola hacia él. Quiere que la policía se marche ya, quiere dejar atrás esa embarazosa e irritante experiencia.

—Tenemos que ver pruebas de que no son... Ya sabe... —dice el más joven de los dos policías, agachando la cabeza y haciendo un gesto de impaciencia con su linterna.

No hay más remedio que dejar que los agentes miren el carnet de conducir de él y el pasaporte de ella, confiando en que los boletines policiales de Saint Andrew no hayan llegado a Canadá.

Luke no tarda en darse cuenta de que no debería haberse preocupado; los dos agentes están tan confusos y decepcionados que examinan su identificación de la manera más apresurada, posiblemente sin leer siquiera ninguno de los documentos, antes de retroceder arrastrando los pies hasta la puerta, con disculpas apenas audibles por las molestias. En cuanto se han marchado, Luke baja la persiana de la ventana que da al sendero.

—¡Dios mío! —exclama Lanny antes de dejarse caer en la cama.

—Deberíamos marcharnos. Tendría que llevarte a una ciudad.

—No puedo pedirte que corras más riesgos por mí.

—Y yo no puedo dejarte aquí, ¿no crees?

Luke se viste mientras Lanny está en el cuarto de baño; se oye cómo corre el agua. Se pasa una mano por la barbilla, siente que raspa y cae en la cuenta de que hace unas veinticuatro horas que no se afeita, pero decide asegurarse de que el aparcamiento esté despejado. Engancha la persiana con un dedo y mira hacia fuera. El coche patrulla está aparcado junto al todoterreno.

Deja que la persiana vuelva a caer en su sitio.

—Maldita sea. Siguen ahí fuera.

Lanny levanta la vista de su equipaje.

—¿Qué?

—Los dos polis, siguen ahí fuera. Comprobando la matrícula, supongo.

—¿Tú crees?

—Puede que quieran saber si tenemos antecedentes. —Se frota el labio inferior, pensando. Probablemente no puedan tener respuesta inmediata acerca de matrículas o carnets de Estados Unidos. Seguramente tendrán que esperar a que lleguen las respuestas por algún tipo de sistema, servicios de conexión entre policías. Puede que aún haya algo de tiempo antes de que...

Luke agarra a Lanny.

—Tenemos que irnos ahora mismo.

—¿No intentarán detenernos?

—Deja tu maleta, todo. Solo vístete.

Salen de la habitación del hotel cogidos de la mano y echan a andar hacia su vehículo cuando se baja la ventanilla del coche patrulla.

—¡Eh! —les grita el policía sentado en el asiento del pasajero—. No pueden marcharse todavía.

Luke suelta la mano de Lanny para que esta pueda quedarse atrás mientras él se acerca al coche patrulla.

—¿Por qué no podemos marcharnos? No hemos hecho nada malo. Les hemos enseñado nuestra

documentación. No tienen motivos para seguir molestándonos. Esto empieza a parecer acoso.

Los dos oficiales ponen mala cara; no les gusta demasiado cómo suena la palabra «acoso».

—Miren —continúa Luke, abriendo las manos para mostrar que están vacías—. Solo salimos a cenar. ¿Parece que vayamos a escaparnos? Hemos dejado el equipaje en la habitación, tenemos pagada esta noche. Si todavía tienen preguntas cuando reciban las comprobaciones de antecedentes, vengan aquí después de cenar. Pero si no van a detenerme, creo que no pueden retenerme aquí. —Luke razona con calma, con los brazos abiertos como un hombre que intenta disuadir a unos ladrones de que le roben.

Lanny se sube al asiento delantero del todoterreno, lanzando una mirada ligeramente hostil a los policías. El la sigue, arranca el motor y sale con suavidad de la plaza de aparcamiento, echando un último vistazo para asegurarse de que el coche patrulla no los sigue.

Cuando se han alejado bastante por la carretera, Lanny saca el ordenador de debajo de la chaqueta y se lo coloca sobre las rodillas.

—No podía dejarlo. Contiene demasiada información que me relaciona con Jonathan, material que podrían utilizar como prueba si quisieran —explica; parece que se siente culpable por haber corrido el riesgo de salvar el ordenador. Un momento después, saca del bolsillo la bolsa de hierba como si estuviera sacando un conejo de la chistera de un mago.

Luke se sobresalta.

—¿La hierba también?

—Me figuré que, en cuanto decidieran que no íbamos a volver, registrarían la habitación. Esto les daría un motivo para detenernos. —Vuelve a guardarse la bolsa en el bolsillo de la chaqueta, suspirando hasta vaciar los pulmones—. ¿Crees que estamos a salvo?

Luke vuelve a mirar el espejo retrovisor.

—No sé. Ahora tienen el número de matrícula. Si recuerdan nuestros nombres, mi nombre...

Tendrán que abandonar el todoterreno, y ese pensamiento hace que Luke se sienta fatal por haber pedido prestado el coche a Peter. Debe alejar de su mente ese pensamiento.

—Ahora no quiero pensar en ello. Cuéntame más de tu historia.

TERCERA PARTE

La autopista a la ciudad de Quebec tiene dos carriles en cada dirección y está tan oscura como una pista de aterrizaje abandonada. A Luke, los árboles sin hojas y el paisaje monótono le recuerdan a Marquette, el pueblecito en el aislado extremo superior de Michigan donde se ha instalado su ex. Luke estuvo allí una vez para ver a las niñas, justo después de que Tricia se instalara con su novio de la infancia. Las dos hijas de Tricia y de Luke viven ahora en la casa del novio, y el hijo y la hija de él también se quedan con ellos un par de noches por semana.

Durante la visita, a Luke no le pareció que Tricia estuviera más feliz con su novio que lo que había estado con él, aunque es posible que le diera vergüenza que la vieran con su ex en aquella casa destartada, con un Camaro de doce años en el sendero de entrada. Tampoco es que la casa de Luke en Saint Andrew sea mucho mejor.

Las niñas, Winona y Jolene, no estaban contentas, pero aquello era de esperar; acababan de mudarse al pueblo y no conocían a nadie. A Luke casi se le rompió el corazón mientras comía con ellas en la pizzería adonde las había llevado. Estuvieron calladas, y eran demasiado pequeñas para saber a quién echar la culpa y con quién enfadarse. Se enfurruñaron cuando él intentó sacarlas de allí, y no podía soportar la idea de devolvérselas a su madre y despedirse de ellas, cuando todos estaban tan resentidos e incómodos. También sabía que era inevitable: lo que estaban pasando no se podía resolver en una semana.

Al final de su estancia allí, cuando se estaba despidiendo en los escalones de cemento de la entrada de la casa de Tricia, las cosas habían mejorado para él y las niñas. La tensión había disminuido, habían encontrado algo de alivio para sus miedos. Habían llorado cuando él las abrazó al despedirse y habían agitado los brazos cuando Luke se alejó en su coche de alquiler, pero aun así le rompía el corazón dejarlas.

—Tengo dos hijas —dice Luke de pronto, sin poder resistir el impulso de contarle a ella algo de su vida.

Lanny le mira desde su lado del asiento.

—¿Eran las de aquella foto en tu casa? ¿Qué edad tienen?

—Cuatro y cinco. —Siente que se aviva en él un pequeño rescoldo de orgullo, lo único que le queda de la paternidad—. Ahora viven con su madre. Y con el tío con el que se va a casar... — Otro se ocupará de sus hijas.

Ella cambia de postura. Casi están frente a frente.

—¿Cuánto tiempo estuviste casado?

—Seis años. Ya estamos divorciados —añade, antes de darse cuenta de que seguramente es innecesario—. Fue un error casarnos, ahora me doy cuenta. Yo acababa de terminar mi residencia en Detroit. Mis padres empezaban a estar achacosos, y yo sabía que tendría que volver a Saint Andrew. Supongo que no quería volver a casa solo. Era inimaginable que allí pudiera encontrar pareja. Conocía a todo el mundo, me había criado allí. Creo... que pensé que Tricia era mi última oportunidad.

Lanny se encoge de hombros; está incómoda, se nota en las arrugas de su frente. Le molesta tanta sinceridad, decide Luke, tanto si es ella la que abre su corazón como si no.

—Y tú, ¿qué? ¿Has estado casada alguna vez? —La pregunta le arranca a Lanny una carcajada.

—No he estado escondida del resto del mundo todo este tiempo, si es eso lo que piensas. No, con el tiempo recuperaré el sentido común. Comprendí que Jonathan nunca se comprometería conmigo. Entendí que no estaba en su naturaleza.

Luke piensa en el hombre del depósito de cadáveres. Las mujeres se pelearían por un hombre como aquel. Incesantes reclamos y proposiciones, tanta lujuria y deseo, tanta tentación... ¿Cómo podía nadie esperar que un hombre así se comprometiera con una sola mujer? Era lógico que Lanny quisiera que Jonathan la amara lo suficiente para serle fiel, pero ¿se podía culpar a aquel hombre por haberla decepcionado?

—¿Así que conociste a otro y te enamoraste? —Luke procura que no se note que hay un destello de esperanza en su voz. Ella se echa a reír de nuevo.

—Para ser un hombre que se casó por desesperación y acabó divorciado, hablas como un romántico sin remedio. He dicho que he estado casada, no que me enamorara. —Se vuelve de modo que ya no mira hacia él—. Bueno, eso no es exactamente cierto. He amado a todos mis maridos, pero no como amaba a Jonathan.

—¿A todos? ¿Cuántas veces has estado casada? —Luke vuelve a sentir la punzada de incomodidad que notó en Dunratty al ver la cama revuelta.

—Cuatro veces. Una chica se siente sola cada cincuenta años, o así. —Sonríe, burlándose de sí misma—. Todos fueron buenos, cada uno a su manera. Cuidaron de mí. Me aceptaron como soy, teniendo en cuenta lo que podía contarles.

Esas revelaciones de su vida hacen que Luke sienta deseos de conocer más.

—¿Cuánto les contaste? ¿Le hablaste a alguno de Jonathan?

Lanny echa atrás la cabeza y sacude el pelo, que todavía le oculta la cara.

—Nunca le he contado a nadie la verdad sobre mí, Luke. Nunca. Tú eres el único.

Luke se pregunta si solo está diciendo eso para agradarle. Sabe muy bien lo que la gente necesita oír. Es el tipo de habilidad que se necesita desarrollar para sobrevivir durante cientos de años sin ser descubierto. Todo forma parte del sutil arte de enredar a gente en tu vida, atarlos a ti, hacer que les gustes, tal vez incluso que te amen.

Luke quiere oír su historia, saberlo todo sobre Lanny, pero ¿puede confiar en que ella le diga la verdad, o solo está manipulándolo hasta que se encuentren a salvo de la policía? Mientras Lanny se sume en el silencio, meditabunda, Luke sigue conduciendo. Se pregunta qué ocurrirá cuando lleguen a Quebec, si Lanny desaparecerá y él solo conservará de ella su historia.

Boston, 1819

Había planeado mi viaje de regreso a Saint Andrew con el entusiasmo propio de un entierro. Utilizando la bolsa de dinero que Adair me había dado al marcharme, saqué un billete para un carguero que iba de Boston a Camden, desde donde viajaría en un coche contratado con conductor. Tradicionalmente, el único medio de transporte que hacía el trayecto de ida y vuelta a Saint Andrew era el carro de las provisiones, que surtía de mercancías la tienda de los Watford dos veces al año. Yo quería que mi llegada fuera espectacular, presentándome en un vehículo elegante con cojines para ablandar sus duros bancos y cortinas en las ventanillas, para hacerles saber que no era la misma mujer que se había marchado.

Estábamos a principios del otoño; en Boston hacía frío y el ambiente era húmedo, pero en los pasos hacia el norte del condado de Aroostook ya habría nevado. Me sorprendió sentir nostalgia de la nieve de Saint Andrew: añoraba los montones altos y densos y los paisajes de un blanco immaculado, los contornos festoneados de los pinos asomando bajo gruesas capas de nieve. Por todas partes había dunas de nieve suavemente onduladas. De niña, miraba por las heladas ventanas de la cabaña de mis padres y observaba cómo el viento hacía volar la nieve fina como el polvo en rachas horizontales, y daba gracias por estar dentro de la cabaña con el fuego y otros cinco cuerpos manteniéndome caliente.

Así pues, aquella mañana me dirigí al puerto de Boston para subir al barco que me llevaría de vuelta a Camden en circunstancias totalmente diferentes de cuando había llegado: llevaba dos baúles de bellos vestidos y regalos, una bolsa con más dinero que el que se habría visto en todo el pueblo en cinco años, y medios de transporte lujosos. Había salido de Saint Andrew siendo una joven deshonrada sin futuro y volvía como una dama refinada que había tropezado con una fuente secreta de riquezas.

Evidentemente, le debía mucho a Adair. Pero no por ello me entristecía menos lo que iba a hacer.

Mientras estuvimos en el mar, no salí de mi camarote, todavía abrumada por la culpa. En un intento de embotar mis emociones, me hice con una botella de brandy y, trago tras trago, intenté convencerme de que no iba a traicionar a mi antiguo amante. Solo le haría a Jonathan una oferta de parte de Adair, el regalo con el que todo el mundo sueña: la posibilidad de vivir para siempre. Cualquier hombre aceptaría encantado un don semejante, incluso pagaría una fortuna por ello, si

estuviera en condiciones de hacerlo. Había sido elegido para ser admitido en un mundo nunca visto, para aprender que la vida que conocemos no es todo lo que hay. Difícilmente podría quejarse de lo que yo iba a ofrecerle.

Sin embargo, yo sabía que ese otro plano de existencia tenía un precio. Solo que todavía no entendía cuál era ese precio. No me sentía superior a los mortales, ni tampoco como un dios. En todo caso, sentía que había salido de la esfera de lo humano para pasar a un reino de vergonzosos secretos y lamentaciones, un submundo oscuro, un lugar de castigo. Pero seguro que habría una oportunidad para expiar nuestros pecados, para repararlos.

Cuando llegué a Camden, contraté el coche y emprendí mi solitario viaje al norte. La idea de rebelarme contra Adair ocupaba de nuevo mi mente. Al fin y al cabo, aquella tierra era tan diferente de Boston que Adair parecía muy lejano... Pero mi castigo por ayudar a escapar a la chica aún era demasiado reciente, y pensar en desobedecerle me hacía temblar de miedo. Hice un trato conmigo misma: si al llegar a Saint Andrew veía que Jonathan era feliz en su vida con su altiva familia y su novia-niña, lo dejaría en paz. Yo cargaría con las consecuencias: me alejaría y me abriría camino en el mundo, porque no podía volver a Boston sin Jonathan. Irónicamente, el propio Adair me había proporcionado los medios para huir: dinero, ropas... Tendría suficiente para empezar. Pero aquellas fantasías duraban poco; no podía olvidar la advertencia de Adair de hacer lo que se me ordenaba o sufrir las consecuencias. Él jamás me permitiría escapar.

En aquel torturado estado de ánimo, me preparé para entrar en Saint Andrew aquella tarde de octubre, para contemplar la sorpresa de mi familia y de mis conocidos al verme viva, y su posterior decepción al descubrir en lo que me había convertido.

Llegué un domingo nublado. Había tenido suerte de que el otoño no fuera tan riguroso como acostumbraba ser, y la nieve a lo largo de la ruta estuviera transitable. Los árboles desnudos se recortaban contra un cielo gris de franela, y las últimas hojas pegadas a las ramas tenían un color mortecino, arrugadas y enroscadas como murciélagos colgados de sus nidos.

El servicio religioso acababa de terminar, y la gente se derramaba por las anchas puertas de la sala de cultos, saliendo al prado común. Los feligreses charlaban de pie, en los reducidos grupos de costumbre, a pesar del frío y el viento, reacios como siempre a renunciar a la compañía y volver a sus casas. Ni rastro de mi padre; era posible que, al no tener nadie que le acompañara, hubiera acabado por asistir a la misa católica por comodidad. Pero mis ojos localizaron a Jonathan inmediatamente, y me dio un vuelco el corazón al verlo. Se hallaba en el extremo más alejado del prado común, donde se ataban los caballos y los carros, y estaba subiendo a la calesa de su familia, mientras sus hermanas y hermano aguardaban turno en fila. ¿Dónde estaban su madre y el capitán? Su ausencia me angustiaba. De su brazo iba una mujercita joven, blanca por la fatiga. Jonathan la ayudó a subir al asiento delantero de la calesa. Llevaba un bulto en los brazos: un bebé. La novia-niña le había dado a Jonathan algo que yo no había podido darle. Al ver al pequeño, estuve a punto de perder el valor y decirle al cochero que diera la vuelta.

Pero no lo hice.

Mi carruaje entró en escena y de inmediato se convirtió en un objeto de curiosidad. A mi señal, el cochero detuvo los caballos y, con el corazón desbocado, bajé del coche entre la multitud que se había congregado allí.

Mi recepción fue más calurosa de lo que había esperado. Me reconocieron, a pesar de la ropa

nueva, el pelo arreglado y el coche de alquiler. Me vi rodeada de personas a las que siempre sospeché que importaba poco: los Watford; Tinky Talbot, el herrero, y su familia tiznada de hollín; Jeremiah Jacobs y su nueva novia, cuya cara recordaba pero no así su nombre. El reverendo Gilbert se aproximó corriendo desde los escalones de la sala de cultos, con las vestiduras agitadas por el viento, mientras mis antiguos vecinos susurraban a mi alrededor.

—¡Lanore McIlvrae, viva y coleando!

—¡Mirad, qué elegante!

Se extendieron manos desde la multitud para estrechar la mía, aunque vi con el rabillo del ojo que algunas bocas susurraban y algunas cabezas negaban desde los márgenes. Después, la multitud se abrió para dejar paso al pastor Gilbert, que llegó con la cara enrojecida por el esfuerzo.

—Santo Dios, ¿eres tú, Lanore? —preguntó, pero yo apenas le oí, de tanto que me preocupó su aspecto. ¡Cómo había envejecido Gilbert! Se había encogido y ya no tenía aquella prominente barriga; su viejo rostro estaba tan arrugado como una manzana olvidada en un sótano frío, y tenía los ojos legañosos y enrojecidos. Me estrechó la mano con una mezcla de afecto y aprensión—. ¡Cómo se alegrará tu familia de verte! Te habíamos dado por... —Se ruborizó, como si se le fuera a escapar una palabra malsonante—. Te dimos por perdida. Y aquí estás, has vuelto... Y es evidente que tu suerte ha mejorado.

A la mención de mi familia, las expresiones de los presentes cambiaron, aunque nadie dijo una palabra. Dios mío, ¿qué le había pasado a mi familia? ¿Y por qué todos parecían tan mayores? La señorita Watford tenía mechones grises en el pelo que yo no recordaba. Los chicos Ostergaard habían crecido y ya no cabían en sus ropas heredadas, con las muñecas sobresaliendo de las mangas demasiado cortas de sus chaquetas.

La multitud volvió a abrirse con cierto alboroto en la parte de atrás, y Jonathan entró en el círculo. Dios, cómo había cambiado. Había perdido todo su aire de muchacho, el brillo de despreocupación en los ojos oscuros, su fanfarronería. Todavía era guapo, pero tenía un aire de sobriedad. Me miró de arriba abajo, de pies a cabeza, fijándose en mis evidentes cambios, y pareció entristecido por ellos. Yo quería echarme a reír y rodearlo con mis brazos para romper su sombrío estado de ánimo, pero no lo hice.

Me cogió una mano entre las suyas.

—¡Lanny, pensaba que no te volvería a ver! — ¿Por qué todo el mundo decía lo mismo?, pensé—. Por lo que se ve, Boston se ha portado bien contigo.

—Pues sí —respondí, sin revelar nada todavía, deseando picar su curiosidad.

En aquel momento, la joven con el niño en brazos se abrió paso entre la multitud y se situó al lado de Jonathan. Este alargó un brazo y la hizo adelantarse.

—Lanny, ¿te acuerdas de Evangeline McDougal? Nos casamos poco después de que te marcharas. Aunque lo cierto es que ha pasado tiempo suficiente desde tu partida para que hayamos tenido nuestro primer hijo. —Soltó una risa nerviosa—. Una niña... ¿Te puedes creer que mi primer hijo sea una niña? Mala suerte, digo yo, pero lo arreglaremos la próxima vez, ¿verdad? —le dijo a la ruborizada Evangeline.

Como es lógico, ya sospechaba que Jonathan estaría casado y que quizá incluso tuviera un hijo. Pero ver a su mujer y a su hija me resultaba más difícil de lo que había imaginado. Me quedé sin aliento, entumecida, incapaz de murmurar siquiera una felicitación. ¿Cómo podía haber cambiado todo tan deprisa? Al fin y al cabo, yo solo había estado ausente unos meses.

—Ya sé que parece demasiado pronto, esto de la paternidad —dijo Jonathan, y bajó la mirada hacia el sombrero que tenía en las manos—. Pero el viejo Charles estaba empeñado en verme establecido antes de morir.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Tu padre ha muerto?

—Pues sí. Había olvidado que no lo sabías. Justo antes de mi boda. Hace unos dos años, si no recuerdo mal. —Estaba sereno y con los ojos secos—. Se puso enfermo después de que tú te marcharas.

¿Más de dos años desde que me había marchado? ¿Cómo podía ser? Era irreal, como un cuento de hadas. ¿Había sido víctima de un hechizo que me había mantenido dormida mientras el resto del mundo seguía adelante? No podía hablar. Jonathan me apretó la mano, sacándome del trance.

—No debemos entretenerte antes de que veas a tu familia. Pero cuenta con venir a casa a cenar, pronto. Me gustaría oír qué aventuras te han impedido volver con nosotros hasta ahora.

Salí de golpe de mi estupor.

—Sí, claro.

Tenía la mente en otra parte: si había habido tantos cambios en la familia de Jonathan, ¿qué le habría pasado a la mía? ¿Qué desgracia habría podido ocurrirles? Y a juzgar por lo que Jonathan había dicho, habían pasado más de dos años desde que me marché del pueblo, aunque aquello no tenía sentido. ¿Acaso el tiempo transcurría más deprisa en Saint Andrew, o más despacio en Boston, en la vorágine de fiestas nocturnas y el abandono al que me entregaba en las habitaciones de Adair?

Le dije al cochero que detuviera el carruaje en el camino a la casa de mis padres. La cabaña había cambiado, no se podía negar. Si antes era modesta, mientras yo había estado fuera de Saint Andrew su estado había empeorado. Mi padre la había construido él mismo, como todos los primeros colonos (la única excepción era el capitán, que había llevado carpinteros de Camden para construir su hermosa casa). Mi padre hizo una casa de troncos de una sola habitación, pensada para seguir construyendo más adelante. Y siguió construyendo: una alcoba detrás de la habitación principal para que durmiera Nevin, un desván para las chicas, donde durante muchos años dormimos las tres juntas como muñecas en un estante.

La casa estaba combada como el lomo de un caballo que se ha hecho viejo. Se habían caído partes del relleno entre los troncos. Al tejado le faltaban unos cuantos maderos. Se habían amontonado escombros en el estrecho porche, y los ladrillos de la chimenea estaban medio sueltos. Vi restos de pelo rojizo entre los árboles al otro lado de la casa, lo que significaba que aún pastaban vacas y caballos en los prados. Mi familia había conservado al menos parte del ganado, pero a juzgar por las condiciones de la casa, su suerte había sufrido algún cambio drástico. Parecían hallarse al borde de la indigencia.

Miré con atención la casa. La familia había vuelto de la iglesia —el carro estaba vacío junto al pajar, y podía ver al viejo caballo castaño pastando en el cercado—, pero no había actividad en la cabaña, solo una leve y discontinua columna de humo que se alzaba de la chimenea. Un fuego humilde para un día tan frío. Eché un vistazo al montón de leña. Era insuficiente: solo tenía tres hileras de altura, y el invierno estaba llegando.

Por fin, le dije al cochero que se acercara más a la casa y se detuviera. Esperé una señal de movimiento en el interior, pero al no verla hice acopio de valor, me apeé del carruaje y me acerqué a la puerta.

Maeve respondió a mi llamada. Boquiabierta, me miró de pies a cabeza antes de chillar y lanzar los brazos alrededor de mi cuello. Como pudimos, cruzamos el umbral y entramos en la casa; su voz alegre resonaba en mis oídos.

—¡Dios mío, estás viva! ¡Querida Lanore, creíamos que no te volveríamos a ver! —Maeve se secó lágrimas de alegría de las mejillas con el borde del delantal—. Como no sabíamos nada de ti... Las monjas escribieron a papá y a mamá, y les dijeron que lo más probable era que estuvieras... perdida. —Me guiñó un ojo.

—¿Perdida? —pregunté.

—Muerta. Asesinada. —Maeve clavó en mí sus ojos claros—. Dijeron que en Boston ocurre constantemente. Los forasteros llegan a la ciudad y los bandidos los liquidan. —Su mirada tenía un brillo intenso—. Si no estabas perdida, hermana, entonces ¿qué ocurrió? ¿Dónde has estado estos tres años?

¡Tres años! Una vez más, el tiempo transcurrido me caía encima. Mientras yo estaba en compañía de Adair, el resto del mundo había sido como un tren que se ajusta a su horario, negándose a ir más despacio por mí.

En aquel momento me salvé de dar una explicación porque mi madre subió arrastrando los pies por la trampilla del sótano, con el delantal recogido para cargar unas cuantas patatas. Al verme lo dejó caer todo y se puso blanca como una sábana.

—¡No puede ser!

El corazón se me encogió y por un momento dejó de latir.

—Sí puede ser, madre. Soy tu hija.

—¡Has vuelto de entre los muertos!

—No soy un fantasma —dije con la mandíbula apretada, intentando contener las lágrimas.

Sus viejos y cansados músculos no se resistieron a mi abrazo; me correspondió con toda la fuerza que le quedaba, que era considerablemente menor de la que yo recordaba.

Mientras hablábamos, también ella se enjugaba lágrimas de los ojos. Miró por encima del hombro a mi hermana y asintió.

—Trae a Nevin.

Se me encogió el estómago.

—¿Ya, tan pronto?

Mi madre volvió a asentir.

—Sí, es preciso. Ahora es el hombre de la casa. Lamento tener que decirte que tu padre falleció, Lanore.

Nunca se puede predecir cómo vas a reaccionar ante una noticia de ese tipo. A pesar de lo furiosa que había estado con mi padre, y aunque había empezado a sospechar que algo horrible había sucedido, lo que dijo mi madre me dejó sin aliento. Me desplomé sobre una silla. Mi madre y mi hermana se quedaron de pie a mi lado, con las manos cruzadas.

—Ocurrió hace un año —dijo mi madre con serenidad—. Uno de los toros. Una cox en la cabeza. Fue muy rápido. No sufrí.

Pero ellos sí que habían sufrido, todos los días desde entonces: podía verlo en sus rostros

endurecidos, en sus ropas andrajosas y en el deterioro de la casa. Mi madre captó discretamente mi mirada errante.

—Ha sido muy duro para Nevin. Ha cargado con el peso de llevar la granja, y ya sabes que es demasiado trabajo para un solo hombre. —Los labios de mi madre, antes relajados, se fruncían en un gesto endurecido; su manera de afrontar las crueles circunstancias.

—¿Por qué no contratáis ayuda, un chico de una de las otras granjas? O podéis alquilar los campos. Seguro que hay alguien en el pueblo que desea más tierra —dije.

—Tu hermano no quiere ni oír hablar de esas cosas, así que ten la delicadeza de no decírselo. Ya sabes lo orgulloso que es —dijo, volviendo la cabeza para que yo no viera la amargura de su expresión. El orgullo de Nevin se había convertido en la desgracia de la familia.

Era preciso cambiar de tema.

—¿Dónde está Glynnis?

Maeve se sonrojó.

—Ahora trabaja en Watford. Hoy está llenando estantes.

—¿En domingo? —Enarqué una ceja.

—Trabaja para pagar nuestra deuda, la verdad sea dicha —dijo mi madre, y su confesión terminó en un suspiro de irritación mientras recogía las patatas.

El dinero de Adair me pesaba en el bolso. Pasara lo que pasase, les iba a dar aquel dinero, y ya cargaría con las consecuencias después.

La puerta se abrió y Nevin entró en la mal iluminada cabaña, era una figura oscura y corpulenta recortada contra el cielo nublado. Mis ojos tardaron unos minutos en adaptarse hasta ver bien a Nevin. Había perdido peso y estaba más prieto y fibroso. Se había cortado el pelo tanto que igual podría haberse afeitado la cabeza, y tenía la cara sucia y surcada de cicatrices, lo mismo que las manos. En sus ojos era evidente el mismo desprecio por mí que el día en que me marché, alimentado por su autocompasión por lo que les había ocurrido desde entonces.

Al verme carraspeó y pasó de largo ante mí hasta el cubo de lavarse, metiendo las manos en él.

Me puse en pie.

—Hola, Nevin.

Él gruñó y se secó las manos con un trapo antes de quitarse la raída chaqueta. Olía a vaca, a tierra y a esfuerzo.

—Me gustaría hablar con Lanore en privado —dijo.

Mi madre y mi hermana intercambiaron miradas, y se dirigieron hacia la puerta.

—No, esperad —las llamé—. Dejad que salgamos Nevin y yo. Vosotras quedaos aquí, al calor del fuego.

Mi madre negó con la cabeza.

—No, tenemos cosas que hacer antes de comer. Vosotros, hablad. —Y se llevó a mi hermana delante de ella.

La verdad era que tenía miedo de quedarme a solas con Nevin. Su resquemor se alzaba ante mí como una pared de roca lisa: no veía una sola brecha a la que agarrarme. Su actitud desafiante parecía decir que era mejor que me marchara, que no intentara abrirme paso a su corazón o a su cabeza.

—Así que has vuelto —dijo, arqueando una ceja—. Pero no para quedarte.

—No. —No tenía sentido mentirle—. Ahora mi casa está en Boston.

Me dirigió una mirada de superioridad.

—Ya adivino, por tus ropas elegantes, lo que has estado haciendo. ¿Crees que tu madre y yo queremos saber las cosas vergonzosas que has hecho? ¿Por qué has vuelto? —Ésa era la pregunta que yo había temido.

—Para veros a todos —dije en tono de súplica—. Para que supierais que no estaba muerta.

—Esas noticias se pueden comunicar por carta. Han pasado años sin que supiéramos una palabra tuya.

—Solo puedo pedir disculpas por eso.

—¿Has estado en la cárcel? ¿Por eso no podías escribir? —preguntó, burlón.

—No escribí porque no estaba segura de que sería bienvenida.

Y de todos modos, ¿qué habría podido escribirles? Estaba segura de que era mejor que no volvieran a saber de mí, como había aconsejado Alejandro. Los jóvenes se engañan al creer que pueden romper con su pasado y que este nunca los perseguirá.

Nevin soltó un bufido al oír mi excusa.

—¿Y alguna vez pensaste en el efecto que podría tener tu silencio sobre papá y mamá? A mamá casi la mató. Y fue la razón de que padre muriera.

—Mamá dice que lo mató un toro.

—Así fue como murió, cierto. Un toro le partió el cráneo, su sangre chorreaba en el barro y no había manera de pararla. Pero ¿alguna vez viste a padre bajar la guardia cuando estaba con el ganado? No. Ocurrió porque tenía el corazón enfermo. Desde que recibió la carta de las monjas, ya no era el mismo. Se culpaba por haberte enviado lejos. ¡Y pensar que todavía estaría con nosotros si le hubieras hecho saber que estabas viva! —Golpeó la mesa con los nudillos.

—Ya te he dicho que lo siento. Había circunstancias que me impedían..

—No quiero oír tus excusas. Dices que no has estado en la cárcel. Vuelves con el aspecto de ser la puta más rica de Boston. Ya me hago una idea de lo difíciles que han sido para ti estos tres últimos años. No quiero oír más. —Se apartó de mí, acariciándose los ensangrentados nudillos—. Ah, se me olvidaba preguntar... ¿Dónde está el niño? ¿Lo dejaste en Boston con tu alcahueta?

Las mejillas me ardían como ascuas.

—Te alegrará saber que el niño murió antes de nacer. Un aborto.

—Ah, la voluntad de Dios, como se suele decir. El castigo por tu pecado, al acoger en tu cuerpo a ese demonio de Saint Andrew. —Nevin estaba ufano, complacido con mis noticias, feliz de emitir sus juicios—. Nunca pude entender que una chica lista como tú pudiera mostrarse tan ciega con ese cabrón de Saint Andrew. ¿Por qué no me hiciste caso? Soy un hombre, lo mismo que él, y sé cómo piensan los hombres...

No dijo nada más, exasperado. Yo quería borrar la sonrisa de superioridad de la cara de Nevin, pero no podía. Quizá tuviera razón. Tal vez él pudiera ver en la mente de Jonathan y comprender mejor que yo, y todos aquellos años había intentado protegerme de la tentación. Mi fracaso había sido su fracaso.

Volvió a frotarse los nudillos.

—Bueno, ¿cuánto tiempo piensas quedarte?

—No lo sé. Unas semanas.

—¿Sabe mamá que no has venido para quedarte? ¿Que otra vez nos dejarás? —preguntó

Nevin, en tono agrio pero también con placer en la voz porque yo fuera a romperle de nuevo el corazón a nuestra madre.

Negué con la cabeza.

—No puedes quedarte demasiado tiempo —me advirtió—, o la nieve te retendrá hasta la primavera.

¿Cuánto tiempo necesitaría para convencer a Jonathan de que me acompañara a Boston? ¿Podría soportar un invierno aislada en Saint Andrew? Me entraba claustrofobia solo con pensar en los largos y oscuros días de invierno, recluida por la nieve en la cabaña con mi hermano.

Nevin metió su puño ensangrentado en el cubo de agua, y se limpió su herida autoinfligida mientras me hablaba.

—Puedes quedarte con nosotros mientras estés de visita. Me gustaría sacarte de una oreja de aquí... Sin embargo, no daré motivos a los vecinos para que chismorreen. Pero tienes que comportarte todo el tiempo, o te largarás.

—Naturalmente. —Pasé una mano nerviosa por mi falda de seda.

—Y no traerás aquí a ese cabrón de Saint Andrew. Te diría que no lo vieras mientras estés viviendo bajo mi techo, pero sé que irías con él de todos modos y me mentirías.

Tenía razón, por supuesto. Pero por el momento, yo tenía que aparentar arrepentimiento.

—Lo que tú digas, hermano. Gracias.

34

Aquella primera noche en casa fue difícil. Por una parte, no puedo recordar una cena más alegre. Cuando Glynnis volvió a la cabaña después de su jornada en la tienda de Watford, aquel nuevo reencuentro hizo que saltaran chispas de nuestros corazones (excepto en el de Nevin, que nunca me perdonaría). Mientras se horneaban las galletas, saqué sus regalos de mi baúl, repartiéndolos como si fuera Papá Noel. Maeve y Glynnis bailaron a mi alrededor con la seda china sujeta a la altura del corpiño, planeando los elegantes vestidos que harían con ella, y mi madre casi lloró de alegría al ver el chal. Su deleite solo sirvió para enfurecer más a Nevin; gracias a Dios, no había llevado nada para él pues sospechaba que lo tiraría al fuego, aunque lo más probable era que me hubiera abofeteado y echado de la casa a patadas.

Después de lavar los platos y mientras se consumían las velas, nos sentamos alrededor de la mesa y mi madre y mis hermanas me pusieron al corriente de todo lo que había ocurrido en el pueblo mientras yo estaba fuera: malas cosechas, enfermedades, uno o dos recién llegados. Y por supuesto, muertes, nacimientos y bodas. Se extendieron acerca de la boda de Jonathan, suponiendo que yo querría saberlo todo, la comida elegante que se sirvió (sin saber que yo había comido y bebido delicias más exóticas que las que ellas podían soñar), qué socios comerciales de los Saint Andrew habían hecho el arduo viaje, cruzando ríos y bosques para asistir.

—Qué pena que el capitán no viviera para verlo —dijo mi madre.

¡Y la niña! Por cómo hablaban de ella mi madre y mis hermanas, cualquiera pensaría que la niña había sido la hija de todo el pueblo. Solo Nevin parecía no mostrar un interés reverencial por la pequeña.

—¿Qué nombre le puso Jonathan? —pregunté, untando una última corteza en grasa de vaca.

—Ruth, igual que su madre —dijo Glynnis, alzando las cejas.

—Es un buen nombre cristiano —la reprendió mi madre—. Seguro que querían un nombre de la Biblia.

Meneé un dedo hacia ellas.

—Apuesto a que no fue decisión de Jonathan ni de Evangeline. Fue obra de su madre. Creed lo que os digo.

—A lo mejor, la idea de tener un niño lo antes posible también fue de la señora Saint Andrew.

—Maeve contuvo el aliento un instante, mirando a Glynnis en busca de ánimo, y después continuó—. Fue un parto terriblemente difícil, Lanore. Evangeline casi se muere. Es tan delicada...

—Y tan joven...

Todas en la mesa asintieron.

—Tan joven... —Maeve suspiró—. He oído que la comadrona le dijo que esperara un tiempo para tener más hijos.

—Es verdad —confirmó Glynnis.

—¡Basta! —Nevin clavó el extremo de su cuchillo en la mesa, haciendo estremecer a las mujeres—. ¿Es que un hombre no puede cenar en paz sin tener que escuchar cotilleos acerca del rompecorazones del pueblo?

—Nevin... —empezó mi madre, pero él la interrumpió.

—No quiero oír más al respecto. Es culpa de Jonathan, por casarse con una cría. Es escandaloso, pero no esperaba nada mejor de él —gruñó Nevin. Durante un instante creí que regañaba a mi madre y a mis hermanas para ahorrarme más conversación acerca de tener hijos. Se levantó de la mesa y se dirigió a la butaca que había junto al fuego, donde solía sentarse nuestro padre después de cenar. Se me hizo extraño verlo en aquella butaca... y con su pipa.

A juzgar por la posición de la luna en el cielo, era casi medianoche cuando bajé de la buhardilla, incapaz de dormir. Los restos del fuego decoraban las paredes con un brillo danzarín y ondulante. Me sentía inquieta y no podía quedarme encerrada en la casa. Necesitaba compañía. Por lo general, a aquellas horas de la noche estaría preparándome para pasarla en la cama de Adair, y descubrí, sentada en el banco, que tenía hambre —no, voracidad— de contacto físico que me reconfortara. Me vestí y salí haciendo el menor ruido posible. Mi cochero estaba durmiendo en el pajar, abrigado por una montaña de mantas y el calor de una docena de reses apretadas con él bajo el mismo techo. No quería ensillar el caballo castaño de la familia y privar al pobre animal de su merecido descanso, de modo que emprendí el camino a pie en la única dirección que se me ocurrió: hacia el pueblo. Para cualquier otro, hasta un recorrido así de corto a pie habría sido suicida. La temperatura estaba por debajo del punto de congelación y el viento era cortante, pero yo era inmune a las inclemencias del tiempo y podía andar a buen paso sin cansarme. Llegué casi sin darme cuenta a las casas de las afueras del pueblo.

¿Adónde se podía ir? Saint Andrew no era precisamente una gran ciudad. Había pocas luces visibles a través de las ventanas de las casas. El pueblo dormía, pero la taberna de Daniel Daughtery todavía estaba abierta: brillaba una luz a través de su única ventana. Vacilé ante la puerta, preguntándome si sería prudente dejarme ver a aquellas horas. Pocas mujeres entraban en Daughtery, y ninguna lo hacía sola. Nevin podía enterarse fácilmente, y eso alimentaría su convicción de que yo era una vulgar prostituta. Pero el atractivo de aquellos cuerpos calientes en el interior, el rumor apagado de las conversaciones, el estallido ocasional de una risa, eran muy fuertes. Me sacudí el barro de los zapatos y entré.

Solo había unos pocos clientes (por fortuna, dado lo reducido del espacio): un par de leñadores de los que trabajaban para Jonathan y Tobey Ostergaard, el brutal padre de la pobre Sophia, que parecía asimismo un cadáver, con la piel grisácea y los ojos sin vida fijos en la pared de atrás. Todas las cabezas se volvieron en mi dirección cuando entré, y Daughtery me dedicó una mirada particularmente fea.

—Una cerveza —pedí innecesariamente; solo había una bebida en la carta.

En otro tiempo, la taberna había formado parte de la casa de Daughtery, dividida (a pesar de las objeciones de su mujer) para acomodar una barra, una mesa pequeña y varios taburetes

construidos con piezas sobrantes de madera, todos con una pata más corta que las otras dos. En los meses de más calor, había juegos de azar y a veces peleas de gallos en el granero, que estaba separado de la casa principal por un sendero embarrado. La mayoría de los clientes no se quedaban, sino que compraban un barril de cerveza para consumir en casa con las comidas, ya que elaborar cerveza era un trabajo molesto y la de Daughtery, según el consenso general, era la mejor del pueblo.

—Ya me habían dicho que habías vuelto —dijo Daughtery mientras recogía mi moneda—. Parece que Boston te ha tratado bien... —Miró sin disimulo mis ropas—. ¿Qué ha hecho una chica del campo como tú para comprar vestidos tan elegantes?

Igual que mi hermano, Daughtery había imaginado —todos debían de haberlo imaginado— lo que había hecho para convertirme en una mujer rica. Nadie tuvo el valor de acusarme directamente, y las insinuaciones de Daughtery me enfurecieron; se estaba luciendo para sus clientes. Aun así, ¿qué podía hacer yo, dadas las circunstancias? Le obsequié con una sonrisa enigmática por encima del borde de la jarra.

—He hecho lo mismo que hacen innumerables personas para mejorar su nivel de vida: me he asociado con gente de posibles, señor Daughtery.

Uno de los leñadores se marchó poco después de llegar yo, pero el otro se acercó a pedirme que compartiera su mesa. Había oído que Daughtery mencionaba Boston y estaba ansioso de hablar con alguien que hubiera estado allí recientemente. Era joven, unos veinte años, de carácter amable y aspecto limpio, a diferencia de la mayoría de los jornaleros de los Saint Andrew. Me dijo que procedía de una familia humilde de las afueras de Boston propiamente dicho. Solo había ido a Maine para trabajar. Recibía una buena paga, pero el aislamiento le estaba matando. Echaba de menos el ajetreo de la ciudad, dijo, y sus posibilidades de diversión. Tenía lágrimas en los ojos al describir el parque público en un fin de semana soleado, y la brillante superficie negra del río Charles bajo la luna llena.

—Tenía la intención de marcharme de aquí antes de las nieves —dijo, mirando su jarra—, pero oí que Saint Andrew necesita gente que se quede durante el invierno, y paga bien. Sin embargo, los que se han quedado algún invierno dicen que la soledad es terrible.

—Supongo que es cuestión de puntos de vista.

Daughtery golpeó con una jarra el mostrador de arce, sobresaltándonos a los dos.

—Id terminando. Es hora de que os vayáis a vuestras respectivas camas.

Nos quedamos fuera de la puerta cerrada de Daughtery, muy cerca uno del otro para protegernos del viento. El desconocido acercó la boca a mi oreja y el calor de sus palabras hizo que el vello de mi mejilla se erizara, como flores estirándose hacia el sol. Me confió que hacía mucho tiempo que no disfrutaba de la compañía de una mujer. Confesó que tenía poco dinero, pero me preguntó si a pesar de todo estaría dispuesta.

—Espero que no esté suponiendo demasiado acerca de tu profesión —dijo con una sonrisa nerviosa—, pero cuando te he visto entrar en Daughtery sola...

No pude protestar: me había calado bien.

Nos colamos en el establo de Daughtery. Los animales estaban tan acostumbrados a los visitantes nocturnos de la taberna que ni se inmutaron. El joven leñador se ajustó la ropa, desabotonó la delantera de sus pantalones y puso su verga en mi mano. Se derritió con mis atenciones y una espesa nube de placer lo engulló sin que ofreciera resistencia. Debió de ser el

retorno a Saint Andrew y volver a ver a Jonathan lo que me hizo hervir la sangre. Las que tocaban mi cuerpo eran las manos del leñador, pero era Jonathan el que estaba en mi mente. Era una insensatez pensar en Jonathan, pero aquella noche, la combinación de carne y recuerdos me daba una idea de cómo podía ser, y me hizo anhelar más. Así que atraje al joven hacia mí y apoyé un pie en una bala de heno para facilitarle el acceso por debajo de mis enaguas.

El joven se balanceó dentro de mí, carne suave y firme y manos delicadas, y yo procuré imaginar que era Jonathan, pero no conseguí que la ilusión durara. A lo mejor Adair tenía razón, tal vez saliéramos ganando si convertíamos a Jonathan en uno de los nuestros. Una necesidad incontrolable me impelía a intentarlo... o quedaría insatisfecha para el resto de mi vida; es decir, para toda la eternidad.

El leñador dejó escapar un suspiro al terminar, y después sacó un pañuelo y me lo ofreció.

—Perdona mi brusquedad, señorita —susurró con pasión en mi oído—, pero ha sido el polvo más asombroso que he echado en mi vida. Debes de ser la prostituta más habilidosa de Boston.

—Cortesana —le corregí suavemente.

—Sé muy bien que no podré compensarte del modo al que sin duda estás acostumbrada... —dijo, y hurgó en su bolsillo para buscar dinero, pero yo le puse una mano en el brazo y lo detuve.

—No te preocupes. Guárdate tu dinero. Pero prométeme que no le dirás ni una palabra de lo sucedido a nadie —pedí.

—Oh, no, señorita, no lo haré... aunque me acordaré de esto el resto de mi vida.

—Y yo también —dije, si bien aquel muchacho de rostro dulce iba a ser solo uno de una serie de muchos... o tal vez el último, para ser sustituido por Jonathan y solo por Jonathan, si tenía suerte.

Ví cómo el joven leñador desaparecía tambaleándose en la noche, dirigiéndose al camino que conducía a la propiedad de los Saint Andrew, y después me envolví bien en mi capa y eché a andar en dirección contraria. Su calor aún calentaba el interior de mis muslos y sentí también una agradable y familiar agitación en el pecho, la satisfacción que siempre sentía cuando dejaba indefenso a un hombre, convertido en un esclavo sexual. Estaba impaciente por experimentar aquel placer con Jonathan y sorprenderlo con mis nuevas habilidades.

Mi camino me llevó al taller del herrero y, por la fuerza de la costumbre, miré en dirección a la casita de Magda. Se veía una luz a través del chal que había clavado sobre la única ventana, y supe que estaba despierta. Era curioso: en otro tiempo había envidiado su casita... Y supongo que todavía la envidiaba, porque sentí una pequeña punzada en el corazón al verla, recordando los sencillos tesoros que tanto me habían impresionado de niña. Puede que la mansión de Adair fuera suntuosa y estuviera llena de objetos valiosos, pero en cuanto cruzabas el umbral perdías la libertad. Magda era la señora de su casa, y eso nadie podía arrebatárselo.

Mientras yo estaba en lo alto del sendero, la puerta delantera se abrió y salió uno de los leñadores (gracias a Dios, porque me habría mortificado ver a uno de mis vecinos terminando su asunto con Magda). La mujer en persona apareció detrás de él, y por un momento quedaron bañados en la luz que salía por la puerta abierta. Los dos estaban riendo. Magda se envolvía los hombros con una capa mientras guiaba a su cliente escalones abajo agitando un brazo como despedida. Retrocedí hacia la sombra para ahorrarle al leñador el embarazo de ser observado, pero no pude evitar que Magda lo notara.

—¿Quién está ahí?! —gritó—. No quiero problemas.

Salí de la oscuridad.

—No los tendrá conmigo, señora Magda.

—¿Lanore? ¿Eres tú?

Estiró el cuello, y yo troté cruzándome con el leñador que se marchaba y subí los escalones para abrazarla. Sus brazos me parecieron más frágiles que nunca.

—Dios mío, muchacha, me habían dicho que te habíamos perdido —dijo mientras me hacía pasar.

El ambiente era sofocante por el calor de la pequeña chimenea y de los dos cuerpos que habían estado ejercitándose no hacía mucho (el olor a almizcle todavía flotaba en el aire; aquellos leñadores no eran muy estrictos en cuestión de baños y podían llegar a apestar), así que me quité la capa. Magda me cogió por los hombros y me hizo girar para ver mejor mi elegante vestido.

—¡Vaya, señorita McIlvrae, por lo que se ve, yo diría que te ha ido muy bien!

—No puedo decir que esté orgullosa de mi trabajo...

Magda me miró con reproche.

—¿Debo suponer que tu buena fortuna te ha venido del modo habitual para una joven? — Como yo no respondía, ella se quitó su capa de un tirón—. Bueno, ya sabes lo que opino yo sobre este tema. No es un crimen tomar el único camino que se te abre y tener éxito en ello. Si Dios no quisiera que nos ganáramos la vida siendo ramera, nos daría otro medio de subsistencia. Pero no lo hace.

—No soy exactamente una ramera. — ¿Por qué me sentía obligada a aclararle mi situación?, me pregunté—. Hay un hombre que se ocupa de mí.

—¿Estáis casados?

Negué con la cabeza.

—Entonces eres su mantenida. —No me lo preguntaba; era más bien la constatación de un hecho, como si me estuviera informando sobre un puesto que yo quería ocupar.

Sirvió ginebra en dos vasos diminutos, opacos por el uso, y le hablé de mi vida en Boston y de Adair. Era un alivio poder hablarle a alguien de él. Una versión adulterada, por supuesto, omitiendo las partes de él que me gustaría cambiar: sus violentos accesos de rabia, la naturaleza voluble de su estado de ánimo, el ocasional compañero masculino en su cama. Le dije que era guapo, rico, y que estaba prendado de mí. Ella asentía mientras yo le contaba mi historia.

—Bien hecho, Lanore. Pero asegúrate de apartar algo del dinero que se gasta en ti.

A la luz de las velas, pude ver con más claridad el rostro de Magda. Aquellos tres años habían dejado su huella en ella. Su delicada piel se había arrugado alrededor de la boca y en el cuello, y su pelo negro lucía más de una cana. Sus bonitos corsés estaban deslucidos y raídos. Aunque fuera la única prostituta del pueblo, no iba a poder seguir en su oficio mucho más tiempo. Los madereros jóvenes dejarían de acudir a ella, y los mayores, que aún pagarían por sus servicios, ya no la tratarían con consideración. Pronto sería una mujer mayor y sin amigos en un pueblo donde la vida era dura.

Yo me había prendido en el corpiño un discreto broche de perlas, un regalo de Adair. Mi familia no sabía nada de joyas y por eso lo había tenido puesto sin avergonzarme por ello en su presencia, pero Magda tenía que saber que valía una pequeña fortuna. Al principio pensé que debía dárselo a mi familia, que tenía más derecho a él que una mujer que solo era mi amiga, pero había decidido dejarles dinero, y no una cantidad insignificante. Así que desprendí el broche de

mi ropa y se lo ofrecí.

Magda torció la cabeza.

—Oh, no, Lanore, no tienes que hacer esto. No necesito tu dinero.

—Quiero que te lo quedes.

Ella apartó mi mano extendida.

—Sé lo que estás pensando. Y yo tengo planeado retirarme pronto. He ahorrado bastante dinero durante mi estancia aquí. El viejo Charles Saint Andrew debería haberme enviado directamente a mí los salarios de algunos de sus hombres, dado el tiempo que pasaban en esta casa, y así les habría ahorrado el trabajo de cargar con su paga en los bolsillos durante uno o dos días. —Se echó a reír—. No, preferiría que te lo quedaras tú. Puede que ahora no me creas, porque eres joven y guapa y tienes a un hombre que valora tu compañía, pero algún día todas estas cosas desaparecerán y quizá necesites el dinero que este broche te proporcionaría.

Naturalmente, no podía decirle que aquel día nunca llegaría para mí. Forcé una ligera sonrisa mientras volvía a prenderme la joya en su sitio.

—Estoy pensando en mudarme al sur en primavera. A algún sitio cerca de la costa —continuó. Paseó la mirada por la habitación como si estuviera decidiendo qué pertenencias llevarse y cuáles dejar—. Tal vez encuentre a un viudo simpático y solo y me case otra vez.

—No me cabe duda de que la fortuna te sonreirá, Magda, hagas lo que hagas, porque tienes un corazón generoso —dije, poniéndome en pie—. Tengo que dejar que te retires por esta noche y volver con mi familia. Me ha alegrado volver a verte, Magda.

Nos abrazamos de nuevo y me pasó cariñosamente la mano por la espalda.

—Cuídate, Lanore. Y por encima de todo, no te enamores de tu caballero. Las mujeres tomamos nuestras peores decisiones cuando estamos enamoradas.

Me acompañó hasta la puerta y me despidió agitando el brazo. Pero la verdad de su consejo me pesaba en el corazón, y cuando tomé el sendero del bosque estaba menos alegre que antes.

Durante el camino a casa estuve más inquieta, y al pensarlo comprendí que se debía a que le había mentido a Magda acerca de Adair. No solo le había ocultado su secreto, nuestro secreto. Aquello era comprensible. Sin embargo, si había alguien en Saint Andrew capaz de perdonarle a Adair sus peculiaridades, esa era Magda, y aun así yo había preferido mentirle acerca de él y de mi relación con él. Una mujer quiere, por encima de todo, estar orgullosa del hombre de su vida, y era evidente que yo no lo estaba. ¿Cómo podía estar orgullosa de lo que Adair había hecho aflorar en mí, lo que él había sabido solo con mirarme, que yo compartía algunos de sus oscuros apetitos? Aunque le tenía miedo, no se podía negar que yo había respondido, que había aceptado todos los desafíos sexuales que él me proponía. Había sacado de mí algo que yo no podía negar, pero de lo que no estaba orgullosa. Así que tal vez no estaba avergonzada de Adair; tal vez estaba avergonzada de mí misma.

Aquellos negros pensamientos me atormentaban mientras me apretaba la capa para protegerme del viento y me apresuraba por el camino de vuelta a la cabaña de mi familia. No podía dejar de recordar todas las cosas terribles que había hecho, ni de pensar en cómo me había deleitado en oscuros placeres. No era de extrañar que me preguntara si habría caído sin posibilidad de redención.

35

Cuando me desperté a la mañana siguiente, oí a mi madre y a Maeve hablando en susurros en la cocina para no despertarme. Debía de parecerles una perezosa dormilona, enterrada bajo varias capas de mantas, perdiéndome las horas más productivas de la jornada, durmiendo hasta mediodía... aunque hacía mucho tiempo que no me levantaba tan pronto.

—Vaya, mira quién se ha levantado —dijo mi madre desde el fogón cuando me oyó gruñir arriba.

—Supongo que Nevin habrá hecho sus comentarios acerca de mis hábitos de sueño —respondí mientras bajaba por la escalera.

—Hemos hecho lo que hemos podido para impedir que te sacara a rastras cogida por los pies —dijo Maeve, y me pasó mi ropa, que había estado colocada encima de una silla cerca del fuego para que perdiera la humedad.

—Sí, bueno, es que anoche no podía dormir y di un paseo hasta el pueblo —confesé.

—¡Lanore! —Mi madre casi dejó caer el cuchillo—. ¿Has perdido la cabeza? ¡Podrías haber muerto congelada! Por no mencionar que te podría haber pasado algo peor... —Cruzó una mirada con mi hermana; las dos sabían que me quedaba poca virtud que proteger, lo que le quitó ironía a sus palabras.

—Había olvidado el frío que hace por la noche aquí, en el norte —mentí.

—¿Y adonde fuiste?

—Apuesto a que a la iglesia, no. —Maeve rió.

—No, a la iglesia no. Fui a la taberna de Daughtery.

—Lanore...

—Un poco de compañía en una hora solitaria, eso es todo lo que quería. No estoy acostumbrada a retirarme tan pronto y con tanta quietud. Mi vida es muy diferente en Boston. Deberéis tener paciencia conmigo... —Me ajusté a la cintura las cintas de mi falda antes de acercarme a mi madre y besarla en la frente.

—Ahora no estás en Boston, querida —me reprendió mi madre.

—Que no te preocupe mucho —dijo Maeve—. Como si a Nevin no lo vieran por Daughtery de vez en cuando. Si los hombres pueden ir, no sé por qué no se te ha de permitir a ti, al menos alguna que otra vez. —Echó una mirada a mi madre, para ver si protestaba—. Y ya nos acostumbraremos a ello.

Así que Nevin iba a Daughtery. Debería andarme con cuidado. Si se enteraba de mis devaneos

nocturnos, las cosas se pondrían feas para mí.

En aquel momento, nos interrumpió una llamada a la puerta. Uno de los sirvientes de los Saint Andrew extendió un sobre de color marfil con mi nombre escrito en él. Dentro había una nota escrita con la letra meticulosa de la madre de Jonathan, invitando a mi familia a cenar aquella noche. El sirviente esperó nuestra respuesta en la puerta.

—¿Qué le decimos? —pregunté, aunque era bastante fácil adivinar su respuesta. Maeve y mi madre bailaban como Cenicienta cuando se enteró de que iba a acudir al baile.

—¿Y Nevin? Seguro que se niega a ir —pregunté.

—Sin duda. Por principio —dijo Maeve.

—Ojalá vuestro hermano tuviera mejor cabeza para los negocios —murmuró mi madre—. Podría aprovechar esta oportunidad y hablar con Jonathan para que nos compre más. Medio pueblo se gana la vida gracias a esa familia. ¿Quién más va a comprar nuestra carne? Ellos, con todos esos hombres que alimentar...

Probablemente consideraba a los Saint Andrew unos tacaños por alimentar a sus trabajadores con ciervos cazados en su propiedad.

Volví a la puerta y le dije al sirviente:

—Por favor, comunica a la señora Saint Andrew que aceptamos encantadas su invitación y estaremos allí para cenar.

La cena de aquella noche me pareció irreal, al estar rodeada por nuestras dos familias. Nunca había ocurrido en todo el tiempo en que Jonathan y yo éramos amigos de niños, y me habría encantado que la cena de aquella noche se hubiera reducido a nosotros dos en torno a una mesa delante de la chimenea de su despacho. Pero aquello no habría sido correcto, puesto que Jonathan tenía una esposa y una hija.

Sus hermanas, prácticamente unas solteras ya, miraban con ojos de búho a mis vivarachas hermanas como si fueran monos sueltos por su casa. El pobre y retrasado Benjamin se sentaba junto a su madre, con los ojos fijos en su plato y los labios fruncidos, obligándose a permanecer quieto. De vez en cuando, su madre le cogía la mano y se la acariciaba, lo que parecía tener un efecto tranquilizador en el pobre chico.

Y a la izquierda de Jonathan estaba Evangeline, que parecía una niña a la que se ha permitido sentarse a la mesa de los adultos. Sus dedos rosados tocaban cada pieza de sus cubiertos como si no estuviera familiarizada con la utilidad de todos los instrumentos del fino servicio de plata. Y de vez en cuando, su mirada volaba al rostro de su marido, como un perro que se asegura de la presencia de su amo.

Ver a Jonathan rodeado de aquella manera, por la familia que siempre dependería de él, me hizo sentir lástima por él y me hastió.

Después de la comida —un costillar de ciervo y una docena de codornices asadas, lo que dio lugar a platos donde se amontonaban grandes costillas de res y diminutos huesos de ave, todo bien pelado—, Jonathan paseó la mirada por la mesa, en la que casi todas eran mujeres, y me invitó a seguirlo al antiguo despacho de su padre, que había hecho suyo. Cuando su madre abrió la boca para poner objeciones, él dijo:

—Aquí no han ningún hombre que me acompañe a fumar una pipa, y me gustaría hablar con Lanore a solas, si es posible. Además, estoy seguro de que si no, se aburriría mucho.

Las cejas de Ruth se dispararon hacia arriba, aunque las hermanas de Jonathan no parecieron ofenderse. Era posible que él estuviera intentando librarlas de la molestia de mi compañía: seguro que también ellas suponían que yo era una prostituta, y era probable que Jonathan me hubiera invitado imponiéndose sobre sus protestas.

Después de cerrar la puerta, sirvió unos whiskies, cargó de tabaco dos pipas y nos instalamos en butacas cerca del fuego. Primero quiso saber cómo había desaparecido en Boston. Le conté una versión más detallada de la historia que le había ofrecido a mi familia: que estaba al servicio de un europeo rico, contratada para actuar como representante suya en América. Jonathan escuchaba con escepticismo, yo diría que dudando entre discutir mi explicación o simplemente disfrutar del relato.

—Deberías pensar en mudarte a Boston. La vida es mucho más fácil —dije, acercando una llama a la pipa—. Eres un hombre rico. Si vivieras en una gran ciudad, podrías disfrutar de los placeres de la vida.

Él negó con la cabeza.

—No podemos irnos de Saint Andrew. Hay que recoger la madera, que es la sangre de nuestra vida. ¿Quién dirigiría el negocio?

—El señor Sweet, que es quien lo hace ahora. U otro capataz. Así es como manejan sus propiedades los hombres ricos con muchas inversiones. No hay motivo para que tú y tu familia sufráis las privaciones de los crudos inviernos de Saint Andrew.

Jonathan miró el fuego, chupando su pipa.

—Puede que pienses que mi madre estaría encantada de volver con su familia, pero nunca la sacaremos de Saint Andrew. Ella lo negaría, pero se ha acostumbrado a su posición social. En Boston sería una viuda acomodada más. Hasta puede que sufriera socialmente por haber pasado tanto tiempo en «los territorios salvajes». Además, Lanny, ¿has pensado en qué sería del pueblo si nos marcháramos?

—Tu negocio seguiría estando aquí. Todavía tendrías que pagar a los del pueblo lo que sea que les estés pagando ahora. La única diferencia sería que tú y tu familia tendríais el tipo de vida que merecís. Habría médicos para ver a Benjamín. Podríais disfrutar de la vida social de los domingos con los vecinos, ir a fiestas y partidas de cartas todas las noches, como miembros de la élite social de la ciudad.

Jonathan me dirigió una mirada incrédula, lo bastante dudosa para que yo pensara que lo que había dicho de su madre podía ser una excusa. A lo mejor era él quien tenía miedo de salir de Saint Andrew, de dejar el único lugar que conocía y convertirse en un pez pequeño en un estanque grande y muy poblado.

Me incliné hacia él.

—¿No sería esa tu recompensa, Jonathan? Has trabajado con tu padre para reunir esta fortuna. No tienes ni idea de lo que te está esperando fuera de estos bosques, estos bosques que son como los muros de una prisión.

Pareció dolido.

—No creas que nunca he salido de Saint Andrew. He estado en Fredericton.

Los Saint Andrew tenían socios comerciales en Fredericton, que formaban parte del negocio maderero. Los troncos bajaban flotando por el Allagash hasta el río Saint John y eran procesados en Fredericton, aserrados en tablas o quemados para hacer carbón. Charles había llevado allí a

Jonathan cuando este era adolescente, pero me había contado poco del viaje. Pensándolo bien, Jonathan no parecía sentir curiosidad por el mundo que había fuera de nuestro pequeño pueblo.

—No se puede decir que Fredericton sea Boston —le espeté—. Y además, si vinieras a Boston, tendrías oportunidad de conocer a mi jefe. Es de la realeza europea, prácticamente un príncipe. Pero lo que de verdad importa es que es un auténtico entendido en los placeres. Un hombre que te gustaría. —Intenté sonreír misteriosamente—. Te garantizo que cambiaría tu vida para siempre.

Me dirigió una mirada intensa.

—¿Un entendido en los placeres? ¿Y cómo sabes tú eso, Lanny? Creía que eras su representante.

—Se puede actuar como intermediario en nombre de otro para muchas cosas.

—Reconozco que has despertado mi curiosidad —dijo, pero su tono era condescendiente. Parte de mí lamentaba que Jonathan estuviera tan comprometido con sus nuevas responsabilidades y no sintiera al menos curiosidad por las tentaciones que yo le ofrecía. Sin embargo, estaba segura de que el Jonathan de siempre seguía allí; solo tenía que despertarlo.

Después de aquello, Jonathan y yo pasamos casi todas las tardes juntos. Enseguida vi que no había cultivado otras amistades. No estaba segura del porqué, ya que no podía haber escasez de hombres dispuestos a disfrutar de la posición social y los posibles beneficios económicos que acarrearía ser amigo íntimo de Jonathan. Pero Jonathan no era tonto. Eran los mismos hombres que, cuando eran niños, envidiaban su belleza, su posición y su riqueza. Resentidos porque sus padres estaban obligados con el capitán, por salarios o por rentas.

—Te echaré de menos cuando te marches —me dijo Jonathan una de aquellas tardes que pasamos encerrados tras las puertas del despacho, quemando buen tabaco—. ¿No hay posibilidad de que te quedes? No tienes por qué volver a Boston, si se trata de dinero. Yo podría darte un empleo, y estarías aquí para ayudar a tu familia, ahora que tu padre no está.

Me pregunté si Jonathan habría meditado aquella oferta o si se le acababa de ocurrir. Aunque me hubiera encontrado algún tipo de colocación, su madre habría puesto objeciones a que una mujer caída en desgracia trabajara para su hijo. Pero tenía razón en que aquella sería una oportunidad de ayudar a mi familia, y me estremecí por dentro. No obstante, también me sentía agobiada por un miedo incierto ante la posibilidad de no obedecer las órdenes de Adair.

—No podría renunciar a la ciudad, ahora que la conozco. A ti te pasaría lo mismo.

—Ya te he explicado...

—No tienes que tomar una decisión precipitada. Al fin y al cabo, trasladar toda tu casa a Boston no es ninguna menudencia. Ven conmigo a visitarla. Dile a tu familia que vas en viaje de negocios. Averigua si la ciudad te gusta... —Había limpiado hábilmente el cañón de la pipa con un alambre (una habilidad adquirida limpiando la pipa de agua de Adair) y golpeé la cazoleta contra una bandejita para vaciarla de ceniza—. Además, sería ventajoso para tu negocio. Adair te llevaría a sitios, te presentaría a propietarios de serrerías y cosas así. Y te presentaría en sociedad. ¡Aquí en Saint Andrew no hay cultura! No tienes ni idea de las cosas que te estás perdiendo: teatro, conciertos... Y lo que yo creo que de verdad te resultaría fascinante... —me incliné hacia delante, acercando mi cabeza a la suya para hablar en confidencia— es que Adair es muy parecido a ti en cuestión de los placeres de hombres.

—No me digas... —Su expresión me pedía que continuara.

—Las mujeres se le echan encima. Toda clase de mujeres. Mujeres de la alta sociedad, mujeres normales y, cuando se harta de ese tipo de compañía, siempre están las... damiselas.

—¿Damiselas?

—Prostitutas. Boston está lleno de prostitutas de todas las clases. Burdeles elegantes. Putas de la calle. Actrices y cantantes que estarían encantadas de ser tus amantes solo por las bonitas habitaciones y el dinero que gastas.

—¿Me estás diciendo que tengo que recurrir a una actriz o a una cantante para encontrar una mujer que soporte mi compañía? —preguntó, y después apartó la mirada—. ¿Es que todos los hombres de Boston pagan por la compañía de una mujer?

—Si quieren sus atenciones en exclusiva —dije, reorientando poco a poco el rumbo de la conversación—. Estas mujeres tienden a estar más versadas que la mayoría en las artes del amor —continué, con la esperanza de despertar su curiosidad. Había llegado el momento de darle uno de los regalos de Adair—. Esto es un obsequio de mi jefe. —Entregué a Jonathan un paquetito envuelto en seda roja: la baraja de cartas obscenas—. De un caballero a otro.

—Interesante —dijo, mirando con atención una carta tras otra—. Había visto una baraja como esta cuando estuve en New Fredericton, aunque no tan... imaginativa.

Cuando fue a recoger la seda roja para envolver de nuevo las cartas, un segundo regalo cayó de la tela, uno que yo había olvidado que llevaba.

Jonathan aspiró aire con fuerza.

—Dios mío, Lanny, ¿quién es esta? —Tenía en las manos un retrato en miniatura de Uzra, y un brillo de embeleso en los ojos—. ¿Es un fantasma, la creación de la mente de un artista...?

No me importó el tono de su voz. Ningún caballero debería hablar así delante de una mujer a la que asegura apreciar, pero ¿qué se le iba a hacer? El retrato estaba pensado para tentarle y estaba claro que había cumplido su cometido.

—Oh, no, te aseguro que existe en carne y hueso. Es la concubina de mi jefe, una odalisca que se trajo de la Ruta de la Seda.

—Tu jefe tiene una organización doméstica muy curiosa, por lo que se ve. ¿Una concubina, mantenida abiertamente en Boston? Yo pensaba que no lo consentirían. —Su mirada pasó del retrato a mí, con las cejas muy juntas—. No comprendo. ¿Por qué tu jefe me envía regalos? ¿Qué interés tiene? ¿Qué demonios le has contado de mí?

—Está buscando a un compañero adecuado, y le parece que tú podrías ser un alma gemela. —Lo vi receloso, como si tal vez temiera que el interés de un hombre al que no conocía tuviera que estar relacionado con su fortuna—. Si quieres que te diga la verdad, creo que está desilusionado con la gente de Boston. Son todos muy serios. No ha sido capaz de encontrar un bostoniano con un espíritu similar al suyo, dispuesto a entregarse a cualquier fantasía que le interese.

Pero Jonathan no parecía estar prestando atención a lo que yo decía. Me observaba de un modo que me hizo temer que hubiera dicho algo ofensivo sin darme cuenta.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Es solo que estás... tan cambiada —dijo al fin.

—No te lo discutiré. He cambiado por completo. La cuestión es: ¿estás decepcionado por el cambio?

Parpadeó, había una sombra de dolor en aquellos ojos oscuros.

—Debo responder que... sí, tal vez un poquito. No sé muy bien cómo decir esto sin herir tus sentimientos, pero no eres la chica que eras cuando te marchaste. Eres tan mundana... Eres la amante de ese hombre, ¿verdad? —preguntó, vacilante.

—No exactamente. —Me vino a la cabeza una expresión de años atrás—. Soy su esposa espiritual.

—¿Su esposa espiritual?

—Todas lo somos. La odalisca, yo, Tilde... —Me pareció que era mejor dejar al margen a Alejandro y a Dona, ya que no tenía ni idea de cómo respondería Jonathan a semejante situación.

—¿Tiene tres esposas bajo un mismo techo?

—Sin contar las otras mujeres con las que se relaciona.

—¿Y a ti no te importa?

—Puede compartir su cariño como desee, lo mismo que nosotras. Lo que tenemos no se parece a nada que tú conozcas, pero... sí, esta situación me parece bien.

—Dios mío, Lanny, me cuesta creer que eres la chica a la que besé en el guardarropa de la iglesia hace tantos años... —Lanzó una mirada tímida en mi dirección, como si no estuviera muy seguro de cómo comportarse—. Supongo que, con tanto hablar de compartir libremente tu cariño, no sería muy incorrecto que te pidiera... ¿otro beso? Solo para asegurarme de que eres de verdad la Lanny que yo conocía, que está aquí conmigo otra vez.

Era la ocasión que yo había esperado. Se levantó de su butaca y se inclinó sobre mí, agarrando mi cara con las manos, pero su beso fue vacilante.

Aquella indecisión casi me rompió el corazón.

—Debes saber que pensé que no te volvería a ver, Jonathan, y mucho menos sentir tus labios en los míos. Pensé que me iba a morir de tanto echarte de menos.

Cuando mis ojos buscaron su cara, comprendí que la esperanza de volver a ver a Jonathan era lo único que me había mantenido cuerda. Ahora estábamos juntos y no pensaba desperdiciar la ocasión. Me levanté y me apreté contra él y, al cabo de un segundo de vacilación, me rodeó con sus brazos. Agradecí que todavía me deseara, pero todo en él había cambiado desde la última vez que habíamos estado juntos, hasta el olor de su pelo y de su piel. La contención en sus manos cuando agarró mi cintura. Su sabor cuando nos besamos. Todo era distinto. Era más lento, más blando, más triste. Su manera de hacer el amor, aunque agradable, había perdido su fogosidad. Puede que fuera porque estábamos en la casa de su familia, con su mujer y su madre al otro lado de la puerta cerrada. O puede que le consumiera el arrepentimiento por traicionar a la pobre Evangeline.

Nos quedamos tumbados en el sofá después de que Jonathan terminara, con su cabeza entre mis pechos, enfundados en un fino sujetador de seda, con lazos y remates de encaje. Él todavía estaba entre mis piernas, sobre un revoltijo de faldas y enaguas sujetas a mi cintura. Le acaricé el pelo mientras mi corazón se colmaba de felicidad. Y sí, sentí el placer secreto de haberle hecho ceder a su deseo. En cuanto a la esposa que esperaba fielmente al otro lado de la puerta... Bueno, ¿acaso ella no me había robado a Jonathan? Y un certificado de matrimonio significaba poco cuando él todavía me deseaba, cuando su corazón me pertenecía. Mi cuerpo se estremecía ante la certeza de que me deseaba. A pesar de todo lo que nos había sucedido a los dos en los tres años que habíamos estado separados, yo estaba más convencida que nunca de que el lazo que nos unía no se había roto.

Provincia de Quebec, en la actualidad

Luke se detiene en un restaurante cerca de la salida de la autopista, porque necesita descansar de la interminable cinta gris de la carretera. En cuanto se han metido en un reservado, pide prestado el portátil a Lanny para ver las noticias y consultar su correo electrónico. Aparte de la habitual serie de mensajes de la administración del hospital («Se recuerda a los empleados que no aparquen en el parking de la zona este, ya que se utilizará para amontonar la nieve...»), no le ha escrito nadie. Nadie parece haber advertido su ausencia. Distráido, Luke deja que el cursor vague sin rumbo por la pantalla; no hay nada que comprobar. Está a punto de apagar el ordenador cuando oye un pitido. Alguien le ha enviado un correo electrónico.

Espera que sea propaganda, otra animosa pero impersonal invitación de su banco a abrir una cuenta-depósito o alguna tontería similar, pero es de Peter. Luke siente una punzada de incomodidad; se ha aprovechado del buen carácter de su colega. Peter es más un conocido que un amigo, pero como hay pocos anestesiólogos en el condado y Luke suele estar en urgencias, se veían más que la mayoría de los médicos. La última serie de desgracias de Luke le había vuelto más huraño que de costumbre, pero Peter era uno de los pocos médicos que todavía le hablaban.

«¿Dónde estás? —dice el mensaje—. No creí que fueras a llevarte el coche tanto tiempo. He intentado llamarte, pero no respondes al móvil ¿Va todo bien? ¿No habrás tenido un accidente? ¿Estás herido? Me tienes preocupado. LLÁMAME.» A continuación, Peter ha escrito todos sus números de teléfono y el del móvil de su mujer.

Luke cierra el mensaje de Peter con los dientes apretados. «Tiene miedo de que me esté volviendo loco», concluye. Es consciente de que su conducta es rara, por decirlo suavemente, pero la gente del pueblo contiene el aliento a su alrededor, sin atreverse a mencionar a Tricia y el divorcio, ni la muerte de sus padres. No le creen capaz de superar todas las desdichas de su vida. Hasta ese momento, Luke no se ha dado cuenta de que marcharse del pueblo con esa mujer le ha distraído de sus sufrimientos. No ha dejado de sufrir en meses. Es la primera vez que puede pensar en sus hijas sin que le den ganas de llorar.

Luke respira hondo y suelta todo el aire de una vez. «No saques conclusiones», se dice. Peter está siendo amable, paciente. No ha amenazado con llamar a la policía. Peter es la persona más equilibrada en la vida de Luke, pero llega a la conclusión de que probablemente se debe a que Peter es nuevo en Saint Andrew. El joven médico no se ha contagiado todavía de la enfermiza

mentalidad del pueblo, de su carácter frío y huraño ni de su puritana afición a juzgar a las personas.

Por un momento, Luke está tentado de llamar a Peter. Es un enlace con el mundo real, el mundo que existía antes de que ayudara a Lanny a escapar de la policía, antes de escuchar su fantástica historia, antes de acostarse con ella, una paciente. Peter podría convencer a Luke de que se aleje del borde de ese precipicio. Respira hondo una vez más. La cuestión es: ¿quiere que le convenzan?

Vuelve a abrir el mensaje de Peter y hace clic en «responder». «Siento lo de tu coche — escribe—. Lo dejaré pronto en un sitio donde la policía pueda localizarlo y devolvértelo.»

Piensa en lo que ha escrito y se da cuenta de que en realidad está diciendo que se ha marchado para no volver. Siente un tremendo alivio. Antes de pulsar «enviar», añade al mensaje: «Quédate con mi camioneta. Es tuya».

Luke pasa por el servicio antes de subir al todoterreno; Lanny está ya en el asiento delantero, mirando hacia el frente con una sonrisa que es solo una mueca.

—¿Qué pasa? —pregunta Luke mientras gira la llave de encendido.

—No es nada. —Ella baja la mirada—. Cuando he ido a pagar la cuenta, mientras estabas en el servicio, he visto que tenían licores en venta detrás del mostrador. Así que he pedido una botella de Glenfiddich. Pero aquella mujer no me la ha querido vender. Ha dicho que tenía que esperar a que mi padre saliera del servicio si él quería comprar una botella.

Luke acerca la mano al tirador de la puerta.

—Voy yo, si quieres.

—No vayas. No es por el whisky, es que... esto me pasa constantemente. Estoy harta, eso es lo que pasa. Siempre me toman por una adolescente, me tratan como a una niña. Puede que parezca una cría, pero no pienso como tal. Y a veces no quiero que me traten como si lo fuera. Sé que parecer joven me ayuda a ir tirando, pero Dios mío... —Levanta la cabeza, la sacude y echa los hombros atrás—. Vamos a darle un espectáculo que la tumbe de espaldas.

Antes de que Luke pueda protestar, Lanny le agarra por el cuello de la chaqueta y tira de él. Pega la boca a la suya y le da un largo beso, frotándose contra él. El beso sigue y sigue, hasta que Luke se siente mareado. Por encima del hombro de Lanny, ve a la mujer, inmóvil detrás del mostrador de la caja, con la boca formando un horrible círculo y los ojos como platos.

Lanny lo suelta, riendo. Da una palmada en el salpicadero.

—Vamos, papá. Busquemos un hotel para que pueda follarte hasta volverte loco.

Luke le ríe la broma. Sin pensar, se limpia la boca.

—No hagas eso. No me gusta que me tomen por tu padre. Me hace sentir... —Una persona horrible, piensa, pero no lo dice. Porque no lo es.

Ella se calla al instante, ruborizada, mirándose las manos sin saber qué hacer.

—Tienes razón. Lo siento, no quería avergonzarte —contesta—. No volverá a ocurrir.

Saint Andrew, 1819

Aquella gozosa reunión en el sofá no iba a ser nuestro último encuentro. Nos las ingeniábamos lo mejor que podíamos para vernos, aunque las condiciones eran incómodas, por decir algo: un pajar al borde del prado que olía a alfalfa seca (pero después teníamos que poner mucho cuidado en quitarnos todas las pajitas y semillas de la ropa) o la caballeriza de la casa de los Saint Andrew, donde nos encerrábamos en el cuarto de las herramientas y nos frotábamos en silencio uno contra otro entre bridas y arneses colgantes.

Durante aquellos encuentros con Jonathan, mientras aspiraba su cálido aliento y rodaban por mi cara gotas de su sudor, me extrañó descubrir que Adair se introducía en mis pensamientos. Me sorprendía sentirme culpable, como si le estuviera engañando, porque a nuestra manera éramos amantes. Me invadía también cierto resquemor, una sensación de miedo al posible castigo que Adair me impondría, no por hacer el amor con otro hombre, sino por amar a otro hombre. ¿Por qué tenía que sentir culpa y miedo, si solo estaba haciendo lo que él quería?

Tal vez porque mi corazón sabía que a quien amaba era a Jonathan, y solo a Jonathan. Él siempre se imponía.

—Lanny —susurró Jonathan, besándome la mano mientras yacía recuperándose en el heno después de una cita secreta—. Tú te mereces algo mejor que esto.

—Me encontraría contigo en el bosque, en una cueva, en pleno campo —respondí—, si fuera la única manera de verte. No importa dónde estemos. Lo único que importa es que estamos juntos.

Bonitas palabras, palabras de enamorados. Pero mientras estábamos tumbados en el heno y yo le acariciaba la mejilla, mi mente no podía dejar de vagar. Y vagaba por lugares peligrosos, hurgando en asuntos que más valía dejar sin indagar, como las circunstancias que habían rodeado mi súbita partida de Saint Andrew años atrás, y el silencio de Jonathan al respecto. Desde que había vuelto al pueblo, no me había preguntado ni una sola vez por el niño. Quería preguntarme, yo lo sentía cuando había un momento de silencio tenso entre nosotros, cuando le pillaba mirándome de reojo con expresión seria y triste. «Cuando te marchaste de Saint Andrew...» Pero esas palabras nunca salían de su boca. Debía de haber supuesto que yo había abortado, como le dije que haría aquel día en la iglesia. Pero yo quería que supiera la verdad.

—Jonathan —dije en voz baja mientras jugueteaba con unas hebras negras de maíz—. ¿Alguna vez te has preguntado por qué mi padre me envió lejos del pueblo?

Sentí que contenía el aliento, inquieto. Al cabo de un rato, respondió:

—No supe que te habías marchado hasta que ya era demasiado tarde. Sé que hice mal en no buscarte antes, para asegurarme de que no tenías problemas o saber si te había ocurrido algo más siniestro... —Empezó a jugar con los encajes de mi corsé, con aire ausente.

—¿Qué excusa dio mi familia para enviarme afuera? —pregunté.

—Dijeron que te habías ido a cuidar de un pariente enfermo. Y nadie hizo preguntas después de que te marcharas, se ocupaban de sus asuntos. Una vez, en el pueblo, le pregunté a una de tus hermanas si sabían algo de ti y si podía darme una dirección para escribirte, pero se marchó corriendo sin responder. —Levantó la cabeza de mi pecho—. ¿No fue así? ¿No estabas cuidando de alguien?

Estuve a punto de reír por su ingenuidad.

—La única que necesitaba cuidados era yo. Me enviaron afuera para tener el niño. No querían que nadie de aquí se enterara.

—¿Lanny! —Apretó una mano contra mi cara, pero yo se la aparté—. ¿Y lo tuviste?

—No hay niño. Aborté... —Ya podía decir aquellas palabras sin emoción, sin que me temblara la voz ni se me hiciera un nudo en la garganta.

—Siento mucho todo lo que ha pasado, pobre... —Se incorporó hasta quedar sentado, incapaz a aquellas alturas de apartar los ojos de mí—. ¿Tiene esto algo que ver con que acabaras con ese hombre? ¿Ese Adair?

Estoy segura de que mi expresión se volvió muy sombría.

—No quiero hablar de eso.

—¿Qué apuros has tenido que pasar, mi pobre y valiente Lanny? Deberías haberme escrito, informándome de tu situación. Habría hecho cualquier cosa por ti, todo lo que hubiera podido... —Se acercó para abrazarme, cosa que mi cuerpo ansiaba, pero después pareció que se lo pensaba mejor y se apartó—. ¿He perdido la cabeza? ¿Qué estamos haciendo? ¿No te he hecho ya bastante daño? ¿Qué derecho tengo a empezar otra vez contigo, como si fuera alguna especie de juego? —Jonathan se agarró la cabeza con las manos—. Tienes que perdonarme mi egoísmo, mi estupidez...

—Tú no me has obligado —dije, procurando tranquilizarle—. Yo también deseaba esto.

Ojalá hubiera podido retirar mis palabras; había sido un error traer a colación al niño; había muerto, ya no existía. Me maldije por haberme dejado llevar por mi lado mezquino. Quería que Jonathan supiera que yo había sufrido y que reconociera su parte en todo lo malo que me había ocurrido, pero me había salido el tiro por la culata.

—No podemos seguir así. Esta es la última... complicación que necesito en mi vida. —Jonathan rodó alejándose de mí y se puso en pie. Cuando vio mi expresión espantada y dolida, continuó—. Perdona mi franqueza, querida Lanny. Pero sabes muy bien que tengo una familia, una esposa, una hija pequeña, obligaciones que no puedo descuidar. No puedo poner en peligro su felicidad por unos cuantos momentos robados de placer contigo... Y no hay futuro para nosotros, no puede haberlo. Sería doloroso e injusto para ti que continuáramos.

No me amaba lo suficiente para seguir conmigo: la verdad se abrió paso en mi corazón como un cuchillo largo y afilado. Ardí de rabia por dentro al oír sus palabras. ¿Y se daba cuenta de ello justo después de haber reiniciado nuestra ilícita relación? ¿O es que estaba dolida porque me abandonaba por segunda vez por Evangeline? Debo admitir que en lo primero que pensé, mientras estaba allí sentada y perpleja, fue en vengarme. Ahora sé por qué tantas mujeres abandonadas se

entregan al diablo; en un momento así, la sed de venganza es insaciable, pero la capacidad de satisfacerla es insuficiente. Si Lucifer hubiera aparecido ante mí en aquel instante, prometiendo darme los medios para hacer sufrir a Jonathan los tormentos eternos del infierno a cambio de mi alma, lo habría aceptado de buena gana. Habría hecho un pacto con Satanás para vengarme de mi infiel amante.

Aunque tal vez no fuera necesario conjurar al diablo, redactar el terrible contrato, firmarlo con sangre. Tal vez ya lo había hecho.

Después de aquello, no tenía ni idea de cómo llevar a cabo el plan de Adair, y pensar en que podía fallarle me puso enferma de miedo. Había ideado atraer a Jonathan a Boston con mi amor y mis favores sexuales, pero había fracasado. El arrepentimiento y el remordimiento habían apartado a mi amado de mí, aunque prometió ser mi amigo y benefactor para siempre, si era necesario. Esperé a ver si Jonathan cambiaba de parecer y volvía a mí, pero a medida que pasaban los días quedó claro que no lo haría. «De visita —le rogué—. Ven a Boston de visita», pero Jonathan se resistía. Un día, puso la excusa de que no podía fiarse de que su madre no trastornara los asuntos de la aldea en su ausencia, y otro día dijo que había surgido una complicación en el negocio que requería su atención.

Pero al final, era siempre su hija la que le impedía acceder a marcharse. «Evangeline nunca me perdonaría si la dejara sola con mi familia durante mucho tiempo, y ella jamás haría el viaje con la niña», me dijo, como si de verdad estuviera a merced de su esposa y de su bebé, como si nunca hubiera puesto sus deseos por delante de los de ellas, por mucho que presumiera de esposo y padre responsable. Aquellas excusas habrían podido ser creíbles en otro hombre, pero no en el Jonathan que yo conocía.

No obstante, las inminentes nevadas me obligaban a marcharme. Sentía que si me quedaba en Saint Andrew todo el invierno ocurriría algo espantoso. Adair, furioso por mi desobediencia, reuniría a sus perros infernales y caería sobre el pueblo, y quién sabía qué podía hacerles aquel demonio de corazón negro a los inocentes de Saint Andrew, aislados por la nieve del resto del mundo. Me acordé de las historias que me habían contado Alejandro y Dona sobre el pasado salvaje de Adair, dirigiendo ataques a las aldeas y matando a los habitantes que se resistían. Pensé en las muchachas que había violado y en cómo me había drogado y utilizado para divertirse. Su ingreso en la buena sociedad de Boston garantizaba que las tendencias brutales de Adair quedaran algo controladas; pero no había manera de saber qué podría ocurrir en un pueblecito aislado y bloqueado por la nieve. Y yo sería la única responsable de hacer caer aquella plaga sobre mis vecinos.

Una tarde, estaba en la taberna de Daughtery dándole vueltas a mi apurada situación, con la esperanza de encontrarme con el leñador sentimental al que había conocido nada más llegar, cuando entró Jonathan. Ya había visto antes aquella expresión en su cara: no había ido a Daughtery porque estuviera inquieto y buscara compañía. Estaba rebosante de satisfacción. Volvía de una cita.

Se sobresaltó al verme, pero no podía marcharse de la taberna y negar que yo estaba allí. Ocupó el taburete que había al otro lado de la solitaria mesa, dándole la espalda al fuego.

—Lanny, ¿qué haces aquí? No es sitio para que lo frecuente una dama sin compañía.

—Ah, pero es que yo no soy una dama, ¿no lo sabías? —dije, mordaz, aunque al instante

lamenté mi dureza—. ¿Adónde voy a ir, si no? No puedo beber en compañía de mi madre y mi hermano; no soportaría sus caras de desaprobación. Tú, al menos, siempre puedes volver a tu mansión y encerrarte en tu despacho para tomar un trago antes de acostarte. Y con bebida de mejor calidad. Y de todos modos, ¿no deberías estar en casa con tu mujer a estas horas? Esta noche has estado haciendo cosas feas, lo puedo oler.

—Teniendo en cuenta tu posición, no me parece que debas juzgarme tan a la ligera —dijo—. Está bien... Te contaré la verdad porque me lo pides. He estado con otra mujer. Una mujer a la que estaba viendo antes de que tú regresaras tan inesperadamente. Yo también tengo una amante. Anna Kolsted.

—Anna Kolsted es una mujer casada.

Él se encogió de hombros.

Me puse a temblar de ira.

—O sea, que no has puesto fin a tu relación con ella, ¿verdad?, a pesar del bonito discurso que me soltaste el otro día.

—Yo... no podía dejarla así sin más, sin explicarle lo que había ocurrido.

—¿Y le has explicado que has tenido una crisis de conciencia? ¿Le has dicho ya que has decidido no volver a verla? —pregunté, como si tuviera algún derecho a hacerlo.

Él se quedó callado.

—¿Nunca aprenderás, Jonathan? Esto no puede terminar bien —dije con tono gélido.

Jonathan frunció los labios en una mueca, apartando la mirada mientras el resentimiento bullía en su interior.

—Parece que esto es lo que me dices siempre, ¿no? —El nombre de Sophia flotó en el aire entre nosotros, sin ser pronunciado.

—Acabará igual. Se enamorará de ti y te querrá para ella sola. —El temor y la pena iban creciendo en mí como el día en que había encontrado a Sophia en el río. Jamás habría pensado, después de todo lo que había experimentado, que su recuerdo aún tuviera el poder de afectarme. Puede que fuera porque a veces me preguntaba si no habría sido mejor seguir su ejemplo—. Es inevitable, Jonathan. Todo el que te conoce quiere poseerte.

—Hablas por experiencia, ¿no?

Su brusquedad me hizo callar por un momento. Era evidente que tenía algo contra mí, pero yo no sabía qué era. Me puse sarcástica:

—Las que te poseen tienden a lamentar su buena suerte. Tal vez deberías preguntarle a tu esposa por eso. ¿Has pensado en cómo afectará a la pobre Evangeline tu aventura con la señora Kolsted si llega a enterarse?

La ira se apoderó de Jonathan con rapidez, como una repentina tormenta. Miró por encima del hombro para asegurarse de que Daughtery estaba ocupado y nadie nos escuchaba, y después me agarró por un brazo y me acercó a él.

—Por Dios, Lanny, ten compasión de mí. Estoy casado y tengo una hija. Ella solo tenía catorce años cuando nos casamos. Cuando la llevé al lecho conyugal, después lloró. ¡Lloró! Le da miedo mi madre y no se entiende con mis hermanas. No necesito una niña, Lanny. Necesito una mujer.

Solté mi brazo de su presa.

—¿No crees que eso ya lo sé?

—Ojalá no le hubiera hecho caso a mi padre y no me hubiera casado con ella. Él quería un

heredero, era lo único que le importaba. Vio a una jovencita con muchos años por delante para criar hijos e hizo un trato con el viejo McDougal, como si la chica fuera una yegua. —Se pasó una mano por el pelo—. No tienes ni idea de la vida que tengo que vivir, Lanny. No hay nadie que pueda llevar el negocio más que yo. Benjamín es tan simple como un niño de cuatro años. Mis hermanas son tontas. Y cuando murió mi padre... bueno, todas sus responsabilidades cayeron sobre mis hombros. Este pueblo depende de cómo le vaya a mi familia. ¿Sabes cuántos colonos compraron su tierra con préstamos avalados por mi padre? Un invierno duro, o si no tienen habilidad para llevar una granja y descuidan sus obligaciones... Puedo embargar la propiedad, pero ¿de qué me serviría otra granja arruinada? Así que te ruego que me perdones que tenga una amante y una pequeña distracción de todas mis responsabilidades.

Bajé la mirada hacia los restos de mi bebida.

Él siguió hablando, con ojos de loco.

—No te puedes imaginar lo tentadoras que han sido tus ofertas. Daría cualquier cosa para quedar libre de mis obligaciones. Pero no puedo, y creo que tú entiendes por qué. No solo mi familia estaría perdida, también el pueblo se hundiría. Vidas arruinadas. Puede que me pillaras en un momento de debilidad cuando volviste, Lanny, sin embargo estos últimos años me han enseñado lecciones muy duras. No puedo ser tan egoísta.

¿Había olvidado que una vez me dijo que quería dejarlos a todos, a su familia y su fortuna, por mí? ¿Que una vez había deseado que su mundo fuéramos solo él y yo? Una mujer más juiciosa se habría alegrado de ver a Jonathan tan maduro, aceptando sus responsabilidades, y se habría sentido orgullosa de que fuera capaz de asumir obligaciones que podían aplastar a un hombre más débil. Yo no puedo decir que me sintiera alegre ni orgullosa.

Pero lo comprendía. A mi manera, amaba el pueblo y no tenía deseos de ver cómo se hundía. Aunque mi propia familia ya tuviera dificultades, aunque los habitantes me hubieran tratado con vileza, chismorreando a mis espaldas, yo no podía quitar la pieza clave que mantenía unido al pueblo, eso estaba bastante claro. Me quedé sentada frente a Jonathan, seria y comprendiendo la situación que acababa de explicarme, pero por dentro el pánico me recorrió de pies a cabeza. Iba a fallarle a Adair. ¿Qué podía hacer?

Nos bebimos nuestra cerveza, cabizbajos y abatidos. Parecía evidente que tenía que renunciar a Jonathan y necesitaba concentrarme en mi propia y apurada situación. ¿Qué hacer a continuación? ¿Adónde podía ir para que Adair no consiguiera seguirme la pista? No tenía ningún deseo de volver a sufrir la insoportable tortura a la que ya había sido sometida.

Pagamos nuestra bebida y salimos al camino, los dos apesadumbrados y sumidos en nuestros pensamientos. La noche volvía a estar fría; el cielo se veía despejado e iluminado por la luna y las estrellas, finas nubes velaban la luz plateada.

Jonathan me puso una mano en el brazo.

—Perdona mi arrebató y olvídate de mis problemas. Tienes todo el derecho a despreciarme por lo que acabo de decir. Lo que menos deseo es agobiarte con mis problemas. Mi caballo está en el establo de Daughtery. Deja que te lleve a casa.

Pero antes de que pudiera decirle que no era necesario y que prefería quedarme a solas con mis pensamientos, nos interrumpió el sonido de pisadas en lo alto del sendero.

Era tarde y casi estaba helando, por lo que no era probable que hubiera nadie paseando.

—¿Quién anda ahí?! —le grité a una figura entre las sombras.

Edward Kolsted apareció bajo el claro de luna con un fusil de chispa en las manos.

—Siga su camino, señorita McIlvrae, no tengo nada contra usted.

Kolsted era un joven rudo, de una de las familias más pobres del pueblo, y no podía competir con Jonathan por el afecto de nadie. Era flaco, y su cara alargada estaba desfigurada por la viruela, que muchos habían padecido en la infancia. A pesar de su edad, su pelo castaño ya estaba clareando y se le habían empezado a caer los dientes. Apuntó el arma al pecho de Jonathan.

—No seas idiota, Edward. Hay testigos: Lanny y los hombres que están en la taberna... A menos que pienses matarlos también a ellos —le dijo Jonathan a quien lo amenazaba.

—No me importa. Has mancillado a mi Anna y me has convertido en el hazmerreír. Será un orgullo que se sepa que me he vengado de ti. —Levantó más el fusil. Un frío terrible se apoderó por completo de mí—. Mírate, pavo real presumido —le espetó Edward desde detrás de su fusil a Jonathan, quien, debo reconocerlo, se mantuvo firme—. ¿Crees que el pueblo te va a llorar cuando estés muerto? Los hombres de este pueblo te despreciamos. ¿Piensas que no sabemos lo que has estado haciendo, embrujando a nuestras mujeres, sometiéndolas a tus hechizos? Te enredaste con Anna para divertirte un poco, y de paso me robaste lo más precioso que yo tenía. Eres el mismo diablo, eso eres, y lo mejor es librar a este pueblo de ti. —La voz de Edward iba subiendo, alta y desafiante, pero a pesar de sus palabras yo estaba segura de que Kolsted no cumpliría su amenaza. Lo que quería era asustar a Jonathan, humillarlo y hacerle suplicar perdón, y aquello le reportaría al afrentado cierta dignidad. Pero no tenía intención de matar a su rival.

—¿Eso es lo que quieres de mí, que sea un diablo? Te vendría muy bien, ¿eh?, te libraría de culpa. —Jonathan bajó los brazos—. Pero la verdad es que tu esposa es una mujer infeliz, y eso tiene muy poco que ver conmigo y mucho contigo.

—¡Mentiroso! —gritó Kolsted.

Jonathan dio un paso hacia su agresor y se me encogieron las tripas; no sabía si Jonathan deseaba que lo matara o no podía dejar que Kolsted no reconociera la verdad. Es posible que sintiera que se lo debía a su amante. Puede que nuestra discusión en Daughtery le hubiera hecho tomar alguna resolución. Pero su expresión airada era equívoca, y Kolsted podía convencerse de que Jonathan estaba furioso porque amaba a Anna.

—Si tu mujer fuera feliz, no buscaría mi compañía. Ella...

El viejo fusil de Kolsted disparó; por el cañón salió un foganazo blanco y azulado que yo capté con el rabillo del ojo. Todo fue muy rápido: un fragor como un trueno, un chispazo como un rayo, y al instante Jonathan se tambaleó hacia atrás y después cayó al suelo. El rostro de Kolsted se contrajo, y por un instante quedó bañado en la luz de la luna.

—Lo he matado —murmuró, como para darse ánimos—. He matado a Jonathan Saint Andrew.

Caí de rodillas en el barro casi helado, tirando de Jonathan hacia mi regazo. Su ropa estaba empapada de sangre, que ya manchaba el abrigo. Era una herida profunda, mortal. Rodeé con los brazos el cuerpo de Jonathan y miré con odio a Kolsted.

—Si tuviera un rifle, te mataría aquí mismo. ¡Fuera de mi vista!

—¿Está muerto? —Kolsted alargó el cuello, pero no tenía valor suficiente para acercarse al hombre al que había pegado un tiro.

—Saldrán en un segundo, y si te encuentran aquí, te encerrarán inmediatamente —le advertí, mascullando. Quería que huyera: ya se oía agitación dentro de la taberna, y enseguida saldría alguien para ver quién había disparado. Tenía que esconder a Jonathan antes de que nos

descubrieran.

No tuve que incitar a Kolsted dos veces. Ya fuera por miedo o por súbito remordimiento, o porque no estaba dispuesto a dejarse apresar, el agresor de Jonathan reculó como un caballo asustado y echó a correr. Cerrando los brazos alrededor del pecho de Jonathan, lo arrastré al establo de Daughtery. Le despojé del abrigo y después de la levita, hasta que encontré la herida en el pecho, chorreando sangre por un orificio cerca de donde debería estar su corazón.

—Lanny —dijo con un hilo de voz, y buscó mi mano.

—Estoy aquí, Jonathan. No te muevas.

Jadeó y tosió. No tenía remedio, a juzgar por la distancia del disparo y la situación de la herida. Reconocí la expresión de su rostro: era el gesto desencajado de un moribundo. Perdió el conocimiento, laxo entre mis brazos.

Llegaron voces del otro lado de los carcomidos tablones, hombres que salían de la taberna al camino. Al no ver a nadie, se marcharon.

Bajé la mirada hacia el bello rostro de Jonathan. Su cuerpo, todavía caliente, me pesaba en el regazo. Mi corazón gritaba de pánico. «Mantenlo vivo. Mantenlo conmigo a toda costa.» Lo abracé con más fuerza. No podía permitir que muriera. Y solo había una manera de salvarlo.

Dejé su cuerpo en el suelo, le abrí la chaqueta y el chaleco. Gracias a Dios que estaba inconsciente. De no ser así, con lo asustada que estaba, no habría sido capaz de llevar a cabo aquel acto maldito. ¿Funcionaría? Puede que lo recordara mal, o que hubiera palabras especiales que debía recitar para que actuara aquella magia tan potente. Pero no tenía tiempo para pensármelo dos veces.

Palpé el dobladillo de mi corpiño, buscando el frasquito. En cuanto localicé al tacto el diminuto recipiente de plata, rasgué las costuras y lo saqué de su escondrijo. Me temblaban las manos al quitar el tapón del frasco y separar los labios de Jonathan. Solo había una gota, más pequeña que una lágrima. Recé por que fuera suficiente.

—No me dejes, Jonathan, no puedo vivir sin ti —le susurré al oído, lo único que se me ocurrió decir. Pero entonces me acordé de las palabras de Alejandro, lo que me había dicho aquel día en el que me transformé. Ojalá no fuera demasiado tarde—. Por mi mano e intención —dije, sintiéndome tonta al hablar, sabiendo que no tenía poder sobre nada, ni en el cielo, ni en el infierno ni en la tierra.

Me arrodillé en la paja, con Jonathan apoyado en mi regazo, y le aparté el pelo de la frente, esperando alguna señal. Lo único que recordaba de mi experiencia era la sensación de caída y una fiebre que recorría mi cuerpo como un incendio, y que me desperté mucho más tarde en la oscuridad.

Apreté de nuevo a Jonathan contra mí. Había dejado de respirar y se estaba enfriando. Lo envolví con su abrigo, preguntándome si podría llevarlo hasta la granja de mi familia sin que nos vieran. Parecía poco probable, pero no había nadie más que yo para sacarlo de allí, y alguien miraría en el establo de Daughtery tarde o temprano.

Ensilé el caballo de Jonathan, sorprendiéndome al descubrir que el diabólico semental ya no me daba miedo. Con una fuerza que no sabía que tenía, nacida de la necesidad, coloqué a Jonathan sobre la cruz del caballo, salté a la silla y salí disparada por las puertas abiertas del establo, atravesando la aldea como un rayo. Más de un aldeano aseguraría después haber visto a Jonathan Saint Andrew saliendo a caballo del pueblo aquella noche, dando lugar sin duda a disparatadas

teorías acerca de su desaparición.

Cuando llegamos a la granja de mi familia, con el cuerpo de Jonathan acunado en mi regazo, fui directamente al pajar y desperté al cochero. Teníamos que marcharnos de Saint Andrew aquella misma noche. No podía arriesgarme a esperar hasta la mañana, cuando la familia de Jonathan lo estaría buscando. Le dije al cochero que enganchara a toda prisa los caballos, que nos íbamos inmediatamente. Cuando protestó diciendo que estaba demasiado oscuro para viajar, le aseguré que la luz de la luna era suficiente para iluminar el camino, y después añadí:

—Yo le pago, así que obedézcame. Tiene quince minutos para enganchar esos caballos.

En cuanto al baúl con mis ropas y mis cosas, todo se quedó atrás. No podía arriesgarme a despertar a mi familia volviendo a la cabaña. En lo único en que pensaba en aquel momento era en sacar a Jonathan del pueblo.

Mientras el coche traqueteaba por el camino incrustado de nieve, miré por la encortinada ventanilla para ver si alguien de la casa nos había oído, pero nadie se movió. Los imaginé despertándose y descubriendo que me había ido, preguntándose, afligidos, por qué había decidido marcharme de aquella manera, una partida tan misteriosa como mis tres años de silencio. Estaba cometiendo una gran injusticia con los tiernos corazones de mi madre y de mis hermanas, y me dolía en el alma hacerlo, pero la verdad es que era más fácil decepcionarlas que perder a Jonathan para siempre, o que desobedecer a Adair.

Jonathan yacía en el banco enfrente de mí, envuelto en su abrigo y en una bata con rebordes de piel, con mi abrigo enrollado a modo de almohada (yo no tenía nada que temer del frío) y con la cabeza apoyada en una posición extraña. No hacía ningún movimiento, el pecho no se le alzaba ni bajaba al respirar, nada. Tenía la piel tan pálida como el hielo a la luz de la luna. Mantuve la vista fija en su rostro, esperando la primera señal de vida, pero estaba tan inmóvil que empecé a preguntarme si habría fracasado.

38

En las horas que precedieron al amanecer, pusimos millas entre nosotros y la aldea, con el coche traqueteando por la accidentada y solitaria pista del bosque, mientras yo vigilaba en silencio a Jonathan. Era como si se tratara de un coche fúnebre, y yo hiciera el papel de viuda que llevaba el cadáver de su marido hasta su lugar de reposo.

Ya hacía un rato que había salido el sol cuando Jonathan se movió. Para entonces, yo albergaba pocas esperanzas. Llevaba horas sentada, temblando y sudando, a punto de vomitar, odiándome a mí misma. La primera señal de vida fue un temblor en su mejilla derecha; después un aleteo de pestañas. Como seguía muy pálido, dudé de mis ojos por un momento, hasta que oí un leve gemido, vi que sus labios se separaban y, por fin, abrió los dos ojos.

—¿Dónde estamos? —preguntó, en un tono de voz tan débil que casi resultó inaudible.

—En un coche. No te muevas. Dentro de poco te sentirás mejor.

—¿Un coche? ¿Adónde vamos?

—A Boston. —No sabía qué otra cosa decirle.

—¡Boston! ¿Qué ha pasado? ¿Es que...? —Su mente debía de haber vuelto a lo último que podía recordar, nosotros dos en la taberna de Daughtery—. ¿He perdido una apuesta? ¿Estaba borracho y accedí a ir contigo?

—No hicimos ningún trato —dije, arrodillándome junto a él para ajustar mejor la bata a su alrededor—. Nos vamos porque tenemos que irnos. Ya no puedes quedarte en Saint Andrew.

—¿De qué hablas, Lanny?

Jonathan parecía enfadado conmigo y trató de apartarme, pero estaba tan débil que no pudo moverme. Sentí algo punzante bajo la rodilla, como una piedrecita afilada; bajé la mano y mis dedos encontraron una pieza redonda de plomo.

La bala del fusil de pedernal de Kolsted.

La levanté para que Jonathan la viera.

—¿Reconoces esto?

Con gran esfuerzo, fijó la mirada en la pequeña y oscura forma que yo tenía en la mano. Lo observé mientras recuperaba la memoria y recordaba la discusión en el sendero y el fogonazo de pólvora que había puesto fin a su vida.

—Me dispararon —dijo. Su pecho subía y bajaba con dificultad. Se llevó la mano allí. La camisa y el chaleco estaban desgarrados y manchados de sangre seca. Se palpó la piel bajo la ropa, pero estaba intacta.

—No hay herida —dijo Jonathan con alivio—. Kolsted ha debido de fallar.

—¿Ah, sí? Tu ropa está agujereada y llena de sangre... Kolsted no falló, Jonathan. Te acertó en el corazón y te mató.

El entrecerró los ojos.

—Lo que dices no tiene sentido. No lo entiendo...

—No es algo que se pueda entender —respondí, cogiéndole la mano—. Es un milagro.

Intenté explicárselo todo, aunque Dios sabe que incluso a mí me costaba entenderlo. Le conté mi historia y la historia de Adair, le enseñé el frasquito, ya vacío, y le dejé oler sus últimos y repugnantes vapores. Él escuchó, observándome todo el tiempo como si fuera una loca.

—Dile a tu cochero que detenga el carruaje —me ordenó—. Yo me vuelvo a Saint Andrew aunque tenga que andar todo el camino.

—No puedo dejarte salir.

—¡Para el coche! —gritó, al tiempo que se ponía en pie y golpeaba con el puño el techo del carruaje. Intenté hacer que se sentara, pero el cochero le oyó y frenó a los caballos.

Jonathan abrió de golpe la portezuela y saltó a la nieve virgen, que le llegaba a la rodilla. El cochero se volvió y nos miró sin saber qué hacer desde su alto pescante, con el bigote congelado con su propio aliento. Los caballos se estremecían aspirando aire, agotados de tirar del coche a través de la nieve.

—Enseguida volvemos. Funde un poco de nieve para dar de beber a los caballos —dije en un intento de distraer al cochero.

Corrí detrás de Jonathan, aunque mis faldas me frenaban en la nieve, y le agarré del brazo cuando por fin lo alcancé.

—Tienes que escucharme. No puedes regresar a Saint Andrew. Has cambiado.

Él me empujó, apartándose.

—No sé qué te ha pasado a ti desde que te marchaste, pero... solo puedo suponer que has perdido la cabeza.

Me agarré con fuerza al puño de su abrigo, como si así pudiera impedir que se soltara.

—Te lo demostraré. Si puedo demostrártelo, ¿prometes que vendrás conmigo?

Jonathan se detuvo, pero me miró con desconfianza.

—No te prometo nada.

Levanté la mano, le solté la manga e hice señas de que esperara. Con la otra mano, encontré en el bolsillo de mi abrigo un cuchillo pequeño pero resistente. Me abrí el corpiño, exponiendo mi corsé al aire gélido y cortante y después, agarrando el mango del cuchillo con las dos manos, sin tan siquiera un suspiro, me lo clavé en el pecho hasta la empuñadura.

Jonathan casi se cayó de rodillas, pero extendió las manos hacia mí, incrédulo.

—¡Dios mío! ¡Estás loca! ¿Qué haces, en nombre de Dios?

La sangre brotó alrededor de la empuñadura y empapó con rapidez mi ropa hasta que una enorme mancha de color carmesí oscuro se extendió por la seda desde el vientre hasta el cuello. Saqué la hoja. Él intentó apartarse, pero yo le sujeté.

—Tócalo. Siente lo que está ocurriendo y dime si sigues sin creerme.

Sabía lo que iba a ocurrir. Era un divertimento que Dona realizaba para nosotros cuando nos reuníamos en la cocina a charlar después de una noche en la ciudad. Se sentaba ante el fuego,

dejaba la levita en el respaldo de una silla, se subía las voluminosas mangas y se hacía profundos cortes en los antebrazos con un cuchillo. Alejandro, Tilde y yo mirábamos cómo los dos bordes de carne roja se acercaban uno a otro, como amantes condenados, y se unían en un abrazo sin costuras. Una proeza imposible, repetida una y otra vez, tan seguro como que el sol siempre sale. Dona se reía amargamente mientras miraba cómo se sellaba su carne, pero al repetir yo el truco, vi que tenía una sensación peculiar. Lo que buscábamos era dolor, pero no podíamos recrearlo con exactitud. Habíamos llegado a desear una aproximación al suicidio, y en cambio nos conformábamos con el placer momentáneo de infligirnos dolor, pero hasta aquello se nos negaba. ¡Cómo nos odiábamos a nosotros mismos, cada uno a su manera!

Jonathan se puso pálido al sentir que la carne avanzaba poco a poco hasta que la herida desaparecía.

—¿Qué es esto? —susurró, horrorizado—. Es obra del diablo, seguro.

—Eso no lo sé. No tengo explicación. Lo hecho hecho está, y es irremediable. Nunca volverás a ser el mismo, y tu sitio ya no está en Saint Andrew. Ahora, ven conmigo.

El se quedó flácido y blanco como la nieve, y no se resistió cuando le puse una mano en el brazo y lo llevé hasta el coche.

Jonathan no se recuperó del golpe en todo el viaje. Fue un tiempo de angustia para mí, ya que estaba ansiosa por saber si recuperaría a mi amigo... y amante. Jonathan siempre había estado tan seguro de sí mismo que me ponía enferma ser yo quien le guiara. Aunque era una tontería por mi parte esperar otra cosa; al fin y al cabo, ¿cuánto tiempo había pasado yo abatida en la casa de Adair, recluida en mí misma y negándome a creer lo que me había ocurrido?

Se encerró en el diminuto camarote durante la travesía a Boston, sin salir ni una vez a cubierta. Desde luego, aquello despertó la curiosidad de la tripulación y de los demás pasajeros, así que, aunque el mar estaba tan tranquilo como el agua de un pozo, les dije que se sentía mareado y que no confiaba en que sus piernas le sostuvieran. Le llevé sopa de la cocina y su ración de cerveza, aunque ya no tenía necesidad de comer y había perdido el apetito. Jonathan no tardaría en aprender que comer era algo que hacíamos por costumbre y comodidad, y para fingir que éramos los mismos de antes.

Cuando el barco llegó al puerto de Boston, Jonathan era un ser de aspecto extraño, por haber pasado tantas horas en la penumbra del camarote. Pálido y nervioso, con los ojos enrojecidos por la falta de sueño, salió de su reclusión vestido con unas ropas vulgares que habíamos comprado en Camden en una tienda que vendía artículos de segunda mano. Se quedó quieto en la cubierta, soportando las miradas de los otros pasajeros, que sin duda se habían estado preguntando si el pasajero misterioso había muerto en su camarote durante la travesía. Observó la actividad del muelle mientras el barco era amarrado en la dársena, mirando a la multitud con los ojos muy abiertos, un poco asustado. Su increíble belleza estaba apagada por la experiencia sufrida, y por un momento deseé que Adair no viera a Jonathan con tan mal aspecto en su primer encuentro. Quería que Adair descubriera que Jonathan era todo lo que yo había prometido. ¡Estúpida vanidad!

Desembarcamos, y no habíamos recorrido ni seis metros del muelle cuando vi a Dona, que nos esperaba con un par de sirvientes. Dona vestía un ostentoso atuendo fúnebre, con plumas negras de avestruz en el sombrero, se envolvía en una capa negra y se apoyaba en un bastón, destacando

sobre el común de los mortales como la misma Parca. Una sonrisa maligna se dibujó en su cara al divisarnos.

—¿Cómo sabíais que iba a volver hoy... y en este barco? —le pregunté—. No envié ninguna carta para informaros de mis planes.

—Ay, Lanore, eres tan ingenua que das risa. Adair siempre sabe estas cosas. Sintió tu presencia en el horizonte y me envió a recogerte —dijo, apartándose a un lado. Dedicó toda su atención a Jonathan, sin molestarse en disimular que más que mirarlo lo inspeccionaba de pies a cabeza una y otra vez—. Bueno, preséntame a tu amigo.

—Jonathan, este es Donatello —dije con sequedad.

Jonathan no hizo movimiento alguno para darse por enterado o devolver el saludo, aunque no podría decir si fue por la manera tan directa en que Dona le había examinado o porque todavía se encontraba aturdido.

—¿Es que no habla? ¿No tiene modales? —dijo Dona. Como Jonathan no mordió el anzuelo, Dona obvió el desaire volviéndose hacia mí—. ¿Dónde está tu equipaje? Los sirvientes...

—¿Vendríamos vestidos de este modo si tuviéramos otra cosa que ponernos? Me vi obligada a dejarlo todo. Apenas tenía dinero para volver a Boston.

Me acordé del baúl que había dejado en casa de mi madre, discretamente arrimado a un rincón. Cuando lo abrieran —esperando hasta que la curiosidad pudiera más que ellos para no violar mi intimidad, aunque supieran que yo no iba a volver—, encontrarían la bolsa de piel de ciervo llena de monedas de oro y de plata. Me alegraba haber dejado allí aquel dinero; sentía que se lo debía a mi familia. Lo consideraba una indemnización de Adair, con la que pagaba a mi familia por haberme perdido para siempre, igual que él había aliviado su culpa dejando dinero para su familia siglos atrás.

—Muy considerado por tu parte. La primera vez, viniste a nosotros sin nada. Ahora traes a tu amigo, y los dos venís sin nada...

Dona levantó las manos al aire, como si yo fuera incorregible, pero yo sabía por qué se mostraba tan malhumorado: incluso en el estado en que se encontraba Jonathan, su carácter excepcional era obvio. Se iba a convertir en la niña de los ojos de Adair, el amigo y compañero con el que Dona nunca podría competir. Dona perdería el favor de Adair, eso no se podía evitar, y él lo tuvo claro desde el momento en que puso sus ojos en Jonathan.

Si Dona hubiera sabido lo que nos esperaba, probablemente no habría malgastado su envidia. Nuestra ignominiosa llegada de aquel día fue el principio del fin para todos nosotros.

Jonathan se animó un poco durante el trayecto en coche a la mansión de Adair. Porque aquel era su primer viaje a una ciudad tan grande, cosmopolita y maravillosa como Boston, y a través de sus ojos pude revivir mi llegada tres años atrás: las multitudes en las calles polvorientas; la proliferación de tiendas y posadas; las asombrosas casas de ladrillo, de varios pisos de altura; el ir y venir de carruajes tirados por caballos vistosos y bien cuidados; las mujeres vestidas a la última moda, luciendo escotes y largos cuellos blancos. Al cabo de un rato, Jonathan tuvo que apartarse de la ventanilla y cerrar los ojos.

Y después, por supuesto, la mansión de Adair era tan impresionante como un castillo, aunque a esas alturas Jonathan ya no se maravillaba ante nada, por impresionante que fuera. Me dejó que lo condujera escalones arriba; entramos en la casa, cruzamos el vestíbulo con la araña de luces

oscilando sobre nuestras cabezas y los lacayos con librea inclinándose lo suficiente para examinar los zapatos llenos de barro de Jonathan. Atravesamos el comedor con la mesa puesta para dieciocho comensales, y llegamos a la escalera de doble arco que llevaba a las alcobas del piso de arriba.

—¿Dónde está Adair? —pregunté a uno de los criados, ansiosa por terminar con las presentaciones.

—Aquí mismo.

Su voz se alzó detrás de mí, y yo me volví para verlo entrar. Se había vestido cuidadosamente, con una informalidad estudiada, con el pelo sujeto con una cinta, como un caballero europeo. Igual que Dona, examinó a mi Jonathan como si estuviera considerando su precio justo, frotándose los dedos de la mano derecha. Por su parte, Jonathan intentó mostrarse indiferente, echando a Adair un simple vistazo. Pero sentí como si el aire vibrara y entre ellos se produjera una especie de reconocimiento. Podría haber sido lo que los místicos llaman la conexión entre almas destinadas a viajar juntas por el tiempo en una u otra forma. O podría haber sido la danza de machos rivales en la selva, preguntándose quién saldría ganador y cuan cruento sería el enfrentamiento. Aunque también podría ser que al fin él había conocido al hombre que me poseía.

—Así que este es el amigo del que nos hablaste —dijo Adair, fingiendo que era así de sencillo, tan simple como traer de visita a un viejo amigo.

—Tengo el gusto de presentaros al señor Jonathan Saint Andrew. —Hice mi mejor imitación de un mayordomo, pero ninguno de los hombres lo encontró gracioso.

—Y usted es el... —Jonathan parecía buscar la palabra adecuada para describir a Adair después de mi fantástico relato, porque en realidad, ¿cómo se le podría llamar? ¿Monstruo? ¿Ogro? ¿Demonio?—. Lanny me ha hablado de... usted.

Adair enarcó una ceja.

—¿Ah, sí? Espero que... Lanny no lo confundiera, llenándolo de ideas extrañas salidas de su imaginación. Algún día tendrá que contarme lo que le dijo. —Chasqueó los dedos en dirección a Dona—. Acompaña a nuestro invitado a su habitación. Debe de estar cansado.

—Yo puedo llevarle... —me ofrecí, pero Adair me interrumpió.

—No, Lanore, quédate conmigo. Me gustaría que habláramos un momento.

Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba en apuros. Adair bullía de rabia, que ocultaba por consideración a nuestro invitado. Vimos cómo Dona guiaba a un sonámbulo Jonathan por la curvilínea escalera, y seguimos mirando hasta que desaparecieron de nuestra vista. Entonces Adair se volvió hacia mí y me golpeó con fuerza, cruzándome la cara.

Caída en el suelo, me toqué la mejilla y le miré con furia.

—¿A qué ha venido esto?

—Lo has cambiado, ¿verdad? Me robaste mi elixir y te lo llevaste. ¿Creíste que no averiguaría lo que habías hecho? —Adair se alzaba sobre mí; resoplaba y le temblaban los hombros.

—¿No tuve más remedio! Le habían disparado... Se estaba muriendo.

—¿Crees que soy idiota? Robaste el elixir porque desde el primer momento tenías la intención de atarlo a ti.

Se inclinó, me agarró por un brazo, me puso en pie y me empujó contra una pared. Cuando estuve en sus manos, sentí el terror del episodio del sótano, sujeta en el diabólico arnés, indefensa

ante su violencia y presa del pánico. Él me golpeó de nuevo, un doloroso revés que me derribó en el suelo por segunda vez. De nuevo me llevé la mano a la mejilla y la encontré manchada de sangre. Me había hecho un corte, y el dolor invadía toda mi cara mientras los bordes de la herida empezaban a unirse de nuevo.

—Si hubiera querido arrebatarte a Jonathan, ¿habría vuelto? —Todavía en el suelo, me arrastré hacia atrás como un cangrejo para ponerme fuera del alcance de Adair, resbalando en el borde de mi vestido de seda—. Tuve que huir y traérmelo conmigo. No, es exactamente como te digo. Me llevé el frasquito, sí, pero como precaución. Era una sensación que tenía, de que iba a ocurrir algo malo. Pero como ves, he vuelto contigo. Te soy leal —dije, aunque en el fondo deseaba matarlo, por haberme golpeado, por hallarme tan impotente.

Adair me dirigió una mirada llena de odio, dudando de mi declaración, pero no volvió a golpearme. Dio media vuelta y se alejó, dejando su advertencia resonando en el pasillo.

—Ya veremos esa lealtad que proclamas. No pienses que esto ha terminado, Lanore. Destruiré el lazo existente entre ese hombre y tú, y tu conexión con él quedará reducida a la nada. Tu robo y tus maquinaciones de poco te habrán servido. Eres mía, y si crees que no puedo deshacer lo que has hecho, estás muy equivocada. Y Jonathan será mío también.

Me quedé en el suelo, apretándome la mejilla, mientras procuraba que sus palabras no me afectaran. No podía permitir que me quitara a Jonathan. No podía dejarle que rompiera el vínculo que yo tenía con la única persona que me importaba. Jonathan era cuanto tenía y quería. Si lo perdía, la vida para mí carecería de sentido y, por desgracia, mi vida iba a ser muy larga.

Quebec, en la actualidad

Es casi medianoche cuando llegan a la ciudad de Quebec. Lanny guía a Luke hacia el que parece ser el mejor hotel en la parte vieja de la ciudad, un edificio alto con aspecto de fortaleza, con parapetos para un torreón y banderas ondeando al viento frío de la noche. Agradecido de estar conduciendo el todoterreno nuevo en lugar de su vieja camioneta, Luke le entrega las llaves al aparcacoches, y después él y Lanny entran en el vestíbulo con las manos vacías.

La habitación del hotel es sin duda el sitio más lujoso en el que se ha alojado Luke; a su lado, el hotel donde pasó su luna de miel resultaría patético. La cama es enorme y ostentosa, con colchón de plumas, media docena de almohadas y sábanas con puntillas, y mientras se instala en su voluptuosidad apunta con un mando a distancia al televisor de pantalla plana. Los programas locales de noticias empezarán dentro de unos minutos, y Luke está ansioso por ver si mencionan la desaparición de una sospechosa de asesinato en un hospital de Maine. Tiene la esperanza de que, como Saint Andrew está tan lejos, la noticia no tenga importancia para emitirla allí, en Quebec.

Pasea la mirada hasta el ordenador portátil de Lanny, colocado a los pies de la cama. Podría ver si se dice algo en internet, pero a Luke le acomete un miedo irracional a que, si busca su asunto en la red, pueda delatarse de algún modo y las autoridades consigan seguirles la pista gracias a la combinación de una conexión de acceso y el uso de palabras claves sospechosas. Se le acelera el corazón, a pesar de que sabe que eso no es posible. Se ha dejado dominar por la paranoia cuando no está seguro de que haya razones para ello.

Lanny sale del cuarto de baño en medio de una nube de aire caliente y húmedo. Va flotando envuelta en el albornoz del hotel, demasiado grande para su frágil cuerpo, y tiene una toalla sobre los hombros; el pelo mojado le cae en zarcillos sobre los ojos. Saca de su chaqueta un paquete de cigarrillos. Antes de encender uno, se lo ofrece a Luke, pero este niega con la cabeza.

—La presión del agua es... divina —dice ella, lanzando un chorro de humo hacia los aspersores antiincendios incrustados discretamente en el techo—. Deberías darte una buena ducha caliente, bien larga.

—Sí, enseguida —dice él.

—¿Qué hay en la tele? ¿Estás buscando algo sobre nosotros?

Luke asiente, estirando los pies descalzos hacia el televisor de plasma. El llamativo logotipo del noticiario llena la pantalla, y a continuación un hombre maduro y de aspecto serio empieza a

leer titulares mientras su partenaire asiente atentamente. Lanny sigue sentada de espaldas a la pantalla, secándose el pelo con la toalla. A los siete minutos de programa, una gran foto del rostro de Luke aparece detrás del presentador. Es la foto que le tomaron en el hospital y que aparece siempre que se menciona su nombre en las circulares internas del centro.

—... desapareció después de atender a una sospechosa de asesinato a petición de la policía en el Hospital General de Aroostook, ayer por la noche, y las autoridades temen que le haya ocurrido algo. La policía ruega que cualquier persona que tenga información sobre el paradero del doctor se ponga en contacto con la policía...

La noticia entera dura menos de sesenta segundos, pero a Luke le resulta tan alarmante ver su cara en la pantalla del televisor que no puede asimilar lo que el locutor está diciendo. Lanny le quita el mando a distancia de la mano y apaga la tele.

—O sea, que te están buscando —dice, y su voz hace reaccionar a Luke.

—¿No tienen que esperar cuarenta y ocho horas antes de considerar que alguien ha desaparecido? —pregunta Luke, un poco indignado, como si se hubiera cometido una injusticia con él.

—No van a esperar... Creen que estás en peligro.

«¿Lo estoy? —se pregunta él—. ¿Sabe Joe Duchesne algo que yo no sé?» —Han dicho mi nombre por la tele. El hotel...

—No tienes que preocuparte. Nos hemos inscrito con mi nombre, ¿recuerdas? La policía de Saint Andrew no sabe quién soy. Nadie atará cabos... —La muchacha se da la vuelta y expulsa otra larga bocanada de humo—. Todo irá bien. Confía en mí. Soy experta en fugas.

Luke siente como si su cerebro estuviera muy apretado dentro de su cráneo, como si intentara salir a causa del pánico. Se le viene encima la gravedad de lo que ha hecho: Duchesne querrá hablar con él. Peter, sin duda, le habrá contado a la policía lo del todoterreno y el correo electrónico, así que no podrán seguir usándolo. Para volver a su casa, tendrá que mentirle convincentemente al sheriff y repetir la misma mentira a todo Saint Andrew, puede que durante el resto de su vida. Cierra los ojos para pensar y respirar. Su subconsciente le indujo a ayudar a Lanny. Si pudiera acallar la alarma que atruena en su cabeza, su subconsciente le diría qué es lo que de verdad quiere, por qué abandonó su vida y se lanzó a la carretera con esa mujer, negándose la posibilidad de volver.

—¿Eso significa que no puedo regresar? —pregunta.

—Si eso es lo que quieres... —dice ella con mucha cautela—. Te harán preguntas, pero sabrás afrontarlas. ¿Quieres volver a Saint Andrew? ¿A la granja de tus padres, a esa casa llena de pertenencias tuyas, a notar la ausencia de tus hijas? ¿Deseas volver al hospital a cuidar de tus ingratos vecinos?

La inquietud de Luke se hace más intensa.

—No quiero hablar de eso.

—Escúchame, Luke. Sé lo que estás pensando. —Se desliza por la cama para colocarse a su lado, muy cerca, para que Luke no pueda apartarse. Él huele el delicado perfume del jabón, calentado por la piel, que se eleva desde debajo del albornoz—. Solo quieres volver porque eso es lo que conoces. Es lo que has dejado atrás. El hombre al que vi entrar en urgencias parecía abrumado y cansado. Has sufrido mucho con lo de tus padres y tu ex mujer, con la pérdida de tus hijas... Allí ya no hay nada para ti. Es un engaño. Si vuelves a Saint Andrew, ya no saldrás de allí.

Te irás haciendo viejo, rodeado de gente a la que no le importas nada. Sé lo que sientes. Estás solo... y tienes miedo de quedarte solo para el resto de tu vida, rondando por una casa grande, sin nadie con quien hablar. Nadie que te ayude con las cargas de la vida, nadie con quien comer, nadie que te escuche contar cómo te ha ido el día. Tienes miedo a la vejez. ¿Quién va a estar contigo? ¿Quién cuidará de ti como tú cuidaste de tus padres? ¿Quién te cogerá de la mano cuando te llegue la hora de morir?

Lo que Lanny dice es cruel pero cierto, y Luke casi no soporta escucharlo. Ella le pasa un brazo por los hombros y, al ver que Luke no la rechaza, se acerca más y aprieta la cara contra el hombro de él.

—Es normal tener miedo a morir. La muerte se ha llevado a todos los que he conocido. Los he tenido en mis brazos hasta el último momento, los he confortado, he llorado cuando se fueron. La soledad es algo terrible. —Las palabras son incongruentes, viniendo de esa mujer tan joven, pero su tristeza es palpable—. Yo puedo estar contigo siempre, Luke. No me iré. Estaré contigo el resto de tu vida, si tú quieres que esté.

Luke no se aparta, pero piensa en lo que ella dice. No le está proponiendo amor... ¿o sí? No, Luke lo sabe, no es tonto. Aunque tampoco es exactamente amistad. No se engaña pensando que se han cogido cariño porque son almas gemelas. Hace menos de treinta y seis horas que se conocen. Cree comprender lo que le está ofreciendo esa mujer joven y guapa. Ella necesita un compañero. Luke ha seguido un instinto que no sabía que tenía y se ha portado bien con ella. La chica intuye que la cosa puede funcionar. Y a cambio, él puede abandonar su vieja y complicada vida sin tener que hacer nada, ni siquiera cancelar su contrato con la compañía eléctrica. Y no volvería a estar solo.

Permanece en brazos de Lanny, dejando que ella le acaricie la espalda, disfrutando de la sensación de su mano. Eso le aclara la mente y le trae paz por primera vez desde que el sheriff la llevó a la sala de urgencias.

Sabe que si piensa demasiado, la niebla volverá a invadirle. Se siente como un personaje en medio de un cuento de hadas, pero si se para a pensar en lo que está ocurriendo, si se resiste al suave tirón de la historia de ella, se impondrá la confusión. Se ve tentado a no dudar del mundo oculto de Lanny. Si acepta como verdad lo que ella dice, entonces lo que cree sobre la muerte es mentira. Pero, como médico, Luke ha presenciado el final de muchas vidas, ha sido testigo mientras la vida se escapaba de un paciente. Aceptaba la muerte como una de las verdades incuestionables de este mundo, y ahora le dicen que no lo es. En el código de la vida hay escritas con tinta invisible verdades irrefutables. Si la muerte no lo es, ¿qué más cosas pueden ser mentira, entre las miles de certezas y creencias que le han inculcado en su vida?

Siempre, claro, que lo que cuenta esa chica sea verdad. Aunque ha estado siguiéndola con complaciente mansedumbre, Luke aún no puede descartar la sospecha de que lo está engañando. Es evidente que ella es una gran manipuladora, como muchos psicópatas. Pero no es momento para pensar en esas cosas. Lanny tiene razón: está cansado y abrumado, y tiene miedo de llegar a la conclusión errónea, de tomar la decisión equivocada.

Se echa hacia atrás, apoyándose en la almohada, que huele un poco a lavanda, y se pega al cuerpo caliente de Lanny.

—No debes preocuparte. Todavía no me iré a ninguna parte. Para empezar, no me has contado el resto de tu historia. Quiero oír lo que pasó después.

Boston, 1819

Aquella noche salimos, la primera noche de Jonathan en Boston. Fue una velada tranquila —un recital, piano y una cantante sin renombre—, pero aun así, a mí no me parecía buena idea sacarlo de casa cuando todavía estaba tan alterado y con la mente tan inquieta. El secretismo era un principio básico para Adair: nos lo había inculcado a todos con historias en las que era sospechoso de brujería y escapaba por los pelos de turbas violentas, huyendo a caballo a la luz de la luna, dejando atrás una fortuna que había tardado décadas en amasar... Y quién sabía lo que podía escapársele a Jonathan en el estado en que se encontraba. Pero fue imposible disuadir a Adair, y se nos ordenó buscar en los baúles un conjunto de ropa de etiqueta para Jonathan. Al final, Adair exigió la elegante levita francesa de Dona (Jonathan era tan alto como Dona, pero más ancho de hombros) y tuvo a una de las sirvientas esclavizada durante horas haciendo arreglos mientras los demás nos empolvábamos, perfumábamos y vestíamos para presentar a Jonathan en sociedad.

Solo que no podía presentarse como Jonathan, naturalmente.

—Tienes que acordarte de utilizar otro nombre —le explicó Adair, mientras los sirvientes nos ayudaban a ponernos capas y sombreros bajo la araña del vestíbulo—. No podemos permitir que llegue a tu aldea la noticia de que han visto a Jonathan Saint Andrew en Boston.

La razón era obvia: la familia de Jonathan lo estaría buscando. Ruth Saint Andrew se negaría a aceptar el misterio de la desaparición de su hijo. Haría registrar el pueblo entero, y también el bosque y el río. Cuando la nieve se derritiera en primavera y todavía no se hubiera encontrado el cuerpo, ella deduciría que Jonathan se había marchado por su cuenta, y podía tender una red aún más amplia con la intención de encontrarlo. No podíamos dejar un rastro de migajas a nuestro paso, pistas que podían atraer a alguien a nuestra puerta.

—¿Por qué insistes en sacarlo esta noche? ¿Por qué no le dejas recuperarse tranquilamente? —le pregunté a Adair en tono quejumbroso, mientras subíamos al carruaje. El me miró como se mira a un tonto o a un niño molesto.

—Porque no quiero que se enclaustre en su habitación, a oscuras, pensando con tristeza en lo que ha dejado atrás. Quiero que disfrute de lo que el mundo puede ofrecerle.

Sonrió a Jonathan, pero este se limitó a mirar melancólicamente por la ventanilla del coche, sin hacer caso ni siquiera de la mano de Tilde que jugueteaba en su rodilla. Había algo en la

respuesta de Adair que no me cuadraba, y había aprendido a fiarme de mis instintos para saber cuándo mentía. Adair quería que Jonathan fuera visto en público, pero por qué razón, aquello se me escapaba.

El carruaje nos llevó a una mansión alta y suntuosa, no muy lejos del parque, la casa de un concejal y abogado cuya esposa estaba loca por Adair, o más bien debería decir que estaba loca por lo que él representaba: aristocracia europea y sofisticación (si supiera que en realidad estaba agasajando al hijo de un bracero itinerante, un campesino con sangre y barro en las manos). El marido se marchaba a su granja, al oeste de la ciudad, cada vez que su esposa organizaba una de aquellas fiestas, y más le valía, porque se habría muerto de un ataque de apoplejía de haber sabido lo que pasaba en aquellas reuniones y cómo gastaba ella su dinero.

Además de colgarse del brazo de Adair durante gran parte de la velada, la mujer del concejal intentaba también interesarle en sus hijas. A pesar de que Estados Unidos había conseguido su independencia hacía poco tiempo, rechazando a un monarca en favor de la democracia, algunos todavía seguían enamorados del concepto de la realeza, y probablemente la mujer del concejal deseaba en secreto que una de sus hijas se casara con un noble. Yo esperaba que en cuanto llegáramos, ella cayera sobre Adair con un revuelo de faldas de tafetán y reverencias, empujando a sus hijas para que se situaran un poco más cerca del conde, a fin de que este pudiera asomarse a sus escotes sin problemas.

Cuando Jonathan entró en el salón de baile, se hizo el silencio y después el rumor se extendió entre los presentes. No sería exagerado decir que todos los ojos se volvieron hacia él. Tilde iba cogida de su brazo y lo guió hasta donde estaba Adair, hablando con la anfitriona.

—Permítame que le presente... —dijo Adair, y después le dio a la mujer del concejal un nombre por el que recordar a Jonathan, Jacob Moore, engañosamente vulgar. Ella alzó la mirada y se quedó sin habla.

—Es mi primo americano, ¿se lo puede creer? —Adair pasó afectuosamente un brazo por los hombros de Jonathan—. De familia inglesa, por parte de nuestras madres. Una rama lejana de mi familia... —Adair se calló cuando fue evidente que no había nadie, por primera vez desde que había llegado a América, que le escuchara.

—¿Es nuevo en Boston? —le preguntó la anfitriona a Jonathan, sin apartar los ojos de su cara—. Porque me acordaría si le hubiera visto antes.

Yo estaba junto a la mesa de los ponches con Alejandro, mirando cómo Jonathan intentaba balbucear una explicación. Fue necesario que Adair acudiera al rescate.

—Sospecho que esta noche no vamos a quedarnos mucho tiempo —dije.

—Esto no va a ser tan fácil como Adair piensa. —Alejandro levantó su copa en dirección a ellos—. No se puede ocultar esa cara. Se correrá la voz, tal vez hasta vuestra miserable aldea.

Había una preocupación más inmediata, o eso me pareció cuando observé a Jonathan y a Adair juntos. Las mujeres no se arremolinaban alrededor del aristócrata europeo, sino del alto forastero. Lo miraban desde detrás de sus abanicos, se quedaban ruborizadas a su lado esperando a ser presentadas. Yo había visto antes aquellas expresiones, y en aquel momento me di cuenta de que eso nunca cambiaría. A donde fuera Jonathan, las mujeres intentarían poseerlo. Aunque él no las incitara, ellas siempre lo perseguirían. Si la competencia en Saint Andrew había sido dura, en Boston Jonathan jamás sería solo para mí. Siempre tendría que compartirlo.

Aquella noche, Adair parecía conformarse con dejar que Jonathan fuera el centro de atención.

De hecho, estaba enfrascado observando las reacciones de los asistentes a la fiesta. Pero yo me preguntaba cuánto duraría aquello. Adair no parecía de los que se conformaban con vivir a la sombra de otro, y siempre reclamaba el protagonismo. El propio Jonathan no tenía otra opción sino aceptarlo.

—Me temo que va a haber problemas dentro de muy poco —le murmuré a Alejandro.

—Con Adair siempre hay problemas. La cuestión es: ¿malos o peores?

Nos quedamos más tiempo del que yo había pensado. La noche empezaba a rendirse al resplandor púrpura del amanecer cuando volvimos a la mansión, callados y exhaustos. Observé que, a pesar de sí mismo, Jonathan parecía haber salido un poco de su concha. Había un vivo rubor en sus mejillas — ¿por el exceso de bebida?— e indudablemente estaba menos tenso.

Subimos la escalera en silencio, con el agudo golpeteo de nuestros tacones resonando por el suelo de mármol de toda la casa, grande y vacía. Tilde tiró de la mano de Jonathan, intentando llevárselo a su habitación, pero él se zafó de sus garras con un movimiento de cabeza. Uno a uno, los cortesanos desaparecieron tras las puertas doradas de sus alcobas, hasta que solo quedamos Jonathan, Adair y yo. Yo me disponía a acompañar a Jonathan a su habitación, ofrecerle unas palabras tranquilizadoras y, con suerte, ser invitada a mantenerlo caliente bajo las sábanas, cuando me detuvo un brazo que me rodeó la cintura. Adair me atrajo hacia él y, bien a la vista de Jonathan, pasó su mano libre por mi corpiño y mi trasero. Abrió de una patada la puerta de su cámara privada.

—¿Quieres acompañarnos esta noche? —dijo, guiñando un ojo—. Haremos que sea una noche para recordar, para celebrar tu llegada. Lanore es perfectamente capaz de complacernos a los dos. Lo ha hecho muchas veces. Deberías verlo por ti mismo: tiene un don para amar a dos hombres al mismo tiempo.

Jonathan se puso pálido y dio un paso atrás.

—¿No? Otra vez será. Tal vez cuando estés más descansado. Buenas noches —dijo Adair, mientras tiraba de mí para que entrara detrás de él.

El mensaje no podía ser más claro: yo era una vulgar ramera. Así era como Adair se proponía cercenar el cariño que Jonathan sentía por mí, y en aquel instante me di cuenta de que había sido idiota al dudar de la capacidad de Adair para triunfar en aquel empeño. Apenas pude ver la expresión de Jonathan —escandalizada, dolida— antes de que la puerta se cerrara de golpe.

Por la mañana, recogí mi ropa entre los brazos y, en paños menores y descalza, me quedé a la puerta del dormitorio de Jonathan, aguardando alguna señal de que estuviera despierto. Anhelaba con todas mis fuerzas oír los ruidos cotidianos de su ritual matutino —el roce de las sábanas, agua salpicando en el lavabo—, pensando que con aquello todo iría bien. No tenía ni idea de si podría enfrentarme a él. Quería verlo para obtener el tipo de consuelo que un niño obtiene del rostro de sus padres después de haber sido castigado, pero me faltaba el valor para llamar a la puerta. No importaba; dentro no se movía nada y, dado el día tan largo y complicado que había tenido, no debería haber dudado de que dormiría veinticuatro horas seguidas.

Así que me asecé en mi habitación y me puse ropa limpia, y después bajé la escalera con la esperanza de que, a pesar de lo temprano que era, los sirvientes hubieran preparado café. Para mi sorpresa, Jonathan estaba sentado en el cuarto de desayunar, con leche humeante y pan delante de

él. Levantó la mirada hacia mí.

—Te has levantado —dije, como una tonta.

Él se puso en pie y apartó la silla que tenía enfrente.

—He seguido horarios de granjero toda mi vida. Seguro que recuerdas eso de Saint Andrew. Si sigues durmiendo después de las seis de la mañana, todo el pueblo hablará de ti a mediodía. La única excusa es estar en tu lecho de muerte —dijo con ironía.

Un joven adormilado llegó con una taza y un platillo, derramando torpemente café por los bordes, lo dejó a mi izquierda y se marchó.

Aunque había estado pensando toda la noche cómo podía explicarme ante Jonathan, había acabado por desistir. No tenía ni idea de cómo empezar, así que jugueteé con la delicada asa de la taza.

—Lo que viste anoche...

Jonathan alzó una mano, con una expresión de disgusto en la cara, como si no quisiera hablar pero supiera que tenía que hacerlo.

—No sé por qué reaccioné como lo hice anoche. Tú me explicaste tu situación claramente en Saint Andrew. Si parecí escandalizado fue porque... bueno, no esperaba que Adair hiciera la oferta que hizo. —Carraspeó—. Siempre has sido una buena amiga, Lanny...

—Eso no ha cambiado —dije yo.

—... pero faltaría a la verdad si dijera que sus palabras no me perturbaron. No parece la clase de hombre que una mujer pueda permitirse amar. —Parecía realmente molesto por decir aquellas cosas de mí. Mantenía la mirada fija en la mesa—. ¿Lo amas?

¿Podía Jonathan pensar aquello, que yo pudiera amar a alguien que no fuera él? Sin embargo, no parecía celoso; estaba preocupado.

—No es cuestión de amor —dije en tono sombrío—. Tienes que entenderlo.

Su expresión cambió, como si le hubiera venido una idea de pronto.

—Dime que no te está... forzando... a hacer esas cosas.

Me sonrojé.

—No exactamente.

—Entonces ¿quieres estar con él?

—No, ahora que tú estás aquí —dije, y él se estremeció, aunque no sé muy bien por qué. En aquel momento, quise advertir a Jonathan de las posibles intenciones de Adair para con él—. Mira, hay una cosa que tengo que decirte sobre Adair, aunque puede que ya lo hayas adivinado puesto que has conocido a Dona y a Alejandro. Son... —Vacilé, insegura de que Jonathan pudiera aguantar una sola impresión más después de todo lo que le había pasado en veinticuatro horas.

—Son sodomitas —dijo sencillamente, llevándose la taza a la boca—. Uno no se pasa la vida rodeado de hombres como los leñadores, que solo tienen otros hombres como compañía, sin darse cuenta de ciertas cosas.

—Mantienen relaciones con Adair. Verás, Adair tiene un carácter muy peculiar —dije—. Le vuelve loco la fornicación, del tipo que sea. Pero no tiene nada que ver con el amor, ni con la ternura. —Me detuve, a punto de contarle que Adair utilizaba el sexo como castigo, para imponernos su voluntad, para hacer que le obedeciéramos. No dije nada porque me daba miedo, igual que Alejandro había tenido miedo de hacerme saber la verdad.

Jonathan me miró a los ojos, con un firme gesto de desaprobación en la boca.

—¿En qué me has metido, Lanny?

Busqué su mano.

—Lo siento, Jonathan, de verdad que lo siento. Tienes que creerme. Pero... aunque puede que no te guste que diga esto, es un consuelo tenerte conmigo. He estado tan sola... Te he necesitado.

Él me apretó la mano, pero de mala gana.

—Además —continuó—, ¿qué podía hacer? Kolsted te había pegado un tiro. Te estabas desangrando en mis brazos. Si no hubiera actuado, estarías...

—Muerto, ya lo sé. Es solo que... espero no estar algún día en la situación de desear que fuera así.

Aquella mañana, Adair hizo llamar al sastre. Jonathan necesitaba un vestuario, decidió Adair. Su nuevo invitado no podía seguir dejándose ver en público con ropas mal conjuntadas que no le sentaban bien. Como todos los miembros de la familia eran fanáticos de la ropa y habían enriquecido considerablemente al sastre, el señor Drake acudió presuroso antes de que se recogieran los servicios del desayuno, llevando consigo un cortejo de asistentes cargados con rollos de tela. Las últimas lanas y terciopelos, sedas y brocados de almacenes europeos. Cofrecitos llenos de botones caros, hechos de nácar y hueso, hebillas de peltre para zapatos. Sentí que Jonathan no aprobaba aquello y no quería estar en deuda con Adair por un vestuario extravagante, pero no dijo nada. Me senté en un taburete, fuera del centro de actividad, devorando con la vista los preciosos tejidos, con la esperanza de sacar para mí uno o dos vestidos nuevos.

—¿Sabes? Me vendrían bien algunas cosas nuevas —le dije a Adair, llevándome una pieza de raso rosa a la mejilla para ver si hacía juego con el color de mi tez—. Dejé todo mi vestuario en Saint Andrew cuando escapamos. Y tuve que vender mi última alhaja para pagar el pasaje del barco a Boston.

—No me lo recuerdes —dijo él con sequedad.

El señor Drake hizo que Jonathan se subiera en su cajón de sastre, delante del espejo más grande de la casa, y empezó a tomar medidas con un trozo de cordel, exclamándose en silencio ante las impresionantes proporciones de Jonathan.

—Vaya, qué alto es usted —dijo.

Pasó las manos por toda la espalda de Jonathan, después por sus caderas y por último —yo casi me desmayé— por el interior de una pierna para medir una costura.

—El caballero carga a la izquierda —murmuró Drake, casi con cariño, al asistente que apuntaba las medidas.

El encargo que se le hizo al sastre fue importante: tres levitas y media docena de pantalones, incluyendo un par de piel de ciervo finísima para montar a caballo; una docena de camisas, incluyendo una de fantasía con encaje para actos de gala; cuatro chalecos; una docena de corbatas, por lo menos. Un par de botas de campo. Medias y ligas de seda y lana, tres pares de cada. Y eso era solo para las necesidades más inmediatas; ya se encargarían más prendas cuando llegaran nuevos cargamentos de telas de Londres y de París. El señor Drake estaba todavía anotando el pedido cuando Adair puso un enorme rubí en la mesa, delante del sastre. No se dijo una palabra, pero, a juzgar por la sonrisa en la cara de Drake, estaba más que contento con aquella remuneración. Lo que no sabía era que la gema era una mera bagatela, sacada de una caja que contenía muchas más, y que la caja misma era solo una entre muchas. Adair tenía un tesoro que se

remontaba al saqueo de Viena. Una piedra de aquel tamaño era tan vulgar como una seta de campo para Adair.

—Y también una capa, creo yo, para mi amigo. Con forro de raso grueso —añadió Adair, haciendo girar el rubí sobre su extremo facetado, como si fuera la peonza de un niño.

El rubí atrajo las miradas de todos y, durante una fracción de segundo, solo yo vi cómo Adair dirigía una larga mirada apreciativa a Jonathan, desde la espalda hasta la elegante curva de la cintura y sus nalgas prietas. La mirada era tan cruda y cargada de intención que se me heló el corazón al suponer lo que le esperaba a mi Jonathan.

Mientras el sastre guardaba sus cosas, llegó un desconocido preguntando por Adair. Un caballero sombrío con dos grandes libros de cuentas y un equipo portátil de escritorio —tintero, plumas— sujeto bajo el brazo. Los dos se dirigieron de inmediato al despacho, sin decir una sola palabra a nadie más.

—¿Sabes quién es ese hombre? —le pregunté a Alejandro mientras veía cerrarse la puerta del despacho.

—Un abogado. Adair ha contratado a un abogado mientras tú estabas fuera. Es comprensible. Ahora que está en este país, tiene cuestiones legales que atender, relacionadas con sus propiedades en Europa. Esas cosillas surgen de vez en cuando. No tiene mayor importancia —respondió, como si aquello fuera lo más aburrido que se pudiera imaginar. Así que no le presté más atención... por el momento.

—Es absurdo —dijo Jonathan cuando Adair le informó de que aquel día iría a la casa un artista para hacer bocetos de él para un cuadro al óleo.

—Sería un crimen no hacer plasmar tus facciones —le contradijo Adair—. Hay hombres mucho más vulgares que se han immortalizado para la posteridad, llenando los pasillos de sus mansiones familiares con sus patéticos retratos. Esta misma casa es un buen ejemplo. —Adair señaló los retratos colgados de las paredes, que se habían alquilado junto con la casa para que le dieran empaque—. Además, la señora Warner me ha hablado del artista, que tiene mucho talento, y quiero ver si merece las alabanzas en las que se lo ha envuelto. Debería dar gracias a Dios por tener un modelo así, te lo digo yo. Tu rostro puede consagrar la carrera de ese hombre.

—No quiero consagrar la carrera de nadie —replicó Jonathan, pero sabía que la batalla estaba perdida.

Posó para el pintor, pero no cooperó demasiado. Se arrellanó en la butaca, inclinado, con la mejilla apoyada en una mano y la expresión malhumorada de un colegial al que obligan a quedarse después de las clases. Yo estuve sentada en el asiento del ventanal durante toda la sesión, mirando embobada a Jonathan, apreciando su belleza de un modo nuevo a través de los rápidos bocetos a carboncillo del artista. El pintor estuvo todo el tiempo susurrando alabanzas, alegrándose sin duda de su buena suerte al poder retratar un cuerpo tan impresionante y que le pagaran por el privilegio.

Dona, que había sido modelo de un pintor, se sentó a mi lado una tarde con el pretexto de estudiar de cerca la técnica del artista. Pero me fijé en que parecía observar más a Jonathan que al pintor.

—Se va a convertir en el favorito, ¿no crees? —dijo Dona en un momento dado—. El retrato lo demuestra. Adair solo ha hecho pintar retratos de sus favoritos. La odalisca, por ejemplo.

—¿Y qué significa eso de ser el favorito?

Me dirigió una mirada astuta.

—Vamos, no finjas. Tú has sido la favorita de Adair durante una temporada. En ciertos aspectos, todavía lo eres. Y eso, como sabes, exige pagar un precio. Él espera tu atención en todo momento. Es muy exigente y se aburre con facilidad, sobre todo en cuestión de juegos sexuales —dijo Dona, arqueando un hombro, como si se alegrara de no sufrir ya la presión de encontrar nuevas maneras de llevar a Adair al orgasmo.

Miré con atención a Dona, estudiando sus rasgos mientras hablaba: también él era un hombre atractivo, aunque su belleza había quedado empañada para siempre por algún dolor que llevaba dentro. Una malicia secreta enturbió sus ojos y torció la boca en una sonrisa despreciativa.

—¿Y solo ha encargado retratos de ellos dos? —pregunté, retomando la conversación—. ¿Solo de Uzra y de Jonathan?

—Ah, no, ha habido algunos más. Solo los impresionantemente bellos. Dejó sus retratos guardados en el viejo país, como rostros de ángeles encerrados en una bóveda. Cayeron en desgracia. Tal vez los veas algún día... —Inclinó la cabeza y escudriñó a Jonathan con ojo crítico—. Los cuadros, quiero decir.

—Los cuadros... —repetí—. Pero los caídos... ¿qué ha sido de ellos?

—Bueno, algunos se marcharon. Con la bendición de Adair, por supuesto. Nadie se marcha sin eso. Pero están dispersos, como hojas al viento. Casi nunca los volvemos a ver. —Hizo una breve pausa—. Aunque, ahora que lo pienso, has conocido a Jude. No se perdió nada con su marcha. Qué hombre más diabólico, hacerse pasar por predicador. Un pecador con ropas de santo. —Dona se echó a reír como si fuera la cosa más graciosa que pudiera imaginar, uno de los condenados disfrazado de predicador.

—Dices que solo algunos se marcharon. ¿Y los otros? ¿Alguien se ha marchado sin permiso de Adair?

Dona me dedicó una sonrisa un tanto malévola.

—No te hagas la tonta. Si fuera posible abandonar a Adair, ¿seguiría Uzra aquí? Llevas con Adair el tiempo suficiente para saber que no es descuidado ni sentimental. O te marchas con su aquiescencia o... bueno, no va a dejar atrás a alguien que pueda vengarse de él y revelar lo que es a gente inadecuada, ¿no crees?

Pero aquello era todo lo que Dona estaba dispuesto a decir sobre nuestro misterioso amo y señor. Me miró de arriba abajo y, pensando al parecer que mejor sería no divulgar nada más, salió de la habitación y me dejó reflexionando acerca de lo que me había contado.

En aquel momento hubo un alboroto al otro lado del salón, y Jonathan se levantó bruscamente de su butaca.

—Ya he tenido bastante de esta tontería. No puedo soportarlo más —dijo.

Siguió a Dona y dejó plantado al desilusionado artista, que veía cómo su buena suerte salía de la habitación. Al final, no se pintó ningún retrato al óleo de Jonathan, y Adair se vio obligado a conformarse con un dibujo a carboncillo que enmarcó con cristal y colocó en su despacho. Lo que Adair no sabía era que Jonathan iba a ser el último de sus favoritos immortalizado en un retrato y que todas las exigencias y las maquinaciones de Adair se iban a torcer por completo.

41

Tras el éxito de la primera noche, Adair se hizo acompañar por Jonathan a todas partes. Además de las habituales diversiones nocturnas, empezó a buscar actividades que pudieran hacer juntos, dejándonos a los demás a nuestro aire. Adair y Jonathan fueron a carreras de caballos en el campo, a cenas y debates en un club de caballeros, y a conferencias en la Universidad de Harvard. Me enteré de que Adair había llevado a Jonathan al burdel más exclusivo de la ciudad, donde eligieron a media docena de chicas para entretenerlos a los dos. La orgía parecía una especie de ritual pensado para unirlos, como un juramento de sangre. Con impaciencia, Adair introdujo a Jonathan en todas sus aficiones favoritas: amontonó novelas en la mesita de noche junto a la cama de Jonathan (las mismas que me había hecho leer a mí cuando me acogió en su seno) e hizo preparar comidas especiales para él. Incluso se habló de volver al viejo continente para que Jonathan pudiera conocer las grandes ciudades. Era como si Adair estuviera empeñado en crear una historia que los dos pudieran compartir. Convertiría su vida en la vida de Jonathan. Daba miedo verlo, pero aquello distraía a Jonathan. Este no había hablado de sus preocupaciones por su familia y el pueblo desde que nos marchamos, aunque a buen seguro pensaba en ello. Puede que no lo hablara conmigo por amabilidad, ya que no había nada que pudiéramos hacer para cambiar nuestra situación.

Después de una temporada así, con los dos hombres pasando la mayor parte del tiempo en compañía mutua, Adair me llevó aparte. Estábamos todos holgazaneando en el solano, los otros tres enseñando a Jonathan las complejidades del faro y Adair y yo sentados en un diván, mirando, como unos padres satisfechos que admiran a su prole jugando armoniosamente.

—Ahora que he estado en compañía de tu Jonathan, he llegado a formarme una opinión de él. ¿Te interesa saber cuál es? —me dijo Adair en voz baja, para que no le oyeran. Su mirada no se apartaba de Jonathan mientras hablaba—. No es el hombre que tú crees que es.

—¿Cómo sabes lo que pienso de él? —Intenté sonar segura, pero no pude evitar que me temblara la voz.

—Sé que piensas que algún día recuperará el sentido y se dedicará por completo a ti —dijo con sarcasmo, y comprendí lo poco que le gustaba la idea.

Y renunciar a todas las otras... ¿Acaso Jonathan no le había jurado ya aquello a una mujer, aunque de poco le había valido a ella? Probablemente, no le había sido fiel a Evangeline ni un mes después de haberse casado con ella. Forcé los labios en una sonrisa. No pensaba darle a Adair la satisfacción de saber que me había herido.

Adair cambió de postura en el diván, cruzando despreocupadamente una pierna sobre la otra.

—No te tomes muy a pecho su inconstancia. No es capaz de ese tipo de amor, por ninguna mujer. No puede sentir una emoción que se fije en su propia conciencia, en sus querencias y deseos. Por ejemplo, me ha contado que le preocupa haberte hecho tan desdichada...

Me clavé las uñas en el dorso de una mano, pero no había dolor que me distrajera.

—... pero no tiene ni idea de qué hacer al respecto. Para la mayoría de los hombres, el remedio sería obvio: o le das a la mujer lo que ella quiere, o rompes del todo con ella. Pero él todavía anhela tu compañía y por eso no puede romper contigo. —Suspiró de manera un poco teatral—. No desesperes. No se ha perdido toda la esperanza. Puede que llegue el día en que sea capaz de amar a una sola persona, y existe una posibilidad, por pequeña que sea, de que esa persona seas tú. —Y al decir esto se echó a reír.

Me habría gustado abofetearlo. Echarme encima de Adair, rodear su cuello con mis dos manos y estrangularlo hasta arrancarle la vida.

—Estás enfadada conmigo, puedo sentirlo. —Mi rabia impotente parecía divertirle también—. Enfadada conmigo porque te digo la verdad.

—Estoy enfadada contigo —repliqué—. Pero es porque me estás mintiendo. Intentas destruir mis sentimientos por Jonathan.

—He conseguido irritarte bastante, ¿me equivoco? Sí, reconozco que por lo general sabes cuándo estoy mintiendo, y eres la única que parece tener esa capacidad, querida... Pero esta vez no te miento. Casi desearía estar haciéndolo. Entonces no estarías tan dolida, ¿a que no?

Era más de lo que podía soportar, que Adair se compadeciera de mí en el mismo momento en que intentaba ponerme contra Jonathan. Miré a Jonathan, que contemplaba sus cartas en medio de la mesa, absorto en la partida de faro. Yo había empezado a sentir la presencia de Jonathan, un gran consuelo, como un zumbido que resonaba dentro de mí. Pero últimamente, había notado que Jonathan estaba un tanto taciturno; yo suponía que sentía tristeza por haber abandonado a Evangeline y a su hija. Si lo que Adair decía era verdad, ¿no podía ser melancolía por la infelicidad que me causaba? Aquello hizo que me preguntara por primera vez si el obstáculo para nuestro amor —el defecto, por decirlo así— estaría en Jonathan y no en mí. Porque parecía casi inhumano ser incapaz de entregarte por completo a una persona.

La peculiar risa de Tilde interrumpió mis pensamientos cuando tiró victoriosa sus cartas con gesto triunfal. Jonathan le dirigió una mirada, y comprendí que ya se había acostado con ella, aunque él sabía que si yo lo descubría aquello me destrozaría. La desesperación prendió en mí como un papel, desesperación por lo que no tenía poder para cambiar.

—Qué desperdicio. —Adair me habló al oído al instante, como la serpiente del Paraíso—. Tú, Lanore, eres capaz de un amor tan perfecto, un amor como no he visto nunca. Y mira que decidir malgastarlo en alguien tan indigno como Jonathan...

Su susurro era como un perfume en el aire de la noche.

—¿Qué dices? ¿Te estás ofreciendo como un objeto más digno de mi amor? —pregunté, buscando la respuesta en sus ojos de lobo.

—Ojalá pudieras amarme, Lanore. Si de verdad me conocieras, podrías saber si soy indigno de tu amor. Pero algún día, tal vez me mires como miras a Jonathan, con el mismo fervor. Ahora parece imposible, dada tu devoción por él, pero ¿quién sabe? Cosas imposibles suceden a veces, lo he visto, aunque solo de vez en cuando.

Sin embargo, cuando quise pedirle que se explicara, se limitó a fruncir la nariz y se echó a reír. Acto seguido se levantó del diván y pidió que le dieran cartas en la siguiente ronda de faro.

Como me habían dejado de lado, fui al despacho a buscar un libro con el que entretenerme. Al pasar junto al escritorio de Adair, la luz de mi vela iluminó una pila de papeles puestos sobre el secante, y mi mirada se posó, como por arte de magia, en el nombre de Jonathan, escrito con la letra de Adair.

¿Por qué demonios habría escrito Adair acerca de Jonathan? ¿Era una carta a un amigo? Dudaba de que tuviera algún amigo en el mundo. Acerqué los papeles a la vela.

Instrucciones para Pinnerly (el nombre del abogado, según supe después).

Cuenta que debe abrirse para Jacob Moore (el seudónimo de Jonathan) en el Banco de Inglaterra, por la suma de ocho mil libras (una fortuna) transferidas de la cuenta de... (un nombre que no reconocí).

Las instrucciones indicaban varias cuentas más que debían abrirse a nombre (falso) de Jonathan, transferidas de las cuentas de otros desconocidos en Amsterdam, París y San Petersburgo. Lo leí dos veces más, pero no le encontré sentido, y dejé el papel en la mesa, tal como lo había encontrado.

Parecía que Adair se había encaprichado tanto de Jonathan que estaba tomando medidas para proporcionarle medios, como si lo estuviera adoptando. Reconozco que me puse un poco celosa y me pregunté si en alguna parte habría un fondo a mi nombre. ¿Y de qué serviría, si Adair nunca me lo había dicho? Tenía que engatusarlo y suplicarle para que gastara dinero, como hacían los otros. Parecía simplemente otra señal de que Adair sentía un interés especial por Jonathan.

Jonathan parecía aceptar su nueva vida. Al menos, no puso objeciones a que se le hiciera compartir los favores y los vicios de Adair, y nunca mencionaba Saint Andrew. Solo había un vicio que Adair todavía no había compartido con su nuevo favorito, un vicio en el que seguro que Jonathan habría caído si se le hubiera ofrecido. Aquel vicio era Uzra.

Jonathan llevaba tres semanas viviendo con nosotros cuando le fue presentada. Adair pidió a Jonathan que esperara en el cuarto de estar —conmigo pegada celosamente a su lado— y después hizo entrar a Uzra con un ademán. La odalisca vestía su habitual envoltura de tela vaporosa. Cuando Adair le soltó la mano, la tela cayó al suelo revelando a Uzra en todo su esplendor. Adair hizo incluso que bailara para Jonathan, balanceando las caderas y los brazos mientras Adair cantaba una melodía improvisada. Después, hizo traer el narguile y nos recostamos en cojines tirados por el suelo, turnándonos para aspirar de la boquilla de marfil tallado.

—Es encantadora, ¿a que sí? Tan encantadora que no he podido separarme de ella. Y eso que causa muchos problemas: es una diablesa. Se tira por las ventanas, y de los tejados. No le importa que me ponga furioso. Siente un gran odio hacia mí. —Pasó un dedo por la nariz de Uzra, a pesar de que daba la impresión de que ella le arrancaría el dedo de un mordisco si le diera la oportunidad—. Supongo que eso es lo que hace que siga interesándome después de tantos años. Permite que te cuente cómo llegó Uzra a mí.

Al oír su nombre, Uzra se puso tensa.

—Conocí a Uzra durante un viaje a los países árabes —empezó a explicar Adair, sin dejarse

afectar por el malestar de Uzra—. Yo iba en compañía de un noble que estaba negociando la liberación de su hermano, quien había cometido la idiotez de intentar robar parte del tesoro de uno de sus gobernantes. Por aquel entonces, yo tenía una buena reputación como guerrero. Tenía cincuenta años de experiencia con la espada, que no es poco tiempo. Me habían contratado, por así decirlo, para ayudar a aquel noble, y mi lealtad se pagaba en dinero. Así fue como llegué a Oriente y tropecé con Uzra.

»Fue en una ciudad grande, en el mercado. Ella iba andando detrás de su padre, vestida como exigía la costumbre. Lo único que se veía de ella eran los ojos, pero con aquello bastaba: supe que tenía que ver más. Así que los seguí hasta su campamento, a las afueras de la ciudad. Me enteré de que su padre era el jefe de una tribu nómada y de que la familia estaba en la ciudad para entregar a Uzra a algún sultán, algún príncipe indolente, a cambio de la vida de su padre.

A aquellas alturas, la pobre Uzra estaba completamente inmóvil. Hasta había dejado de chupar del narguile. Adair se enroscó en un dedo un rizo de su pelo llameante, le dio un tirón como reprendiéndola por su actitud distante y lo soltó.

—Encontré su tienda, donde estaba atendida por una docena de sirvientas. Formaron un círculo a su alrededor y, pensando que quedaba oculta de la vista, la ayudaron a quitarse la ropa, deslizando las telas sobre su piel canela, y le soltaron el pelo, con manos que revoloteaban por todo su cuerpo... Se desató el caos cuando irrumpí en la tienda —dijo Adair con una risa ronca—. Las mujeres chillaban, corrían, caían unas sobre otras intentando protegerse de mí. ¿Cómo podían pensar que yo elegiría a alguna de ellas, teniendo a este genio fascinante desnudo delante de mí? Y Uzra sabía que yo había ido a por ella, se le notaba en los ojos. Apenas tuvo tiempo de taparse con una tela antes de que yo me lanzara sobre ella y la raptara.

»La llevé a un lugar del desierto donde sabía que nadie podría encontrarnos. Aquella noche la poseí una y otra vez, sin hacer caso de sus llantos —dijo, como si no tuviera ningún motivo para avergonzarse, como si tuviera tanto derecho a ella como al agua para calmar la sed—. Había salido el sol a la mañana siguiente antes de que mi delirio empezara a disminuir y me saciara de su belleza. Entre placer y placer, le pregunté por qué iban a entregarla al sultán. Era porque su tribu tenía una superstición acerca de un genio con ojos verdes que causaba epidemias y sufrimientos. Tenían miedo, los muy idiotas, y habían acudido al sultán. Este le ordenó al padre que la entregara o le haría matar. Ya ves, para romper la maldición, ella tenía que morir.

»Yo sabía que no era el primer hombre con el que había estado, así que le pregunté quién le había robado la virginidad. ¿Un hermano? Un pariente varón, eso sin duda. ¿Quién más habría podido acercarse a ella? Resultó que había sido su padre. ¿Te lo puedes creer? —preguntó, resoplando como si fuera la cosa más increíble que había oído en su vida—. Era el jefe, un patriarca acostumbrado a que se hiciera su voluntad.

Pero cuando Uzra cumplió cinco años, se dio cuenta, por el color de la niña, de que él no era su padre. La madre le había sido infiel y, a juzgar por los ojos verdes de la niña, se había acostado con un extranjero. Él no dijo nada, pero un día, simplemente, se llevó a la madre al desierto y regresó sin ella. Cuando Uzra cumplió doce años, había ocupado el puesto de su madre en la cama; él le dijo que era hija de una ramera, sin ningún parentesco de sangre con él, de modo que no estaba prohibido. No debía contárselo a nadie. A los sirvientes les pareció encantador que la muchacha fuera tan cariñosa con su padre que no podía soportar estar apartada de él.

»Le dije que nada de aquello importaba. Que yo no iba a entregarla a aquel ridículo y

supersticioso sultán. Y que tampoco la devolvería a su padre, para que pudiera forzarla por última vez antes de entregarla, como un cobarde.

Mientras Adair contaba su historia, yo me las había arreglado para cogerle una mano a Uzra y se la apretaba de vez en cuando para hacerle saber que me compadecía de ella, pero vi en sus ojos verdes y apagados que se había transportado a otro lugar, lejos de su crueldad. También Jonathan se sentía avergonzado en silencio. Adair continuó, sin prestar atención al hecho de que solo él estaba disfrutando con su relato.

—Decidí salvarle la vida. Como a los demás. Le dije que su largo calvario había terminado. Que iba a comenzar una nueva vida conmigo y que se quedaría a mi lado para siempre.

En cuanto el opio hizo su efecto en Adair y se quedó dormido, Jonathan y yo nos marchamos sigilosamente. Él me cogió de la mano y me condujo afuera.

—Dios mío, Lanny. ¿Cómo debo interpretar esta historia? Por favor, dime que era una fantasía, que estaba exagerando...

—Es raro. Ha dicho que le salvó la vida «como a los demás». Pero ella no es como los otros, según la historia que acaba de contar.

—¿Cómo es eso?

—Algo me ha contado sobre cómo los otros llegaron a estar con él, Alejandro, Tilde y Dona. Habían hecho cosas horribles antes de que Adair los encontrara. —Nos deslizamos a la habitación de Jonathan, que estaba al lado de la de Adair pero era más pequeña, aunque tenía un vestidor de buen tamaño y vistas al jardín. Y una puerta que daba directamente a la cámara de Adair—. Creo que por eso los eligió, porque son capaces de hacer las maldades que él exige. Creo que eso es lo que busca en un compañero: una flaqueza.

Nos quitamos varias capas de ropa para estar más cómodos antes de tumbarnos en la cama, uno junto a otro, y Jonathan me pasó un brazo protector por la cintura. El opio también nos hacía efecto, y yo estaba a punto de quedarme dormida.

—No tiene sentido. Entonces ¿por qué te escogió a ti? —preguntó Jonathan, adormilado—. Tú no has hecho daño a nadie en tu vida.

Si alguna vez hubo un momento oportuno para hablar de Sophia y de cómo yo la había empujado al suicidio, era aquel. Incluso cogí aliento para prepararme, pero... una vez más, no pude. Jonathan me consideraba lo bastante inocente para poner en duda mi posición allí. Pensaba que yo era incapaz de ninguna maldad, y yo no podía estropear aquello.

Y tal vez igual de revelador fue que no preguntara por qué había sido elegido él, qué veía Adair en él. Jonathan se conocía lo suficiente para creer que algo maligno acechaba en su interior, algo que merecía un castigo. Y puede que yo también lo supiera. Los dos habíamos pecado, a nuestra manera, y habíamos sido elegidos para un castigo que merecíamos.

—Quería decirte... —murmuró Jonathan, con los ojos ya cerrados—. Me voy a ir de viaje con Adair, pronto. Dice que quiere llevarme a algún sitio... He olvidado adónde. A Filadelfia, tal vez... Aunque después de esta historia, no puedo decir que me entusiasme ir solo con él a ninguna parte...

Cuando tiré de su brazo para apretarlo contra mí, noté a través de la fina gasa de su camisa una marca en el brazo, en la parte de abajo. Había algo repugnantemente familiar en las motas oscuras ocultas por la manga, así que levanté la prenda para ver las finas líneas negras trazadas en la parte interior del brazo.

—¿Dónde te has hecho esto? —Me incorporé, alarmada—. Ha sido Tilde, ¿verdad? ¿Te hizo esto con sus agujas?

Jonathan apenas abrió los ojos.

—Sí, sí... La otra noche, cuando salimos a beber...

Lo miré de cerca; no era el escudo heráldico sino dos esferas con largas colas de fuego, entrecruzadas como dos dedos enganchados. Era diferente del que yo llevaba, pero lo había visto antes... adornando la espalda de Adair.

—Es el mismo que tiene Adair —conseguí decir.

—Sí, ya lo sé. Insistió en que me lo hiciera. Para significar que somos hermanos, o alguna tontería semejante. Lo hice solo para que dejara de molestarme.

Al tocar el tatuaje con el pulgar, sentí que me recorría un frío estremecimiento. Que Adair le pusiera su marca a Jonathan significaba algo, pero no podía imaginar qué podría ser. Quería rogarle que no se fuera de viaje con Adair, que desobedeciera... Pero sabía cuál sería el resultado inevitable de aquella locura. Así que no dije nada y me quedé despierta mucho rato, escuchando el ritmo regular y sosegado de la respiración de Jonathan, incapaz de librarme de la premonición de que nuestro tiempo juntos llegaba a su fin.

Quebec, en la actualidad

Luke abre los ojos al oír el débil sonido del sufrimiento humano. Está desorientado, como siempre que se despierta de un sueño corto. Su primer pensamiento es que se ha quedado dormido y llega tarde a su turno en el hospital. Hasta que le da un manotazo al despertador —a pesar de que no está sonando— y lo tira de la mesita de noche, no se da cuenta de que está en un hotel, de que solo hay una persona con él, y de que esa persona está llorando.

La puerta del cuarto de baño está cerrada. Luke llama con suavidad y, al no obtener respuesta, empuja la puerta. Lanny está acurrucada en la bañera, completamente vestida. Cuando lo mira por encima del hombro, Luke ve que su maquillaje forma regueros negros que le bajan por la cara, como si fuera un payaso terrorífico de película.

—Oye, ¿estás bien? —pregunta, cogiéndole la mano—. ¿Qué haces aquí?

Ella deja que le ayude a salir de la bañera.

—No quería despertarte.

—Para eso estoy. —La lleva a la cama y deja que se enrosque entre sus brazos como una niña.

—Lo siento. Es que estoy empezando a darme cuenta... —dice ella a trompicones, entre sollozos.

—... de que él ha muerto —completa Luke para que ella pueda seguir llorando.

Tiene sentido; hasta ahora, la chica se ha estado concentrando en escapar, en que no los descubran. Pero la fuga ha terminado; el nivel de adrenalina baja y ella recuerda cómo ha llegado aquí, que ahora tiene que hacer frente a la realidad de que la persona más importante de su vida ya no existe. Era su gran amor y no volverá a verlo.

Luke piensa en las muchas veces que ha pasado ante alguien que lloraba en un pasillo del hospital; alguien que acaba de recibir una mala noticia, una mujer que esconde la cara entre las manos y un hombre que se contiene junto a ella, paralizado. Luke no puede contar las veces que ha salido del quirófano, quitándose los guantes y la mascarilla, negando con la cabeza mientras se acerca a la esposa que espera, con una expresión pétrea para afrontar su terca expectativa de buenas noticias. Ha aprendido a levantar un muro entre él y los pacientes y familiares; no hay que dejarse arrastrar por su dolor. Puedes asentir con la cabeza y compartir su pena, pero solo un momento. Si intentas asumir sus cargas, no durarías ni un año en el hospital.

La muchacha que tiembla en sus brazos tiene una pena infinita, el sufrimiento que se revela en

su llanto podría romper el mundo en dos. Caerá en su espiral de dolor durante mucho tiempo, dando vueltas sin poder parar. Luke supone que existe una fórmula para calcular cuánto tarda en pasar el dolor, pero probablemente depende del tiempo que hace que conoces al difunto. Ha visto viudas que llevaban cincuenta años casadas con caras sonrientes porque creían que se iban a reunir con sus maridos. Por supuesto, no hay nada que pueda aliviarla a ella. ¿Cuánto tardará Lanny en tolerar el dolor de la ausencia de Jonathan, por no hablar de tener que vivir con el hecho de que fue ella quien lo mató? Hay personas que han perdido el juicio por mucho menos, que se han sumido en la tristeza. No hay garantías de sobrevivir a algo así.

La ayudará. Tiene que hacerlo. Piensa que está muy bien preparado para esa situación. Gracias a su formación («Señora Parker, hemos hecho todo lo que hemos podido por su hijo, pero me temo que...»), confía en que su pena le resbale como el agua en el teflón.

Lanny ha dejado de llorar y se está frotando los ojos con el dorso de la mano.

—¿Estás mejor? —pregunta Luke, levantándole la barbilla—. ¿Quieres salir a tomar un poco el aire?

Ella asiente. Quince minutos después, están caminando de la mano hacia el horizonte crepuscular. Lanny se ha lavado la cara. Se apoya en el brazo de Luke como una muchacha enamorada, pero lleva en el rostro la sonrisa más triste que se ha visto en el mundo.

—¿Te apetece una copa? —pregunta él.

Dejan la calle para entrar en un bar oscuro y elegante, y él pide escocés solo para los dos.

—Soy capaz de tumbarte bebiendo hasta que caigas debajo de la mesa —advierte ella con una risa lastimera, y chocan los vasos como si estuvieran celebrando algo.

Y efectivamente, después de una copa, Luke reconoce el calor que se siente al principio de la borrachera, pero Lanny se ha tomado tres y solo tiene una sonrisa de medio achispada.

—Hay una cosa que te quiero preguntar. Es acerca de... él —dice Luke, como si al no pronunciar su nombre la pregunta fuera a doler menos—. Después de todo lo que te hizo pasar, ¿cómo pudiste seguir queriéndolo de esa manera? No parece que te mereciera...

Ella levanta su vaso vacío cogiéndolo por el borde, como si fuera una pieza de ajedrez.

—Podría dar todo tipo de excusas, como que así eran las cosas entonces: las mujeres esperaban que sus maridos tontearan por ahí. O que Jonathan era de esa clase de hombres y había que aceptarlo. Pero esa no es la verdadera razón... No sé cómo explicarlo. Siempre he querido que él me amara como yo lo amaba a él. Me quería, lo sé. Pero no como yo quería que me quisiera.

»Y las cosas son muy parecidas con mucha gente que he conocido. Un miembro de la pareja no quiere al otro lo suficiente para dejar de beber, o de jugar, o de ir por ahí con otras mujeres. Uno da y el otro recibe. El que da desea que el que recibe pare de una vez.

—Pero el receptor no cambia nunca —dice Luke, aunque se pregunta si siempre es así.

—A veces, el que da tiene que renunciar, pero no siempre lo hace. No se puede. Yo no podía renunciar a Jonathan. Parecía que era capaz de perdonarle todo.

Luke ve el océano que aflora en los ojos de ella y procura distraerla.

—¿Y Adair? Por lo que has dicho, parece posible que estuviera enamorado de ti...

—Su amor es como el amor del fuego por la madera. —Lanny ríe amargamente—. Durante algún tiempo, me tuvo confusa, eso lo reconozco. En un momento me hechizaba, y al siguiente me humillaba. Con él todo eran juegos y trucos. Creo que... que solo quería ver si podía hacer que yo

lo amara. Porque creo que nadie le había amado nunca. —Se queda inmóvil, con las manos cruzadas sobre el regazo, y la superficie de cristal de sus ojos se desborda—. Mira lo que has hecho. Voy a empezar a llorar otra vez. No quiero llorar en público. No quiero avergonzarte. Volvamos a la habitación del hotel. Podemos fumar un poco de hierba. —A Luke se le ilumina la cara recordando la gran bolsa de plástico, el colocón resinoso.

—Estoy dispuesto a fumarme toda la bolsa contigo, si eso es lo que hace falta para animarte.

—Mi héroe —dice ella, metiendo el brazo bajo el suyo.

Caminan calle arriba hacia el hotel, con un viento cortante azotándoles el rostro. Luke piensa que ojalá pudiera darle a Lanny una dosis de morfina para mitigar su dolor. Si pudiera, le pondría una inyección tranquilizante para proporcionarle una dosis diaria de paz. Se aclara la mente sacudiendo la cabeza. Siente que haría cualquier cosa para que ella volviera a ser feliz, pero no quiere ser esclavo de su sufrimiento.

En la cama, ella aprieta sus labios salados contra los suyos.

—Es la pregunta que me he hecho infinidad de veces. ¿Por qué Jonathan no era capaz de amarme? —suelta en un susurro abatido, vacilante—. ¿Qué tenía yo? Dime la verdad. ¿Soy indigna de ser amada?

Su pregunta desconcierta a Luke.

—No puedo decirte por qué Jonathan no correspondía a tu amor, pero si sirve de algo, creo que cometió un gran error.

Jonathan era un idiota. Solo un tonto desecharía semejante devoción, piensa Luke.

Ella le mira con incredulidad, pero sonrío. Y después, se queda dormida. Él tira de ella, rodeando con sus brazos el cuerpo de sílfide, abarcando sus miembros elegantemente desplegados. No recuerda haberse sentido así nunca, excepto en aquella lamentable ocasión en la pizzería con sus hijas, cuando quería meterlas en su coche de alquiler y llevárselas a Maine. Sabe que hizo lo correcto no cediendo entonces a su tristeza —las niñas están mejor con su madre—, pero siempre le atormentará el haberse alejado de ellas. Solo un idiota desecha esa clase de amor.

Y Lanny. Está dispuesto a hacer lo que sea para proteger a esa mujer vulnerable, para confortarla. Ojalá pudiera extraerle el veneno, como hace una sanguijuela con la sangre. Se lo tragaría él mismo, si pudiera, pero sabe que lo único que puede hacer es estar con ella.

Boston, 1819

Una luz cenicienta tiró de mis párpados, despertándome de mi sueño una noche. Uzra apareció junto a mi cama con una lamparilla de aceite oscilando en su mano. Debía de ser muy tarde, porque la casa estaba silenciosa como una cripta. Sus ojos me imploraban que saliera de la cama, de modo que salí.

Se deslizó afuera de la habitación a su habitual manera silenciosa, dejando que yo la siguiera torpemente. El sonido de mis pies con zapatillas sobre las alfombras era apenas un susurro, pero en aquella casa tan silenciosa era un ruido que resonaba en los pasillos. Uzra tapó la lámpara cuando avanzábamos ante los dormitorios, para que proyectaran la mínima luz posible, y pasamos inadvertidas hasta llegar a la escalera que llevaba al ático.

El ático se había dividido en dos zonas; una estaba adaptada para alojar a los sirvientes y había otro espacio más pequeño, sin terminar, para guardar cosas. Era allí donde Uzra se escondía. Me guió a través de un laberinto de baúles que le servían de barrera contra el mundo, y después por un pasillo imposiblemente estrecho que terminaba en una puerta diminuta. Tuvimos que agacharnos y retorcernos para pasar por la puerta y entrar en lo que parecía el vientre de una ballena: vigas como costillas, una chimenea de ladrillo en lugar de tráquea. La luz entraba a raudales por las ventanas sin tapar, ofreciendo vistas al descuidado sendero que llevaba a la cochera. Ella había decidido vivir en aquel reducido espacio para estar lejos de Adair. Era un sitio triste para instalarse, demasiado caluroso en verano y demasiado frío en invierno, y tan solitario como la luna.

Pasamos por lo que yo supuse que era su nido, delimitado por las iridiscentes y ondulantes telas de organdí que utilizaba como sarong, colgadas de las vigas como ropa tendida en una cuerda. La cama estaba hecha con dos mantas del salón, retorcidas juntas en un diseño circular, no muy diferente del lecho que se haría un animal salvaje, apresurado e improvisado. Junto a la cama había un montón de chucherías, joyas —diamantes del tamaño de uvas— y un velo de fina gasa dorada para llevar con un chador. Y también cachivaches, cosas que podría coleccionar una niña: una daga fría y preciosa, recuerdo de su país de nacimiento, cuya hoja curvada parecía una serpiente en movimiento; un espejo de mano de bronce. Me hizo señas de que la siguiera y dejé de husmear en su humilde refugio, prueba de su resistencia contra Adair.

Me llevó hasta una pared, un callejón sin salida. Pero donde yo no veía nada, ella se arrodilló

y quitó un par de tablas; entonces apareció un espacio donde se podía entrar a gatas. Cogiendo la lámpara de aceite, se introdujo sin miedo en la oscuridad, como una rata acostumbrada a desplazarse entre las paredes. Yo respiré hondo y la seguí.

Después de avanzar a cuatro patas unos seis o siete metros, salimos a un cuarto sin ventanas. Uzra levantó la lámpara para que yo pudiera ver dónde estábamos: era un espacio reducido y terminado, parte de los alojamientos de los sirvientes, con una pequeña chimenea y una puerta. Me acerqué a la puerta y así el pomo: estaba bien cerrada por fuera. La habitación estaba dominada por una mesa grande cubierta de frascos y tarros, más un despliegue de diversos objetos. Había un arcón, también lleno de recipientes de todos los tamaños y formas, casi todos tapados con tela encerada o tapones de corcho. Bajo la mesa había muchas cestas llenas de toda clase de cosas, desde piñas y ramas hasta partes secas e irreconocibles de cuerpos de diversos animales. Metidos entre los tarros se encontraban unos cuantos libros, antiguos y polvorientos. En el borde de la mesa había velas colocadas sobre platillos.

Aspiré con fuerza: en la habitación se reunía una miríada de olores, a especias, bosque y polvo, y otros olores que no pude identificar. Plantada en el centro de la pequeña estancia, miré a mi alrededor despacio. Creo que supe de inmediato lo que era aquella habitación y qué significaba su existencia, pero no quería admitirlo.

Cogí uno de los libros que había en un estante. Las tapas eran de lino azul tensado, adornado con letras en caligrafía e intrincados símbolos dentro de otros símbolos. Pasando con cuidado las pesadas páginas, vi que no había ni una sola que estuviera impresa en todo el libro: todo había sido escrito a mano con letra cuidadosa, acompañada de fórmulas e ilustraciones —la parte de una planta que había que coger, por ejemplo, o una elaborada disección de los órganos internos del hombre—, pero todo en un idioma que no reconocí. Los dibujos eran más reveladores, y reconocí algunos de los símbolos de mi infancia y también de los libros de la biblioteca de Adair: estrellas de cinco puntas, el ojo que todo lo ve, ese tipo de cosas. El libro era una maravillosa obra de artesanía, producto de cientos de horas de trabajo, y olía como si hubiera estado años escondido, a secretos e intrigas, y seguro que otros hombres lo habrían codiciado, pero su contenido era un misterio para mí.

El segundo libro era aún más viejo, con láminas de madera a modo de cubiertas, unidas por un lomo de cuero. Dentro, las páginas estaban sueltas, no encuadradas, y por la diversidad de papeles que incluía parecía más una recopilación de notas que un libro. Debía de ser la letra de Adair, pero otra vez en un idioma que yo no conocía.

Uzra se movía inquieta, agitando los diminutos cascabeles de su tobillera. No le gustaba estar en aquella habitación, y yo no se lo reprochaba. Adair la tenía cerrada por fuera por un motivo: no quería que nadie la descubriera. Pero cuando extendí el brazo para dejar el segundo libro en su sitio, Uzra se me acercó y me agarró la muñeca. Acercó la lámpara a mi brazo y cuando vio el tatuaje —que yo había olvidado hacía mucho tiempo—, dejó escapar un gemido como el de un gato moribundo.

Me puso un brazo bajo la nariz, con la palma hacia arriba. Llevaba el mismo tatuaje en idéntico sitio, una versión un poco más grande, pero de ejecución más tosca, como si la mano del artista no hubiera sido tan segura como la de Tilde. Su mirada era acusadora, como si me lo hubiera hecho yo misma, pero su significado era inequívoco: Adair había decidido marcarnos a las dos con la misma marca. Sus intenciones respecto a mí no podían ser muy diferentes del modo

en que la trataba a ella.

Alzando bien la lámpara, examiné una vez más el contenido de la habitación. Me vino a la mente una descripción que había oído de labios del propio Adair: la de la habitación de la torre del físico que había sido su prisión de juventud. Solo había un motivo para que necesitara una habitación así y la hubiera ubicado en el rincón más remoto de la casa. Comprendí lo que era aquel lugar y por qué lo mantenía, y un violento escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Recordé de golpe el penoso relato que me había hecho Adair de su captura, servidumbre y aprendizaje con el malvado físico. Solo que... Me preguntaba con cuál de los dos hombres había estado yo todo aquel tiempo: quién era el hombre en cuya cama me había metido y al que incluso había entregado la vida de la persona que más me importaba en el mundo. Adair quería que sus seguidores creyeran que había sido un muchacho campesino maltratado que se había emancipado y que simplemente disfrutaba de la recompensa por haber derrocado a un tirano cruel e inhumano. Cuando en realidad, dentro de aquel atractivo joven estaba el monstruo de la historia, el acaparador de poder y despojador de vidas, capaz de pasar de un cuerpo a otro. Había abandonado su decrepito cascarón, sacrificándolo a los aldeanos, pero sin duda con el muchacho campesino atrapado en su interior, que pasó sus últimos minutos en el terror, pagando por las crueldades del físico. Esa mentira cuadraba bien con sus monstruosos designios y parecía haberlo mantenido oculto durante cientos de años. Ahora que yo conocía la verdad, la pregunta era: ¿qué iba a hacer?

Una cosa era sospechar del engaño de Adair, pero necesitaba pruebas para convencerme a mí misma de la horrible verdad, aunque no convenciera a nadie más. Como Uzra me estaba tirando de la manga para que nos marcháramos, saqué una página de uno de aquellos libros antiguos y cogí un puñado de hojas de uno de los tarros polvorientos que había sobre la mesa. Puede que tuviera que pagar un terrible castigo por robar aquellas cosas —yo misma había oído la historia de labios de Adair, la que terminaba con el atizador envuelto en una manta y la lluvia de golpes—, pero tenía que saber.

Empecé por una visita a un profesor de la Universidad de Harvard al que había conocido en una de las fiestas de Adair. No en una tarde de té o en un salón para entretener a intelectuales, no. Había conocido a aquel hombre en una de las fiestas especiales de Adair. Encontré su despacho en Wheydon Hall, pero estaba con un estudiante. Cuando vio que yo esperaba en el pasillo, despidió al joven y vino a mi encuentro, con la más encantadora sonrisa en su vieja y diabólica cara. Puede que tuviera algo de miedo de que yo hubiera ido a hacerle chantaje, ya que la última vez que lo había visto estaba montando a un chico de alquiler aún más joven que sus alumnos y jadeando con arrogancia. O tal vez tuviera la esperanza de que yo le llevara una invitación a otra fiesta.

—Querida, ¿qué te trae por aquí? —dijo, palmeándome la mano mientras me hacía pasar a su despacho—. Rara vez tengo la fortuna de recibir visitas de bellas jóvenes. ¿Y cómo está nuestro mutuo amigo, el conde? Espero que goce de buena salud.

—Tan bien como siempre —dije sin faltar a la verdad.

—¿Y a qué debo esta agradable visita? ¿Tal vez se prepara otra velada...? —Sus ojos relucían con un hambre extrema, me temo que con el apetito excitado por demasiadas tardes mirando a tantos jóvenes lozanos.

—Venía con la esperanza de pedirle un favor —dije mientras buscaba en mi bolso la página

robada.

El papel no se parecía a nada que yo hubiera visto, grueso y áspero, y casi tan pardo como el papel de carnicero, y ahora que estaba libre de la prensa de sus tapas de madera, había empezado a curvarse por los extremos como si fuera un rollo.

—¿Eh? —dijo él, claramente sorprendido. Pero aceptó el papel de mi mano y se lo acercó a la cara, levantando las gafas para examinarlo—. ¿De dónde has sacado esto, querida?

—De un librero —mentí—. Un librero particular que asegura que tiene un tesoro de libros antiguos sobre un tema que a Adair le interesa mucho. Había pensado en comprar los libros para regalárselos a Adair, pero el idioma me resulta ilegible. Me gustaría verificar que el libro es lo que el vendedor asegura. Toda precaución es poca.

—Así es —murmuró mientras examinaba la página—. Bueno, el papel no es de fabricación local. No está blanqueado. Puede que lo hiciera alguien, digamos, para su propio uso. Pero es el idioma lo que te interesa, ¿no? —Sonrió modestamente por detrás de sus lentes. Era profesor de lenguas antiguas, aquello era lo único que yo recordaba de nuestra fugaz presentación. En concreto de qué lenguas, de eso no me acordaba.

—Prusiano, diría yo. Muy similar, al menos. Muy raro, a buen seguro una forma arcaica del idioma. Nunca había visto nada parecido. —Se acercó a una estantería, sacó un volumen grueso y pesado, y empezó a pasar páginas de papel cebolla.

—¿Puede decirme de qué trata? ¿El tema?

—¿De qué crees tú que trata? —preguntó, curioso, sin dejar de pasar páginas. Yo carraspeé.

—De magia de algún tipo.

Él dejó lo que estaba haciendo y me miró.

—¿Alquimia? —dije con voz más débil—. ¿Tiene algo que ver con transformar unas cosas en otras?

—Bueno, querida, sin duda alguna se trata de algo mágico, puede que sea algún tipo de hechizo o encantamiento. Exactamente qué, no puedo decirte. Quizá si me lo dejaras unos días... —Su sonrisa era artera.

Sabía lo suficiente sobre el trabajo de los eruditos para sospechar lo que haría con aquel papel en sus manos: intentaría hacer carrera con él, utilizándolo para desarrollar tal o cual estudio, y yo no lo volvería a ver. O peor aún, si Adair se enteraba de que faltaba, de que se lo había dado a nuestro lujurioso profesor... Bueno, decir que me esperaba una buena era quedarse cortísimo. Levantó una ceja, expectante, pero yo me incliné sobre su escritorio y me apoderé del papel.

—No, no puedo, pero gracias por su amable oferta. Con lo que me ha dicho, me basta —dije, saltando de la silla y abriendo la puerta—. Y se lo ruego, hágame el favor de no mencionarle esto a Adair si lo ve. En cuestión de regalos, es un hombre difícil de complacer. Quiero darle una sorpresa con los libros.

También el viejo profesor parecía un poco sorprendido cuando yo salí disparada de su despacho.

A continuación, me puse a buscar a una comadrona.

Fue difícil encontrarla. Cada vez había menos en ciudades como Boston; los médicos se encargaban de casi todos los partos, al menos para las mujeres que podían pagarlos. Tampoco

buscaba a una comadrona cualquiera. Necesitaba una como las que se encuentran en el campo, una que lo supiera todo sobre curaciones con plantas y cosas así. De las que cien años antes, en aquella misma ciudad, habrían sido consideradas brujas por sus vecinos y habrían muerto ahogadas o ahorcadas.

Las prostitutas de la calle me dijeron dónde encontrar a la comadrona, ya que era la única ayuda que ellas podían permitirse para curarse las purgaciones o encargarse de embarazos no deseados. Sentí un escalofrío en la espalda cuando crucé el umbral de la pequeña habitación de aquella mujer. Olía a polvo, polen y cosas viejas a punto de pudrirse, no muy diferente de la habitación secreta del ático de Adair.

—Siéntate, querida, y cuéntame por qué has venido —pidió, al tiempo que señalaba un taburete al otro lado de la chimenea en el que ardía un fuego medio apagado. Era una mujer mayor, con un acusado estrabismo que no disimulaba, pero con una expresión de comprensión en el rostro.

—Necesito saber qué es esto, señora. ¿Lo ha visto alguna vez?

Saqué un pañuelo de mi bolso y lo abrí para que lo viera. El ramillete vegetal que había robado se había chafado en el trayecto, separándose en pequeños tallos y fragmentos de hojas quebradizas y rotas. Ella se acercó una hoja a los ojos, y después la trituró con los dedos y olió.

—Esto es nim, querida. Se utiliza para una gran variedad de dolencias. No es precisamente común por estas latitudes, y en este estado natural es más raro aún. Normalmente se encuentra en tinturas y cosas parecidas, diluido al máximo en agua para aprovecharlo lo más posible. ¿Cómo lo has encontrado? —preguntó con naturalidad, como si pensara en ir al mercado a comprar un poco. Tal vez creyera que por eso había ido yo. Se sacudió las manos sobre el fuego, dejando que los fragmentos de hoja cayeran en las llamas.

—Me temo que no puedo decírselo —dije, y le puse una moneda en la mano. Ella se encogió de hombros, pero la aceptó y se la guardó en el bolsillo—. Y tengo una segunda petición. La necesito para elaborar... Preciso que prepare algo que provoque un sueño muy pesado. No necesariamente apacible. Tengo que dejar inconsciente a una persona de la manera más rápida posible.

La comadrona me dirigió una mirada larga y callada, tal vez preguntándose si lo que yo había querido decir en realidad era que quería envenenar a alguien, porque ¿de qué otro modo se podía interpretar semejante petición? Por fin dijo:

—Nadie debe relacionarme con esto... si por alguna razón las autoridades intervienen en el asunto.

—Tiene usted mi palabra. —Le puse cinco monedas más en la mano, una pequeña fortuna. Ella miró las monedas, después a mí, y por último cerró los dedos alrededor del oro.

Sentada en el carruaje que me llevó de vuelta a la mansión, abrí el pañuelo que envolvía el preparado que me había dado la comadrona. Era un terrón blanco y duro como una piedra, y aunque yo entonces no lo sabía, era mortífero fósforo blanco, probablemente comprado a un trabajador de una fábrica de cerillas, quien a su vez lo habría robado en su lugar de trabajo. La comadrona lo había manejado con cuidado, como si no le gustara tocarlo, y me había indicado que lo moliera en un mortero y lo mezclara con algún vino o licor, añadiendo láudano para rebajar la poción.

—Para usos medicinales, es muy importante diluirlo. Podrías usar el láudano solo, pero tarda

bastante rato en hacer efecto. El fósforo actúa con rapidez. Claro que... si alguien se tragara esta cantidad de fósforo, las consecuencias serían catastróficas —dijo con una expresión inconfundible en la mirada.

Yo ya había tramado un plan, un plan muy peligroso, pero cuando me despedí de ella solo podía pensar en el verdadero Adair. Mi mente estaba llena de compasión por el desdichado muchacho campesino, que no tenía ni tumba porque no hubo cadáver que devolver a la tierra. Su atractiva figura era propiedad del hombre que se había apoderado de su cuerpo mediante la magia negra.

En cuanto a los últimos detalles de la historia del físico... bueno, era imposible saber cuánto de todo lo explicado era verdad. Es posible que visitara a la familia de Adair y les dejara una compensación movido por la culpa, o en agradecimiento por entregarle a su hijo, por regalarle un cuerpo tan excepcional. Pero también aquella parte podía ser una mentira contada para que la historia resultara más digerible y trágica, para influir a su favor en el corazón del oyente, para desviar las sospechas. ¿Y la pérdida de su feudo? Un riesgo calculado... Tal vez le había valido la pena, con tal de adquirir un nuevo y magnífico recipiente para su vieja y miserable alma. Pero si yo no acababa con aquel hombre terrible, él se apoderaría de lo que yo más quería en el mundo: Jonathan.

El cuerpo del muchacho campesino, atractivo, fuerte y capaz, con una virilidad impresionante, debió de parecerle al físico un regalo de Dios. Pero en el Nuevo Mundo, el cuerpo del campesino tenía sus limitaciones. O más bien, las limitaciones estaban en su cara: era desconcertantemente exótica, de tono aceitunado, enmarcada por cabellos rebeldes y ensortijados. Yo lo advertía en las expresiones de los bostonianos elegantes cuando conocían a Adair, en el fruncimiento de sus ceños, en la desconfianza que brillaba en sus ojos. En Boston, entre descendientes de británicos, holandeses y alemanes, que nunca habían visto a un turco o a un árabe, y para quienes el pelo de Adair no era muy diferente del de sus esclavos, el cuerpo del campesino era un inconveniente. Comprendía por fin la mirada fría y calculadora de Adair cuando escudriñaba al estudiante con un pie deforme que Tilde le había conseguido, y su anhelante apreciación de la belleza impecable de Jonathan. Había soltado por el mundo a sus infernales perros de caza, en busca del recipiente perfecto; incluso hizo que Jude buscara a un sustituto por las zonas rurales. Pero en Boston, a Adair se le acababa el tiempo y necesitaba un nuevo cuerpo, uno que respondiera a los gustos de los amos y señores de aquel nuevo entorno.

Quería a Jonathan. Quería meterse en Jonathan para usarlo de disfraz. La gente se sentía atraída por Jonathan como las moscas por la miel, hechizadas e impotentes ante su indescriptible atractivo. Los hombres querían ser sus amigos, orbitando a su alrededor como planetas alrededor del sol. Las mujeres se entregaban a él por completo, y eso nadie lo sabía mejor que yo. Siempre se agolparían en torno a él, le abrirían su corazón, sin darse cuenta de que el espíritu que había dentro era maligno y quería abusar de ellas.

Y como nadie conocía el secreto de Adair, no había nadie que pudiera detenerlo. Nadie más que yo.

Llegué a la mansión y me encontré a todos sus habitantes alborotados. Los sirvientes corrían escalera abajo como el agua que descende por una ladera, dirigiéndose al sótano, escondiéndose en despensas, huyendo del estruendo que venía de arriba. Se oían puños que golpeaban puertas, el chasquido de cerrojos. Las voces lejanas de Tilde, de Dona y de Alejandro resonaban en el piso de arriba.

—Adair, ¿qué ocurre?

—¡Déjanos entrar!

Corrí escalera arriba y encontré a los tres, apoltonados e impotentes al pie de la escalera del ático, sin atreverse a interrumpir lo que estaba pasando al otro lado de la puerta cerrada. Detrás de esta se oían ruidos terribles: Uzra chillaba, y Adair gritaba a modo de respuesta. Oíamos el sonido sordo de la carne golpeando carne.

—¿Qué pasa? —pregunté a Alejandro tras acercarme a él, mientras lo miraba.

—Adair ha subido a buscar a Uzra, es lo único que sé.

Pensé en la historia de Adair. La cólera del físico cuando le habían robado cosas de su mesa.

—¡Tenemos que subir! ¡Le está haciendo daño! —Agarré el pomo de la puerta, pero se negó a moverse. La había cerrado con llave—. ¡Traed un hacha, un martillo, lo que sea! ¡Tenemos que forzar esta puerta! —grité. Pero ellos se limitaron a mirarme como si hubiera perdido la cabeza—. No sabéis lo que es capaz de...

Entonces, los ruidos cesaron.

Al cabo de unos minutos, giró la llave en la cerradura y salió Adair, blanco como la leche. Llevaba en la mano la daga de hoja curvada de Uzra, y el puño de su camisa estaba manchado de rojo intenso. Dejó caer el puñal al suelo y con un empujón se abrió paso entre nosotros, retirándose a su habitación. Solo entonces fuimos a buscar el cadáver de Uzra.

—Tú has tenido algo que ver con esto, ¿verdad? —me dijo Tilde—. Se te ve la culpa en la cara.

No respondí. Al mirar el cuerpo de Uzra se me revolvió el estómago. La había apuñalado en el pecho y también le había cortado la garganta, y aquello debió de ser lo último que hizo, porque Uzra estaba en el suelo con la cabeza echada hacia atrás, y parte del cabello aún estaba retorcido donde él lo había agarrado. Las palabras «Por mi mano e intención» resonaron en mi cabeza. Las mismas palabras que le habían dado vida eterna se habían pronunciado de nuevo para quitársela. Al pensar en ellas, un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, igual que cuando vi el tatuaje en su

brazo, inerte, laxo al costado. A fin de cuentas, que llevara su marca grabada en el cuerpo no significaba nada. Adair podía retractarse de su palabra cuando quisiera.

La riña podía haberse debido a cualquier motivo, y yo nunca lo sabría con seguridad, pero el momento de la agresión hacía improbable que se debiera a otra cosa que no fuera la habitación secreta. De algún modo, Adair debía de haber descubierto que faltaban cosas, y le echó la culpa a Uzra. Y ella, o bien había querido protegerme, o bien —lo más probable— lo había aceptado de buena gana, como su mejor oportunidad de liberación por medio de la muerte.

Yo me había llevado aquellas cosas sabiendo cuál sería el castigo. Solo que no pensé que lo pagaría Uzra. Tampoco había imaginado que él mataría a alguno de nosotros, y menos aún a Uzra. Era mucho más propio de él infligir un brutal castigo físico y mantener a la víctima en sus garras, temblando de terror al pensar cuándo se le ocurriría a Adair volver a hacerlo. Ni en un millón de años yo habría imaginado que pudiera matarla, porque creía que, a su manera, la quería.

Me dejé caer al suelo junto a ella y le cogí la mano, pero ya estaba fría; puede que el alma abandonara el cuerpo con más rapidez en nuestro caso, ansiosa de quedar libre. Lo más terrible era que yo había estado planeando mi fuga, yo con Jonathan, pero ni se me había ocurrido llevar a Uzra con nosotros. Aunque sabía lo desesperada que estaba por huir, no se me había pasado por la cabeza ayudar a aquella pobre chica que había cargado con lo peor de las enfermizas obsesiones de Adair durante muchos años, que había sido tan amable conmigo y que había intentado ayudarme a subsistir en aquella guarida de lobos. Yo lo había aceptado como si tal cosa, y el frío reconocimiento de mi egoísmo hizo que me preguntara si no sería yo, después de todo, un alma gemela de Adair.

Jonathan había oído el alboroto y había subido a donde estábamos nosotros, y al ver el cuerpo de Uzra en el suelo, quiso irrumpir en la habitación de Adair y ajustar cuentas con él. Tuvimos que contenerlo entre Dona y yo.

—¿De qué serviría?! —le grité a Jonathan—. Adair y tú podéis golpearos uno a otro de aquí al final de los tiempos, y nunca se resolvería. Por mucho que queráis mataros, ninguno de los dos tiene ese poder.

Cómo deseaba decirle la verdad —que Adair no era el que creíamos que era, que era mucho más poderoso, peligroso y despiadado de lo que nosotros habíamos imaginado—, pero no podía correr aquel riesgo. Tal como estaban las cosas, temía que Adair intuyera mi miedo.

Además, no podía contarle a Jonathan mis verdaderas sospechas. Ahora lo sabía todo. Aquellas miradas tiernas que Adair le dirigía a mi Jonathan, no eran porque Adair pensara llevárselo a la cama. La codicia que sentía por Jonathan era mucho más profunda. Adair quería tocar aquel cuerpo, sobarlo y acariciarlo, conocer todos y cada uno de sus recovecos, no porque quisiera fornicar con Jonathan, sino porque quería adueñarse de él. Poseer aquel cuerpo perfecto y ser conocido por aquella cara perfecta. Estaba preparándose para habitar un cuerpo que fuera verdaderamente irresistible.

Adair nos hizo llegar órdenes: debíamos despejar la chimenea de la cocina y preparar una pira. La cocinera y su ayudante huyeron cuando tomamos posesión de la cocina, y Dona, Alejandro y yo retiramos del enorme hogar todos los utensilios. Fregamos sus ennegrecidas paredes y barrimos las cenizas. Hicimos un soporte con caballetes de madera sobre los que pusimos tablones anchos, y en el espacio entre los caballetes preparamos la pira, con ramas y piñas secas

untadas de sebo de vaca para azuzar el fuego, y paja compactada y leña vieja como combustible. Sobre los tablonos colocamos el cadáver, envuelto en un sudario de lino blanco.

Acercamos una antorcha a la leña fina, que prendió enseguida. Los troncos tardaron algún tiempo en arder, y se necesitó casi una hora para que se formara una gran hoguera. En la cocina hacía un calor tremendo. Por fin, el cadáver se incendió, la mortaja se consumió rápidamente, el fuego danzaba a través del cuerpo en llamaradas, las telas se retorcían como si fueran piel, cenizas negras atrapadas en el tiro y elevándose por la chimenea. El olor, extraño e instintivamente aterrador, puso nerviosos a todos los habitantes de la casa. Solo Adair podía soportarlo. Estaba repantigado en una butaca colocada ante la chimenea, contemplando cómo el fuego devoraba a Uzra poco a poco: el cabello, la ropa, después la piel del veloso brazo, hasta lacerar la carne. Por fin, la humedad del cuerpo hizo que empezara a chisporrotear como un asado, y el olor a carne quemada invadió la casa.

—Imagina qué peste estará saliendo por la chimenea a la calle. ¿Es que piensa que los vecinos no van a olerlo? —dijo Tilde con amargura y con los ojos arrasados en lágrimas.

Nos apretujamos en la entrada de la cocina, mirando a Adair, pero al final Dona y Tilde se escabulleron a sus habitaciones, murmurando lúgubrementemente, mientras Alejandro y yo nos quedábamos fuera de la puerta de la cocina, sentados en el suelo, mirando a Adair.

Cuando el cielo del exterior empezó a aclararse, el fuego se había apagado. Para entonces, la casa estaba llena de fino humo gris que flotaba en el aire con el acre aroma de la ceniza de leña. Solo cuando el hogar empezó a enfriarse Adair se levantó de su butaca y, al salir, tocó a Alejandro en el hombro.

—Haz que barran las cenizas y las esparzan en el agua —ordenó con voz cavernosa.

Alejandro insistió en hacerlo él, agachándose en el interior de la chimenea aún caliente con una escobilla de sauce y un recogedor.

—Cuánta ceniza —murmuró, olvidándose de mi presencia—. Toda esa leña, supongo. Lo de Uzra no puede ser más que un puñado.

En aquel momento, la escobilla tocó algo sólido y Alejandro metió la mano, buscando entre las cenizas. Encontró un objeto chamuscado, un fragmento de hueso.

—¿Debería guardar esto? ¿Para Adair? Puede que algún día se alegre de tenerlo. Con estas cosas se hacen talismanes poderosos —musitó, mientras le daba vueltas como si fuera una rareza. Pero al final lo dejó caer en el cubo—. Creo que no, después de todo.

Después de aquello, Adair se distanció del resto de nosotros. Se quedó en su habitación todo el día y la única visita que quiso recibir fue la del abogado, el señor Pinnerly, quien acudió presuroso al día siguiente con un montón de papeles que se salían de su abarrotada cartera. Se marchó una hora después, con la cara tan roja como si hubiera corrido un par de kilómetros campo a través. Lo intercepté junto a la puerta, expresando preocupación por su rostro acalorado y ofreciéndome a llevarle alguna bebida fresca.

—Es muy amable —dijo. Dio un trago de limonada y se enjugó la frente—. Me temo que no puedo quedarme mucho. Su señor tiene unas expectativas exageradamente altas acerca de lo que un simple abogado puede conseguir. Yo no puedo dominar el tiempo y hacer que baile a mi son —refunfuñó, y después advirtió que los papeles amenazaban con salir volando de su cartera y se dedicó a colocarlos en su sitio.

—¿De verdad? Sí que es exigente, pero me atrevería a decir que usted parece lo bastante inteligente para resolver la tarea que Adair le haya encomendado —dijo, adulándole sin el menor tapujo—. Así que dígame qué milagro espera de usted.

—Una serie de transferencias de dinero muy complicadas, en las que intervienen bancos europeos, algunos en ciudades de las que yo nunca había oído hablar —dijo, y después pareció que se lo pensaba mejor antes de admitir que tenía dificultades ante un miembro de la familia de su cliente—. Bah, no es nada, no me haga caso. Es simplemente que estoy cansadísimo, querida. Todo se hará como él desea. No preocupe su linda cabecita con estas cuestiones. —Me palmeó la mano de una manera tan paternalista que me dieron ganas de apartarla de un golpe. Pero así no obtendría lo que quería saber.

—¿Eso es todo? ¿Mover dinero de un sitio a otro? Seguro que un hombre tan inteligente como usted es capaz de hacer esas cosas con un solo dedo. —Subrayé mis palabras con un gesto obsceno hecho con el dedo meñique y una insinuación de la boca, un gesto que les había visto hacer a los chicos que vendían su cuerpo y que enviaba un mensaje inconfundible a la mayoría de los hombres; seguro que así captaría su atención. Y me la dedicó. La discreción pareció que se le escapaba por los oídos, como el serrín de un muñeco roto, y me miró con la boca abierta. Si todavía no había sospechado que aquella era una casa de putas lameculos, en aquel momento lo supo con seguridad.

—Querida, eso que ha hecho...

—¿Qué más le ha pedido Adair? Seguro que nada que le tenga ocupado por la noche. Nada que le impida, digamos, recibir una visita...

—Pedía billetes para la diligencia de mañana a Filadelfia —dijo con prisa—, y yo le he explicado que era totalmente imposible. Así que ahora tengo que alquilarle un coche privado.

—¡Para mañana! —exclamé—. Qué pronto se marcha.

—Y no la lleva con él, querida. No. ¿Ha estado alguna vez en Filadelfia? Es una ciudad extraordinaria, mucho más animada, a su manera, que Boston, y no es la clase de sitio que, por ejemplo, la señora Pinnerly debería visitar. Tal vez yo podría enseñársela.

—¡Espere! ¿Cómo sabe que yo no viajaré con él? ¿Se lo ha dicho?

El abogado me dedicó una sonrisa complacida.

—Eh, no se precipite. No es que se fugue con otra mujer. Va con un hombre, el feliz beneficiario de todas esas malditas transferencias de dinero. Si su señor me consultara a mí, yo le aconsejaría que se limitara a adoptar a ese individuo, porque sería más fácil a largo plazo...

—¿Jonathan? —pregunté. Deseaba zarandear al abogado por los hombros para que dejara de parlotear, para sacarle el nombre de la boca, como si fuera un caracol que se resiste a salir de su caparazón—. Quiero decir Jacob. ¿Jacob Moore?

—Sí, ese es el nombre. ¿Lo conoce? Va a ser un hombre muy rico, se lo puedo asegurar. Si no importa que le diga esto, tal vez debería considerar echarle el ojo a ese señor Moore antes de que se corra la voz... —Con esta suposición de mis intenciones, Pinnerly se había metido en un callejón sin salida y fue divertido ver cómo intentaba salir del paso. Carraspeó—. Eso no quiere decir que yo imagine ni por un segundo que usted... y el beneficiario del conde... Pido disculpas. Creo que me he extralimitado...

Crucé las manos recatadamente.

—Creo que sí.

Me devolvió el vaso y recogió su cartera.

—Por favor, créame cuando le digo que hablaba en broma, señorita. Confío en que no le irá al conde con ninguna mención de...

—¿De su indiscreción? No, señor Pinnerly. Si soy algo, es discreta.

Vaciló.

—¿Y supongo que ese asunto de una visita a medianoche...?

Negué con la cabeza.

—Eso es implanteable.

Me dirigió una mirada angustiada, a mitad de camino entre el arrepentimiento y el deseo, y después salió a toda prisa de la peculiar casa de su cliente más extravagante, feliz (estoy segura) de alejarse de nosotros.

Parecía que se estaban transfiriendo sumas asombrosas de dinero a cuentas abiertas a nombre de Jonathan, y el fatídico viaje a Filadelfia comenzaría al día siguiente. Adair estaba listo para hacer su jugada, y aquello significaba que ya no me quedaba tiempo... y tampoco a Jonathan. Tenía que actuar ya o pasar el resto de la eternidad lamentándome.

Fui a ver a Edgar, el mayordomo jefe, el encargado de supervisar a los demás sirvientes y gestionar los asuntos de la casa. Edgar tenía un carácter receloso y astuto, como todos los que habían encontrado un sitio en aquella casa, desde el señor hasta el último sirviente, lo que quería decir que no se podía confiar en que hiciera su trabajo muy bien, sino solo de un modo aceptable. Es un rasgo terrible en un sirviente si quieres que tu hogar funcione como es debido, pero es la actitud perfecta en una casa donde las normas y los escrúpulos no tienen cabida.

—Edgar —dije, y junté las manos con afectación como una buena señora de la casa—. Hay que hacer unos arreglos en la bodega y a Adair le gustaría que se llevaran a cabo mientras él está fuera. Manda a alguien a buscar al albañil... Y que traigan una carretilla de piedras y otra de ladrillo, y las lleven al sótano esta tarde. Dile que todo debe estar preparado para empezar a trabajar en cuanto el conde se haya marchado de viaje. Le pagaremos el doble si hace lo que se le dice. —Como Edgar me miraba con recelo (la bodega había estado hecha una ruina desde que nosotros habitábamos la mansión. ¿Por qué tanta prisa ahora?), añadí—: Y no hace falta que molestes a Adair con eso ahora; se está preparando para su viaje. Me ha encomendado esta tarea en su ausencia y espero que se lleve a cabo. —Yo podía ser despótica con la servidumbre; Edgar sabía que no debía contrariarme. Dicho aquello, di media vuelta y me alejé caminando lo más airoso que pude para poner en marcha el siguiente paso de mi plan.

A la mañana siguiente, toda la casa estaba atareada con los preparativos para el viaje de Adair. Se había pasado la mañana reuniendo la ropa que iba a llevarse, y después había ordenado a los sirvientes que hicieran el equipaje y lo cargaran en el coche alquilado. Jonathan se había encerrado en su habitación, y se suponía que también estaba haciendo el equipaje para el viaje, pero yo sentía que no estaba convencido de ir y que se avecinaba una pelea.

Me escondí en la despensa con el almirez de la cocinera y molí metódicamente el fósforo hasta reducirlo a polvo. Mientras preparaba las cosas que necesitaba, estaba más nerviosa que nunca, segura de que Adair iba a percatarse de mis emociones y estaría prevenido. La verdad era que no sabía hasta dónde alcanzaban sus poderes, si es que se les podía llamar poderes. Pero había llegado hasta allí y no tenía más remedio que jugarme la vida y la de Jonathan yendo hasta el final.

Para entonces, la casa estaba en silencio y tal vez fuera mi imaginación, pero me parecía que el ambiente estaba cargado de tensas emociones no expresadas: abandono, resentimiento, ira enconada contra Adair por lo que le había hecho a Uzra e incertidumbre por lo que nos esperaba a todos nosotros. Llevando una bandeja con el licor adulterado, pasé ante las puertas cerradas de los dormitorios hasta llegar a los aposentos de Adair, que en aquel momento estaban en silencio desde que los sirvientes se habían llevado los baúles. Llamé una vez y, sin esperar respuesta, empujé la puerta y entré.

Adair estaba sentado en un sillón que había arrimado al fuego, lo cual era insólito, porque normalmente se reclinaba en un montón de cojines. Es posible que se hubiera sentado de manera más formal porque ya estaba vestido para el viaje; es decir, como un perfecto caballero de la época, y no descamisado como era su costumbre. Estaba tieso en su sillón, con pantalones y botas, un chaleco y camisa de cuello alto, ceñida al cuello con una corbata de seda. La levita estaba colgada del respaldo de otro sillón. El traje era de lana gris oscura, con muy pocos bordados y ribetes, mucho más discreto que su vestimenta habitual. No llevaba peluca, pero se había peinado hacia atrás el pelo y se lo había recogido con pulcritud. Tenía una expresión de tristeza, como si se viera obligado a salir de viaje bajo presión y no por voluntad propia. Levantó la mano, y fue entonces cuando vi el narguile a su lado y noté que la habitación olía a dulce humo de opio de la variedad más potente. Aspiraba de la boquilla con las mejillas hundidas y los ojos entrecerrados.

Dejé la bandeja en una mesa cerca de la puerta y me agaché en el suelo junto a él, enredando suavemente mis dedos en los rizos sueltos de su frente, apartándolos.

—Pensé que podríamos pasar un momento juntos antes de que te fueras. He traído algo para beber.

Adair abrió los ojos, despacio.

—Me alegra que estés aquí. Quería explicarte algo sobre este viaje. Debes de estar preguntándote por qué me voy con Jonathan y no contigo... —Dominé el impulso de decirle que ya lo sabía, y esperé a que continuara—. Sé que no puedes soportar estar separada de Jonathan, pero solo lo tendré apartado de ti unos cuantos días —dijo en tono de burla—. Jonathan volverá, pero yo seguiré el viaje. Puede que esté ausente algún tiempo. Necesito estar una temporada solo. Esta necesidad me asalta de vez en cuando... estar a solas con mis pensamientos y mis recuerdos.

—¿Cómo puedes dejarme así? ¿No me echarás de menos? —pregunté, procurando parecer coqueta.

El asintió.

—Sí, te echaré de menos, pero no se puede evitar. Y por eso viene Jonathan conmigo, así poder explicarle unas cuantas cosas. Él dirigirá la casa mientras yo no esté. Me ha contado que estaba al frente del negocio de su familia y procuraba que las deudas de sus vecinos no arruinaran al pueblo. Llevar las cuentas de una sola casa debería ser fácil para él. He hecho que transfieran todo el dinero a su nombre. Tendrá toda la autoridad; a ti y a los otros no os quedará más remedio que seguir sus órdenes.

Casi sonaba plausible, y durante un fugaz segundo me pregunté si habría juzgado mal la situación. Pero conocía a Adair demasiado bien para creer que las cosas eran tan simples como él las hacía parecer.

—Te traeré una copa —dije, poniéndome en pie.

Había elegido un brandy fuerte, lo bastante para enmascarar el sabor del fósforo. Abajo, en la despensa, había vertido con cuidado el polvo en la botella con un embudo de papel, añadido casi todo un frasco de láudano, puesto el corcho y agitado suavemente el líquido. El polvo había soltado unas cuantas chispas blancas en el aire mientras yo lo manejaba, y recé por que los residuos no fueran visibles en el fondo de la copa de Adair.

Cuando le serví la pócima a Adair, me fijé en unas cuantas cosas colocadas sobre la cómoda, era de suponer que para el viaje. Había un rollo de papel sujeto con una cinta, papel antiguo y áspero, y yo estaba segura de que había salido de la colección con tapas de madera de la habitación oculta. A su lado había una caja de rapé y un frasquito, similar a un pomo de perfume, que contenía aproximadamente una onza de un líquido pardo y espeso.

—Toma.

Le pasé una copa llena a Adair y me serví otra para mí, aunque no tenía intención de bebérmela toda. Solo un sorbo para convencerle de que no había nada anormal. Él parecía muy embriagado por el opio, pero yo sabía que el opio solo no tenía potencia suficiente para hacerle dormir.

Volví a ocupar mi sitio junto a sus pies y miré hacia arriba con lo que esperaba que él tomara por adoración y preocupación.

—Has estado muy alterado estos días. Es por el problema con Uzra. No lo niegues. Es normal que estés dolido por lo que ocurrió, la habías tenido contigo desde hace cientos de años. Tenía que importarte algo.

Él suspiró y dejó que yo le ayudara a alcanzar la boquilla. Sí, estaba ansioso de distracción.

Parecía enfermo, lento de movimientos e hinchado. Puede que estuviera sufriendo por haber matado a la odalisca; puede que le asustara dejar aquel cuerpo para ocupar el siguiente. Al fin y al cabo había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo había hecho. Puede que el tránsito fuera doloroso. Puede que tuviera miedo de las consecuencias de otra mala acción, añadida a la larga lista de pecados que ya había cometido, de que se le pedirían cuentas algún día.

Después de un par de bocanadas, me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Tienes miedo de mí?

—¿Porque mataste a Uzra? Tendrías tus razones. No soy quién para discutir las. Así son las cosas aquí. Tú eres el amo.

Cerró los ojos y volvió a apoyar la cabeza en el alto respaldo del sillón.

—Siempre has sido la más razonable, Lanore. Con los otros es imposible vivir. Me acusan con la mirada. Son fríos, se esconden de mí. Debería matarlos y empezar de nuevo.

Por el tono de su voz supe que no se trataba de una amenaza vacía. En otro tiempo había hecho lo mismo con otro grupo de secuaces. Los había aniquilado en un arrebato de furia. Para tener una vida que supuestamente duraría una eternidad, nuestra existencia era precaria.

Procuré no temblar mientras seguía acariciándole la frente.

—¿Qué había hecho Uzra para merecer su castigo? ¿Quieres contármelo?

Adair me apartó la mano y volvió a aspirar de la boquilla. Yo cogí la botella y le serví otra copa. Le dejé que me acariciara torpemente la cara con sus manos asesinas y seguí sosegando su conciencia con insinceras declaraciones de que estaba en su derecho al matar a la odalisca.

En cierto momento, él retiró mi mano de su sien y empezó a acariciarme la muñeca, siguiendo las venas.

—¿Te gustaría ocupar el puesto de Uzra? —preguntó con cierta ansiedad.

La idea me sobresaltó, pero procuré que él no lo notara.

—¿Yo? No te merezco. No soy tan bella como Uzra. Nunca podría darte lo que ella te daba.

—Puedes darme algo que ella no me daba. Nunca me lo dio, nunca. Me despreció todos los días que estuvimos juntos. En ti siento... Hemos pasado momentos felices juntos, ¿verdad? Casi diría que ha habido momentos en los que me amabas. —Acercó la boca a mi muñeca, su fuego a mi pulso—. Yo haría que te resultara más fácil amarme, si tú quisieras. Serías solo mía. No te compartiría con nadie. ¿Qué me dices?

Siguió acariciándome la muñeca mientras yo intentaba pensar una respuesta que no sonara a falsa. Al final, él respondió por mí:

—Es Jonathan, ¿verdad? Puedo sentirlo en tu corazón. Quieres estar disponible para Jonathan, por si él te quisiera. Yo te quiero y tú quieres a Jonathan. Bueno... todavía puede que exista una manera de que esto funcione, Lanore. Quizá haya un modo de que los dos consigamos lo que queremos.

Parecía una confesión de todo lo que yo sospechaba, y la sola idea me heló la sangre.

La gran habilidad de Adair para elegir almas enfermas iba a ser su perdición. Ya ves, me había elegido bien. Me había escogido entre la multitud, sabiendo que yo era la clase de persona que, sin vacilar, sería capaz de servirle una copa tras otra de veneno a un hombre que acababa de declararme su amor. ¿Quién sabe? Es posible que si solo se hubiera tratado de mí, si solo hubiera estado en juego mi futuro, hubiera decidido otra cosa. Pero Adair había incluido a Jonathan en su plan. A lo mejor Adair pensaba que yo sería feliz, que era lo bastante superficial para amarle y

quedarme con él, con tal de poder admirar el bello cuerpo vacío de Jonathan. Pero tras el familiar rostro de mi amado estaría la personalidad asesina de Adair, que resonaría en cada palabra suya, y al pensar en ello, ¿qué otra cosa podía hacer yo?

Dejó caer mi brazo, dejó que el narguile se le escurriera de la mano. Adair iba parándose como un juguete al que se le ha terminado la cuerda. Yo no podía esperar más. Para llevar a cabo lo que estaba dispuesta a hacerle, tenía que saber. Debía estar absolutamente segura. Me pegué a Adair para preguntar:

—Tú eres el físico, ¿no? El hombre del que me hablaste.

Pareció necesitar un momento para encontrarles sentido a mis palabras, pero no reaccionó irritado, en absoluto. Por el contrario, una lenta sonrisa se extendió en sus labios.

—Qué lista, Lanore mía. Siempre has sido la más lista, lo vi desde el primer momento. Eras la única que sabía si yo mentía... Encontraste el elixir. Encontraste también el sello... Oh, sí, yo lo sabía. Olí tu rastro en el terciopelo. En todo el tiempo que he vivido, tú eres la primera que ha resuelto mi enigma, que has interpretado correctamente las pistas. Me has descubierto... como yo sabía que harías.

Apenas estaba lúcido y no parecía darse cuenta de que yo me encontraba allí. Me incliné sobre él, le agarré por la solapas de su chaleco y tuve que zarandearle para llamar su atención.

—Adair, dime... ¿Qué te propones hacer con Jonathan? Vas a tomar posesión de su cuerpo, ¿verdad? Lo mismo que hiciste con tu chico campesino, con el muchacho que fue tu sirviente, y ahora te vas a apoderar de Jonathan. ¿Es ese tu plan?

Sus ojos se abrieron de golpe, y aquella mirada escalofriante suya se posó sobre mí y casi me hizo perder la calma.

—Si eso fuera posible... Si ocurriera una cosa semejante... tú me odiarías, Lanore, ¿verdad que sí? Y sin embargo, yo no sería diferente del hombre que has conocido, por el que has sentido afecto. Tú me has amado, Lanore, lo he sentido.

—Eso es verdad —le dije para que se confiara.

—Todavía me tendrías a mí, y además tendrías a Jonathan. Pero sin sus indecisiones. Sin su desinterés por tus sentimientos, sin el daño, el egoísmo y el remordimiento. Yo te quería, Lanore, y tú estarías segura de mis sentimientos. Eso es algo que no puedes tener con Jonathan. Es algo que nunca conseguirás de él.

Sus palabras me hicieron estremecer porque sabía que eran verdad. Resultó incluso que sus palabras fueron proféticas; fue como una maldición que me echó Adair, condenándome a la infelicidad para siempre.

—Ya sé que no. Y sin embargo... —murmuré. Todavía le acariciaba la cara, intentando determinar hasta qué punto estaba despierto. Parecía imposible que un cuerpo pudiera ingerir tanto veneno y seguir consciente—. Y sin embargo, elijo a Jonathan —dije por fin.

Al oír aquellas palabras, los ojos vidriosos de Adair se iluminaron con una ligerísima chispa de reconocimiento en sus profundidades, reconocimiento de lo que yo había dicho. Reconocimiento de que algo terrible le estaba ocurriendo, de que era incapaz de moverse. Su cuerpo se estaba apagando, a pesar de que él oponía resistencia, forcejeando en su silla como una víctima de un ataque de apoplejía, espástico y trémulo, empezando a echar espuma por las comisuras de la boca en filamentos burbujeantes. Me puse en pie de un salto y me eché hacia atrás, esquivando sus manos que hendían el aire en mi busca... y que fallaron, después quedaron

inmóviles y por fin cayeron flácidas. Su cuerpo se paralizó de pronto, inmóvil como la muerte y gris como el agua turbia, y se desplomó del sillón al suelo.

Había llegado el momento del paso final. Todo estaba preparado de antemano, pero aquella parte no la podía hacer sola. Necesitaba a Jonathan. Salí a toda prisa de la habitación y corrí por el pasillo hasta el cuarto de mi amado, irrumpiendo en él sin llamar. Jonathan andaba de un lado para otro de la habitación, pero parecía preparado para salir, con la capa sobre el brazo y el sombrero en la mano.

—Jonathan —jadeé; cerré la puerta y le corté el paso.

—¿Dónde has estado? —preguntó, con un deje de irritación en la voz—. Te he estado buscando sin éxito. He esperado, por si venías a verme, hasta que ya no he podido soportarlo más. Voy a decirle que no tengo intención de acompañarlo. Que voy a romper con él y pienso marcharme.

—Espera. Te necesito, Jonathan. Necesito que me ayudes. —A pesar de su irritación, Jonathan notó que yo estaba alterada y dejó sus cosas para escucharme.

Le conté toda la historia, sabiendo que pensaría de mí que estaba loca porque no había tenido tiempo de idear una manera de contársela sin parecer delirante. Y estaba encogida por dentro, porque ahora él iba a verme como era: capaz de astucias malignas, capaz de condenar a alguien a terribles sufrimientos... La misma chica que había empujado a Sophia a suicidarse, cruel e inflexible como el acero, incluso después de todo lo que había sufrido. Sin duda, Jonathan me repudiaría. Seguro que me dejaría, que lo perdería para siempre.

Cuando le hube contado toda la historia, cómo Adair tenía planeado extinguir su alma y usurpar su cuerpo, contuve la respiración, esperando que Jonathan me echara o me golpeará, que me llamara loca. Esperaba el ondear de la capa y el portazo. Pero no fue así.

Me cogió la mano y sentí una conexión entre nosotros que hacía mucho que no sentía.

—Me has salvado, Lanny. Otra vez... —dijo con la voz rota.

Al ver a Adair en el suelo, rígido como un muerto, Jonathan refuló un instante. Pero después me ayudó a atar a Adair lo mejor que pudimos: ligamos las manos del monstruo por detrás de la espalda, le sujetamos los tobillos y lo amordazamos con una tela suave. Cuando Jonathan iba a unir los nudos de las muñecas de Adair con los de los pies, curvando a nuestro prisionero hacia atrás en una postura de absoluta vulnerabilidad, me acordé del inhumano arnés. La sensación de indefensión me asaltó de nuevo; no podía hacerle lo mismo a Adair, a pesar de cómo me había torturado. Quién sabía cuánto tiempo se quedaría atado antes de que lo encontraran y liberaran. Era un castigo demasiado cruel, incluso para él.

Después, envolvimos a Adair en su manta favorita, la de piel de marta; su único consuelo. Salí primero para que Jonathan, si se topaba con alguien, pudiera decir que el bulto que llevaba en los brazos era yo. Y quedamos en encontrarnos en el sótano para poder culminar mi plan.

Corrí por delante, bajando al sótano por la escalera del servicio. Mientras esperaba al pie de esta, descansando apoyada en la rígida frialdad de la pared de piedra, me preocupé por Jonathan. Había dejado que corriera todo el riesgo al sacar a Adair de la habitación. Aunque todos los otros se habían retirado a sus aposentos, todavía trastornados por la muerte de Uzra y la confusión por la partida de Adair, no era nada seguro que Adair no se cruzara con alguno de ellos. También podía verlo algún sirviente, y una sola mirada de sospecha podía desbaratar nuestro plan. Esperé inquieta hasta que Jonathan apareció con la flácida figura en brazos.

—¿Te ha visto alguien? —pregunté, y él negó con la cabeza.

Le conduje a través del intrincado laberinto hasta el nivel más bajo del sótano, la especie de cueva donde se guardaba el vino. Aquella bodega era muy parecida a las mazmorras de un castillo, aislada del resto de las estancias del sótano, tapizada con gruesas capas de tierra y piedra para mantener el vino a temperatura constante. Encontré un nicho en el fondo mismo, una pequeña celda sin ventanas horadada en los sólidos cimientos de piedra de la mansión. Parecía una ampliación a medio terminar de la bodega del vino, con ladrillos y maderos tirados por el suelo. Los ladrillos y las piedras entregados el día anterior estaban apilados en el suelo, junto con un cubo de argamasa tapado con una tela mojada, que ya estaba casi seca. Jonathan miró todo aquello y después a mí, adivinando al instante el propósito de los materiales, y luego dejó caer el cuerpo de Adair en el frío y húmedo suelo de tierra. Sin decir palabra, se quitó la levita y se arremangó.

Le hice compañía a Jonathan mientras él cerraba la pequeña abertura que servía de entrada a la celda. Primero, ladrillo; después, hilada tras hilada de piedras para que la abertura desapareciera en la sólida pared. Jonathan realizaba su tarea en silencio, colocando las piedras en su sitio con golpes del mango de la paleta, recordando el trabajo que había hecho de niño, mientras yo vigilaba la oscura figura de Adair, que era un simple bulto oscuro en el suelo de la celda.

Al llegar la hora en que Adair tenía previsto partir, subí con sigilo y despedí al carruaje, diciéndole al cochero que los viajeros habían cambiado de parecer, pero que querían que el equipaje se llevara a sus alojamientos como estaba planeado. Después le dije como de pasada a Edgar que el señor había salido de viaje un poco antes de lo previsto para evitar alborotos, pues deseaba marcharse discretamente. Las habitaciones vacías de Adair y de Jonathan parecían confirmar mis palabras, y Edgar se limitó a encogerse de hombros y a volver a sus tareas; supuse que les contaría lo mismo a los otros si le preguntaban.

Jonathan seguía trabajando, deteniéndose cada vez que percibíamos algún movimiento cerca. En general, aquel profundo subterráneo estaba en completo silencio, y oíamos poca agitación procedente de las plantas ocupadas, aunque cómo podíamos oír, con los almacenes situados entre la planta baja y la bodega del vino. Aun así, estaba nerviosa, segura de que los otros irían a buscarme. Quería terminar con aquel horrible acto. «El hombre que está en la celda es un monstruo», me decía una y otra vez para aliviar mi creciente sentimiento de culpa. No era el hombre que yo había conocido.

—Date prisa, por favor —murmuré desde la vieja cuba en la que estaba.

—Se hace lo que se puede, Lanny —dijo Jonathan por encima del hombro, sin reducir su ritmo—. Tus venenos...

—¡Míos, no! ¡Por lo menos, no solo míos! —grité, y bajé de un salto de la cuba.

—El veneno dejará de hacer efecto tarde o temprano. Los nudos pueden aflojarse y la mordaza soltarse, pero esta pared no debe fallar. Tiene que ser tan fuerte como podemos hacerla.

—Muy bien.

Andaba de un lado para otro mientras me retorcía las manos. Sabía que la pócima no podía matar a Adair, aunque hubiera sido veneno, pero tenía la esperanza de que lo dejara dormido para siempre o hubiera causado algún daño a su cerebro, de modo que nunca fuera consciente de lo que le había ocurrido. Porque no era un ser mágico, ni un demonio ni un ángel. No podía conseguir que los nudos se deshicieran solos ni traspasar las paredes como un fantasma, como tampoco podía

hacerlo yo. Lo cual significaba que con el tiempo se despertaría en la oscuridad y no podría quitarse la mordaza de la boca, ni gritar pidiendo auxilio... y quién sabía cuánto tiempo se quedaría allí, enterrado vivo.

Esperé un momento a nuestro lado de la pared de piedra, para ver si sentía la familiar vibración de la presencia de Adair, pero no la sentí. Se había esfumado. Puede que solo hubiera desaparecido porque Adair estaba profundamente narcotizado. Era posible que la volviera a sentir cuando él recobraría el conocimiento. Y qué tortura sería sentir su agonía viva en mí, día tras día, y no poder hacer nada al respecto... No sabría decirte cuántas noches he pensado en lo que le hice a Adair, y ha habido ocasiones en las que estuve tentada de deshacer lo que le había hecho, si hubiera podido. Pero en aquellos momentos no podía permitirme pensar en ello. Era demasiado tarde para sentir piedad y remordimiento.

Jonathan se escabulló aquella noche mientras los demás estaban fuera en una de sus juergas habituales. Recibí un anticipo de las discusiones que iba a tener con Jonathan cuando, después de salir a la calle, se volvió hacia mí y me dijo:

—Ahora podemos volver a Saint Andrew, ¿no?

—Saint Andrew es el último sitio al que podemos ir, porque allí precisamente es donde nos descubrirían primero. Nunca nos haremos viejos, nunca enfermaremos. Toda esa gente con la que quieres volver acabaría mirándote con horror. Llegarían a tenerte miedo. ¿Es eso lo que quieres? ¿Cómo nos explicaríamos? No podemos, y el reverendo Gilbert seguro que nos haría juzgar por brujería.

Se le nubló la expresión al escuchar esto, pero no dijo nada.

—Tenemos que desaparecer. Debemos ir a donde nadie nos conozca... y estar preparados para marcharnos en cualquier momento. Has de confiar en mí, Jonathan. Tienes que apoyarte en mí. Ahora solo nos tenemos el uno al otro.

Él no discutió; me besó en la mejilla y se dirigió a la posada donde pensábamos encontrarnos al día siguiente.

Por la mañana, les dije a los otros que me iba a marchar para reunirme con Adair y con Jonathan en Filadelfia. Cuando Tilde arqueó una ceja sospechando algo, utilicé con ella las palabras de Adair, diciéndole que él no podía soportar sus miradas acusadoras por lo que le había hecho a Uzra, y que si ellos no eran capaces de perdonarle, yo sí lo había hecho. Después fui a ver a Pinnerly para pedirle la lista de cuentas abiertas a nombre de Jonathan. Aunque el abogado se resistió a entregarme documentos privados de Adair, una sesión de no más de diez minutos sobre mis rodillas en el cuarto de atrás fue suficiente para que cambiara de parecer, y ¿qué eran diez minutos más de prostitución a cambio de un futuro económico seguro? Estaba convencida de que Jonathan me perdonaría y, de todas maneras, nunca se iba a enterar.

Los otros no me dijeron a la cara lo que pensaban, pero se mostraban escépticos y recelosos, y se reunían en los rincones y en descansillos a oscuras para murmurar entre ellos. Aun así, al final se marcharon a sus habitaciones o a ocuparse de otros asuntos, dejándome vía libre para introducirme en el despacho. Jonathan y yo necesitábamos dinero para huir, al menos hasta que tuviéramos acceso a los fondos que el propio Adair había preparado... para su propio futuro, claro.

Me llevé una sorpresa al ver a Alejandro sentado y abatido tras la mesa, con la cabeza entre

las manos. No obstante, me miró con indiferencia mientras yo sacaba dinero de la caja de Adair y me lo guardaba en un bolso. Era natural que le llevara más fondos a Adair para gastar durante su viaje. Pero Alejandro torció la cabeza con curiosidad al verme descolgar de la pared el retrato de Jonathan. Era el único objeto que yo no era capaz de dejar allí. Quité el respaldo del marco y, poniendo un papel de seda encima del dibujo y una gamuza debajo, lo enrollé cuanto pude y lo sujeté con una cinta de seda roja.

—¿Para qué te llevas el dibujo?

—Voy a ver a un pintor en Filadelfia. Adair quiere presentárselo a Jonathan; quiere que haga un cuadro a partir de este, aunque él no pose...

—Nunca ha hecho algo así —dijo Alejandro, y dejó de insistir con la desesperación de quien acepta lo inevitable—. Es muy... inesperado. Es muy raro. No sé qué hacer a partir de ahora.

—Todo tiene un final —dije, y salí del despacho.

Esperé en el carruaje mientras los sirvientes bajaban mis baúles y los sujetaban en la parte de atrás. Después, el coche se puso en marcha con una sacudida y me sumergí en el tráfico de Boston, confundíendome entre la multitud.

CUARTA PARTE

Quebec, en la actualidad

Luke y Lanny están sentados a la mesa de la habitación del hotel, con un servicio de café de elegante porcelana blanca desplegado ante ellos, incluyendo una bandeja de cruasanes que no han tocado. En un cuenco plateado, hay cuatro paquetes de cigarrillos que han pedido junto con el resto del servicio de habitaciones.

Luke toma otro sorbo de café, muy cargado de crema. La noche ha sido dura, con tanto beber y fumar hierba, y aunque a él se le nota la fatiga en la cara, el rostro de Lanny no revela nada, solo piel tersa, lisa y suave. Y tristeza.

—Supongo que habrás intentado informarte sobre el hechizo —dice Luke en cierto momento. La pregunta arranca un destello de desconcierto en los ojos de Lanny.

—Claro que sí. No es fácil encontrar a un alquimista, a uno de verdad. En todas las ciudades a las que iba, buscaba a la gente oscura. Ya sabes, personas con inclinaciones extrañas. Y los hay en todas las ciudades, algunos abiertamente, otros clandestinos. —Menea la cabeza—. En Zurich encontré una tienda en un callejón estrecho, justo al lado de la avenida principal. Vendía artefactos raros, calaveras antiguas con inscripciones grabadas a cincel en el hueso, manuscritos encuadernados en piel humana y llenos de palabras que ya nadie entiende. Pensé que si alguien conocía el verdadero arte de la nigromancia, serían los dueños de aquella tienda, que habían dedicado sus vidas al conocimiento de la magia arcana. Pero solo habían oído rumores. Todo se quedó en nada.

»Fue en este siglo, hace unos cincuenta años, cuando por fin oí algo con ciertos visos de verdad. Ocurrió en Roma, durante una cena. Conocí a un profesor, un historiador. Su especialidad era el Renacimiento, pero su vocación personal era la alquimia. Cuando le pregunté si había oído hablar de alguna pócima que confiriera la inmortalidad, me explicó que un auténtico alquimista no necesita un elixir de inmortalidad, porque el verdadero propósito de la alquimia es transformar al hombre, llevarlo a un estado superior de existencia. Como la supuesta búsqueda de una fórmula para transformar los metales inferiores en oro; me dijo que era una alegoría, que lo que pretendían era transformar a un hombre inferior en un ser más puro. —Lanny baja la barbilla y empuja su taza unos centímetros; por delante del platillo se extiende una diminuta onda en el damasco blanco—. Estaba frustrada, como podrás imaginar. Pero después me dijo que había oído hablar de una pócima rara con un efecto similar al que yo describía. Se suponía que transformaba un objeto en...

bueno, creo que la mejor palabra es la criatura de un alquimista. Consistía en dar vida a un objeto inanimado, como un gólem, para convertirlo en sirviente del alquimista. La pócima también podía reanimar a los muertos y hacerles volver a la vida.

»Ese profesor suponía que el espíritu que ocupaba la persona muerta o el objeto procedía del mundo de los demonios —dice Lanny, y parece sentir desprecio por sí misma—. Un demonio que tiene que cumplir la voluntad de alguien. Y no quise escuchar nada más... Desde entonces, no he vuelto a buscar explicaciones.

Permanecen sentados en silencio y miran el tráfico a doce pisos por debajo de ellos: coches que se mueven de manera ordenada por la cuadrícula que se ve desde su ventana. El sol de la mañana está empezando a abrirse paso entre las nubes, arrancando destellos de la cubertería y el cuenco plateado. Todo es blanco, plata y cristal, limpio, aséptico, y todo aquello de lo que han estado hablando —tinieblas y muerte— parece estar a un millón de kilómetros de distancia.

Luke coge un cigarrillo, lo hace rodar entre dos dedos y lo deja a un lado sin encenderlo.

—Así que dejasteis a Adair emparedado en la mansión. ¿Y nunca has vuelto a ver... si salió?

—Como es natural, me preocupaba que pudiera salir —contesta ella, asintiendo casi imperceptiblemente—. Pero la sensación, nuestra conexión, había desaparecido. No tenía ninguna pista que seguir. Volví una vez, dos... Tenía miedo de lo que podría encontrar... pero quería ver si la casa todavía seguía en pie. Allí estaba, en efecto. Durante mucho tiempo se utilizó como vivienda. Yo daba la vuelta a la manzana, intentando sentir la presencia de Adair. Pero nada. Después, una vez que volví, la habían transformado en una empresa funeraria, ¿te lo puedes creer? El barrio había decaído. Podía imaginarme las salas donde trabajaban con los cadáveres, en el sótano, a unos pasos de donde estaba sepultado Adair. La incertidumbre era insoportable... —Lanny apaga el cigarrillo consumido que tiene en la mano y de inmediato enciende otro—. Así que hice que mi abogado contactara con la funeraria, con una oferta para comprarla. Como te digo, el barrio iba de capa caída, y el precio que yo ofrecía superaba lo que los dueños podían aspirar a ver en toda su vida... Y aceptaron.

»En cuanto la desalojaron, yo entré, sola. Era difícil imaginar que aquella era la casa que había conocido, de tan cambiada que estaba. La parte del sótano situada bajo la escalera de delante se había reformado. Suelo de cemento, crematorio y calderas de agua caliente. Pero la zona de atrás se había dejado como estaba, y se había ido deteriorando. Allí no llegaba la electricidad. Todo estaba oscuro y húmedo.

»Fui al sitio en el que... en el que habíamos metido a Adair.

No se podía distinguir dónde terminaba la pared original y empezaba la parte que había cerrado Jonathan. Todo se había deteriorado por igual. Y no sentía nada al otro lado de la piedra. Ninguna presencia. No sabía qué pensar. Casi estuve tentada, casi, de hacer que echaran abajo la pared. Es como esa voz perversa que hay dentro de tu cabeza y te dice que saltes del balcón cuando te acercas demasiado al borde... —Sonríe sin ganas—. No lo hice, claro. A decir verdad, mandé que reforzaran la pared con hormigón. Tenía que ser cuidadosa, no quería que la pared resultara dañada durante las obras. Ahora está perfectamente sellada. Y duermo mucho mejor.

Pero no duerme bien. Luke lo ha comprobado en el poco tiempo que llevan juntos.

Tiene que sacarla del sitio en el que la ha metido, el sótano oscuro y húmedo con el hombre al que condenó. Luke extiende el brazo sobre la mesa y le coge la mano.

—Tu historia... todavía no ha terminado, ¿verdad? Tú y Jonathan os marchasteis juntos de casa

de Adair... ¿Qué ocurrió después?

Durante un momento, Lanny parece hacer caso omiso de la pregunta, y mira fijamente la colilla de un cigarrillo que tiene en la mano.

—Estuvimos juntos unos cuantos años. Al principio, estábamos juntos porque era lo mejor que podíamos hacer. Podíamos cuidar uno del otro, guardarnos las espaldas, como quien dice. Fueron tiempos de aventura. Viajábamos sin parar porque era preciso, porque no sabíamos cómo sobrevivir. Aprendimos a crearnos nuevas identidades, a mantenernos en el anonimato... aunque era difícil que Jonathan no llamara la atención. La gente siempre se sentía atraída por su notable belleza. Pero después se fue haciendo cada vez más evidente que seguíamos juntos porque era lo que yo quería. Un matrimonio de conveniencia, solo que sin intimidad. Éramos como una pareja de viejos en un pacto sin amor, y yo había obligado a Jonathan a asumir el papel de marido mujeriego.

—No tenía por qué hacerlo.

—Lo llevaba en la sangre. Y las mujeres que se interesaban por él... Aquello no tenía fin. —Resopla lo más delicadamente que puede y echa ceniza en el plato que están utilizando como cenicero—. Los dos sufríamos. Llegó un momento en el que resultaba doloroso estar en presencia del otro. Nos habíamos hecho tanto daño, nos habíamos dicho cosas tan hirientes... Llegó un punto en el que a veces lo odiaba y deseaba que se marchase. Sabía que tendría que ser él quien se marchara, porque yo nunca tendría fuerzas para dejarlo.

»Y por fin, un día me desperté y encontré una nota en la almohada junto a mí. —Sonríe con ironía, como si estuviera acostumbrada a contemplar su dolor desde cierta distancia—. Escribió: "Perdóname. Es por nuestro bien. Prométeme que no vendrás a buscarme. Si cambio de parecer, yo te encontraré. Por favor, respeta mis deseos. Con mucho cariño, J.".

Lanny hace una pausa, aplastando el cigarrillo en el plato. Tiene una expresión seria, pero ligeramente divertida mientras mira por las altas ventanas.

—Por fin encontró el valor para hacerlo. Fue como si me hubiera leído el pensamiento. Claro que perderlo fue una agonía... Quería morirme, segura de que no lo volvería a ver. Pero logré salir adelante, ¿no? De todos modos, no tenía más remedio... Sin embargo, ayuda creer que puedes hacerlo.

Luke recuerda lo que se siente al estar agotado por la tensión, recuerda aquellos días en los que él y Tricia no podían soportar estar en la misma habitación. Cuando él se sentaba en la oscuridad y procuraba imaginar lo que sentiría si se separaran, la paz que experimentaría. No había duda de que sería ella la que se marchara —no se podía esperar que él se separara de sus hijas ni del hogar de su infancia—, pero cuando su familia se marchó y Luke se quedó solo en la granja, no fue como quedarse solo sin más. Fue como si todo se lo hubieran arrebatado por la fuerza, como si le hubieran amputado una parte de sí mismo.

Le da un momento a Lanny para que aplaque su dolor y lo vuelva a guardar en su sitio.

—Pero no se terminó ahí, ¿verdad? Evidentemente, os volvisteis a ver.

Ella tiene una expresión inescrutable, clara y oscura.

—Sí, así fue.

París, un mes antes

Día gris. Miré por detrás de las cortinas la delgada franja de cielo visible desde el tercer piso de mi casa, que forma parte de una serie de casas antiguas en el distrito quinto. Empezaba el invierno en París, lo que significaba que casi todos los días serían grises.

Encendí mi ordenador, pero me quedé de pie ante el escritorio y le eché crema a mi café mientras el programa se iniciaba. Me lo bebí por la fuerza de la costumbre. Apenas había dormido, un sueñecito; estaba levantada desde primera hora de la mañana, como de costumbre, llevando a cabo con disciplina la investigación necesaria para el libro que me había comprometido a escribir pero que me aburría hasta no poder más. Después, cansada de aquello, reanudé la tarea de catalogar mi colección de cerámica mientras veía reposiciones de series de televisión americanas. Había llegado al punto de pensar en ceder mi colección de cerámica a una universidad o un museo de arte, algún lugar donde pudiera verla más gente. Me había hartado de tener tantos cacharros a mi alrededor, que se agarraban a mí como manos surgidas de tumba. Sentía la necesidad de deshacerme de unas cuantas cosas.

El café, caliente y cremoso, hizo maravillas en mí aquella mañana; me hizo sentir estable y metódica, todo lo contrario de como me sentía normalmente, distraída e incapaz de centrarme. La sensación era tan poco familiar que —como ya no tenía calendarios en la casa— durante un breve y perturbador instante, no pude recordar qué año era.

Mis correos electrónicos terminaron de descargarse y eché un vistazo a la lista de remitentes. Casi todos los mensajes eran asuntos de trabajo: mi abogado, mi editora... y la pequeña y destartada imprenta que publicaba mis preciosas monografías sobre cerámica asiática antigua, una invitación a una fiesta... Qué vida me había creado durante los últimos veinte años como falsa experta en tazas de té chinas. Mi identidad ficticia se apoyaba en una colección de valiosísimas tazas que mi jefe chino había puesto en mis manos cuando yo subía a bordo de un barco británico para escapar de los saqueadores nacionalistas. Hacía toda una vida, otra historia que nadie conocía. Era lo que decidí ser en aquella ocasión y, si no pensaba mucho en ello, la mayor parte de las veces me servía.

Había una dirección de correo que no reconocí. De Zaire... ah, sí, ahora se llama República Democrática del Congo. Yo me acordaba de cuando era el Congo Belga. Fruncí el ceño. ¿Conocía a alguien en Zaire? Debía de tratarse de una petición de donativos o de una estafa, me dije, un

timador que aseguraría ser un príncipe africano que necesitaba un poco de ayuda para salir de un apuro económico momentáneo. Estuve a punto de borrar el mensaje sin abrirlo, pero en el último momento cambié de parecer.

Querida Lanny:

Saludos de la única persona de la que pensabas que no volverías a saber. En primer lugar, gracias por haber respetado mi último deseo y no intentar seguirme la pista desde que nos separamos...

Malditas sean las palabras inocentes, escritas en píxeles parpadeantes en la pantalla, IMPRIMIR, pulsé con el ratón. «Imprímelo, maldita sea.» Necesitaba tener esas palabras en las manos.

Espero que me perdones por irrumpir en tu vida de esta manera. Aunque resulta muy cómoda, nunca he superado la sensación de que la correspondencia por correo electrónico es algo menos educada y correcta que escribir una carta. Por la misma razón me resulta difícil usar el teléfono. Pero el tiempo apremia, así que he tenido que recurrir a esto. Dentro de unos días estaré en París y me gustaría muchísimo verte mientras estoy ahí. Espero que tus planes te lo permitan. Por favor, responde y dime si querrás verme.

Con cariño,

JONATHAN

Me instalé rápidamente en mi silla, con los dedos sobre las teclas. ¿Qué decir? Había tanto comprimido dentro, después de décadas de silencio... De querer hablar y no tener a nadie con quien hablar. De hablar con las paredes, con el cielo, con las palomas, con las gárgolas pegadas a los chapiteles de la catedral de Notre Dame... Gracias a Dios... «Pensé que no volvería a saber de ti. Lo siento. Lo siento. ¿Significa esto que me has perdonado? Te he estado esperando. No puedes imaginarte lo que he sentido al ver tu nombre en la pantalla de mi ordenador. ¿Me has perdonado?», quise contestarle.

Vacilé, cerré las manos en dos puños apretados, los agité, los abrí, volví a agitar las manos. Me incliné sobre el teclado. Y por fin, escribí: «Sí».

Esperar a que llegara el día fue un tormento. Intenté refrenar mis expectativas, pero era imposible no soñar después de haber tenido noticias de Jonathan salidas de la nada. Yo sabía que no debía concebir muchas esperanzas, pero todavía había una pequeña parte de mí que atesoraba salvajes e improbables sueños románticos cuando se trataba de Jonathan. Era imposible no dejarse llevar por una o dos fantasías, solo para sentir otra vez esa clase de alegría. Hacía tanto tiempo que no esperaba algo con impaciencia...

Jonathan me habló de su vida en su segundo correo electrónico. Había estudiado medicina, en Alemania en los años treinta, y utilizaba su título para viajar a lugares pobres y remotos para prestar sus servicios médicos. Cuando uno tiene una documentación dudosa, es más fácil sortear a las autoridades en zonas aisladas donde se necesita un médico y los agobiados funcionarios del gobierno pueden hacer la vista gorda con tu caso. Había trabajado con leprosos en el Pacífico

asiático, con víctimas de la viruela en el subcontinente. Un brote de fiebre hemorrágica lo había llevado a África central, y se había quedado para dirigir una clínica en un campo de refugiados cerca de la frontera de Ruanda. «No es cirugía a corazón abierto», escribía. Trataba heridas de bala, disentería, vacunación contra el sarampión. Lo que hiciera falta.

¿Qué podía decir como respuesta, aparte de confirmar la hora y el lugar donde íbamos a encontrarnos? Me emocionaba e inquietaba pensar que Jonathan era médico, un ángel misericordioso. Pero Jonathan estaba esperando que yo le contara mi vida desde la última vez que nos habíamos visto, y allí sentada ante el ordenador no se me ocurría qué escribir. ¿Qué podía decir que no fuera embarazoso? La vida había sido difícil desde que nos habíamos separado. Había estado vagando la mayor parte del tiempo. Casi todas las cosas que había hecho habían sido tontas, mezquinas, cosas que en su momento creí que eran necesarias para mi supervivencia. En aquel momento mi vida era apacible, casi monacal, y no del todo por elección propia. Pero había llegado a aceptarla.

Jonathan se percataría de mi omisión, pero me aseguré a mí misma que me conocía y no se haría ilusiones de que hubiera cambiado en todo el tiempo que habíamos estado separados. Al menos, no tan drásticamente como él. En cambio, mi primer correo electrónico a Jonathan estaba lleno de cumplidos: qué impaciente estaba por verlo para ponernos al día en persona, y cosas parecidas.

A medida que se acercaba el día, cedí a algunos caprichos tontos y esperanzados. Por si acaso Jonathan quería ver mi casa, le pedí a la mujer de la limpieza que viniera unos días antes, compré un ramo de flores enorme, el tipo de arreglo floral que no desentonaría en una boda real. Guardé champán en el frigorífico y saqué un excelente cabernet añejo de la bodega.

La noche anterior no pude pegar ojo, y estuve sentada en la cama, mirándome en un espejo. ¿Le parecería diferente? Escudriñé mi reflejo. Resultaba mezquino preocuparse porque hubiera habido cambios, una fantasía en la que yo era como otras mujeres, las mujeres de los anuncios de televisión, angustiadas por las arrugas y las patas de gallo. Pero yo sabía que no había cambios. Seguía pareciendo una estudiante universitaria con una expresión permanentemente contrariada. Tenía el mismo rostro sin arrugas que Jonathan había mirado el día en que se marchó. Era guapa, pero no bella. La desgracia y la gracia salvadora de mi vida: lo bastante bonita para ser apreciada, pero no lo bastante hermosa para ser codiciada. Todavía tenía rescoldos del ardor de una mujer joven que nunca se cansaba del sexo, aunque la verdad era que había tenido sexo suficiente para todas mis múltiples vidas. No quería parecer desesperada cuando él me viera, pero al mirarme en el espejo me di cuenta de que no había manera de evitarlo. Siempre estaría desesperada por él.

Todavía mirándome en el espejo, me pregunté si resultaría extraño y perturbador que nos encontráramos al día siguiente para vernos, con tanta familiaridad, entre una multitud de recién nacidos. Al mirarnos uno al otro, parecería que el tiempo se había detenido. ¿Cuántos años habían pasado desde que Jonathan me dejó? ¿Ciento sesenta...? Ni siquiera podía acordarme de en qué año había sido. Me sorprendió descubrir que ya no me dolía de la manera violenta e intensa en que me había dolido en su momento, que el dolor había tardado décadas en convertirse en un malestar difuso, fácil de calmar con la excitación de verlo.

Dejé el espejo. Era hora de beber algo. Abrí la botella fría de champán. ¿Qué sentido tenía guardarla para el día siguiente, para algo que sin duda no iba a ocurrir? ¿No era suficiente motivo

de celebración que Jonathan se hubiera puesto en contacto conmigo después de llevar una eternidad separados? Decidí cortar de raíz mis esperanzas antes de cambiar las sábanas o poner más toallas en el cuarto de baño. Iba a visitarme y nada más.

«Nos veremos en el vestíbulo a mediodía», había indicado en su último correo electrónico. Apenas podía esperar, de modo que consideré la posibilidad de acampar allí a una hora más temprana o subir a la habitación de Jonathan. Pero no podía mostrarme tan desesperada; era mejor fingir que tenía mi orgullo y que era capaz de controlarme. Así que me quedé en mi despacho mirando cómo avanzaban las manecillas del reloj hasta las once, antes de salir a la calle, llamar a un taxi y dirigirme al Hôtel Prix Saint Germaine con cierta tranquilidad que podía pasar por indiferencia. Por la ventanilla posterior del taxi vi cómo se iba desdibujando mi curiosa callecita, como la decoración pintada de un ti vivo cuando empieza la música.

Conocía el Hôtel Prix Saint Germaine, pero nunca había estado en él. Era un hotel viejo y tranquilo, escondido en una calle de la Rive Gauche que no estaba de moda, muy adecuado para un médico de la selva que va a pasar unos días a París. El aire del vestíbulo olía a rancio y, si hubiera tenido color, habría sido pardo. Había un empleado de aspecto profesionalmente adusto detrás del mostrador de recepción, cuyos ojos me siguieron mientras yo me sentaba en una de las butacas de cuero dispuestas en grupos en el vestíbulo. ¿Acaso todos los vestíbulos de hotel daban esa sensación, como de habitación que contiene el aliento? La butaca que yo había elegido estaba enfocada al espacio que iba de la puerta a la recepción. Sobre la puerta, un viejo reloj ornamental marcaba las 11.48 horas.

Cuando era joven, Jonathan tenía por norma hacer esperar a los demás. Como médico de la selva, yo imaginaba que habría aprendido a ser más puntual.

Sobre la mesita había un periódico matutino abandonado. Nunca fui muy dada a seguir los acontecimientos mundiales y ya casi nunca me molestaba en leer el periódico. Las noticias me confundían, todas se habían vuelto similares. Veía los noticiarios de la noche y me asaltaba una incómoda sensación de *déjà-vu*. ¿Una matanza en África? ¿Ha sido en Ruanda? No, espera, eso fue en 1993. ¿En el Congo Belga, o en Liberia? ¿Un jefe de Estado asesinado? ¿Una caída del mercado de valores? ¿Una epidemia de polio, de viruela, de tifus o de sida? Había pasado a través de todo aquello a una distancia prudencial, limitándome a ver cómo los acontecimientos hacían estragos y aterrorizaban a la humanidad. Era terrible ver el sufrimiento, pero nunca tuve capacidad para influir en nada. Solo era una espectadora.

Podía entender que a Jonathan le hubiera atraído estudiar medicina, prepararse para poder hacer algo con las desgracias que asolaban el mundo. Subirse las mangas y ponerse a la tarea, aun sabiendo que sería imposible erradicar las enfermedades, ni siquiera en una sola aldea, pero intentándolo a pesar de todo. Sin darme cuenta, mis ojos habían estado posados en el periódico durante todo el tiempo que había estado pensando.

De pronto levanté la mirada, anticipando la aparición de Jonathan.

La puerta de la calle se abrió y yo me eché hacia delante, ansiosa, al ver lo que parecía una figura familiar, pero volví a relajarme. El hombre vestía pantalones caquis arrugados y una vieja chaqueta de tweed. Alrededor del cuello llevaba una tela con algún tipo de estampado étnico, y gafas de sol en los ojos. Y su rostro estaba sin afeitar, de tres o más días, se veía áspero e irregular.

El hombre fue derecho hacia mí, con las manos en los bolsillos. Estaba sonriendo. Entonces me di cuenta.

—¿Esta es la bienvenida que voy a tener? ¿Ya no te acuerdas de mi cara? Debería haberte enviado una foto reciente —dijo Jonathan.

Salimos a la calle a sugerencia de Jonathan. Dijo que estaba pálida. Me cogió del brazo desde el primer momento y lo tuvo bien agarrado mientras me acompañaba a la acera. Encontramos un rincón tranquilo en un parque: todo cemento y bancos, y un solo árbol solitario rodeado de hormigón por los cuatro lados, pero daba la ilusión de naturaleza.

—Me alegro de verte.

Yo no pude responder y, de todas maneras, mi respuesta era innecesaria. Se me antojaba absurdo que hubiera estado tanto tiempo ausente de mi vida y que, al volver a verlo, pareciera que no había nada en el mundo que pudiera separarnos. Quería tocarlo y besarlo, pasar las manos por su cuerpo y asegurarme de que estaba allí, en carne y hueso, delante de mí. Pero por muy familiarizados que estuviéramos uno con otro, más de cien años de separación se interponían entre nosotros. Y algo en su conducta me decía que procediera despacio.

Una vez que recuperé el color, encontramos un café y acabamos allí sentados durante horas. Entre cafés, vasos de Lillet y cigarrillos (para mí, aunque el doctor Jonathan no lo aprobaba), estuvimos en un reservado poniéndonos al día de varias vidas. Las historias de la sabana eran fascinantes, y me asombraba que Jonathan pudiera ser tan feliz en una tierra tan seca y árida como fresco y exuberante era Maine. Que pudiera sentarse como un hereje meditabundo en una tienda, llenando jeringas sin pensar en los mosquitos que zumbaban a su alrededor. Malaria, el oeste del Nilo, ¿a él qué le importaba? Se presentó voluntario para viajar a un valle afectado por un brote de dengue. Había llevado antidiarreicos y otras medicinas a la espalda cuando el Land Rover no podía cruzar un río. Por mucho que admirara lo que hacía, los relatos en los que se ponía en peligro me hacían sentir incómoda.

—¿Cómo me has encontrado después de todo este tiempo, en todo el mundo? —le pregunté por fin (me estaba muriendo por preguntarlo). Él sonrió enigmáticamente y bebió otro sorbo de su aperitivo.

—Es una historia curiosa. La respuesta breve es tecnología... y suerte. He querido buscarte durante mucho tiempo, pero me enfrentaba a la misma pregunta: ¿cómo hacerlo? La respuesta empezó con un libro infantil que vi por casualidad en casa de un colega.

- *La pagoda de jade* -adiviné.

- *La pagoda de jade* -respondió él, asintiendo—. Mientras le leía el libro al hijo del colega, te reconocí en las ilustraciones. Hice algunas averiguaciones y descubrí quién había sido la modelo del artista: Beryl Fowles, una expatriada británica que vivía en Shangai...

—Siempre me gustó ese nombre. Me lo inventé yo.

—... y contraté a alguien para que averiguara lo que pudiera sobre Beryl. Pero para entonces, Beryl Fowles llevaba décadas desaparecida.

—Y aun así me encontraste.

—Contraté a un investigador para que averiguara quién había heredado el dinero de Beryl, y así sucesivamente, pero al final, el rastro se perdió.

—Pero no te rendiste.

Jonathan me sonrió otra vez.

—Aquí es donde entra la tecnología. ¿Sabes que ahora existen programas de identificación de fotos en internet, con los que puedes tratar de encontrar imágenes tuyas o de tus amigos en páginas web? Pues hice la prueba con una de las ilustraciones del libro y... que me maten si no funcionó. No fue fácil, y tuve que ser persistente, pero al final apareció una coincidencia, una foto pequeñita de la autora de una pequeña monografía sobre antiguas tazas de té chinas, nada menos... Nunca habría pensado que te convertirías en una experta en porcelana china. El caso es que tu editorial me dijo cómo contactar contigo.

Las tazas chinas que me confió mi jefe de Shangai, adonde había ido a trabajar después de posar para el libro infantil. De modo que mi última gran aventura en China había conducido a Jonathan hasta mí.

Terminamos en mi casa al final de la tarde, con la botella de champán vacía y tres cuartos de la de cabernet, y también dimos cuenta del foie gras y las tostadas. Como Jonathan insistió, le enseñé la casa, pero cada habitación resultaba más embarazosa que la anterior. Hasta a mí me asombraba la multitud de cosas que había acumulado con los años, amontonadas para hacer más llevadero el incierto futuro. Jonathan dijo palabras amables, alabó mi previsión al conservar objetos extraordinarios y bellos para las generaciones futuras, pero lo único que pretendía era aliviar mi sentimiento de culpa. Un médico de la selva no viaja con un cargamento de cachivaches. No existía un almacén de recuerdos esperando el regreso de Jonathan. Encontré una caja que no había visto en casi dos décadas, llena de preciosas alhajas que me habían regalado mis admiradores: un anillo con un rubí del tamaño de una uva; un ancestral broche con un diamante azul. La visión de tal exceso me ponía enferma y volví a ponerlo todo en la caja para dejarla en el olvidado estante donde habían estado envejeciendo.

Encontramos cosas peores: había objetos robados, cosas que yo había expoliado de lejanos países durante mis años de frenesí. Seguro que Jonathan las reconocía como lo que eran: bellos budas tallados, alfombras tejidas a mano de veinte colores, armaduras ceremoniales. Tesoros que yo había cambiado por rifles, o robado a punta de pistola o —en algunos casos— arrebatado a los muertos. Me iba a deshacer de todo aquello, juré, cerrando las puertas de aquellas habitaciones; donaría todos los objetos y estatuillas a los museos, los devolvería a sus países de origen. ¿Cómo podía haber vivido tanto tiempo con aquellas cosas en mi casa, sin pensar siquiera en ellas?

La última habitación que vimos fue mi alcoba, en el piso de arriba. Tenía el aire triste de una habitación que ya no se utilizaba para su propósito original. Había una cama con cabecera de estilo sueco junto a un par de ventanas altas y estrechas; las ventanas tenían cortinas de algodón blanco, como el dosel de la cama, y sobre el colchón había una colcha de seda azul. Un secreter francés del siglo XVIII, con sus patas estilizadas, servía como mesa de ordenador, con una silla Biedermeyer delante. La mesa estaba llena de papeles y baratijas, y sobre la silla había una bata de seda gris. Todo tenía el aspecto de una habitación en la que hacía poco que se habían quitado los guardapolvos de los muebles, como si todo hubiera estado esperando.

Jonathan se plantó ante un cuadro colgado enfrente de la cama. El nombre del artista estaba olvidado desde hacía mucho tiempo, pero yo recordaba el día en que se había hecho aquel boceto. Jonathan no quería posar para el retrato, pero Adair había insistido, y así había quedado plasmado, recostado con indolencia en un sillón, sombrío, malhumorado y arrebatador. Él creía que así estropearía el dibujo, pero que me maten si no lo mejoró. Los dos nos quedamos mirando

el retrato, retrocediendo casi dos siglos en el tiempo.

—Con todos los tesoros que has acumulado en esta casa... no me puedo creer que hayas guardado este estúpido dibujo —dijo Jonathan con voz débil. Cuando vio la expresión agraviada de mi cara, se enterneció y me cogió la mano—. Pero claro que lo ibas a guardar... y me alegro de que lo hicieras.

Le echamos un último vistazo antes de salir de la habitación.

Al caer la noche, Jonathan estaba arrellanado en un sofá en el cuarto de estar y yo estaba en el suelo, apoyada en un brazo del mueble. Llevábamos horas intercambiando historias. Yo me había franqueado con él y le había contado algunos de los episodios del pasado que me avergonzaban: cuando iba en busca de aventuras con el loco que había ocupado el puesto de Jonathan cuando este me dejó. Se llamaba Savva y era uno de nosotros, uno de los primeros compañeros de Adair, el único de los nuestros con el que me topé en todos aquellos años. Savva tuvo la desgracia de que Adair lo encontrara siglos atrás, cerca de San Petersburgo, perdido en una tormenta. Nunca quiso contar los detalles de su ruptura con Adair, pero se podían adivinar: Savva tenía un carácter voluble y una lengua afilada e impaciente.

Como Savva no soportaba estar mucho tiempo en ningún sitio, vagábamos de continente en continente como exiliados. Para ser un hombre nacido en el frío y la nieve, Savva sentía una inexplicable atracción por el calor y el sol, lo que significaba que pasamos la mayor parte del tiempo en el norte de África y en Asia central. Viajamos con nómadas a través de desiertos, transportamos rifles por el paso del Khyber, enseñamos a los beduinos a disparar fusiles, hasta vivimos algún tiempo con mongoles (que habían quedado impresionados por la extraordinaria habilidad ecuestre de Savva durante la persecución para alcanzarlos). Estuvimos juntos hasta el final del siglo XIX, cuando quedamos atrapados en un hotel de El Cairo durante una tormenta de arena. No fue una pelea lo que nos separó. Ningún incidente desagradable que diera lugar a una discusión en la que salieran a relucir años de afrentas acumuladas. Simplemente, nos dimos cuenta de que no nos quedaba nada que decirnos uno a otro. Deberíamos habernos separado décadas antes, pero había sido demasiado cómodo estar con alguien que no necesitaba explicaciones. Todavía seguimos comunicándonos cada veinte años, más o menos, con una llamada telefónica en medio de una borrachera o con una tarjeta durante unas fiestas que casi nunca celebramos, como una pareja de viejos divorciados.

—¿Y tú? —Aproveché la oportunidad para cambiar de tema, agotada por sacar a la luz aquellos recuerdos—. Seguro que no has estado solo todo este tiempo. ¿Te volviste a casar?

Jonathan frunció la boca, pero no dijo nada.

—No me digas que has estado solo todo este tiempo. Sería muy triste.

—Bueno, yo no diría que solo. Casi nunca estás solo si eres médico en esas aldeas. Todo el mundo está tan necesitado de tu atención y les hace tan felices que estés ahí... Siempre me invitaban a comer, asistía a sus celebraciones. Participaba de sus vidas...

Los ojos se le quedaban cerrados cada vez durante más tiempo, y la languidez se instaló en su cara. Cogí una bata y la extendí sobre él. Abrió los ojos un breve instante.

—Voy a volver a Maine. Quiero verlo otra vez... Por eso te he buscado, Lanny. Quiero que vengas conmigo. ¿Vendrás?

Meforcé por contener las lágrimas.

—Claro que iré.

Cogimos uno de esos Airbus gigantescos para regresar a América. Apenas había despegado el avión de Orly cuando Jonathan se quedó dormido. En Nueva York hicimos transbordo para volar a Bangor, y allí alquilamos un todoterreno para viajar hacia el norte. Hacía dos siglos que no veía aquella tierra y, por absurdo que pueda sonar, había partes que me parecía que habían cambiado muy poco. En el resto, había carreteras asfaltadas, granjas victorianas, inmensos campos de cultivos primorosamente atendidos, y las altas y estilizadas orugas de las tuberías de riego en el horizonte. Viéndolo a través del parabrisas de aquel vehículo grande y suntuoso, me resultaba fácil engañarme diciéndome que nunca había estado allí. Después, la carretera abandonaba las llanuras agrícolas para penetrar en los grandes bosques del norte. Nos sumergimos en su fría oscuridad, flanqueados por fila tras fila de enormes troncos, el cielo tapado por una manta de verdor. El coche subía y bajaba siguiendo los altibajos del terreno, y torcía bruscamente para rodear peñascos que se abrían paso fuera de la tierra, cubiertos ya de musgo y líquen. Todo eso sí que lo recordaba. Veía los árboles y retrocedía doscientos años, asaltada por los recuerdos de mi primera vida, mi auténtica vida, la vida que se me había arrebatado. A Jonathan tenía que pasarle lo mismo.

Sentíamos que nuestro hogar estaba cada vez más cerca. Qué deprisa se hacía el trayecto en un automóvil... La última vez que habíamos hecho aquel viaje pasamos semanas en un coche de caballos, con Jonathan en estado de shock por lo que yo le había hecho y sin apenas dirigirme la palabra.

Nos quedamos sin habla al acercarnos al pueblo. Cómo había cambiado todo. Ni siquiera estábamos seguros de que aquella carretera, la calle principal que atravesaba el centro del pueblo, fuera el mismo camino polvoriento de carros que conducía al incipiente Saint Andrew de hacía doscientos años. ¿Dónde estaban la iglesia y el cementerio? ¿No deberíamos ver desde donde estábamos la iglesia congregacionista? Hice rodar el coche calle abajo lo más despacio posible, para poder imaginar el pueblo que recordábamos y no el que teníamos delante.

Por lo menos, Saint Andrew mantenía su carácter peculiar y no era como la mayoría de los pueblos de Estados Unidos, donde cada tienda, restaurante y hotel es una franquicia de una multinacional, idéntica a sí misma en el mundo entero. Por lo menos, Saint Andrew tenía cierta individualidad, aunque hubiera perdido su propósito original. Ya no era un pueblo entregado al trabajo. Las granjas dispersas habían desaparecido y en los quince últimos kilómetros no habíamos visto ni rastro de la industria maderera. La industria del ocio había ocupado su puesto.

Las tiendas de equipos de acampada y excursionismo cubrían ambos lados de la calle principal, negocios en los que hombres blancos bien lavados y con ropa de campaña guiaban a otros hombres y mujeres blancos a través de los bosques o Allagash abajo en canoas. O bien los llevaban hasta el centro del río, calzados con elegantes botas altas de agua, a pescar todo el día peces que volvían a soltar en cuanto los habían admirado. Había tiendas de artesanía y bares donde antes había habido casas rurales y pajares, la forja de Tinky Talbot y la tienda de suministros de los Watford. Nos quedamos asombrados cuando al fin comprobamos que la iglesia congregacionista se había demolido y que el centro del pueblo lo ocupaban una ferretería, una heladería y una oficina de correos. Por lo menos el cementerio seguía en pie.

Seguro que a aquella nueva generación de habitantes le resultaba bastante agradable, y si yo no hubiera sabido cómo había sido dos siglos atrás, no me habría parecido mal. Pero el pueblo se ganaba la vida atendiendo los caprichos de los forasteros y parecía degradado; era como encontrar que la casa de tu infancia se había convertido en un burdel o, peor aún, en un todo a cien. Saint Andrew había cambiado su alma por una vida más fácil, pero ¿quién era yo para juzgarlo?

Nos alojamos en un refugio a las afueras del pueblo. El Dunratty se había convertido en un viejo motel, destartado por la inevitable dejadez, frecuentado por cazadores y pescadores de temporada y que pretendía resultar atractivo para los hombres, de modo que era de esperar cierta austeridad. Había unas diez habitaciones alineadas, pegadas a la oficina. Pedimos una cabaña, la más metida en el bosque. El encargado no dijo nada, solo miró discretamente para ver si llevábamos rifles o cañas de pescar y, al no ver nada de aquello, volvió con resignación, sin prisas, a su tarea. Preguntó si estábamos casados, como si le importara que una de sus mugrientas chabolas se utilizara como nido de amor. El motel estaba vacío, con excepción de nosotros, nos dijo; estaría todo muy tranquilo. Lo encontraríamos en la casa, si necesitábamos algo —y señaló en una dirección indefinida—, pero por lo demás podíamos confiar en que nadie nos molestaría.

Era un sitio miserable, con las cuatro paredes forradas de laminado barato y el tejado simplemente cubierto de contrachapado. Ocupaban el espacio en su práctica totalidad dos camas —un poco más grandes que las individuales pero no tanto como las de matrimonio, con débiles estructuras metálicas, como las de los tiempos de la Depresión — separadas por una pequeña cómoda que hacía las veces de mesita de noche, rematada por una lámpara de cerámica. Había dos sillones de tapicería deshinchada delante de un televisor que parecía tener treinta años. A un lado se hallaba una mesa camilla con tres sillas plegables de madera. Detrás de una puerta encontré una pequeña cocina funcional, y por una segunda puerta se accedía a un baño ligeramente enmohecido. Me eché a reír cuando Jonathan tiró las maletas encima de una de las camas.

—¿Nos vamos a quedar? —pregunté, incrédula—. Tiene que haber algún sitio más agradable. Puede que en el pueblo...

Jonathan no dijo nada y se quedó de pie ante una puerta corredera de cristal. Más allá de una tarima de madera bastante burda estaba el bosque: grandes y gruesos troncos que se alzaban por encima de nosotros, crujiendo al viento. Abrimos la puerta y salimos en mitad del bosque, y el aire puro circuló a nuestro alrededor. Nos quedamos en la sencilla tarima mirando al bosque infinito durante no sabría decirte cuánto tiempo. Aquel era el hogar que habíamos conocido. Él nos había encontrado.

—Nos quedamos —respondió Jonathan.

Salimos de la cabaña aproximadamente a las cinco de la tarde, ansiosos de echar un vistazo alrededor antes de que se pusiera el sol. Pero era difícil orientarse; los caminos que esperábamos que fueran en una dirección acababan llevándonos a un sitio completamente distinto, como si la zona se hubiera remodelado una y otra vez con el tiempo. El trazado de los caminos era obra de las compañías madereras modernas, y atravesaba hectáreas y más hectáreas de bosque sin razón aparente, hasta llegar a una carretera que a su vez nos condujo a la confluencia de los ríos Allagash y Saint John. Después de dos intentos fallidos, encontramos un camino que nos recordó la pista de carros que llevaba a la casa de los Saint Andrew, y con un asentimiento silencioso de Jonathan lo seguimos hasta el final.

Tras recorrer un túnel de árboles muy crecidos, salimos a una zona despejada que en otro tiempo habían sido los campos de heno que había delante de la casa de Jonathan. El camino estaba cambiado —ya no se adentraba por la hondonada del depósito de hielo ni subía hasta la gran casa—, pero reconocí la orografía. Había una pista maderera de tierra a la derecha de la casa, que todavía se alzaba en el risco. Aceleramos un poco, ansiosos por volver a verla. Sin embargo, al acercarnos, levanté el pie del pedal. La casa todavía estaba en pie, pero solo alguien que hubiera vivido allí sería capaz de reconocerla.

La antaño magnífica mansión se había dejado deteriorar. Era como un muerto abandonado a merced de los elementos, un cadáver con todos los rasgos por los que reconocerías a la persona fallecida. La que fue gran mansión estaba combada, despintada; le faltaban tejas en el tejado y tablones en la fachada. Incluso el conjunto de pinos de delante, que había servido de escudo contra el viento, se hallaba en un estado lamentable, sin podar, desatendido, como el tipo de árboles que se ve en los cementerios.

—Está abandonada —dijo Jonathan.

—Quién lo habría pensado... —No se me ocurría qué otra cosa decir—. Bueno, mira, Jonathan... por lo menos la han dejado en su sitio. Ya viste dónde estaba la casa de mi familia: ahora no hay más que un cruce de caminos. El mundo cambia, ¿no?

Jonathan se quedó callado como respuesta a mis palabras de ánimo. Dimos la vuelta con el coche y regresamos al pueblo.

Aquella noche fuimos a cenar a un pequeño restaurante en el centro de Saint Andrew. Se le podía llamar restaurante porque era un sitio donde se servían comidas, pero no se parecía al tipo de restaurantes al que yo estaba acostumbrada. Se parecía más a un vagón comedor con una docena de mesas de tablero laminado, cada una rodeada por cuatro sillas de tubo metálico. Los manteles eran de hule, y las servilletas, de papel. Los menús estaban plastificados y amarillentos, y daba la sensación de que la carta no había cambiado en veinte años.

Había cinco clientes, incluyéndonos a Jonathan y a mí. Los otros tres eran hombres con vaqueros y camisas de franela y algún tipo de gorra, cada uno sentado a una mesa diferente. Probablemente, la camarera era también la cocinera. Nos miró con recelo al entregarnos los menús, como si estuviera dudando si servirnos o no. En una radio sonaba de fondo música country.

Pedimos comida que ninguno de los dos había visto en mucho tiempo, si es que la habíamos visto alguna vez, ya que habíamos vivido en el extranjero: filetes de siluro frito, pollo y dumplings, platos casi exóticos de lo raros que eran. Nos quedamos hasta apurar las botellas de

cerveza, bajo la mutua impresión de que los otros clientes nos estaban mirando. La camarera —pelo como alambres enroscados y bolsas muy visibles bajo los ojos— miró con descaro los platos a medio terminar antes de preguntarnos si queríamos algún postre. «El pastel es bueno», dijo con voz anodina, como quien hace un comentario intrascendente.

—¿Te ha decepcionado visitar tu casa? —pregunté, después de que la camarera nos sirviera dos cervezas más. Jonathan negó con la cabeza.

—Debería haber esperado eso. Pero aun así, no estaba preparado.

—Es tan diferente... Y en algunos aspectos parece tan igual... Me siento desplazada. Si no estuvieras conmigo, me marcharía.

Salimos del restaurante y caminamos calle abajo. Todo estaba cerrado, menos un bar diminuto, el Blue Moon, a juzgar por el incongruente letrero de neón en forma de media luna, como era de esperar. Sonaba romántico, pero a través del cristal vi que estaba completamente lleno de hombres, camioneros y leñadores que miraban una retransmisión deportiva en la televisión. Cuando la zona comercial del pueblo se terminó, llegamos al cementerio. La luz de la luna nos bastaba para dar una vuelta entre las lápidas.

Estaba descuidado y cubierto de maleza. Arbustos de bayas silvestres, ortigas y matorrales habían reclamado la tapia de piedra y envuelto las columnas gemelas que en otro tiempo habían flanqueado la entrada, además de engullir algunas de las lápidas. Años de fuertes heladas habían movido de su sitio algunas lápidas; otras estaban erosionadas por el tiempo o rotas por vándalos. Me orienté rápidamente entre las tumbas, sin muchas ganas de visitar de aquel modo a mis antiguos vecinos, pero Jonathan iba de tumba en tumba, intentando leer los nombres y las fechas, retirando las hierbas que habían crecido alrededor de las lápidas. Parecía tan triste y abatido que tuve que reprimir el impulso de cogerle de un brazo y sacarlo de allí.

—¡Mira, es la tumba de Isaiah Gilbert! —gritó Jonathan—. ¡Murió en... 1842!

—¡Un montón de años... Una vida buena y larga! —respondí a gritos desde donde estaba, fumando y debatiéndome entre la nostalgia y el vértigo.

Para entonces, Jonathan ya estaba junto a otra tumba. Se había agachado, sobre las puntas de los pies, y echaba un vistazo a su alrededor.

—Me pregunto si todos los que conocíamos están aquí, en alguna parte.

—Es inevitable que algunos de ellos se marcharan. ¿Has encontrado a alguien de mi familia?

—¿No estarán en el cementerio católico, al otro lado del pueblo? —preguntó él. Recorrió un pasillo, mirando lápida tras lápida—. Podemos ir después, si quieres.

—No, gracias. No tengo curiosidad.

Supe que Jonathan había encontrado a alguien importante cuando se arrodilló junto a una gran lápida doble. Era de piedra sin pulir y estaba erosionada por los años, con el dorso plano hacia mí, de modo que yo no podía leer la inscripción.

—¿Quién es? —pregunté, acercándome.

—Es mi hermano. —Estaba pasando las manos por las palabras grabadas—. Benjamín.

—Y Evangeline... —Toqué el otro lado de la lápida: «Evangeline Saint Andrew, amada esposa. Madre de Ruth».

—Así que se casaron...

—¿Honor familiar? —pregunté, frotando las letras con la punta de los dedos—. No parece que ella viviera mucho.

—Y a Benjamín lo enterraron a su lado. No se volvió a casar.

Durante la hora siguiente, encontramos a la mayor parte de la familia de Jonathan: su madre y después la hija, Ruth, la última Saint Andrew que vivió en el pueblo. Pero faltaban las hermanas de Jonathan, lo que le hizo suponer que se habrían casado y marchado del pueblo, formando familias felices y prósperas en alguna otra parte, para ser enterradas junto a sus maridos en entornos menos tristes. Para escapar de toda la melancolía de Saint Andrew.

Llevé a Jonathan de vuelta a la cabaña. Había pasado de contrabando dos botellas de un cabernet extraordinario desde Francia en mi maleta. Descorchamos una y dejamos que respirara en la encimera mientras nos tumbábamos juntos en la cama. Apreté a Jonathan contra mí hasta que el frío abandonó su cuerpo, y después lo desnudé. Estuvimos en la cama entre las desgastadas sábanas de algodón, bebiendo el cabernet en vasos y hablando de nuestra infancia, los hermanos y hermanas, amigos y conocidos. Los allegados muertos desde hacía tanto tiempo, materia inerte y descompuesta en el suelo mientras nosotros seguíamos inexplicablemente vivos. Yo todavía no era capaz de contarle la verdad sobre Sophia. En cambio, hablamos de todas las personas que habíamos querido hasta que Jonathan se quedó dormido... Y yo lloré; fue la primera de muchas veces.

49

No hubo más excursiones para revivir el pasado. No más visitas a cementerios, ni recorrido de caminos por el bosque, antes familiares pero ahora apenas reconocibles y fantasmales. Paseamos por la orilla del Allagash, viendo alces y ciervos y admirando la luz del sol de Maine centelleando en la corriente, en lugar de rememorar sucesos que habían ocurrido en tal o cual lugar. Pasamos el resto del tiempo apaciblemente en compañía mutua.

El tiempo que compartíamos se convirtió en una especie de droga de la que yo nunca tenía suficiente, y empecé a pensar que a lo mejor podíamos perdernos allí, donde había empezado nuestra relación. Puede que Jonathan se conformase con quedarse en aquel lugar familiar. No tendríamos que vivir en el mismo Saint Andrew; dado lo mucho que había cambiado el pueblo, quizá nos resultara desconcertante permanecer en él. Podíamos encontrar un terreno en el bosque y construir una cabaña solitaria, donde viviríamos apartados de todo y de todos. Ni periódicos, ni reloj, ni el insistente tictac del tiempo repicando en nuestro hombro, reverberando en nuestros oídos. Sin huir del pasado cada cincuenta o sesenta años para reaparecer como otra persona en otro país, o más bien fingiendo ser una persona nueva, tan nueva como un polluelo recién salido del huevo, pero sintiéndome por dentro como la persona que era y de la que no podía escapar.

Una noche, estábamos en el porche trasero de la destartada cabaña, envueltos en nuestros abrigos, sentados en dos sillas plegables, bebiendo vino en vasos de cristal y mirando la luna empañada. Jonathan dirigió nuestra conversación hacia el pasado y aquello me incomodó. Se preguntaba si Evangeline habría tenido una vida dura e infeliz después de su desaparición, y si habría sido él la causa de la muerte prematura de su madre. Yo dije que lo sentía una y otra vez, pero Jonathan no quería escucharme, negaba con la cabeza y decía que no, que había sido culpa suya, que se había portado fatal conmigo, aprovechándose de mi evidente amor por él. Yo negué con la cabeza, poniendo una mano en el antebrazo de Jonathan.

—Pero yo te quería tantísimo... —dije—. La culpa no fue toda tuya.

—Vamos otra vez ahí afuera —dijo Jonathan—, a ese sitio del bosque donde solíamos encontrarnos, bajo la bóveda de abedules jóvenes. He pensado mucho en ellos, es el lugar más bonito del mundo. ¿Crees que seguirán allí? Me reventaría que alguien los hubiera talado.

Achispados y calientes por la bebida, subimos al todoterreno, aunque yo tuve que volver a la cabaña para coger una manta y una linterna. Yo sujetaba la botella de vino contra el pecho mientras Jonathan maniobraba con el vehículo a través del bosque. Tuvimos que dejar el todoterreno a un lado de la pista maderera y recorrer los últimos ochocientos metros a pie.

Conseguimos encontrar el claro, aunque había cambiado. Los arbolitos habían crecido, pero solo hasta cierta altura, y ahí se habían detenido. Sus ramas más altas se tocaban, cerrándose en las copas de los árboles, negando el sol a los brotes que habían intentado seguir su ejemplo. Yo recordaba aquel claro en el que nos reuníamos de niños para reírnos y contarnos anécdotas de nuestras solitarias vidas, pero el tiempo se había llevado su belleza sin igual. El claro ya no era maravilloso, no tenía nada de especial; era como cualquier otra parte del bosque, ni más ni menos.

Extendí la manta en el suelo y nos tumbamos de espaldas, intentando mirar el cielo nocturno a través del dosel de follaje, pero solo había unos pocos puntos por donde podían asomar las estrellas. Tratamos de convencernos de que era el mismo lugar donde siempre nos reuníamos, pero los dos sabíamos que podría haber estado cinco pasos al oeste o cien metros a la izquierda; en pocas palabras, era tan bueno como cualquier otro lugar del bosque donde hubiera claros entre las copas de los árboles, donde pudiéramos tumbarnos de espaldas para mirar las estrellas.

Pensando en nuestra infancia, me acordé de la carga que había arrastrado todo aquel tiempo. Había llegado el momento de decirle a Jonathan la verdad acerca de Sophia. Pero los secretos antiguos son los que más fuerza tienen, y me aterraba pensar cómo reaccionaría Jonathan. Nuestro reencuentro podía terminar aquella noche; esa vez quizá me desterraría de su vida para siempre. Esos temores casi hicieron que me echara atrás una vez más, pero no podía seguir oprimida bajo el peso de aquella carga. Tenía que hablar.

—Jonathan, hay algo que debo contarte. Es acerca de Sophia.

—¿Hummm? —Se movió, a mi lado.

—Fue culpa mía que se suicidara. Culpa mía. Te mentí cuando me preguntaste si había ido a verla. La amenacé. Le dije que estaría perdida si tenía el niño. Le dije que tú nunca te casarías con ella, que habíais terminado. —Siempre había supuesto que me echaría a llorar cuando hiciera aquella confesión, pero no lo hice. Me empezaron a castañetear los dientes.

Él se volvió hacia mí, aunque no pude distinguir su expresión en la oscuridad. Pasaron unos cuantos segundos antes de que respondiera.

—¿Y has esperado todo este tiempo para contarme esto?

—Por favor, por favor, perdóname...

—No pasa nada. De verdad. He reflexionado acerca de ello a lo largo de estos años. Es curioso lo diferentes que se ven las cosas con el tiempo. Entonces, jamás habría pensado que mi padre y mi madre me permitieran casarme con Sophia. Pero ¿qué habrían podido hacer para impedírmelo? Si yo amenazaba con dejar a la familia para estar con Sophia y el niño, no me habrían repudiado. Habrían acabado cediendo. Yo era su única esperanza para mantener en marcha el negocio, para que alguien cuidara de Benjamín y de mis hermanas después de morir ellos. Pero entonces no me daba cuenta. No sabía qué hacer y recurrí a ti. Fue injusto, ahora lo veo. Así que... soy igual de culpable de que Sophia se suicidara.

—¿Te habrías casado con ella? —pregunté.

—No lo sé... Es posible, por el niño.

—¿La querías?

—Hace tanto tiempo, que no recuerdo exactamente mis sentimientos.

Puede que estuviera diciendo la verdad, pero no se daba cuenta de que me iba a volver loca con aquel tipo de respuestas. Estaba segura de que él veía a las mujeres de su vida colocadas por orden de importancia, y estaba ansiosa por saber cuál era mi posición, quién estaba por delante de

mí, quién quedaba por detrás. Quería que nuestra complicada historia se simplificara: desde luego, algunas cosas se tienen que aclarar solas con el paso de tantos años. A aquellas alturas, Jonathan tenía que saber lo que sentía.

Me incorporé, sin tocar en modo alguno a Jonathan, y aquello me puso nerviosa. Necesitaba la confirmación de su contacto para saber que no me odiaba. Aunque no me culpara de la muerte de Sophia, podía estar asqueado por las cosas terribles que yo había hecho.

—¿Tienes frío? —le pregunté.

—Un poco. ¿Y tú?

—No, pero ¿te parece bien que me tumbe junto a ti? —Me quité mi chaquetón y lo extendí sobre los dos. Nuestro aliento helado flotaba sobre nosotros como un espectro mientras escrutábamos el cielo nocturno.

—Tienes la mano fría. —Levanté la mano de Jonathan y soplé aliento caliente en ella antes de besar cada dedo. Le puse la mano en la mejilla—. Y tienes la cara helada.

Tampoco hubo protestas cuando acaricié con mis labios su áspero rostro, su elegante nariz recta y sus párpados finos como el papel. Y no hubo interrupciones a partir de ahí, cuando fui abriendo la ropa de Jonathan hasta encontrar un camino hacia su pecho y su entrepierna. Entonces, me desnudé y me apreté encima de él, con la franela del forro de mi chaquetón rozándome suavemente las nalgas.

Hicimos el amor allí, sobre la manta, bajo las estrellas. Pero la unión sexual había cambiado entre nosotros. Resultó lenta y tierna, casi ceremonial, pero ¿de qué podía quejarme? El arrebato de nuestra pasión juvenil ya no existía, y en su lugar había ternura, cosa que no obstante me dejó triste. Era como si nos estuviéramos diciendo adiós.

Cuando terminamos —yo cabalgando sobre Jonathan como una amazona, y él suspirando en mi oído y después subiéndose los pantalones hasta la cintura—, metí la mano en el bolsillo de mi chaquetón para buscar cigarrillos. Expulsé una estela de humo en el aire frío, y aquel calor en mis pulmones me calmó. Seguí fumando mientras Jonathan me acariciaba la cabeza.

Me preguntaba qué ocurriría al final del viaje. Jonathan no había dicho nada, y yo no estaba segura de cuándo iba a terminar. Los billetes de avión no tenían fecha de vuelta, y Jonathan no había mencionado cuándo tenía que estar de regreso en el campo de refugiados. Desde luego, el viaje no podía prolongarse mucho más; había sido una completa decepción (con intermitentes añoranzas del «felicidades para siempre»), un recordatorio de las cosas perdidas, y solo los árboles y el bello cielo sobre nuestras cabezas nos habían dado la bienvenida.

Tampoco podía librarme de la irritante sospecha de que yo era la causa de la melancolía de Jonathan. Puede que le hubiera decepcionado, o que todavía no me hubiera perdonado. No habíamos hablado de por qué me había dejado, y yo creía conocer la razón: porque después de años de frustración y recriminaciones, se había hartado de decepcionarme.

Pero aquella vez no se trataba de estar juntos para siempre; era otra cosa. Solo que yo no estaba segura de qué era. Jonathan quería estar conmigo, eso era evidente; de lo contrario, no me habría pedido que hiciera el viaje con él. Si todavía estuviera resentido, no se habría puesto en contacto conmigo, enviado el correo electrónico, bebido champán, besado mi cara y permitido que yo le acunara en la cama. Yo estaba insegura acerca de él y siempre lo estaría; el peso de mi amor era como una piedra encadenada a mi cuello.

—¿Qué te gustaría hacer mañana? —pregunté, fingiendo indiferencia y apagando el cigarrillo

en la tierra.

Jonathan levantó la barbilla hacia las estrellas y cerró los ojos.

—Bueno, pues entonces —dije despacio, al ver que no respondía—, ¿cuánto tiempo más te gustaría quedarte? No es por meterte prisa, yo me quedaré todo el tiempo que tú quieras.

Me dedicó una sonrisa lenta, pero siguió sin responder. Yo rodé sobre el costado hacia Jonathan y apoyé la cabeza en una mano.

—¿Has pensado en lo que vamos a hacer después? ¿Con... lo nuestro?

Por fin, él abrió los ojos y parpadeó hacia el cielo.

—Lanny, te pedí que vinieras aquí por una razón. ¿No la has adivinado?

Negué con la cabeza.

Él agarró la botella de vino, empinó el codo y echó un trago; después me pasó la botella, en cuyo fondo solo quedaban un par de dedos de vino.

—¿No sabes por qué te sugerí que viniéramos aquí otra vez? —preguntó, y negué con la cabeza—. Lo hice por ti.

—¿Por mí?

—Esperaba que te hiciera feliz que volviéramos aquí juntos, que fuera una pequeña compensación por haberme marchado. Este viaje no lo hemos hecho por mí... Para mí ha sido un infierno volver. Sabía que lo sería. Siempre he deseado poder arreglar las cosas con ellos, con mi familia, con la mujer y la hija que pensaban que las había abandonado. Daría cualquier cosa por recuperar aquello.

¿Cómo podía todo cambiar tan de repente, estropearse tanto? Sentí que una barrera fría e invisible caía entre nosotros.

—No fue culpa tuya —dije, como si no supiera de quién era la culpa. No tenía el estómago para más vino y le devolví la botella—. ¿Qué sentido tiene hablar de esto, Jonathan? No hay nada que tú o yo podamos hacer para que aquello vuelva. Lo pasado pasado está.

—Lo pasado pasado está —repitió él antes de terminarse la botella. Se quedó mirando hacia la oscuridad y tuvo mucho cuidado de no mirarme a mí—. Estoy tan harto de esto, Lanny... No puedo seguir más tiempo en esta noria, en esta interminable sucesión de días... He intentado todo lo que se me ha ocurrido para seguir adelante.

—Por favor, Jonathan, estás borracho. Y cansado...

La botella de vino se hundió en la tierra blanda cuando Jonathan se apoyó en ella.

—Sé lo que estoy diciendo. Por eso te pedí que vinieras conmigo. Eres la única persona que puede ayudarme.

Yo sabía adónde iba a llevar aquello: la vida es circular, y puedes tener la seguridad de que las peores partes volverán por segunda vez, arrastrándose a tus pies. Era la discusión que habíamos mantenido todas las noches durante meses... ¿años?, hasta que él había acabado por marcharse. Había fanfarroneado, suplicado, amenazado. Aquella había sido la verdadera razón de que se marchara. No fue porque no pudiera evitar decepcionarme: fue porque yo no le daba precisamente lo que él quería. Su único deseo flotaba en el aire entre nosotros, su manera de escapar de todo lo que deseaba olvidar: la responsabilidad abandonada, un hijo muerto, ser traicionado por la persona que más lo amaba. Solo una cosa podía hacer que todo aquello desapareciera.

—No puedes pedirme que haga eso. Los dos estábamos de acuerdo en que era algo demasiado

terrible para pedírmelo. No puedes dejarme sola con... eso.

—¿No crees que merezco la liberación, Lanny? Tienes que ayudarme.

—No. No puedo.

—¿Quieres que te diga que me lo debes?

Aquello me dolió, porque nunca jamás me lo había dicho. De alguna manera, se las había arreglado para no esgrimir aquellas palabras en mi cara, palabras que yo tenía bien merecidas. «Me debes esto porque tú me hiciste esto. Esta es una maldición que tú me impusiste.»

—¿Cómo puedes decir eso —chillé, empeñada en devolver el golpe, deseando que se sintiera tan mal como él me había hecho sentir a mí—, cuando tú te marchaste y me dejaste sin saber por qué, todos estos años!

—Pero no has estado sola. Yo seguía contigo, en cierta manera. Estuvieras donde estuvieses, sabías que yo también estaba por ahí, en alguna parte del mundo. —Jonathan se puso en pie con dificultad, fatigado, meneando la cabeza cada vez que respiraba—. Las cosas han cambiado para mí. Tengo que contarte una cosa. No deseaba hacerlo, Lanny. No quiero hacerte daño, pero tienes que entender por qué te lo pido de nuevo. Por qué ahora es importante para mí. —Respiró hondo—. Verás, me enamoré.

Se detuvo, esperando que yo reaccionara mal a la noticia de lo mejor que le había pasado en la vida. Abrí la boca para felicitarle, pero, por supuesto, no me salieron palabras.

—Una mujer checa, una enfermera. Nos conocimos en los campos. Ella trabajaba para otra organización humanitaria. Un día, la llamaron a su embajada de Nairobi para una reunión. Por la radio, en la selva, oí la noticia de que había perdido la vida en un accidente de tráfico, en la ciudad. Tardé un día en conseguir que me llevaran en helicóptero para recuperar su cuerpo. Solo habíamos estado juntos unos cuantos años. No podía creerme aquella injusticia: yo había esperado tanto, varias vidas, para encontrar a la persona con la que estaba destinado a vivir, y pasamos juntos tan poco tiempo...

Hablaba con tranquilidad, sin demasiada pena, supongo que para no herirme. No obstante, mientras lo escuchaba se me revolvían las entrañas.

—¿Lo entiendes ahora? No puedo seguir.

Negué con la cabeza, decidida a ser dura como el acero ante su dolor.

—No quiero hacerte daño —dijo—, y sé que tú conoces el dolor que estoy sufriendo. ¿Quieres que te diga lo maravillosa que era? ¿Que era inevitable amarla? ¿Que es imposible seguir viviendo sin ella?

—La gente lo hace todos los días —conseguí decir—. El tiempo pasa, vas olvidando. Se hace más fácil.

—No. Para mí, no. Yo sé más cosas. Lo mismo que tú... —Era posible que en aquel momento me odiara un poco—. No puedo seguir con esto. No puedo soportar su pérdida. Me niego a aceptar que no puedo hacer nada, ¡nada!, para que cese este dolor. Me volveré loco, loco... y atrapado para siempre en este cuerpo. No puedes condenarme a eso. He resistido todo el tiempo que he podido porque sé... sé muy bien que lo que te pido es algo terrible. No tenía intención de pedírtelo así. No quería hablarte de ella tan bruscamente. Pero has forzado mi jugada, y ahora que te lo he dicho... no podemos volver atrás. Ya está, ya sabes lo que necesito de ti. Tienes que ayudarme.

Agarró la botella de vino y la estrelló contra una roca.

Aquel tintineo de notas agudas nos atravesó, nos rodeó. Su puño aferraba aún el cuello de la botella, puntas de sierra de vidrio verde que él sostenía en la mano como un ramo de flores. Era la única arma que teníamos al alcance; era tosca y cruel, y él quería que yo la usara con él. Quería morir desangrado.

«No puedes dejarme sola, desvalida, sin ti.» Quería decirle eso, pero no podía. Me había presentado un argumento irrefutable: había perdido a su amor y no era capaz de seguir adelante. Había llegado por fin la hora de liberarlo.

Yo no podía hablar y solo sabía que estaba llorando por el frío que provocaba en mis mejillas el viento, implacable como el fuego. Estiró el brazo y me tocó las lágrimas.

—Perdóname, Lanny. Perdóname que hayamos llegado a esto. Siento no haber podido darte lo que querías. Lo intenté... No sabes cuánto deseaba hacerte feliz, pero no conseguía que funcionara. Tú mereces ser amada como siempre has deseado. Rezo por que encuentres ese amor.

Muy despacio, le quité la botella rota. Jonathan se despojó de la camisa y se ofreció, y yo me miré la mano y miré aquel pecho pálido con brillos azulados a la luz de la luna.

Deberíamos haber vivido un gran amor.

Nos arrodillamos uno frente a otro, temblando porque habíamos llegado a lo inevitable. Yo no podía mirarle; simplemente, me apreté contra él, sabiendo que el filo del vidrio haría el resto. Los dientes verdes se hundieron en su carne, un mordisco circular, perfecto, en la carne blanda que cedía. La botella rota se hundió profundamente y la sangre de Jonathan brotó entre mis dedos. Él solo dejó escapar un ligerísimo gemido.

Y después, mi mano dio un giro y se trazaron tres líneas en la blancura de su piel. En lo más hondo, las heridas se abrieron, dejando escapar más sangre. Jonathan se encogió, doblándose sobre el pecho, y después rodó de espaldas, sujetándose la herida con las manos flácidas, la sangre saliendo a borbotones. Lo que más me llamó la atención fue que la carne hubiera cedido con tanta facilidad. Yo seguía esperando que los bordes de la herida se volvieran a cerrar, pero no lo hicieron. Cuánta sangre... «Despierta —oí que decía mi propia voz desde muy lejos—. Tengo que despertarme.» Y entonces lo hice, me desperté en el bosque con mi amado agitándose, convulsionándose en el suelo ante mí, ahogándose y escupiendo sangre, pero sonriendo. El pecho subía y bajaba con deliberación, y me di cuenta de que ya había visto así a Jonathan, en el establo de Daughtery. Y al instante estuve junto a él, apretando su camisa contra las heridas, intentando inútilmente contener la fatal hemorragia. Y Jonathan movió la cabeza y trató de quitarme la camisa de las manos. Al final, lo único que pude hacer fue abrazarle.

Entonces fui consciente de lo que había perdido. Jonathan siempre había estado a mi lado, incluso durante los años en que estuvimos separados, y aquel zumbido que resonaba en mí siempre había permanecido en el fondo de mi mente como un consuelo. Lo único que tenía entonces era un vacío inmenso y absorbente. Había perdido la única cosa importante de mi vida. No tenía nada. Estaba sola, y el peso del mundo me aplastaba sin que hubiera nadie para ayudarme. Había cometido un error. Quería volver a tener a Jonathan. Era mejor ser egoísta. Era preferible que él estuviera resentido conmigo hasta el fin de los tiempos que sentirme como me sentía. Sentirme así y no tener ninguna manera de corregirlo o de hacer que se me pasara.

Abracé su cuerpo durante mucho tiempo, hasta que la sangre se enfrió y yo quedé impregnada de aquella humedad pegajosa. No recuerdo que soltara a Jonathan. No recuerdo que abandonara el cuerpo y corriera a través del bosque, gritándoles a los cielos que se apiadaran de mí y me

permitieran morir. Que se acabara de una vez, también para mí. No podía seguir viviendo sin él. No recuerdo que acabara en la carretera, arrastrando los pies por la pista forestal hasta que me encontraron el sheriff y su ayudante. Hasta que estuve encerrada en el coche con las manos esposadas, no volvió todo a mí y me di cuenta de que lo único que quería era regresar al bosque con él, morir con él para que pudiéramos estar juntos para siempre.

París, en la actualidad

El estrecho vestíbulo delantero de la casa de la ciudad está lleno de cajas, de madera nueva y llena de astillas. Sobre una mesa de pedestal hay un martillo, clavos y un par de guantes de trabajo, junto con un montón de cartas sin abrir. Luke está bajando un busto de mármol por la escalera, con el rostro enrojecido por el esfuerzo. El busto es el segundo de un par destinado al Bargello de Florencia, uno de los muchos museos de Italia, elegido antes que el de los Uffizi porque su colección de esculturas del Renacimiento es más importante. La primera pieza ya está embalada en su caja. En la pared, como si estuviera contemplando tanta actividad, se encuentra la única obra de arte que jamás saldrá de la casa, el boceto a carboncillo de Jonathan que Lanny se llevó de la mansión de Adair. El retrato ha sido trasladado de su posición original —a los pies de la cama de Lanny— al vestíbulo delantero, aunque Luke no tenía ningún inconveniente en dejarlo donde estaba. Es tan poco capaz de sentir celos del hombre del cuadro como de odiar el resplandor de sol al amanecer o la catedral de Notre Dame.

Lanny sale del despacho con un sobre cerrado en la mano. Dentro del sobre hay una carta en la que pide disculpas por haber mantenido la obra de arte lejos de sus legítimos propietarios, sean quienes sean después de todo este tiempo. La carta —que ha acompañado a todas las obras enviadas hasta el momento— es contrita pero imprecisa, desprovista de todo dato acerca de cómo, cuándo o quién adquirió la pieza. Lanny ha estado revisando el texto durante días, le ha leído en voz alta varias versiones a Luke antes de que los dos se pusieran de acuerdo en la redacción definitiva. Se ponen guantes de látex para trabajar, con el fin de no dejar huellas dactilares. Lanny ha organizado el envío de las donaciones anónimas por medio de su abogado de París, al que eligió especialmente por su devoción a sus clientes y su actitud flexible hacia ciertos aspectos del código legal. No le interesa que se siga la pista de los envíos hasta ella, por muy insistentes que se pongan los diversos museos y los demás destinatarios.

En cuanto a Luke, le da un poco de lástima ver cómo abandonan la casa todas esas maravillas tan poco después de su llegada. Le gustaría tener más tiempo para estudiar la que debe de ser la colección particular de piezas de arte y otros objetos más amplia del mundo. Lanny no había exagerado cuando le dijo que su casa era más asombrosa que cualquier museo. Los pisos superiores estaban repletos de tesoros, almacenados sin orden ni concierto. Cada vez que saca una pieza para embalarla, descubre ocho o diez más. Y no son solo cuadros y esculturas. Hay

montañas de libros, que sin duda incluyen muchas primeras ediciones; alfombras orientales de seda tan fina que podrían pasar por una pulsera de mujer; quimonos japoneses y caftanes turcos de seda bordada; toda clase de espadas y armas de fuego; vasijas griegas, samovares rusos, cuencos de jade tallado, de oro batido, de piedra cincelada. Varios cofres llenos de paquetes de seda rizada y de terciopelo, cada uno envolviendo una joya con gemas incrustadas. Y además, sorpresas absolutas: por ejemplo, dentro de una caja de abanicos, ha encontrado una carta dirigida a Lanny escrita por Lord Byron. Luke no entiende la mayoría de las palabras, pero consigue distinguir la palabra «Jonathan» escrita entre los garabatos. Lanny asegura que no recuerda de qué trataba la carta... ¿Cómo puede nadie olvidar una carta de uno de los mejores poetas del mundo? Es la casa de una coleccionista compulsiva, que ha intentado compensar una carencia innumerable y nunca revelada, esclava del deseo irrefrenable por acumular belleza. Aun así, se ha mostrado generosa y ha apartado algunas piezas para un fondo destinado a las hijas de Luke, suficiente para pagar sus estudios en una buena universidad cuando sean mayores.

Luke descubre que, aparte de la colección de cerámica china antigua, nunca se ha hecho un inventario, de modo que pide a Lanny que catalogue las piezas sobre la marcha: una descripción, algún apunte sobre el sitio en el que se adquirió, el nombre de la persona o de la institución que la recibirá. Cree que algún día le servirá de consuelo; le permitirá recordar sus lejanas aventuras sin sentirse abrumada por el peso de los objetos mismos.

Piensa que a ella le vendrá bien separarse de esas cosas. Apartará su mente de Jonathan, aunque no del todo. Luke ha pillado a Lanny llorando, en un cuarto de baño o en la cocina, mientras esperaba que hirviera el agua para el té. Aun así, últimamente llora menos, y su actual proyecto —deshacerse del contenido de su casa— la ha hecho visiblemente más feliz. Dice que se siente más en paz, que está reparando algunas de las cosas malas que ha hecho. Una vez llegó a decir que esperaba que si se esforzaba mucho en enmendar las cosas, sería perdonada y se rompería el hechizo. Podría hacerse vieja con Luke, dejar este mundo al mismo tiempo, más o menos. No volver a sufrir esa profunda soledad. Este tipo de conversación —dependencia de una intervención mágica— pone incómodo a Luke. Pero, dadas las circunstancias, sabe que no hay que dudar (por completo) de las intervenciones improbables.

Lanny pone la carta bajo el busto y Luke clava la tapa de la caja de madera. La empresa de paquetería llegará a las dos en punto para la entrega del día, y Luke solo ha embalado los dos bustos. Esperaba tener listas por lo menos media docena de piezas. Va a tener que trabajar más deprisa.

Cuando deja el martillo para secarse la frente, se fija en el montón de cartas sin abrir. Encima de todas hay un grueso sobre de América y, sin proponérselo, echa un vistazo al remite. Es de un bufete de abogados de Boston, el que se ocupaba de la mansión de Adair... o más bien, de la cripta de Adair. Luke examina rápidamente el montón: hay siete cartas de los mismos abogados, que abarcan casi un año. Abre la boca para decirle algo a Lanny sobre el asunto, pero ella pasa corriendo a su lado, con el bolso colgado del hombro, buscando distraídamente las llaves de la casa.

—Tengo hora con el peluquero, pero estaré de vuelta antes de que lleguen los mensajeros. ¿Compro comida para los dos? ¿Qué te gustaría?

—Sorpréndeme —dice él.

A Luke le encanta ver cómo Lanny ha vuelto a sus rutinas —señal de que la depresión no la ha

paralizado— y en particular, lo pronto que le ha incorporado a él a su vida. Le encanta que estén tan a gusto juntos. Ella ha dejado de fumar porque él se lo pidió, porque él no puede soportar verlo, a pesar de que sabe que no representa ningún riesgo para su salud. Ella lo comparte todo con él: su panadería favorita, su paseo vespertino favorito, los ancianos con los que charla en el parque. A Luke le encanta hacer cosas por Lanny, cuidar de ella. Y Lanny, por su parte, le está agradecida por toda la consideración que le demuestra. ¿La ama? Luke es escéptico, sumamente escéptico, respecto a que pueda haber amor tan pronto, sobre todo teniendo en cuenta quién es ella y lo que le ha contado, pero al mismo tiempo reconoce que una vertiginosa sensación se ha apoderado de él, una sensación que no había tenido desde que nacieron sus hijas.

En cuanto Lanny se ha marchado, Luke vuelve al piso de arriba en busca del siguiente objeto que va a ser repatriado. Tiene que acordarse de dejar que Lanny trate con el mensajero porque Luke tiene una cita más tarde. Va a entrevistarse con el director de servicios voluntarios de Mercy International, una organización que envía médicos a zonas en guerra y campos de refugiados, a clínicas para gente sin hogar. Fue la última organización para la que trabajó Jonathan. Alguien se había puesto en contacto con Lanny poco después de que ella y Luke llegaran de Quebec, preguntando por Jonathan. Este le había dado a la organización la dirección de Lanny por si tenían que localizarlo durante su ausencia, y como no había regresado, ellos querían saber si Lanny conocía su paradero. Ella se quedó sin habla por un momento, pero después tuvo una idea y dijo que conocía a otro médico que tal vez quisiera ofrecer sus servicios, siempre que pudiera quedarse en París. Luke se alegra de ir a la entrevista, se alegra de que Lanny sepa que no será feliz si no puede hacer uso de su formación médica, confía en que su oxidado francés sea lo bastante bueno para atender a inmigrantes de Haití o de Marruecos.

Luke elige la siguiente pieza para embalar, un gran tapiz que irá a un museo textil de Bruselas. El tapiz está enrollado como una alfombra y está apoyado en un mueble librero con puertas de cristal repleto de toda clase de cachivaches. La mitad de las puertas de cristal de la librería se han dejado subidas, y un objeto se cae de un estante cuando Luke intenta poner el tapiz en posición vertical.

Se agacha y lo recoge. Es una bolita de gamuza, y por la manera en que está enrollada la gamuza —la manera descuidada que tiene Lanny de envolver las cosas—, se da cuenta de que hay algo dentro de la tela vieja y polvorienta. La desenvuelve con cuidado —quién sabe qué cosa delicada puede haber dentro— y encuentra un pequeño objeto metálico. Un frasquito, para ser exactos, más o menos del tamaño del meñique de un niño. Aunque está enmohecido y oscuro por los años, se nota que está tan primorosamente labrado como un artículo de joyería. Con dedos temblorosos, levanta la tapa y retira el tapón. Está seco.

Huele el frasquito vacío. Su mente se pone en marcha: puede que esté seco, pero hay maneras de analizar el residuo. Se podría llevar a un laboratorio y averiguar los ingredientes del elixir, las proporciones. Se podría intentar fabricar un lote y, probablemente, después de algunas pruebas y errores, se conseguiría. Recrear la pócima significa que podría vivir con Lanny para siempre. No estaría sola. Y por supuesto, quizá habría otras personas interesadas en la inmortalidad. Podrían venderlo por sumas exorbitantes, administrarlo en la lengua de sus clientes como hostias de comunión. O tal vez serían completamente caritativos —al fin y al cabo, ¿cuánto dinero necesita una persona?— y dárselo a los grandes cerebros para que lo estudiaran. ¿Quién sabe qué impacto podría tener eso en la ciencia y la medicina? Un elixir que regenera los tejidos dañados

revolucionaría el tratamiento de las heridas y enfermedades.

Eso lo podría cambiar todo. Lo mismo que revelar al mundo la condición de Lanny.

Y sin embargo... Luke sospecha que el análisis de los residuos no revelaría nada. Algunas cosas resisten el escrutinio, no se pueden examinar a la fría luz del día. Un minúsculo porcentaje de casos no se puede explicar ni reproducir. En sus tiempos de estudiante de medicina, había oído unos cuantos casos de esos, ofrecidos espontáneamente por un viejo y sabio profesor al final de una clase, susurrados entre los estudiantes al salir de la sala de operaciones después de una disección. Hay algunos médicos e investigadores que descartan esas historias y querrán hacerte creer que la vida es mecánica, que el cuerpo no es más que un sistema de sistemas, como una casa. Que vivirás siempre que comas esto, bebas esto otro, sigas estas reglas, como si existiera una receta para la vida; igual que arreglas las cañerías o apuntalas la fachada, porque tu cuerpo no es más que un recipiente que contiene tu conciencia.

Pero Luke sabe que no es tan simple. Aunque un cirujano buscara dentro de Lanny —y qué pesadilla sería, con el cuerpo intentando cerrarse mientras las manos y los instrumentos entran en él—, no averiguaría qué parte de ella ha cambiado para hacerla eterna. Tampoco servirían los análisis de sangre ni las biopsias ni ningún tipo de examen radiológico. Luke mismo podría analizar la pócima, darle la receta a mil químicos para que la recreasen, pero piensa que nadie sería capaz de reproducir el resultado. En Lanny está actuando una fuerza, él puede sentirlo, pero no tiene ni idea de si es espiritual, mágica, química o algún tipo de energía. Lo único que sabe es que la bendición que es la existencia de Lanny, como la fe y la oración, funciona mejor en soledad, protegida del escepticismo y de la fuerza bruta de la razón. Y sabe que si se hicieran públicas las circunstancias de Lanny, podría desintegrarse como el polvo o evaporarse como el rocío a la luz del sol. Probablemente por eso, ninguno de los otros —esos otros de los que Lanny le ha hablado, Alejandro, Dona y la diabólica Tilde— ha salido a la luz pública, piensa Luke.

Le da vueltas al frasquito entre los dedos, como si fuera un cigarrillo, y después lo coloca sin pensarlo bajo su tacón y descarga todo su peso sobre él. Se dobla con tanta facilidad como si estuviera hecho de papel, y queda aplastado, plano. Va a la ventana, la abre y tira el fragmento metálico todo lo lejos que puede, por encima de los tejados de los vecinos, y deliberadamente no sigue con los ojos la trayectoria. Al instante, se siente aliviado. Tal vez debería haber hablado con Lanny antes de destruir el frasquito, pero no. Sabe lo que habría dicho ella. Ya está hecho.

AGRADECIMIENTOS

Aunque debería ser evidente que *Inmortal* es un producto de la imaginación, fueron necesarias algunas investigaciones, sobre todo en lo referente a la historia del estado de Maine. Utilicé dos obras en particular: *Maine in the Early Republic*, editada por Charles E. Clark, James S. Leamon y Karen Bowden (University Press of New England, 1988) y *Liberty Men and Great Proprietors: The Revolutionary Settlement on the Maine Frontier 1760-1820*, escrita por Alan Taylor (University of North Carolina Press, 1990). Los errores o inexactitudes son solo míos.

Se dice con frecuencia que la vida del escritor es solitaria, y que escribimos en soledad, y aunque eso es casi siempre cierto, es probable que no llegáramos a publicar sin contar con la ayuda y la buena disposición de mucha gente. Me gustaría dar las gracias a los lectores de versiones anteriores de esta novela, como Dolores, Lisa, Randy, Linda, Jill, Kelley y Kevin; a mis

profesores de la Johns Hopkins: Tim Wendel, Richard Peabody, Elly Williams y Mark Farrington; a Elyse Cheney y Jeff Kleinman por su temprano apoyo; y a los maravillosos organizadores de la Comunidad de Escritores de Squaw Valley.

Gracias en especial a Tricia Boczkowski, mi editora en Gallery Books, por ver posibilidades en *Inmortal* y por su orientación editorial y su infinito ánimo para que se publicara la novela. También doy las gracias a Gallery por sus esfuerzos en favor mío.

Gracias infinitas a Kate Elton, mi editora en Cornerstone, y a su ayudante Anna Jean Hughes, por su increíble entusiasmo y apoyo a la novela.

También tengo que dar las gracias a Nicki Kennedy, Sam Edenborough y Katherine West, agentes de derechos internacionales en la Intercontinental Literary Agency, y a los editores de las versiones extranjeras de la novela, por su confianza al aceptar esta obra primeriza: Giuseppe Strazzeri y Fabrizio Cocco, editores de Longanesi; Cristina Armiñana, de Mondadori; Katarzyna Rudzka, de Proszynski Media, y EKSMO Publishing.

Mi agradecimiento más profundo es para Peter Steinberg, mi agente, no solo por creer en la novela sino también por su hábil trabajo editorial; hizo de una historia deslavazada la novela que tienes hoy en tus manos.

Gracias a mi familia por aguantar mi conducta de escritora loca desde que era una niña insaciable.

Y por supuesto, todo mi amor para mi marido, Bruce; gracias a su paciencia pude dedicar incontables horas a este libro, y posibilitó que todos mis sueños se hicieran realidad.

*This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
26/05/2013*